

LA FÁBRICA DEL CONFLICTO

**TERCIARIZACIÓN, LUCHA
SOCIAL Y PATRIMONIO
EN CAN RICART, BARCELONA**

Isaac Marrero Guillamón

Tesis Doctoral defendida el día 13 de noviembre de 2008, en la Sala Gran de la
Facultat de Geografia i Història de la Universitat de Barcelona.
Constituyeron el tribunal Carles Guerra, George Yúdice, Mónica Degen, António
Medeiros y Gonçal Sanz.

Directores de tesis: Manuel Delgado y Fernando Hernández.

Doctorat en Antropologia Social i Cultural, bienni 2002-2004.
Departament d'Antropologia Cultural i Història d'Amèrica i Àfrica.



LICENCIA CREATIVE COMMONS
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 España

Usted es libre de: copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra.

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el
licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra. Alguna
de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor. Nada
en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Advertencia: Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven
afectados por lo anterior.

© Isaac Marrero Guillamón 2008

Tenemos que resistir a la tentación de aceptar y propagar puntos de vista prefabricados, la más estúpida reacción es mejor que la repetición sumisa de letanías hechas para imponer respeto o nuestro silencio a hechos que no podemos aceptar.

Peter Weiss, *La Estética de la Resistencia*.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS. 1

PRÓLOGO. 3

0. ORIENTACIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS. 11

I. LA CONSTITUCIÓN. 37

1. La alianza. 39
2. Planes, planos, restos, rastros. 51
3. La fábrica 63
4. En llamas (1). 77

II. A PIE DE FÁBRICA. 83

1. 85
2. 88
3. 92
4. 95
5. 97
6. 100
7. 102
8. 104
9. 119
10. 126
11. 129
12. 132
13. 143
14. 145
15. 149
16. 152
17. 155

18. 163
19. 165
20. 177
21. 184
22. 186

III. TRANSFORMACIONES. 197

1. Relevos. 199
2. La oportunidad. 203
3. Un nuevo comienzo. 211
4. Abandonos. 216
5. Contraofensiva (1). 219
6. En llamas (2). 222
7. Medidas. 224
8. En llamas (3). 231
9. Los últimos. 233
10. Contraofensiva (2). 235
11. La lucha por la representación (1). 238
12. Modos de hacer. 243
13. Disciplina (democrática). 260
14. La lucha por la representación (2). 272
15. Can Ricart, Barcelona. 279
16. 285

EPÍLOGO. 289

BIBLIOGRAFÍA. 291

ÍNDICE DE ABREVIATURAS. 309

AGRADECIMIENTOS.

The more strings the marionettes are allowed to have, the more articulated they become.

Bruno Latour.

Creo que fue leyendo *Los Argonautas del Pacífico Occidental* que desarrollé un interés particular por la sección de agradecimientos. En un par de párrafos Malinowski decía más sobre las condiciones de producción de la investigación que en el resto del libro: las entidades que le financiaron, las cantidades que recibió de cada una, la duración de las expediciones, los contactos que le permitieron viajar, los que le facilitaron el equipamiento, el pago a los sirvientes nativos, a los intérpretes... Eran algo así como los títulos de crédito de una película: discretamente reveladores. Me enfrento ahora a la escritura de los míos, consciente de la dificultad de lograr algo que me hubiera gustado leer: mi historia carece del encanto perverso de la antropología colonial, y la tarea llega en el momento final, cuando el agotamiento permea cada frase.

Esta tesis es el resultado de una extraña combinación entre trabajo estrictamente solitario y la colaboración, el apoyo y la fraternidad de más gente de la que lograré mencionar a continuación. En primer lugar, debo agradecer el apoyo financiero del antiguo Ministerio de Educación y Ciencia. En enero de 2004 me concedió una beca FPU que me permitió, durante cuatro años, ser un mileurista estable y dedicarme a este proyecto. El pago llegó cada mes, más o menos puntualmente, a pesar de las reorganizaciones ministeriales, los cambios en el estatuto de becario, la llegada de los contratos de prácticas e incluso mis indisciplinas con el papeleo. Gracias a todos los becarios que lucharon en un momento u otro por nuestros derechos como trabajadores pude además ser un parado feliz durante seis meses y finalizar la escritura.

En segundo lugar, tengo que agradecer la extraordinaria generosidad de los compañeros de Can Ricart. Es obvio que sin su colaboración no hubiera podido escribir ni una línea de este trabajo. Desde discutir el aparato conceptual y revisar borradores a facilitar información, conversar desinteresadamente o dar apoyo logístico, mucha gente ha contribuido de un modo u otro a esta investigación. Confío en que cada uno sepa el lugar que ocupa en ella. Jaume, Josep, Marc, Vicente, Belén, Cónsul, García, Jose, Manolo, Antonio, Esteban, Mariloli, Elena, Jose, Jordi, Delfín, César, Adán, Carlos, Pedro, Francisco, Toni, Montse, Ángel, Joan, Bea, Lupe, Mercè, Manel, Salvador, Lluís, Joan, Jorge, Francisco, Jordi, Pablo, Josep Maria, Zaida, Francesc, Joan, Jacobo, Eduard, Albert, Pedro, Merche... gracias.

La fábrica del conflicto

Además de en esta infraestructura material y personal, esta tesis se ha apoyado en una espléndida red de amigos. Para empezar, si no fuera por Fernando Hernández este texto nunca se hubiera escrito. Fue él quien me incitó a ir a Barcelona, a cursar un doctorado y unirme a su grupo de investigación; quien encontró un sitio para mí en la Facultad de Bellas Artes y me introdujo en la docencia no mucho después; quien me puso en contacto con algunas de las personas que más han influido en mi trabajo estos años. Fue a través de él que conocí, entre otros, a Aida Sánchez de Serdio, Carles Guerra y Jörg Müller. Sólo por lo que aprendí con ellos valió la pena emprender este camino. Prácticamente todo lo que he ensayado en esta investigación proviene de conversaciones con ellos y/o de los materiales que me recomendaron.

A Manuel Delgado me gustaría recordarle por haber contribuido a que mi desidia posmoderna se transformara, en el curso de apenas unas cuantas clases, en ganas de luchar por una ciudad mejor. Además, si no fuera por él y su pasión por cine quizá no hubiera conocido a Guillermo Beluzo, con quien no sólo he compartido una amistad incondicional, sino la aventura de dos documentales que han marcado profundamente esta investigación. En esa aventura, como en cada día que compartimos, tienen un lugar especial Aurelio Castro, su sabiduría fraternal y Roberto García.

En la Universidad de Barcelona encontré mi lugar, aunque fuera móvil, entre el Departamento de Antropología, la Facultad de Bellas Artes y el CECACE. En cada emplazamiento nunca faltó gente para impulsarme: nombrarles sería interminable. Más hacia el interior, en Bellaterra, Sergio Porcel y Brais Vilarinho siempre estuvieron ahí, para lo que hiciera falta, cuando hiciera falta. Fue Sergio, de hecho, quien me puso en contacto con Marc, que me recibió en la fábrica como un amigo, aunque no me conocía. Brais, entre otras muchas cosas, revisó todo lo que traté de escribir en catalán y lo convirtió en todo lo bueno que podía llegar a ser. En Granada, Silvio hizo posible con su paciencia que la maquetación no me resultara una odisea. Más allá de la península tampoco me sentí solo: en Bristol Ben Highmore me demostró que, a veces, lo que hay detrás de un autor que uno admira es incluso mejor que sus libros; en Londres Jon May me impulsó con su sano escepticismo.

En Tenerife (y La Gomera) familia y amigos han mantenido la esperanza y la ilusión en mi trabajo incluso cuando yo no la tenía. Mi padre y mis primos Juancar, Berti y Jaime me sorprendían periódicamente con mensajes conmovedores; mi madre, además de esto, ha sido mi lectora más atenta y cariñosa. Claro que apenas hubiera podido proveerle borradores y buenas noticias si no fuera porque, sencillamente, yo disfrutaba en Londres de una vida envidiable con Melissa. Ella es la principal razón de que estos diez meses de encierro voluntario hayan sido tan placenteros.

Brixton, julio de 2008.

PRÓLOGO.

El triple sentido que el *Diccionario de la Lengua Española* le otorga al adjetivo experimental, como aquello “fundado en la experiencia, o que se sabe y alcanza por ella”, “que sirve de experimento, con vistas a posibles perfeccionamientos, aplicaciones y difusión” y “que tiende a la búsqueda de nuevas formas estéticas y de técnicas expresivas renovadoras”, describe con bastante exactitud el texto que tiene en sus manos. En primer lugar, es fruto de dos años de trabajo de campo intermitente. En segundo lugar, es en cierto sentido un “ensayo” cuyos resultados deben aún ser evaluados por la comunidad científica. Por último, se trata en efecto de un trabajo que experimenta con formas narrativas no especialmente frecuentes en el ámbito académico, aunque sería exagerado calificarlas como “nuevas” o “renovadoras”.

El tema de estudio es, en pocas palabras, el conflicto en torno a una fábrica, Can Ricart, afectada por un plan urbanístico municipal, el Plan 22@ para la renovación de las áreas industriales del barrio del Poblenou en Barcelona. Esta sencilla enunciación oculta sin embargo la gran complejidad del asunto. Can Ricart ha sido uno de los principales conflictos urbanos en Barcelona en el último lustro. Aparentemente una cuestión urbanística, la controversia se ha desarrollado en realidad a múltiples niveles: patrimonial, jurídico, industrial, político. Ha dado lugar a un movimiento social de composición insólita (trabajadores, empresarios, académicos, políticos, artistas, okupas, vecinos) y con tanta capacidad de resistencia como propositiva. Ha servido también para plantear en la esfera pública cuestiones fundamentales para el presente y el futuro de Barcelona, como la participación ciudadana en el urbanismo, el lugar de la industria tradicional, el patrimonio industrial y la memoria obrera en la imagen de la ciudad, la economía de la especulación, el papel de los artistas y el sector creativo en el desarrollo urbano, o la crisis del proyecto de ciudad del ayuntamiento. El conflicto ha sido también concebido y representado de múltiples formas: mediante textos, estudios, gráficos, documentales, fotografías o páginas web. El resto de este trabajo es, en cierto sentido, una ordenación de y una circulación por este entramado relacional y heterogéneo.

Guía de lectura

El texto está organizado en tres partes (I, II y III), más este prólogo, un epílogo y un ensayo sobre metodología. En el prólogo se da cuenta de la génesis y

La fábrica del conflicto

transformación del proyecto de tesis hasta convertirse en lo que es ahora. El capítulo 0, “Orientaciones teórico-metodológicas”, sitúa la investigación en el campo y explica las decisiones metodológicas y los procedimientos empleados. Se trata de un ensayo en torno al doble compromiso que informa este trabajo etnográfico: con la restauración de la complejidad de los objetos de estudio y con formas de representación de cierta vocación antagonista. Desde mi punto de vista, se trata de algo así como el *making of* de la tesis. Como tal, puede ser perfectamente leído en último lugar.

Las tres partes forman el cuerpo principal del texto. Su organización es esencialmente cronológica, aunque no lineal. Como en seguida se verá, el tiempo narrativo no avanza siempre en sentido único. Cada parte aborda un momento y un conjunto de problemáticas diferentes, y por tanto toma una forma distinta.

La primera parte, “La Constitución”, estudia los procesos de formación del objeto en discordia, primero fábrica y luego recinto industrial, y de las fuerzas en oposición (el proyecto de renovación del ayuntamiento y la asociación de varias entidades contra el desalojo y derribo). El punto de partida es la primera gran manifestación por Can Ricart en abril de 2005. La atención está puesta sobre todo en las operaciones y artefactos que hicieron posible que allí estuviera quien estaba y se hablara del conflicto como se habló. En otras palabras, la primera parte se dedica a descomponer las partes en conflicto y estudiar su agregación.

La segunda parte, “A pie de fábrica”, describe en cierto detalle la dinámica de la fábrica antes y durante su desalojo. Tiene una correspondencia directa con mi trabajo de observación participante en la fábrica en la primavera y el verano de 2005. El objetivo principal es representar minuciosamente la vida cotidiana de algunos de los talleres del recinto en este periodo crucial. Los actores son aquí trabajadores, máquinas, piezas, encargos y sus relaciones. Esta parte recoge también las actividades de resistencia al plan de ayuntamiento llevadas a cabo durante ese periodo, fruto de la alianza constituida anteriormente. Esta es la sección más típicamente “etnográfica” en términos de escritura. Está además marcada por el desafío de describir la cotidianeidad de la fábrica “desde abajo”, a pie de tierra.

La tercera y última parte, “Transformaciones”, aborda el conflicto desde el momento que abandonaron la fábrica la mayor parte de las empresas hasta que el recinto fue parcialmente protegido por su valor patrimonial y parcialmente derribado, es decir, el período que va desde el otoño de 2005 al verano del 2007. La cuestión aquí son las sucesivas transformaciones del campo de batalla, de la alianza y del propio objeto. El énfasis está en las diferentes enunciaciones del conflicto y los diferentes modos y ámbitos de la lucha. Con respecto a su formato, es la parte más variada, pues el desafío no era otro que una captura justa de la multiplicidad y especificidad de discursos y prácticas.

El “epílogo”, como su propio nombre indica, ofrece unas reflexiones finales, aunque no en el sentido tradicional de “conclusiones”. Se trata más bien de un breve y final retorno al campo.

Mutaciones

Como suele suceder en procesos de investigación largos, este proyecto fue transformándose a medida que lo iba desarrollando. De hecho, lo esbozado más arriba se parece poco al planteamiento original. El relato de estos cambios podría ser importante para entender la forma final del proyecto. Podía haberlo incluido en el relato principal, y de hecho lo intenté en algún borrador, pero finalmente decidí que era mejor abordar las vicisitudes del proceso cuanto antes y librarnos así de lo que de otro modo acababa siendo un estorbo.

En otoño de 2004 contaba yo con una beca FPU del Ministerio (asociada a un proyecto sobre cambio identitario presentado por conveniencia mucho antes), había terminado ya el primer ciclo del doctorado en antropología social y cultural (con una investigación en torno al espacio público) y empezaba a acomodarme en la periferia de la periferia: dando clases de cultura visual en la Facultad de Bellas Artes, como parte de la sección de Educación Artística del Departamento de Dibujo. A esto había que sumarle que mi formación previa era aún en otro campo, la sociología. Pensaba, además, que mi tesis tendría que trazar una línea entre los distintos ámbitos de mi cotidianeidad académica.

Tardé unos meses en pasar de un conjunto de intereses más o menos conectados en torno al posfordismo, la construcción del sujeto, la vida cotidiana, la etnografía y el problema de la representación y la dialéctica entre prácticas urbanísticas y urbanismo practicado a un diseño preliminar del proyecto de tesis. El tema: los cambios en la vida cotidiana relacionados con la transformación del sistema productivo. La estrategia: una etnografía doble, o más bien paralela. Por un lado la desestructuración de la vida obrera, tomando como eje el cierre de una fábrica, y por otro la estructuración de un nuevo modelo de trabajo (y por ende, como hipótesis, de vida cotidiana, de sujeto, etc.) en una “nueva empresa”. La idea nunca fue comparar, sino yuxtaponer, a modo de collage.

A principios de 2005 este concepto de investigación se concretó en el proyecto de tesis que posteriormente presentaría al departamento: *Políticas de lo cotidiano: posfordismo, renovación urbana y vida cotidiana en el Poblenuou*. El objetivo principal era vincular los cambios en el capitalismo con la estructuración de lo cotidiano; rastrear el impacto de la lógica posfordista en la cotidianeidad a través de un estudio etnográfico de la transformación del paisaje urbano y humano del barrio del Poblenuou. Dicho de otra manera: tratar de entender las mutaciones del capitalismo a través del estudio de lo cotidiano; anclar el estudio de las grandes transforma-

La fábrica del conflicto

ciones del sistema económico y productivo en lo empírico, en las relaciones entre los sujetos, sus rutinas y sus espacios¹. El proyecto tomaba como marco espacio-temporal el barrio del Poblenou y el proceso de renovación vinculado al Plan 22@, que desde el año 2000 estaba dirigido explícitamente a la sustitución de los espacios y actividades industriales por un distrito de “nueva economía”.

Cuando mi preocupación por encontrar los casos perfectos para estudiar este doble proceso de desmantelación-implantación había derivado en parálisis, estalló públicamente el conflicto de Can Ricart y sentí que el primer caso *me había encontrado a mí*. Se trataba precisamente de una vieja fábrica textil transformada en recinto industrial que quedaba afectada por el Plan 22@. No sólo los trabajadores se habían organizado para resistir su expulsión, también un grupo de defensores del patrimonio industrial exigía la conservación del edificio por su valor histórico. Buena parte del resto del año la dediqué a estudiar el cierre de ésta fábrica y el impacto en la estructuración de la vida cotidiana de sus trabajadores. Entre otras cosas, hicimos un documental sobre el tema (Beluzo y Marrero 2005).

Esta suerte de revelación nunca ocurrió con el “segundo caso”. Había decidido trabajar sobre uno de los varios call-centers que habían florecido en el barrio y había logrado iniciar una dinámica de entrevistas y grupos de discusión con teleoperadores, nutriéndome de amigos muy cercanos. No obstante, empezaba a intuir que el criterio geográfico que yo había establecido tenía poco que ver con la naturaleza del trabajo y las trayectorias de los trabajadores, esencialmente móviles. Pronto “me quedé” sin teleoperadores con base en el Poblenou. Por otro lado, llegué a convencerme a partir de nuestras conversaciones que el único lugar posible desde el que estudiar el trabajo en un call-center con cierta profundidad era como teleoperador. Al contrario que en los talleres de Can Ricart, no podía sencillamente *visitar* cada día la fábrica. Sin embargo, mi beca me impedía cualquier trabajo remunerado. Me quedé atascado, o acomodado, en mi rutina universitaria. Y el tiempo corría.

La idea inicial era trabar relaciones con un conjunto compacto de sujetos en cada caso cuyo seguimiento debería arrojar luz sobre la cuestión del impacto del posfordismo en varias esferas: de lo laboral al ocio, del espacio público al privado/doméstico. El montaje de todos estos materiales heterogéneos había de ser una reflexión en torno a la simultaneidad de procesos discordantes, las complejidades y contradicciones de lo cotidiano. Un diseño interesante, pero que había obviado aspectos fundamentales: si en el caso del teletrabajo las relaciones con los sujetos existían pero no las condiciones para un trabajo de observación participante, lo opuesto era cierto para el caso de Can Ricart. No tuve dificultad en acceder a los talleres y observar sus rutinas, pero me di cuenta progresivamente de que mi planteamiento no despertaba el más mínimo interés en los potenciales colaboradores. Yo había previsto que sería complicado, pero factible, que compartieran conmigo sus experiencias fuera del tiempo de trabajo. Pero pronto estuvo claro eso requería

un tipo de relación que no se había dado; no había ninguna razón por la que ellos quisieran compartir su tiempo libre con un extraño, que además se encontraban repetidamente en su lugar de trabajo. Fuera por debilidad o respeto, lo cierto es que fui incapaz de forzar la situación y mi contacto con los trabajadores y empresarios de Can Ricart se limitó progresivamente a las actividades que organizaban para salvar el recinto. El conflicto se estaba transformando: con la mayoría de los talleres ya fuera del recinto con el cambio de año, la discusión se centraba entonces en la elaboración de un plan de conservación y usos sociales para el complejo que pudiera parar el derribo y la construcción de oficinas. Asistía a estas actividades, cada vez más alejadas de mi interés de investigación, más por inercia y sentido del deber que por convicción. Lo cierto es que eran las actividades que ocupaban las energías de una parte importante de la gente que había conocido y que, además, yo tenía cabida en ellas. Pero aún tardaría bastante tiempo en darme cuenta de esto.

En marzo de 2006 partí a Bristol a hacer una “estancia breve de investigación” en la Escuela de Estudios Culturales de la University of the West of England, con Ben Highmore. Era uno de los beneficios complementarios del programa de becas FPU, y él uno de los autores que habían moldeado mi forma de entender los estudios de vida cotidiana. Allí ocurrieron varias cosas que cambiaron definitivamente el rumbo de la investigación. Durante cuatro meses, lejos de Barcelona y del ajetreo de la universidad y las clases, pude concentrarme en el proyecto y dedicarme en exclusiva a él. Me sumergí en el material que tenía, lo puse junto a investigaciones similares, emergió su debilidad. Mi mirada había estado orientada por el interés sobre el impacto de la lógica posfordista en la vida cotidiana de la clase obrera tradicional. Esta formulación, sin embargo, daba por hecho cada uno de sus términos: impacto, lógica posfordista, clase obrera. Un examen detenido del propio material apuntaba a otras lógicas en juego y a otras preocupaciones por parte de los actores. El material sobre teletrabajo, por otro lado, era poco más que un comienzo, un intento de conceptualización conjunta de una serie de procesos más o menos desconocidos. Sorprendía la diversidad y riqueza de posicionamientos y experiencias, de formas de supervivencia y antagonismo, de acomodamientos y tolerancias. Los temas no sólo se alejaban del Poble Nou, también del marco del “impacto de la lógica posfordista” como yo lo había imaginado.

Tuve además durante este periodo la suerte de compartir con Ben Highmore un itinerario de lecturas y una dinámica continuada de discusión sobre etnografía y vanguardia. Más concretamente, sobre los dilemas de una etnografía de vocación empírica tras la crisis posmoderna, el giro textual y la desconfianza de la representación. El desafío que nos pusimos era doble, cómo recuperar el compromiso epistemológico con la realidad y revitalizar el compromiso político con su transformación. Una etnografía que pudiera acercarnos a los fenómenos que estudia “ahí fuera” en toda su complejidad y que al mismo contribuyera a interrumpir la aspiración a la transparencia propia del espectáculo, que comparten el naturalismo y el

La fábrica del conflicto

positivismo². Se estableció así una suerte de triángulo de debate entre la etnografía, las políticas de la representación y la producción de conocimiento científico que afectaría profundamente el curso del proyecto. No obstante, me llevó aún varios meses convertir este discurso en algo más que una mera declaración de intenciones.

De vuelta en Barcelona seguí aún durante bastante tiempo atado al proyecto de tesis, lidiando con dos objetos, Can Ricart y teletrabajo, que se volvían cada vez más indomables: según había avanzado en el estudio de los debates recientes en Actor-Network-Theory (ANT) y Science and Technology Studies (STS) me había ido liberando de la necesidad de controlar mis objetos³. Empecé a seguir las pistas de los actores, a enfrentarme a una explosión monádica. Cualquiera de las situaciones que había observado en la fábrica se volvía un universo de complejidad. Un tornero trabajando en un control numérico no era ya simplemente una situación de explotación en un taller. Describirla en detalle implicaba hablar del obrero y su biografía, pero también de la máquina y la suya, de la pieza, del encargo, del jefe que se preocupaba porque los chinos habían entrado en el mercado, de la hipoteca que había que pagar y que llamaba a hacer horas extra, de la propia organización física del espacio, que seguía ciertas normativas estandarizadas... Así, comprometiéndome con la materialidad al detalle, aplanando en lugar de buscando explicaciones en otros lugares, poniendo en relación, quería proceder.

La ampliación descomunal del campo de estudio me condujo a un punto crítico de conflicto entre el diseño del proyecto y el “carácter obstinado” de la realidad, como decía Blumer (1981). Ofuscado por *localizar* la transformación posfordista en el nivel de lo cotidiano, había construido el tipo de marco que ahora aspiraba a derribar. Empeñado en construir un artefacto interesante, había hecho un diseño de tesis que empezaba a convertirse en un lastre, que me obligaba a dejar de lado muchos hilos que surgían de la investigación, cuando no directamente a apartar la mirada de ellos. En realidad, se trataba de algo muy sencillo: abrazar la complejidad de un objeto de estudio como Can Ricart, dejarse morder por él, me llevaba a sitios y temas que poco tenían que ver con el teletrabajo. Y viceversa. Tras pensarlo y hablarlo mucho, tomé la decisión. A principios de 2007 abandoné el estudio del teletrabajo y centré todos mis esfuerzos en Can Ricart. No se trataba ya del impacto que su cierre había tenido en las vidas de los trabajadores, sino de un grave conflicto urbanístico y político en el que una multitud de actores participaban movilizand o lógicas propias. La progresiva transformación del ámbito del conflicto, que había visto de reojo, requería un análisis más detenido, como también todas aquellas actividades que se habían organizado durante la lucha (bicicletadas, proyecciones, manifestaciones, vermut, recogidas de firmas), todos los documentos que se habían producido, las alianzas, deserciones y desencuentros, la explosión de discursos públicos sobre el conflicto, el estatus del patrimonio industrial, el debate sobre la memoria histórica de las clases populares, etc. No se trataba

ya de encontrar la forma en que las teorías sobre la transformación de la metrópolis me permitían entender de una manera más profunda lo que ocurría en Can Ricart. Quizá fuera cuestión de darle la vuelta a la cuestión y explorar hasta qué punto lo que había ocurrido en la fábrica, en su singularidad, podía ayudar a entender lo que ocurría en Barcelona y/o en otros lugares. Por otro lado, durante la mayor parte del curso 2006-2007 estuve involucrado en la producción de un segundo documental sobre el conflicto, cuya estructura reflejaba en parte esta nueva aproximación metodológica (Marrero/Beluzo/García 2007).

La decisión de centrarme en un caso me permitía desarrollar el tipo de compromiso epistemológico que me interesaba ensayar. Pero por otro lado implicaba una tarea no menos fenomenal: darle un nuevo sentido a todo el trabajo hecho hasta el momento. Se trataba de hacer estallar la complejidad del objeto con todas las limitaciones de un trabajo de campo hecho desde otro posicionamiento; reconstituir su vitalidad, su cotidianeidad, a través de la dinámica que le era propia, no la que yo había querido atribuirle. Así, tuve que leer a contrapelo mi diario de campo, buscar pistas olvidadas en las entrevistas y, sobre todo, volver al objeto, a los sujetos y a la biblioteca con nuevas preguntas. A esto me encomendé el resto del tiempo hasta agosto de 2007, momento en que di por concluido el trabajo de campo.

En septiembre volví a marcharme, esta vez a Londres, al Departamento de Geografía del Queen Mary College, con Jon May como anfitrión. Empecé a escribir el 3 de septiembre de 2007 en un piso temporal en Westbourne Park. Terminé el 2 de julio de 2008 en la que fue mi casa, en Brixton. Apenas hice otra cosa durante esos diez meses.

Forma y formato

Hay una serie de decisiones formales que quizá convenga explicar. Con respecto a las citas, he preferido no reducir el tamaño de su fuente o sangrarlas, ya que quise abolir la jerarquía entre textos. De este modo, espero, quedan incorporadas al texto como parte integral. Como se verá, esto era importante en la apuesta por respetar su textura original.

Con respecto a las traducciones entre castellano y catalán, las he evitado en la medida de lo posible. El contexto de estudio era profundamente bilingüe y he querido preservarlo así. Textos y entrevistas son siempre citados en su idioma original, excepto cuando se trata de fragmentos integrados en una oración, circunstancias en las que he preferido unificar el idioma. No obstante, reconozco que la prevalencia del discurso indirecto ha implicado cierta reducción del bilingüismo.

Por último, también con la idea de agilizar la lectura, he recurrido a numerosas abreviaturas, sobre todo para entidades y dispositivos legales. Una lista de las mismas se encuentra en la última página, para facilitar su consulta.

La fábrica del conflicto

El carácter público del conflicto y el rol que en él adoptaron algunos sujetos hacía imposible preservar su anonimato. No lo he intentado. Otro grupo de personas, que tuvieron la ocasión de revisar los borradores, prefirieron salir con su nombre real. El resto aparece con pseudónimos. Algunos nombres de empresas, piezas y lugares han sido también modificados.

Un apunte sobre el título. *La Fábrica del Conflicto* hace en efecto referencia a los diversos significados de la expresión: por un lado “fábrica” como fabricación/construcción, como establecimiento industrial y, por influencia del inglés, como textura; por otro, Can Ricart como una fábrica en discordia, pero también Barcelona como una fábrica de conflictos.

Notas

1. Esta primera formulación estaba muy influida ya por las posibilidades que a mi parecer prometía el encuentro entre etnografía, estudios de vida cotidiana y estética modernista. La inspiración provenía aquí, sobre todo, de Walter Benjamin (2005), Henri Lefebvre (1972), Michel de Certeau (2000, 1999), Georg Simmel (1972, 2001) y la Internacional Situacionista (1997). También el cine de Dziga Vertov (1929), Walter Ruttmann (1927) o Jean Rouch (1960) me servían de referencia. Investigaciones como las de Sennett (2000) y *Precarias a la Deriva* (2004) introducían un fundamental elemento de narrativas personales. Por otro lado, el interés por el vínculo antes que los vinculados, por las relaciones sobre los sujetos, era el legado más evidente del interaccionismo simbólico (Blumer 1981) y la obra de Erving Goffman (entre otros, 1979, 1986). Con respecto a la conceptualización de lo que aquí he denominado sumariamente “lógica posfordista” o transformación reciente del capitalismo me remito a la discusión que introduce el capítulo 0.

2. Entre las muchas etnografías que revisamos, debo destacar por el impacto formal que en mí dejaron: Kracauer (1998), Berger y Mohr (1975), Rabinow (1996), *Mass-Observation* (1986, 1987), Linhart (2003) y Jennings (1985). Sobre el tema de la vanguardia, fueron fundamentales Roberts (1998), Frisby (1985), Boym (1994), Willett (1978), Perloff (1986), el propio trabajo de Highmore (2000) y, sobre todo, Brecht (1964, Bloch et al. 1977). Durante ese periodo, a sugerencia de Jörg Müller, tomé también contacto con la obra reciente de Bruno Latour (2005), lo cual no hizo sino acelerar el proceso de reformulación metodológica.

3. Ofrezco una relación exhaustiva de esas lecturas en el siguiente capítulo. No obstante, debo señalar el “interludio en forma de conversación” de *Reassembling the Social* (Latour, 2005) como síntesis casi perfecta de esta transformación. Allí, un alumno en busca de “marcos teóricos” –tal y como le exigía su tutor– se ofusca al comprobar que todo lo que ANT le podía ofrecer era justamente el abandono de una idea semejante: una descripción que necesitara un análisis posterior era simplemente una mala descripción.

0.

ORIENTACIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS.

Los métodos se gastan, los encantos se desvanecen. Surgen nuevos problemas y requieren nuevos métodos. La realidad se modifica; para representarla, debe cambiar el modo de descripción.

Bertold Brecht.

Encrucijada, crisis, agotamiento, fracaso, impostura. El llamado “Modelo Barcelona” se enfrenta actualmente a un amplio, aún matizado, consenso crítico. El urbanismo barcelonés, causa de orgullo, celebración y optimismo generalizado hasta hace no tanto es hoy motivo de un cúmulo de malestares (Degen y García 2008, Delgado 2007, Capel 2005). Si los Juegos Olímpicos de 1992 sirvieron de sinécdoque del éxito de la transformación emprendida en 1979, el Fòrum de les Cultures 2004 lo ha sido de su deriva (Assemblea de Resistència al Fòrum 2004a, 2004b; Unió Temporal d’Escribes 2004). Una de las particularidades de Barcelona es, de hecho, la extraordinaria proliferación discursiva que ha generado alrededor de sí misma: la gran reconfiguración de la ciudad en los últimos treinta años ha sido profusa y continuamente estudiada; el “modelo” ha sido teorizado e incluso dispuesto para su exportación. Ciertamente, pocas ciudades tan pequeñas han recibido tanta atención de un modo tan sostenido.¹

Este trabajo se suma inevitablemente a este conjunto de producciones, tratando eso sí de ocupar un espacio discursivo menos poblado: la descripción en detalle de un conflicto concreto, en este caso el que ha rodeado a la fábrica Can Ricart. En este sentido, es necesario establecer al menos sintéticamente vías de relación entre esta tesis y el campo discursivo más amplio en el que sitúa: la transformación de Barcelona en el marco de la crisis de la ciudad industrial. Teniendo en cuenta la naturaleza del conflicto que nos ocupa, son también necesarias algunas consideraciones sobre la historia y la memoria urbana, en especial en torno al patrimonio industrial; así como sobre los nuevos movimientos sociales.

La narrativa de la transformación de las ciudades en los últimos treinta años se ha vuelto, diría, un lugar común: la crisis del sistema fordista-keynesiano dio lugar al desarrollo de nuevas formas de acumulación y disciplina basadas en la hegemonía del mercado, la flexibilidad y la competición. Agotado el viejo sistema de producción, las ciudades lucharon por la captación de otros flujos de capital, como el consumo o la inversión privada.² El gobierno, o mejor, la gobernanza de la ciudad, pasó de un modelo gerencial a uno empresarial, más “afinado” a las nuevas condiciones de movilidad del capital y la competición entre ciudades (Harvey

La fábrica del conflicto

1989a; Hall y Hubbard 1998).³ Las repuestas individuales mostraron una gran variación, pero teóricos de lo urbano como John Short han establecido aspectos recurrentes, como la “regeneración”, “renovación” o “reforma” de importantes espacios, la organización de grandes eventos o la transformación de la imagen y la reescritura de la ciudad. En el mundo anglosajón se habla de las cuatro “ces” imprescindibles para toda ciudad que aspire a algo en el mercado global: *culture, consumption, cool, cosmopolitan* (Short 2006; Hubbard 1996).

Antes de seguir con esto último, será útil revisar brevemente las conceptualizaciones de los procesos más recientes de reestructuración del capital, pues de alguna forma son la base para la reflexión sobre la ciudad *posfordista*. Del mismo modo que Antonio Gramsci (1971: 302) definió “fordismo” en relación a “americanismo” como un conjunto inseparable de métodos de trabajo y modos de vida, pensamiento y sentimiento⁴, el término “posfordismo” trata también de capturar una dinámica que va más allá de la economía⁵. Según Christian Marazzi (2003), lo que mejor distingue la transición del fordismo al posfordismo es precisamente el lugar central que la comunicación ocupa en la innovación tecnológica-productiva ligada a la producción flexible: la descentralización, la externalización, el *just in time*, el *zero stock*, la diversificación de la oferta o la organización en red se apoyan en la existencia de un flujo permanente de información. Más aún, el posfordismo describe el proceso según el cual la producción de valor ha escapado al lugar de trabajo para ocupar la vida misma, en parte ya que las herramientas para su producción son inmateriales e inseparables de la vida social, como el conocimiento, el habla o la innovación (de ahí las expresiones “fábrica social” y “giro lingüístico del capitalismo”) (Blondeau et al. 2005; Lazzarato 2001). Posfordismo se refiere, además, a esa fase del capitalismo en la que la resistencia y la crítica contra él dirigidas se vuelven recursos: una de las principales novedades del capitalismo posfordista ha sido efectivamente la captación del impulso antagonista como fuerza motriz (Boltanski y Chiapello 2002; Virno 2003). Este conjunto de cambios se pueden calificar de radicales, ya que entre otras cosas han supuesto el desmantelamiento de la clase obrera tradicional, sus formas de organización y sus derechos asociados al estado del bienestar. No en vano, Paolo Virno (2001) habla de contrarrevolución. La crisis del fordismo que comenzó en los setenta fue, por extensión, la crisis de la ciudad industrial. La reorganización de la producción se tradujo, a escala urbana, en una fuerte tendencia a la desindustrialización y a la terciarización. Es en este marco que hay que situar la reflexión sobre la transformación de Barcelona.

“En nombre del progreso material de los ciudadanos y a efectos de paliar la crisis social que dejaba la desindustrialización de la ciudad, se establecieron las estrategias de política urbana para adecuar el espacio barcelonés a una economía cada vez más globalizada. Dar visibilidad a la ciudad para situarla en el mercado mundial de ciudades a fin de conseguir la atracción de los nuevos flujos de capitales y consumo foráneo en forma de turismo fue la apuesta de los gestores de la moderniza-

ción y la modernidad urbana” (Benach y Tello 2004: 96).⁶ La respuesta, el “Modelo Barcelona”, se basó en grandes y prestigiosas actuaciones públicas que atrajeran al sector privado, actuando la administración como promotora de la inversión privada (Sánchez 1992) y acompañando esta labor con una dedicada estrategia de *marketing* y promoción: la producción de una “imagen” de la ciudad (Benach 2000). Desde luego, la especificidad del modelo no radicaba en sus objetivos (Marshall 2000; Balibrea 2005). En todo caso, tuvo que ver con el procedimiento, “especialmente en la búsqueda de consenso general y colaboración entre los agentes públicos y privados” (Monclús 2000: 61). O quizá su verdadera particularidad fuera la extensión de la transformación y la escasez del conflicto, lo que se ha venido a llamar su “éxito”. Sería imposible entender la situación actual de Barcelona, o el conflicto de Can Ricart, sin tener en cuenta este pasado reciente.

Según la reconstrucción hegemónica, habría que distinguir al menos dos periodos⁷: el que va desde la restauración de la democracia participativa y la llegada al poder local del partido socialista en 1979 hasta mediados de los noventa; y desde entonces hasta ahora. El primer periodo, según Jordi Borja (2004), estuvo marcado por un “urbanismo ciudadano” claramente dirigido desde el ayuntamiento: la construcción de espacios y equipamientos públicos, la mejora de las infraestructuras y la imagen física de la ciudad y el consenso cívico en torno a los grandes proyectos. Con los Juegos Olímpicos como motor y la “monumentalización de la periferia” como lema, se llevó a cabo una transformación con un fuerte sentido de proyecto global, en el que las grandes operaciones estaban ligadas a las pequeñas intervenciones (Bohigas 1985). Josep Maria Montaner (2004) habla de un periodo basado en la adecuación local, la participación, una conceptualización de conjunto y una búsqueda de equilibrio estructural.

Según Borja, no obstante, el éxito del modelo tuvo una serie de efectos perversos. El más importante, el fortalecimiento de la iniciativa privada frente a un proyecto global público debilitado. Borja y Montaner coinciden en que a partir de mediados de los noventa, con la exposición *Barcelona New Projects* y la cesión a la presión de la inmobiliaria Hines en la operación de Diagonal Mar, se caminó hacia un urbanismo de negocios: parcial y fragmentado, segregado, opaco, hecho a partir de objetos autónomos de firma, sin interlocutores locales, prepotente, tecnocrático, importado e impuesto, genérico. La ausencia de un verdadero proyecto metropolitano habría derivado en la victoria de la arquitectura sobre el urbanismo: “la arquitectura se impone al urbanismo de la misma forma que el formalismo urbanístico se impone a los contenidos y los usos sociales” (Borja 2004: 179). Las operaciones vinculadas al Fòrum 2004 serían el emblema y la apoteosis de este urbanismo-espectáculo-especulación.

Esta conceptualización basada en la *discontinuidad*, asumida también por figuras como Horacio Capel (2005, 2007) y entidades como la FAVB (Andreu 2008) ha sido cuestionada por una narrativa de *continuidad*. Manuel Delgado, por ejemplo,

La fábrica del conflicto

ha escrito: “No cabe duda de que se han cumplido con creces las intuiciones de las pocas voces que, en el momento culminante del llamado “espíritu olímpico”, supieron reconocerlo como un dispositivo puramente retórico al servicio de la terciarización y tematización de Barcelona, de su conversión en un espacio de y para el consumo y su plegamiento a los requerimientos del capital internacional: incorporación a la mundialización, nuevas periferias sociales, refuncionalización del espacio urbano en clave de mercado, reapropiación capitalista de la ciudad...” (Delgado 2007: 38).

Núria Benach y Rosa Tello se muestran igualmente críticas: “La celebración de los Juegos Olímpicos de 1992, que marcó un hito en el proceso de transformación urbana, permite lecturas diversas; si por una parte la propia celebración de los juegos pudo significar “la puesta de largo de Barcelona”, “su presentación en público”, o “su instalación en el escaparate económico mundial”, por otra parte, las intervenciones urbanísticas sobre espacios urbanos con frágil tejido social fueron el banco de pruebas de la resistencia o aquiescencia de los ciudadanos para renunciar a su propio poder sobre la política urbana. Si la creación de nuevos espacios urbanos altamente simbólicos y con alto valor económico no comportaba excesiva o casi nula conflictividad social, la estrategia de renovación urbana podía intensificarse y ampliarse mucho más de lo que se hizo desde 1986 hasta 1992 para el macroevento olímpico, y afectar incluso amplias zonas de bajo valor económico y denso tejido social aquietado por los efectos y miedos de la reestructuración productiva. El test arrojó datos positivos: desde 1992 los flujos de consumo vinculados al turismo no dejaron de crecer; crecieron las inversiones privadas en capital inmobiliario; aumentaron las inversiones, aunque menos de lo que se esperaba, en empresas de alto valor añadido; la conflictividad social estuvo ausente del proceso de reestructuración económica-urbana de la ciudad olímpica, a pesar del creciente aumento del precio de la vivienda, de la precariedad laboral... Todo lo contrario, en lugar de conflicto se fabricó consenso” (Benach y Tello 2004: 96).

Desde el punto de vista de estos tres autores, por tanto, no existiría ruptura alguna a mediados de los noventa, sino profundización de una lógica que se había mostrado especialmente efectiva para el proyecto de transformación de la ciudad. En todo caso, de una forma u otra, mediante el recurso a la continuidad o la discontinuidad, el acuerdo al que se ha llegado en la crítica al urbanismo barcelonés en la última década, al que me refería más arriba, resulta extraordinario. En una notoria inversión semiótica, el emblema de la imagen de la ciudad proyectada por el ayuntamiento, la marca BCN, se ha convertido también en símbolo del descontento (Unió Temporal d’Escribes 2004). En palabras del colectivo Espai en Blanc (2004: 18): “la marca Barcelona, lejos de representar esa alternativa seductora, constituye el auténtico laboratorio del fascismo posmoderno: el laboratorio de un nuevo régimen de dominación que ya no se basa en la disciplina y el consenso sino en la movilización total de las diferencias hacia un solo proyecto; [la] movilización total de la vida; [la] automovilización.”⁸

Uno de los aspectos más estudiados en relación a esta última etapa ha sido el papel de la cultura en las estrategias de renovación urbana (García 2004; Subirats y Rius 2005; Dodd 2003; Gdaniec 2000). Siguiendo la formulación clásica de George Yúdice (2002), la cultura ha sido, en efecto, un importante recurso para la transformación. Tal y como concluye Mari Paz Balibrea (2001: 192): “el fenómeno más destacable en el proceso de cambio urbano –esto es, en las grandes transformaciones acaecidas en el texto y tejido urbano de Barcelona- es la extraordinaria ampliación del terreno material y simbólico ocupado por la cultura. Los cambios más importantes que han afectado al cuerpo social y a la economía han sido justificados en nombre de la cultura, que se ha convertido en su eje estructural. Ha sido invocando la cultura que la continuidad ideológica del consenso con respecto a la ciudad se ha hecho posible.” Esto fue ya denunciado en la “Declaración Final del IX Congreso de Antropología del Estado Español” de 2002, que criticaba el uso de la cultura como coartada para grandes operaciones urbanísticas (como el entonces en preparación Fòrum 2004), para “justificar todo tipo de atropellos” en nombre de políticas de inmigración o “extranjería” y, en definitiva, para “la naturalización de las asimetrías sociales y la justificación ideológica de la exclusión social” (Asamblea de Resistència al Fòrum 2004: 113-117). Fue precisamente alrededor del Fòrum 2004, la apoteosis de la utilización de la cultura como recurso (tanto de transformación física de la ciudad como de movilización ciudadana –recordemos el eslogan las “olimpiadas de la cultura”), que la crítica a esta dinámica se articuló, a nivel local, de un modo más sólido.⁹

En el caso que nos ocupa, el conflicto de Can Ricart, el status de la cultura es de algún modo diferente. Como se explica en la parte I, el Plan 22@ para la reforma de las áreas industriales del Poblenou tiene como *leitmotiv* la economía del conocimiento y otorga, de modo sorprendente, un lugar muy limitado a la cultura. Incluso en sus formulaciones más divulgativas, las alusiones a la cultura son vagas o inexistentes. No forma parte ni de los tres “vectores” de la reforma ni de los siete “motores” de la renovación (22@Barcelona 2007). Por otro lado, como se verá en las partes I, II y III, la cultura (como legado pero también como recurso) ha sido justamente uno de los argumentos esgrimidos por la Plataforma Can Ricart contra el plan, a través, por un lado, de la defensa del patrimonio industrial y, por otro, de las industrias culturales o el trabajo creativo. En el conflicto de Can Ricart se ha producido por tanto una suerte de paradoja, pues ha sido el movimiento social el más comprometido con lo que ha llegado a convertirse, según Malcom Miles y Ronan Paddison (2005: 833), “en parte de la nueva ortodoxia por la que las ciudades buscan reforzar su posición competitiva[:] la idea de que la cultura puede ser empleada como impulso para el crecimiento económico urbano.”¹⁰ Efectivamente, una de las particularidades del conflicto de Can Ricart ha sido la tenacidad y perseverancia con la que el movimiento social ha luchado por una alternativa que considerara el potencial del patrimonio y la creatividad como motores de desarrollo urbano.

En un estudio reciente del patrimonio arquitectónico moderno de posguerra en Inglaterra, Aidan While (2006) ha señalado la tensión fundamental en la que se sitúa su conservación, entre la explotación del suelo por y para el capital y las consideraciones históricas, artísticas y estéticas, lo que él llama las “fuerzas de destrucción creativa” y las “fuerzas de preservación creativa”. No se trata, sin embargo, de una simple confrontación bilateral: en los procesos de renovación de las ciudades postindustriales, la explotación del patrimonio como recurso ha sido recurrente –como también ha sido su mera transformación en mercancía¹¹. El caso de Can Ricart plantea con riqueza esta compleja dinámica entre la voluntad de destrucción, de conservación y el riesgo de banalización. Tratándose además de patrimonio industrial, el debate se sitúa de lleno en las políticas de lectura/escritura de la historia de la ciudad. Los edificios industriales, testigo de historia y memoria obrera, tienen, como se verá en detalle más adelante, un lugar difícil en la narrativa que se ha articulado en torno a la marca BCN, uno de cuyos ejes ha sido la disociación con respecto a la industria, el conflicto, la deprivación y la depravación (Smith 2005: 407).¹² Como han mostrado Short et al. (1993), la ruptura con la ciudad industrial requiere tanto la reconstrucción física del tejido urbano como la reescritura del significado de la ciudad: la sustitución de espacios e imágenes vinculadas a lo industrial por otras más “positivas” y “limpias” es condición necesaria para la transición a la ciudad posfordista (Watson 1990). La amnesia, el olvido o el borrado se vuelven así principios de ordenación urbana (Klein 1997).¹³

La situación de las industrias culturales en el conflicto de Can Ricart es, si cabe, aún más desconcertante. En primer lugar, y yendo en contra de la realidad existente en el barrio del Poblenou, el Plan 22@ como estrategia de regeneración económica las tiene en cuenta, si acaso, de un modo marginal. Más aún, el 22@ ha sido acusado de destruir buena parte de ese “tejido creativo” (véase Parte III del presente estudio). Una parte de los afectados por el plan de demolición de Can Ricart eran, sin ir más lejos, artistas que habían llegado allí a mediados de los noventa. Lo mismo ha ocurrido en otros espacios del Poblenou como La Escocesa, El Submarino o Caminal. En una variación del tema clásico¹⁴, aquellos que solían constituir la vanguardia del cambio han sido expulsados antes de que éste se materializara. Frente a esta dinámica, el movimiento por Can Ricart ha defendido los espacios de creación y el papel del sector quinario en el desarrollo de la ciudad –apropiándose así de un discurso ejercido frecuentemente por los agentes de la reforma urbana (Pratt 2008; Oakley 2004).

Desde el punto de vista del análisis de los movimientos sociales, el conflicto de Can Ricart ofrece de hecho un desafío singular. Por un lado, como en seguida se verá, la *acción* de los colectivos reunidos en la Plataforma Salvem Can Ricart, principal actor del movimiento, ha combinado la resistencia, la movilización y la elaboración de proyectos alternativos. Por otro, su *composición* ha sido variable y ha tendido a la asociación de grupos tradicionalmente escindidos (empresarios, artis-

tas, académicos, trabajadores) y con poco en común. Sus *objetivos*, por último, han abarcado, entre otras cosas, la suspensión de planes urbanísticos, el cuestionamiento del modelo de ciudad, la negociación de indemnizaciones o la recuperación de espacios para la ciudadanía. Esta multiplicidad de actores, de planos de actuación y de procedimientos de lucha es lo que he tratado de mostrar a lo largo de las tres partes del texto. De algún modo, mi aproximación retoma el análisis de las variables clásicas identificadas en la literatura especializada (Castells 1997, 1986): la identidad o autodefinición del movimiento social, su adversario o enemigo y sus objetivos. No he, sin embargo, tratado de aplicar una teoría de los movimientos. Esta vía de trabajo ha sido ya desarrollada en otros trabajos, a los cuales me remito (Martí 2008; Kriznik 2008, 2005; Leiva et al. 2007; Casademunt et al. 2006; Calavita y Ferrer 2000). En mi opinión, la particularidad de la Plataforma Salvem Can Ricart, unida a la falta de perspectiva histórica sobre el conflicto, hacía mucho más urgente la descripción de sus actividades que la teorización de las mismas.

He presentado hasta ahora, de forma extremadamente sucinta, un primer conjunto de debates en el que se sitúa esta investigación. La segunda parte de este capítulo la dedicaré a presentar en detalle el tipo de etnografía que he tratado de desarrollar y sus procedimientos. El centro de esta investigación, como ya avancé, ha estado en el ensayo de ciertos *modos de hacer* que requieren ser discutidos¹⁵.

Cuestiones de método

Una etnografía más respetuosa con sus objetos de estudio, más comprometida con la realidad y su transformación. Tal es el desafío metodológico y político que he querido plantear en esta investigación. En un contexto frecuentemente escindido entre el “giro textual” y el “positivismo naturalista” (Clifford y Marcus 1986) parecía oportuno buscar vías alternativas de trabajo, aprendiendo tanto de la puesta en crisis de la representación del primero como de la voluntad científica del segundo, y sin renunciar a la investigación como intervención política¹⁶.

He dividido esta sección en algo así como tres “principios metodológicos”. Cada uno de ellos aborda un aspecto fundamental de la propuesta metodológica, y es a su vez empleado especialmente en cada una de las tres partes de la tesis. He tratado así de reflejar en la organización de este texto los principales procedimientos que las caracterizan. En todo caso, los solapamientos son múltiples. Este capítulo debe ser tomado en su conjunto: es algo así como la caja de herramientas con la que construí el artefacto que tiene en sus manos.

El primer pilar de mi posición metodológica lo constituye una sencilla afirmación de ascendente pragmatista: para definir un objeto no se recurrirá a la búsqueda de su esencia, sino al estudio de sus propiedades y relaciones. A lo cual habría que

añadir una afirmación típicamente semiótica: las entidades adoptan su forma y sus atributos como resultado de su relación con otras entidades; no tienen, por tanto, cualidades inherentes. Esto implica a su vez una consideración historicista: la propia definición y naturaleza del objeto estará sujeta a variaciones a lo largo del tiempo. Lo cual nos lleva a una última afirmación performativa: la mera existencia de una entidad debe ser concebida como un logro más que como un hecho, pues dejará de existir en el momento que deje de ser practicada¹⁷.

Este punto de partida metodológico está muy influido por los modos de hacer de la teoría del actor-red (ANT) y los estudios de ciencia y tecnología (STS), y en particular por el trabajo de Bruno Latour y John Law. Sin embargo, dista muchísimo de constituir una novedad. En muchos sentidos no deja de ser sino una prolongación del pragmatismo de William James o la monadología de Gabriel Tarde. El vínculo entre estos dos autores coetáneos ha sido de hecho recientemente trabajado por Maurizio Lazzarato (2006: 30-34)¹⁸ y lo podemos observar en las siguientes citas. La primera está extraída de “¿Qué significa el pragmatismo?”, título de una lección de James del año 1904; la segunda de *Monadología y Sociología*, una obra originalmente publicada por Tarde en 1893.

“El pragmatismo representa una actitud perfectamente familiar en filosofía, la actitud empírica: pero la representa, a mi parecer, de un modo más radical y en una forma menos objetable. El pragmatismo vuelve su espalda de una vez para siempre a una gran cantidad de hábitos muy estimados por los filósofos profesionales. Se aleja de abstracciones e insuficiencias, de soluciones verbales, de malas razones *a priori*, de principios inmutables, de sistemas cerrados y pretendidos *absolutos* y *orígenes*. Se vuelve hacia lo concreto y adecuado, hacia los hechos, hacia la acción y el poder. [...] Al mismo tiempo, no representa ningún resultado especial. Es un método solamente[.] la actitud de apartarse de las primeras cosas, principios, categorías, supuestas necesidades, y de mirar hacia las cosas últimas, frutos, consecuencias, hechos. ¡Y punto final respecto del método pragmatista!” (James 1961, segunda conferencia).¹⁹

“Hasta aquí toda la filosofía se ha fundado sobre el verbo *Ser*, cuya definición parecía la piedra filosofal a descubrir. Se puede afirmar que si hubiera sido fundada sobre el verbo *Tener* muchos debates estériles, muchos pataleos del espíritu habrían sido evitados. Imposible deducir de este principio, “yo soy”, a pesar de toda la sutilidad del mundo, ninguna existencia más que la mía; de ahí la negación de la realidad exterior. Pero pongan ante todo este postulado, “yo tengo”, como hecho fundamental y lo *poseído* y lo *poseedor* estarán dados a la vez como inseparables” (Tarde 2006: 88-89).²⁰

Como bromeaba Latour a propósito de esto, “tener o tener, ésa es la cuestión”: “si la *esencia* era manera de definir una entidad en la filosofía del verbo “ser”, en la filosofía del “tener” una entidad se define por sus *propiedades* y su *avidez*”

(Latour 2001: 128). Frente al repliegue en la propia entidad y en su “identidad”, el método de Tarde conduce al análisis de propiedades y propietarios, relaciones y asociaciones. Frente al aislamiento, la apertura.

Evidentemente, sería posible rastrear otras genealogías para una investigación etnográfica marcada por el pragmatismo. En este sentido, la sociolingüística o etnografía de la comunicación, el estudio del lenguaje a partir de los usos de la lengua, sería una filiación a reivindicar (p.e. Hymes 1974). También lo son los estudios del espacio y el orden público como *logro colectivo*, producto de la cooperación, las prácticas y las competencias de los usuarios (Marrero 2008a). En todo caso, espero que a lo largo de este ensayo quede claro el sentido específico que tiene para esta investigación alinearme con esa tradición que va de Tarde a Latour, y no con otras.

A la hora de encarar un objeto de estudio como el conflicto de Can Ricart, este primer principio de actuación se tradujo en no dar por hecho ninguno de los elementos de la contienda, en estudiar sus procesos de constitución, sus asociaciones, su práctica. Allí donde se hablaba de una Plataforma para salvar la fábrica me detuve a estudiar sus partes y las relaciones entre ellas, las operaciones que dieron lugar a la alianza y que la sostenían, las estrategias para hacer público el conflicto, los mecanismos de oposición, la elaboración de eslóganes, la transformación de los mismos... Allí donde se hablaba de un recinto fabril me detuve a estudiar su construcción material y conceptual, sus variaciones en el tiempo, sus propiedades y su propietario... Incluso allí donde se hablaba del Plan 22@ como un instrumento urbanístico traté de verlo en relación a una larga sucesión de discursos y planes de transformación de un territorio en permanente negociación. Ninguno de estos elementos podía ser tomado como hechos dados y acabados, más bien era interesante estudiar los esfuerzos para presentarlos como tales. La parte I, y en menor medida la II y la III, pone por tanto el énfasis en el continuo trabajo que requería mantener cada entidad como tal, sus transformaciones, sus relaciones con otras entidades.

El primer “principio” es tan sólo el comienzo de un compromiso más amplio con la restauración de la complejidad de los objetos de estudio. Este compromiso implica una serie de operaciones derivadas que abordaré a continuación.

En primer lugar, el desarrollo de una relación más *analógica* con la realidad requiere abandonar radicalmente la *lógica de la aplicación* de teorías e interpretaciones fabricadas en unos contextos para explicar otros. Esta lógica no es sino un instrumento de pacificación y contención de la alteridad de los objetos de estudio, que “establece una relación pasiva entre objeto y método, estudiante y teoría, el mundo y su escritura” (Highmore 2006: 6). La alternativa a este modelo de domesticación pasa por reconocer la *singularidad* de todo objeto de estudio y permitir una verdadera *alteración* del sujeto observador y del aparato teórico y metodológico. “Para dejar

La fábrica del conflicto

que el objeto contraataque, para no pacificarlo, se necesita una forma de atención interrumpida y que interrumpa; un descarrilamiento de la observación: ver el objeto fuera del marco que ya ha sido fabricado para él” (ibid.: 7).

Ya expliqué en el prólogo que algo así traté de hacer en esta investigación a partir de cierto momento. Otro ejemplo de esta transformación es necesario para avanzar en la argumentación. Me serviré para ello de *De Cadenas y Hombres*, una breve etnografía de Robert Linhart (2003). Aquí, un objeto para el que había preparado todo un aparato de análisis cobra vida propia obligando al investigador a reconsiderar su tarea. Linhart acudió a una fábrica de Citroën en Choisy tras el Mayo del 68 francés, dispuesto a trabajar en la cadena de montaje, proletarizarse y poder así organizar mejor a los obreros en la lucha contra el capital. Pero tuvo que pasar mucho tiempo hasta que pudiera empezar el trabajo de organización política, suficiente como para *dejarse hacer* por aquello que pretendía cambiar. Su cuerpo, su vida cotidiana, sus ideas se transformaron: la fábrica no era lo que Linhart había imaginado; la cadena de montaje no funcionaba como él pensaba; ni siquiera la clase obrera era lo que él creía. Esta última “se diluye en una infinidad de situaciones individuales donde no logro encontrar un punto de apoyo sólido. Hasta las famosas palabras “clase obrera” han dejado de tener para mí el significado que tenían en el pasado. No es que antes ignorara que encubrían una realidad más profunda, pero la variedad y la movilidad de esta multitud de obreros que me rodea me han conmovido y deprimido. Aquí cada uno es un caso, cada uno tiene su historia, cada uno rumia su táctica y a su modo anda a tientas en busca de una salida” (ibid.: 69).

A partir de aquí, Linhart asume su desorientación como un proceso de aprendizaje (político) y sustituye la matriz de análisis marxista que tenía preparada por una minuciosa descripción del proceso de trabajo en la línea de montaje de los 2 CV. En otras palabras, abandona el marco interpretativo que le impedía entender lo que sucedía por una nueva estrategia de aproximación descriptiva. Su posición se transforma radicalmente: no es ya el sociólogo que acude a *explicar* la dinámica de la cadena de montaje, sino el analista que espera *aprender* de ella. De este gesto emergen dos hechos extraordinarios y estrechamente relacionados con el argumento que persigo. En primer lugar, se amplía el reparto de la historia: los objetos cobran agencia y algunos se convierten en protagonistas: “son los coches mismos los que nos vigilan con su movimiento rítmico, son nuestras propias herramientas las que nos amenazan al menor descuido, son los engranajes de la cadena los que llaman brutalmente al orden. La dictadura de los propietarios se ejerce aquí, en primer término, a través de la omnipotencia de los objetos” (ibid.: 76).

En segundo lugar, se colapsa el tiempo sincrónico y lineal. Al abordar la dinámica de la línea de montaje, Linhart se topa una y otra vez con las biografías de los sujetos implicados en ella y con el peso que la historia colonial de Francia y Argelia tiene en las formas de relación en la fábrica. Pero el colonialismo no es aquí

un discurso *readymade* ejemplificado por la evidencia, sino una forma de relación puesta en práctica, performativizada. Linhart no va a buscar el colonialismo como explicación, se lo encuentra actuando en las relaciones que estudia. La diferencia es fundamental. *De Cadenas y Hombres* procede mediante un movimiento hacia lo concreto en el que aparecen, practicadas, conectadas, estructuras más o menos lejanas en el tiempo y el espacio. Es, como explicaré enseguida, una etnografía más *plana*.

La etnografía que aquí defiendo se asemeja a lo que recuperando una formulación de Michel de Certeau podríamos llamar una “ciencia de la singularidad”. O lo que es lo mismo, caracterizada por su dedicación sostenida a lo concreto, a la heterogeneidad material, al detalle. Lejos de ser una forma de localismo, el compromiso con la singularidad desmonta justamente la división (del mundo y del trabajo vinculado a su estudio) entre lo local y lo global. Más de cien años separan estas dos formulaciones, una de John Law, otra de Gabriel Tarde, que desarrollan este punto y muestran una vez más la evidente conexión entre los debates de finales del XIX y la perspectiva que aquí ensayo:

“El sentido común [...] implica la asunción de que lo global es grande, que incluye lo local (más pequeño), y que para entenderlo debemos adoptar una aproximación holística: mirar hacia arriba para explorar las complejidades emergentes y obtener así una visión panorámica provisional del todo. En este artículo defiendo, siguiendo a Chunglin Kwa (2002), que éste es un método romántico para pensar la complejidad. Consideraré entonces, como Kwa, una alternativa barroca. Ésta, en lugar de mirar hacia arriba, mira hacia abajo y descubre una complejidad interior infinita —el adentro es materialmente heterogéneo, específico y sensual. En esta monadología no hay límites a la complejidad interior, pero tampoco hay ninguna posibilidad de modelar y conocer esa complejidad al completo. No hay visión general ni asunción de coherencia. En esta forma de pensar lo global se halla en cada emplazamiento y es pequeño, sensual, específico, heterogéneo, incoherente y no puede ser más que burdamente modelado” (Law 2004: 13).

“[Se trata siempre del mismo error]: el de creer que para ver poco a poco cómo aparece la regularidad, el orden, la marcha lógica en los hechos sociales, es necesario salir de su detalle, esencialmente irregular, y remontarse muy alto hasta abarcar una vista panorámica de vastos conjuntos; que el principio y la fuente de toda coordinación social reside en algún hecho general del que desciende por gradación hasta los hechos particulares, atenuándose singularmente, y que, en suma, el hombre se mueve, pero una ley de la evolución lo guía. En parte yo creo lo contrario. [En lugar de explicar] lo *pequeño* por lo *grande* y el *detalle* por el *conjunto*, yo explico las semejanzas de conjunto por la agrupación de pequeñas acciones elementales, lo grande por lo pequeño, lo englobado por lo detallado. Esta manera de apreciar la cuestión está llamada a producir en la sociología la misma transformación que

ha ocasionado en las matemáticas la introducción del análisis infinitesimal” (Tarde 1897: 32, 96).

Es muy importante subrayar hasta qué punto esto difiere de un repliegue en lo “micro”: cuanto más nos acerquemos a un objeto de estudio más nos alejaremos de él, ya que lo que nos interesa es simultáneamente su *singularidad* y su *multiplicidad*. En muchos sentidos se trata de concebir cada entidad como una mónada, es decir, como una totalidad compuesta por un ensamblaje precario de relaciones. Este era, sin ir más lejos, el proyecto de Tarde. Su monadología constituye la inversión perfecta de la metáfora de Spencer: la sociedad no es un organismo, sino que todo organismo es una sociedad. Más aún, cualquier cosa es una sociedad, es decir, “la posesión recíproca, bajo formas extremadamente variadas, de todos por cada uno” (Tarde 2006: 87). La monadología Tardiana, al contrario de la de Leibniz, en la que se inspira, es profundamente pragmática, laica, materialista y relacional: cada mónada es un universo en sí, pero sin voluntad ni destino preescrito, cuya energía proviene únicamente de su apertura y permanente interacción con otras mónadas. Como comenta al respecto Maurizio Lazzarato: “La mónada es a la vez singularidad y multiplicidad. Es una multiplicidad porque contiene todas las relaciones que constituyen el mundo en el que está incluida. Es una singularidad ya que expresa claramente sólo una parte de este conjunto de relaciones (el resto constituye el fondo sombrío pero activo de su proceso de individuación)” (2006: 50).

Debería estar claro en qué sentido la monadología destruye la topología micro-macro. No se trata ya de escalas, sino de propiedades y asociaciones. Son precisamente estas últimas las que permiten repensar lo global y lo local, no ya como dos “alturas”, sino como parte de una red “plana” de vínculos. Como dice Latour, “lo macro no está ni “encima” ni “debajo” de las interacciones, sino *sumado* a ellas como *otra* de sus conexiones, alimentándolas y alimentándose de ellas” (2005: 177). Dicho con otras palabras: *alcanzaremos la complejidad en la concreción, no en la abstracción; procederemos aplanando lo social, no buscando su profundidad.*²¹

Esta convicción permea todo este trabajo, pero es posible observarla con una claridad especial en la parte II, y más concretamente en la sección 9 de la misma. El objetivo era tomar un objeto aparentemente sencillo (una diminuta pieza de un coche, en este caso) e intentar rastrear todos los componentes implicados en su existencia, sin abandonar en ningún momento la concreción y la materialidad, pero sin renunciar a encontrar vínculos con otros tiempos y espacios. La inspiración provino más o menos directamente de un breve texto de Andrew Pickering (1995) en relación al trabajo de David Noble (1986) sobre la introducción de máquinas-herramienta controladas por ordenador en la industria americana, específicamente en una fábrica de motores de avión de General Electric en Lynn, Massachusetts. Los “controles numéricos”, como se les conoce popularmente, eran en el texto mucho más que una caja blanca con herramientas en su interior y un panel de control electrónico en el exterior. Eran objetos en controversia, actores en una

compleja, tangible y dinámica red de relaciones: la investigación en robotización, los contratos entre el ejército y la universidad, la transformación de la relación trabajador-máquina con la introducción de los controles numéricos en la fábrica, las esperanzas de reducción de costes puestas en las máquinas (mediante el aumento de la velocidad de producción y la descualificación de la mano de obra), la resistencia de los obreros a la introducción del nuevo esquema salarial vinculado a ellas, el boicot a la producción, la violenta respuesta de la gestión de la fábrica, la introducción de un programa piloto para la reorganización de los talleres y la redistribución de tareas... No hacía falta abandonar el taller para encontrar los procesos de transformación del capital que otras narrativas situaban en el vacío. De hecho, ni siquiera se trataba de poner al taller “contexto”, sino de acercarse mucho más a él, reconocer cada elemento implicado, explorar sus propiedades, ponerlos en relación.

Cuando me dispuse a hacer algo así yo mismo, este procedimiento se tradujo en largas descripciones, en las que, por así decir, una cosa lleva a la otra. En otras palabras, traté de *aplanar* la imagen producida, como si de un cuadro flamenco se tratara. De hecho, lo que Svetlana Alpers (1983; Jay 1988) llama el “arte de la descripción” de los pintores holandeses del siglo XVII me servía de referencia a la hora de escribir. Frente a la perspectiva cartesiana, que sitúa a los objetos en un orden espacial abstracto y preestablecido, estos pintores desarrollaron imágenes con una gran indiferencia hacia los principios de escala y proporción, con un formidable sentido del cuadro como superficie (a modo de espejo o mapa, no de ventana), que parecían desbordar el marco, y con una dedicación al detalle minuciosa hasta la extravagancia.

Mucho más directa que la pintura flamenca fue la influencia del método descriptivo y dialógico de Peter Weiss en *La Estética de la Resistencia* (1999). En muchos sentidos, este épico libro representa todo lo que yo hubiera querido hacer. Sugerir que lo haya hecho sería tan insensato como negar su profunda influencia. Me limitaré a señalar dos procedimientos a mi juicio fundamentales y estrechamente relacionados con el argumento que estoy tratando de hilvanar. En primer lugar, la descripción como forma de relación con el mundo y la historia, basada en la atención detallada a lo sensible, pero también en la aspiración política a movilizar la historia de aquellos excluidos de la Historia. Cuando Weiss describe, el tiempo se transforma, hay cabida en él para el examen de las texturas presentes y los fantasmas del pasado. En segundo lugar, *La Estética de la Resistencia* es un libro virtuoso en su dialogismo. Las conversaciones y debates que tienen lugar frecuentemente no avanzan nunca hacia una resolución dialéctica de las contradicciones. Por el contrario, se mantiene una permanente tensión dialógica: la multiplicidad de perspectivas es escrupulosamente preservada en un extraordinario alegato contra la reducción de la política al consenso. El lector constatará, en repetidas ocasiones, mi voluntad de huir de la resolución y proteger el disenso en momentos cruciales.²²

La cuestión de la descripción me servirá de enlace con el tercer elemento de la propuesta metodológica. Una vez restaurado el compromiso con los objetos de investigación de un modo certero, hay que abordar las estrategias para representarlo. Hablaré aquí de *políticas de la representación*, para sofocar la tentación de un tratamiento aséptico de las cuestiones metodológicas y hacer hincapié en su naturaleza intrínsecamente política. Más concretamente trataré de mostrar la ineficacia e inconveniencia de la *aspiración a la transparencia* propia del naturalismo etnográfico, por no hablar de la escritura académica en general. La negativa a reconocer el texto como elemento de mediación traiciona esta aspiración por partida doble: científica y políticamente.

Trinh T. Minh-ha habla en este sentido de una propensión a confundir las huellas del zapato con el propio zapato: el “sueño positivista de un lenguaje neutralizado, que pierde toda su singularidad para convertirse en el reflejo exacto, puro, de la naturaleza; [...] las palabras son convocadas sólo para su desaparición/borrado (*effacement*) de la página” (1989: 53). Esta reducción del lenguaje a “pura instrumentalidad”, lejos de constituir una garantía de cientificidad, es precisamente lo que impide alcanzarla. La reivindicación del texto como experimento, como relato, como mediación no conduce a un alejamiento de la producción de conocimiento científico, sino todo lo contrario. Como dice Latour, “ningún científico de laboratorio se enfrentó nunca a un objeto *abí fuera* independientemente del trabajo para *hacerlo visible*” (2005: 240). En efecto, en el ámbito de las ciencias exactas a nadie se le ocurriría pensar que “fabricar” un experimento equivale a perder objetividad. Todo lo contrario, la objetividad se alcanza mediante esa fabricación. “Ya que somos totalmente conscientes de que fabricación y artificialidad no son lo contrario de verdad y objetividad, no tenemos dudas en subrayar el texto en sí mismo como un mediador. Considerar detenidamente la maquinaria pesada textual no significa abandonar el objetivo tradicional de alcanzar la objetividad. Nuestros textos, como aquellos de nuestras compañeras científicas, son al mismo tiempo artificiales y exactos: son exactos precisamente *porque* son artificiales.” (ibid.: 124).

Donna Haraway desarrolla un argumento complementario mediante la noción de “conocimientos situados”. Frente a la escritura deslocalizada, descorporeizada, frente al “truco divino” de la visión desde arriba, “desde ninguna parte”, Haraway propone el posicionamiento y la parcialidad, que al contrario de lo que pueda parecer se dirige hacia la objetividad, nunca hacia el subjetivismo: “Lucho a favor de políticas y epistemologías de la localización, del posicionamiento y de la situación, en las que la parcialidad y no la universalidad es la condición para que sean oídas las pretensiones de lograr un conocimiento racional... La moraleja es sencilla: solamente la perspectiva parcial promete una visión objetiva. [Este] capítulo argumenta a favor de los conocimientos situados y encarnados y contra las formas

variadas de declaraciones de conocimiento no situable, y por tanto, irresponsable” (1995: 326, 328, 335).²³

La reivindicación de la maquinaria textual necesaria para nuestras producciones es, lejos de un gesto autorreferencial, un importante paso hacia un acercamiento más justo a aquello que estudiamos. La negativa a adoptar la posición del amo, la mirada panóptica, es un primer paso hacia una política de la representación de vocación antagonista. En otras palabras, se trata de comprender mejor la realidad para cooperar en la tarea de cambiarla. Al fin y al cabo, ¿de qué sirve una ciencia que no aspire a contribuir a una mejor vida en común? Como decía Brecht, se trata de “escribir de forma realista, esto es, influido conscientemente por la realidad e influyendo conscientemente en ella” (1984: 263).

Este objetivo difícilmente puede ser alcanzado haciendo caligrafía. Si queremos luchar contra el orden de las cosas, no podemos reproducir sus modos de hacer. Es necesario ensayar otras técnicas, escribir desde otros lugares. El desarrollo de formas de etnografía que aspiren a colaborar en la lucha contra la dominación implica, según un viejo lema marxista, “una ruptura con el vocabulario de la dominación” (Marcuse 1969). Diría incluso que la ruptura con el vocabulario de la dominación es al mismo tiempo un paso importante en la lucha contra la dominación. En un momento histórico de intensa pulsión escópica e innumerables oportunidades para el placer voyeurista, en una sociedad del espectáculo dispuesta a mostrarlo todo (Debord 2003), es más necesario que nunca buscar los puntos de fuga. El capitalismo contemporáneo se nutre de un permanente y uniforme impulso de iluminación total para eliminar la otredad, la alteridad, los fantasmas del pasado (Crary 2007). Iluminación se empareja así con vigilancia, control. Y de ahí que debamos considerar el lugar de las sombras, o al menos de cierta opacidad, como una vía de acción. La metáfora, quizá excesiva, no se refiere tanto a un acto de ocultación premeditado como a una renuncia a trabajar por y para ese espacio de iluminación total y la posición de poder que implica (Comolli 2002). Las áreas de sombra, los sectores opacos, son fundamentales para romper con la ilusión de control panorámico. Son, además, una consecuencia lógica de la aproximación monádica que esbocé más arriba: sabemos a ciencia cierta que nuestras descripciones siempre serán incompletas, que es imposible agotar un objeto cualquiera y cubrirlo con un mapa exacto (Law 1994). No trataremos, pues, de acabar con las sombras, pues nos recuerdan los peligros de la luz cegadora. Como anticipó Walter Benjamin: “He hablado del procedimiento de cierta fotografía de moda en virtud del cual la miseria se transforma en un objeto de consumo. Por lo que toca a la “nueva objetividad” como movimiento literario, es preciso avanzar un paso más y afirmar que lo que ha transformado en objeto de consumo ha sido la propia lucha contra la miseria. De hecho, la relevancia política del movimiento se agotó en muchas ocasiones en la conversión de los impulsos revolucionarios en objetos de

La fábrica del conflicto

disfrute, de diversión, que hallaban su camino sin dificultad entre el bullicio cabaretero de la gran ciudad. La transformación de la lucha política, de obligación de decidir en objeto de disfrute contemplativo, de medio de producción en artículo de consumo, es la característica definitoria de esta literatura” (1975: 128).

Llegados a este punto es necesario traer a colación algunos de los trabajos que en mi opinión han aportado elementos en este sentido; aquellos trabajos cuyas estrategias y puntos de vista han interrumpido los modos dominantes de hacer y producido nuevos espacios de conocimiento. Me centraré, en aras de mantener cierta concisión y coherencia, en dos procedimientos especialmente relevantes para la parte III de esta tesis: *la interrupción de la historia y la fragmentación del relato*.

“El mejor lugar para contemplar el Los Angeles del próximo milenio es desde las ruinas de su futuro alternativo. Si uno se sitúa sobre los tenaces cimientos de piedra del Centro de Reuniones de la ciudad socialista de Llano del Río, la antípoda utópica del “Los Angeles: Siempre-Funciona-Todo”, a veces alcanza a ver el elegante descenso final del Tránsito Espacial hacia el lago seco de Rogers [...] Para su unión final con la metrópolis, el desierto alrededor de Llano ha sido preparado como una novia virgen: cientos de kilómetros cuadrados de espacio vacío y compartimentado listos para recibir a futuros millones de habitantes; con extrañas, proféticas placas que señalan esquinas fantasmas como “calle 250 y Avenida K” [...] El 1 de mayo de 1990 (el mismo día en que miles de moscovitas abucheaban a Gorbachov) volví a las ruinas de Llano del Río para ver si las paredes estaban dispuestas a contarme su historia. En lugar de eso, me encontré que en la Ciudad Socialista vivían dos obreros de El Salvador, de veinte años, acampados en las ruinas de la antigua vaquería, y deseosos de hablar conmigo, cada uno chapurreando la lengua del otro. Como héroes indios salidos de una novela de Jack London, habían vagabundado por toda California, pero siguiendo una frontera de construcción de viviendas, no una veta de plata o las cosechas de trigo [...] Cuando les indiqué que se habían instalado en las ruinas de una ciudad socialista, uno de ellos me preguntó si habían venido los ricos con aviones y la habían bombardeado. No, expliqué, la colonia no pudo pagar un crédito. Se quedaron perplejos y cambiaron de tema” (Davis 2003: xvi, xxvi).

Como pedía Haraway, Mike Davis busca en *Ciudad de Cuarzo* aquellos puntos de vista que permiten un conocimiento menos sujeto a los ejes de dominación. Para entender Los Angeles se desplaza a su periferia: junto a un futuro abandonado (ciudad socialista), un pasado silenciado (las luchas políticas que acabaron con ella) y un futuro previsto (la pre-urbanización del suelo). Desde allí empieza a componer su ataque al mito angelino, su “historia a contrapelo” de la metrópolis californiana. En efecto, el referente manifiesto es Walter Benjamin. Del mismo modo que éste estudió la modernidad parisina a partir de los vestigios de una época anterior, los pasajes, Davis empieza su recorrido desde los cimientos ruinosos del Centro de Reuniones del Llano, rodeado de los perales que plantaron sus habitantes y que hoy

crecen vigorosa y paradójicamente. Su historia, además, se nutre tanto de su propia investigación empírica como de la relectura y montaje de la propia producción mitológica de Los Angeles. Leyendo a contrapelo el glamour de Hollywood para escribir una contra-historia del capitalismo del sur de California.

En este sentido, es pertinente traer a colación la lectura que hace Hal Foster (1993) del lugar de los espacios obsoletos en *Nadja*, de André Breton. Estas ruinas y futuros abandonados son el testimonio del fracaso de la historia teleológica de progreso y emancipación que articula la ideología burguesa y capitalista y, por tanto, su invocación tiene un potencial crítico y disruptor²⁴. La presencia material de esos fósiles es la prueba de la fragmentación, la discontinuidad, las fisuras del mito del desarrollo capitalista. Su existencia puede, además, contener un impulso transformador: “la ruptura con la falsa historicidad de la modernidad como una revelación que nos puede despertar del sueño de la mercancía” (Highmore 2002: 141).

Este es el impulso que une, por ejemplo, a Benjamin, Breton, los situacionistas, Lefebvre y Davis en su utilización de los rastros y restos del pasado como herramienta crítica de desnaturalización, extrañamiento, interrupción de la historia aceptada. Si el capitalismo y la modernidad se han caracterizado por un intenso proceso de familiarización de lo extraño, si la transformación de la realidad es la normalidad capitalista, una etnografía de vocación antagonista ha de interrumpir esa naturalización, ponerla en escena, en crisis, señalar sus contradicciones. Arrojar una segunda mirada a lo cotidiano, desestabilizar los puntos de vista aceptados. Frente a la política de “primera mirada” de la etnografía clásica, esta otra etnografía trabaja con/tra las representaciones existentes. Ha de ser una etnografía *relacional* y *reflexiva*, fruto de la toma de conciencia de que el mundo está representado, y de que lo está de un modo conveniente, concomitante. El vínculo con la realidad exterior sigue conformando el sentido de la investigación etnográfica, que sin embargo se articula en relación a aquellas narrativas que han de ser desmontadas.

La cuestión de la *interrupción de la historia* está muy presente en este trabajo. Hasta cierto punto, se podría decir que la tesis en su conjunto es un intento de producir una narrativa de la transformación de Barcelona que escape al relato hegemónico. Para ello fue necesario en primer lugar encontrar un punto de vista apropiado. La opción de escribir la parte II desde la fábrica y pegado al suelo era un intento de escribir desde una posición desde la que no se escribía. Buena parte de los textos pro-Can Ricart movilizaban la misma mirada desde arriba que las autoridades a las que se oponían. Por lo tanto, era necesario abandonar ese punto de vista compartido y panorámico y militar en la parcialidad del que observa y escribe desde abajo. Por otro lado, la parte III muestra con especial claridad como lejos de constituir un espacio independiente, mi trabajo está en relación con otros muchos –cómo, de hecho, entró progresivamente en el propio campo de batalla de la representación.

Con respecto a la *fragmentación del relato*, un ejemplo excepcional es *May 12th 1937*, el primer libro de Mass-Observation (1987). Este poco conocido proyecto, impulsado por el poeta Charles Madge, el cineasta Humphrey Jennings y el antropólogo Tom Harrisson, aspiraba a ser un movimiento etnográfico de masas para el estudio de la vida cotidiana en Gran Bretaña, “una ciencia de nosotros” (Mass-Observation 1986). Además de un estudio prolongado y detallado de la vida en Bolton, dirigido por Harrisson y llevado a cabo por investigadores profesionales, Madge y Jennings pusieron en marcha el “panel nacional” de “observadores”. Mediante una invitación a la colaboración publicada en la prensa llegaron a reclutar más de mil voluntarios y se les pidió, comenzando en febrero de 1937, que registraran todo lo que les sucedía el día doce de cada mes. Observación de lo cotidiano y rutinario que sin embargo se interrumpió el doce de mayo, día de la coronación del rey Jorge VI de Inglaterra.

May 12th 1937 aborda precisamente este evento, tal y como fue (d)escrito por los colaboradores del proyecto. El primer capítulo, “Preparaciones para el 12 de mayo”, se compone casi exclusivamente de los recortes de prensa que los observadores seleccionaron y enviaron. 175 fragmentos que comienzan convenientemente por el coste de la celebración y recorren buena parte de la geografía británica –incluidas las colonias. El capítulo 2, “Londres el 12 de mayo”, está compuesto por 103 fragmentos provenientes del dispositivo que Mass-Observation montó para la observación del evento en la capital: las observaciones in-situ de los 43 colaboradores que participaron, las 77 respuestas a un breve cuestionario que se distribuyó y los informes de los 12 miembros de la “patrulla móvil” que fueron enviados a modo de reporteros. El capítulo está organizado cronológicamente, desde primera hora de la mañana hasta medianoche. El itinerario que marcan los fragmentos, sin embargo, no es lineal. Hay frecuentes solapamientos entre observaciones, desvíos inesperados. Cada fragmento presenta una escritura propia y particular. La multiplicidad incontrolada de voces, más que lograr una representación exhaustiva del evento, la hace imposible. Esta formidable explosión es seguida en el capítulo 3, “Actividades Nacionales”, por un nuevo descentramiento. 119 fragmentos de observaciones procedentes de toda Gran Bretaña, sus colonias, Suiza y Austria. Fragmentos en los que el acontecimiento se reconstruye radicalmente: como actividad escolar obligatoria, como oportunidad para la borrachera, como militancia en el Imperio, como algo de lo que nadie habla... De nuevo más que agotar las posibilidades de descripción de la coronación lo que ocurre es que su multiplicación sugiere la inabarcabilidad de la misma. Cuantas más descripciones leemos menos podemos imaginar la posibilidad de agotar el hecho. Cuanto más nos acercamos a él más descentrado y conectado aparece. El último capítulo, “Reacciones individuales al 12 de mayo” está formado por 103 fragmentos. Empieza con observaciones en torno a la escucha radiofónica de la retransmisión de la coronación y acaba con las descripciones que los observadores hicieron de sus sueños esa noche.

May 12th 1937 sorprende aún hoy por la radicalidad de su propuesta formal. No hay análisis, ni marco interpretativo. Solamente el montaje/collage de elementos con la idea dar una “imagen” extraordinaria de Inglaterra a partir de un material completamente ordinario (Highmore 2002). De hecho, Madge concebía el término “imagen” en un sentido muy similar al de imagen dialéctica de Benjamin: un momento dinámico capaz de interrumpir las narrativas históricas de progreso. Para Madge, la edición de las observaciones del panel nacional tenía como objetivo generar una imagen de este tipo, donde los fragmentos de cotidianidad cobraran sentido por su relación, donde las contradicciones emergieran y una transformación de la relación con la vida cotidiana fuera promovida. El trabajo de Mass-Observation es una aportación fundamental a la estética del fragmento: la *heterogeneidad radical* de la materia tiene cabida, cada fragmento retiene su singularidad, y sin embargo afecta y es afectado por los demás; se destruye la mirada/voz única, el privilegio del punto de vista unificado, la ilusión de control y de exhaustividad; se requiere un lector activo, que no recibe el conocimiento sino lo construye mediante su intervención activa en la puesta en relación de los elementos (Frisby 1985).

En efecto, *el lugar del lector* es una cuestión básica y un tema relativamente poco tratado en el análisis de las prácticas de representación en etnografía, cuyos debates se han situado preferentemente en el autor y el texto. Es esta una problemática en la que la teoría cinematográfica nos lleva clara ventaja —no se concibe un análisis fílmico que no incluya al espectador. Mi argumento es que el desarrollo de una estética y una política antagonista en el ámbito de la etnografía requiere recolocar al lector como parte integral del debate. Frente al estrecho rol de lector-consumidor, es necesario concebir un lector-productor; construir una relación con el lector basada en la cooperación, o mejor aún, en la co-producción. Esta es, de hecho, la vieja idea de Benjamin en “El autor como productor” (1975: 125): el cuestionamiento del aparato de producción implica entre otras cosas cuestionar la división entre productor y lector y acabar con el rol de éste último como consumidor. Mientras no se transforme esta relación (de poder) estructural, se mantiene un modo de producción inoperante en la lucha contra el capitalismo.

Una de las estrategias que se han puesto en práctica para activar un lector-trabajador son los espacios de no-representación (Sánchez de Serdio 2004). Me refiero al uso interesado de lo que en cine se llama “fuera de campo” y en etnografía podríamos denominar “fuera de página”. Como es obvio, el fuera de campo/página es inevitable. Toda escritura, todo encuadre, tiene un afuera. Sin embargo, su uso puede ir ligado al trabajo cooperativo con el lector y con el cuestionamiento de ese impulso por iluminarlo todo del que hablaba más arriba²⁵. El tema del fuera de página es, de hecho, una prolongación evidente de la cuestión de arrojar sombras.

En este sentido, un trabajo ejemplar es *Los empleados*, de Siegfried Kracauer (1998), publicado originalmente en 1929. Kracauer plantea su estudio de la nueva clase de trabajadores de cuello blanco en la Alemania de Weimar como un “mo-

La fábrica del conflicto

saico”, compuesto por una serie de capítulos semiautónomos *cuyo contenido es tan significativo como el espacio que los separa*. En este caso, la tesera del mosaico es tan productiva como los propios azulejos. La elipsis radical que separa los capítulos, nunca resuelta, sugiere la imposibilidad de una representación cerrada y acabada. Abre, justamente, un espacio de intervención para el lector. Es su trabajo manejar este espacio en blanco, este abrumador “fuera de página”.

Las palabras de Jean-Louis Comolli, aún referidas al medio cinematográfico, son especialmente oportunas para este debate: “La vida o la supervivencia de las sombras nos aparece hoy como una apuesta mayor: son la marca de lo que se resiste a dejarse reducir a los programas y relatos autorizados. La sombra perfora lo visible y lo deshace [...] Contra las falsas certezas y las falsas inocencias de lo visible, contra la “naturalidad” misma de lo visible, ver, en el cine, es comenzar por no ver, aceptar no “verlo todo” ni “todo a la vez” ni “todo al mismo tiempo”; ver según una organización temporal y espacial, un recorte y un montaje del mundo. Olvidamos lo que mejor sabemos: que el marco es primero un escondite y que el fuera de campo es más poderoso que el campo [...] En el cine, toda *escopofilia* tiene sus límites y su crítica, lo que la limita y la pone en crisis. La parte de sombra se hace entonces postura y agente de la representación: [...] confrontar al espectador con los límites mismos del poder de ver, de ver como poder: hacerle sentir de qué manera en todas las épocas mirada y poder están relacionados y que el lugar del amo del ver es también el de la perfecta ceguera” (2002: 252-253).

El lector constatará enseguida que el artefacto que tiene en sus manos hace un uso extensivo de esta estrategia. El “afuera” es una parte fundamental de este trabajo. Los “ejercicios de aplanamiento” que introduje anteriormente no están insertos en una narrativa de continuidad, sino separados por un espacio en blanco, indeterminado. La elipsis cobra un protagonismo especial yuxtapuesta a la extrema concreción de cada capítulo, ya que cada intento de encontrar el máximo de complejidad en el detalle está sucedido de un vacío —que podemos adivinar igualmente complejo. Esta ruda forma de interrupción pretende también subrayar la violencia de la *extracción* y *construcción* de las situaciones descritas. Como dice Benjamin, “es importante distinguir con el máximo rigor la construcción de una circunstancia histórica de aquello que normalmente se llama “reconstrucción”. La “reconstrucción” en la empatía sólo tiene una fase. La “construcción” presupone la “destrucción”.” (2005: 472).

No sería justo concluir esta reivindicación de *una cierta mirada* sin mencionar, al menos de pasada, una serie de trabajos que me han influido profundamente al acometer la escritura de este texto —aunque su impacto sea en ocasiones difícil de localizar. Haber visto *Shoah* (Lanzmann 1985) cuando apenas empezaba a escribir me hizo pensar en la necesidad de convocar a los fantasmas del pasado en la des-

cripción del presente, en la obligación de interrumpir la máquina del olvido. De un modo mucho más prosaico, *Diez días que estremecieron al mundo* (Reed 1986) me animó a buscar un lugar generoso para los textos a los que me refería, respetando su textura, dándoles su tiempo. El trabajo narrativo y de montaje de Sekula en *Fish Story* (2002), los “modos de representar el flujo del capital centrando la atención en espacios concretos” (Guerra 2005: 83) fueron un estímulo permanente y recurrente. Descubrir *Hollow Land* (Weizman 2007) fue algo así como identificar la excelencia en aquellas estrategias que yo apenas lograba esbozar: un trabajo con lo empírico que hacía que las categorías dadas por hechas (en este caso y de manera fundamental, la idea de arquitectura) fueran poco a poco dadas la vuelta, alteradas por el peso de los hechos.

Para terminar, me gustaría reivindicar la filiación que este trabajo tiene con una cierta tradición cinematográfica. La obra de Joaquín Jordá, de los hermanos Mayles, de Chris Marker, del grupo Medvedkin, de Patricio Guzmán o del grupo Dziga Vertov se ha filtrado y ha empapado, de algún modo, las páginas que siguen. Sería formidable que esta investigación pudiera ser vista como un homenaje al trabajo de estos luchadores.

Notas

1. A lo largo de esta sección iré deshaciendo este nudo bibliográfico, proponiendo líneas de lectura e incorporando más referencias, pero me permitiré sustentar este punto con algunos apuntes preliminares. El volumen de producción sobre Barcelona y su urbanismo sigue siendo muy abundante. En primer lugar cabría colocar las producciones académicas, más o menos independientes (limitándonos a textos publicados en los últimos cinco años: Degen 2008; Capel 2007, 2006; Ribalta 2007; Fracasso 2006; Balibrea 2005; Blakeley 2005; Delgado 2005; Julier 2005; Subirats y Rius 2005; Smith 2005; Benach y Tello 2004; Borja 2004; Busquets 2004; García 2004; Horta 2004; Kirby 2004; Montaner 2004; Zusman 2004). La cuestión de las posibilidades de exportación del modelo ha desatado no pocos debates a nivel internacional (Monclús 2003; Marshall 2000; García-Ramón y Albet-Mas 2000). El discurso oficial de la “renovación”, por otro lado, ha sido también especialmente prolífico (Ajuntament de Barcelona 1999, 1996, 1994). Algunos de los más destacados responsables de estas transformaciones hicieron, además, públicas sus consideraciones y expectativas a título individual (Bohigas 1985; Maragall 1986). Y tampoco se pueden olvidar las numerosas contribuciones al debate realizadas desde el asociacionismo vecinal (Huertas y Andreu 1996; Fabre y Huertas 1989).

Un análisis de las referencias anteriores muestra cómo a medida que transcurre el tiempo aumentan los textos críticos, e inversamente, cuanto más retrocedemos en él más prolifera la celebración y el optimismo. Así, en el periodo pre-olímpico consideraciones críticas sobre la transformación destacan por su carácter minoritario (López 1986, 1991; Moreno y Vázquez-Montalbán 1991). Del mismo modo, las expresiones de apoyo incondicional al modelo parecen haberse restringido actualmente a la esfera del ayuntamiento. Adoptan, además, un tono más publicitario que analítico. La compilación de Tim Marshall (2004), destinada a un público internacional y que se alimenta de importantes textos ya publicados de modo disperso, es un buen ejemplo de ello.

La fábrica del conflicto

2. Me remito aquí a una obra reciente de síntesis y revisión bibliográfica (Short 2006). El caso de Barcelona, en concreto, ha sido estudiado desde este punto de vista y con ejemplar perseverancia por Rosa Tello (1993, 1997; Tello et al. 2000; Benach y Tello 2004).

3. Para una extensa revisión bibliográfica de la cuestión de los regímenes de gobernanza urbana y una aplicación tentativa al caso del Plan 22@, ver Martí (2005).

4. En este breve y fundamental texto, Gramsci relaciona la producción basada en los principios tayloristas con la Prohibición, el puritanismo y la monogamia (“la exaltación de la pasión no puede ser reconciliada con los movimientos cronometrados de la producción automatizada”). Se trataría, evidentemente, de un proyecto único de control de la fuerza de trabajo. Estas medidas de control de la vida de los obreros, sin embargo, no son impuestas desde fuera, sino asumidas por el propio trabajador como forma de adaptación. Los famosos 5 dólares al día, por ejemplo, dependían de un comportamiento apropiado. Para una consideración exhaustiva del proyecto fordista, véase también Beynon (1973).

5. Ya desde los primeros intentos de sistematización del concepto “posfordismo” era esto un aspecto fundamental (Amin 1994; Harvey 1989b). El debate, no obstante, se ha transformado considerablemente con respecto a este conjunto de aportaciones provenientes de la economía. Mi uso del concepto se alinea de hecho con la tradición operaista italiana, como enseguida explicaré.

6. Sería un error, no obstante, plantear la terciarización de Barcelona sin relacionarla con la reindustrialización de la periferia. De hecho, cabría decir que la primera se sustenta en la segunda (Unió Temporal d’Escribes 2004; Tello 2000; Marrero 2003).

7. Ciertamente, se han distinguido hasta cuatro etapas en el Modelo Barcelona, pero lo que me interesa aquí es el acuerdo con respecto al punto de ruptura, y no tanto la periodización en detalle.

8. La cuestión de la movilización de las diferencias, incluido el disenso y la confrontación, puede ser ejemplificada crudamente del siguiente modo. El jueves 5 de octubre de 2006, tras una manifestación no autorizada de protesta contra el plan de urbanización del Forat de la Vergonya, un grupo de personas encapuchadas atacó el MACBA con, entre otras herramientas, un lanzacohetes casero. Los hechos fueron inmediata y ferozmente condenados por las autoridades, medios de comunicación, partidos políticos, asociaciones de vecinos, etc. Sin embargo, una secuencia de nueve imágenes del ataque, sin texto que las refiriera, fue la portada del siguiente número de la agenda del museo (Ag, Hivern 2007).

9. En un predecible acto de cinismo, mi ejemplar de *El recurso de la cultura*, como todos los distribuidos en Barcelona en 2003-2004, lleva una pegatina en la portada en la que puede leerse “Biblioteca Selecta: Forum Barcelona 2004”. Una vez más, la movilización de la crítica aparece como impulso fundamental.

10. Un poco más adelante leemos: “En apenas dos décadas, los esquemas de regeneración urbana basados en la cultura han llegado a ocupar una posición crucial en el nuevo urbanismo empresarial.” Los artículos de este número monográfico de *Urban Studies* son una excelente entrada al conjunto de debates que rodean al uso de la cultura como vector de renovación urbana. El texto

de Guy Julier (2005), por ejemplo, es un interesante estudio de la contribución de las élites del diseño barcelonés a la transformación urbana.

11. Para una desapasionada revisión del uso del patrimonio industrial como recurso, véase Hospers (2002). El estudio concluye que los viejos edificios industriales tienen, quizá, más futuro vinculados a su reutilización con nuevas actividades económicas que convertidos en atracción turística. El trabajo de Brian Graham (2002) es aquí especialmente relevante, pues vincula específicamente el patrimonio (como recurso) a la ciudad del conocimiento.

12. Podría, quizá, establecerse un paralelo entre la ausencia del trabajo (especialmente el trabajo industrial, “sucio”) en las representaciones oficiales de la ciudad (Ribalta 2007) y la sistemática resignificación en clave de “limpieza” de aquellos espacios, como el Raval, asociados a la deprecación moral (Degen 2003, 2008). Una de las pocas excepciones a lo primero se encuentra en Ajuntament de Barcelona (2006c).

13. Para una discusión de la relación entre historia, memoria y olvido en relación a un proyecto museográfico de patrimonio industrial, véase Debary (2004).

14. Me refiero es la gentrificación mediante el asentamiento de artistas e instituciones culturales y la posterior expulsión de éstos por la propia dinámica que generaron en primer lugar (Zukin 1982; Smith 1996; Freeman 2006).

15. Una hipótesis previa y más general que orienta esta investigación es que el estudio de casos puede producir un tipo de conocimiento valioso y acumulativo, a pesar de que las dinámicas que aborda lo puedan desbordar. Más aún: sería justamente a través de la máxima concreción que se alcanzaría un conocimiento más general, aunque no generalizable. En un popular artículo, Bent Flyvbjerg (2006) ha ofrecido una formidable defensa epistemológica y pedagógica del estudio de caso. Más aún, en varios campos cercanos a la problemática aquí estudiada se ha reconocido el valor de esta estrategia. Carol Holzberg y Maureen Giovannini, en su ya clásica revisión bibliográfica en antropología industrial, concluyen que “el estudio de caso ha constituido una importante herramienta conceptual y metodológica [...], quizá porque su naturaleza contextual es la que más lo aproxima a las dimensiones holistas e integradoras de la investigación antropológica” (1981: 326). Citan, como un ejemplo prominente, el fundamental estudio de June Nash (1979) en las minas de estaño bolivianas. Un ejemplo más reciente e igualmente notorio de cómo a través de un estudio localizado se pueden capturar dinámicas exteriores (Roca 1998) es la investigación de Luis Reygadas (2002) en las maquiladoras de México y Guatemala. Para una discusión contemporánea de estos temas, véase Brannan et al. (2007); Chari y Gidwani (2005); Burawoy (2001).

16. Una versión de la argumentación que sigue estaba, en el momento de escribir estas líneas, en trámite de publicación (Marrero 2008b).

17. Estas formulaciones son variaciones de las ofrecidas en Latour (1999: 145-173, 2005: 37) y Law (1999: 3). Siguiendo la tradición anglosajona (Silverman 1983), utilizo aquí “semiótica” como término intercambiable de “semiología”. Soy consciente, en todo caso, de que se trata de un asunto relativamente controvertido.

18. Lazzarato se apoya, a su vez, en los trabajos previos de Gilles Deleuze sobre Spinoza.

La fábrica del conflicto

19. El texto continúa así: “En primer lugar, [el pragmatismo] es un método para apaciguar las disputas metafísicas que de otro modo serían interminables. ¿Es el mundo uno o múltiple? ¿Libre o determinado? ¿Material o espiritual? [...] El método pragmático en tales casos trata de interpretar cada noción, trazando sus respectivas consecuencias prácticas. ¿Qué diferencia de orden práctico supondría para cualquiera que fuera cierta tal noción en vez de su contraria? Si no puede trazarse ninguna diferencia práctica, entonces las alternativas significan prácticamente lo mismo y toda disputa es vana. [...] Sorprende realmente advertir cuántas discusiones filosóficas perderían su significación si las sometieran a esta sencilla prueba de señalar una consecuencia concreta. No puede haber aquí una diferencia que no repercuta en otra parte: no puede existir diferencia en una verdad abstracta que no tenga su expresión en un hecho concreto y en la conducta consiguiente sobre el hecho, impuesta sobre alguien, de algún modo, en alguna parte y en algún tiempo. Toda la función de la filosofía debería consistir en hallar qué diferencias nos ocurrirían, en determinados instantes de nuestra vida, si fuera cierta esta o aquella fórmula acerca del mundo” (James 1961). He modificado ligeramente la traducción.

20. He modificado ligeramente la traducción.

21. A pesar de provenir de una tradición completamente distinta, el proyecto de George Marcus (1998) de una “multi-sided ethnography” es sin lugar a dudas coincidente en este punto. No en vano, su relación con las etnografías de STS ha sido estudiada en un reciente artículo (Hine 2007) (extrañamente, en el marco de una revalorización de las teorías de Merton).

22. El uso de referencias extra-académicas, o incluso literarias, para la fundamentación de esta propuesta metodológica no debería, en mi opinión, ser motivo de escándalo. Por un lado, la utilidad de las técnicas de la ficción para la escritura etnográfica han sido señalada y defendida desde posiciones que podríamos calificar un tanto sumariamente de “posmodernas” (Rinehart 1998; Frank 2000; Becker 2001; Marcus 1995). Por otro lado, también se ha reflexionado al respecto desde posiciones epistemológicas mucho más cercanas a la aquí ensayada. La cuestión no sería ya otra que el uso de las técnicas más apropiadas para el acercamiento a aquellos fenómenos que se pretende describir (imposible eludir siquiera de pasada a la obra de Erving Goffman, atravesada por esta inquietud -para una primera aproximación al papel de las figuras de estilo en la obra de Goffman, ver Watson 1969). Sin ir más lejos, Aaron Cicourel, defensor como es bien sabido de un estándar científico “fuerte” para las ciencias sociales, plantea la simetría de los problemas a los que se enfrenta el investigador y el dramaturgo: “[...] “no se puede transferir la conversación casual al escenario. Se puede producir el efecto de haberlo hecho, pero eso es una cosa muy distinta. Sobre todo, debes poner orden y condensar (Granville-Barker, 1931)” [...] Es decir, al analizar conversaciones e informes, el investigador debe aproximarse a una “re-escritura” del diálogo, o la prosa, para que pueda comunicar al lector las expectativas de contexto no mencionadas y vistas aunque no notadas. Semejante procedimiento permitiría al lector comprender cómo los participantes y el observador dieron sentido a sus entornos, según los representa el investigador” (Cicourel 2000: 125-126). Con mayor o menor fortuna, ésta ha sido mi aproximación a la reconstrucción de los diálogos de las partes II y III.

23. He modificado ligeramente la traducción.

24. Ésta es también la tesis de Tim Edensor (2005), quien sin embargo, a mi juicio, flirtea con la estetización de las ruinas.

Orientaciones teórico-metodológicas

25. Esto es lo que hace sistemáticamente Michael Haneke en *Funny Games*, al desplazar la violencia al fuera de campo y confrontar al espectador con su deseo de ver(la). El cine de Haneke, como el de Robert Bresson que le sirve de inspiración, es una notable contribución a la lucha contra la espectacularización y la trivialización de la violencia pertrechada por Hollywood invariablemente.

I. LA CONSTITUCIÓN.

constitución.

(Del lat. *constitutio*, -ōnis).

2. f. Esencia y calidades de una cosa que la constituyen como es y la diferencian de las demás.
6. f. *Biol.* Naturaleza y relación de los sistemas y aparatos orgánicos, cuyas funciones determinan el grado de fuerzas y vitalidad de cada individuo.

(*Diccionario de la Real Academia Española*, Vigésimo Segunda Edición).

1.

LA ALIANZA.

Salvem Can Ricart, Defensem Poble Nou. Letras negras, mayúsculas, de imprenta, dos líneas sobre fondo blanco. Seis metros de ancho por casi uno de alto. La pancarta, sostenida por una decena de hombres y mujeres, encabezaba la manifestación. Entre quinientas y mil personas, según la fuente, marchaban tras ellos, silbando, charlando, coreando proclamas, sosteniendo otras pancartas, haciendo sonar pitos, jugando con pelotas de playa en las que podía leerse “Salvem Can Ricart”. Era jueves, 28 de abril de 2005, siete y media de la tarde, en la Rambla del Poblenou. Entre los manifestantes había trabajadores, empresarios, vecinos del barrio, okupas, profesores, niños, jóvenes, abuelos, miembros de partidos políticos, asociaciones, colectivos, entidades. Numerosos periodistas y fotógrafos rodeaban la multitud recogiendo declaraciones y buscando encuadres favorables. En la cola de la manifestación una pancarta firmada por la Coordinadora Contra el 22@ (CC22@) y escrita a mano con letras rojas sobre sábana blanca decía “Salvem Can Ricart, aturem el 22@”. Hacia la mitad había otras tres pancartas, casi juntas, en las que podía leerse “Especulació urbanística, com sempre”, “Clos, el teu 22@: 240 families a La Misèria” e “Indemnitzacions mes justes i Per Tothom”. Muchos de los manifestantes llevaban además hojas de papel impreso colgadas del cuello con frases como “22@ sou com en Robin Hood però al revés!!!!” o “34 Empreses i 250 Treballadors Ofegats pel 22@ Salvem Can Ricart”.

Al llegar a la Gran Vía la manifestación interrumpió el tráfico durante unos veinte minutos y se colgó otra pancarta en el andamio de un edificio. Ponía “Aturem el pla 22@ Salvem Can Ricart. CC22@”. A continuación, la comitiva prosiguió su camino hacia la sede del Districte de Sant Martí, protegida por agentes de la Guàrdia Urbana. La concentración llegó a su fin con la lectura del manifiesto “Salvem Can Ricart, Defensem el Poblenou” por parte del periodista Josep María Huertas:

“Avui, veïnes i veïns del Poblenou, tornem a sortir al carrer per manifestar el nostre rebuig i indignació davant el conjunt d’agressions que s’estan duent a terme contra el teixit social, el patrimoni històric i la identitat del nostre barri. La necessària modernització de la ciutat no es pot fer en contra dels ciutadans. L’actual política urbanística és molt qüestionable i no hi ha una veritable política industrial

La fàbrica del conflicte

ni tampoc de patrimoni cultural. Financeres, constructores, immobiliàries, amb el suport de les administracions, planegen el nostre futur tenint exclusivament en compte els seus propis interessos econòmics, mentre ignoren l'opinió i les necessitats del barri i de la ciutat.

Activitat: L'Ajuntament, demostrant una actitud poc dialogant i insensible, vol enderrocar, a través d'un Pla del 22@, el conjunt fabril de Can Ricart, posant en greu perill 34 empreses i 240 treballadors, perdent-se així el paper actiu i eficaç que poden tenir en un teixit econòmic urbà de futur, més dens i complex del previst i realment innovador.

Patrimoni: Can Ricart, vora el Parc Central, és també l'exponent arquitectònic del segle XIX més important que queda en el Poblenou i un dels més interessants de Catalunya. Darrerament, l'Ajuntament ha permès l'enderroc de les fàbriques Unió Metalurgica i Extractos Tánicos. Però, en el seu dia i gràcies a la mobilització, vam aconseguir mantenir Can Felipa i Can Saladrigas. En aquests moments, des de diversos àmbits, veïnals i professionals, s'està aconseguint un grau de consciència a favor del patrimoni que demostra una sensibilitat que no han tingut ni l'Ajuntament ni la Generalitat. Si ara ens movem salvarem també Can Ricart.

Identitat: Poblenou perd ràpidament el seu paisatge i les senyes d'identitat. El Pla 22@ promet molts llocs de treball, però no té miraments en destruir els existents. Prometen habitatges de protecció oficial però, amb l'especulació i les afectacions, s'expulsa als veïns i veïnes. Tot això ens porta a un procés de substitució social que anul·la un barri que és el resultat d'una rica xarxa relacional, veïnal i laboral forjada a través de generacions. Paral·lelament s'estan instal·lant empreses multinacionals d'ètica dubtosa amb contractes precaris, acomiadaments massius i vinculacions amb la indústria militar.

Equipaments: La millora del barri no passa tampoc per fer hotels considerant-los "equipament", pervertint així la idea d'equipament, ni pels grans centres comercials, sinó per fer equipaments públics: com la biblioteca a Can Saladrigas, més escoles bressol, més centres d'ensenyament públic sense barracons, el camp de futbol...

Futur: L'única gran zona verda que hi haurà a l'interior del barri la volen partir en quatre trossos pel pas de dos carrers. Volem un Parc Central sense cotxes i, vora seu, el conjunt patrimonial de Can Ricart conservat sencer, com a espai de producció, de cultura i de ciutadania! Volem un Poblenou respectuós amb les necessitats de les persones. Volem ser actors del futur, econòmic, social i cultural del barri i de la ciutat.

Davant d'aquesta situació exigim:

1. Retirada del projecte aprovat per a Can Ricart i consensuar un projecte alternatiu que respecti el patrimoni i les activitats econòmiques existents i els seus llocs de treball, tenint en compte el projecte alternatiu presentat pel Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs [GPI].

2. Dret a que les indústries i tallers existents en l'àrea 22@ puguin continuar en aquest lloc i rebre el suport d'una política industrial que contempli el seu futur per seguir contribuint al teixit econòmic d'aquesta àrea de la ciutat.

3. Que els plans urbanístics, i en concret el 22@, siguin respectuosos amb els interessos i la identitat del barri i de la ciutat, i que contemplin uns mínims en la qualitat de la nova arquitectura.

4. Que s'elabori un pla que preservi el patrimoni històric del Poblenou tenint en compte la proposta del Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs.

5. Que a les persones afectades pels plans urbanístics al Poblenou se'ls respecti el dret a ser reubicades al mateix barri i amb la compensació, com a mínim, de pis per pis.

6. Que no s'aprovi el pla viari que parteix en quatre parts el futur Parc Central.

7. Que s'acceleri la construcció dels 4000 habitatges de Protecció Oficial del 22@ i que es lliuri a la Comissió de Seguiment la relació de les noves promocions.

8. Que es faci efectiu el Pla d'Equipaments del Poblenou, i en concret que es doni prioritat a la biblioteca de Can Saladrigas, a les escoles i llars d'infants i el camp de futbol.

9. Que es denegui la llicència d'instal·lació i activitats a totes les empreses relacionades amb la indústria armamentística, encara que es presentin com empreses de l'àmbit de les tecnologies de la informació i la comunicació.

10. Que totes aquestes qüestions i d'altres que afectin la vida del barri es treballin de forma activa i directa entre les administracions, entitats i veïnes i veïns del barri, sobretot els directament afectats. Volem una participació real que no es limiti solament a donar informació per part de les administracions, si no també, a debatre i decidir conjuntament el que s'ha de fer.

Entitats que donen suport: Afectats de Can Ricart, Ass. Veïns del Poblenou, Ass. Veïns Gran Via-Perú-Espronedada, CER Bac de Roda, Ass. Recreativa Grup Civit, Arxiu Històric del Poblenou, Coordinadora contra el 22@, Diables del Poblenou, Assemblea de Joves del Poblenou, J.O.C., MOVI, CiU, Colla del Drac, Fem Maig, Acció Sant Martí, Centre Moral, Colla de Gegants del Poblenou, Ateneu La Flor de Maig, Ass. Veïns Vila Olímpica, Ass. Veïns Diagonal Mar, Ass. Veïns Paraguai-Perú, FAVB, La Raspa, Plataforma Diagonal Maresme Besòs, Plataforma d'Entitats i Veïns de la Mina, Cooperativa d'Habitatge del Sagrat Cor, Cooperativa Gregal, IES Barri Besòs, IES Poblenou, AMPA la Mar Bella, AMPA Arenal de Llevant, AMPA Lope de Vega, Ciber@ula Poblenou, Esplai La Flor de Maig, Coordinadora d'Entitats del Poblenou..." (Plataforma Salvem Can Ricart 2005).

La manifestación del 28 de abril fue algo así como la puesta de largo del movimiento Salvem Can Ricart, un gran acto público según el protocolo clásico

La fábrica del conflicto

de la movilización vecinal: formalización de una alianza, demostración de fuerza, enunciación del conflicto. La manifestación puso en escena la recién creada Plataforma Salvem Can Ricart y los grupos e individuos que apoyaban su reivindicación. Es precisamente la multiplicidad que daba forma a este acontecimiento, su carácter de conglomerado, lo que me interesa como punto de partida. No busco en la manifestación un momento fundacional, sino un evento del que emergen líneas de fuerza en un campo a estudiar: la manifestación del 28 de abril reunió a una multitud que se oponía al cierre y derribo de un recinto (Can Ricart) afectado por un plan urbanístico (el Plan 22@) cuya gestión se ponía en cuestión. El lema que encabezaba la manifestación fijó un mínimo común: salvemos Can Ricart, defendamos el Poblenou. Salvar Can Ricart implicaba conservar el recinto y proteger a las empresas y los trabajadores. Defender el Poblenou implicaba apostar por una renovación respetuosa con la historia y los vecinos del barrio. En el interior, sin embargo, las manifestaciones se multiplicaban: por unas indemnizaciones más justas, por el lugar de la industria en el barrio, por la conservación del patrimonio, por la participación vecinal en los procesos urbanísticos, por la vivienda pública, por los equipamientos, por la identidad del Poblenou, contra las empresas de la guerra, contra el 22@. El manifiesto, por otro lado, trataba de recoger esta multiplicidad en una suerte de máximo común. La diversidad de firmantes, de diagnósticos, de demandas y de enunciaciones mostraba así la heterogeneidad del colectivo que se había reunido.

Estos dos artefactos, el lema y el manifiesto, permitieron la confluencia de grupos muy diversos con agendas autónomas y no siempre coincidentes. De hecho, la aglomeración recordaba a las protestas contra el 22@ que en 2002 lograron detener el Pla Especial de Reforma Interior (PERI) Eix-Llacuna. La movilización obligó al Ajuntament de Barcelona (AjB) a negociar un nuevo plan con la Associació de Veïns i Veïnes del Poblenou (AVPN), lo cual enfrentaría a esta última a grupos que cuestionaban el plan en su conjunto, como la CC22@. El conflicto de Can Ricart, sin embargo, les había vuelto a reunir. No en sus consideraciones generales sobre el 22@ (que unos pretendían suspender y otros modificar), pero sí con respecto a varias cuestiones relativas a su gestión (como la falta de participación o la implantación de industrias vinculadas a la guerra) y al plan para Can Ricart (véase Coordinadora contra el 22@ 2004). Por otro lado, también la unión de trabajadores, empresarios y defensores del patrimonio era inusual. Hasta hacía poco, la valorización del legado industrial no se había enlazado con la problemática de las industrias instaladas en el barrio y en situación de peligro desde la aprobación del Plan 22@. Por último, destacaba la copresencia de okupas y vecinos del barrio, una asociación infrecuente.

Es necesario, para los propósitos de esta investigación, no poner demasiado énfasis en los “hechos consumados”, pues es su consumación como hechos lo que interesa (Law 1994; Latour 1999). La constatación de la alianza tiene un interés

muy limitado: son los procesos que la hacían posible los que requieren especial atención. Por lo tanto, no daré por sentada esta unión, sino la trataré como un logro, un evento, el resultado de un conjunto de operaciones y acciones *de las que depende*. Es, en este sentido, una alianza precaria, que debe ser trabajada para sostenerse; performativa, en el sentido de que desaparecería en el instante que dejara de ser practicada (Latour 2005). Para este fin es necesaria una suerte de fisiología: estudiar con cierto detalle las partes que la componen, las operaciones que las asociaron, las relaciones que se establecieron con el medio. En lo que resta de capítulo retrocederé en el tiempo para recomponer, al menos parcialmente, los procesos de constitución de esta alianza inicial por Can Ricart.

El precedente inmediato de la manifestación del 28 de abril fue la asamblea convocada por la Federació de Associacions de Veïns de Barcelona (FAVB) el día 7 del mismo mes en Can Felipa, acto de presentación de la Plataforma Salvem Can Ricart. En el escenario, tras una mesa cubierta por la bandera catalana y carteles de la asamblea, estaban sentados Manel Andreu (presidente de la AVPN y ex-presidente de la FAVB), Salvador Clarós (vocal de urbanismo de la AVPN y miembro del Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs, [GPI]), Belén Sánchez (trabajadora y empresaria de Talleres Iracheta), Mercè Tatjer (profesora de la UB y miembro del GPI), Jaume Pagés (trabajador de la Cereria Mas) y Joan Maria Soler (AVPN). Esta puesta en escena subrayaba la alianza entre tres actores fundamentales: los que trabajaban en el recinto, los defensores del patrimonio industrial y los representantes oficiales de los vecinos. Era, de hecho, su primera actividad pública conjunta y contaban ya con la mitad del eslogan de la manifestación: “Salvem Can Ricart”. El evento tuvo un impacto muy limitado en los medios de comunicación, pero logró convocar a un público numeroso y diverso e incluso convencer a algunas personas de la necesidad de involucrarse en el conflicto. Entre ellos, el arquitecto Josep Maria Montaner, uno de los pioneros en la defensa del patrimonio industrial en Barcelona. En la asamblea se habló de la necesidad de no sólo decir no al plan vigente, sino de plantear una alternativa que demostrara que era plausible conservar el recinto íntegramente y mantener los derechos urbanísticos del promotor recolocando las piezas. A petición de la AVPN y el GPI, Montaner y su equipo asumió entonces la responsabilidad de elaborar una propuesta alternativa. Se trataba de un movimiento estratégico de lucha: de la negación a la proposición, mostrar a la opinión pública que otro plan era posible y que era una cuestión de voluntad política.

Este trabajo se hizo muy rápidamente. Fue incluido en un dossier más amplio, junto a un estudio histórico del recinto y una relación de las empresas en activo (Grup de Patrimoni Industrial, 2005b) y se presentó en la Fundació Tàpies poco después, el 19 de abril, en la segunda sesión del ciclo *La metròpoli i el patrimoni industrial*. En la mesa, eminentemente académica, se sentaron Àngels Solá (historiadora, UB), Mercè Tatjer (geógrafa e historiadora, UB y GPI), Salvador Clarós (AVPN,

La fábrica del conflicto

GPI), Josep Maria Montaner (ETSAB-UPC) y Joan Roca (geógrafo e historiador, GPI). Ese mismo día, *El País* publicó un artículo del propio Montaner, “Can Ricart y el 22@”, una suerte de *abstract* del documento presentado en la Tàpies. El conflicto de Can Ricart era planteado como un caso sintomático de la crisis del distrito 22@ y del propio modelo Barcelona, demasiado ligados a la presión del mercado del suelo. El cierre y derribo de Can Ricart, por las empresas que lo ocupaban y por su valor patrimonial, colocaba en el centro del debate sobre la ciudad la debilidad del consistorio, las contradicciones de la política industrial y la incapacidad para preservar el patrimonio y la memoria obrera. La importancia del conflicto podía, no obstante, servir de punto de inflexión en la gestión municipal: “En este horizonte de una ciudad en crisis y que muere de éxito, que encanta a los turistas pero que defrauda a sus habitantes, el conflicto de Can Ricart se ha convertido en una ocasión única, en un lugar privilegiado para recuperar las buenas intenciones del 22@, reformular la evolución de la ciudad y sentar un precedente positivo. Can Ricart puede ser un catalizador y es una ocasión de oro.”

Ese mismo día CiU presentó en la comisión de promoción económica del AjB una moción para la catalogación urgente de la fábrica y la negociación de un plan alternativo que la mantuviera como centro productivo. Fue rechazada por los partidos en el poder (PSC, ERC e ICV). Xavier Trias y Eduard García, presidente y concejal de CiU, habían visitado el recinto el día 5, dos días antes de la asamblea en Can Felipa, para hablar con trabajadores y empresarios y anunciarles las medidas de emergencia que pensaba adoptar su partido: solicitar la inclusión de Can Ricart en el catálogo de patrimonio (para parar cualquier actuación) y proponer una revisión del plan, que mantuviera la fábrica y los talleres y redistribuyera los metros cuadrados aprobados en nuevas edificaciones más altas en la zona no protegida. Hablaron incluso de no abrir la calle Bolivia para mantener la trama interna y de crear un vivero de empresas para jóvenes gestionado por Barcelona Activa. En sus declaraciones a la prensa, el abogado de las empresas afectadas, Francisco Ibáñez, agradecía el apoyo pero se mostraba escéptico, admitiendo que la dirección de su negociación con el propietario era la consecución de una indemnización justa por el abandono del recinto. Recordaba, además, que los planes urbanísticos y sus instrumentos de gestión ya estaban aprobados definitivamente y que había una orden de desahucio firmada por el juez. Por la tarde, el regidor del Districte de Sant Martí, Francesc Narváez, reiteraba que el ayuntamiento estaba trabajando con las empresas en su recolocación, lo cual fue desmentido poco después por Jaume Pagés, que en representación de las empresas, explicó a que la “ayuda” se había limitado a comunicarles que “una importante firma de asesoría inmobiliaria les podía dar información sobre diferentes ubicaciones” (*El Punt*, 08/04/05).

El día 20 de abril, a las nueve y media de la mañana, se presentó en Can Ricart una comisión judicial para efectuar el desahucio de una de las empresas, Ricson. Alrededor de cien trabajadores montaron rápidamente una barricada con

estructuras de metal y cuñas de hormigón y bloquearon el acceso al recinto. La escena estaba bien preparada. Un potente petardo avisó a los vecinos. Los trabajadores, la mayoría con mono azul, se pusieron máscaras blancas con forma de calavera y se colgaron pancartas del cuello: “34 Empreses i 250 Treballadors Ofegats pel 22@ ‘Salvem Can Ricart’”, “22@ Can Ricart Sense Indemnització No Marxarem. 24 Empreses 250 Treballadors Afectats. Salvem Can Ricart”. La Policía Nacional miraba, los periodistas buscaban declaraciones, los fotógrafos disparaban. Coros de “Treball sí, desallotjament no” y “L’arrova ens roba”. La comisión judicial levantó acta de lo acontecido y comunicó el aplazamiento del desahucio. Al día siguiente, el suceso apareció en todos los periódicos¹.

Así, un día después de haberse presentado el primer documento de estudio patrimonial y la propuesta alternativa, los trabajadores paralizaban el desahucio de una de las empresas. Ambas acciones generaron un importante eco mediático, las dos problemáticas se retroalimentaban, los periodistas hacían la conexión esperada. Además, sirvieron de antesala y publicidad para la manifestación del día 28. Los frentes abiertos eran, sin embargo, muchos más, y a medida que retrocedemos en el tiempo las líneas de fuerza se separan.

El viernes 8 de abril, Joan Clos acudió a Ca l’Aranyó para presentar la rehabilitación del conjunto como futuro campus audiovisual de la Universitat Pompeu Fabra. Fue recibido por un grupo de manifestantes con pancartas de la CC22@ y algunos empresarios y vecinos, que le reclamaron la conservación de Can Ricart, le acusaron de especulador y trataron de interrumpir el acto. El alcalde aclaró en su intervención posterior que el Plan 22@ servía justamente para evitar la especulación y crear nuevos empleos. En Can Ricart, añadió, se podría pasar de 350 trabajadores a 4.500 con la transformación prevista (*La Vanguardia*, 08/04/05). “Seamos serios”, le respondió en prensa Belén Sánchez Iracheta, “lo que dice no tiene credibilidad y, para los trabajadores afectados, es un asunto muy preocupante que hará cambiar negativamente la forma de vida de nuestras familias. Le pedimos más sensibilidad política para sus ciudadanos, que nos visite y compruebe nuestra realidad y las necesidades que el 22@ nos crea e impone. Queremos vivir y trabajar en nuestra ciudad: Barcelona” (*La Vanguardia*, 14/04/05).

Dos días antes del altercado, el 6 de abril, se había presentado en el Parlament de Catalunya una proposición no de ley en la que se instaba al gobierno a colaborar con el ayuntamiento en la protección del patrimonio industrial del Poblenou. También se proponía la elaboración de un plan director de conjunto y el desarrollo de un museo para la interpretación y difusión del legado industrial. La negociación de esta proposición no había sido sencilla. Elaborada por ERC e ICV a instancias del Fòrum de la Ribera del Besòs (FRB), se había enfrentado al bloqueo del PSC (que alegaba que el ayuntamiento ya trabajaba en ello), razón por la cual fue imposible incluir una moratoria para la suspensión de todas las licencias de derribo y obra que hubiera permitido a la Conselleria de Cultura estudiar con más calma la

La fábrica del conflicto

declaración del legado industrial del Poblenou Bien Cultural de Interés Nacional (BCIN)². La presión del FRB a los partidos en el gobierno municipal daba sus frutos. No en vano un mes antes el AjB había aprobado una modificación puntual del PGM en el sector del Parc Central para preservar la antigua fábrica Oliva Artés. Las naves que quedaban en pie pasaban así a formar parte del futuro Parc Central y serían dedicadas a equipamientos. El FRB y la AVPN, no obstante, seguían reclamando una actuación global sobre el patrimonio y no pieza por pieza. Quedaba pendiente, además, el uso de una de las naves, que estos grupos reclamaban para el Museu del Treball. La otra nave se dedicaría a las nuevas dependencias de la Guardia Urbana en Sant Martí.

La urgencia de los acontecimientos del mes de abril estaba sin duda vinculada a la crispación acumulada semanas antes en torno al derribo de la fábrica Extractos Tánicos, en proceso de catalogación. El Districte había detenido el inicio de la demolición *in extremis* a principios de marzo, atendiendo a la presión de la AVPN y del Arxiu Històric del Poblenou (AHPN) y a un estudio avalado por el Col·legi d'Arquitectes de Catalunya (COAC). Había adquirido también el compromiso de buscar una solución negociada entre las partes. No obstante, el día 29 de marzo el propietario derribó la fábrica sin previo aviso –siguiendo así el método que un año antes había acabado con Unión Metalúrgica. En un clima de cruce de acusaciones, al día siguiente comenzó el desmontaje de los techos de uralita de algunas naves ya vacías en Can Ricart, hecho inmediatamente denunciado por la toxicidad del proceso. Además, el GPI había presentado el día 15 en la Fundació Tàpies, como primer encuentro del ciclo *La metròpoli i el patrimoni industrial*, su “Proposta de Pla Integral de Patrimoni Industrial”. El documento incluía 103 elementos, 40 de los cuales se consideraban en peligro de desaparición. Encabezando la lista de importancia y riesgo estaban Extractos Tánicos y Can Ricart.

De este modo, en el momento en que el GPI estableció una serie de parámetros para la valorización del patrimonio industrial y un catálogo de piezas, el edificio más destacado era derribado. Todas las energías de los grupos implicados en la defensa de este patrimonio se dirigieron entonces con urgencia a Can Ricart, en aquél momento a punto de ser derribado y con sus empresas en plena lucha contra el desalojo.

La prensa escrita refleja efectivamente la confluencia de ambos vectores a partir de marzo. El conflicto del Plan 22@ en Can Ricart como una cuestión empresarial y patrimonial no existía anteriormente, se trataba de dos conflictos aislados: por un lado empresarios y trabajadores que resistían su expulsión del barrio, por otro académicos y vecinos que defendían el patrimonio industrial y trataban de paralizar derribos. Si retrocedemos unos meses en el tiempo la alianza se disuelve y la sincronización de esfuerzos desaparece. Diversos grupos actuaban ya sobre Can Ricart, pero por separado.

El 7 de octubre de 2004 alrededor de un centenar de trabajadores se concentraron en la puerta de la sede del Districte de Sant Martí aprovechando la sesión plenaria. Cada uno de ellos llevaba una pequeña pancarta, en la que se podía leer “250 familias luchan por su puesto de trabajo 34 empresas por su supervivencia. Pasaje Marqués Sta. Isabel. Parc Central-UA1 22@”; “Clos transforma pagando indemnizaciones. 34 PYMES y 250 familias no podrán continuar si no paga tu 22@. UA1-Parc Central” o “22@=Especulación”. Al día siguiente, *El Periòdico* publicaba una pequeña foto de la acción con el titular “Protesta de los trabajadores de Can Ricart afectados por un plan urbanístico del 22@”. Era la primera acción del grupo, constituidos como tal la primavera anterior, tras la aprobación inicial del Proyecto de Reparcelación (PR), al constatar que serían expulsados del recinto con indemnizaciones muy bajas o nulas. La mayoría de las empresas del recinto se unieron entonces y contrataron a un abogado especializado en urbanismo, Francisco Ibáñez.

El 15 de octubre, casi a las diez de la noche, con bastante retraso con respecto a lo previsto, llegaba al solar del futuro Parc Central, a las puertas de Can Ricart, el “Tour Cooperador” organizado por Sitesize en el marco de las Jornadas *Media Space Invaders 2: Co-op City* (Platoniq, CCCB). Se proyectaron dos documentales: *Boom: the sound of eviction* y *Park Fiction... desire will leave home and take to the streets*. El Parc Central había sido elegido como punto final del tour, tras un recorrido metropolitano por espacios en conflicto en los que diversas formas de organización vecinal trataban de resistir contra planes urbanísticos no deseados. El diseño del Tour le daba al conflicto urbanístico una escala metropolitana, haciendo un notable esfuerzo por conectar casos frecuentemente abordados aisladamente: Raval, Poblenou, Sant Andreu, Polígono Industrial Can Salvatella, Cerdanyola, Sants, Bon Pastor y Parc Central. Acabar en éste último significaba reconocer y prolongar las actividades que desde la primavera habían tenido lugar alrededor del proyecto ParcCentralPark, organizado por City Mine(d), RoToR y Context con la colaboración de la AVPN. Tras la expropiación y derribos de las últimas viviendas del solar en 2003 para la construcción del parque las obras del mismo quedaron paralizadas. En este contexto se propusieron diversas actividades de reapropiación y autogestión de este espacio en barbecho institucional: un puesto de información de proyectos urbanísticos (BCNova), cine al aire libre, hoguera de San Joan, limpieza del solar y plantación de geranios, barbacoas... Cuando en verano de 2004 el ayuntamiento inició el trámite de la *Modificació puntual del Pla general metropolità per a l'ajust de sòls d'equipament, zones verdes i serveis tècnics al sector del Parc Central del Poblenou* vinculada a la preservación de la fábrica Oliva-Artés, varias de las entidades vinculadas al proyecto presentaron alegaciones, estableciendo entre otras cosas la necesidad de conservar Can Ricart y las empresas del ámbito. Este documento pionero, sin embargo, no contaba con la participación de las propias empresas, con las que

La fábrica del conflicto

no se había consolidado ninguna relación. En todo caso, en octubre, el paisaje del Parc Central servía para los asistentes al tour de reflejo de los excesos del Fòrum de les Culturas, finalizado apenas tres semanas antes. De hecho, cabría situar esta actividad en el clima antagonista que había fomentado el propio Fòrum. Frente a la espectacularización del urbanismo y la urbanización del espectáculo surgió, a lo largo del 2004, una verdadera explosión de reflexión crítica sobre la ciudad de Barcelona y su supuesto Modelo³.

Por otro lado, el 4 y 5 de noviembre tuvo lugar en el centro de producción de artes visuales Hangar, en Can Ricart, la III Jornada *Llegat Industrial i Innovació, El Patrimoni industrial, més enllà de l'arquitectura*, organizada por el FRB/GPI. Siguiendo la lógica de las dos jornadas anteriores, se trataba de establecer unos criterios generales en la defensa del patrimonio industrial y un programa de actuación. El objetivo era en esta ocasión, no obstante, mucho más concreto: avanzar en la elaboración de las bases de un plan de patrimonio para el Poblenou. Así, se presentaron ponencias sobre la conservación de fondos documentales, el patrimonio en su dimensión educativa, la propuesta de un Museo del Trabajo, el Plan Integral de Patrimonio del Poblenou y Can Ricart en el eje patrimonial de Pere IV.

Estas tres acciones (y las trayectorias que arrastraban) muestran cómo en otoño de 2004 la lucha por Can Ricart no estaba aún unificada. Trabajadores y empresarios, artistas y activistas y defensores del patrimonio actuaban según sus lógicas y dentro de sus redes. Estas tres acciones, transcurridas en el plazo de un mes, abordaron el mismo espacio de conflicto desde lugares distintos, sin tocarse. La cuestión de cómo y cuándo se produjo el acercamiento entre las partes, fundamental para entender la constitución de la alianza ya consumada en abril de 2005, tiene carácter de controversia.

Trabajadores y empresarios habían decidido manifestarse de nuevo para dar a conocer públicamente su problema y el 28 de enero se reunieron en la sede de urbanismo del AjB, en el centro comercial Glòries. Un segurita les advirtió que estaba prohibido manifestarse en el centro comercial. Instalados en la avenida Diagonal, sacaron una gran pancarta en la que podía leerse “Indemnitzacions mes justes i per tothom” y otras más pequeñas colgadas del cuello o en la mano, con lemas como “Sr. Clos, el seu 22@ negoci per les immobiliàries. 34 PYMES y 250 FAMÍLIES. Indemnitzacions justes. Parc Central-UA1”. En palabras de uno de ellos: “No havíem fet ni flyers ni havíem convocat... a qui coi podíem convocar? Teníem un problema i anàvem a resoldre'l doncs fent la ruta del Conde: anar a Urbanisme a la Diagonal, al Consell de Districte i al 22@... Nosaltres anàvem a que es conegués el tema [i] vam fer el recorregut aquest. En Manel Martínez va aparèixer per casualitat i li va comentar a la AVPN i ens van trucar. També es van posar en contacte la CC22@. I va ser guapo” (Entrevista, 17/07/07). La manifestación no tuvo el impacto mediático que buscaban, en parte por una trágica coincidencia: el día antes se había hundido el túnel del Carmel concentrando toda la atención de los medios.

Sin embargo, se habían encontrado con el vicepresidente de la AVPN, un contacto que cambiaría definitivamente el rumbo de la lucha.

Según el mismo trabajador que hablaba más arriba, la organización de la resistencia hasta ese momento había sido un proceso complejo, incierto. “Allà d’un pal a sobre la diversitat de nivells culturals, de relacions entre empresaris i treballadors, de relaciones de veïnatge... Tothom es coneix, però els entresijos, las bambolines de les empreses las vas coneixent a partir d’un cop fort d’aquets. Clar, a les reunions del Paco’s [Bar del recinte] jo era l’únic que no era empresari [...] L’advocat el pagaven els empresaris i era el encarregat de defensar legalment els interessos d’allò i nosaltres posaven l’acció o la resistència –que també te tela: que l’Ajuntament aconseguixi unir empresaris i treballadors a fer front comú [...] Jo tenia molt clar que el contrincant, primer el contrincant i després l’enemic, era l’Ajuntament. Però la majoria de les sensibilitats anaven contra el Marquès [de Santa Isabel, propietari]. S’havia de fer pedagogia en el sentit que l’enemic era l’Ajuntament: “tio, que se n’ha d’anar per aquí”... El Marquès es posaria en evidència solet perquè tenia maneres” (ibid.). Cuando llegó la hora de elaborar pancartas y decidir un itinerario, estas cuestiones cobraron una importancia fundamental. Finalmente, venció la idea de dirigir las reivindicaciones hacia el ayuntamiento y la sociedad 22@, como atestigua el recorrido de la manifestación y los eslóganes decididos. Es interesante contrastar estos últimos con las pintadas que adornaban el recinto desde finales del 2004, por ejemplo “Ricart-22@ Escanyapobres!!!”, “Marquesito y Felipe, No te saldrás con la tuya”, “Piénsatelo bien! Desauciador”, “Toda la vida cobrando ahora paga”. Poco después de que fueran tapadas por orden del propietario con pintura negra a principios del 2005 se volvieron a escribir. Esta vez “22@ ¡¡Tant que Roba!!! Escanyapobres!!!”, “Fem-ho B, Tots al carrer”, “BcNeta de Polítics d’Esquerra”. Es también notorio el hecho de que la pancarta de “indemnitzacions mes justes i per tothom” fuera reutilizada en la manifestación de abril. Las pancartas más pequeñas, sin embargo, serían modificadas levemente en el futuro para incluir el lema “Salvem Can Ricart”.

Desde el punto de vista de un miembro de la AVPN, sin embargo, el encuentro entre las partes fue distinto. “Al 2002 [sic], en el moment en que s’aprovava el primer pla, el PERI Parc Central, nosaltres vam intentar posar-nos en contacte amb els industrials de Can Ricart i de la zona aquella [...] Curiosament ens vam sorprendre de que els industrials passaven olímpicament. Com si allò no fos amb ells [...] Les grans indústries acaben, a través dels seus advocats, negociant les indemnitzacions que correspongui, i les petites indústries en son inconscients, no acaben de veure què es el que els hi passarà. I a Can Ricart bàsicament els hi va passar això. En un moment donat van ser conscients que els fotien fora, van començar a liar-la i van dir “pues aquí no nos echan ni por nuestros cojones...” i munten la barricada i quan hi anaven els empleats del jutjat al desnonament els rebien a cop de pedra, no? Però clar, això va a durar el que va durar. En aquella època òbviament nosal-

La fábrica del conflicto

tres vam començar a tenir relacions amb les indústries. Tots defensaven el mateix, nosaltres també defensàvem que Can Ricart s'havia de mantenir amb les empreses. Tot i que nosaltres érem conscients que no totes s'hi havien de mantenir, només aquelles que poguessin. Perquè les que s'aguanten sobre la precarietat, no serem nosaltres qui les defensem. És a dir: un senyor té una empresa, és ell el que a de tirar endavant la seva empresa i no la AVPN ni ningú més [...] Sempre es compleix una miqueta el mateix: la gent ve a la AVPN quan té l'aigua al coll. Abans no. I després, quan el seu tema ja ha passat, desapareixen. Es així, llei de vida" (Entrevista, 27/03/07).

Sea como sea, después de la manifestación de enero empezaron a ser observables indicios de colaboración entre afectados, AVPN y GPI. Estos últimos, junto al AHPN, organizaron en febrero una visita guiada a Can Ricart, estableciendo un puente entre el riesgo de derribo del recinto y de expulsión de las empresas. En abril la colaboración era ya evidente y se concretó en la asamblea, la resistencia a los desahucios y la manifestación. Por lo tanto, el periodo que va desde enero hasta abril de 2005 marca el tránsito del encuentro a la unión entre grupos. Se constituyó la Plataforma Salvem Can Ricart, se incluyó este eslogan en todas las acciones y se le sumó "defensem el Poblenou" en el proceso de ampliación de la lucha a otras entidades vecinales –lo cual implicó llegar a un delicado acuerdo sobre un conjunto de reivindicaciones compartidas. Se produjeron acciones importantes de resistencia y se elaboraron los primeros documentos que valoraban el conjunto y planteaban alternativas. En definitiva, se enunció el "Conflicto de Can Ricart" en su dimensión básica y se hizo público.

He tratado hasta aquí de identificar preliminarmente el conjunto de actores y de operaciones previas que permitieron la formación de la Plataforma, que dieron forma a los eslóganes, que formaron los acuerdos fundamentales. Sin embargo, apenas hemos avanzado. Conocemos poco a los actores, hemos dado por buenas sus formulaciones del conflicto sin detenernos en ellas. Es necesario seguir deshaciendo el nudo. Es decir, entender quiénes son los actores, qué es lo que se entiende por "conflicto" y por "Can Ricart". En efecto, ni siquiera el objeto en discordia puede ser dado por sentado.

2.

PLANES, PLANOS, RESTOS, RASTROS.

Barcelona s'ha proposat un nou repte: integrar-se plenament en la nova revolució tecnològica. La única ciutat de la Mediterrània que, en expressió de l'historiador Jordi Nadal, ha participat tant en la revolució comercial com en la revolució industrial, afronta ara el repte de la nova economia, de l'economia basada en el coneixement. El Poblenou, crisol en el que es va condensar el principal nucli de la industrialització espanyola durant el segle XIX es proposa avui com a la principal plataforma econòmica i tecnològica de Barcelona, Catalunya i Espanya en la perspectiva del Segle XXI” (Ajuntament de Barcelona 2000: 9).

La avenida Diagonal y la calle Pere IV forman una X en el plano de Barcelona. Su cruce marca el encuentro entre la vieja carretera a Mataró/Francia y la Gran Via Diagonal que debía cruzar toda la ciudad proyectada por Cerdà en 1859. La primera aparece ya en los mapas de mediados del XVIII. La segunda se terminó en 1999. Ambas arrastran una trama urbana específica: la cuadrícula ortogonal del Eixample Cerdà y la que sigue los antiguos ejes viarios de Sant Martí de Provençals, ligeramente inclinada con respecto a la primera. La historia de la urbanización del Poblenou en los últimos 150 años es, al menos en parte, la lucha por (y contra) la alineación a la trama Cerdà. Can Ricart, apenas unos metros al noroeste del cruce Diagonal/Pere IV, está en el centro de esta disputa. Por otro lado, la urbanización del Poblenou está íntimamente ligada a las diferentes fases y manifestaciones del gran proceso de industrialización que comenzó a mediados del XVIII. Can Ricart, fábrica textil en el XIX, recinto industrial polivalente en el siglo XX, está también en el centro de estas transformaciones. Establecer lo que el “conflicto de Can Ricart” tiene de conflicto implica atender a estas dos dimensiones.

El Poblenou forma parte del hoy distrito de Sant Martí, municipio independiente entre 1716 y 1897. La victoria de Felipe V en la Guerra de Sucesión y la aprobación del Decreto de Nueva Planta (1716) descompuso efectivamente la organización política barcelonina y le otorgó la independencia, posteriormente relegada por el proceso de anexión a Barcelona de los municipios colindantes (Roca 1997). Este territorio había empezado a acoger industrias a mediados del XVIII, los llamados “prados de indianas” dedicados al blanqueo de algodón posterior-

La fábrica del conflicto

mente estampado en fábricas del centro de la ciudad. Este proceso exigía grandes superficies y agua en abundancia, y Sant Martí ofrecía ambas (Grau y Arranz 1994; Fabre y Huertas 1976). El proceso de industrialización a gran escala comenzó no obstante entre los años 40 y 50 del siglo XIX con las industrias del “ram de l’aigua” (blanqueo, tinte, estampado y acabado de telas). Además del buen precio del suelo y la abundancia de agua en el nivel freático, hay que añadir como incentivos la prohibición de nuevas industrias en Barcelona (aún amurallada), la ausencia de impuesto por implantación, la buena comunicación (se inauguraron las primeras líneas de ferrocarril), la cercanía al puerto (fundamental para el transporte de la materia prima proveniente de Gran Bretaña –carbón- y Estados Unidos –algodón-) y la ausencia de controles higiénicos que sí existían en Barcelona (Sintes 2004). Los empresarios y propietarios del suelo encontraron así en Sant Martí “una libertad extraordinaria” para establecerse sin apenas constricciones urbanísticas, fiscales o higiénicas (Grau y Arranz 1994;).

El derribo de las murallas de Barcelona y la planificación del ensanche de Barcelona (1854-1859) se solapó con esta primera fase de intensa implantación industrial y con la edificación de Can Ricart (Aibar y Bijker 1997; García-Bellido 2005; Tatjer et al. 2005a). Superponer estos procesos es relevante: si el primero suponía un intento de resolver la contención física y política de la ciudad amurallada y el establecimiento de un modelo uniforme de ordenación del crecimiento de Montjuic al río Besòs, el segundo se correspondía con una lógica espacial propia y previa, que se alienaba a los viejos ejes viarios (la calle Sant Joan de Malta-Marià Aguiló y la carretera de Mataró). Can Ricart, comunicada a esta última mediante el Pasaje Ricart (hoy Pasaje Marqués de Santa Isabel) se empezó a construir en 1853 y continuó edificándose respetando esta alineación hasta los años 80 del siglo XX (Tatjer et al. 2005a). La aprobación del Pla Cerdà⁴ no significó en Sant Martí el abandono de la trama anterior, sino más bien su yuxtaposición. La malla del Eixample se extendió en algunas zonas, en otras, como el sector que nos ocupa, se siguió la inercia anterior (Sabaté 1997; Caballé 1997; Martorell y Florensa 1970). Esto fue posible gracias a una combinación de voluntades políticas e intereses privados. El Ayuntamiento de Sant Martí se posicionó desde un primer momento contra el trazado de Cerdà, que sacrificaba buena parte de las construcciones y vías existentes (Caballé 1997). “La visió que tenia el consistori de com s’havia de desenvolupar l’eixample dins del territori martinenc era ben clara: la trama es formaria allà on no tingués cap obstacle, cap preexistència, ni aïllada –construccions disperses- ni viària, sobretot. Atenent-nos a aquesta concepció pragmàtica, respectuosa amb les propietats urbanes existents i amb la seva dinàmica d’implantació (les antigues vies de comunicació continuen sent pols d’atracció), s’aconseguiria ‘harmonitzar’ el plànol d’eixample i la realitat poblacional del territori. Precisament això era, però, el que destruïa l’esperit i la teoria del Projecte de Cerdà” (ibid.: 106). Esta harmonización se llevó a cabo mediante la concesión “extraordinaria” (pero

rutinaria) de licencias de obra que no respetaban la trama Cerdà, pero que tampoco otorgaban derecho a indemnización cuando se ésta se urbanizara. Se instauraba así cierto régimen de provisionalidad, coartada para edificaciones de poca calidad. Se llegaron incluso a elaborar dos Planes Generales de Ensanche en Sant Martí, en 1879 (Pere Falqués) y 1894 (Claudi Duran i Ventura), que trataban de aunar los viejos patrones de urbanización con el nuevo diseño de Cerdà. A la ya de por sí compleja negociación del proyecto de Eixample se añadía en Sant Martí la cuestión de la soberanía municipal y sus límites.

Mientras tanto, entre 1861 y 1904 Sant Martí se consolidó como la gran concentración industrial de Cataluña y España (Nadal y Tafunell 1992; Harrison 1978; Massana 1985). Ostentaba el primer puesto a nivel estatal en el sector textil, el segundo en alimentación y el tercero en químico. En todo este periodo apenas se urbanizó según el Plan Cerdà. En el plano de Serrallonga de 1903 (Ajuntament de Barcelona 2006c) se constata la debilidad de esta trama, cuyos atisbos se daban sobre todo entre el Parc de la Ciutadella y el Cementerio del Poblenou. Por su parte, Can Ricart no dejó de crecer en este periodo, tanto físicamente (duplicó su extensión) como en cuanto a su facturación (se mantuvo siempre entre las primeras diez empresas de Sant Martí por cuota fiscal) (Tatjer et al. 2005; Nadal y Tafunell 1992).

A partir de 1905 y hasta los sesenta se dio la gran expansión de la industria metalúrgica y mecano-metalúrgica, intensificada con el paso del vapor a la electricidad como sistema energético. Destacó en importancia la industria automovilística, tanto por su peso específico como por la magnitud de su demanda secundaria, que favoreció el florecimiento de numerosos pequeños talleres proveedores. Una fotografía aérea de 1947 muestra, sin embargo, que no había aún indicios de la avenida Diagonal, ni de la Gran Vía, ni de la Plaça de les Glòries. El eje Pere IV seguía siendo la vía más consolidada. Las manzanas ortogonales se concentraban como antes en las calles Doctor Trueta, Ramón Turró y Lull. Hacia el Besòs había aún numerosas tierras de cultivo y la trama urbana se disolvía completamente. Una parte sustancial del territorio estaba ocupada por grandes instalaciones industriales. Can Ricart continuó su expansión, aunque más lentamente. Desde los años veinte fue, además, parque industrial. La antigua fábrica se dividió en varios talleres. Se instalaron en primer lugar una industria química y una fundición.

Los años sesenta marcaron el comienzo de la crisis industrial en Sant Martí, y a partir de 1975 la tendencia a la desindustrialización era ya evidente. En este contexto de fuerte tendencia a la relocalización de las industrias en el cinturón urbano surgieron los primeros intentos urbanísticos de liberar espacios industriales para el sector terciario y capturar la plusvalía, como el fallido Pla de la Ribera⁵. Muchas de las fábricas abandonadas fueron ocupadas como almacenes y garajes. Siguiendo con el análisis de las fotos aéreas, en 1971 aparecía ya una tenue trama de Eixample y la futura Diagonal empezaba a ser inteligible. El cambio más fundamental fue la

La fábrica del conflicto

total apertura de la Gran Vía y la urbanización a su paso, mayoritariamente de edificios de viviendas. Este periodo coincidió en Can Ricart un aumento de la fragmentación del espacio debida a la llegada de numerosos pequeños talleres. Se produjeron asimismo las últimas ampliaciones. La dinámica del recinto permaneció estable hasta la aprobación del Plan 22@ en el año 2000. No así en los alrededores.

A partir de mediados de los ochenta, con la designación de Barcelona como ciudad Olímpica y las operaciones asociadas, comenzó un periodo de intensa transformación de Sant Martí. En 1992 el nudo de Glòries estaba terminado y se dibujaba a su alrededor el entramado ortogonal de Cerdà. La Diagonal, sin embargo, continuaba apenas esbozada. La mayor parte de la transformación se había concentrado en la costa, con la desaparición de las vías del tren, la gran operación de sustitución de suelo industrial por vivienda en la Villa Olímpica y la urbanización del frente marítimo según un modelo de ocio. Diez años después la apertura de la Diagonal marcaba ya el nuevo vector principal. A su paso se fue extendiendo la edificación ortogonal y su llegada al mar coincidió con la última gran operación, el Fòrum de les Cultures 2004, que extendió la línea de costa lúdica hacia el Besòs y concentró una serie de edificios altos, un centro comercial y un parque. Este conjunto de operaciones hicieron desaparecer dos importantes elementos históricos: la última gran industria del barrio, Macosa/Can Girona, y el Camp de la Bota, campo de fusilamiento y símbolo de la represión franquista. Apenas quedó como memoria de los mismos un depósito de aguas y una escultura, respectivamente.

La imagen del plano actual podría por tanto oscurecer la novedad de la alineación a Cerdà en esta parte de la ciudad, extremadamente reciente en el sector Diagonal-Pere IV. Fueron la apertura de la Diagonal (1999), Diagonal Mar (2001), el tranvía (2004), el Fòrum (2004), la Torre Agbar (2005), el Parc Central (2008) o el hotel Habitat Sky (2008) las operaciones que en los últimos años han cambiado la jerarquía entre Pere IV y la Diagonal, convirtiendo a esta última en el espacio de referencia y a la primera en aberración geométrica. Hasta el año 2005 el Pasaje Marqués de Santa Isabel comunicaba Can Ricart con Pere IV, como lo había hecho desde mediados del XIX. No fue hasta el inicio de las obras del Parc Central en la primavera de 2006 que esta vieja trama empezó a desaparecer (una parte del pasaje del Marqués de Santa Isabel, la calle Puigmal e incluso un fragmento de Pere IV) al mismo tiempo que se abría la cuadrícula de las calles Espronceda, Marruecos y Cristóbal de Moura. La trama resistió no obstante algo más que las edificaciones, cuyos derribos habían finalizado en 2003. Los únicos restos que hoy quedan de todo esto son una parte de la chimenea de la antigua fábrica de blanqueo y tintes Buidas y Samsó, las naves de la fábrica Oliva Artés, y una evocación del tramo desaparecido de Pere IV, elementos todos incorporados al Parc Central. Con todo, el examen de la trama, el plano y las fotos aéreas del Poblenou y Sant Martí siguen revelando rastros y cicatrices de la historia de urbanización-industrialización-renovación de los últimos 150 años.

Era necesario revisar al menos brevemente esta narrativa, pues conforma la historia hegemónica de Sant Martí, a su vez principal elemento de legitimación de operaciones urbanísticas como el 22@ (Arxiu Històric del Poblenou 1991, 1996, 2005; Grau y López 1973; Huertas 2001). Es el relato del Manchester Català, pero también de la nueva Barcelona: de tierra de lagunas a pulmón industrial; de zona gris y en crisis a la renovación olímpica. El Plan 22@ encuentra su fundamentación y justificación en esta conceptualización. Un relato en el que no tienen cabida los trabajadores, los conflictos, la violencia ni la revolución. La otra historia del Poblenou, la de la clase obrera y sus luchas por la emancipación, no ha lugar (Moreno y Vázquez-Montalbán 1991).

Según la narrativa oficial (Oliva 2003), el proceso que culminó en la aprobación en julio de 2000 de la *Modificació del Pla General Metropolità per a la renovació de les àrees industrials del Poblenou –Districte de activitats 22@BCN* comenzó en 1995 con el estudio del tejido industrial y urbano del Poblenou⁶. Esta investigación, titulada *Poblenou, reconeixement urbanístic i propostes*, “aporta unes reflexions profètiques al voltant de les necessitats i els condicionants de la nova indústria urbana, i preveu una possible transformació del teixit productiu lligada a l’ordenació urbanística.” (íbid.: 23). Ésa fue la base para el primer documento de carácter normativo, elaborado por el AjB tres años después: *Poblenou. La renovació de les àrees industrials. Criteris, objectius i solucions generals del planejament*. El documento definía unas líneas generales de actuación, pero no establecía los criterios cuantitativos de la transformación. La cantidad de suelo industrial a recalificar, el porcentaje del mismo dedicado a vivienda, los coeficientes de edificabilidad o el reparto de usos provocaron numerosas discusiones y alegaciones por parte de promotores, vecinos, artistas y profesionales. Entre los documentos producidos en torno al debate destaca el estudio *Ciutat Digital* (2001), encargado por el Pacte Industrial de la Regió Metropolitana de Barcelona al Institut Català de Tecnologia (ICT) y dirigido por Miquel Barceló. Según su coordinador, “*Ciutat Digital* va a ser un pas endavant en la definició de nous plantejaments urbanístics, i en certa manera va representar la base conceptual i pràctica que l’Ajuntament necessitava per elaborar una modificació innovadora del PGM” (Oliva 2003: 27).

El modelo de ciudad digital se fundamentaba en la integración de la ciudad del conocimiento, la ciudad sostenible y los nuevos sectores industriales: un nuevo urbanismo “que ha superat la pedra i basa la seva estratègia en la informació. I pensa menys en termes de grans infraestructures de transport (autopistes, rondes...) i més en amples de banda i centres de formació” (Pacte Industrial de la Regió Metropolitana de Barcelona 2001: 55). Muy brevemente, *la ciudad del conocimiento*, receptora, generadora y transmisora de éste, era concebida como una red de relaciones, un centro estratégico, una oportunidad para conexiones. Sus componentes esenciales eran un sistema educativo y de formación permanente, un sistema I+D y servicios avanzados. *La ciudad sostenible* se basaba en un modelo de ciudad

La fàbrica del conflicte

compacta (maximització del contacte i el intercanvi de informació) contra la urbanització difusa (especialització, segregació). Un model dens, heterogeni, que permetria un augment de la complexitat interna; més eficient en sòl i energia, que minimitzara el impacte ambiental. *Los nuevos sectores industriales* eren aquells vinculats a les tecnologies de la informació i la comunicació (TIC) i el seu impuls havia de suposar la oportunitat que el Poblenou tornés a estar a la capçalera de la revolució industrial i tecnològica. Eren sectors que podien i havien de conviure amb altres activitats i que es alimentaven de la barreja d'usos. El document feia un èmfasi notable en aquest últim punt. Parlava de la necessitat d'un nou ús del sòl que "absorbeixi la centralitat de la nova indústria tecnològica i permeti al mateix temps la seva compatibilitat amb la indústria antiga [...] i amb altres usos no industrials, entre els quals es troba l'habitatge residencial, sense que en cap cas aquest darrer ús es pugui convertir en l'objectiu a promoure" (ibid.: 115). No es tractava de posar en risc el desenvolupament col·lectiu de les plusvàlies generades, sinó d'evitar les grans expectatives urbanístiques, de substituir la *dinàmica especulativa* associada a les recalificacions de sòl industrial per una *dinàmica productiva*.

La defensa del caràcter productiu del barri, de la possibilitat de reutilitzar el abundant patrimoni industrial disponible i la necessitat d'evitar una terciarització o residencialització excessiva del territori van ser punts fonamentals de la proposta que calien als veïns i l'ajuntament. "Avui, quan una gran part d'aquestes indústries ha deixat pas a espais desocupats, i s'ha viscut un procés de desindustrialització progressiva, s'imposa la necessitat d'aprofitar aquest patrimoni històric i de reutilitzar en conseqüència aquest espai per desenvolupar allò que li ha estat propi, la indústria, per fer el que constantment ha fet sempre el Poblenou: adaptar-se al canvi tecnològic, incidir en la innovació del concepte industrial, i permetre així un desenvolupament equilibrat del territori on siguin possibles les activitats productives d'indústries competitives amb els seus serveis associats al costat del nou sector de les TIC." (ibid.: 122).

El AjB assumí gran part d'aquesta retòrica en la redacció final del Pla, que comptava amb un ampli suport per part dels partits de l'oposició i les associacions de veïns. "L'objecte de la MPGM és la renovació dels sòls industrials del Poblenou per a la creació d'un modern districte d'activitats econòmiques amb infraestructures i urbanització adequades als requeriments de les empreses i amb presència important de les activitats emergents del nou sector de les tecnologies de la informació i la comunicació (TIC), la investigació, la cultura i el coneixement. També és objecte d'aquest pla afavorir la diversitat d'usos en el seu àmbit amb el reconeixement dels habitatges existents i la previsió de nous usos complementaris d'habitatge i residencials, en compatibilitat amb les activitats" (Ajuntament de Barcelona 2000: 1). El 22@ se presentava com una resposta complexa i innovadora a la "obsolescència funcional" de lo que havia estat el Manchester Català i una

apuesta por un futuro de vanguardia. Como plan global para el Poblenou estaba en la línea de las demandas de la AVPN, que había reclamado un tratamiento de conjunto del barrio desde principios de los 90, tras la “trampa” de las transformaciones perimetrales (Villa Olímpica, Frente Litoral, Diagonal Mar), que no habían aportado ninguna cohesión al territorio.

El plan actúa en el cuadrante definido a grandes rasgos por la calle Marina, la Gran Vía, la Rambla Prim y el mar —una localización estratégica, entre el Fòrum y la futura estación intermodal de Sagrera, como subrayan los folletos publicitarios (22@Barcelona 2007). El ámbito en transformación es de casi dos millones de m², el equivalente a 117 manzanas del Eixample. Más de la mitad es suelo industrial (22a en el PGM) que pasa a ser suelo de uso mixto (22@ en la MPMGM —de ahí el nombre). El Plan apuesta también por la urbanización según la trama Cerdà, extendiendo así el viejo proyecto de Eixample y entendiendo que es una morfología plenamente apropiada y flexible para la mezcla de usos que se quiere fomentar. Hay una serie de aspectos técnicos del plan que son importantes. Con respecto a la “complejidad y mezcla de usos”, la calificación 22@ prohíbe la industria contaminante y limita la actividad de almacenaje. Admite la industria y actividades @ (limpias, vinculadas al conocimiento y a las nuevas tecnologías), oficinas, hoteles, viviendas, uso comercial, sanitario, religioso, cultural, recreativo, deportivo y servicios urbanísticos, técnicos y medioambientales. Además, se establece un aumento de la densidad, concretado en un aumento variable de los coeficientes de edificación vinculado a los usos del suelo. Se entiende que este mecanismo es el más apropiado pues otorga mayor flexibilidad y variedad de tipologías en un mercado emergente. A los 2 m² techo/m² suelo vigentes se le aumenta un 0,2 en general; un 0,5 adicional para actividades @; otro 0,3 para operaciones bajo titularidad pública destinadas a viviendas de protección y un 0,2 más en áreas impulsadas por el Ayuntamiento y destinadas a servicios técnicos, aparcamientos y vivienda, llegándose así al máximo de 3,2 m² techo/m² suelo. Por otro lado, se establece un sistema obligatorio de cesión de suelo para los promotores (31m² por cada 100m² de vivienda construida) con el objetivo de liberar y financiar espacios verdes, equipamientos y nuevas viviendas. Se entiende así que las plusvalías que genera el aumento de edificabilidad deben ser parcialmente socializadas en aras de un “equilibrio de beneficios públicos y privados”.

La cuestión de los equipamientos se concretó posteriormente con el *Pla d'Equipaments del Poblenou* (2001). Del mismo modo la dotación de las infraestructuras necesarias se desarrolló con detalle mediante el *Pla Especial d'Infraestructures* (2000), que funciona con un sistema similar de reparto de cargas para la financiación de las redes de cableado óptico, recogida neumática de residuos, climatización y galerías (y se ocupa también de la ordenación viaria y de la movilidad). Un último aspecto a destacar es el doble compromiso en materia de vivienda: por un lado, el reconocimiento de la mayor parte de las más de 4.500 viviendas en suelo indus-

La fábrica del conflicto

trial (y por tanto en situación irregular); y por otro, la construcción de entre 3.500 y 4.000 nuevas viviendas, todas ellas con “algún tipo” de régimen de protección público.

En resumen, el Plan 22@ establecía una nueva normativa urbanística, un nuevo marco para el planeamiento en el área. La concreción del mismo quedaba emplazada a los PERIs, seis de los cuales (un 40% de territorio en transformación) eran impulsados por el propio ayuntamiento en áreas prioritarias que debían funcionar como “motor” de la transformación del ámbito. El resto de los planes quedaban al amparo de la iniciativa privada y se regían por la misma normativa. La gestión de toda la operación quedó encomendada a la empresa privada de capital 100% municipal 22@bcn. Esta sociedad tiene la responsabilidad de impulsar los planes públicos, aprobar los privados si cabe y promocionar el área como espacio de asentamiento empresas de la nueva economía. En palabras de uno de sus responsables: “el 22@ son muchas cosas: es una entitat (una sociedad), es un territorio, es un proyecto urbanístico, es un proyecto económico, es un proyecto social, es un concepto. Es una suma de cosas. Empezó con un plan urbanístico, un diseño urbanístico, la creación de una sociedad para ponerlo en marcha y hubo una primera fase estrictamente urbanística. Hay que hacer primero planes, dibujarlos, pero un plan no deja de ser un dibujo, una norma, una memoria, un documento escrito... Luego entra la fase de gestión urbanística y de ejecución [...] Gestión significa convertir el papel en realidad. Es decir, trasladar empresas, trasladar personas, buscar recursos económicos, empezar a derribar, empezar a liberar suelo, volver a construir, cambiar títulos de propiedad, cambiar derechos... Y paralelamente a esto, con los recursos económicos que se van generando, que se van ingresando, se empieza a hacer la urbanización, las infraestructuras: abrir calles, reabrir calles, empezar a implantar el conjunto de redes de infraestructuras (agua, gas, luz, telefonía, fibra óptica, movilidad, aparcamiento)... Por lo tanto es un proceso que empieza en un dibujo, continúa en la gestión de este dibujo y la ejecución de este dibujo. Paralelamente a esto ya va llegando el promotor inmobiliario, el propietario del suelo, que es el que en definitiva ha puesto el suelo y pone el dinero para que se produzca esta transformación [...] Este privado tiene que ceder una buena parte de este suelo para equipamientos, zonas verdes, vivienda social, viales... y además pagar los gastos. Y este promotor recupera las plusvalías éstas y empieza a construir y empieza a buscar clientes para lo que ha construido, ya sea en venta, ya sea en alquiler. Aquí entra la última o la penúltima fase del concepto 22@: no se trata sólo de esta operación urbanística-inmobiliaria que pone en el mercado cientos o miles de metros cuadrados de techo productivo, sino un paso más: ir a buscar las empresas que tienen el contenido que queremos que tenga. Empresas vinculadas al conocimiento, modernas... Otra de las facetas de esta sociedad es poner en contacto inversores (inversores finales, es decir industriales o científicos o tecnológicos) con los promotores inmobiliarios. Es decir, ir a buscar no sólo el continente sino también el contenido” (Entrevista, 12/07/07).

La AVPN estuvo de hecho bastante conforme con el plan en primera instancia. En palabras de uno de sus miembros: “Nosaltres estaven molt d’acord amb el 22@ en diverses qüestions: 1) El 22@ assimilava els 4.800 habitatges que ja existien sobre sol industrial i els assimilava com habitatges. Aquesta era la premissa número u sense la qual no haguéssim estat d’acord amb res. Això ja quedava assegurat. 2) A canvi d’un increment del coeficient d’edificabilitat, el 22@ alliberava molts metres quadrats de sol per equipaments i zones verdes –la qual cosa era totalment deficitària al barri, perquè la qualificació de 22a que tenia el PGM des de l’any 76 no permetia alliberar ni un centímetre quadrat de sol per equipaments. Per tant, això era una cosa molt positiva. Però també hi havia coses negatives com és que nosaltres havíem demanat abans que res que es fes un estudi per la protecció del patrimoni industrial del Poblenou i el 22@ no el va voler fer. La MPGM es va a aprovar sense aquet estudi. Pel que fa l’habitatge social la MPGM posava sobre la taula 4.000 habitatges de protecció, tots els habitatges nous, i això també ens semblava que era una cosa molt positiva, el barri necessitava habitatge de protecció. I després que el sol quedava requalificat com 22@, que volia dir que bàsicament continuava la activitat econòmica. No l’activitat d’indústria pura de xemeneia que hi havia abans, però si activitat econòmica, i això era precisament el que nosaltres volíem [...] Hi havia sensació que el 22@ era realment el model de desenvolupament urbà que volien al Poblenou. I teòricament era veritat...” (Entrevista, 27/03/07).

Los primeros pasos del 22@ estuvieron sin embargo marcados por el conflicto. El primer PERI hecho público, el Lull-Pujades Llevant, provocó las primeras protestas, y el segundo, el Eix Llacuna, las disparó. Una asamblea y una manifestación multitudinarias a principios de 2003 convencieron al AjB de la necesidad de sentarse a negociar. Eventualmente, el PERI sería redactado de nuevo con el acuerdo de la AVPN –y con la oposición de nuevos grupos surgidos del propio conflicto, como la Associació d’Afectats pel 22@ (AA22@) o la CC22@, que cuestionaban aspectos más de fondo del plan y que acabarían rompiendo relaciones con la AVPN. El conflicto del Eix Llacuna fue muy importante, ya que reactivó enormemente la acción vecinal, la fragmentó, y obligó al AjB a negociar unas nuevas normas de participación ciudadana. Desde ese momento, el 22@ se enfrentó a una renovada infraestructura de activismo vecinal.

El PERI Parc Central se aprobó desapercibidamente en octubre de 2001. A pesar del nombre, no incluye el Parc Central, sino el área colindante por el noroeste. Concretamente, las seis manzanas comprendidas entre la calle Bilbao, Perú, Bac de Roda y Marroc. Se divide en dos Unidades de Actuación, siendo la UA1 la que afecta a Can Ricart. El PERI regula la urbanización de la zona, aunque no es un proyecto arquitectónico, sino la base de éste. El documento sigue las propuestas de ordenación elaboradas por Manuel de Solà-Morales: “El Pla Especial valora la superposició de la morfologia de base industrial de grans peces, que defineix uns espais intern de mida intermèdia, sobre la macroestructura de carrers de l’Eixample, i proposa una mecànica de substitució de volums, sobre la pauta de la descompo-

La fábrica del conflicto

sició actual dels complexos fabrils del parcel·lari existent, creant a l'interior espais lliures, nous àmbits de relació i accessibilitat, i valorant els antics passos com a llocs que qualifiquen especialment algunes de les noves edificacions per a activitats productives. Es defineix, així, un teixit urbà propi i característic d'aquest àmbit. En base a aquesta mecànica de substitució es proposa una edificació d'alçada variable entre B+3 i B+7, relacionada per petits espais públics, de mida molt controlada per permetre el contacte entre volums relativament pròxims” (Ajuntament de Barcelona 2001: 12).

En otras palabras, la definición del PERI implicaba el derribo de la fábrica Can Ricart y el mantenimiento de parte de su trazado. Este planteamiento fue ligeramente modificado por otro plan derivado, el Plan de Millora Urbana (PMU) de la UA1, presentado por la Asociación de Propietarios (AP) de la UA1 y aprobado en marzo de 2003. Éste fue el instrumento de planeamiento “estático” que el Proyecto de Reparcelación (PR), instrumento de gestión, tenía que convertir en “dinámico”. El PR es la última fase en la pirámide jurídica. Según uno de sus redactores, “es el cambio, la realidad. El papel pasa a ser realidad, las calles empiezan a ser calles, los derribos empiezan a ser efectivos y las nuevas moles sustituyen lo anterior” (Entrevista, 25/06/07). Entre otras cosas, esta “realidad” implicaba que la mayor parte de las empresas eran expulsadas del ámbito sin indemnización, en virtud de su situación contractual. La aprobación del PR (inicialmente en febrero y definitivamente en diciembre de 2004) fue el detonante del conflicto de Can Ricart. Las empresas contrataron al abogado Francisco Ibáñez, que recurrió sin éxito el PR –de ahí las órdenes de desahucio que en 2005 empezaban a ser efectivas.

La situación de las empresas era efectivamente delicada. Por un lado, la MPGM, el PERI y el PMU, aprobados ya definitivamente, establecían la incompatibilidad de las actividades industriales con los nuevos usos @ de la zona, lo que equivalía a su expulsión. Por otro lado, muchas de las empresas tenían “contratos resueltos”, mes a mes, o extinguidos, con lo cual el PR no les reconocía derecho alguno. Según Ibáñez, “el propietario, la familia Ricart, fue previsor en este sentido. Ató la relación arrendaticia con las actividades para, cuando llegara el desarrollo urbanístico, barrer el ámbito. Esto es muy propio del promotor” (Entrevista, 25/05/07). En efecto, ya a partir de mediados de los noventa habían dejado de firmar contratos largos y en los últimos años habían simplemente dejado de renovar los contratos que acababan y se habían limitado a cobrar las mensualidades. De este modo, según la ley, las empresas sin contrato en vigor no tenían derecho a indemnización. La estrategia de éstas fue entonces negociar colectivamente para constituir un núcleo de fuerza, evitar el “caso por caso”. Según Ibáñez el ayuntamiento y la sociedad 22@ nunca respondieron a sus acercamientos, por lo que decidieron poner en marcha la movilización pública (prensa, oposición, vecinos) y la resistencia directa a las sentencias de desahucio. La lucha entró entonces en contacto con la defensa del patrimonio industrial y así, en abril de 2005, se logró

detener momentáneamente la expulsión (y por tanto el derribo). Poco después las partes aceptaron iniciar un proceso de negociación con independencia de los procesos judiciales abiertos y los planes urbanísticos ya aprobados.

Es necesario subrayar que la retroalimentación de la batalla de las empresas y la del patrimonio, desde el punto de vista legal, era circunstancial. La primera estaba dirigida a la consecución de una indemnización más justa; la segunda a la preservación del edificio. Ninguna incluía necesariamente a la otra. De hecho se trataba de ámbitos legales completamente distintos: en un caso el derecho civil-privado (los contratos de arrendamiento y las indemnizaciones), en otro el derecho administrativo-público (el plan urbanístico). Este hecho no era ningún secreto, aunque lo más conveniente para todos era presentar una imagen de unidad. Para el abogado, al GPI le interesaba conservar el edificio, no las actividades. Para el GPI el abogado no quería detener la expulsión, sino conseguir una buena indemnización. Sin embargo, esto no impidió un aprovechamiento mutuo, simbiótico.

La cuestión del “conflicto” aparece ya con relativa claridad: el Plan 22@ establecía un marco de transformación del suelo industrial del Poblenou que se concretaba, en el caso de Can Ricart, en la expulsión de las empresas (consideradas nocivas y por tanto incompatibles), el derribo del recinto (ya que según la normativa patrimonial vigente no estaba protegido) y la reurbanización del sector. Por otro lado, el 22@ era un plan de iniciativa pública que actuaba en suelo público y privado. El sistema de gestión en este último es en la mayoría de los casos la reparcelación, que significa que son los propietarios los que promueven y financian la operación. La administración, en este caso el ayuntamiento y la sociedad 22@, debe tutelarla y supervisarla. Esto explica que si bien la renovación del área sea una iniciativa pública, el pago de las indemnizaciones corresponda al propietario, que es el beneficiario principal de las plusvalías que genera la operación.

Hasta ahora he hablado de “propietario”, “promotor”, “Ricart” e incluso “Marqués” sin demasiado rigor. Trataré de corregir esta imprudencia. El propietario de Can Ricart es Federico Ricart Olivar, Marqués de Santa Isabel por orden del 15 de septiembre de 2004. La dinastía de los Ricart empezó con Jaume Ricart i Guitart (1801-1872). Nacido en Casserres, hijo de campesinos, inició pronto su negocio de hilaturas de algodón en su zona natal (Mestre 1992). Su ascenso social fue muy rápido: se casó en los 30 con Rosa Gibert i Abril, hija de un rico comerciante y de familia noble de Barcelona, lo cual le dio acceso a un importante capital (Solà 2004; McDonough 1989). Se convirtió enseguida en uno de los principales fabricantes de algodón de Cataluña, participó en la fundación del Banc de Barcelona y tuvo un lugar destacado en la Junta de Fàbriques. En los 50 amplió su negocio al tejido y la estampación y fundó la empresa *Jaume Ricart i Fill* junto a su hijo Frederic (1830-1883). En 1862 contaban con tres fábricas (hilatura en Barcelona, tejido en Manresa y estampación en Sant Martí –Can Ricart) y unos 270 obreros. Era ya una de las empresas industriales más importantes del país. Al parecer fue Frederic

La fábrica del conflicto

el artífice de la división espacial de la empresa, que abarcaba el ciclo completo del algodón. La compañía cambió de nombre en 1866 y pasó a denominarse *Ricart i Companyia*, gestionada por Frederic. Las oficinas estaban en Barcelona; la hilatura fue trasladada primero a Manresa y posteriormente a Castellbell i el Vilar y Sant Martí; el tejido y la estampación se mantuvieron en Manresa y Sant Martí, respectivamente. Frederic recibió el título de Marqués de Santa Isabel en 1877, proveniente de su tío materno Jaume Gibert, como premio a sus méritos en el campo industrial y cívico: fue concejal y teniente de alcalde del AjB, diputado provincial, vicepresidente del Foment de la Producció Nacional, presidente fundador de la sociedad Fomento de la Cría Caballar de Cataluña, miembro del Ateneu Barcelonès... Su muerte coincidió con el inicio de la decadencia de la empresa, gestionada a partir de entonces por su hermano Jaume y su hijo Felip Ricart i Córdoba. Las huelgas del textil de finales del XIX afectaron especialmente a Can Ricart, “la primera fábrica en cerrar y la última en abrir” (Cabana 1993). En 1892, por ejemplo, fue tomada por piquetes obreros (Mirri 2001). A principios del XX era ya la única de las tres fábricas que mantenían. Jaume se había retirado del negocio, y la empresa pasó a llamarse *Felip Ricart*. A pesar de la tendencia a la baja, la producción de Can Ricart había seguido aumentando hasta los 9 millones de metros lineales en 1904 (4,6 en 1861, 6 en 1887) y empleaba a unos 200 obreros (Nadal y Tafunell 1992). Hasta 1913 estaba entre las 10 primeras empresas de Sant Martí según la cuota fiscal, luego desaparece (ibid.). Ese mismo año Felip vendió la empresa a Eusebi Bertrand i Serra (Cabana 1993). La crisis debió ser profunda: Felip vendió también en 1920 el palacete familiar que había mandado a construir su padre en el Passeig de San Joan⁷. Mantuvo, sin embargo, la propiedad de la fábrica y fue su viuda, María de las Mercedes de Despujol y Rocha (1899?-2002), Marquesa de Oliver, la encargada de gestionar el alquiler del espacio hasta finales de los noventa. Su hijo, Felipe Ricart Despujol, era ya bastante mayor y nunca asumió la gestión. Murió, de hecho, poco después que ella, en 2006. Así, fue Federico Ricart Olivar, nieto de Felip y Mercedes, el heredero y sucesor en la gestión.

Federico Ricart gestiona la propiedad a través del Grupo Ricart SL (posteriormente Ricart Parc Central SL), sociedad de promoción inmobiliaria de la cual es consejero-delegado. Como propietario mayoritario de la UA1 del PERI Parc Central ha liderado la AP, que a su vez impulsó el PMU y el PR. El proyecto urbanístico, promocionado como *Parc Central de Negocis*, fue encargado al estudio Alonso & Balaguer y Arquitectos Asociados, que en septiembre de 2002 presentaron su propuesta, aprobada definitivamente por el ayuntamiento en marzo de 2003. El PR fue posteriormente encargado a un despacho de abogados especializado en gestión urbanística. El documento fue aprobado inicialmente en febrero de 2004 (lo cual dio lugar a la contratación del abogado Francisco Ibáñez por parte de los afectados) y definitivamente en diciembre del mismo año (lo cual desató el proceso de desahucios).

3.

LA FÁBRICA

Lo descrito hasta ahora explica preliminarmente el origen urbanístico del conflicto y la suma de esfuerzos que condujo a una alianza contra el plan, pero no dice mucho sobre el objeto que se pretende salvar. No sabemos prácticamente nada sobre el continente y muy poco sobre el contenido. En este capítulo abordaré el primero, el recinto fabril. Llegar a aprehender el segundo requiere otra serie de operaciones, que son precisamente el objeto principal de la Parte II de este trabajo.

El carácter material del objeto-fábrica no facilita sin embargo un acceso directo a él. Mi argumento en esta sección es que para que pudiera siquiera hablarse de Can Ricart fue necesario un trabajo de *creación*. Can Ricart dejó de existir en algún momento del siglo XX, una vez dividido. Hubo que revivirlo artificialmente, por así decir. Ninguno de los que allí trabajaban hablaba de “Can Ricart” en un principio. En sus declaraciones y eslóganes no hay alusión a la noción del recinto hasta principios de 2005. Eran los talleres del Pasaje del Marqués de Santa Isabel, nº 40. Por lo que a ellos respecta, Can Ricart no existía hasta que se lo “descubrieron”. Esto no debiera sorprendernos en exceso si tenemos en cuenta que en el PERI Parc Central, la figura jurídica que ordena el ámbito, no hay mención alguna a Can Ricart. De hecho, ni siquiera se habla de recinto o complejo industrial, sino de “edificaciones e implantaciones de carácter industrial” (Ajuntament de Barcelona 2001: 19). Tanto para unos como para otros, se trataba de una serie de piezas más o menos dispersas. En la prensa, por otro lado, la utilización de “Can Ricart” para referirse al recinto y al conflicto no se sistematiza hasta finales de enero de 2005. Con anterioridad se hablaba más frecuentemente de empresas sitas en el Pasaje, afectadas por el plan del Parc Central⁸. La primera pregunta que hay que hacerse es por tanto cómo se unificaron en el concepto “Can Ricart”. La segunda es cómo se estableció el valor patrimonial del *conjunto*. Y la tercera pregunta es cómo este trabajo se propagó y se aceptó (o no) fuera de los círculos que lo habían producido.

En este respecto el actor primordial fue el Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs (GPI). La labor de investigación-difusión de este grupo fue absolutamente fundamental en la valorización de Can Ricart y del patrimonio industrial del Poblenou en general. Al mismo tiempo, su trabajo se apoyó

La fábrica del conflicto

en una serie de recursos acumulados a lo largo de una trayectoria previa de aportaciones al campo. Es por tanto oportuno situar las producciones del GPI en torno a Can Ricart como parte de un esfuerzo continuado para articular un discurso de defensa del patrimonio industrial. Esta es, de hecho, una conexión que ya realizó una de las miembros destacada del grupo, Mercè Tatjer (2004). Su reconstrucción, junto a otras menos exhaustivas (Roca 2004; Borja 2001), me servirán de guía en esta suerte de genealogía del discurso de la recuperación del patrimonio industrial como ejercicio de memoria histórica. “Si la ciutat és l’espai que conté el temps, esborrar el temps és amputar la ciutat d’elements vitals. El franquisme es va distingir pel seu antihistoricisme urbà. Es van esborrar els elements històrics de la toponímia i dels monuments, es va reduir el passat romà i medieval a les imatges de museu, es va degradar la història industrial i obrera a un present miserable... Després, el “desarrollisme” dels 60 va vendre la imatge d’una ciutat històrica de “ferias y congresos” i va emprender una tasca destructora dels espais públics i de les festes populars [...] Amb la democràcia es va agafar el fil que havien iniciat els moviments populars dels barris: van ser primer les associacions de veïns que van reivindicar un urbanisme d’espais públics i una recuperació de la memòria col·lectiva [...] Però en els darrers anys s’observa una progressiva tasca de desmemòria tant pública com privada. [...] Barcelona està destruint la seva memòria obrera. Els actuals governants s’equivocarien si volen identificar-se més amb la història dels socis del Liceu que amb la dels treballadors de la Maquinista. El futur es fa amb la història i no és indiferent escollir la història que val per el present.” (Borja 2001: 13).

En los 70 se localizan las primeras manifestaciones, aisladas y minoritarias, de reivindicaciones académicas y vecinales asociadas al patrimonio industrial. Éstas se incrementaron a partir de mediados de lo ochenta, coincidiendo con el comienzo de la transformación olímpica. Sin embargo, la dirección de los instrumentos de protección, los catálogos de patrimonio, estaba muy alejada de la valorización de fábricas, de modo que las actuaciones de preservación seguían siendo aisladas (por ejemplo el Vapor Vell en Sants). La ausencia de instrumentos de protección global ha sido de hecho una de las reivindicaciones históricas de los grupos interesados en el patrimonio industrial y una de las mayores dificultades para pasar de la rutinaria conservación de chimeneas a la conservación de *conjuntos*, parafraseando el título del artículo de Tatjer citado anteriormente.

En todo caso, en los ochenta se produjeron una serie de acontecimientos relevantes. El primero fue la exposición *Catalunya, la fàbrica d’Espanya*, comisariada por Jordi Nadal con el apoyo del AjB y la Generalitat en 1985 y expuesta en el Mercat del Born. La fecha servía de celebración del 150 aniversario de la fábrica Bonaplata, primera instalación animada por un motor de vapor en Barcelona, origen de la industrialización catalana. Más exactamente, sin embargo, la fecha conmemoraba su destrucción por los obreros en 1835, apenas un año y medio después de su inauguración, en un violento brote de luddismo, espejo de la innovación tecnológica. En

la exposición, este evento, como otras tantas acciones obreras, eran consideradas exabruptos, interrupciones en una historia de progreso. Industrialización equivalía aquí a historia económica y tecnológica del proceso industrial. En un importante libro algo posterior del mismo autor se reconocía abiertamente la perspectiva de trabajo: “Els protagonistes de la nostra història són les empreses i les empresaris [...] A les societats capitalistes, com ho es la nostra, l’empresa industrial és l’agent dinàmic, el motor que impulsa la creació i el sosteniment de les unitats productives” (Nadal y Tafunell 1992). La exposición formaba parte de un conjunto de trabajos elaborados por historiadores de la economía, más interesados en los procesos de innovación y desarrollo tecnológico-económico que en la dimensión territorial, espacial, paisajística o laboral de la industrialización (Tatjer 2004).

Por otro lado, la gran operación de la Villa Olímpica, que destruyó todo un complejo de edificios industriales y los *docks*, contó con la oposición de un pequeño grupo de arquitectos, que en verano de 1987 publicaron un manifiesto contra el derribo. Uno de ellos, Josep María Montaner, publicó en 1991 un artículo titulado “Memoria industrial” (Montaner 2003) en el que retomaba algunos de aquellos argumentos. La excusa era la inauguración de la primera exposición de la Escuela-Taller de Patrimonio en la Sala Tecla en l’Hospitalet (una fábrica rehabilitada), dedicada justamente al patrimonio industrial. En el artículo se establecía una diferenciación entre una sensibilidad creciente en Cataluña con respecto a este patrimonio y las enormes dificultades de la ciudad de Barcelona al respecto. El caso de los *docks* del Poblenou era señalado como una de las pérdidas más notables, vinculada además al beneficio rápido de la especulación con el suelo. Frente a esta depredación capitalista cabía la reivindicación popular y progresista de estos espacios para la ciudadanía. La argumentación recordaba bastante a la crítica marxista que, 25 años antes, otro grupo de arquitectos había articulado contra el Pla de la Ribera (Solà-Morales et al. 1974), que de hecho operaba en la misma zona y proponía una reforma basada en un uso estrictamente residencial, lúdico-burgués y con aspiración de exclusividad (se hablaba de “no darle la espalda al mar” o de “Copacabana”). El plan, aún aprobado, nunca se ejecutó, en gran parte porque la gran movilización del barrio contra el mismo lo hizo inviable.⁹

En los ochenta, sin embargo, la oposición a la reforma del litoral fue muy débil: “[...] l’envergadura i el ritme accelerat de les transformacions preolímpiques seduïen amb força la mirada d’una gran part de la ciutadania que maldava per deixar enrera la grisor del franquisme i que, per motius diversos segons la posició social, tampoc sentia llavors la necessitat de preservar el món fabril. Més repercussió de cara al futur tenia que entre els polítics i els tècnics locals continués essent molt escassa la sensibilitat pel tema; així, enmig de l’eufòria de liderar aquell procés de transformació, el districte de Sant Martí no figurava en el llista de treballs per a una nova revisió del catàleg de patrimoni entre 1987 i 1991, quan ja s’elaboraven els estudis urbanístics per estendre les transformacions pel Poblenou” (Roca 2004: 26).

Una de las primeras reflexiones sistemáticas sobre el lugar del patrimonio industrial barcelonés en relación a la construcción de la ciudad contemporánea y la memoria se encuentra en la publicación en 1994 de las actas del congreso *El futur de les periferies urbanes*, que había tenido lugar en el Institut Barri Besòs cinco años antes. Más concretamente, en el largo epílogo de Joan Roca (1994). El objetivo del texto en su conjunto era otro, abordar teóricamente la reproletarización y descapitalización de las periferias urbanas en el capitalismo flexible, la relación existente entre la “recomposición capitalista” (o el tránsito a un régimen postfordista, siguiendo otra nomenclatura) y los procesos de “periferización social” (o desigualdad y explotación) en el clima crítico de después de las olimpiadas del 92. La cuestión patrimonial aparecía de un modo más bien tangencial, pero de especial interés. El epígrafe 6 “Algunes qüestions de política local”, trataba precisamente de establecer un puente entre la periferización como proceso a escala global y una serie de propuestas de actuación a nivel local.

Por un lado, la desindustrialización aparecía ligada a la transformación del capitalismo hacia un modelo flexible que expulsa la actividad industrial del centro terciario y a la oportunidad de transformar el capital industrial en capital financiero muy rápidamente, gracias al aumento del valor del suelo y la oportunidad de la economía inmobiliaria. Por otro lado, y esta sería la aportación diferenciadora, el texto denunciaba el borrado de este eslabón de la memoria histórica catalana en un ejercicio de “amnesia avergonzante”. El oscurecimiento del pasado industrial era peligroso ya que dejaba fuera de la historia a los trabajadores, cuya contribución a la edificación del país quedaba así silenciada. Recuperar el patrimonio industrial, no como un ejercicio de historia pop, de elementos discontinuos y de rememoración distorsionada, sino como un ejercicio de reflexión sobre la construcción de una sociedad y su riqueza era fundamental en la construcción de una identidad nacional inclusiva, de la que tenían que formar parte aquellos trabajadores inmigrantes que tan frecuentemente eran excluidos de la historia de Cataluña. Era esta la única garantía de un futuro conciliador. En este marco, el texto proponía la creación de un *Museo de los trabajadores y de la ciudad industrial*. “No es tracta només de conservar i fer accessible un patrimoni històric fonamental, sinó que és la forma d’erigir un monument públic als qui, amb escassa recompensa, han fet possible l’acumulació de riquesa que és la base de la prosperitat catalana contemporània [...] Només a partir d’aquesta reflexió col·lectiva, en molts aspectes dolorosa, es podria tancar la incorporació de la gran immigració del passat a Catalunya” (ibid.: 731).

La destrucción sistemática del patrimonio físico industrial, reducido “a unos pocos elementos simbólicos que suscitan una *rememoración* sensiblemente distorsionada”, así como la ausencia de un trabajo de archivo sistemático con respecto a la documentación escrita, no era en absoluto casualidad: la reflexión sobre el mundo industrial sería un espejo de las contradicciones del proceso de acumulación contemporáneo. Ocultar el pasado era, también, prevenir el establecimiento de continuidades críticas y de familiarización con la historia de la lucha obrera.

Además de esta primera fundamentación ideológica del Museu del Treball, el texto también fundamentaba teóricamente la organización y los modos de funcionamiento del Fórum de la Ribera del Besòs (FRB). La propuesta de “foros tácticos de reflexión” se situaba en un contexto de crisis del asociacionismo urbano, derivado, por un lado, de la pérdida de operatividad de las asociaciones de vecinos tras la llegada de la democracia (motivada a su vez por la cooptación por la administración de sus líderes más combativos y la concentración de energías en batallas en el terreno escogido por el poder, el ámbito técnico) y, por otro lado, relacionado con la gran fragmentación de los grupos antagonistas y la pérdida de peso relativo de los ámbitos clásicos de organización, como el lugar de trabajo. Esto hacía necesario establecer formas de acción local basadas en la estructuración de puntos de convergencia: “*Fòrums*, en el sentit de punts de trobada de grups i persones que circulen per la miríade de xarxes en què s’ha descompost la vida social i econòmica dins l’heterotopia de les grans ciutats i *tàctics* en el sentit que s’hi elaboren formes de reflexió i acció destinades a convertir en la més forta la posició del més feble. [...] El fòrum tàctic seria doncs un *mercat* on es posen en contacte idees i iniciatives procedents de llocs, entitats, moviments i persones diverses. No es tracta de crear un nou moviment, ni un partit, ni un sindicat, ni una organització no governamental, ni una entitat cívica, ni un centre d’estudis o de recerca, sinó un lloc de convergència entre tots ells, com a nucli de reflexió, orientació i coordinació per a l’acció, i també com nucli de difusió” (ibid.: 749).

En efecto, desde 1992 se reúnen en el Institut Barri Besòs el primer martes de mes una cincuentena de grupos, asociaciones e individuos en una asamblea abierta (Roca y Faigenbaum 2002/3). “Allí, la gente puede proponer ideas, discutir las, expresar acuerdo o desacuerdo, y participar en la toma de decisiones. La estructura de la asamblea es horizontal, no jerárquica. Nadie tiene más voz ni voto que otro. El conocimiento allí compartido procede tanto de experiencias de la vida cotidiana como de experiencias en el mundo académico, técnico o artístico. Ningún conocimiento es más “alto” que otro. Toda contribución individual es bienvenida como parte de un proyecto común, y como libre aportación al mismo tiempo. En el corazón de esta filosofía reside el objetivo común de transformar la ciudad a través del pensamiento crítico y la acción consecuente; es decir: la finalidad es favorecer el desarrollo del tejido social, la conciencia histórica y la práctica democrática como caminos para expresar no sólo el derecho de los ciudadanos a la ciudad, sino, además, el derecho a su futuro” (Ponencia del Fòrum de la Ribera del Besòs en el Foro Social Europeo 2004). Los dos grandes temas de discusión desde la creación del FRB han sido la planificación urbana y la educación pública (Zusman 2004). No es de extrañar que el patrimonio industrial emergiera en este contexto como un tema fundamental.

Una de las formas en que esto ocurrió fue la producción de imágenes. En 2001 se hicieron públicas las primeras fotografías del proyecto *Barcelone vue du Besòs*, una colaboración entre el fotógrafo Patrick Faigenbaum y Joan Roca.

La fábrica del conflicto

Fueron expuestas en La Capella (MACBA) como parte de la sección “Processos Documentals” del *Barcelona Art-Report 2001*. Una pequeña parte de este proyecto de generar contraimágenes de la metrópolis tenía que ver con la recuperación de los espacios industriales en la narrativa de la historia urbana. De hecho, uno de los objetivos del proyecto era precisamente la producción de imágenes que pudieran incorporar de alguna manera los procesos históricos, que pudieran capturar el palimpsesto urbano (Roca y Faigenbaum 2002/3). Este trabajo, ampliado, sería una parte fundamental de la exposición *Com volem ser governats?* (2004), con un montaje itinerante (Institut Barri Besós, fábrica Palo Alto y Centro Cívico de La Mina) y producción del MACBA. La colaboración entre el MACBA y el FRB también había producido en enero de 2003 un ciclo de debates organizado en el contexto de la exposición *Muntades On Translation* titulado *De les Glòries al Besòs*. El 27 enero la sesión llevaba por título “Memòria col·lectiva, llegat industrial i espai públic”.

Por otro lado, en octubre de 1997 había iniciado su trayectoria el proyecto *Ciutat i fàbrica, un recorregut pel patrimoni industrial de Barcelona*. Tal y como establecía el texto de presentación: “Aquesta iniciativa sorgeix de l’interès intel·lectual d’un col·lectiu humà que, bé per raons professionals, bé per raons d’investigació, treballa amb el patrimoni industrial. Aquest col·lectiu està format per arquitectes, aparelladors i enginyers implicats en projectes on hi es present la rehabilitació d’un edifici amb passat industrial i per geògrafs, arqueòlegs i historiadors que han treballat i treballen aspectes relacionats amb el món industrial”¹⁰. La primera tarea a la que se encomendaron fue un inventario del patrimonio industrial aún existente: “es tractava de reunir les peces més destacades –per la seva singularitat arquitectònica, per l’interès de les seves produccions i innovacions tècniques, o pel seu caràcter emblemàtic- que encara es mantenien en el paisatge de tot Barcelona. El resultat fou un inicial i succint llistat de prop de 200 fàbriques, de les quals es disposava –després de d’un primer reconeixement territorial i d’una investigació documental, bibliogràfica i gràfica- d’un volum d’informació suficient per considerar-les elements que calia protegir” (Tatjer 2004: 40). Entre ellos estaba Can Ricart, por primera vez mencionado en un contexto de valorización patrimonial.

De este trabajo surgió la exposición de fotografía *Ciutat i fàbrica: un recorregut pel patrimoni industrial de Barcelona*, inaugurada en diciembre de 1998 en el COAC y de especial importancia, “ya que fue la primera muestra de conjunto del patrimonio industrial de la ciudad” (ibid.: 40). Entre la selección de 65 fábricas fotografiadas por Xavier Basiana y Jaume Orpinell también se encontraba Can Ricart. El trabajo del grupo Ciutat i Fàbrica dio lugar a una serie de publicaciones, de las que destacaría *Barcelona, ciutat de fàbriques* (Basiana et al. 2000); *Poblenou: la fàbrica de Barcelona* (Ajuntament de Barcelona 2002) y *La ciutat de les Fàbriques: itineraris industrials de Sant Martí* (Tatjer y Vilanova 2002). Estos tres libros daban muestra de la amplitud del método de trabajo del grupo y proporcionaban parte del vocabulario elemental de la defensa patrimonial. Su estudio de las fábricas combinaba lo arquitectónico y lo

urbanístico, la dimensión artística con la histórica, el estudio del paisaje y de los usos, la preservación de la memoria con las propuestas de futuro. Contra la mutilación del patrimonio industrial, la tendencia a la conservación de fragmentos aislados y la tematización del paisaje, se establecía la necesidad de preservar y articular *conjuntos* significativos y al menos parcialmente vinculados a funciones productivas. Eran necesarias herramientas heurísticas que permitieran *religar* las piezas, trazar continuidades, ejes, vías *interpretativas* para la *lectura* del patrimonio industrial, como los itinerarios.

La cercanía del FRB y Ciutat i Fàbrica (así como el interés en el tema de instituciones culturales como el MACBA y la Fundació Tàpies y entidades como el AHPN) quedó formalizada con las jornadas *Llegat industrial i innovació* y la consecuente formación del GPI¹¹. Estas tres jornadas, desarrolladas en junio de 2003 y marzo y noviembre de 2004 en fábricas clave del Poblenou (La Escocesa, Palo Alto y Can Ricart), fueron muy importantes ya que en ellas se definió lo que se entendía por patrimonio industrial, se fijó una agenda y un grupo de trabajo y se acordaron propuestas de actuación. Ciertamente, estas eran cuestiones ya trabajadas con anterioridad, pero en las jornadas se concretaron en el contexto inmediato del Poblenou bajo el 22@. Desde las primeras jornadas, el énfasis fue doble (valorización-protección) y para ello se fue trabajando progresivamente en la elaboración de un plan de protección del patrimonio industrial del Poblenou que corrigiera las deficiencias del que estaba en vigor, aprobado en el año 2000. Se trataba, por un lado, de generar una concepción y una valorización del patrimonio industrial que escapara al formalismo arquitectónico y que se apoyara en una fuerte dimensión social e histórica. Por otro lado, este proceso de investigación-divulgación debía estar ligado a medidas de protección que garantizaran la *legibilidad* del mismo, para lo cual era necesario trabajar la *continuidad* del tejido industrial a través de ejes, áreas y elementos. El patrimonio industrial debía además ser visto como un activo, como elementos estructuralmente flexibles que facilitan su reutilización y como importantes testigos de la historia de una ciudad y sus clases sociales. Estas jornadas tuvieron su continuación en el ciclo *La metropòli i el patrimoni industrial* en la Fundació Tàpies. La primera sesión, el 15 de marzo de 2005, estuvo dedicada precisamente a la presentación de la “Proposta de Pla Integral de Patrimoni Industrial de Barcelona” (2005a).

En paralelo a estos foros de discusión, los miembros del GPI publicaron textos en los que daban forma y fundamento a sus propuestas. Destaca el monográfico “La Barcelona industrial: un patrimoni vergonyant?” publicado en la revista *L’Avenç* en febrero de 2004 con textos de Lluís Estrada, Joan Roca, Mercé Tatjer, Salvador Clarós y Ole Hyldtoft. Se trata de un dossier diverso, desde el ejercicio de memoria histórica de Estrada a los contraejemplos de tratamiento del patrimonio industrial en Copenhague de Hyldtoft. Me limitaré a comentar dos ideas de interés para esta investigación. En primer lugar, Roca vinculaba en su texto la destrucción del patrimonio industrial con el viejo miedo a la Barcelona obrera, con el empeño

La fábrica del conflicto

en “allunyar físicament i simbòlicament el món de la fàbrica dels barris benpensants i del cor de la ciutat” (2004: 27), con la aspiración, en definitiva, a una ciudad controlada y controlable. Salvar el patrimonio industrial devenía así una cuestión “plenamente política”, pues estaba en el centro de la construcción de una imagen de la ciudad que recordara y se relacionara con orgullo con su pasado obrero.

En segundo lugar, el texto de Clarós, entonces presidente de la AVPN, mostraba la preocupación con el futuro de los pequeños y medianos talleres del Poblenou, cuya diversidad apuntaba como una de las particularidades del modelo industrial del barrio. Como concluye el texto, el Plan 22@ “podria quedar-se en simple projecte de planificació urbanística per atraure inversions immobiliàries privades si no és capaç de donar el lloc que li pertoca a la petita economia derivada dels sectors auxiliars, que està ja implantada en la petita i mitjana empresa tradicional” (2004: 47). Estas dos cuestiones, el lugar de la clase obrera en la construcción de la ciudad y el lugar de los pequeños talleres en el nuevo Poblenou, serán temas a los que regresaré en su debido momento.

Sólo teniendo presente toda esta trayectoria y los recursos discursivos que se habían generado en ella es posible entender la aparición en abril-mayo de 2005 de un conjunto de estudios patrimoniales sobre Can Ricart, así como la celeridad de su redacción. El dossier elaborado y distribuido por el GPI en mayo (*Volum 1 de la petició ciutadana a favor de la protecció de Can Ricart i del conjunt del patrimoni industrial del Poblenou*) incluía una carta abierta al presidente de la Generalitat, la petición ciudadana de conservación íntegra del recinto, la síntesis del estudio patrimonial, el esbozo de propuesta alternativa y el estudio de suelo y techo del recinto. Además, el mismo mes se había publicado la “Proposta de Pla Integral de Patrimoni Industrial de Barcelona” (2005a) presentada en marzo. Estos documentos eran los pilares de la reivindicación patrimonial de Can Ricart. Su análisis es por tanto ineludible.

“La insuficient atenció que durant les passades dècades, d’intensa transformació urbanística, ha rebut el valuós i variat patrimoni industrial de Barcelona propicia una discontinuïtat notable en la percepció col·lectiva de la història contemporània de la ciutat i de Catalunya, deixa sense representació cultural els llocs de vida i de treball de les majories urbanes i de les iniciatives emprenedores, comporta la pèrdua d’espais i edificis d’indubtable interès formal i converteix en difícilment intel·ligible l’emergència i la conformació de Barcelona com a gran pol urbà ple de dinamisme en l’Europa contemporània.” El párrafo inicial de la “Proposta de Pla Integral...” condensaba casi perfectamente la suma de perspectivas que conformaban el GPI. La importancia de la conservación patrimonial aparecía ligada a la necesidad de una representación de la historia de la ciudad más justa con los trabajadores (y los emprendedores), así como al valor intrínseco de algunos edificios. Conservar, estudiar y difundir el patrimonio industrial era así una operación de acercamiento simultáneo a la construcción de la ciudad y de la ciudadanía, es decir, de su tejido urbano, económico, empresarial, político, social. El documento abor-

daba sucesivamente la necesidad de un protocolo para el legado documental, el establecimiento de medidas de protección urbanística, una política de usos productivos más integradora, y la dimensión cultural y educativa del patrimonio. Contenía tres ideas que es necesario explorar. La primera era que la conservación debía estar vinculada a un triple criterio de valorización (memoria colectiva, documento histórico, valor arquitectónico) y a unas pautas de intervención que mantuvieran la *legibilidad* de los conjuntos y evitaran tanto la *fragmentación* esteticista de elementos como la *combinación* historicista de los mismos. Se trataba, por tanto, de establecer unos criterios amplios de conservación del patrimonio y de asegurar la *continuidad* y *coherencia* del mismo. La segunda idea destacable era la propuesta de que fuera el Museu del Treball, con sede en la fábrica Oliva Artés, el organismo dedicado a *ligar* los distintos componentes, en el sentido de un “centro de archivo y documentación, interpretación, exhibición e investigación”. La tercera era la relación entre conservación patrimonial y el Plan 22@: “Si bé hi ha un ampli acord en què les polítiques de reciclatge de sòl industrial, sota el model urbà compacte, divers i sostenible, han de permetre un relançament de l’activitat econòmica enfocada als serveis i a la indústria tecnològica, [...] la transformació, pilotada principalment per factors del mercat immobiliari, tendeix a eliminar totes aquelles activitats que no aguanten la pressió del preu del sòl, tot i que en termes productius i d’inserció urbana siguin en força casos ben rendibles, substituint-les per noves activitats estrictament terciàries. S’estableix una tendència al monocultiu econòmic, amb un pes important d’hotels i oficines, que desplaça petits i mitjans tallers de metal·lúrgia, fusteria, manufactures molt diversificades, petita maquinària i serveis a la població que contribueixen a mantenir diversa i rica l’oferta productiva de la ciutat.” No se trataba por tanto de cuestionar los objetivos del Plan 22@, sino de establecer un balance más equilibrado entre cambio y continuidad. El 22@, se decía, podría asegurarse mucho mejor sus objetivos si fuera más inclusivo con el tejido productivo existente e implicara a la ciudadanía en los procesos de transformación.

El primer trabajo del GPI específicamente dedicado a Can Ricart, fruto de la alianza construida en la asamblea del 7 de abril, estaba titulado *Can Ricart-Parc Central: Nou Projecte* (2005b). Este dossier de 19 páginas establecía a grandes rasgos el estado de la cuestión, el esbozo de propuesta alternativa elaborado por Montaner e incluía como anexo una breves descripciones de quince de las empresas del recinto, elaboradas por ellas mismas. La introducción instauraba ya el tono general del documento: “[Can Ricart ofereix] una oportunitat única de crear un nou estil de fer ciutat, com a peça clau d’una àrea de nova centralitat culturalment arrelada, econòmicament dinàmica i socialment creativa, d’interès indubtable per a locals i visitants. A Can Ricart, el manteniment d’un conjunt patrimonial únic és condició prèvia per aconseguir una amalgama d’activitats productives noves i ja existents, de serveis públics i privats i de centres i activitats culturals capaç de generar una polaritat urbana altament interessant, al bell mig de l’extens districte

de noves activitats industrials arrova, en la qual s'ha actuat fins ara sense contemplar-ne suficientment l'articulació amb la ciutat i amb la ciutadania" (ibid.: 2). Can Ricart era en cierto sentido la gran oportunidad de llevar a cabo el Plan 22@ según su "espíritu original", basado en la mezcla de usos y la centralidad de la actividad productiva. La argumentación seguía la siguiente estructura: en primer lugar, se trataba de un patrimonio excepcional. Can Ricart era uno de los tres grandes conjuntos industriales del XIX que quedaban en pie en Barcelona. Presentaba, además, un diseño neoclásico de "gran racionalidad compositiva" firmado por dos "arquitectos de renombre", Josep Oriol i Bernadet y Josep Fontserè i Mestres. El valor patrimonial, no obstante, iba más allá. Can Ricart era parte fundamental de la historia económica e industrial del país, muestra de los procesos de innovación tecnológica y de adaptación empresarial de los últimos 150 años. El documento se apoyaba en este punto en las propias investigaciones en curso del GPI y en trabajos anteriores de Àngels Solà, Francesc Cabana, Jordi Catalan y Francesc Caballé. Una vez establecida la importancia patrimonial e histórica del conjunto se pasaba a cuestionar el plan entonces vigente, que mantenía tan sólo la chimenea, la torre del reloj y la nave ocupada por Hangar, ya que "se pierde por completo la legibilidad del conjunto". Conservación, aclaraba el texto, no implicaba fosilización, sino una discriminación rigurosa de qué mantener y qué derribar para asegurar el éxito de la transformación, cuya necesidad no se ponía en duda, pero cuyo riesgo de banalización se subrayaba. La relación entre *legibilidad*, *conservación* y *transformación* de futuro devino así central en la configuración del discurso conservacionista. En esta y otras cuestiones, el texto era una aplicación de las tesis y procedimientos generales establecidos en la "Proposta de Pla Integral" al caso específico de Can Ricart.

El tercer punto del texto tenía que ver con la política industrial del 22@. Se cuestionaba la llegada de nuevas actividades y, sobre todo, el peso que en la transformación había tomado la inversión privada inmobiliaria. El éxito del 22@ como distrito productivo dependía, argumentaban, de una política industrial capaz de atraer nuevas actividades que hicieran de motor y, al mismo tiempo, de incentivar la renovación y modernización de muchas pequeñas empresas que habían sido sumariamente calificadas de obsoletas: "Can Ricart, per les seves característiques com a conjunt patrimonial únic, per la seva relació amb el teixit d'activitats del Poblenou i per la seva posició urbana en l'àmbit Can Ricart-Parc Central-Eix Pere IV, esdevé un test decisiu per reformular amb èxit el camí emprès, cap a un model capaç d'amalgamar l'atracció d'activitats de la biotecnologia o del món digital i la modernització i potenciació de les activitats existents, el patrimoni i la renovació urbana, l'economia, les arts i la cultura, els objectius globals i els objectius locals, en favor d'una polaritat productiva, cultural i ciutadana d'un nou estil" (ibid.: 11-12). Esta visión crítica pero constructiva con respecto al 22@ difería en gran medida de la perspectiva de otros grupos que apoyaban la lucha por Can Ricart, en especial la CC22@, cuyo eslogan era, recordemos, "aturem el 22@".

A continuación, el documento enumeraba los siete “principios complementarios” de la propuesta alternativa:

1. Conservar la mayor parte del conjunto fabril;
2. Completar la trama Cerdà perimetral;
3. Concentrar las nuevas construcciones en el extremo sur;
4. Renunciar a abrir la calle Bolivia;
5. Relacionar la fachada con el Parc Central, establecer una relación porosa entre ambos;
6. Establecer una forma de *cluster* que visibilice las diferentes etapas de crecimiento del tejido a modo de palimpsesto;
7. Potenciar la pluralidad de usos y usuarios.

Para ilustrar el significado en términos de ordenación urbanística de estos puntos, el texto estaba acompañado de simulaciones en 3-D. La fábrica, en gris, estaba rodeada de piezas naranjas, que recordaban vagamente al Eixample y que a pesar de su volumen permitían que el recinto fuera visible desde el parque y desde la calle Bilbao. El ensayo mostraba que era posible mantener la edificación prevista y la fábrica jugando con la colocación de los elementos. Se solicitaba, por tanto, que se suspendiera toda actuación en el conjunto mientras se estudiaban posibilidades alternativas. El texto finalizaba con un anexo en el que se describían brevemente quince de las empresas con sede en Can Ricart, a modo de “muestra de la variedad del tejido de actividades” (ibid.: 16).

Este documento operaba, en general, en el mismo marco de fusión que la manifestación y la asamblea, aunque en lo particular difería notablemente. Por un lado, su carácter de texto entre académico y de divulgación imponía unas reglas de escritura y de legitimación. Cada afirmación debía ser sustentada por argumentos de peso, debía apoyarse en el trabajo de los colegas¹². Al mismo tiempo, debía huir de los tecnicismos y ofrecer una perspectiva fácilmente inteligible para un público no experto. En este sentido, los planos, fotografías y simulaciones cobraban una gran importancia, no sólo como *ilustración* (divulgativa, si se quiere) del argumento, sino como dispositivos de *inscripción* (Latour 1999; Latour y Woolgar 1995). Con respecto a estos últimos, el dibujo de la fachada de Bernadet o el grabado de Catelucho eran utilizados como índices de la existencia del recinto en el siglo XIX cuyo efecto de verdad era difícilmente cuestionable. Es decir, estas imágenes eran la materialización bidimensional de una entidad lejana en el tiempo y en el espacio. La acercaban, permitían actuar en y con ella. Por otro lado, los planos que señalaban la inoperancia de la apertura de la calle Bolivia si se levantaba la un poco la vista servían de ilustración gráfica de una realidad problemática, del mismo modo que los *renders* de la propuesta alternativa ilustraban (pero también fundamentaban) la existencia de otras posibilidades. Las fotografías contemporáneas estaban cuidadosamente destinadas a enfatizar la dignidad formal del conjunto, con una tendencia

La fábrica del conflicto

a favorecer las visiones de conjunto, desde arriba, sin humanos, con la torre del reloj como elemento simbólico principal. Ninguna de las veinte imágenes que contenía el documento abordaba la actividad del recinto, los trabajadores o las empresas. El texto reconocía no obstante su conflicto indirectamente (mediante alusiones al posible papel los pequeños talleres en la economía, o la necesidad de mantener las “actividades existentes que resulten viables”) y directamente (mediante la inclusión de sus descripciones como anexo). Sin embargo, omitía la discusión entonces en curso sobre su derecho a una indemnización justa (vinculada obviamente al abandono del recinto) o sobre su supuesta incompatibilidad con la categoría de actividad arroba (¿eran una serigrafía o una cerería industrias contaminantes?).

La mayor parte de las estrategias retóricas del GPI quedaron establecidas. En efecto, la elaboración de un discurso sobre el patrimonio industrial en general y sobre Can Ricart en particular era en última instancia una operación lingüística que buscaba *convencer argumentadamente*. En este sentido limitado, retórica y ciencia no serían disciplinas enfrentadas, sino complementarias (Latour 2005; Highmore 2006). La investigación necesitaba el discurso. El GPI llevó a cabo esta tarea recurriendo a una serie de conceptos clave, frecuentemente en contraposición a otros: conjunto (vs. elementos dispersos), legibilidad (vs. borrado), religar (vs. fragmentar), historia (vs. historicismo), patrimonio como activo (vs. como pasivo) o memoria (vs. olvido). Eran estas herramientas las que hicieron posible, entre otras cosas, que Can Ricart fuera concebido como un objeto con valor que debía ser conservado. Sería un error pensar que ya existía *independientemente* de este trabajo. Sólo atendiendo a éste se puede entender aquél: para que fuera posible hablar de Can Ricart se requirieron una serie de operaciones previas de *constitución*.

Es bajo esta perspectiva que abordaré el documento más técnico del dossier, el *Estudi Patrimonial (Síntesi)* (Tatjer et al. 2005a). Dado que se apoyaba en todas las producciones anteriores, no lo comentaré en su conjunto. Me limitaré a analizar los procedimientos empleados para defender la noción de conjunto, en muchos sentidos el punto clave en la controversia con el plan del AjB, que sólo conservaba “fragmentos dispersos”. Si no se aceptaba que Can Ricart era un conjunto unitario, el resto de argumentos para su conservación (autoría, importancia histórica, recuperación de la memoria, potencial de futuro) perdían fuerza, ya que podían ser mantenidos preservando una *parte*. Se trataba de una discusión compleja, pues el recinto fue construido en sucesivas fases. El documento sostenía que “tant la trajectòria professional d’aquest arquitecte [Bernadet] com la gran unitat en el desenvolupament del recinte fabril apunten decididament cap a l’existència d’un projecte de conjunt” (ibid.: 4). Era el análisis de la evolución de la fábrica según la planimetría lo que permitía dotar de peso a esta afirmación. De nuevo, los planos eran convocados como índices e inscripciones. El desafío era sin embargo mayor en esta ocasión, pues no se trataba por así decir de constatar una existencia, sino de sostener una esencia: Can Ricart era un conjunto unitario a pesar de la constante agregación

de nuevos elementos. Por lo tanto, lo que los planos mostraban *indiscutiblemente* (la variación) tenía que ser interpretado *favorablemente* (la unidad). Esto se consiguió en varias fases. La primera era establecer que el proyecto original de Bernadet se terminó en la década de 1880. La segunda era constatar que se conservaba sin apenas cambios hasta después de la Guerra Civil. La tercera era considerar este conjunto “recinto histórico consolidado”. La cuarta era definir los elementos añadidos posteriormente como ajenos al diseño original, y por tanto prescindibles.

El primer punto era sin duda el más delicado, pues no había constancia de dicho proyecto. Se requerían por tanto otras pruebas: “tot i que fins ara no s’ha localitzat la planimetria inicial del conjunt de tot el recinte, disposant-se només del dibuix de la façana, la trajectòria professional, acadèmica i científica de Josep Oriol Bernadet, la planimetria posterior de Josep Fontserè, l’acurat i precís dibuix de Casteluchó i l’estudi de camp del recinte fabril ens permeten afirmar que l’arquitecte Josep Oriol Bernadet l’ideà i projectà amb visió de tot el conjunt” (ibid.: 28). La cuestión se desplazaba, por decirlo de otro modo, de los índices a los indicios: “las constantes en la composición y el lenguaje formal”, “la repetición de módulos”, la “coherencia formal”, “el tratamiento unitario de ritmos, formas, disposiciones espaciales y volumétricas”. Como vemos, este punto requería un trabajo especial: hacer de este conjunto de indicios una prueba tan sólida de la existencia de un proyecto unitario como el plano inexistente. Una vez aceptada la unidad de estas edificaciones el resto era más sencillo. Los planos mostraban ciertamente pocas variaciones hasta los años treinta. No obstante, las edificaciones de los años veinte eran también consideradas parte del recinto consolidado. El documento apenas justificaba la ausencia de valor de los elementos posteriores, limitándose a afirmar su “poca calidad y escaso valor arquitectónico”. Es de suponer que dado que la lucha era por conservar, poco esfuerzo era necesario para convencer de no hacerlo. En cualquier caso, uno de los interrogantes que la propuesta no resolvía es qué pasaría con las empresas que ocupaban esos espacios en el caso de que se llegara a aceptar el plan del GPI. Si bien el trabajo de arqueología industrial permitía discriminar entre naves con y sin valor, la implantación industrial había ocupado los espacios sin distinción. Así, los Talleres Cendra, GG y CEDO, presentes de hecho en el anexo del *Nou Projecte*, estaban en naves posteriores a la Guerra Civil, cuyo derribo se aceptaba.

“Barcelona, cofoia del seu present, sembla haver oblidat els seus orígens, amb el risc de comprometre el seu futur. La metròpoli dels nostres dies és hereva del món industrial: sense les fàbriques, sobre les quals es construí la nostra modernitat, no haguessin existit ni la puixança econòmica, ni el modernisme, ni la capacitat de cimentar en la clandestinitat antifranquista una societat capaç de respondre positivament als nous reptes. Recuperada la democràcia, la reutilització de molts espais fabrils contribuí decisivament a la renovació urbana. Ara, però, hi ha el risc d’acabar

La fàbrica del conflicte

fent *tabula rasa* dels paisatges industrials de més interès que queden a la ciutat, en perjudici de la seva pròpia renovació: la *ciutat del coneixement* no pot ser una ciutat banalitzada [...] Si Ripoll fou el bressol de la Catalunya mil·lenària, el Poblenou ha estat el bressol i el gresol de la Catalunya contemporània. Bressol, perquè allí han quallat les successives modernitzacions industrials, des dels prats d'indianes del segle XVIII fins al districte d'innovació tecnològica 22@bcn del XXI. Gresol, perquè en les seves fàbriques i carrers s'han amalgamat ciutadans de tots els orígens fins a esdevenir una part plena i substancial de la ciutadania barcelonina i catalana. Mantenir-ne la legibilitat històrica i la consistència com a paisatge cultural requereix actuar-hi amb criteri, per tal d'articular els conjunts a preservar amb els nous elements arquitectònics i urbanístics [...] La qüestió resulta cabdal en l'evolució futura del model Barcelona. Can Ricart-Parc Central, portal de l'eix patrimonial de Pere IV, a mig camí entre les Glòries i el Fòrum, és un lloc únic per assajar una àrea de nova centralitat d'un altre estil, productiva, cultural i ciutadana alhora, que sigui pol d'activitat i de vida urbana per a la ciutat i per als seus visitants.”

La *Carta Oberta al President de la Generalitat* oferció una síntesis elocuente de los argumentos del GPI. Su alcance, sin embargo, hay que evaluarlo en la relación de firmas que la acompañaba. Como se podía leer en el mail que la distribuía a mediados de mayo, se trataba de conseguir el apoyo del mayor número de instituciones, ciudadanos en general y “personas con un cierto peso en la reflexión sobre la ciudad”. Se consiguió en efecto una larga lista de nombres. Como recogía un periódico: “26 entidades, algunas de ellas internaciones, y 151 personalidades, [entre las que] hay 61 profesores universitarios, 22 urbanistas y arquitectos, 20 científicos sociales, 11 artistas, 15 responsables de instituciones culturales y 22 empresarios, médicos, abogados y periodistas” (*Avui*, 26/05/05). No se puede menospreciar la importancia de esta labor simultánea de *difusión* del conflicto en áreas de interés (sobre todo en el ámbito universitario y cultural) y de *legitimación* de las demandas (apoyada por autoridades más o menos respetadas y respetables).

He tratado en este epígrafe de presentar, por un lado, la red de la que surgió el discurso sobre patrimonio industrial en Barcelona y sus tesis básicas. Este sería el campo en el que el GPI trató de situar la discusión sobre Can Ricart, es decir, como parte de una reflexión sobre la historia y la memoria de la ciudad. Por otro lado, he abordado el conjunto de operaciones que reclamaban el valor patrimonial de Can Ricart y la necesidad de su conservación. Como dije anteriormente, era necesario detenerse en ellas ya que la existencia del propio objeto, en especial como objeto valioso, no las precede. En cierto sentido, todo este trabajo discursivo “reconstruyó” o “reconstituyó” Can Ricart –al menos como edificio, obra y proyecto. Las historias de los que levantaron la fábrica a lo largo de siglo y medio, y de los que la habían habitado cada día permanecían en silencio.

4.

EN LLAMAS (1).

En mayo de 2005 los términos del conflicto estaban ya establecidos. La resistencia se había provisto de un vocabulario para la confrontación, desde las barricadas a los informes. El enemigo había sido identificado (el Ayuntamiento y, de un modo más ambiguo, el 22@, que tal y como hemos visto era definido como parte del problema y de la solución, según el contexto y el grupo de referencia). La defensa de Can Ricart se convirtió en la defensa del tejido empresarial y patrimonial del barrio, de su historia y su memoria. La cobertura mediática jugó un papel significativo en esta conceptualización y difusión del conflicto. La prensa escrita adoptó casi literalmente una parte de la terminología propuesta por el GPI, prolongando de este modo su lucha sin apenas traducciones. Las noticias recogían la distinción entre conservación de fragmentos vs. conjuntos, la importancia de la autoría de Bernadet y Fontserè, la idea de que Can Ricart era la pieza industrial más valiosa junto a Can Batlló de Sants y Can Batlló de la calle Urgell... Por otro lado, elogiaban la resistencia de los obreros contra los desahucios y amplificaban su lucha por unas indemnizaciones justas. La figura del Marqués proporcionaba además el contrapunto moral para una buena trama.¹³

El día siguiente de la manifestación del 28 de abril, la protección del patrimonio industrial del Poblenou se discutió en el pleno del ayuntamiento. Los partidos en el poder rechazaron negociar una moratoria para Can Ricart propuesta por CiU y apoyada por el PP. Se aprobó por el contrario una moción para la elaboración de un Pla Especial de Protecció del Patrimoni Industrial del Poblenou, siguiendo la Proposición no de Ley aprobada semanas antes por la Generalitat. Según el anuncio del AjB el Plan aumentaría a 124 el número de elementos protegidos y solventaría las deficiencias del plan vigente. Para el GPI, sin embargo, este compromiso no era satisfactorio, ya que se seguía trabajando sobre una “lista variada de elementos indultados”, sin unos criterios de protección claros (“la historia es sustituida por una anodina nostalgia historicista”) y porque, paradójicamente, no incluía piezas “realmente importantes y en peligro inminente” como La Escocesa y, sobre todo, Can Ricart (Comunicado a los medios, 05/05/05).

La escalada de acontecimientos que culminó en la manifestación sirvió también para desbloquear la negociación entre empresas y propietarios. La AP aclaró

La fábrica del conflicto

su posición a través de un comunicado distribuido por la agencia de relaciones públicas Bassat Ogilvy Comunicación: “La Asociación tiene la firme voluntad de contribuir al desarrollo de la ciudad desde un proyecto de futuro impulsado desde todas las Administraciones. Por este motivo, con el objetivo de buscar la máxima satisfacción de todas las partes implicadas, la Asociación de Propietarios ha tenido siempre y sigue teniendo en todo momento las puertas abiertas al diálogo. En este sentido, se ha emprendido un proceso de negociación individualizada con cada una de dichas partes, con independencia de la tipología de derechos de las mismas. Por otro lado, la Asociación de Propietarios siempre ha actuado y sigue actuando conforme a la ley. De esta manera, los procedimientos judiciales siguen su curso legal en paralelo al diálogo y sin interferir en la voluntad de la asociación de llegar a un acuerdo con cada una de las partes afectadas por el PERI Parc Central. Tanto la Asociación de Propietarios del PERI Parc Central como las Administraciones impulsoras del proyecto tienen el firme compromiso de preservar el patrimonio industrial y la identidad del barrio del Poblenou. En este sentido, el plan del Parc Central prevé la recuperación de los elementos arquitectónicos más emblemáticos del conjunto de Can Ricart, como son la Torre del Reloj, la nave anexa, la chimenea y el hangar, entre otros. Además, este plan es el único que contempla mantener la traza original del barrio del Poblenou que data desde principios del siglo XIX” (Comunicado de Prensa, mayo 2005). Efectivamente, la AP desbloqueó el proceso de negociación de indemnizaciones a pesar de que el PR que no las reconocía estaba ya aprobado en firme. Y efectivamente, los procedimientos judiciales de desahucio siguieron su curso “paralelo”. En otras palabras, se empezó a negociar con empresas a las que al mismo tiempo se estaba tratando de expulsar por vía judicial. Por otro lado, el texto planteaba de nuevo la controversia sobre los criterios de conservación y valorización del patrimonio, al defender la preservación de los elementos “emblemáticos” y la “traza original” como muestra de su compromiso.

La madrugada del 15 al 16 de mayo se declaró un incendio en una nave anexa al complejo. Con este hecho fatal concluye lo que he denominado la fase de constitución del conflicto.

“Hora sortida: 00.02. Hora Tornada: 03.29. Adreça: Av. Diagonal cruïlla Pere IV. Demanda del servei: Incendi en una nau industrial abandonada, alertat per la Policia Nacional. Situació a la arribada: En arribar al lloc, la nau està cremant en tota la seva superfície, d’uns 800 m², i veiem sortir-ne un indigent. Per la part posterior surten les flames per les finestres, amenaçant la nau industrial posterior (Taller Cendra SA) del polígon Can Ricard. Actuació: Ataquem les flames amb línies de mànega des de l’exterior, practicant obertures a la façana principal, i amb ajuda de l’autobraç articulat per la part posterior. Un cop sufocades les flames i la visibilitat comença a ser major, s’efectua un reconeixement, equipats amb aparells respiratoris, trobant el cos d’un home totalment calcinat. Se’n fa càrrec la Policia

Nacional. Inspeccionem també la planta pis, accedint-hi amb una escala colisa per una finestra, ja que no hi ha escala d'accés, trobant gran quantitat de bidons amb productes indeterminats. Causes: Desconeixem la causa de l'incendi. Danys: Ha cremat totalment el contingut de la planta baixa de la nau, que eren pertinences dels indigents que l'ocupaven, afectant a l'estructura de fusta que ha cremat superficialment, i deformant fins i tot un pilar metàl·lic. Persones afectades: Un indigent indocumentat ha resultat mort. Observacions: Cal donar avís URGENT al Consell de Districte del risc que suposa l'existència d'aquesta nau abandonada, tal com fatalment s'ha demostrat, i més encara que l'estructura de l'edifici ha quedat danyada per les flames” (Informe tècnic del Servei n. 5005922, 15/05/05).

Notas

1. A modo de ejemplo: Maria Favà, “Treballadors i veïns impedeixen el primer desnonament de Can Ricart”, *Avui*, 21/04/05; A. Justicia, “Operarios de Can Ricart evitan con una barricada el desahucio de una empresa”, *La Vanguardia*, 21/04/05; D. Marín, “Els treballadors frustren un altre desallotjament a Can Ricart”, *El Punt*, 21/04/05; Ll. Pellicer, “Los obreros de Can Ricart evitan el desahucio de una empresa”, *El País*, 21/04/05; Miqui Otero, “Las barricadas impiden un desahucio en Can Ricart”, *El Mundo*, 21/04/05.

2. Entre otros: “El PSC bloqueja una proposició per protegir les fàbriques”, *Avui*, 06/04/05; “ERC vol la declaració d’interés nacional”, *El Punt*, 31/03/05; D. Marín “ERC arrenca del PSC una tímida proposta de protecció del Poblenou industrial”, *El Punt*, 07/04/05.

3. Me remito aquí a la bibliografía que introduce el capítulo 0.

4. El propio Pla Cerdà debe ser considerado como un dispositivo en plena controversia (Aibar y Bijker 1997): aprobado inicialmente por el Ministerio de Fomento en 1859, se enfrentó al Ayuntamiento, que reclamaba su propio plan (de Antoni Rovira i Trias, arquitecto municipal de Sant Martí) y al Ministerio de Gobernación, que defendía su jurisdicción. Un año después Fomento ratificó mediante un Real Decreto su decisión, aunque no aprobó el plan económico y las regulaciones de Cerdà. De este modo, todas las nuevas construcciones debían seguir el modelo de Cerdà en cuanto a alienaciones y gradientes, y las regulaciones municipales en cuanto a edificación. La controversia en torno a numerosas cuestiones técnicas (ancho de las calles, altura de los edificios, coeficientes de edificación, etc.) estaba estrechamente ligada a las luchas políticas en torno a la soberanía sobre el territorio, a las expectativas de negocio de los propietarios del suelo y a luchas profesionales entre ingenieros y arquitectos. El proceso de implementación del plan cambió notoriamente su forma: se introdujo un principio de jerarquía entre las vías, se multiplicó la edificabilidad, se pospuso la reforma del centro histórico, se cerraron las manzanas. Primero se aprobó una normativa que suavizaba la propuesta por Cerdà, luego se incrementó aún más el margen incumpléndola sistemáticamente.

5. Véase nota 9.

6. No obstante, circulaban ya a nivel local textos que defendían una política pública de “new economy” desde hacía años (Borja et al. 1990), con menciones específicas a la relación con la industria (Castells 1990), la cultura como recurso (Quintana 1990) y la colaboración público-privado (Borja 1990). Algunos de estos autores completaban ya la fase de transición con respecto a sus conceptualizaciones anteriores de lo urbano, en clave marxista (Borja 1972; Castells 1974). Ver Borja y Castells (1997).

7. El inmueble se convirtió entonces en sede social de AGBAR hasta 2005, cuando esta empresa se trasladó a la Torre Agbar. Está hoy ocupado por el Departament d’Interior de la Generalitat de Catalunya. Se da la coincidencia de que fue Josep Fontseré (maestro de obras en Can Ricart), el encargado de su diseño. Por otro lado, Jean Nouvel es el arquitecto de la Torre Agbar y del Parc Central.

8. Una notoria excepción es el artículo de Clara Barrero “Poblenou se mueve”, publicado en el suplemento *Tentaciones* de *El País* (07/02/03), que aborda la situación de los talleres de artistas en el barrio.

9. El Plan fue hecho público en 1965 y aprobado en 1968. Ésta primera versión fue recibida con grandes protestas vecinales. En 1971 se aprobó una segunda versión, reducida, con el nombre de “Plan del Sector Marítimo Oriental”. Se presentaron 7791 impugnaciones. Dos veces aprobado y sin embargo nunca ejecutado, el Plan de la Ribera es no obstante una pieza clave para entender el urbanismo contemporáneo barcelonés, por cuanto tiene de precursor de dinámicas que aún hoy permean la política local (Delgado 2007). El Plan fue la iniciativa de un grupo de grandes empresas industriales con terrenos en la fachada marítima del barrio del Poblenou. El plan se presentó con el eslogan “Barcelona, una ciudad que no puede seguir viviendo de espaldas al mar” (Bonet 1965) y suponía la reconversión de esta importante franja de terreno industrial en una zona residencial de alta densidad. Tal y como denunciaron sus opositores, se trataba de una operación especulativa, en la que un conjunto de empresas privadas capitalizaban la plusvalía generada por la recalificación del suelo. Estas empresas (Catalana de Gas y Electricitat, Motor Iberica, Maquinista Terrestre y Marítima, Foret, Crédito y Docks, Hijo de EF Escofet, Material y Construcciones SA, Hidroeléctrica d Catalunya, Banco Industrial de Catalunya, Unión industrial Bancaria, Banco Urquijo SA, Caja de ahorros Provincial de la diputación de Barcelona, Red Nacional de Ferrocarriles españoles, Caja de pensiones para la vejez y de ahorros, Caja de ahorros y monte de piedad, Martini & Rossi S A., Jorge Whal Hirschman), agrupadas bajo la sociedad Ribera S.A., respondían así a la obsolescencia de sus instalaciones y la necesidad de trasladarse a nuevos espacios industriales más apropiados. En las palabras de su portavoz (y Presidente de los Consejos de Administración de La Maquinista y Catalana de Gas), Pere Duran Farell, “...y fue entonces cuando surgió la idea de intentar remodelar urbanísticamente los 6 km. de fachada que tiene Barcelona al mar, desde el puerto hasta el río Besós, aprovechando el hecho feliz de que Catalana de Gas, nuestra vecina en aquella zona, está reconvirtiéndose también y que, como consecuencia de sus nuevas instalaciones, dispone de importantes terrenos sobrantes... Comprendiendo pues, RENFE, Catalana de Gas y Maquinista las posibilidades que ofrece el hecho de marcharse de allí para plantear sobre bases nuevas su futuro, ha sido posible establecer el Plan que llamamos La Ribera” (citado en Tarragó 1978: 57). Al nivel de la propuesta urbanística, el Plan establecía en primer lugar una clara división con respecto al resto del Poblenou con la construcción de la Ronda Litoral a la altura de la calle Enna. En segundo lugar, se optaba por la alta densidad de edificación, concretada en bloques de pisos de gran altura. Por último, se articulaba la recuperación de más de 4 kilómetros de playa como eje de ocio. En definitiva, un suelo de uso estrictamente residencial, lúdico-burgués, con aspiración de exclusividad (Bohigas 1963; Clavera 1973; Alibes et al. 1975; Tatjer 1996). (La segunda versión del Plan mantenía su planteamiento y características generales pero con una reducción de escala, motivada por la salida de algunas empresas de la iniciativa).

Del mismo modo que la oposición al plan hay que enmarcarla en el contexto del surgimiento de las asociaciones de vecinos y las luchas antifranquistas, hay que considerar la iniciativa del Plan de la Ribera en el marco de la alcaldía de Porcioles y el desarrollismo franquista de los años 60 (Martí y Moreno 1974). El mandato de Porcioles, que se extendió desde 1957 a 1973, estuvo caracterizado por un fuerte impulso urbanizador (por ejemplo el I Cinturó de Ronda, los tres túneles del Tibidabo, o la Universitat Autònoma de Barcelona), ligado a la idea de una “Gran Barcelona”. Es un periodo que Joan Busquets (2004) denomina como “desarrollismo capitalizado” o “impulso desarrollista-especulativo”. Con esto se refiere a un periodo de grandes obras promovidas por el consistorio que sin embargo renunciaba a controlar las dinámicas que las mismas provocaban, generando inmensas oportunidades para la capitalización privada de las plusvalías derivadas de la recalificación del suelo. El Ajuntament había conseguido poderes inéditos para la gestión del suelo con la Carta de Barcelona, tanto a nivel de competencias como de recursos. En palabras del propio Porcioles: “disponemos de un ordenamiento jurídico idóneo, concreto, gracias a la comprensión del Gobierno del Caudillo, en esta Carta Municipal que colma todas nuestras aspiraciones, no sólo en el orden que podríamos llamar físico, sino en el aspecto social, político,

La fábrica del conflicto

económico y administrativo” (Tarragó 1978: 37). En efecto, además de la capacidad de promover grandes planes urbanísticos como los ya mencionados, el Ajuntament adquirió la potestad de emitir deuda pública, lo cual permitió pasar de un presupuesto global de 900 millones de pesetas en el año 1957 a 7840 en el 1978 (ibid.). Este urbanismo de grandes obras públicas que abría la posibilidad de grandes beneficios privados estuvo al mismo tiempo ligado a una pionera colaboración del sector privado en la propia promoción de ciertos planes. Es en este contexto, inédito hasta la fecha, de iniciativa privada, colaboración con el sector privado, grandes oportunidades para la especulación con el suelo y receptividad municipal para reformas en clave de “renovación” en el que hemos de considerar la iniciativa del plan de la Ribera (Tatjer 1973). El Pla de la Ribera fue el primer intento en el territorio estatal de “gran inversión capitalista en remodelación urbana”; es también uno de los primeros ejemplos de “resistencia popular sistemática” contra este tipo de iniciativas (Solà-Morales et al. 1974).

10. Los miembros eran: Joan Carles Alayo, Mercedes Arroyo, Barbara Brollo, Francesc Caballé, Magda Fernàndez, Dolors López, Joan Olona, Susanna Sánchez, Iolanda Serrano, Eduard Simó, Mercè Tatjer, Josep Maria Vilanova, Xavier Basiana, Martí Checa y Antoni Vilanova.

11. El GPI está formado por Salvador Clarós, Lluís Estrada, Mercè Tatjer, Joan Roca y Antoni Vilanova, con la colaboración de la Noemí Cohen (Fundació Antoni Tàpies) y Jorge Ribalta (MACBA). Véase también Capel (1996).

12. Sorprende, en este sentido, el escaso empeño que el GPI ha puesto en sus textos, incluso en los publicados en ámbito académico, en fundamentar su posición en relación al campo de los estudios de patrimonio industrial (Alfrey y Putman 1992) y los debates recientes en el ámbito (véase Stanton 2005; Graham 2002), en mi opinión herramientas relevantes para la discusión.

13. Sirvan como ejemplo: J. L. M. “Poblenou propasa un enderroc més respectuós a Can Ricart”, *Actual*, 27/04/05; David Marín, “El moviment veïnal amenaça de boicotejar “fins al final” el 22@ si es perd Can Ricart”, *El Punt*, 28/04/05; Pep Martí, “Un patrimoni en perill”, *El Triangle*, mayo 2005; Miqui Otero, “Un estudio histórico y arquitectónico muestra el valor patrimonial y de futuro de Can Ricart”, *El Mundo* 26/05/05.

II. A PIE DE FÁBRICA.

pie.
(Del lat. pes, pedis).

a ~ de fábrica.

1. loc. adv. U. hablando del valor primitivo que tiene una cosa en el sitio donde se
fabrica.

(Diccionario de la Real Academia Española, Vigésimo Segunda Edición).

1.

Tuve que atravesar la sección de electrónica para llegar a la sala de actos. Televisores de plasma, móviles, dvds, cámaras digitales a ambos lados. Apenas cinco o seis personas, que permanecían de pie, habían llegado. Busqué con la mirada a Marc, a quien no conocía, pero nadie se dio por aludido, así que me senté en una de las treinta o cuarenta sillas allí dispuestas. Era jueves, 19 de mayo de 2005, siete de la tarde. La charla estaba enmarcada en un ciclo de conferencias titulado *Conflictes Urbans a Barcelona*, organizado en FNAC Diagonal Mar por Arquitectos sin Fronteras (ASF). Estaba dedicada al Poblenou y el Plan 22@. Primero veríamos el documental *Ciudadants 22@* de Sitesize; después hablarían Jordi Pueyo, de la Coordinadora contra el 22@ (CC22@), Joan Cendra, de Afectats de Can Ricart, y Lourdes Sió, de la Associació d'Afectats pel 22@ (AA22@). Moderaría el debate un miembro de ASF. Tras una breve introducción, se apagaron las luces y empezó la película. Había entonces unas veinte personas en el público.

“9 de maig de 2004, data d'inici del Fòrum de les Cultures Barcelona 2004, aparador i cara visible d'una nova imatge que alhora anticipa i amaga la que serà la veritable transformació urbana i econòmica de la ciutat, que es prepara per a l'ampli territori del barri del Poblenou amb l'execució del pla 22@. Aquest projecte impulsat per l'Ajuntament pretén situar Barcelona dins el mapa internacional de ciutats globals. Per tal d'atreure inversors i capital, part del barri ha estat objecte d'una profunda transformació, tant dels usos del sòl com del sentit del que és urbà. Un gran nombre de ciutadans, així com els afectats que han hagut de deixar les seves cases per les expropiacions, s'han mobilitzat i han donat visibilitat a un procés que deixa entreveure l'escassa possibilitat de participació de la ciutadania en la presa de decisions del que directament els afecta” (Pujol y Vila-Puig 2004). Una chica en bicicleta recorría la explanada del Fòrum, por fuera. A su imagen se sobreponía el título del documental, antes de que cambiara de rumbo, Diagonal hacia arriba. Breves declaraciones de los protagonistas, separadas por imágenes del barrio. Obras, derribos. El esquema se repetía a continuación, con la diferencia de que unos rótulos identificaban a los que hablaban, la mayoría vecinos afectados por el Plan 22@. Un grupo de jóvenes empezaban un graffiti en una pared gris, manifestaciones, asambleas, mitin del PSC. Los vecinos denunciaban la falta

La fábrica del conflicto

de información sobre los planes urbanísticos, la imposibilidad de participar en su elaboración, la especulación de los grandes operadores, la coalición entre ayuntamiento e inmobiliarias. Los políticos explicaban las mejoras que el plan había traído y traería al barrio. Más derribos, el graffiti que avanzaba, los nuevos edificios. Los afectados explicaban sus casos, lo que habían tratado de hacer para hacer frente al ayuntamiento, su impotencia, su tristeza, su drama. Algunos de ellos, presentes en la sala, se veían en la pantalla y lo celebraban. Derribo del último edificio en el solar del futuro Parc Central. Manifestación. Más declaraciones. Pitada a Francesc Narváez en el Pregón de las fiestas del barrio. Regreso de la chica de la bici, que bajaba por la Rambla del Poblenou. Títulos de crédito. Aplausos.

Hubo entonces tres intervenciones, “de lo general a lo particular”. Jordi, representante de la CC22@, al que ya habíamos visto en el propio documental, habló de la destrucción del carácter obrero del barrio y la implantación del modelo Silicon Valley. Su oposición al Plan 22@ era frontal y de principio: era un plan basado en estrategias especulativas, que servía a los intereses del capital, no del barrio, impuesto por el ayuntamiento, que se apoyaba además en la industria de la guerra y que no había tenido en cuenta la historia ni las necesidades del barrio. Lourdes, hablando en representación de la AA22@, mantenía una posición más moderada, admitiendo la necesidad de una renovación profunda en el Poblenou, pero oponiéndose a la gestión del ayuntamiento, que había priorizado la renovación física al bienestar de los vecinos. Una reforma de este tipo, dijo, debía tratar de minimizar los traslados forzosos y en todo caso ofrecer indemnizaciones justas, lo cual no estaba sucediendo. Ambos señalaron la importancia del conflicto del PERI Eix-Llacuna, que tres años antes había provocado una gran movilización unitaria contra el plan, primero, y el enfrentamiento y escisión, luego, de los grupos que ellos representaban y la AVPN.

A continuación tomó la palabra Joan Cendra, empresario instalado en Can Ricart. Comenzó reconociendo que los que allí trabajaban desconocían el valor patrimonial del recinto, del que tanto se hablaba ahora, hasta el contacto con el Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs (GPI). Agradecía este apoyo externo. Joan explicó que el conflicto se había originado en septiembre de 2001 con la aprobación del PERI Parc Central, pero que pocos conocían entonces el alcance de la afectación. Lo descubrieron oficialmente tres años después, cuando recibieron la notificación de que tenían un mes para abandonar sus talleres. En ese periodo, además, el propietario de la fábrica, Federico Ricart, había dejado de renovar los contratos a los talleres y les hacía firmar mes a mes, para poder rescindir los contratos cuando llegara el momento sin tener que pagarles una indemnización por traslado forzoso. Se trataba de una expropiación de actividades, dijo Cendra.

Se abrió entonces el debate, en el que el público participó aportando experiencias personales en sus batallas contra el enemigo común, el Ayuntamiento. La mayoría de los asistentes parecía tener una relación directa con algún conflicto

derivado del Plan 22@. Se dieron ánimo unos a otros, reconociendo que había que estar preparados para las tácticas del consistorio, siempre nocturnas, silenciosas.

Marc me reconoció rápidamente. Tenía más o menos mi edad. Me saludó amablemente y enseguida me introdujo a otros trabajadores y empresarios de Can Ricart allí presentes. Aunque era la primera vez que nos veíamos, me presentó como un amigo suyo que iba a estar un tiempo con ellos, que hacía una tesis sobre cómo los cambios en el Poblenou están afectando a los trabajadores y que iba a estudiar el caso de Can Ricart. Todos se mostraron igualmente acogedores. Podía ir cuando quisiera, preguntar lo que quisiera. Yo les prometía una estancia larga, para entender bien lo que sucedía. Me explicaban que un traslado, en las condiciones actuales, sin indemnización, era una ruina segura. Estaban preocupados por la continuidad de sus negocios y empleos. Ahora tenían un espacio compartido y muy bien situado, que les permitía hacerse trabajos unos a otros, desplazarse rápidamente e irse a comer a casa cada día. Todo este entramado estaba amenazado, ya que la única posibilidad que tenían era mudarse a las afueras, a alguno de los múltiples polígonos del cinturón de Barcelona, pagando además un alquiler mucho más elevado y pasando mucho más tiempo en la carretera y en los atascos de las rondas.

Fuera ya era de noche. Nos despedimos y quedamos en seguir hablando el lunes, en el bar del recinto, a las cuatro de la tarde. La “entrada en el campo” no podía haber sido más sencilla. Las noticias de la manifestación y las barricadas y los mails de la lista de Parc Central que me reenviaba Elvira Pujol habían llamado mi atención. También las menciones al conflicto de Joan Roca, a quien habíamos invitado al Máster de Cultura Visual de la UB. Un día, hablando de ello con mi buen amigo Sergio Porcel, me dijo que estaba de suerte: el novio de una compañera del Institut d’Estudis Metropolitans trabajaba en Can Ricart. Un par de días después recibí un mail con un nombre, Marc, y un número de teléfono. Después de otro par de días llamé. Y un par de días más tarde quedamos para conocernos. Me dijo que porqué no iba a un evento que organizaban en el FNAC de Diagonal Mar.

2.

Dejé el Parc de la Ciutadella atrás y subí por la avenida Meridiana. Giré a la derecha en la calle Pallars. Me paré en el semáforo de la esquina con Marina. En cuanto estuvo verde, pedaleé de nuevo. Pronto alcancé Pere IV, que recorrí hasta llegar a la avenida Diagonal. A mi derecha, grandes máquinas preparaban el terreno para los cimientos del hotel Habitat Sky. Cruzé la avenida y enseguida giré a la izquierda en el pasaje del Marqués de Santa Isabel, cerrado al tráfico. A ambos lados, separado por vallas, el terreno baldío, vaciado, del futuro Parc Central. Lo que no hacía tanto era una calle con edificios a los lados era ahora un solar únicamente poblado por hierbajos y la chimenea, decapitada, de la fábrica Buidas y Samsó. De ladrillo rojo a vista, con visibles grietas, se sustentaba sobre una base de planta cuadrada, blanca, con arcos de medio punto. La chimenea permanecería, ya que estaba integrada en el proyecto de Jean Nouvel para el parque.

Ignoré lo que parecía ser un vigilante y atravesé la puerta verde del recinto. A mi izquierda, la Plaza: tres filas de árboles frondosos, con cuatro árboles cada una, que daban sombra al aparcamiento y precedían al Bar Paco's. Recordaba vagamente el espacio, había estado allí una vez, dos años antes, en Hangar, un centro vinculado a la Associació de Artistes Visuals de Catalunya. Había por allí dos caravanas, coches antiguos y gente vestida con ropa de los setenta. Encontré un sitio para aparcar la bicicleta y me dirigí al bar, donde enseguida llegó Marc, con el mono verde de trabajo oscurecido por la grasa. Estaba liado, me dijo, pero me presentaría a un primer grupo gente clave para que a partir de ahí yo pudiera trabajar por mi cuenta. Recorrimos el Pasaje. Una sucesión de naves con talleres a ambos lados, la mayoría con las puertas metálicas abiertas y en funcionamiento. A la izquierda, el Callejón alojaba otras dos naves grandes y la chimenea de ladrillo rojo a vista, muy alta y delgada. Llegamos al final del Pasaje y Marc tocó el timbre de la última nave de la izquierda, talleres Iracheta. Se abrió la puerta. Subimos unas escaleras metálicas hacia las oficinas, donde un perro ladraba insistentemente. Enseguida conocí al animal, que dejó de ladrar, y a Vicente y Belén, padre e hija, encargados de la empresa. Ella continuó trabajando mientras estuvimos allí, alternando el trabajo de oficina, con el ordenador y el teléfono, y las bajadas al taller. De vez en cuando subía algún trabajador a consultarle algo. Llevaba un mono azul, como ellos. Había dos despachos y una sala de juntas en las oficinas. Era una construc-

ción prefabricada, de metal, vidrio y planchas de madera oscura. Colgados en las paredes, enmarcados, alcancé a ver lo que parecían recortes de prensa, los títulos de Belén en ciencias económicas y empresariales por la Universitat Pompeu Fabra, y otros certificados oficiales. Dos de los habitáculos daban al taller, ofreciendo una vista panorámica del mismo. Nos trasladamos a uno de ellos, casi vacío, y desde allí, viendo a los obreros trabajar, nos hablaba Vicente de la delicada situación de las pequeñas empresas del metal.

A partir de la crisis del 92 la situación no había dejado de empeorar, con una tendencia general a la disminución de los pedidos. La entrada de los chinos en el mercado, sobre todo de series largas, había sido determinante, decía. Marc asentía. El margen era cada vez menor, y sin embargo una buena posición de mercado exigía una constante renovación tecnológica, lo cual era muy complicado para las pequeñas empresas: las nuevas máquinas de control numérico eran caras y requerían menos mano de obra y con una cualificación distinta, más relacionada con la manipulación del soporte informático. Y luego estaban los convenios colectivos, que eran una carga para la empresa. En estas circunstancias no se podía mantener la subida de sueldo anual, de entre el 2% y el 5% en los últimos años. Miré hacia abajo por la ventana y reconocí a uno de los trabajadores que había estado el viernes pasado en FNAC. Desde arriba, sin embargo, apenas podía distinguir en qué trabajaba. Entró entonces Belén en la habitación, con un plano en la mano. Le preguntó a Marc si ellos hacían este tipo de trabajos. Marc miró el plano y dijo que no. Belén volvió a la oficina de al lado, donde siguió hablando con el cliente por teléfono. Era muy normal, dijo Marc, que entre los talleres del recinto se pasaran faena. Había una gran variedad de empresas del sector metal, lo que permitía hacer muchos trabajos sin tener que salir de allí. Ambos se mostraban resentidos y escépticos con respecto a la promesa de un barrio orientado a la producción de nuevas tecnologías. Eso lo pueden hacer Microsoft, Apple y dos más, dijo Vicente, no sé cómo pretenden hacer un barrio en torno a eso. Las nuevas tecnologías eran un ejemplo más de que sólo las grandes multinacionales eran viables hoy en día. Eran ellas las que podían deslocalizarse y mantener los márgenes de beneficio, o ampliarlos. Y mientras, estuvieron de acuerdo, continuaban los cierres masivos de pequeñas empresas en Barcelona.

Al salir del taller, el perro nos ladró de nuevo. Volvimos sobre nuestros pasos, dejando el Callejón a la derecha, para dirigirnos a la Cerería Mas, también en el Pasaje. Tocamos el timbre, nos abrieron la puerta, y pasamos a través de la sección de almacenaje, llena de cajas de cartón apiladas, hasta llegar a las escaleras que conducían a las oficinas. Ya en el piso de arriba, a un lado quedaban los vestuarios, al otro el taller y en medio las oficinas. Nos recibió Jaume, a quien Marc quería que conociera. Nos enseñó fotos de las acciones y toda la información que tenía guardada en el ordenador: cartas, recortes de prensa, emails, carteles, fotos... El paso del tiempo beneficia al ayuntamiento, dijo, las empresas, ante la incertidumbre,

La fábrica del conflicto

empiezan a buscar otros locales y la fuerza de la posición común se va perdiendo. Pregunté si los sindicatos les habían apoyado. Respondió que CCOO, tras haberles ignorado en un principio, había aparecido para colocarse en la cabeza de la manifestación. Ahora se habían vuelto a retirar. De UGT no sabían nada. La CGT sí les había contactado, pero eran demasiado radicales y no tenían apoyos. Pregunté entonces cómo hacían cuando alguien venía buscando un representante. Salimos a buscar a un par de personas representativas y ya está, respondió. Las acciones se decidían y estaban coordinadas por la Plataforma Salvem Can Ricart. Se reunían una vez a la semana. La siguiente actividad que tenían preparada era la jornada de puertas abiertas, el día 11 de junio. Nos dio un panfleto que acababan de editar, *Can Ricart: Instruccions d'Emergència*, con el plan a seguir en caso de intento de desahucio o de derribo: se lanzarían tres cohetes desde la fábrica, sonarían las campanas de las parroquias del barrio, se mandarían emails y sms, se pondrían carteles, un coche con megafonía recorrería el barrio y se activaría el boca a boca. “Aquesta normativa ha estat establerta després de constatar la “nocturnitat i traïdoria” en què s’han enderrocats les dues darreres fàbriques que tenien gran valor en el Poblenou, Extratos Tànicos i Unió Metalúrgica”, concluía el texto.

De vuelta al Pasaje, Marc me habló del portero. Es un pesado, dijo, el hermano tonto del dueño, que lo tiene aquí para vigilar. Si alguna vez te dice algo dile que vienes a mi taller. Pasamos entonces por delante de Hangar y le pregunté por la relación que mantenían. Ninguna, dijo, ellos van a lo suyo y nosotros a lo nuestro. Giramos entonces a la derecha, hacia la Calle, donde estaba su local. Al pasar por delante de las caravanas, me dijo que eran parte de una película que estaban rodando en el recinto, con Juan Diego y Ángela Molina. A lo mejor los ves por ahí, dijo. Riéndose, me contó que como parte de los decorados había un dormitorio en una nave en desuso y que alguien se había encontrado a dos de Hangar en la cama.

La parte derecha de la Calle, según caminábamos, estaba ocupada por varios talleres y la entrada a la zona de la torre del reloj. Al fondo estaba la gran estructura abandonada de lo que había sido Musicomuna. A la izquierda se abría un espacio en que había una vivienda, la parte trasera del bar, con mesas de plástico rojas a la sombra de varios árboles como los de la Plaza, más talleres y la alta palmera que podía verse desde fuera. Frente a ella estaba el taller de Marc. A ambos lados de la puerta había bidones y viejas bañeras metálicas de una pieza, en los que se almacenaban los desechos. Dentro la luz provenía sobre todo de unas aperturas en el techo de uralita. Las paredes, casi negras, hacían difícil apreciar los arcos de medio punto, tapiados, en la pared izquierda. La nave tendría unos doce metros de profundidad y cuatro o cinco de ancho. Una enorme máquina prensadora ocupaba el centro del espacio. Otra una parte del lado derecho. Varias fresadoras, mucho más pequeñas, la parte izquierda. En el umbral de la puerta había un pequeño montacargas. A la derecha, un cubículo prefabricado hacía las veces de oficina. Junto a la puerta, pude ver una chapa con el nombre de la empresa: Talleres GG. Los materiales de fabri-

cación y las piezas se amontonaban por todos lados, sin un orden que yo pudiera entender. Marc me enseñó las máquinas, los rudimentos de su funcionamiento. Algunas habían sido modificadas por ellos mismos, para hacerlas hacer piezas para las que no estaban diseñadas. Me enseñó como un pequeño taco de metal soldado a la base de una prensa alteraba su funcionamiento y posibilidades. Son cosas que se aprenden con el tiempo, dijo. Pero ya no tenemos encargos de estos, continuó, son cada vez más aburridos, más estándar.

En el taller trabajaban él y su padre. Dicen que soy un empresario, pero trabajo como el que más, me dijo. Era autónomo. Su abuelo, que aún les venía a ayudar de vez en cuando, había querido traspasarles la empresa pero, al no ser descendencia sanguínea, los tribunales lo habían impedido. Llevaban en Can Ricart desde 1965, y sin contrato desde 1999 o 2000, Marc no se acordaba bien. Ni le importaba, me hizo saber. No les habían renovado el contrato, aunque durante un tiempo sí les habían seguido pasando la factura y ellos pagando. Luego dejaron de enviarlas y recibieron una orden de desahucio. Ya tenían un nuevo local en Polinyà, pero estaban tratando de alargar la partida tanto como fuera posible. Sabían que la única opción de cobrar alguna indemnización era continuar allí.

Ya fuera del local, cuando nos despedíamos, llegó el Cónsul, que tenía su taller unos metros más allá. Fuimos a verlo. Era más pequeño que el de Marc, y las paredes conservaban un tono claro. Las máquinas, en llamativos colores verdes y naranjas, estaban situadas en la derecha. Son prensas, me dijo, sirven para hacer arandelas. También él coincidía en que los pedidos eran cada vez menos variados y más aburridos. Pero lo prefiero, dijo sonriendo, porque así no tengo que estar tan encima. No había necesidad de forzar, se podía trabajar a un ritmo más lento, con menos fallos. Marc me explicó que estas máquinas, cuanto más rápido trabajaban, más posibilidades de error tenían. Y, continuó, si envías una pieza mala te devuelven toda la serie para que busques tú las buenas.

De nuevo en la Calle, mientras seguíamos con la conversación, pasaron por allí varios obreros que ya plegaban. Uno de ellos detuvo el coche un segundo para saludar. Con ese puedes hablar pero donde lo veas bien, me dijeron. Es buen chaval pero un poco maricón. Poco después nos despedimos y fui a coger la bici para irme. Me crucé con algunos tipos vestidos con pantalones de campana y camisas con estampados floreados antes de que el portero me mirara de nuevo.

3.

Martí Mas i Roig fundó la Cereria Mas en el año 1856. Abrió un local en la calle del Carme en el que vendía las bujías y cirios que fabricaba en el obrador de la trastienda. Las velas eran entonces productos de primera necesidad y de frecuente uso litúrgico. Los cereros eran un oficio muy bien considerado, dijo Jaume, tenían el mismo estatus que un notario. La llegada de la electricidad y el gas, que podía haber supuesto el final del negocio, había coincidido con el relevo en la dirección de la empresa. Martí Mas i Santacana, nieto del fundador, se hizo cargo del negocio en 1925 y fue el primer cerero en España en dar color y transparencia a las velas con técnicas artesanales. Desplazó así el negocio al sector de la decoración. Su sistema de coloreado obtuvo, en dos años consecutivos, las medallas de plata y de bronce en la Feria de Inventores de Bruselas. La empresa creció y trasladó la fabricación a Poble Sec. Abrieron dos talleres en las calles Radas y Xuclà, manteniendo las oficinas en la calle del Carme. Llegaron a tener cincuenta trabajadores. A pesar de los cambios en la industria y las posibilidades de mecanización, la empresa siempre mantuvo el proceso de fabricación artesanal de las velas. Al contrario que la mayoría de las cererías, que trabajaban con parafina, ellos siempre habían utilizado estearinas, mezclas de ácidos grasos de procedencia animal o vegetal. Actualmente usaban aceite de palma. Las estearinas eran molecularmente más densas, no se deformaban con el calor. Velas bonitas, de decoración, pero que funcionan bien, dijo Jaume. En 1973, la empresa se trasladó a Can Ricart, unificando los dos talleres. En 1985 también las oficinas se trasladaron al recinto, dejando el local de la calle del Carme únicamente como tienda. Josep Mas, bisnieto del fundador, asumió la dirección. Mi padre era el contable de la empresa, dijo Jaume, y empecé a venir a ayudarle con la informatización a principios de los ochenta; la empresa se había convertido en Sociedad Anónima y eso implicaba una serie de obligaciones fiscales y contables más rigurosas. Desde entonces trabajo en la oficina.

Nos sirvieron el segundo plato del menú, pollo con papas fritas. Eran las tres y media ya, había poca gente en el Bar Paco's. Aunque el Plan 22@ se había aprobado en septiembre de 2000, y el PERI Parc Central un año después, no habían recibido noticia alguna de la afectación hasta finales de 2003 o principios de 2004. Cuatro líneas lacónicas, dijo Jaume. Los arrendatarios somos las víctimas propiciatorias, los últimos en enterarnos. Ninguno de los que estamos aquí almor-

zamos leyendo el *Butlletí Oficial*, porque no nos interesa. En cambio, el propietario debía conocer bien los planes, porque había dejado de renovar contratos, y al mismo tiempo pretendía seguir cobrando el alquiler sin decir nada hasta el último día. Creo que lo ha perdido su avaricia, dijo. Y qué decir del ayuntamiento, que se suponía que debía tutelar que estos procesos no fueran traumáticos y lo que hacía era de hecho una expropiación de actividades, una deslocalización forzosa. ¿Es que es acaso su potestad decidir sobre el futuro productivo de una ciudad, obligándonos a caminar hacia el sector terciario? Puede que queden edificios muy bonitos, pero tenemos que mirar sobre qué se han construido, qué había allí antes. ¿Cómo es posible que se hagan estudios de impacto para una carretera y no para un plan urbanístico que ocupa doscientas hectáreas de terreno productivo? Pero no, no se había hecho ningún tipo de trabajo de campo y el ayuntamiento lo seguía planteando como un problema entre privados, entre propietarios y arrendatarios, ¡a pesar de que eran ellos los que habían iniciado el plan!

Jaume me explicaba la incertidumbre en la que se encontraban las empresas, que aún no sabían cuándo cobrarían la indemnización, cuánto dinero, ni con qué fecha de salida. Algunas, incluso, no sabían aún si tendrían este derecho. Esas respuestas son las únicas que permiten a las empresas programar su futuro, dijo Jaume. En los plazos y las cantidades está el quid de si las empresas tendrán viabilidad en el futuro, o no. En definitiva, si cierran o no cierran. Y trabajar con esta angustia, afrontar nuevas inversiones, amigo, convierte el día a día en algo nada fácil. En el grupo de 34 empresas que había contratado los servicios del abogado Francisco Ibáñez había además múltiples situaciones: empresas con contratos vencidos, con contratos a punto de vencer, con pequeñas partes en propiedad, con contratos indefinidos... Cada una de estas situaciones ofrecía posiciones de fuerza muy distintas a la hora de negociar. Aquellos sin contrato eran extremadamente débiles y, con la ley en la mano, podrían quedarse sin indemnización, mientras que aquellos con contrato indefinido tenían teóricamente la posición más fuerte. La Cerería Mas estaba dentro de éste último grupo gracias a la habilidad de Josep Mas, que al morir su padre había subrogado el contrato a pesar de la negativa de la propiedad. Conocía sus derechos, fue a un notario y finalmente lo consiguió, dijo Jaume. No había sido lo mismo para otras empresas. Iracheta, Ibérica de Industrias Químicas, el taller de Marc... La familia Ricart había logrado firmar contratos nuevos, de duración corta, en situaciones similares. En su primera valoración, si no recuerdo mal, dijo Jaume, eran diecinueve las empresas que no tenían derecho a indemnización. Con el tiempo había conseguido que estuvieran en precario, sin contrato en vigor, y les mandó un burofax pidiéndoles las llaves a todas al mismo tiempo. A partir de ahí emprendió también acciones legales para que los desahuciaran. También lo intentó con nosotros, dijo, apoyándose en que no teníamos licencia de apertura cuando nos vinimos, en los setenta. Pero se equivocó, porque aquella historia tenía su propio curso legal y había sido resuelta favorablemente para nosotros

La fábrica del conflicto

en los tribunales hace tiempo. Poco después de la carta del ayuntamiento recibimos una carta suya, sin membrete ni nada, estimando que la indemnización que nos correspondía, por 1.600 m² y contrato indefinido, era de 22 millones de pesetas. Con los postres ya acabados, Jaume me dijo que entendía a aquellos que ya habían buscado local. Yo les puedo decir que no pasarán, pero ¿y sin pasan? No se pueden arriesgar a que les precinten los talleres con las máquinas dentro.

Jaume me contó cómo desde que tenían el apoyo de la AVPN y el GPI el conflicto había cambiado. Imagínate, fue como un regalo caído del cielo: gente curtida en batallas vecinales, con ideas nuevas, conexiones. ¡Y además resulta que la fábrica es una joya patrimonial y hay que salvarla! De repente logramos más atención mediática, el apoyo de instituciones importantes... Llegó entonces un grupo de ASF. Eran las cuatro y media y habían quedado con él. Jaume no me dejó pagar la comida. En la Plaza le esperaban un fotógrafo y tres arquitectas. Caminamos juntos hasta la cerería. Señaló las columnas metálicas, los capiteles asimétricos. Da gusto venir con Mercè, dijo, la verdad es que nosotros no teníamos ni idea de que esto tuviera valor.

4.

En las paredes exteriores del taller de Marc, como en el resto del recinto, podían leerse una serie de graffitis que habían sido borrados con pintura negra y vueltos a escribir, al lado o encima. Coexistía, así, en muchas paredes del recinto, el borrado de los eslóganes con la reescritura de los mismos. En la pared izquierda podía leerse “BCNeta de Polítics d’Esquerra”, “La lucha continua” y una A roja en un círculo. Encima de la puerta, “Fem-ho B Tots al carrer”. En la pared de la derecha, la pintura negra ocultaba varias pintadas ahora ilegibles.

Marc y su padre, Quintana, trabajaban en la prensa grande; el Abuelo estaba en la entrada, organizando las piezas que ellos fabricaban. El sol de la mañana que entraba por el techo iluminaba irregularmente el taller con una agradable luz amarilla. Una vez adaptado a la diferencia de claridad con respecto al exterior, el taller ganaba en detalles. La prensa, marca Minali, era verde y amarilla en las partes que aún conservaban el color. Estaba gastada, rayada y ennegrecida por el uso. La parte frontal tenía una especie de bandeja, en la que se ponía la plancha de metal a cortar. Marc y Quintana habían colocado unos bidones un par de metros más atrás, para apoyar el otro extremo de las planchas y poder sostenerlas más cómodamente. Eran planchas de acero, de siete milímetros de grosor, casi tres metros de largo y uno de ancho, muy pesadas. Una gran cuchilla, que funcionaba mediante una serie de cilindros visibles, bajaba al ser presionado un pedal y cortaba limpiamente el metal. Esto provocaba la vibración del suelo y un repetitivo estruendo. Las láminas resultantes, de doce centímetros por un metro, eran expulsadas por la parte posterior de la máquina. Allí se acumulaban para ser recogidas con la grúa. Sujetas por dos cables de acero que colgaban de un gancho, las piezas se elevaban por encima de la máquina hasta la puerta, donde el Abuelo se encargaba de reunir las.

Marc y Quintana, cada uno a un lado de la plancha, la empujaban hasta el tope. Marc pisaba el pedal y la cuchilla cortaba la pieza. Luego volvían a empujar la plancha hasta el tope y Marc volvía a accionar el mecanismo. Cuando el final de la plancha se acercaba, apartaban sus dedos de la zona de corte en un gesto de precaución ya automatizado. Antes de colocar otra plancha, ambos se dirigían a la parte posterior, colocaban los cables y Marc cogía el control de la grúa, que también colgaba, y dirigía las piezas hacia la entrada. Dos raíles longitudinales en

La fábrica del conflicto

ambas paredes del taller permitían que la grúa pudiera desplazarse desde la entrada hasta el fondo. Las piezas eran luego colocadas en el montacargas, para poder sacarlas fuera y cargarlas en la furgoneta de reparto.

Este ritmo de trabajo, lento pero continuo, había requerido sin embargo un largo periodo de preparación. La prensa tenía que ser ajustada según las medidas de la pieza, las planchas tenían que ser colocadas en un lugar accesible, un sistema de apoyo tenía que ser preparado para mantener las planchas en posición horizontal mientras se cortaban. Con planchas más cortas y ligeras esto no era necesario, pero estas grandes planchas eran demasiado pesadas para ser sujetadas únicamente por los ellos. Los bidones, y las planchas sobre ellos, hacían de mesa con una altura casi perfecta. El Abuelo esperaba paciente, en el umbral de la puerta, que llegaran más piezas para ayudar a colocarlas en el montacargas. Lo había visto trabajar un día en una de las fresas, haciendo agujeros en unas piezas, pero la mayoría de los días no estaba o su actividad se reducía a tareas de apoyo. Mientras observaba el trabajo del taller intercambiamos algunas palabras. Que si estaba sosteniendo la puerta, me había preguntado. Luego, cuando Marc y Quintana se fueron, hablamos algo más. Había llegado a Can Ricart hacía cuarenta años. Llevaba treinta y ocho años con las licencias y todo funcionando. Le pregunté por el traslado. Me dijo que quería irse ya, que estaba harto de la espera. Sólo se llevarían una máquina, el resto las tenían ya colocadas: le daban una nueva por dos de las viejas y una gente vendría a recoger el resto, para luego venderlas en Marruecos. Me dijo que a Marc le gustaría montar el negocio allí, porque había mercado y poco control. Pero no parecía ser un plan a corto plazo. Estaban ya acondicionando el nuevo taller en Polinyà, mientras esperaban noticias de la negociación. Sonó entonces el teléfono del taller y el Abuelo entró en la oficina.

5.

Joan me recibió en la sala de reuniones, una habitación colindante con su despacho. Como en otros locales grandes, las oficinas estaban elevadas sobre el taller, aunque en este caso no había vistas al mismo. Me dio la impresión de que no me recordaba, así que le recordé los objetivos de mi investigación y nuestro encuentro en FNAC. Me explicó generosamente su perspectiva del conflicto, que adoptaba en él un tono profundamente personal y pesimista. La decepción con la política, el lastre de la despolitización generalizada, la dificultad de compaginar trabajo, activismo y familia, las dificultades para movilizar a sus trabajadores...

La empresa, fundada por su padre y su tío, se había instalado en Can Ricart en la década de los sesenta. El taller anterior en la calle Pere IV se les había quedado pequeño. Se dedicaban a la embutición y estampación metálica. Fabricaban piezas para la industria auxiliar del automóvil, componentes para fabricantes de electrodomésticos, frío industrial y maquinaria auxiliar para la construcción, entre otros. Habían llegado a tener treinta trabajadores, pero desde los noventa el sector estaba en decadencia, con múltiples deslocalizaciones y pérdida de clientes importantes. No tenían buscado un nuevo local aún. La indemnización que nos ofrecen, la forma que tiene el ayuntamiento de simplificar el problema y reducirlo todo a una variable, decía, cubriría menos de un tercio de los costes de un desplazamiento a un área cercana como Badalona. La situación les obligaría por lo tanto a trasladarse a un área más lejana, como Granollers, a unos veinte kilómetros. Dos de sus nueve trabajadores vivían en la Gran Vía y venían caminando, el resto en Sant Adrià y Badalona. La perspectiva de futuro para todos ellos eran horas de coche y atascos. La empresa tenía todas las situaciones contractuales posibles, ya que habían ido creciendo con los años y tenían naves en propiedad, en alquiler indefinido y con alquileres ya vencidos. Lo cual, más que un alivio, parecía ser un motivo más de preocupación.

Abajo, en el taller, el peso de la situación lo llevaba el ritmo estable de la maquinaria pesada. Un par de enormes prensas, cuyos cimientos se enterraban varios metros bajo tierra, hacían temblar el suelo al funcionar. Una de ellas cortaba una fina plancha de metal de unos veinte centímetros de ancho y la aplastaba contra un molde, ambas cosas en un único movimiento, para convertirla en una suerte de

La fábrica del conflicto

capucha. El operario, con tapones en los oídos y guantes de fregar recortados en las manos, apretaba los botones que, en el panel central, accionaban el mecanismo. Vigilaba que todo estuviera bien y nada se atascara. A su derecha estaba el tambor con el material, que lo iba soltando como un rollo de cinta adhesiva. A su izquierda, unos raíles con forma de Y invertida separaban las piezas del marco de metal sobrante. A juzgar por la diferencia de material de uno de los carriles, y sus visibles soldaduras, era un mecanismo añadido a la máquina original. Pieza y marco eran expulsadas al mismo tiempo y una plancha de metal, ligeramente elevada, dejaba pasar el marco por abajo y aprovechaba la inclinación para que las capuchas, al chocar contra ella, tomaran otro camino. Abajo, dos contenedores, uno al final de cada raíl, recogían la pieza y los desechos, respectivamente. El sistema funcionaba con bastante precisión. En ocasiones las piezas se acumulaban en el punto de división, pero el leve impacto de las que seguían cayendo solía empujarlas. En caso de atasco, el operario las empujaba manualmente. Otra gran máquina parecida a ésta, en la misma nave, estaba siendo preparada por un operario. Recolocaba el molde, pero los tornillos parecían estar mellados y se resistían.

Antes de volver a su despacho Joan me había enseñado los distintos espacios, las máquinas, las piezas que producían, los depósitos de almacenaje, la habitación del control de calidad. Le había dicho al encargado que era un amigo y que estaría por allí. ¿Le tengo que decir algo en especial?, había preguntado éste. No, él va a su aire, le respondió Joan. La multitud de espacios, la imposibilidad de un punto de vista general, la cantidad de máquinas y de procesos simultáneos hacía que la observación del espacio fuera complicada. En la zona posterior, ocupada por dos obreros y varias máquinas pequeñas, uno de ellos soldaba la malla interior de un tubo de escape, otorgándole su carácter cilíndrico. Yo observaba su trabajo, la precisión de sus movimientos aprendidos, el carácter extremadamente repetitivo de la tarea. Él me miraba con insistencia. Yo trataba de construir algún tipo de fachada viable, algo sumamente complicado dada la situación. Finalmente dejó el soldador en su soporte, se subió la máscara de protección y vino hacia mí. Me preguntó si iba a trabajar allí. Le dije que no, que estaba haciendo un trabajo sobre la situación de los talleres de Can Ricart. Volvió entonces a su puesto de trabajo, y aunque no le podía escuchar con el ruido de las máquinas, pude entender que aclaraba mi presencia a su compañero.

En la nave de la entrada atendí a una máquina que me había llamado la atención. Como otras tantas prensas, tenía un mecanismo de carga automatizada en el extremo derecho. Esto permitía cargar rollos de metal de miles de metros. En este caso, la plancha, muy delgada y fina, era primero agujereada y luego cortada y convertida en un cilindro. El operario alternaba un pequeño aparato con el que inyectaba aceite en la máquina con el pie de rey, con el que medía las piezas resultantes y comprobaba que todo estuviera bien. Sólo al cabo de un buen rato podía pasarse de la fascinación con el proceso de mecanización a una reflexión más ponderada

del proceso, pensé. La importancia de la labor del obrero, en un principio invisible, pues parecía ser un mero accesorio de la máquina, cobraba entonces presencia. Sin esos pequeños ajustes, ese aceite, esa medición, esa corrección, la máquina acabaría por fallar y el proceso se arruinaría. El operario, eso sí, debía adaptarse a la cadencia de la máquina. El ritmo de trabajo lo dictaba el chun-chun-chun del prensado. Un ritmo constante, invariable salvo incidencia. El operario, que llevaba tapones, debía no obstante sentir los golpes para evaluar la producción. En apenas media hora sentí que pasaba de la fascinación al aburrimiento. Me era imposible imaginar el impacto de hacer eso ocho horas al día, de lunes a viernes, y los sábados por la mañana, si el negocio iba bien y había posibilidad de hacer horas extras. Inscribir ese tránsito en la mirada, pensé, era uno de los desafíos al que debía enfrentarme si pretendía representar justamente el trabajo industrial¹.

6.

Mientras yo empezaba a familiarizarme con la cotidianeidad del recinto, las actividades de difusión del conflicto continuaban fuera de él. Durante el mes de mayo el GPI organizó una rueda de prensa en el Colegio de Periodistas y la tercera sesión del ciclo *La metròpoli i el patrimoni industrial*, en ambos casos con el objetivo de hacer públicos los estudios y las propuestas sobre Can Ricart. De hecho, estos documentos circulaban ya por la red precedidos por una introducción de Joan Roca: “El tema de Can Ricart està generant una polèmica saludable sobre el caràcter del patrimoni industrial –com un valuós actiu de ciutat i de futur i no com un passiu que no hi ha més remei que mantenir- i sobre els criteris per actuar-hi. Però només des del desconeixement es pot dir, com s’ha sentit darrerament, que Can Ricart, un espai amb un interès històric ben documentat, una gran racionalitat compositiva, una formalització unitària i estructuralment ben conservat, ‘té escàs interès’ o ‘és una ruïna’ [...] Tot i que és evident que necessita una completa rehabilitació, Can Ricart ha estat capaç en el passat, és en el present i pot seguir essent en el futur un espai capaç d’allotjar múltiples usos en un entorn qualificat i significatiu i pot contribuir eficaçment a crear una nova polaritat econòmica, cultural i ciutadana d’interès per a tota la metròpoli i per als seus visitants. De manera que també és només des del desconeixement que es pot dir que algú ha proposat ‘musealitzar tot el conjunt’ o convertir Can Ricart i d’altres fàbriques en una quimèrica xarxa de ‘centres cívics’. La consideració que Can Ricart pot tenir un notable potencial estratègic i decididament arrova si es preserva el conjunt patrimonial complet, com a element articulador del patrimoni industrial del Poblenou, com a entorn d’alta qualitat urbanística vinculat al parc Central i com a espai d’innovació tècnica i cultural i d’amalgama d’activitats productives no parteix, doncs, de raonaments arqueològics, sinó de la qualitat i possibilitats del recinte.”

Por otro lado, continuaba la recogida de firmas para adherir a la *Carta Oberta al President* y al *Manifest per Can Ricart*. Más de 60 entidades habían dado ya su apoyo. Entre ellas estaban Hangar y la Associació d’Artistes Visuals de Catalunya (AAVC), cuyo posicionamiento en la primera fase del conflicto no había estado demasiado clara. Esta indefinición provocó de hecho una crisis en Hangar, que fue declarado en proceso de “refundación”: “Una refundació que afavoreixi la seva participació

en les xarxes de producció cultural en el territori de Catalunya, així com la definició del seu paper en un context més proper, el de Can Ricart i el barri del Poblenou, amb un programa 22@ impulsat pel binomi coneixement i economia i no pas per l'especulació immobiliària. El nou Hangar exigeix, a més d'una ambiciosa redefinició programàtica, un altre model de gestió i de relacions amb la comunitat artística, la ciutat de Barcelona i el territori català. En aquest sentit, la Fundació AAVC ha decidit reestructurar l'actual equip tècnic i posar en marxa un procés de reflexió que es tancarà d'aquí a dos mesos amb la redacció d'un programa i la convocatòria d'un concurs públic per a cobrir les places d'un nou equip d'especialització tècnica en la gestió dels serveis i del nou rol que Hangar ha d'ocupar" (Nota de Prensa, 23/05/05). Efectivamente, Manuel Oliveira dejó el cargo de director en verano y se abrió un concurso que culminó en diciembre con el nombramiento de Pedro Soler como nuevo director.

Paralelamente, la negociación entre propietario y empresas, desbloqueada tras la manifestación de abril, había ido avanzando con la mediación de la sociedad 22@. El 9 de junio, dos días antes de la jornada de puertas abiertas, ambas partes firmaron un acuerdo marco para la negociación de las indemnizaciones. 31 de las 37 empresas del recinto lo suscribieron. El acuerdo implicaba, por un lado, que Ricart se comprometía a ampliar el número de empresas indemnizadas y las cantidades ofrecidas. Por otro, se fijaba un calendario de salida de las empresas en dos fases: 31 de agosto y 31 de diciembre de 2005. Esto no significaba, sin embargo, que los procedimientos judiciales de desahucio contra varias de las empresas quedaran suspendidos. En declaraciones a la prensa, Francisco Ibáñez calificó el acuerdo de "declaración de voluntades", aunque pidió "prudencia" de cara a las negociaciones individuales (*La Vanguardia*, 10/06/05). La AVPN, por su parte, distribuyó un comunicado a los medios en el que consideraba el acuerdo un avance, pero que no dejaba de ser una cura paliativa. "En primer lloc, per a les pròpies empreses, al cap i a la fi desplaçades per la pressió immobiliària i que han d'assumir costos materials i immaterials per anar on no els convé i on no volien. En segon lloc, perquè contribueix a empobrir i banalitzar el teixit productiu del Poblenou i disminueix el seu potencial d'arrelar noves empreses en un entorn econòmic, cultural i social complex i innovador, en plena contradicció amb l'esperit del Pla 22@ que en la seva mateixa lletra aposta per incentivar la presencia d'activitats innovadores que, en convivència amb les activitats tradicionals del barri, creen un teixit productiu ric i divers que afavoreix la competitivitat del conjunt empresarial. Can Ricart segueix essent la clau de volta d'un pla 22@ ambiciós que l'Ajuntament no sembla capaç d'impulsar, reconduint l'actual deriva immobiliària" (Correo electrónico, 10/06/05).

7.

El ambiente de camaradería entre trabajadores que había observado en los talleres se prolongaba y desarrollaba en el Bar Paco's. Los autónomos, como Marc y sus vecinos el Cónsul y Hernández, tenían bastante flexibilidad para hacer pausas cortas a lo largo de la jornada y solían ir al bar. Los trabajadores asalariados, sujetos a un horario fijo, iban sobre todo a la hora de comer, y en menor medida en la pausa del almuerzo, entre las nueve y las diez. Siempre a la vista, el *Marca*, *El Periódico de Catalunya* y *El Mundo Deportivo*. Además de las mesas exteriores, tanto en la Plaza como en la parte trasera, que daba a la Calle, el bar tenía dos espacios principales que formaban una L. El primero, en torno a la barra, tenía taburetes, varias mesas pequeñas, dos máquinas tragaperras, una de tabaco, un televisor y los baños. El segundo, con mesas más grandes, hacía las veces de comedor y se usaba normalmente durante la hora de la comida. En el bar trabajaban Dolors, su hermana, y su hijo, Luis. La mayoría de los clientes eran habituales. Normalmente les servían directamente al entrar y muchas veces no pagaban en el momento, sino al final del día. Rara vez tenían que pedir. Lo hacían sobre todo si cambiaban su preferencia habitual.

Aquella mañana Luis le preguntó a Marc si había visto el periódico, había una noticia asegurando que el 22@ respetaría la mayor parte del recinto y que el plan original estaba parado. La noticia generó una mezcla de desconfianza y expectación. Nadie acababa de creérselo. El grupo acabó rápido sus bebidas y cada uno volvió a su taller. Marc no me dejó pagar mi caña y me dijo que fuera por las tardes, que estaba más tranquilo. Más tarde hablé del tema con Jaume. Él desconfiaba. A dos días de la jornada de puertas abiertas lo veía como un intento de desactivación del movimiento. Estaba, además, resignado, porque la jornada le coincidía con la boda de una amiga y sólo podría venir un rato por la mañana. La fecha se ha cambiado varias veces, pero claro, el 11 de junio sólo se casa mi amiga, dijo. Le pregunté si tenía sentido para él que se conservara la fábrica y se expulsara a los talleres, una posibilidad que parecía abrirse. Antes de que respondiera, le aclaré que yo pensaba que no, que era incluso peligroso, ya que serviría para ocultar la violencia del proceso, además de que el ayuntamiento lo tendría fácil para presentarlo como una gran victoria de cara al resto de la ciudad. Su respuesta no fue tajante. Me dijo

que era una pregunta complicada, que suponía que tenía menos sentido pero que cargarse todo tampoco era la solución.

Me habló entonces de su decepción con los políticos de izquierda, en especial con Imma Mayol, de ICV. Aquellos en los que habían confiado, aquellos que además ocupaban ahora posiciones de poder, les habían dejado inexplicablemente en la estacada. Habían preferido cerrar filas con el PSC y defender el Plan 22@ a defender a los trabajadores y las empresas del barrio. No lo entendía. Y luego estaba la desarticulación de la clase obrera, más preocupada por su tiempo de ocio que por la lucha por sus condiciones de trabajo. Qué implicación podía esperarse, decía, de gente que estaba esclavizada por los créditos y las hipotecas, que trabajaba para poder mantener ese nivel de consumo. Me preguntó si sabía la dominación que suponía no tener ni un duro el día cinco de cada mes.

Antes de despedirnos le dije que el sábado pensaba llevar la cámara por primera vez, y que vendría con un amigo para grabar. Le dije que también quería registrar los talleres trabajando y la vida cotidiana del recinto, pero que no tenía prisa, que quería evitar una mirada de turista, darme tiempo. No esperes mucho, bromeó, o será demasiado tarde.

Al salir vi a Marc hablando con alguien que participaba en la organización de la jornada de puertas abiertas. Había venido a buscar dinero y protestaba porque las sillas para la comida se las habían alquilado a una empresa del ayuntamiento. Marc le dijo que no se podía controlar todo. Luego me dijo a mí que llegaría tarde el sábado, porque tenía una boda la noche antes.

8.

El viernes 10 de junio de 2005 fui a Can Ricart con la intención de echar una mano con los últimos preparativos para la jornada de puertas abiertas. Eran aproximadamente las cinco de la tarde cuando, como de costumbre, conduje mi bici a través de Pere IV hasta llegar al pasaje del Marqués de Santa Isabel. Al llegar a la puerta del recinto me encontré con Vicente. Nos saludamos. Le dije que había venido a ayudar y me dijo que fuera al final del Pasaje, que en la última nave de la derecha, frente a su taller, estaban preparando la exposición. Acepté con resignación, ya que hubiera preferido cualquier otra actividad alejada de la inteligencia cultural. Aparqué donde siempre y me dirigí hacia allí. Había poca gente. Era una agradable tarde de verano, no demasiado calurosa.

Al entrar en la nave me encontré, para mi sorpresa, con Jorge Ribalta, responsable de Programas Públicos del MACBA. Era la primera vez que lo veía fuera del museo. Estaba acompañado por dos tipos jóvenes, fotógrafos. A uno de ellos, Jordi Secall, lo reconocí. Había venido a Can Ricart con las chicas de ASF. Les ofrecí mi ayuda: no, no era fotógrafo ni traía nada para exponer, yo hacía un trabajo etnográfico sobre el cierre de la fábrica. Había que preparar la nave para la exposición: limpiar un poco y despejar el espacio, organizar la colocación de los materiales. La nave había sido sede de Ibérica de Industrias Químicas. Al contrario que los talleres metalúrgicos, no había grasa ni aceite, sino polvo. Las paredes, amarillentas, habían sido blancas. Aquí y allá había bidones y depósitos de líquidos, algunos llenos. Tratamos de limpiar un poco el suelo, pero lo único que conseguíamos era una gran polvadera. Así que decidimos limitarnos a despejar las paredes y apartar los bidones. Ribalta hizo una lista con el material que necesitábamos para colgar las fotos. Joan, el otro fotógrafo, se ofreció a ir a la ferretería. Yo le presté la bici. Secall se fue poco después y quedamos Ribalta y yo. Pudimos apartar fácilmente los bidones azules que no necesitábamos y llevarlos a la nave anexa. Otros los utilizamos como soporte para unas tablas que harían las veces de mesas de exposición, en el centro del espacio. Los grandes depósitos cúbicos, aún llenos, tenían que ser movidos con un toro. Oriol, uno de los artistas que trabajaba en Can Font, en la nave situada junto a la torre del reloj, apareció por allí y dijo que se encargaría él.

Cuando regresaron los fotógrafos se procedió al reparto de paredes y empezamos a colgar las fotos. Ribalta le devolvió a Joan el dinero de los materiales.

Primero había que cortar la cinta de pintor en pequeños trozos autoadhesivos, luego colgar las fotos con la ayuda un nivel y un metro. Ribalta se alarmó cuando constató que Joan había colgado las fotos demasiado altas. Todo a uno sesenta del suelo. Joan las descolgó y las volvió a colocar más abajo. Eran fotos del barrio, en blanco y negro, pegadas sobre cartulinas negras, de textura amateur, en su mayoría de espacios ya desaparecidos y descampados. En la pared de enfrente, Secall estaba preocupado con el sistema de sujeción. Ya se le habían caído varias copias al suelo sucio. Sus fotos, también en blanco y negro, eran caligráficamente fotoperiodísticas. Había algunos retratos de trabajadores de Can Ricart y una serie de desalojos en diversos puntos del Poblenou. Empezó entonces a llegar más gente con material para exponer. Vahida y Laia, de RoToR, trajeron sus mapas de safaris en el Poblenou. Cordula Daus traía su proyecto BCNova, una parodia en flash de la política urbanística en Barcelona. Requería un ordenador que le cedió Hangar. Llegaron también dos fotógrafos más y una serie de fotos de fábricas enmarcadas. No sería hasta mucho después que descubriría que se trataba de Rafa Reina, Manolo Laguillo y la obra de Basiana y Orpinell, respectivamente. Dos años después, Ribalta me explicó que su participación en la exposición había que situarla en una “larga duración”. La jornada de puertas abiertas simplemente formaba parte de una continuidad: el vínculo político-personal con el FRB desde el 2000, los debates *De les Glòries al Besòs* en 2003, la colaboración con el GPI en *Còm volem ser governats* (2004) y las jornadas *Llegat industrial e innovació...* En el proceso de preparación de las puertas abiertas se había planteado que hubiera algún elemento artístico, que no todo fueran actos y debates. Él se había ofrecido a montar la exposición. Contactó con los fotógrafos, les pidió que participaran. Lo hizo a título individual, no como MACBA. Por cuestiones no explicitadas, no convenía visibilizar la contribución del museo. En todo caso, lo importante era facilitar las intervenciones, no capitalizarlas. En cuanto a los trabajos expuestos, había una voluntad de mostrar diferentes trayectorias (fotógrafos amateurs, artistas reconocidos) y sobre todo hacer visible una larga duración en los trabajos sobre patrimonio industrial. En este sentido, la obra de Basiana y Orpinell era importante, ya que era la primera que articulaba un discurso sobre el tema. Era un trabajo de referencia, como el de Laguillo con respecto a las periferias urbanas.

Ribalta estaba inquieto, preocupado por no acabar a tiempo. El resto, sin embargo, no parecía compartir su ansiedad y seguían colgando fotos calmadamente. Joan descubrió entonces que no le cabían las fotos en la pared con la separación con la que las estaba colgando. Ribalta decidió que las recolocara. Y también que las bajara más. Todo a uno cincuenta. Secall, en la pared de enfrente, también descolgó sus fotos y las bajó. Laguillo le preguntó a Ribalta dónde colocaba su material. Que era la guerra, le respondió, que cogiera una pared libre y adelante. Mientras tanto, Rafa Reina colocaba una franja de papel de embalaje marrón, de aproximadamente un metro de ancho, en toda la pared, como fondo para sus fotografías en color.

La fábrica del conflicto

Todas se referían al conflicto de Can Ricart, en clave fotoperiodística y alternando los momentos de conflicto con las rutinas de las fábricas.

Debió ser más o menos en ese momento cuando el toro que manejaba Oriol para apartar los depósitos y bultos pesados se encalló en un extraño hueco lleno de arena que había en el suelo, enfrente de la pared que ocupaban las fotos de Reina. Estaba tapado por una lámina, y en algún giro del vehículo ésta debió moverse, descubriendo la arena y provocando que las ruedas patinaran y se hundieran rápidamente. Lo que parecía una tontería se convirtió en un asunto de horas. Como si de un vehículo enterrado en una playa se tratase, colocamos barras de madera, primero, y cualquier otro objeto que prometiera una mínima tracción, luego, para tratar de sacar el toro. Pero éste seguía patinando. Tratamos también, infructuosamente, de hacer contrapeso para lograr que la rueda suspendida en el aire recuperara el suelo. Este acontecimiento interrumpió durante un buen rato el ritmo, y se llegó a pensar que habría que dejar el toro allí, medio enterrado. Y que no quedaría tan mal como instalación en honor a la memoria de la fábrica. No fue hasta que se consiguió un segundo toro y unas amarras que se pudo extraer la máquina y acabar el trabajo. La luz natural que había bañado agradablemente el espacio era ya bastante más tenue.

A lo largo de la tarde aparecieron por allí muchos de los implicados en la jornada. Vinieron Jaume, Belén y Vicente, también Mercè Tatjer, Joan Roca y Patrick Faigenbaum. Éste último, con una Pentax de medio formato en la mano, se escandalizó al ver el espacio, pero se relajó al saber que su material no sería expuesto allí, sino en la sala que Hangar había cedido para las proyecciones.

Decidimos no colgar las fotos de Basiana y Orpinell. Colgar esto es una pasada, había dicho Ribalta. Las dejamos en el suelo, apoyadas en la pared, en la entrada. De este modo quedaban articulados dos espacios: la entrada, con la obra de Basiana y Orpinell y de Manolo Laguillo, y la sala principal, con tres paredes ocupadas por las fotos de Joan, Reina y Secall y la cuarta con los mapas de RoToR. En el centro, dos grandes mesas ocupadas por el ordenador de BCNova y otros materiales y panfletos.

Antes de irme, había ayudado a Vahida a colgar sus mapas de “Safaris en el Poblén”. Conocía su trabajo, que había visto expuesto en el CCCB algún tiempo antes, en la exposición *Després de la notícia*. Apreciaba el carácter peripatético de la intervención, así como la ironía del proceso de resignificación cartográfica en torno a la idea de safari. Sostenía con ella el póster cuando pensaba en esto. Tratábamos de colgarlo y que quedara recto. Pero entonces, ella se percató de que mis manos sucias habían dejado huellas en la esquina superior derecha, la que yo sostenía. Me miró enfadada y cogió una goma para tratar de borrarlas. Hubiera querido disculparme, pero del mismo modo que había sido incapaz de felicitarle por su trabajo, me quedé callado. Y qué esperaba, me preguntaba, en las condiciones en las que trabajábamos.

Aún no habíamos terminado del todo cuando me tuve que ir. Eran las nueve y algo de la noche. Coincidió con Oriol, que con la ayuda de un amigo había terminado de quitar los bidones y devuelto los toros. Belén, que justamente en ese momento estaba por allí, nos invitó a subir a los lavabos de Iracheta a limpiarnos las manos. Descubrí que aunque mis manos estaban negras, lo estaban mucho menos que las de Oriol. El jabón rosa, preparado para quitar la grasa, no tuvo dificultad para dejarlas limpias.

La mañana siguiente llegamos pronto. La jornada de puertas abiertas, como ruptura de la cotidianeidad y evento mediático, me parecía un buen día para introducir cámaras y micros por primera vez. De algún modo, pensaba que la situación se prestaba al registro tecnológico sin situarme en esa posición de reportero que tanto detestaba. Para hacerlo de un modo más interesante, había llamado a dos amigos, Guillermo Beluzo y Aurelio Castro. Yo me dediqué a hacer fotos y grabar audio; ellos grabaron video, cada uno con una cámara.

Guillermo y yo llegamos juntos antes de las diez de la mañana. Fuimos de los primeros en llegar. Vicente, Belén y Jaume me saludaron cordialmente al entrar. También vi a Joan, el fotógrafo, colgando más fotos suyas de unos hilos que pendían entre los árboles de la entrada. Enseguida vi a Quintana y el Abuelo comiendo algo con unos amigos. Me dirigí hacia allí para saludarles. Habían montado una barbacoa en un viejo bidón de aceite y estaban preparando costillas y bebiendo vino. Me invitaron a que les acompañara. Me sirvieron un vaso de vino y una costilla sobre un trozo de pan de chapata. Mientras comíamos, ellos bromeaban sobre el impacto de la Viagra en su vida sexual. Poco después llegó Guillermo, y en principio declinó la invitación a unirse al desayuno alegando desajustes estomacales. Sin embargo, el grupo le convenció de que el tocino, y el vino, lo arreglarían todo. Además, el cerdo a la brasa, sin aceite, no tenía colesterol del malo, dijeron. Pasamos allí un buen rato, llegaron algunos hombres más y otros se fueron. Guillermo colocó en un momento la cámara detrás de la parrilla y dejó que ésta grabara, desde lejos, el desayuno. El grupo empezó a diluirse a eso de las once, unos se fueron al bar a beber whisky, otros a casa, otros se quedaron por allí. Nosotros decidimos seguir explorando un poco el espacio. Yo, que no estaba acostumbrado a este tipo de desayunos, me sentía especialmente bien y despierto.

Fuimos a ver la exposición de fotografía. Tenía curiosidad por saber cómo había quedado. Al llegar, lo primero que me sorprendió fue la sensación de orden y limpieza. La tarde anterior, con el espacio lleno de gente y ocupado en la colocación del material, apenas había reparado en la exposición en sí. Nos tomamos entonces un rato para mirar el material. Algunos obreros, que trabajaban ese sábado, se reconocían en las fotos. Guillermo les grabó, y meses después aún podíamos ver su sorpresa y su sonrisa al verse allí retratados. Su ropa azul de trabajo y sus manos negras de grasa contrastaban con el resto de visitantes.

La fábrica del conflicto

Reconocí en las fotos de los procesos de trabajo una tensión entre la voluntad de dar dignidad a los trabajadores y la fascinación que el propio acontecimiento ejercía sobre los fotógrafos. Las exposiciones largas, los ángulos extraños, me hacían pensar en cierta frivolidad visual, en concesiones al espectáculo. La alegría de verse retratados que observaba en los obreros, y su fascinación por los detalles que podían ver en las fotografías de las máquinas con las que trabajaban ocho horas al día, me hacían dudar de la transversalidad de mis cuestionamientos. Qué poder tiene el referente, pensaba, y yo tan preocupado con el código, con la representación. Después de compartir parte de mi docencia en la universidad con Carles Guerra y de conocer la obra de Robert Frank y Allan Sekula, el gusto por el instante clave de muchas de esas imágenes me hastiaba. Había que acabar con la voluntad de representarlo todo, y de hacerlo mediante una imagen sintética, total. También con cualquier búsqueda de efecto dramático como los contrapicados o el juego con las sombras. Qué necesaria resultaba una militancia en la sobriedad, un cuestionamiento de la ética y la estética del instante. Me parecía que el blanco y negro añadía además un halo romántico especialmente molesto. Quizá por todo esto me sentía más atraído por el trabajo en color de Rafa Reina, que sin salirse del molde fotoperiodístico, lograba en ocasiones articular una gran sencillez en la puesta en escena. Una vez más, mis consideraciones formales se toparon con dimensiones que no había imaginado: mucho tiempo después, hablando con Jordi Secall sobre la exposición, me enteraría de que trabajaba en blanco y negro por cuestiones estrictamente económicas. Disparaba con su vieja Leica de 35mm y su única posibilidad de ser autónomo, pues él revelaba y positivaba todo su trabajo, era el blanco y negro. Me enseñó sus fotos, sencillamente ordenadas en un archivador con fundas plásticas, me habló de la dificultad para publicarlas en forma de libro, como él deseaba. Me explicó también como había conocido a Ribalta, que le compró una foto para *Còm volem ser governats?*, la misma que había publicado en el número 240 de *Quaderns d'Arquitectura*, la misma que formaba parte de su trabajo con ASF para un calendario.

Fuera, estaba ya a punto de comenzar la visita guiada a la fábrica con Mercè Tatjer y Marta Urbiola. Autoras principales del estudio patrimonial publicado apenas un mes antes, habían visitado el recinto en muchas ocasiones, y desde febrero se organizaban este tipo de tours como actividad de difusión del patrimonio. Un grupo de unas cincuenta personas escuchaba atentamente la explicación de la profesora Tatjer. Guillermo grababa su explicación y yo, cerca de ella, grababa su voz con el minidisc. Aurelio acababa de llegar. Can Ricart era una de las fábricas más interesantes, dijo, ya que era de las pocas diseñadas por un arquitecto, no por maestros de obras, que era lo habitual en Catalunya a mediados del siglo XIX. La fábrica se dedicaba a estampados, y a finales de siglo era la más importante de Catalunya, con dos mil rodillos metálicos que se fabricaban en el propio recinto. Era precisamente la finalidad de la fábrica, la estampación, la que explicaba su escasa altura,

ya que la hilatura y el tejido se hacían en otras fábricas que la familia tenía en el centro de la ciudad y en Manresa. Algú dirà: i cóm es que llavors no va a ser tan coneguda aquesta fàbrica? Bé, per la competència de l'Espanya Industrial. L'Espanya Industrial fa competència a Ricart i es converteix en una gran fàbrica d'estampats. En aquets mateixos anys també va fer fallida la Batllò, que havia començat amb molta empena i després també acaba malament. Can Ricart continua amb activitats de tipus estampació i filatura fins els anys 20, sota la gestió de Beltrán i Serra, els altres grans industrials tèxtils catalans. A partir dels anys 1923-24 al recinte ja hi sobra espai i aleshores lloguen una part dels locals a dos grans indústries químiques: l'Hispano Filipina, que fabricava olis i sabons de coco, i l'Ibérica d'Indústries Químicas, que encara té magatzems aquí. Al mateix temps continua el sector tèxtil, a través de l'empresa Font i Cia. Després, ja a partir del anys 60-70 tanquen aquestes tèxtils i s'incrementa l'activitat de la mecanicometal·lúrgica, que és una de les especialitats d'aquets moments. No entro en el tipus d'empresa que hi ha, perquè ja ho anirem veient. De fet, algunes d'aquestes empreses són molt capdavanteres en el seu sector, no són empreses residuals.

Empezábamos entonces a recorrer el recinto, recibiendo explicaciones sobre varios de los elementos arquitectónicos. Neoclasicismo, funcionalidad, autoría. El grupo, diverso, seguía las explicaciones y tomaba fotos continuamente. Joan se mostraba especialmente entusiasmado. También había una cámara de televisión y un sonidista con una percha. Guillermo, casi siempre desde cierta distancia, grababa al grupo escuchando y caminando por la fábrica. La situación actual había surgido a partir del momento en que se había implantado el Plan 22@, que intentaba potenciar nuevas actividades y que afectaba a esta zona como una de sus unidades de actuación, continuó Mercè. Aleshores es fa un projecte urbanístic que, quan se n'adonen els de l'associació de veïns, la gent interessada pel patrimoni i els propis treballadors, suposa l'enderroc de totes les instal·lacions i la construcció de noves edificacions. Es ve a salvar la torre del rellotge, la xemeneia i algun altre element però clar, de fet aquest recinte queda absolutament malmès i destrossat conservant-se només aquesta entrada, que es considera que és rellevant perquè correspon a una traça possiblement rural. A partir d'aquest moment hi ha moltes mobilitzacions i es demana que es conservi tot el recinte.

Nos encontrábamos ante la fachada principal, que era la que había diseñado Josep Oriol Bernadet. El dibujo que había presentado era el modelo de nave que él había creído más apropiado para la fábrica. Aún se adivinaban los trazos originales, a pesar del paso del tiempo y la falta de cuidado. Podríamos ver ahora los diferentes módulos que se habían construido. Éste era un módulo cuadrado, muy interesante. Teníamos que fijarnos en la secuencia de ventanales, de obertura totalmente simétrica, aunque alguna alterada por usos industriales posteriores. Sembla que Catalunya siguem el país de un sol poeta, el país d'un sol estil: si no és modernista no val i si no és un poeta noucentista, tampoc. Pot ser hem de començar

La fàbrica del conflicte

a reconsiderar que també hem tingut altres períodes interessants. Jo diria que el període de mitjans segle XIX pot ser un dels mes interessants. És aquell moment en que la burgesia industrial, que encara no és burgesia sinó menestralia esdevinguda fabricant, creu que la indústria serà el progrés. Jo crec que aquest és un període molt interessant que després anirà per altres camins, però que en aquell moment va molt unit amb l'esperit emprenedor, a la industrialització, el progrés, la formació. L'Oriol Bernadet és en aquest sentit una figura molt important per que ell no sols projecta una fàbrica, sinó també un balneari, un institut mental modern... I se n'ocupa molt de la formació, va escriure trenta llibres d'aritmètica i dibuix lineal i afirmava "als nostres treballadors i als nostres tècnics els havíem d'ensenyar dibuix i els havíem d'ensenyar aritmètica, perquè així, d'aquesta manera, sabran dissenyar las màquines que a un preu tancat comprem a l'estranger". O sigui, tot un missatge d'un esperit molt clar de mitjans segle XIX de tècnics i científics progressistes que creien, com Cerdà, en el progrés de la humanitat.

- Perdona ¿Puedo hacer una pregunta? ¿Usted ha sido la que ha escrito el libro?

- No, libro no he escrito.

- Yo vivía en el diecinueve.

- Ah, muy bien

- Y me dijeron que habían escrito un libro de todo esto... También tuvimos nuestras movidas, pero al final nos tiraron. Pues nada, eso, que a mi me habían dicho que habían escrito un libro de todo esto.

- Bueno, pero a lo mejor con su ayuda lo podemos escribir

- Es que lo dijo una chica, una profesora que se llama Ana Berenguer, que trabaja en archivos. Y entonces ella me preguntó cosas, de cómo era... Bueno yo he estado viviendo cuarenta y tres años.

- ¿En el Pasaje Marqués de Santa Isabel?

- Sí, en el 19, al lado de... mi galería tocaba la chimenea, que la tenía aborrecida, pero la chimenea la han dejado. Pues eso, he venido muchas veces, pero me ha hecho ilusión saber que nadie pasaba por el Pasaje y ahora hay tanta gente.

- Muy bien, pues encantada. Y esta tarde tenemos una...

- ...Sí, vendré con mis nietos, que tengo dos nietecitos.

- Estupendo.

- Bueno, ojalá la conserven, porque yo tengo... me he ido a la Rambla de Pueblo Nuevo, calle Sancho de Ávila, pero esto ha sido... Yo vine aquí con veintiún años y me he ido con cuarenta y pico, o sea que... Este es mi Pasaje y esta es mi historia. Aquí han nacido mis hijos, y aquí he visto muchas cosas. Porque en el Pasaje mi buena parte he vivido, he vivido muy a gusto. Me acuerdo cuando ponían los

pilares y ponían unas cadenas y se bajaba ahí. Bueno, aquí he vivido muchas cosas. Y a la tarde vendré. Pues mucho gusto, señora.

- Estupendo, muy bien, muchas gracias.

No fue hasta la visita a la Cerería Mas cuando la extrañeza de la situación se me presentó con más claridad. No sólo la abismal distancia entre la manera de vivir cotidianamente la fábrica y su conversión en objeto de culto académico era claramente tangible, también una peculiar relación entre los dos grupos. Había pocos trabajadores haciendo el tour, una pequeña parte de la pequeña parte que estaban allí aquel sábado. Los que estaban, como Jaume o Joan, no sólo eran de los más implicados en la lucha, sino que podían celebrar, entre la admiración y la sorpresa, el descubrimiento del valor patrimonial, que nunca habían imaginado. Y porqué, me preguntaba yo, el valor de la fábrica había de residir en su historia, su autoría, su pedigrí, y no en ése conjunto de rutinas que diariamente la poblaban. Donde se hablaba de una fachada de ventanales de arco de medio punto yo veía talleres, trabajo, máquinas, piezas. En la cerería se daba además la situación de que era un día de trabajo. Por lo tanto, la visita incluía una observación de los procesos manuales de trabajo, así como una explicación de cada uno de ellos por parte de Jaume y los trabajadores. Las cámaras de televisión, que nos habían acompañado en todo momento, se detuvieron a grabar cómo un trabajador llenaba los moldes de cera en un proceso más artesanal que mecánico. Nosotros las grabamos a ellas. Aún diseñada como una estrategia de valorización y defensa del trabajo que allí se desarrollaba, la visita a la cerería, de un modo mucho más claro que la visita a los espacios vacíos, era en cierta medida un proceso de apropiación del trabajo ajeno que me incomodaba. Juan me explicaba amablemente cómo le sacaba las costuras a las bolas que le llegaban, para luego darles dos baños de color a noventa grados y colgarlas en una estructura metálica circular giratoria y esperar a que se secaran, entre cuatro o cinco minutos, antes de pasarlas a la fase de caja, donde les cortaban el hilo y las empaquetaban. ¿Pero no era esta fascinación una forma perversa de placer obtenido a costa del trabajo de otros? ¿Qué pensar de todas estas carreras académicas, incluida la mía, que se nutrían del conflicto? No podía oponerme al orgullo con el que Jaume presentaba el trabajo de la empresa con un derivado del aceite de palma, en contraste con la parafina, como una resistencia artesanal en el mundo de la fabricación de velas. Ciento cincuenta años de historia, ochenta años en este emplazamiento. ¿Pero no se trataba acaso de un éxito empresarial construido a base del trabajo silencioso de varias generaciones de trabajadores que no habían pasado a la historia?

Sin tiempo para más nos dirigimos a la sala multiusos de Hangar, donde Josep Maria Montaner, Salvador Clarós, Joan Roca y Mercè Tatjer iban a presentar un estado de la cuestión del conflicto y las propuestas alternativas que se barajaban.

La fábrica del conflicto

La sala estaba llena, al menos setenta personas en el público. Patrick Feigenbaum con su Pentax, preparado. Nos sentamos en el lado izquierdo, cerca de la mesa de los conferenciantes. Las sillas estaban dispuestas en forma de semicírculo muy abierto. Aurelio grababa interrumpidamente desde mi lado. Guillermo se levantó y abordó el registro desde varias posiciones y con planos largos. Empezó Salvador Clarós. Existía el verdadero peligro de que desapareciera el patrimonio industrial del Poblenou, dijo. La protección iba siempre por detrás del planeamiento, ya que no se había estudiado el patrimonio antes de que se aprobara el Plan 22@. Había en esto una voluntad de dejar hacer a los agentes inmobiliarios. Can Ricart era un momento clave para parar ese modelo de desarrollo por el sector inmobiliario, para debatir cuáles eran los valores y qué es lo que tenía importancia para el plan de reindustrialización del Poblenou, cómo iba a la actividad @ a convivir con las otras capas, ciudadana, artística, cultural. Can Ricart era la última gran pieza, era hora de decir ahora o nunca: o se cambiaba la dinámica o la ciudad se urbanizaría por los motores inmobiliarios sin planificación ni participación. Clarós, en pie, micro en mano, continuaba su discurso. El ayuntamiento pensaba que la Plataforma había hecho de Can Ricart un elemento simbólico para juntar en un único punto todos aquellos elementos que permitirían poner en crisis la ciudad @. Esto era falso, dijo, nada más lejos de la realidad: justamente, las entidades del Poblenou no cuestionaban la economía @, ya que pensaban que debía ser el motor de la renovación, sino el equilibrio entre la implantación de estas actividades y todos los otros usos ciudadanos. Habíamos podido visitar la fábrica, ahora tendríamos con el debate la ocasión de conocer la propuesta del ayuntamiento y el propietario y la propuesta alternativa, concluyó.

Tomó entonces la palabra Montaner. Su objetivo era demostrar que otra solución de planeamiento era posible. Quería dejar claro que lo que presentaba no era un proyecto arquitectónico, sino la prueba de que era posible mantener el recinto íntegramente y cubrir la edificabilidad que el plan establecía desplazándola. Es decir, que el propietario podía mantener su margen de beneficio sin destruir la fábrica. La propuesta municipal preveía salvar solamente algunos elementos, pero una fábrica era un sistema, un conjunto complejo de calles, plazas, talleres; no se podía eliminar una parte sin perjudicar el conjunto. Defender Can Ricart implicaba necesariamente conservar una gran parte. Can Ricart era el último parque industrial del XIX que quedaba en el Poblenou y quizá en Barcelona. El conflicto era además muy sintomático, dijo, ponía en cuestión cómo se estaba llevando a cabo el 22@. Existía una tensión entre un concepto muy imaginativo, que articulaba una ciudad compleja, y las aspiraciones de los grandes operadores, que pedían grandes operaciones.

La primera ordenación para Can Ricart, de Manuel de Solà-Morales, el PERI aprobado en 2001, se había elaborado en un momento en que no se conocía su valor patrimonial. Era una propuesta horizontal de alta densidad. No se conservaba

nada del recinto, pero sí algo de su estructura y la trama, una cierta reminiscencia. Por el contrario, el proyecto que ahora tenía la propiedad, de Alonso y Balaguer, no mantenía nada: arquitectura genérica de ciudad global, un proyecto que podría estar en cualquier sitio. Esto no era casual, ya que necesitaba un espacio limpio, sin memoria, libre de suelo, de empresas, de trabajadores. Barcelona había apostado por la memoria del modernismo y había tendido a borrar la memoria del trabajo, del conflicto; se había dejado la crema, el *modernisme*, arrasando todo lo demás. La propuesta que él presentaba, que no era un proyecto sino una idea, un ejercicio para demostrar que los números salían planeando de otra manera, partía del cuestionamiento de la eliminación de la memoria. Había ejemplos en Madrid, en San José, en Sao Paulo, en la cuenca del Ruhr, que permitían trabajar con el pasado fabril de muchas maneras, sin eliminarlo. Mientras hablaba, Montaner proyectaba en la pared imágenes ilustrativas. El primer proyecto, el segundo, fábricas y complejos fabriles restaurados, su propuesta alternativa. Los *renders* presentaban la fábrica actual en gris y las construcciones futuras en naranja. De volúmenes y formas diversas, los bloques completaban la trama Cerdà en la calle Espronceda y se concentraban sobre todo en la esquina Marruecos-Bilbao. Su forma me recordaba a una herradura. El *eixample*, la trama industrial y el 22@ podían coexistir como palimpsestos. Una fábrica que se había mantenido en evolución durante 150 años podía conservarse y seguir cambiando.

Tomaron entonces la palabra Mercè Tatjer y Marta Urbiola, que explicaron a nivel más técnico el estudio patrimonial que habían llevado a cabo. A continuación, Clarós volvió a tomar la palabra para hablar del patrimonio como elemento de identidad. El plan de patrimonio para el Poblenou tenía que restaurar el eje de fábricas de Pere IV. Ayudado de un mapa proyectado, señaló cada una de las fábricas aún en pie. Joan Roca le relevó entonces, y planteó las posibles relaciones entre todas las actividades, las viejas y las que acababan de llegar. Si la edificación quedaba concentrada en el perímetro, Can Ricart podía conservarse no sólo como patrimonio, sino como espacio para nuevas actividades. Can Ricart podría experimentar una nueva etapa con aquellas empresas con capacidad para adaptarse. El patrimonio como activo de futuro, no como nostalgia ni como piedras. Esta fábrica racionalista había sobrevivido a muchos cambios, prueba de que era un buen edificio. Can Ricart tenía una gran capacidad de futuro; podía ser una nueva área de centralidad productiva. Como conjunto, no a trozos.

Se abrió entonces el turno de palabras a la fila cero. Can Ricart no tenía valor arquitectónico *per se*, lo que interesaba era su funcionalidad. Representaba una arquitectura funcional, un patrimonio autóctono, muy alejado del modelo inglés o francés, al que correspondían la mayoría de fábricas que se conservan en el Poblenou. El tono del discurso cambió radicalmente cuando, después de un par de intervenciones, tomó la palabra Belén. Dijo que no entendía por qué les echaban, si eran una empresa tradicional que se había adaptado a la nueva producción. Les

La fábrica del conflicto

expulsaban en beneficio de unas nuevas tecnologías que no estaban aquí todavía, o que no se adaptaban a las industrias. Joan subrayó que como afectado, era esencialmente un conflicto económico. Ya estaba bastante distraído cuando se abrió el turno de palabras al resto del público. Se comparó la situación con la del Born. Si esto fuera una vila romana se pararía todo, dijo alguien. El ayuntamiento sabía que se había equivocado, pero no daba el brazo a torcer y se resistía a modificar el proyecto. Si este conflicto no se resolvía por falta de voluntad, dijo Roca, no sólo tiraríamos por tierra Can Ricart, sino la trayectoria de una ciudad.

Fuera, la luz del mediodía deslumbraba. Me había quedado con ganas de preguntar la relación entre la defensa del patrimonio industrial y lo que cada día sucedía en la fábrica, que parecía ser ya parte del pasado. La discusión sobre el plano, el discurso de la gran oportunidad, parecía lejos de la cotidianeidad del recinto. Por alguna razón no me atreví. Quizá yo era demasiado tímido para romper el clima de consenso y celebración que parecía reinar en la sala. Lo cierto es que la ausencia de aquellos que trabajaban en Can Ricart, tanto físicamente como en el orden del discurso, apuntaba a una distancia.

La mayoría de los trabajadores que habían venido habían permanecido en todo momento alrededor del bar, así que esperaba que la hora de la comida (en el programa ponía “Dinar de Fàbrica”), como espacio no reglado, fuera más interesante. Esperaba también poder sentarme con Marc y así darle una oportunidad a la relación en otro espacio. Sin embargo, había un lleno casi total y nos tuvimos que sentar en el único sitio que encontramos disponible. Al empezar a hablar con la pareja con la que compartíamos mesa, descubrimos que vivían en el recinto, en la pequeña vivienda que había visto en la Calle, junto a la parte trasera del bar. Habían llegado allí hacía cuarenta años, en principio como una casa temporal, pero finalmente se habían quedado. Sus dos hijos habían nacido y crecido allí, aunque ahora vivían con sus familias en otros lugares. Como el resto de empresas y talleres, estaban afectados por el plan. Les habían ofrecido un piso en la Diagonal, por dos años, y luego otro definitivo, cuando estuviera acabado. No estaban satisfechos con este esquema temporal. Que parecerían gitanos, dijo él. Cuando, al preguntarme, les dije que era de Tenerife, él nos contó que había trabajado en las Islas Canarias instalando máquinas en las fábricas de Coca-Cola. Ella miró mi cámara en un par de ocasiones y se lamentó de no poder hacer más fotos, porque estaba reservando la última que le quedaba para esa tarde, para los nietos. Le pregunté si quería que les hiciese yo una, y contestó alegre que sí. Les hice dos fotos, de las que meses después les daría copias en 20x15. No mucho después él se manchó el pantalón con el flan y se fue a cambiar.

Las mesas estaban llenas. Una población variada, compuesta de vecinos, trabajadores, visitantes, ancianos, intelectuales, niños, periodistas. Fue el momento de máxima afluencia, varios cientos de personas. A pesar de las continuas amenazas de lluvia, el sol seguía acompañando. Me moví por varias mesas, hablando

con conocidos, hasta que me senté a charlar con Juan, de la cerería. Enseguida me explicó su perspectiva del conflicto. Entendía, me decía, la poca movilización de los obreros. Elogiaba sin dudarle a Jaume y su dedicación, pero para él la lucha por una indemnización justa no tenía sentido. Como trabajador, no disfrutaría de la victoria, ni padecería la derrota. Si se ganaba, la empresa saldría reforzada, si se perdía la empresa perdía. Pero era una lucha de los empresarios, no suya. La única lucha que tendría sentido para él era defender un modo de vida amenazado: él, que vivía en la Rambla del Prim y venía a trabajar cada día caminado; él, que tenía a sus padres a un par de manzanas de la fábrica y comía con ellos todos los días. Esa era la rutina que estaba a punto de perder. La lucha monetaria, ésta no le interesaba. Qué sentido tenía luchar por el beneficio de la empresa. Aún charlando del tema, nos dirigimos al espectáculo de “danza contemporánea a cargo de Christophe Haleb” junto a otras dos trabajadoras de la cerería. En realidad se trataba de una performance del grupo de tecnologías del género del MACBA. Me sorprendió ver, como performer, a Judit Vidiella, compañera del departamento. Enseguida cuajó una distancia abismal entre la propuesta y su recepción.

- Vaya rollo

- Vaya un rollazo

- ¿Qué se ha puesto éste? Hay por favor...

- Eso es del Hangar

- Del Hangar no

- Esos vienen de otro sitio

- Hay por favor, y descalza. Yo ya estoy un poco mayor para ver estas cosas y decir que me gustan.

- Algo querrá decir, nena

- Sii, claro. ¿Qué pone ahí en el suelo? “¿Dónde estás, Clos?” Como una protesta, simbolizará algo, a ver. No lo entendemos, pero algo simbolizará. Digo yo.

- Yo creo que todo lo que tienen por ahí lo han recogido de aquí. Me da que lo de “¿Dónde estás, Clos?” estaba por aquí, lo han reciclado.

- Lo han reciclado para su espectáculo... Pues han recogido un montón de basura. Porque eso es basura.

- Eso también lo hago yo ¿eh?

- ¡Por el amor del cielo! Mira ésa que lleva: unos zapatos inmensos...

- ...de hombre. Y el otro va descalzo. Y con el delantal ése que ha encontrado

- Yo soy un poco corta, la verdad es que soy corta. No entiendo nada.

- El significado es que se preparan para el Camino de Santiago andando.

La fábrica del conflicto

- ¿Sí?
- Claro
- ¿Y éste que hace, o ésta? Con el trozo de fieltro ahí...
- A ver, hay que valer para todo ¿eh?
- Tiene una silla a la espalda. Un chino, o una japonesa, ¿qué es?
- Menos mal que no me han cobrado nada por esto. Por favor...
- No por criticar ¿eh?, que conste que a mi no me gusta criticar
- ¿Cuándo abren el Hangar, que quiero verme en el audiovisual?
- A las 5. Mira, son menos 10.
- ¿Sales en una de las películas?
- Sí, salgo encabezando la manifestación del día 28 de abril.
- Es una terrorista, cuidado
- [risas]
- Como soy grande, se me ve que soy grande. Yo iba en la pancarta. Me coloqué ahí, no sé cómo me coloqué, y claro, salgo.
- Nosotros íbamos detrás
- ¿Entonces sales en la portada del periódico que está ahí, *La veu del carrer*?
- También, también
- Por supuesto.
- Ya te digo, ésta es una revolucionaria
- No soy revoltosa, lo que pasa es que llevo aquí pues 32 años y yo aquí me siento mejor que en casa. Entonces, pues hacer el tonto se me da bien. Soy muy payasa. A ver, Juan, hago yo mejor el teatro y hago más el tonto que tú. Yo soy bastante más payasa. Y mi teatro es mejor, más natural... porque esto es un montón de basura.
- Vosotros pensabais que la danza era en plan antiguo ¿no?
- Sí, claro [las dos a la vez] Yo pensaba que saldrían con un tutú, las zapatillas de punta, y haciendo punta-talón, punta-talón. Esto no lo llamaré danza, llámalo como quieras. A ver que la gente se tiene que ganar la vida como se la tenga que ganar, pero más vale que pongan un plato y pidan, porque...
- Yo no voy a decir nada, porque puede que me oiga alguien que no...

Judit se rió mucho cuando escuchó la grabación. Lejos de ofenderse por los comentarios, encajó con una sonrisa el desajuste con el público. Había pasado mucho tiempo, pero aún recordaba bien los debates que condujeron a la performance en Can Ricart. Beatriz Preciado, responsable del grupo de Tecnologías del Género del MACBA, lo había sugerido como forma de hacer público el trabajo del

taller con Christophe Haleb y apoyar la presencia de Ribalta en las puertas abiertas. No todo el grupo lo había considerado oportuno, y finalmente decidió ir sólo una parte. Judit recordaba que por alguna razón no podían aparecer como MACBA, aunque el museo les había dado dinero para chatarra, taxis y el salario de Haleb. Una de las fotos que Ribalta sacó de la performance, me hizo notar, salió luego publicada en la Agenda del MACBA. A la postre, estaba claro que la rúbrica de “danza contemporánea” no había sido la más apropiada.

Poco después de la performance me reuní de nuevo con Guillermo y Aurelio y entramos en Hangar. Las proyecciones apenas sostuvieron nuestra atención. Tan sólo vimos una pequeña pieza en torno al desalojo de Enriqueta, última vecina del Parc Central. Nos irritó la búsqueda persistente del material más dramático para ganarse al espectador. Había que tratar el drama con una distancia moral, discutimos. Qué perverso resultaba tratar de anular la distancia existente entre el realizador y el retratado, cuando además, en la mayoría de los casos, representaba una distancia de clase. Nosotros, que empezábamos a plantearnos la posibilidad de grabar un documental sobre el conflicto, sentíamos el deber de reivindicar esa distancia. Y qué decir de la música, empleada sistemáticamente para acrecentar el drama o para entretener. Era el código Hollywood aplicado al documental social, una falta de respeto hacia el público y hacia la persona que retrataba. Hay que volver a Bresson. Recuperar el espíritu reflexivo de *Crónica de un Verano*, situar el documental en la batalla de la representación. Como aquellos tipos que fueron a grabar una película a África y, al sobrarles dinero, hicieron un documental sobre la proyección, eso era más justo. Y esa cámara en mano intrusiva, que reclamaba para sí la realidad, que trataba de hacernos olvidar la mediación existente, el fuera de campo. Aún no lo sabíamos, pero en las conversaciones que habíamos mantenido durante el día y las reacciones al material que habíamos podido ver estaba el comienzo de nuestro propio trabajo documental, que no culminaría hasta más de dos años después.

Seguíamos hablando, sentados en una mesa, mientras escuchábamos de fondo a los niños que participaban en los talleres que les habían preparado. Al mismo tiempo, en Hangar, tenía lugar una mesa redonda titulada “A la fábrica: memoria, historia, literatura”. Decidimos dar una vuelta más y nos encontramos con Belén, que estaba a punto de enseñar su taller a algunos visitantes. Nos incorporamos a la visita. Había algo de fantasmal en aquel taller vacío, con las máquinas paradas y en absoluto silencio. Nos enseñó los tornos, las fresadoras y los controles numéricos. Me previno de tocar una llamativa ferricha, o viruta. Cuidado que corta. Me fijé en dos carteles de plástico verde, con letras negras, que estaban colgados sobre una puerta: “A medida que crece la calidad crece la productividad (Willian Croway)” y “Palabras clave: información, formación, confianza, responsabilidad, participación, calidad.”

Salimos del taller y nos dirigimos hacia la entrada, donde se procedió a la lectura del manifiesto Defensem Poblenou, Salvem Can Ricart, el mismo de la ma-

La fábrica del conflicto

nifestación del veintiocho de abril. Tras los aplausos, el presentador del circo-cabaret de La Makabra tomó la palabra e introdujo el espectáculo. Nos invitó a acompañarle al solar del Parc Central, hoy calle Marruecos, donde estaba el escenario y las sillas para el público. La popularidad de la forma contrastaba con la performance que habíamos visto horas antes. Un público más numeroso y atento, muchos niños en las primeras filas con las bocas abiertas mirando a los trapeceistas. Pero yo no lograba concentrarme en el espectáculo, me distraía mirando el entorno que servía de decorado. Pensaba en la violencia de las ruinas sobre las que estábamos, que hablaban de un pasado súbitamente borrado. La línea recta de la Diagonal se adivinaba, con los nuevos tranvías, la torre Agbar en un extremo y el Fòrum en el otro. Por todos lados, una selva de grúas que, aun paradas, anunciaban un futuro de altas torres no tan lejano. Anochecía, y si uno se fijaba podía ver algunas ratas grises entre los escombros que rodeaban al escenario.

Con la noche ya cerrada, abrió la barra que habían instalado en el tramo del Pasaje contiguo al parque. Preparaban el escenario para los conciertos de la noche. Habían ya montado la batería y los amplificadores cuando comenzó a chispear, lo que les obligó a taparlo todo con plásticos y esperar. Bebimos algunas cervezas y, cansados, decidimos marcharnos. La misma pancarta de la manifestación de abril, colgada de lado a lado del pasaje, atada a los postes de madera del teléfono, recordaba “Salvem Can Ricart, Defensem Poble Nou”.²

9.

Daniel Iracheta Biescas había fundado su empresa de mecanizados de precisión en la década de los cincuenta. Se instaló en la calle Mariano Aguiló y cuando el negocio creció se mudó a un taller más grande en Sant Joan de Malta. De allí tuvo que marcharse en 1974, el mismo año que nació su nieta Belén, por el plan de apertura de la Diagonal, que no obstante aún tardaría veinticinco años en acabarse. Se instaló entonces en una nave del Pasaje, en Can Ricart. El perro dejó de ladrar en cuanto le hice un poco de caso. 700 m², espacio suficiente para sus cuarenta máquinas y operarios, dijo Vicente. Daniel Iracheta había muerto en 1995 con setenta y un años y la empresa pasó a manos de su mujer, Emilia. La empresa cambió de nombre a Iracheta SL, dijo Vicente, y la gestión de la propiedad, que justamente en aquél momento pasó de la Marquesa, Mercedes Despujol, a su nieto Federico Ricart, no aceptó la continuidad del contrato indefinido que teníamos y nos obligó a firmar por cinco años. Ellos, por el contrario, sí habían respetado la antigüedad de los dieciséis trabajadores. En octubre de 2001, gracias a un comentario casual de un amigo propietario de un taller en la calle Marruecos, se enteraron de la existencia de un plan para la zona que parecía afectarles. En noviembre Vicente visitó la oficina del 22@ para informarse de su situación. Le preguntaron si era inquilino o propietario. Al responder que inquilino, le dijeron que no tenían nada que decirle, que el propietario de su local le avisaría en su momento. El 2 de septiembre de 2004 nos llegó un burofax avisando que teníamos hasta final de mes para dejar la nave limpia, continuó Vicente. En aquél entonces, el contrato a cinco años ya se había vencido y se renovaba mes a mes. La última factura nos la pasaron el 1 de septiembre, un día antes de la carta. Estaban en juicio, ya que si lograban demostrar que siempre había sido la misma empresa les correspondería una indemnización substancialmente mayor a la ofrecida, 8 millones de pesetas, cifra que les obligaba a cerrar. Vicente estimaba que necesitaban al menos 50 millones para poder mudarse con garantías mínimas.

Le pregunté a Vicente si estaba contento con la jornada del sábado pasado. Contento y cabreado, dijo. Contento por la cantidad de gente que había venido, todo un éxito, pero cabreado con algunos de sus compañeros, que habían protestado porque los invitados no habían recogido la basura. Encima que vienen a

La fábrica del conflicto

apoyarnos... es increíble. Él se había quedado hasta tarde el sábado recogiendo y el domingo en cama. Me enseñó la faja que llevaba y el Voltarén en el bolsillo de la camisa.

Bajamos al taller, que después de conocer otros parecía aún más limpio y ordenado. Las zonas de circulación, claramente delimitadas, hacían fácil recorrerlo sin molestar a los trabajadores, que ocupaban sus puestos. Eran ocho abajo y Belén arriba. Vicente me aclaró que él no trabajaba para la empresa, sino que echaba una mano con la contabilidad. De eso sabía, porque había trabajado toda su vida en un banco. Estaba jubilado, y desde que se había muerto su suegro había empezado a venir a ayudar. La relación con The Car Company había moldeado profundamente la empresa desde que Daniel Iracheta empezara a trabajar para ellos en los setenta. Desde la organización física del taller hasta la contabilidad estaban adaptadas a los requerimientos y protocolos del fabricante. En 1990 les habían concedido el premio de calidad Y9, que reconocía su excelencia como proveedores y que pronto sería un requerimiento para trabajar para The Car Company. Además de un estricto sistema de control de calidad de las piezas y su almacenamiento, el protocolo se extendía a la planificación y gestión de la empresa. Un sistema integral de calidad, desde que coges el teléfono hasta que sale la pieza, por así decir, dijo Belén, que había bajado al taller y se había incorporado a la conversación. Tienes un manual de calidad que te indica los procesos, cómo hacer los presupuestos, cómo hacer los pedidos, las expediciones, el embalaje, etc. El sistema permite demostrar que has hecho la pieza como se supone que la hagas, los planos, por ejemplo, se firman y se devuelven. Hay un registro, una evidencia de todo: las medidas que se tomaron de la muestra para el control de calidad, los datos que generó el programa estadístico en el que se introducen, el certificado del material del proveedor, el certificado del tratamiento, de la pintura, y así con todo. Y no sólo con respecto a la fabricación, añadió Vicente, también el almacenaje y el etiquetado. Cada pieza, en cada fase del proceso, tenía su lugar. Por ejemplo, dijo, fabricábamos un contrapeso que se colocaba en el palier más largo del coche para equilibrar el reparto de peso izquierdo-derecho. De esa pieza fabricábamos 200.000 al mes, o sea, para 100.000 coches, porque cada uno llevaba dos. El mismo modelo de contrapeso lo llevaban el Alegría, el Terra y el Norma. Estábamos obligados a tener 500.000 en proceso y un stock mínimo, para no dejar nunca la fábrica parada en caso de una huelga de transporte o de la fundición. Porque era una pieza de fundición, nosotros aquí lo único que hacíamos era la mecanización, los agujeros donde iban los tornillos. Teníamos ochenta contenedores con etiquetas verdes, naranjas o rojas, según en qué fase se encontraban, y este sistema permitía que cualquier inspector de The Car Company pudiera revisar la fabricación sin ni siquiera preguntarnos. Cada cosa tenía que estar en su sitio, incluso el camión de material cuando venía a descargar tenía que dejarlo todo en su sitio directamente. Una vez acabadas las piezas, las enviábamos a Alemania, desde donde se hacía la distribución para todas las fábricas.

cas del mundo, porque éramos los proveedores únicos de esa pieza. Podía ver los contenedores al fondo, ahora con otros usos. Estaban en una suerte de nave anexa, un espacio separado de la sala de producción. Pero hay más, dijo Vicente, que se entusiasmaba con la historia. Las máquinas transfer que fabricaban los contrapesos las diseñó mi suegro, que además construyó las primeras. The Car Company te obligaba a rebajar el precio un 5% cada año, dijo Vicente, y a él se le había ocurrido este diseño para abaratar costes. El operario no tenía más que colocar la pieza, que era la que se movía para recibir los diferentes mecanizados, y quitarla. Y poner otra y volver a quitarla. Y así sucesivamente. Ya nadie haría una cosa así, añadió. La máquina era perfecta, fácil de usar, pero sólo podía hacer una pieza. Ahora te compras un control numérico y tienes una máquina más versátil y rápida³. Me enseñó el que ellos tenían, un Mori Seiki, japonés, como un Mercedes en maquinaria, aclaró. La habían comprado, en su día, cuando se habían jubilado tres trabajadores. Las empresas pequeñas como nosotros no podemos renovar la maquinaria así como así, es una inversión. Este nos costó más de veinte kilos. La máquina estaba en funcionamiento. Un operario vigilaba el proceso y medía algunas de las piezas resultantes. Antes apenas trabajaba una hora o dos al día, hasta que Belén aprendió a programarla, me dijo. Hasta entonces sólo utilizaban el programa con el que había venido de fábrica. Yo estudié económicas y me metí en el taller para llevar lo de arriba, dijo Belén. No tenía ni idea, pero fui bajando poco a poco y creo que lo básico fue que me gustaban los planos, siempre se me había dado bien el dibujo técnico y los entendía, no me costaba verlos. Así que cuando el encargado se puso enfermo, alguien tenía que aprender y fui yo, a base de ensayo y error, porque una cosa es diseñar la pieza y otra preparar la máquina físicamente, las herramientas, la mejor secuencia para el material... Compramos el MasterCAD, continuó Vicente, que funciona en un ordenador arriba y manda las órdenes por cable al control numérico. Los torneros no habían aprendido a programar la máquina, así que seguían las instrucciones que Belén les dejaba escritas e ilustradas. También corregían las variaciones producidas por el desgaste de las herramientas, las pastillas, y cargaban la máquina.

El control numérico se asemejaba a una gran caja blanca. Una puerta, con ventana, daba acceso al interior, a las herramientas, pero permanecía cerrada durante la fabricación. A la derecha de la puerta, una pantalla monocromo informaba de las instrucciones y del proceso, y un teclado permitía acceder a los diferentes menús y hacer variaciones. Aparecían números, medidas, XYZ, la pantalla cambiaba según la fase del proceso en que se encontrara. A diferencia de los tornos convencionales, el control numérico era manejado a través de una *interface*. No se operaba directamente, sino se programaba mediante un sistema de coordenadas. El proceso de trabajo era apenas visible, pues quedaba oculto bajo la carrocería. El operario permanecía siempre cerca, abría la puerta en ocasiones, miraba la pantalla y recogía las piezas ya fabricadas para medirlas con el pie de rey. Parecía que su tra-

La fábrica del conflicto

bajo era ante todo vigilar la máquina, comprobar que lo hacía todo bien, corregir las variaciones.

Apenas unos metros más allá, el trabajo con los tornos convencionales parecía responder a una lógica distinta. Las máquinas, al descubierto, eran manipuladas directamente por el operario. Él colocaba la pieza, un cilindro metálico, en el eje del torno que la haría girar. En una base cuadrada había colocado dos herramientas, que habían de limar y cortar el cilindro, respectivamente. Cuando la primera herramienta, accionada por él mediante dos palancas, una en cada mano, había acabado su labor, el operario giraba la base cuadrada, el soporte de las herramientas, para colocar la segunda en posición. Luego repetía el proceso, aunque con un movimiento ligeramente distinto, ya que no se trataba ya de retirar material, sino de pulirlo. Fabricaba la pieza *con* la máquina. Las herramientas prolongaban el movimiento de sus manos, lo convertían en una acción de corte, de limado. Con tapones, gafas protectoras y gorra, evitaba las chispas y el peligro de que saltara alguna ferricha. Además, se aislaba un poco del ruido que hacían ésta y las otras máquinas.

La precisión de un torno manual depende del operario, del día, dijo Belén, que iba y venía, trabajando en la oficina, bajando al taller y hablando con nosotros, todo al mismo tiempo. Puede ser igual que la de un control numérico, pero es más variable. Los controles, además, trabajan a más revoluciones, así que el acabado de las piezas suele ser mejor, más pulido. Los tornos convencionales giran a 1.500 rpm, un control numérico puede llegar a 10.000 rpm. Y cuanto más despacio, más imperfecciones quedan, porque es como si la herramienta tratara de arrancar el hierro. Luego tienes que pasarte un rato puliendo con tela para que quede brillante. Un control lo puedes programar para un avance muy lento de la herramienta y muchas revoluciones, y así queda casi perfecto de entrada. Pero se tarda bastante en programarlos, así que muchas veces es más rentable hacer una pieza, sobre todo en serie corta, con los tornos convencionales.

Ya fuera del taller, en el Pasaje, continuó la conversación con Vicente. Antes de salir me había enseñado un pequeño tapón negro, la última pieza que hacían para The Car Company. Cubría, por fuera, el tornillo de cuatro puntas de la bisagra de la ventana trasera del modelo Qiu. El cristal no se subía y se bajaba como los de delante, sino se abría un poco hacia fuera, mediante una palanca interior. Ya el primer Alegría llevaba esa pieza, hacía unos veinticinco años que la fabricaban en exclusiva para todo el mundo. Quise saber más, y Vicente me explicó el proceso. Es muy complicado, dijo sonriendo. El material, una chapa de 0.50 mm de grosor, se la compraban a Fundición del Norte. Siguiendo las especificaciones de los ingenieros de The Car Company, no era una chapa estándar. Tenía una medida, aleación y dureza especial. Los que diseñan los coches, dijo, no piensan en lo que se ahorrarían si siguieran un estándar. Fundición del Norte es una gran empresa, el pedido mínimo que nos sirve son 20.000 kg. Esa chapa, en rollos de 2.000 metros,

se manda a mecanizar. Una prensa, una matriz progresiva, corta la lámina en forma redonda y deja dos puntitas para poder seguir trabajándola; entonces la chafa, la redondea; luego estríñe la parte de abajo, la estrecha; y finalmente le corta las dos puntas que aguantaban la pieza. Todo esto seguido, ¿me entiendes?, pam-pam-pam. Mi suegro llegó a tener una prensa de esas, pero es como todo, hay que ser un experto para que te salga bien. Mi suegro era mecánico, las matrices progresivas las tiene que conocer un profesional. Pero si no tenía la prensa no le daban la pieza, así que él, que era muy echado palante, se la compró. Luego, al ver que no le salía bien, se la dio a hacer a otros del recinto. Pero a ninguno le salía, porque era de mucha precisión. Y al final se la dimos a un tal Fernández, también del Pueblo Nuevo, que tiene dos prensas más finas y las hace bien.

Pero es que te digo una cosa, resulta que la pieza se parece poco al dibujo original de The Car Company. El tapón sigue siendo un tapón, pero en los ángulos, los radios y todas esas cosas no se parece en nada. Porque lo que dibujaron no se podía fabricar en la prensa. Vicente reía. Claro, los ingenieros dibujan cosas y luego son imposibles de fabricar, sobre todo al precio que ellos quieren. El tapón tenía que ser más curvo, pero con esas medidas no había forma de engancharlo luego en el tornillo de la ventana. La máquina lo cerraba demasiado y no se clavaba. Se podía hacer, pero entonces la matriz, en lugar de cuatro golpes, igual necesitaba dieciséis, o llevar un punzón por dentro que entrara en el momento del cierre, y esto significaría encarecer la pieza bastante más. Así que tuvimos que modificar el ángulo, hacerlo un poco más vivo, porque al hacer un canto vivo se genera resistencia. Los ingenieros de The Car Company nunca quisieron admitirlo, porque son así, pero bueno, es la única forma de que se pueda montar. Una vez hubo un cambio en la fábrica, la persona que se encargaba de eso estaba de baja, y nos mandaron a hacerlas “bien”. Cuando el que estaba de baja volvió nos dijo “¿Pero qué habéis hecho, coño? Ya verás que nos devolverán las piezas”. Y efectivamente nos las devolvieron. Había que hacerla “mal”. Luego nos enseñó toda la historia del papeleo y dijo OK de The Car Company no hay ninguno, pero todo el mundo cierra los ojos porque saben que es la única forma de que pueda salir a este precio.

Una vez mecanizada, llevamos la pieza a tratamiento, continuó. Tratamiento térmico para ponerle unos kilos de resistencia. Hay que templar la pieza, porque al templarla digamos que hace de muelle, así cuando le das el martillazo para colocarla en el tornillo se abre y automáticamente se cierra una vez dentro. Una vez templada se lleva a decapar, para quitarle la cascarilla del tratamiento, porque si no no coge bien la pintura, que se hace en Alicante por cataforesis. Primero hay que darle a las piezas unos baños desengrasantes, para quitarles toda la grasa de los procesos anteriores en los talleres y que estén perfectamente limpias. Luego se colocan en unos bastidores que se sumergen en el baño de cataforesis, que va por corriente y agarra la cantidad justa para cada pieza, micras. Esto lo hacen chicas, dijo Vicente, porque tienen los dedos más delgaditos y son más rápidas a la hora de poner las

La fábrica del conflicto

piezas en el bastidor. Una vez pintada, la pieza vuelve aquí y se lleva a una fábrica que le da el tratamiento de poliéster. Esto encarece mucho, porque hay que volver a coger la pieza, volver a ponerla en otro bastidor y pintarla a pistola. También con la cantidad exacta. Entre la cataforesis y el poliéster tiene que llevar entre 70 y 100 micras. No puede llevar más, porque si no a la hora de montarlo no entra. Hubo una jefa de compras que dijo sólo cataforesis, para ahorrar costes. Porque el poliéster no se nota, y además todas las piezas metálicas negras del interior del coche van con cataforesis solamente y quedan bien pintaditas. Pero en el exterior el sol se la come y se oxidan. Así que volvimos a hacerlas con poliéster. De hecho, al principio del todo, en los primeros Alegría, se hacía en cromado negro, pero era demasiado caro, cuarenta y pico pesetas la pieza. Entonces fue cuando dijeron lo de cataforesis más poliéster. El valor nuestro es mínimo, dijo, 1,20 pesetas, el material aproximadamente lo mismo, la cataforesis 6 ó 7 pesetas más el transporte a Alicante, el poliéster 12... Vicente reía de nuevo. Sí sí, una pieza muy laboriosa, totalmente irracional. Otros fabricantes, como Peugeot, lo hacen de una forma mucho más sencilla, con una única pieza de plástico, con el tapón ya incluido en la bisagra y con un tornillo de estrella por dentro para apretarlo. Pero ¿sabes lo que pasa? Que en estas empresas grandes no hay quien cambie las cosas tan fácilmente. Nadie se atreve. Es más, nosotros antes le vendíamos las piezas directamente a The Car Company, porque éramos proveedores Y9. Pero llegó un momento que si un coche tenía 50.000 piezas ellos tenían 20.000 proveedores. Y gestionar 20.000 proveedores era una locura. Con jefes de compras y departamentos de compras en todos lados. Entonces llegó un momento que dijeron ya no compramos piezas, compramos conjuntos enteros. Y así de cada veinte proveedores se quedaron con uno. Y además eran ellos los que tenían que exigir la calidad Y9 o la ISO 9000 a los talleres que subcontrataran. Creo que esto lo inventó el Superlópez ése, el que se fue de General Motors a Volkswagen, dijo. Así que nosotros pasamos de venderle el tapón directamente a The Car Company a vendérselo a la Cristalería Península, que son los que montan las ventanas enteras. Y The Car Company les obligaba a ellos a comprarnos el tapón a nosotros, que éramos Y9. La Cristalería Península se la quedó luego una multinacional francesa, Saint-Germain, y me acuerdo que al principio, cuando cambiaron los del departamento de calidad, nos habían puesto pegas con las primeras piezas, por aquello de que no se ajustaba al diseño original. Les tuvimos que explicar que así era, y que no lo íbamos a cambiar. De hecho ellos no querían esta pieza, porque el tapón va sobre un tornillo metálico especial, con el diámetro exacto del agujero del cristal. Y claro, al ser metálico a veces se rompe el cristal al meterlo. Ellos precisamente querían que fuera todo de plástico, como el de Peugeot, porque si tú obligas a un tornillo de plástico a meterlo en un cristal, lo que haces es rebañar el plástico, no cargarte el cristal. Incluso queda el cierre más hermético todavía. Pero The Car Company no ha querido cambiarlo, quizá porque el Qiu es un modelo que se supone que se discontinuará pronto. De hecho, cuan-

do aún compraban a todos los proveedores, el tapón se montaba lo último en la fábrica. Y lo ponían con un martillo y lo chafaban. Y entonces mi suegro les tuvo que hacer unos martillos especiales de nylon, con un pomo con el mismo diámetro que tenía el tapón, para que no lo deformaran, y además con un imán dentro para poderlo coger más fácilmente.

Era la hora de comer y los trabajadores salían de la fábrica. La mayoría, para irse a su casa durante la pausa de dos horas. Sólo uno de ellos comía habitualmente en el Bar Paco's. Poco después salió Belén, que se incorporó de nuevo a la conversación. Ya poca gente quiere trabajar para el automóvil, dijo. Es muy competitivo, demasiado. Todo sube, los gastos, los costes, y ellos cada año te obligan a bajar el precio. The Car Company cada año te baja un 5%, y que te espabiles tú a producir más barato, invierte en lo que te haga falta, que ya conoces la pieza. Cada año tienes que buscarte la vida para bajar el precio. Nosotros hacíamos quince piezas para ellos y las hemos dejado de hacer por eso. Van pasando los años y te quedas sin margen. ¿Sabes lo que ocurre?, continuó Vicente, que tienes que hacer un montón de piezas para compensar. Porque empiezas con un precio que te sale a cuenta, pero vas rebajando el precio y al cabo de tres o cuatro años estás a la par. Y al cabo de tres años más estás perdiendo dinero. Pero si haces más piezas, al final facturas 500 millones y ganas 50, un 10%, o un 5%, pues ya está bien. Sé que en alguna pierdo dinero, en otra no gano nada y otras pierdo. Pero al final en el conjunto sigo ganando. Claro, esto es un sistema de comprar barato. Porque ellos saben que del 25% ó 30% de las piezas están pagando lo que tienen que pagar. Del otro 30% el proveedor está cambiando el dinero. Y del otro por ciento el proveedor está perdiendo dinero. Pero ellos han conseguido rebajar el precio total de las piezas a lo mejor un 20%. Si fabricas pocas piezas no puedes. Es el caso de mi suegro, que les dijo que no les hacía más los ejes, porque ya perdía dinero. Sé que hubo presiones de Alemania, después de eso, para que no hiciera más piezas de ninguna clase. Pero claro, la pieza del tapón es digamos que un diseño nuestro. Quiero decir que nosotros somos los que tenemos los planos originales, no de la pieza, que el de la pieza al fin y al cabo la diseñaron ellos, sino de la matriz que hace esa pieza, que la podrían hacer, pero les costaría una barbaridad. Y como el Qiu está digamos en extinción, no les sale a cuenta.

Quise volver a mirar aquél tapón negro, de apenas unos centímetros de diámetro y unos pocos gramos de peso, que parecía contener en sí mismo la historia reciente de la industria del automóvil.⁴

10.

Fuera de la fábrica, las discusiones continuaban. La cuarta sesión del ciclo *La metròpoli i el patrimoni industrial* tuvo lugar el 15 de junio en el Col·legi d'Enginyers Industrials de Catalunya con el título “Can Ricart: patrimoni industrial i innovació tècnica. Josep Oriol Bernadet i el món fabril”. La mesa de ponentes reunió a importantes representantes del campo patrimonial: Francesc Cabana (profesor de historia económica, UIC), Antoni Roca (presidente de la Societat Catalana d'Història de la Ciència i de la Tècnica, Institut d'Estudis Catalans), Eusebi Casanellas (director del Museu de la Ciència i de la Tècnica de Catalunya), Assumpció Feliu (vicepresidenta de l'Associació del MNACTEC y de la Associació d'Arqueologia Industrial de Catalunya) y Mercè Tatjer.

Por otro lado, el 18 de junio *El País* publicó un artículo de Oriol Clos (director de Planes y Proyectos Urbanos del AjB) titulado “Complejidad y 22@”, en el que defendía la gestión municipal del 22@ y del PERI Parc Central y acusaba a los defensores de Can Ricart de “simplificar la complejidad”: “Confrontar el plan aprobado en el sector central del Poblenou con la desaparición de Can Ricart cae de lleno en esta visión reduccionista. Se decanta el objetivo de transformación del Poblenou industrial hacia la permanencia de lo existente, edificios y actividades, negando la sustitución como uno de los principales paradigmas de la evolución de las ciudades. Desde este enfoque sólo se admite la inserción de nuevas realidades en espacios y situaciones manifiestamente degradados, pero el eje principal del futuro sigue siendo la situación actual. [...] Éste es el gran error del urbanismo analítico-deductivo, seudocientífico, que tan incapaz ha sido de entender los retos urbanos de nuestras ciudades. En el caso que nos ocupa se plantea el mantenimiento del patrimonio construido como un dato de partida indiscutible. Esta simplificación puede ser admisible cuando la singularidad del monumento, estudiado y catalogado, se impone sobre otros valores urbanos. Pero éste no es el caso de Can Ricart. Se presenta como un descubrimiento, casi una aparición, algo que hace muchos años que sabemos que está ahí y que en ninguna de las muchas publicaciones que existen sobre patrimonio industrial ha merecido la más mínima atención. ¡Nada que ver con los recintos de Can Batlló!”

Según Clos, el Plan 22@ había servido además para frenar la especulación en el Poblenou limitando la promoción de vivienda, así como para integrar nume-

rosos edificios industriales adaptados a nuevos usos. La ordenación vigente en el sector del Parc Central era precisamente una muestra de habilidad en el manejo de la heterogeneidad y singularidad de cada uno de elementos existentes, en la que “Can Ricart [...] se resuelve como un recinto permeable a los tejidos circundantes que mantiene la escala de la antigua estructura protoindustrial, organizando la edificación, existente y nueva, alrededor de un gran espacio central y a lo largo del actual pasaje. El resultado es un lugar singular, único e irrepetible en el Poblenou, que formaliza la fachada de poca altura del nuevo Parc Central.”

El ataque a los argumentos de la Plataforma Salvem Can Ricart se producía a varios niveles: por un lado se discutía el valor patrimonial del conjunto (aunque sin entrar en la discusión sobre el mismo, sino alegando la escasa atención que había recibido en las publicaciones especializadas). Por otro lado, se asociaba la idea de conservación con la de simplicidad y, por tanto, con la incapacidad de gestionar apropiadamente la dinámica compleja del crecimiento urbano. Por último, el texto defendía la calidad urbanística del plan aprobado como justa integración de lo nuevo y lo viejo. No deja de ser interesante que Clos recurriera a una sección de opinión para defender el plan vigente. Y más aún si tenemos en cuenta que Josep Maria Montaner escribía frecuentemente en la misma. La respuesta de este último, escrita junto a Zaida Muxí, no tardó de hecho en llegar (*El País*, 23/06/05):

“El crecimiento de la ciudad es un proceso dialéctico entre la permanencia, la transformación y la sustitución, en el que en bastantes ocasiones es fácil llegar a consensos sobre lo que se mantiene, lo que se transforma y lo que se sustituye. En otras es más conflictivo y es cuando la fuerza de unas clases y poderes sociales deciden borrar la memoria de los otros, como por ejemplo la apología que la burguesía ha hecho del modernismo al mismo tiempo que ha triturado paulatinamente el patrimonio industrial de Barcelona, destruyendo la memoria de las fábricas y de la clase trabajadora, sin la cual la memoria oficial no existiría: una sin la otra es un simulacro. En el caso de Can Ricart, los defensores de la conservación de una buena parte del sistema fabril no somos incapaces de entender los retos urbanos de nuestras ciudades: no olvidamos ni el contexto de todo el Poblenou -de sus piedras, de su gente, de sus trabajadores y de su historia-, ni la necesidad de una nueva política industrial en Cataluña, y conocemos muchos ejemplos en los que un sistema industrial urbano ha sido convertido en área de nueva centralidad. [...]

El sí a intervenir en Can Ricart teniendo en cuenta su valor patrimonial tiene estrecha relación con el sí al Distrito 22@, un plan admirable y vanguardista, y con el deseo de que éste se desarrolle tal como se planeó, siendo una capa más en el palimpsesto de la ciudad: sumar y no restar a la complejidad, mantener la capacidad productiva de este territorio, pero no a base de arrasar con sus lugares de trabajo y sus redes de vida cotidiana. Peligra el plan 22@ si no le corresponde una nueva capacidad municipal de interacción, negociación e información; si cada vez está más dirigido por los intereses inmobiliarios y favorece a los operadores más

La fábrica del conflicto

potentes; si sirve para resituarse empresas que estaban en otras zonas de Barcelona y para ir expulsando a los vecinos, empresarios y trabajadores del Poblenou. [...] Porque si fuera cierto que se minimizan las tensiones especulativas, no sería tan difícil que habitantes y trabajadores pudieran resolver su trabajo y su vivienda en entornos cercanos, tal como exige la tendencia a una ciudad sostenible.”

11.

La idea de abordar visualmente aquél conjunto de rutinas y de relaciones que conformaban Can Ricart cobró fuerza el día que Guillermo me dijo que tenía un contacto en una productora que podía estar interesada. Hasta entonces se trataba de una posibilidad incierta, cuya relación con el trabajo de campo me preocupaba. Sentía que debía diferenciarme de la legión de fotógrafos y reporteros que iban y venían, que extraían sus imágenes y desaparecían. La distancia que genera la cámara, pensaba, podría perjudicar la construcción de relaciones en las que se fundamenta la etnografía. La cámara podría, además, impedirme ver cosas. Al mismo tiempo, mi docencia en cultura visual me incitaba a convertir en propositiva toda la crítica que articulábamos en clase en torno a los modos dominantes de representación. Sería necesario, pensaba, que el trabajo con imágenes pudiera prolongar la crítica en palabras al espectáculo, al voyeurismo, a la identificación. A menudo, en la fábrica, me imaginaba el tipo de estrategias visuales que pondría en práctica en una hipotética grabación. Al observar el trabajo de Marc y Quintana con la prensa había pensado en un largo plano secuencia, general, con gran angular y mucha profundidad de campo, desde la entrada, frontal, a altura humana. A la izquierda estaría el Abuelo, trabajando en la fresadora. Al fondo, padre e hijo deslizarían y cortarían las planchas. Cada corte de la cuchilla, que hacía temblar el suelo, sacudiría la quietud tecnológica de la cámara sobre el trípode. La situación de la cámara, en el umbral, y su distancia con respecto a lo retratado, sería el reflejo de la distancia entre aquellos a los que vemos/grabamos y aquellos que ven/graban. Periódicamente, la grúa que traía las piezas hacia la entrada debía de dificultarnos en gran medida la visión, interrumpiendo así la expectativa de un acceso transparente. Las miradas a cámara, probables, servirían asimismo para destacar el proceso de grabación, la mediación tecnológica, el peso del aparato cinematográfico. Mostrar el trabajo, los procesos, las mediaciones, la toma de decisiones, todos estos elementos parecían importantes para contribuir a la lucha contra la representación hegemónica. Frente a la entrevista como técnica intersubjetiva, fruto de un interés por el sujeto, se trataría de llevar al límite una observación fría, interobjetiva, derivada de un interés por las situaciones y su organización. El plano fijo, que no persigue la acción sino que deja que ocurra, que no reencuadra, que deja que los hechos se le escapen, nos obligaría a tomar conciencia del peso fuera de campo, la labor del encuadre. A la sombra de los árboles en la Calle

La fábrica del conflicto

observaba atentamente los frecuentes viajes que un toro hacía entre el taller de Marc y Joan. Las conexiones, las relaciones, tenían una evidencia material, se construían en la fraternidad del bar, a través de las piezas que iban de un taller a otro.

Le pregunté a Jaume qué le parecía la idea de grabar un documental sobre Can Ricart, pero no tanto para explicar el conflicto como para reflejar la vida cotidiana del recinto y el impacto de los traslados. Algo basado sobre todo en la observación de las dinámicas del día a día, le dije. Me parece muy bien, respondió. Simplemente con grabar el taller funcionando y luego el taller vacío ya se produciría un discurso brutal. Se preguntaba el porqué de la dependencia de la imagen. Lo que más le había calado del estudio patrimonial del GPI era las simulaciones de Can Ricart conservado con los nuevos edificios alrededor. Me sugirió que fuera a ver a Antonio, un andaluz muy salado, dijo, porque en términos de grabar los traslados el suyo iba a ser espectacular. Era una empresa de actividad frenética, añadió, trabajaban día, noche y sábados. Era una nave grande, con muchas máquinas, y se lo llevaría todo en el traslado.

El taller estaba situado en el Callejón de la chimenea. Ocupaba una gran nave de unos diez metros de profundidad y veinticinco de ancho. Por fuera era blanca, con cuatro ventanales de arco de medio punto a cada lado de la puerta de entrada, de chapa gris. El techo, a dos aguas, era muy alto, unos cuatro metros en el punto más bajo. Desde la puerta apenas podía distinguir la organización del taller. Estaba oscuro en relación al exterior, las paredes prácticamente negras, hileras de máquinas de un tipo que no conocía, un fuerte olor a aceite, un ruido intenso que impedía distinguir los sonidos y diez o doce trabajadores a la vista, todos vestidos de azul oscuro, algunos con camisetas de la empresa, Técnica y Transformados Metalúrgicos SL. Busqué con la mirada a Antonio, pero apenas atraje la atención de un par de trabajadores, que siguieron con sus tareas. Me fijé en uno de ellos, mayor, que hablaba con alguien vestido de calle en torno a la máquina de café. Les hice señas y me indicaron que entrara. Pregunté por Antonio, el mayor dijo que era él. Le dije que conocía a Jaume, Vicente, Marc y que hacía un trabajo sobre Can Ricart. Esperé a que terminaran de hablar y alcancé a escuchar que Antonio le decía al que se iba que un chaval como él no podía estar parado. Enseguida me explicó que era un trabajador nuevo, que empezaba mañana. Conocía a su padre, que había muerto, y sabía que había tenido que cerrar su taller. Me interesé entonces por su situación, que me explicó primero con desconfianza, luego amablemente. Sin el dinero de la indemnización no podían pagar el traslado. Se lo llevarían prácticamente todo. Ya tenían un nuevo local en Montornès del Vallès, cerca de Montmeló, pero aún no sabían cuándo se mudarían. El abogado decía que las negociaciones estaban avanzando, pero no había fechas. Estoy harto ya, tengo ganas de irme, dijo. Me han arruinado tres veces y esta será la cuarta. Si no fuera por mi hija y mi hijo, que trabajan aquí, cerraría y andando. Me enseñó entonces el taller, las máquinas, las piezas. Trabajaban sobre todo con tornos, hacían series largas, decoletaje. Unos

veinte tornos, alineados en diagonal, ocupaban la pared más larga. Los tornos en sí no debían medir más de un metro de largo, pero los sistemas de carga alojaban barras de metal de varios metros, formándose así un estrecho pasillo entre cada dos máquinas, pues estaban colocadas por parejas. Al contrario que las otras máquinas que había visto, éstas estaban refrigeradas y lubricadas por aceite. Chorros de aceite que, en circuito cerrado, bañaban las partes en contacto permanentemente. Esto le daba al taller un olor muy penetrante y hacía que el suelo estuviera especialmente sucio y resbaladizo. Antonio me enseñó algunas de las piezas que fabricaban, tuercas, arandelas, casquillos. Se quejaba de la competencia de los chinos en el sector. Si no ponen aranceles o algo así esto acabará mal, venden a mitad de precio, dijo. A la izquierda de la entrada, en la misma esquina que la máquina de café, estaban los vestuarios y los servicios. Encima, las oficinas, a las que se accedía por una escalera verde metálica. Allí trabajaban su hija y su nuera. En el otro extremo de la nave estaba la zona de acabados, donde se terminaban y se limpiaban las piezas. Me enseñó también los dos tornos de control numérico que tenían. Le comenté que además de mi trabajo escrito quizá grabara un documental, lo que no pareció inmutarle. Aquí puedes grabar lo que quieras, me dijo. Charlamos apenas unos minutos más y quedé en que me pasaría otro día para seguir hablando.

Al salir me encontré con Vicente, que llevaba una cámara para hacerle fotos a las máquinas y poder argumentar el coste del traslado en el juicio. Le comenté que barajaba la posibilidad de hacer un documental y mostró su apoyo sin más. Después de un rato en el bar me dirigí a la Calle, donde me encontré con Joan, que se iba en coche pero paró al verme. Me preguntó cómo iba la investigación. Le dije que bien, y que estaba planteándome hacer un documental. Me dijo que era una buena idea, pero que la lucha estaba perdida. Yo traté de argumentar el papel que podía jugar un documental en términos de darle visibilidad al conflicto. Asintió sin gran convencimiento. En todo caso, le gustó la idea de las conexiones, y me dijo que no había problema en que grabara en su taller. Estaban también Marc y el Abuelo por allí, a los que abordé con la misma cuestión. A Marc pareció gustarle la idea y me dijo que por supuesto no había ningún problema en que grabara su taller. Le comenté que no sabía si sería en plan amateur o con más medios, que había una productora que se había interesado. Malo si os metéis en temas de dinero, respondió.

Era la hora de la comida y me situé en la entrada del recinto, por fuera. Llevaba mi cámara y quería fotografiar la salida de los obreros de la fábrica. Dos pequeños grupos, uno de Iracheta y otro de la cerería, se acercaban a la puerta. Caminaban rápido, no se detuvieron, aunque nos saludamos. A ver si nos hacen menos fotos y nos dan más indemnizaciones, dijo uno. Me voy a comer, dijo otro. Yo sonreía, al tiempo que constataba que no era una salida en grupo, sino por cuentagotas. Cada uno por su cuenta, en su dirección. Desde el solar del futuro Parc Central busqué lugares en los que fotografiar la fábrica. Encontré el rastro del trazado de la calle Puigmal y desde allí, desde un pasado a punto de ser borrado, desde lejos, disparé.

12.

El martes 28 de junio de 2005 se percibía un ambiente raro ya desde los alrededores de la fábrica. Eran algo más de las diez de la mañana. Había varios grupos de gente hablando por fuera y más vehículos de los habituales. Dentro, en la Plaza, varios camiones aparcados y más grupos de gente. Conduje rápidamente, aparqué la bici donde siempre y me dirigí hacia la Calle. Había obreros de varios talleres, miradas serias. Tres empleados del juzgado, acompañados de varios operarios, habían tratado de ejecutar una orden judicial de desahucio para dos empresas, Ricson y Garrallit. Se habían dirigido al primer taller y habían tratado de sacar las máquinas, pero la dueña se había rociado con alcohol y había amenazado con quemarse. Los empleados del juzgado, un hombre y dos mujeres, todos jóvenes y vestidos de traje, se dirigieron entonces al segundo taller. Los operarios entraron y empezaron a llevarse materiales, hasta que los obreros se lo impidieron. Fuera, en la calle Espronceda, o quizá Perú, tres furgonetas de antidisturbios esperaban órdenes. Y encima mandan a los gitanos a llevarse las máquinas, dijo alguien. Hazles una foto, por si acaso. Yo había llevado la cámara por casualidad, y la acababa de sacar.

Habían activado el plan de emergencia: habían sonado las campanas de la Iglesia del Sagrat Cor, se enviaron los sms, la gente debía empezar a llegar pronto. Obreros y empresarios debatían si encerrarse en los talleres para impedir los desahucios y qué hacer si entraban los antidisturbios. Allí, en la Calle, se tomaban las decisiones. Se optó por no encerrarse, sino montar una barricada. Dos obreros, hábiles con los toros, colocaron las piezas. La primera era una gran estructura de metal que estaba allí apartada, en un costado, la misma que ya habían utilizado para el mismo propósito anteriormente. De hierro oxidado, tenía de ocho a diez metros de ancho y casi cuatro de alto. Estaba hecha de barras soldadas, y nunca supe había sido específicamente construida para la defensa del recinto. A unos quince metros más hacia la entrada, colocaron otras grandes piezas de metal, también parte de los residuos que había por allí. Delante aparcaron dos furgonetas blancas de transporte y los dos toros. Conocían bien la técnica. Tres planchas de madera, que habían sido utilizadas previamente, se colocaron a la vista de todos: “Antes morir de pie,

que vivir de rodillas”; “¿Donde estás, Clos?”; “Si entráis habrá guerra”. La instalación ocupaba todo el ancho de la Calle e impedía totalmente el acceso a Garrallit. Esa tensión seca, preludio habitual de la violencia, comenzó entonces a diluirse. Quedaba la indignación. La tarde anterior se había avanzado bastante en el proceso de negociación, y ahora esto.

Hacía ya mucho calor y los pequeños grupos de conversación se refugiaban a la sombra de los árboles. Llamé a Guillermo. Está sucediendo algo interesante, le dije. Creo que valdría la pena grabar. En veinte minutos estoy ahí, respondió. Empezaron entonces a llegar periodistas, la mayoría jóvenes de prácticas, que trataban de arrancarle algunas palabras a los pocos obreros dispuestos a hablar. Poco después vería a por allí a Manel Martínez, vicepresidente de la AVPN, Francisco Ibáñez, el abogado, Joan Roca, del GPI, Jordi, de la CC22@ y Eduard García, concejal de CiU en el distrito. El juez había dado la orden de suspender el desahucio. Camiones, operarios y empleados del juzgado se marcharon. Acompáñame fuera a ver si los antidisturbios siguen ahí, me dijo Juan, de la cerería. Vimos las furgonetas, aparcadas a lo lejos. Ésos son secretas, me avisó, señalando a unos tipos que estaban hablando en la esquina de la calle Espronceda.

La situación se unificó cuando llegó Juan Carlos Montiel, responsable de urbanismo de la sociedad 22@bcn. El abogado de los afectados, siempre a su lado, parecía protegerle. No entendía la acción del juez, había dicho Montiel para empezar. Censuraba una acción así en un momento en el que las negociaciones avanzaban. Se ofrecía a trabajar para que se firmaran las indemnizaciones en la primera quincena de julio. Ni él ni el ayuntamiento tenían potestad sobre las decisiones jurídicas, pero se comprometía a aprovechar las buenas relaciones que mantenía con los jueces y la policía para tratar de evitar más lanzamientos de desahucio mientras las negociaciones estuvieran abiertas. Pero la promesa de un final rápido y feliz no convencía a casi nadie. Cómo podía aparecer ahora el ayuntamiento como mediador imparcial y no asumir su responsabilidad en la recalificación de los terrenos, el no haber llevado a cabo ningún estudio previo, haberse lavado las manos en todo momento, le dijo Vicente.

- Cuando el proyecto 22@ se aprobó en octubre del 2001 todos los que estábamos aquí teníamos contrato en vigor. Y en ese momento, el 22@, yo creo, tenía que haber dicho: “todos tienen contrato en vigor, a partir de ahí vamos a ver lo que necesitáis cada uno para trasladaros”. El ayuntamiento tenía que haber velado por nuestros negocios.

- A ver, lo que no puede hacer el ayuntamiento es decir que unos contratos se prorrogan o no se prorrogan. No tiene esa potestad jurídica.

- Cuando se aprobó en octubre del 2001...

- ...del 2000.

La fábrica del conflicto

- ...o del 2000, ninguno de estos contratos estaba vencido, ninguno. Se han ido esperando a que vayan venciendo todos para poder echarnos a la calle sin un duro.

- A lo que me refiero es que el ayuntamiento no tiene la potestad para prorrogar contratos.

- Si el ayuntamiento tiene la potestad para recalificar esto y transformarlo como le da la gana también puede velar para que todos los demás tengamos al menos el beneficio para poder continuar.

- Le vuelvo a repetir, no sé, hay abogados

- No, si las leyes ya nos las conocemos. Pero antes que las leyes supongo que están las 250 personas que estábamos aquí trabajando. Yo concretamente desde el año 74. Y gente que vive en el Pueblo Nuevo, ¿por qué los tengo que llevar a Martorell, a Granollers ahora? Si toda la gente que trabaja conmigo come en su casa. ¿Por qué tengo que trasladarlos a Granollers, donde encuentre un local, si su opción ha sido trabajar donde viven?

- Será trabajar donde viven, el sueldo... serán toda una serie de variables, no será únicamente porque era lo que estaba más cerca. La gente cuando trabaja...

- ...Seguro que cobrarían más afuera porque evidentemente...

- ...Cada uno valora, yo ahí no voy a entrar. Lo que quiero decir es que la ley de arrendamientos el ayuntamiento no puede tocarla.

- Pues a lo mejor el ayuntamiento antes de hacer un proyecto de esos tendría que venir y ver contrato por contrato a ver en las dificultades que vamos a quedar las personas que estamos aquí.

- No, eso es lo que hace el proyecto de reparcelación y es precisamente a donde no ha llegado y lo que finalmente un juez acabaría ejecutando... Hemos hecho ese esfuerzo de decir "bueno, vamos a tratar de solucionarlo más allá de donde la ley lo deja". Pero eso no quiere decir que podamos cambiar la ley.

- No, ya lo sé, ya sé que una cosa que se firma luego va a misa. Pero bueno, a ver si me entiendes. Si se muere el suegro y hay dieciséis personas y te ponen un contrato a cinco años, ¿lo firmas o qué haces? Pues lo tienes que firmar a la fuerza. Yo ya no quería firmar a cinco años, es evidente. Yo quería firmar a quince, pero el dueño me dijo que tururú: "No te preocupes, que como siempre has pagado...". Entonces tenía la seguridad de que pagando, porque he visto locales que se han marchado por no pagar, los que estábamos aquí que todos llevamos años pagando teníamos la seguridad de estar aquí. Y todo eso el ayuntamiento nos lo ha tirado...

- ...No, el ayuntamiento no...

- ¡Hombre, la reparcelación del 22@ ha sido el ayuntamiento!

- Sí, pero vamos a ver...

- ...Al menos velar para que...
- ...Y es lo que estamos haciendo. Lo que no puede usted plantearme es la responsabilidad de un contrato que usted firmó hace cinco años sin decirme a mí nada.
- No, no, claro. Es que el 22@ no existía entonces. Tampoco se lo podía decir.
- Por eso mismo
- Y luego el ayuntamiento sí que tiene la potestad de decir “mira, ahora aquí hago el 22@, transformo, echo, liquido y adiós muy buenas.”
- Si estamos así es por eso, si no hasta ahora estábamos todos pagando y de alquiler
- Vamos a ver, y si no podrían estar en la calle exactamente igual con los mismos problemas.
- Pero no estábamos, hasta que ha salido este proyecto. Llevábamos cuatro años pagando mes a mes y no pasaba nada
- Es evidente que pagando nadie te echa. Y más en una zona industrial.
- Yo a lo que me refiero es que una cosa es que tratemos de hacer, y hagamos, una labor de mediación y otra cosa es que de repente se nos haga pasar por culpables de cosas en las cuales no hemos estado implicados.
- La única cosa que nos queda un poco en duda no es que sean culpables ustedes, sino sencillamente que no ya sólo en esta zona, sino te encuentras trabas cuando quieres ponerte en alguna parte de Pueblo Nuevo, porque el 22@ no te sabe dar a ciencia cierta qué zona es ideal para ti. Muy bien, ustedes deciden recalificar Pueblo Nuevo haciendo el 22@, porque la zona industrial hasta el momento era muy importante en la zona y ahora deja de serlo, perfecto, pero...
- ...No, no deja de serlo, sigue siendo importante.
- Pero no tan importante, porque ahora vienen las de nueva tecnología que son más importantes. O así creo entenderlo yo, seguramente dado mi ignorancia. Entonces no sólo se encuentra la serigrafista, en este caso yo, se encuentra el carpintero, que tampoco tiene cabida en muchas zonas del 22@. Entonces ¿qué pasará cuando el ciudadano, la persona de a pie necesite que le arreglen una puerta? ¿Tendrá que llamar a una zona industrial de las afueras de Barcelona para que venga un carpintero? ¿Usted sabe lo que le costará en costes a la gente de aquí? O sea, si nos están quitando, nos están echando...
- ...Yo soy vecino, no hace falta que me explique...
- Vale, me dirijo a usted porque usted es el que está en este momento representando al 22@. Si no se lo diría a cualquier persona de allí. ¿Qué pasará con la gente de aquí si nos están de alguna manera discriminando? Nos están echando de la zona donde nosotros estamos trabajando. Pero no ya por el mero hecho de

La fábrica del conflicto

que somos de Pueblo Nuevo y nos gusta trabajar aquí, porque vivimos aquí y el ambiente nos gusta. Sencillamente, es que no nos dan cabida en ningún sitio. O sea, yo me encuentro con que cada vez que veo un local, me voy al Distrito y le puedo decir que de los cuatro o cinco locales que hemos visto que me los han negado. ¿Qué me marcho?

- Pues dígame qué locales porque no sé si...

- Pues mire, en la calle Ramón Turró había un local y me dijeron que no podía ponerme. En la calle me parece que era Ávila había un local que antes era una agencia de transportes –que también las sacaron de la zona de Pueblo Nuevo y las concentraron en...

- ...Necesariamente.

- Perfecto, si yo todo eso ho trobo... Pero busquen alternativas para el pequeño industrial.

- Yo le estoy diciendo que por las calles que me dice...

- ...Yo le puedo garantizar y si quiere le voy a buscar los papeles y los anexos...

- ...Efectivamente, hagámoslo ahora que yo se lo miro.

- Pues mire, se los voy a buscar si quiere.

- A mi me encantaría que pasaras a ver nuestro taller, si te sobran cinco minutos, para que te hagas una idea de quién somos.

- Me conozco todo esto

- Pero no conoce al personal que trabaja. Y cuando nos veamos en la calle sin una indemnización, sólo cobran indemnizaciones fuertes las multinacionales que se llevan el trabajo, echan a la gente pero le pagan cuarenta y cinco días o setenta. Nosotros nos vamos a ir a la calle simplemente con veinte días que nos pagará el Fondo de Garantía Salarial, porque mi jefe no me va a poder pagar

- Si no nos indemnizan no.

- ¿Qué hace el 22@ por nosotros, que somos trabajadores con cincuenta y siete años? Una plantilla de diez obreros que tienen nada más y nada menos que entre cincuenta y uno y sesenta años. Y fíjese en esa gama a ver a dónde van a ir a buscar trabajo. Ahora eso sí, dicen los del ayuntamiento que como son mecánicos tendrán trabajo. Pues mire, yo he estado parado tres veces y he trabajado en Pueblo Nuevo. Y las tres veces me han echado con veinte días nada más. Y voy a tener la mala suerte también que me van a echar aquí con veinte días. ¿Y entonces qué hace el 22@ por mí? ¿Por qué no me paga los sesenta días que le pagó a las multinacionales? Y como eso todo. Porque somos una empresa de cuatro gatos. Si fuéramos una empresa de trescientos o cuatrocientos obreros estarían poniendo barricadas en medio de la Gran Vía y entonces habría que pagarles. Pero como somos diez obreros no nos van a dar más que una patada en el culo.

- ¡Y nos tira el ayuntamiento, no el jefe! ¿Adónde vamos nosotros con nuestra edad? ¡Mire qué plantilla tenemos!

- Yo vuelvo a repetir, yo no puedo...

- No les importa nada, así de claro.

- Mire, si usted dice que no me importa nada pues yo me voy a mi oficina

- Estamos hablando porque usted es el responsable.

- Si ha venido es porque le importa, porque hasta ahora no había venido nadie...

- Yo lo digo porque no necesito, llegado el caso, conocer persona a persona. Sé que de esos veintitantos afectados hay personas con sus familias, efectivamente, si no no hubiese entrado ahí.

- El barri tampoc no hi està d'acord amb el 22@. El 22@ està fet només a mida del Marquès i a mida de les multinacionals. No està fet a la mida de la gent que viu al barri, ni de la gent que hi treballa.

- Aquest debat no estic disposat a tenir-lo ara. Vinc a ajudar a unes empreses determinades.

- Doncs escolta i no amenacis amb anar-te'n. Escolta, un tècnic abans de fer-hi res, ha d'escoltar els problemes, abans de solucionar-los.

- No em donis lliçons. No donis lliçons, si us plau. Lliçons morals, a mi, no!

- ¡Pues muchas te pueden dar a ti! ¡Muchas te pueden dar!

- No nos pongamos así tampoco, que así no llegamos a ningún lado, hombre.

- ¡Muchas te pueden dar a ti!

- Has d'escoltar, s'ha de escoltar

- ¡Porque tenéis la posibilidad de resolver este problema! Porque hay un convenio hecho con la asociación de vecinos que dice que “se hallarán las formas de recolocación de toda la industria existente en el barrio”. ¡Y los estáis violando, lo estáis violando! ¡Y os llamáis de izquierdas encima! ¡Os llamáis de izquierdas encima!

- Mi ideología política es personal y no tengo porqué...

- ...Y ahora vienes a hacerte el bueno para que se marchen. A eso es a lo que vienes ahora. Para que se marchen. Pero lo que tendrías que haber hecho era haber resuelto el problema.

- ¡No me señale!

- ¡Te señalo porque me da la gana!

- ¡No me señale!

La fábrica del conflicto

- ¡Te señalo porque me da la gana! ¿Qué te crees, que vas a venir a hacer el matón aquí? Está mintiendo, hombre. Tienen la facultad, el 22@, tienen la posibilidad de recolocar todas las industrias dentro del área. ¡Y si no lo hacen es porque no quieren!

- Como abogado de los afectados le pido un poquito de tranquilidad, por favor.

- Está diciendo mentiras, hombre. Que a vosotros a lo mejor os resuelve el problema pero es que está diciendo mentiras.

- Vale, vale, pero déjenos hablar un momento con él, por favor.

Protegido de la amenaza por el abogado y algunos empresarios, Montiel se fue unos metros más allá, donde la serigrafista le esperaba con los papeles de las denegaciones. Refugiado de nuevo en el ámbito de la discusión técnica, parecía recuperar algo de calma. Dejó de apretar su carpeta contra el pecho. Mientras tanto, el coro se deshacía definitivamente y se volvían a formar pequeños grupos. Pronto llegaron los medios profesionales, que buscaban declaraciones. Encontraron sin dificultad al abogado.

- Pot dir primer el seu nom i càrrec?

- Sí. El meu nom és Francésc Ibáñez i sóc l'advocat dels treballadors de Can Ricart.

- Ens pots dir què ha passat?

- Sí, avui ha vingut una comissió judicial per fer el llançament del desnonament de dos locals, de l'empresa Garrallit i de Ricson. Nosaltres entenem que no té cap sentit aquest llançament tenint en compte que en el mes de juny hem arribat a un acord econòmic i amb dates de sortida amb l'associació administrativa de propietaris que formen aquesta junta de propietaris del projecte de reparcel·lació de Can Ricart i amb la societat 22@, que és l'entitat de l'ajuntament que gestiona aquest àmbit. Per tant, si en el cas de l'empresa Garrallit hem arribat a un acord econòmic i amb una data de sortida, que és a finals d'agost o principis de setembre, no té cap sentit que vingui una comissió judicial del jutjat de primera instància de lo civil, amb auxili dels antiavalots policials perquè realment aquesta empresa ha d'anar-se'n a finals d'agost. Per tant, no entenem l'actuació de la propietat. Ens ha deixat una mica fora de joc.

- És veritat que s'ha tancat una senyora a dins?

- Sí que és cert que l'empresària, la titular de l'activitat Ricson s'ha tancat a dins i finalment el jutge ha suspès el llançament.

- Ha amenaçat amb calar-se foc o alguna cosa així?

- No, no. Simplement s'ha tancat a dins l'empresa perquè entén que si li tanquen l'empresa té uns perjudicis irreparables.

- Quina perspectiva hi ha ara, s'ha arribat a algun acord?

- Bé, ara ha vingut en Juan Carlos Montiel, el coordinador del 22@ i ens comenta que dins d'aquest mes de juliol es firmaran tots els documents particulars de cadascuna de les empreses, i evidentment aquest document transaccional implica també el pagament de part de la indemnització perquè puguin començar ja les tasques de trasllat. També hi ha un compromís de continuar negociant amb un petit grup d'empreses que encara no tenen un acord tancat.

- Que corre ell per aquí?

- Sí, Juan Carlos Montiel està parlant amb els treballadors.

- Aquestes empreses quants treballadors tenen?

- N'hi podríem parlar d'una quarantena o una cinquantena, aproximadament. En el cas de Ricson el porta un altre company i no hi puc precisar. En el cas del grup d'empreses meves, sí, una quarantena o una cinquantena de treballadors.

- Tu hi ets com advocat de qui?

- De trenta-quatre empreses, de la majoria de les empreses del polígon industrial. En quedarien fora dos o tres.

- De les que portes tu, n'hi ha alguna que encara no hagi tancat un acord?

- Sí, sí. Hi ha unes cinc o sis empreses que encara no en tenen.

- Gràcies.

- Gràcies.

Los periodistas se fueron rápidamente a por Montiel, aunque no sé si lo consiguieron. Volvimos a grabarlos mientras entrevistaban a Manel Martínez, que se había encarado con él durante la discusión. Estaba con Joan Roca, que hizo de presentador.

- Ell és de l'associació de veïns, jo sóc del Grup de Patrimoni del Fòrum Ribera Besòs i estaria bé que es plantegés que això no és només una qüestió d'unes empreses sinó una qüestió de debatre el model de ciutat. Per això pot ser que valgués la pena que Manel Martínez, de l'associació de veïns, plantegés alguna cosa...

- Vostè és de l'associació de veïns, no? Digui el nom i el càrrec que hi té

- Manel Martínez, vicepresident...

- Un moment, que no grava.

- Un segon, tornem-hi

- Manel Martínez, vicepresident de l'associació de veïns del Poblenou.

La fàbrica del conflicte

- Vosaltres que plantejament teniu pel que fa al desnonament i buidatge de Can Ricart?

- Nosaltres tenim el plantejament de salvar el patrimoni, de salvar la indústria ja ubicada al barri. Som partidaris del teixit industrial del barri, perquè ha estat la història, la cultura d'aquest barri. I realment som partidaris de que s'ubiquin empreses de fora, grans o petites, però també som partidaris de conservar les que ja hi són. I el que està succeint és que l'empresa 22@ i l'ajuntament li han donat un caràcter especulatiu al 22@, que estableix que són compatibles els diferents usos, i realment l'han reduït a un sol ús: oficines i hotels. I perquè les oficines i hotels tinguin cabuda, per exemple en aquest cas a Can Ricart, han de fer fora totes les empreses que hi ha. Empreses i treballadors del barri. I realment estem en contra d'això, perquè no és ni l'esperit ni la lletra del 22@. Això és donar carta blanca a l'especulació arrasant-ho tot, com per exemple el patrimoni industrial. Com es pot concebre que es posi en marxa un pla com el 22@ sense haver tingut en compte les repercussions i l'impacte que comportaria per tota la vida del barri? Per què no ho han fet? Per què no ho fan?

- I ara davant els desnonaments quin plantejament hi ha? Perquè pel que sembla pot ser que d'aquí a no gaire es podria arribar a un acord i acabin marxant totes les empreses.

- Bé, nosaltres tenim un pla de lluita per salvar les empreses. I una cosa, si pel que fos no poguéssim salvar Can Ricart, que lluitarem en la mesura de totes les nostres forces per aconseguir-ho, s'ha de tenir en compte el següent: que l'ajuntament no podrà tirar endavant el 22@ contra la voluntat del Poblenou. Aquesta és una cosa que el senyor Montiel, que és aquí, i els de l'ajuntament, haurien de tenir en compte. Que si es proposen seguir pel camí de Can Ricart i fer marxar a totes les empreses, aniquilar-ho tot i carregar-se el patrimoni del barri i els llocs de treball, tindran en contra seva al barri. I problemes tindran per tirar endavant el 22@ *ése*, perquè estem disposats a tot.

- Gràcies.

Poco después de las doce los jefes dieron la orden de volver al trabajo. Los trabajadores desmontaron la barricada tan rápidamente como la habían construido. Dejaron, eso sí, las tablas de madera con los eslóganes en un lugar más visible, apoyadas en la pared de la Calle. Mientras se recuperaba la actividad fabril, los que no teníamos esa responsabilidad nos encontramos en el bar. Allí estaba Roca, con el que intercambié algunas palabras. Se había sorprendido de verme allí, y le había explicado que hacía una etnografía de la cotidianidad de la fábrica. Sentados en la barra, Guillermo y yo charlábamos de las perspectivas que la financiación del documental abría y sobre todo de cómo afrontar algo tan etéreo como lo cotidiano. Entonces apareció por allí una amiga de una amiga, estudiante de periodismo, en

prácticas en La Razón. Venía por lo de la señora que había amenazado con quemarse a lo bonzo, nos dijo. Ante mi sorpresa, me enseñó el teletipo, que decía eso exactamente. Le dije que hablara con los trabajadores, si podía, o los representantes que aún había por allí, no conmigo, en todo caso. Se sentó a tomar una caña con nosotros, de todas maneras ya llegaba tarde. Parecía avergonzarse de trabajar gratis para La Razón, lo cual me parecía razonable.

Aprovechamos que estábamos allí con la cámara para dedicar el resto de la mañana a hacer pruebas de planos. Un zoom out de una máquina, que comenzando por un primerísimo primer plano de la pieza en construcción se iba abriendo para mostrar, paulatinamente, cómo formaba parte de una máquina más compleja que parecía funcionar sola, pero que recibía la fundamental interacción del trabajador. Engrasaba aquí y allá, medía las piezas que saltaban de la máquina, ya listas, vigilaba que nada perturbara del ciclo que convertía la lámina de metal que tenía a su derecha, enrollada en un cilindro, en pequeñas piezas con forma de tuvo y varios agujeros. También hicimos, apoyando la cámara en el portabultos de la bicicleta, un travelling frontal por toda la Calle, pasando entre otros por el taller de Marc y del Cónsul, en el que además de mostrar la sucesión de talleres aparecía la violencia del conflicto en forma de las pintadas que ocupaban la mayoría de las paredes, tachadas y vueltas a pintar. El exceso temporal de ambos planos, además, nos avanzaba en una lógica antiespectacular, en una voluntad de respetar los tiempos, mecánicos y repetitivos, de la fábrica.

Aquella misma tarde, estando ya en casa, recibí una llamada de Jaume. Que si tenía fotos de la empresaria de Ricson rociándose de alcohol, me preguntó. No, llegué justo después, respondí. Qué pena, dijo. La prensa está como loca por esa imagen, y parece que nadie la tiene. Me había visto allí desde temprano, por eso había pensado que quizás. Hubiera estado bien, hubiera sido una foto potente para la lucha. Lo siento, dije. Sólo tengo fotos de la discusión en la plaza. De eso ya tienen, no hacen falta. En fin, ya nos veríamos en la fábrica.

Cuando, algún tiempo después, vimos la cinta de la discusión en la Plaza, descubrimos que había algo extraordinario en esa grabación sin cortes, en el tiempo propio del plano secuencia. Además, el contraste que ofrecía con el método televisivo la hacía aún más notoria. Por otro lado, el peso del referente era extraordinario: por una vez, todos los actores se habían visto las caras sin intermediarios, habían podido expresarse, al menos por unos momentos, en un contexto en el que las reglas no estaban decididas de antemano. Habían podido discutir, encarnar las diferentes lógicas. Habían hablado varios empresarios, preocupados ante todo por la economía del conflicto, el coste de trasladar las máquinas, de encontrar un nuevo local. Tomaron la palabra un grupo de trabajadores de Iracheta, expresando la amenaza de verse de nuevo en el paro, el diferente trato que recibían como parte de una pequeña empresa. Había hablado también Jordi, de la CC22@, denunciando que el problema no estaba en Can Ricart, sino en el Plan 22@, que no estaba hecho

La fábrica del conflicto

a medida del barrio. La situación había explotado cuando Manel Martínez, de la AVPN, había acusado directamente al AjB de incumplir los compromisos contraídos. Había quedado clara, también, la simetría entre Ibáñez y Montiel, que a pesar de estar enfrentados compartían una perspectiva estrictamente legalista, alejada de las subidas de tono y de las conexiones que se allí se habían propuesto. Todo esto se había desplegado, revelado, en apenas media hora de interacciones. El plano secuencia, con sus altibajos de ritmo e intensidad, dejaba de alguna forma que el acontecimiento traspirara, que se desenredara poco a poco. Si pudiéramos hacer un documental compuesto únicamente de secuencias así, pensamos.

13.

La propuesta que habíamos presentado era fría, muy descriptiva, alejadísima de lo que se buscaba. En televisión, nos aclaró, quieren algo simple, con personajes con los que nos podamos identificar, con intensidad dramática, algo *caliente*, desde luego sin trípode ni planos largos. Algo sencillo, una historia clara y unos pocos buenos personajes. Sentados en una terraza en Gràcia, nuestro contacto en la productora se había ofrecido a filtrarnos las impresiones que había causado nuestro proyecto. No tenía mucho sentido ir a la reunión con los productores con ése proyecto, nos dijo. Nos tratarían mal y nos dirían que no servía. Él había estado en varias reuniones, sabía que les gustaba machacar a los aspirantes a financiación. Podría ser una experiencia, sí, pero o hacéis una reformulación total o no trabajáis con la televisión. Pensadlo bien, es pasta, medios, reconocimiento, currículum. Que no es lo que queréis, perfecto, pero con el dinero que os dan hacéis luego lo que os da la gana. Además, una vez les has vendido la idea, tienes margen de manobra. Simplemente quieren algo llamativo, y Can Ricart se los parece, pero en otros términos. Aprovechad eso. ¿Cómo si no conseguiríais el dinero para poder llevar a cabo el proyecto? A mí no me conocía, aclaró, pero le preguntó a Guillermo si lo que quería era estar toda la vida limitado al circuito de festivales. La televisión era lo que la gente veía, significaba salir de la cómoda burbuja de los artistas. Y además estaba el dinero y el currículum. El contacto hacía de bisagra a la perfección. Preocupado por la carrera de Guillermo, trataba de ayudarlo a prosperar. Nos explicó entonces, a modo de ejemplo, que él era “realizador”, pero trabajaba como “cámara” con la productora. Le gustaba sobre todo trabajar con gente inexperta, para poder llevar la grabación a su terreno. No hacía sus propios documentales, pero grababa los de otros como quería. Con nosotros, nos aclaró, no trabajaría ni en pintura. Que sabíamos lo que queríamos, nos dijo, que no le interesaba.

El cómo y por qué aceptamos ir a la reunión con un nuevo proyecto bajo el brazo no lo sé. Tuvimos dos días para pensarlo y hablarlo. Por un lado, la gran oportunidad, la visibilidad, la contribución al debate en la esfera pública, trabajo remunerado, medios profesionales, la necesidad de conocer el medio televisivo de primera mano para poder descartarlo. Por otro, la pérdida de autonomía, la sumisión a los códigos que nos habíamos propuesto interrumpir, vendernos barato, pasar por el aro.

Hacía muchísimo calor en la terraza, incluso a la sombra. Nos hicieron esperar unos cuarenta minutos antes de recibirnos. Para entonces, la excitación de la situación había ya prácticamente desaparecido. Llevábamos una propuesta diferente, “adaptada”. Íbamos preparados para una batalla: nuestro objetivo, vender un producto; el suyo, evaluarlos, probarnos. Pasamos al despacho, una habitación de un típico piso del Eixample. Allí nos reunimos con los dos productores y la chica con la que habíamos hablado hasta entonces, que parecía encargarse de la logística de producción. Antes de que pudiéramos decir nada nos preguntaron cuál era nuestro proyecto en Barcelona. Más que un interés genuino, parecía un intento de establecer un lugar de poder desde el comienzo. Yo alegué mi trayectoria académica; Guillermo su trabajo como documentalista y maquetista. Enseguida les advertimos sobre el “malentendido” que había rodeado nuestro proyecto y cómo lo habíamos reformulado. La historia de una única empresa, la que prometía un traslado más visualmente espectacular, a la que grabaríamos primero trabajando, luego desmontando la fábrica y luego montando el nuevo taller lejos de Barcelona, con el jefe como personaje protagonista que canalizaba el drama de la expulsión. No se trataba de entrar en la trama política-urbanística, sino de seguir el lado humano de la historia, a través de los afectados. Caras de sorpresa, interés y desconfianza en ellos. Que no veía la lucha, ni el drama, dijo uno, se van y ya está. Desarticulación de un modo de vida, de unas relaciones sociales en torno a la fábrica consolidadas con los años... Nada parecía convencerle, hasta que el otro dijo que él sabía lo que era tener que irse de un local por un plan urbanístico. Se abrió una brecha, una línea de entendimiento. Cambio de estrategia, meter el dedo en la llaga. El poder de afuera que te obliga a marchar, la sensación de perder las raíces, claro, claro. Ahora las diferencias de criterio estaban entre ellos. Que si sabía que habían perdido la batalla y se tenían que marchar en el minuto cinco porqué se quedaría a ver el documental, preguntó el productor televisivo. Porque te identificas con él, dije rápidamente. Pero no le convencía. Volvía a la cuestión de la falta de drama. Nos preguntó si creíamos que Antonio lloraría cuando viera el desmontaje de la fábrica. Si no llora él lloro yo, dijo Guillermo. Risas y tema cancelado. Les gustaba la limitación de no salir de la fábrica, no les interesaba el lado político, sí el humano. Querían saber cómo conoceríamos a los personajes, cómo nos engancharíamos a ellos. A través de sus rutinas, les dijimos: los veremos trabajando, comiendo en familia en el bar, charlando en las pausas, siempre en su ambiente. No especificamos que no pensábamos en entrevistas y que amábamos el trípode y los planos fijos. Porqué no dejar la nueva fábrica como fuera de campo, dijeron. Tendría más fuerza dramática así. Buena idea, reconocimos. Parecía que íbamos conquistando terreno. Cuando la tensión disminuyó me permití incluso la frivolidad de hacerles notar las tres razones por las que la historia de Antonio era la mejor forma de contar el conflicto de Can Ricart y porqué nosotros éramos los únicos que podíamos hacerlo. Además, debían darse prisa en decidir. La situación era de incertidumbre total, cualquier día podían firmarse los acuerdos y comenzar el traslado.

14.

7de julio de 2005. Eran las diez y media de la mañana pero ya hacía bastante calor. Aparqué la bici y me dirigí a Técnicas y Transformados. Le dije a Antonio que tenía una propuesta para él. Una propuesta, que qué era eso, me dijo. Le respondí que si recordaba lo que le había contado del documental. Habíamos presentado el proyecto y a la gente de la televisión le había interesado su caso. Queríamos grabar su traslado. Se miró a sí mismo y me preguntó si creía que con la pinta que tenía podía salir en la televisión. Le dije que claro que sí. Dijo que no había ningún problema, que me avisaría cuando se fuera a ir y que podía grabar lo que quisiera. También tendríamos que grabar antes, el trabajo, las rutinas, le expliqué. Ningún problema. Quedamos en comer juntos en el Bar Paco's para poder hablar del tema con más calma.

En la Calle estaban Marc, su padre, su abuelo, el Cónsul y Hernández. Me dirigí hacia ellos. Me dijeron que Clos les había llamado para darles un trabajo en el ayuntamiento, que por eso no estaban en los talleres. Bromeaban, se vacilaban. Hernández trataba de picar a Marc diciéndole que un tercero le había levantado un encargo. No le había levantado nada, dijo Marc, él mismo le había pasado la faena. Lo que pasaba era que el cliente había venido con prisas y no eran formas. Que me pague la hora extra a 3.000 y entonces me quedo aquí hasta las doce y se las hago, dijo. Además, el material era una mierda, el que las hacía ahora tenía los mismos problemas que él. Hernández cambió de tema y le dijo a Marc que fuera con él a la calle Tànger, para enseñarle su nuevo taller. Ya se estaba llevando algunas máquinas. El Cónsul se fue a ver si le habían pintado ya la nave nueva, en Polinyà, casi al lado de la de Marc. Me quedé un rato más con el Abuelo, charlando, y luego me fui a buscar a la gente del Grup de Patrimoni, que tenían una visita guiada. Los encontré en el Pasaje. Estaban Mercè Tatjer, Marta Urbiola, una señora que no conocía y Vicente, Belén y Jaume. Entramos en una zona en la que nunca había estado, un pasillo estrecho en el que había una cristalería. Esas farolas de pared eran parte del set de la película que grabaron hace poco, nos dijo Vicente. Más al fondo había una nave abandonada, con escombros y mugre por todos lados, y también un colchón y botellas de cava vacía. Parece que alguien viene aquí con su novia, dijo Belén. Pues la novia aguanta mucho, dijo Mercè. Trataban de recomponer el sistema energético de la vieja fábrica textil, aún con muchos restos dispersos por

La fábrica del conflicto

el recinto. Encontramos el antiguo depósito de agua y las canalizaciones para las máquinas de vapor. Vimos una persiana metálica doblada, que abría un hueco suficiente para entrar. Dentro, además de olor a carne muerta, había lavadoras, neveras, televisores, monitores, palets de madera, restos de piezas, moldes, maquinaria oxidada, bidones, sillas, mesas, hierros, planchas de uralita, armarios destruidos. Caminábamos a través de montañas de escombros, disparábamos algunas fotos, Marta y Mercè señalaban los ventanales con arcos de medio punto, muchos de los cuales estaban tapiados y parecían responder al mismo diseño que los visibles en muchas naves exteriores. El techo a dos aguas tenía múltiples agujeros por los que entraba la luz. La estructura metálica que lo sostenía tenía un aspecto muy precario, con muchas de las barras de hierro colgando.

El techo del autobús rojo de dos plantas había saltado por los aires, dejando que las barras amarillas del piso superior en las que los pasajeros se agarraban normalmente sobresalieran como pelos de punta. La explosión había reventado también la carrocería por ambos lados, quedando la chapa retorcida y abierta como un pétalo. Las luces del autobús estaban encendidas, apuntando a una parte del techo que había aterrizado varios metros más adelante. La imagen estaba tomada desde lejos, la zona estaba acordonada. Los policías inspeccionaban el vehículo y los alrededores. Las voces de los periodistas informaban de lo ocurrido, tomaban declaraciones. Una serie de bombas habían explotado en la red de transporte público de Londres esa mañana. Además del autobús cuya imagen veíamos en ese momento en el televisor habían estallado artefactos en varias líneas de metro. Aún no había cifras de víctimas. En el bar, todos mirábamos y escuchábamos el televisor. Sólo había cuatro personas, cinco conmigo, pero tres de ellas estaban enzarzadas en una fuerte discusión. Yo permanecí sentado en la barra, en silencio, bebiéndome una caña y escuchándoles. Los moros son todos unos hijos de puta, les dejamos entrar y mira lo que hacen, fuera todos, joder. No se puede generalizar, en todos lados hay fanáticos, esto no significa nada. Cuando uno va a otro país tiene que adaptarse a las costumbres, no se puede ir por la vida como esta gente, que dice que no puede trabajar en el ramadán, me cago en la puta, aquí a currar como todo el mundo. No soy racista pero no me gustan los moros, tienen una religión que es una mierda. Vienen a delinquir, a aprovecharse, ¿por qué no se adaptan como los españoles en Alemania o los negros aquí? Yo tampoco soy racista, tengo amigos negritos. Hay que respetar las costumbres de los otros. ¿Qué? ¿Y hay que respetar cómo tratan a las mujeres, también? Una vez vi a un moro echándole una bronca a su mujer porque casi le había adelantando caminando. Me quedé allí esperando, y me dije que si le pegaba le daba yo una galleta a él. Pues mi madre le pidió paso a uno en el tranvía un día y le respondió que no hablaba con mujeres. ¿Que no hablas con mujeres, hijo de la gran puta? Y va y me dice que qué poco educados somos los españoles.

¿Poco educado yo, tú que dices que no hablas con una mujer, peazo de hijoputa? ¿Qué, le damos al moro este o qué?, me dijo un amigo, pero al final lo dejamos.

Poco después llegó Antonio y me fui con ellos a la mesa. Me presentó a su hija y su yerno, Mari y Gerard, a su hijo y su nuera, Dani y Ana, y a Javier, el nuevo trabajador. Nos sentamos a la mesa y les expliqué más o menos detenidamente que hacía mi tesis sobre las transformaciones del barrio, que estaba estudiando Can Ricart en concreto, que nos habíamos planteado hacer un documental y que a la televisión le había interesado el tema. Que habíamos planteado una propuesta muy compleja, en torno a las relaciones y rutinas del complejo, pero que nos habían dicho que nos centráramos en una única historia, algo más sencillo. Les dije que en esa tesitura pensábamos que su traslado era el más apropiado para grabar, porque visualmente era el más espectacular y eran los únicos que sabían que lo harían este verano. Antonio insistía en que no había problema, que grabáramos lo que quisiera. Les expliqué que tendríamos que grabar antes para conocerles, porque había que subrayar el lado humano de la historia, que estaríamos por allí a menudo, que a lo mejor sería una molestia. Las dos mujeres parecían algo más interesadas que el resto, que habían aceptado la idea con indiferencia. Me preguntaron por las fechas, los días de grabación, si tenían que hacer algo especial. Hacer lo que siempre hacen, les dije.

Me explicaron entonces que aún no tenían decidida la fecha del traslado. Había que preparar la otra nave y, sobre todo, no estaba claro el tema del pago de la indemnización. Si les pagaban en julio, les gustaría mudarse a finales de agosto o principios de septiembre. Antonio decía que él se quería ir cuanto antes, que estaba harto ya, que no se podía estar así, con el contrato vencido pero pagando el alquiler en el juzgado, pagando también la nave nueva, sin saber cuánto y cuándo cobrarían, si el mes que viene estarían aquí o no.

Antonio nació en Badajoz en los cuarenta. Era el más pequeño de seis hermanos. Su familia tenía varias hectáreas de tierras y él trabajaba en ellas desde pequeño, pero sobre todo cuando dejó el colegio a los doce años. Y aunque no estaban explotados por un señor, su padre no quería que pasaran penurias y quería que sus hijos marcharan a por algo mejor. Mientras Antonio hablaba, el resto escuchábamos. Javier se atrevió a completar la historia: su padre quería que emigrara porque había previsto que con esas tierras no podrían vivir todos sus hijos, sólo un par, pero que su madre no quería que se fuera. Efectivamente, dijo Antonio. A los dieciséis años se vino a Barcelona, solo. Me dijo que no me podía imaginar lo duro que había sido. Aquí la dictadura se volvió mucho más nítida. En el pueblo apenas había tenido un encontronazo con la Guardia Civil por estar en el campo cantando, en semana santa. En Barcelona conoció la prohibición de reunión de más de cuatro personas en la acera, la programación religiosa en la televisión en las fechas destacadas, el desfile en la Vía Layetana, completamente llena de gente saludando al general y gritando ¡Franco, Franco, Franco!

La fábrica del conflicto

En Barcelona había mucho trabajo, nada más llegar encontró un puesto en la Macosa. Una fábrica enorme, con tres mil obreros, me dijo. Empezó en lo más bajo y luego subió, en parte gracias a un programa de formación que tenía la propia empresa por las tardes. Luego estuvo en la escuela industrial, pero nunca acabó. Había fundado su propia compañía en 1978, y en 1992 se había instalado en Can Ricart.

Antonio y su familia comían todos los días en el Bar. Conocían a todos los que allí se convocaban. A lo largo de la comida, trabajadores sentados en otras mesas cercanas participaron en las conversaciones y rieron los chistes. En un momento dado apareció por allí Joan Roca, que me había reconocido y vino a saludarme. Los comensales le miraron con frialdad. Han venido muy tarde, dijo Antonio cuando ya se había ido. La mención de Roca de una reunión esa misma tarde en CCOO hizo que Antonio pasara rápidamente a hablar de los sindicatos. Son unos cabrones que le calientan la cabeza a los trabajadores, dijo. No hacen nada en las empresas multinacionales, las que despiden a mil trabajadores de golpe, y sin embargo se ensañan con las pequeñas y medianas, que no tenemos forma de echar a un trabajador. Comimos sandía de postre. Antonio y yo nos quedamos solos, mientras seguíamos hablando. Cuando nos íbamos, él me quiso invitar y yo quise resistirme, pero el camarero nos dijo que su hija ya lo había pagado todo. Algo me tengo que gastar, así que dame unos números, le dijo entonces Antonio. Bromeó sobre lo que haría si le tocaba el bote con uno de sus trabajadores, que estaba en la barra tomándose un café y no había oído hablar del Euromillón. Un poco más allá, uno de los trabajadores de la cerería jugaba concentrado a la máquina tragaperras, como cada día. Ya fuera, de camino a la fábrica, nos cruzamos con otro de sus trabajadores, muy joven. ¿A dónde vas?, le preguntó. A descansar un poco. No, tú vas a llamar a la novia. Que no. Apareció entonces Marc y hablaron de un trabajo que le había hecho. Marc le preguntó si quería factura, y después de dudar Antonio le dijo que no, que era algo entre amigos. Ya en el Callejón, los trabajadores apuraban los últimos minutos del descanso, antes de regresar al trabajo a las tres y media. A la sombra de la chimenea, hablaban sentados. Antonio abrió entonces una tapa que había en el suelo, junto a la chimenea, y vimos que todo el suelo era hueco. Los trabajadores, que nunca se habían fijado en la compuerta, estaban tan sorprendidos como yo. Minutos después regresaron al trabajo y yo me fui.

De camino a la salida tenía un último asunto por resolver. Me había tomado una caña antes de comer que no había pagado, así que fui al bar. Luis, el camarero, estaba por fuera. Me saludó enseguida y con una camaradería poco habitual. Le dije que tenía que pagarle la caña de antes. Me dijo que daba igual. Le dije que no, que se la pagaba. Que no, que ya te invito yo.

15.

El mismo día 7 de julio, en la sede de CCOO de Via Layetana, tuvo lugar la quinta sesión del ciclo *La metròpoli i el patrimoni industrial*. Estaba titulada “El districte d’activitats 22@: del discurs a les realitzacions”. Los ponentes fueron Joan Eugeni Sánchez (geógrafo, UB), Vicenç Tarrats (CCOO) y Salvador Clarós. El debate estuvo acompañado de la distribución del documento *Sobre el moment actual del Pla 22@bcn*, firmado por Clarós y el GPI (2005). Este es un texto que requiere cierta atención, pues aborda uno de los temas más controvertidos en la disputa sobre la renovación del Poblenou, la posición con respecto al 22@. Hay que recordar asimismo que Clarós, además del miembro del GPI, era el vocal de urbanismo de la AVPN.

El documento evaluaba el plan en dos aspectos fundamentales: el urbanístico y el industrial. “Les idees que van fer sorgir el model arrova, els reptes de la globalització, la necessitat d’una ciutat compacte, incitaven a la creació d’un teixit urbà diferent i de qualitat que donés resposta a les necessitats econòmiques i culturals, àdhuc mediambientals en el territori metropolità. El nou districte econòmic urbà volia adaptar-se a les noves dinàmiques urbanes de relació, d’aprenentatge i d’intercanvi, que per reeixir fan necessaris nous pols amb densitat cívica i cultural. [...] En conseqüència, el Pla 22@ ve d’un discurs urbanístic impecable que proposa la integració de l’activitat econòmica a la ciutat i la redensificació de l’espai productiu, per guanyar una massa crítica capaç d’afavorir la cooperació gràcies a la mescla d’usos i funcions, i a la presència i acció combinada d’agents diversos en el medi urbà” (ibid.: 8). El consenso relativo al *discurs* de la transformación, subrayaba el documento, había sido muy amplio. Su *gestión*, sin embargo, había presentado una serie de “importantes desviaciones respecto de los principios fundacionales del 22@” y había “puesto de manifiesto los puntos débiles del modelo”. Esta distinción entre palabras y hechos, planteamientos y prácticas, era quizá la piedra angular del razonamiento, pues permitía explicar el apoyo al plan en su día por parte de los agentes que hoy lo criticaban y, más aún, permitía seguir defendiéndolo en su “espíritu original”. La escisión entre discurso y gestión era el dispositivo conceptual que permitía que el propio 22@ fuera simultáneamente el problema y la solución a los conflictos surgidos en la transformación del Poblenou. El discurso ocupaba el

La fábrica del conflicto

lugar de la pureza, del acuerdo, mientras que la gestión representaba la perversión y el desacuerdo. El Plan 22@ era así, en la práctica, una promesa incumplida, una traición.

La crítica que el texto de Clarós articulaba con respecto al Plan 22@ se refería casi exclusivamente a su fracaso para llevar a la práctica lo escrito, lo previsto, lo consensuado. No discutía los fundamentos del plan, sino las deficiencias para llevarlos a cabo, que habían generado la prevalencia del negocio inmobiliario frente a una transformación equilibrada. En este sentido, tanto en el ámbito urbanístico como en el industrial se cuestionaba la debilidad del sector público frente a la iniciativa privada. En el primer caso, se reprochaba el mecanismo de compensación alta edificabilidad-cesión del suelo, una concesión fruto de la renuncia a un liderazgo público. Con respecto a la industria, el texto lamentaba la ausencia de una política regional que “atienda las necesidades del sector industrial existente, que le permita ponerse al día”. Las pequeñas y medianas empresas industriales eran uno de las principales afectadas por el 22@, que no sólo no las ayudaba, sino que las expulsaba sumariamente como actividades obsoletas. El Plan requería la implicación del Departament de Treball i Indústria de la Generalitat para asegurar el equilibrio entre las nuevas implantaciones y la permanencia de viejas actividades, que en una situación de transformación y aumento del precio del suelo podían requerir medidas de protección.

Con respecto a la implantación de nuevas actividades, además, el texto se mostraba especialmente crítico. El 22@ había mostrado escasa capacidad de atracción, sobre todo de empresas tecnológicas, y una dependencia excesiva del sector terciario tradicional (oficinas, hoteles, actividad comercial). Más aún, se había tratado en muchos casos de traslados de empresas desde otras partes de la ciudad, lo cual posibilitaba la obtención de importantes plusvalías con la operación inmobiliaria resultante. Existía, en definitiva, el riesgo de una sustitución de empresas industriales productivas por actividad terciaria y de servicios, una “neocolonización cultural y económica” contraria a la complejidad y mezcla de usos defendida por el 22@. El diagnóstico final del conjunto de operaciones urbanísticas recientes en el Poblenou era ciertamente desalentador: “Ha mancat coratge polític per impulsar projectes que promoguessin l’equitat, la participació real de la ciutadania, i intervinguessin activament per a la millor redistribució i equilibri social. L’urbanisme mogut fonamentalment pel negoci immobiliari està condicionant el futur proper de les classes populars i no assegura la convivència harmònica entre els diversos teixits i capes socials” (ibid.: 12). La realidad ha desmentido los discursos, me diría Clarós en otra ocasión, la realidad es siempre más triste que los discursos. Si lees el discurso ideológico del 22@ piensas que es un buen plan. Pero la presión de los grandes operadores y propietarios, la presión del precio del suelo, ha condicionado mucho el desarrollo. Y al final los gestores del plan han hecho más por el impulsar el proyecto inmobiliario que el proyecto industrial.

El GPI distribuyó también en estas fechas otro documento, *Maqueta Virtual de Can Ricart*, un compendio de imágenes que completaban el estudio patrimonial (Martorell et al. 2005). Se trataba de “una versión más minuciosa del plano ilustrativo del estado actual”, los alzados fruto de éste y una primera serie de imágenes en tres dimensiones de la maqueta virtual, o *renders*, de la propuesta de conservación. En estas últimas se presentaban las edificaciones que se proponía mantener, sin añadidos y con las aberturas originales. Estas imágenes aportaban una importante concreción visual de la propuesta del GPI. Las simulaciones tenían un poder evocador muy superior a los planos producidos anteriormente. Además, la limpieza de elementos añadidos y la restauración de puertas y ventanas originales dotaban al conjunto, efectivamente, de la continuidad y racionalidad formal que el GPI atribuía al diseño de Bernadet.

Por otro lado, el 12 de julio se presentó en el Ateneu Colon la página web www.salvemcanricart.org, desde entonces vehículo principal de información y archivo de las actividades, documentos y noticias relacionadas con la Plataforma y el conflicto.

16.

Era la oferta más ajustada que podían hacernos, nos hicieron saber. 2.400 euros, 1.000 para cada realizador y 400 para Guillermo como operador de cámara, más gastos de producción: cinco jornadas de ocho horas para un sonidista y un editor, dietas y transporte para el equipo durante la grabación y diez cintas DVCAM de 64 minutos. Podíamos emitir una factura como autónomos o cobrarlo a través de una gente que ellos conocían y que pedían el 20% por los trámites. El 14 de julio firmamos el contrato. Cedimos todos los derechos de emisión, explotación, propiedad intelectual y el veredicto sobre el montaje final. Busqué y no encontré ninguna alusión en el contrato a los *rushes*, el material bruto, así que hacer una copia de seguridad estaba permitido, o al menos no estaba prohibido. Por las dudas, no preguntamos. Ya trabajábamos con la idea de que una cosa sería lo que entregaríamos y otra lo que haríamos luego con el material. Ese mismo día nos dieron las cintas, el número de teléfono del sonidista, una vieja Sony DSR-250 y un buen trípode, que pudimos quedarnos las siguientes tres semanas.

Aquella tarde fuimos al recinto con las noticias. A los que ya sabían del proyecto les explicamos el recorte. Nos felicitaron igualmente. De una forma u otra era visibilidad para el conflicto. En el bar, Dolors, que hasta entonces se había mostrado especialmente distante, nos felicitó y nos invitó a unas cañas. Nos dijo, también, que teníamos que haber empezado mucho antes. A partir de entonces, todo el mundo empezaría a hablar de nosotros como los chicos del documental.

El sábado 16 de julio se había organizado una “bicicletada popular Salvem Can Ricart”. Se reunió un grupo heterogéneo, con trabajadores y empresarios del recinto, vecinos, miembros del GPI, la AVPN y asociaciones juveniles del barrio. Una pequeña furgoneta encabezaba la marcha, un recorrido por el Poblenou con paradas y comentarios en puntos clave del desarrollo urbanístico del barrio. La noticia del documental ya había circulado y muchos de los allí presentes me felicitaron y me desearon suerte. Se respiraba un ambiente de complicidad, incluso alegría, aquella calurosa mañana. El recorrido acabó en el Bar Paco’s con un vermut. Recuerdo haber conocido a la novia y el perro de Marc aquel día. Los tres viajaban en un extraño coche-bici, impulsado por dos juegos de pedales y con un chasis con

cuatro ruedas y techo. Aquél artefacto nos serviría con posterioridad para grabar los travellings por la fábrica con cierta estabilidad.

La filmación se extendió durante las siguientes tres semanas. Empezamos a grabar el martes 19 de julio, en Can Ricart, y filmamos por última vez el viernes 5 de agosto en Montornès del Vallès. Enseguida descubrí que la tarea de grabar un documental televisable chocaba con el trabajo de campo etnográfico tal y como yo lo practicaba. Hasta entonces, pensaba, había sido discreto, cuidadoso, extremadamente paciente. Pero ninguna de estas cualidades nos daría una historia, unos personajes, tensión dramática. Si por un lado se trataba de construir unas relaciones, de comprender una cotidianeidad que se pretende respetar y alterar lo menos posible, por el otro existía la necesidad de determinadas imágenes, situaciones, conversaciones que no necesariamente se daban espontáneamente. La aproximación observacional a la grabación, que representaba el vínculo más directo con lo que yo entendía por trabajo etnográfico, se convirtió pronto en el principal problema. Las conversaciones deshilachadas, inconexas, interrumpidas que grabábamos eran el paradigma de una cotidianidad parca, trivial y frecuentemente tediosa, pero difícilmente nos aportaban lo que necesitaríamos para contar la historia. Fue un dilema consciente, que se convirtió en un elemento de gran presión hacia el final, cuando nos dimos cuenta de que o interveníamos con urgencia o no había documental. Así tuve que participar en conversaciones ajenas para dirigir las hacia los puntos de interés, preguntar más de lo habitual, sugerir temas de conversación e incluso entrevistar a Antonio para tratar de alcanzar algún elemento de drama en su historia. Tuve que congelar la labor etnográfica seria para poder hacer un documental televisable. Abandonar el tiempo lento de la construcción de relaciones, a partir de la convivencia o la coexistencia, de la conversación o el silencio compartido. Imponer el tiempo rápido de la producción, predeterminado e independiente.⁵

Y sin embargo, nos enfrentábamos a la obstinación de lo real, al carácter indomable de los acontecimientos. Hasta tres veces cambió la fecha del traslado, y con él nuestros planes de producción y de viajes de vacaciones. Antonio siempre tuvo algo más importante que hacer que estar con nosotros en los momentos que habíamos definido como claves, dejándonos progresivamente sin protagonista. Siempre fuimos los últimos en enterarnos de que había una celebración de cumpleaños, una despedida de soltero, una alteración de las rutinas. Tuvimos que aceptar que el transcurso de los acontecimientos nada tenía que ver con nuestra mecánica de producción, y que por mucho que lo intentáramos, era imposible establecer un orden en una estructura que no nos pertenecía. Aprender a aceptar esta imponderabilidad sin reducirla, sin aspirar a domesticarla, sería una lección que aún tardaría algún tiempo en asimilar.

A pesar de todo, creo que es posible volver ahora a los materiales reunidos y tratar de restaurar lo que en ellos hay de interés para el trabajo etnográfico.

La fábrica del conflicto

Conciente de la tensión que los atraviesa, puedo utilizar esas grabaciones a modo de notas de campo para abordar aquél periodo de desarticulación material de Can Ricart, así como la relación entre los que la llevaban a cabo y los que la observábamos. Ambos procesos aparecen muy vinculados en esas imágenes y sonidos fijados a una cinta magnética: la impunidad del observador se rompe a menudo por un comentario, una mirada de desaprobación, un regate a la cámara. La densidad descriptiva del registro digital, su tremenda elocuencia, inscribe con sumo detalle un proceso de mirada y escucha que inevitablemente hacen también de espejo en el que observar al observador.

En las tres semanas que pasamos en el taller aprendimos a diferenciar los espacios y tiempos de Técnicas y Transformados, conocimos sus rutinas y sus actores. Aunque nadie lo sabía al comenzar, éstas acabaron siendo las últimas semanas de la empresa en Can Ricart. La incertidumbre con respecto a la resolución de las indemnizaciones y las fechas del traslado, que convivían con el día a día del taller, fueron dando paso a la planificación del traslado y a su posterior ejecución. Las rutinas que apenas empezábamos a conocer se diluyeron a finales de la segunda semana y se transformaron en algo nuevo para todos, la desmantelación del viejo taller y el acondicionamiento del nuevo.

Durante esas tres semanas aprovechamos también para grabar en mejores condiciones técnicas otros talleres. Atendimos la producción de varios de ellos, grabamos algunas conversaciones espontáneas en el bar. Nos hicimos con un material que permitiría usos posteriores alejados de nuestro compromiso televisivo. De igual modo, tratamos de vincular la situación en Can Ricart con la transformación del paisaje del barrio a través de diversos planos exteriores, sin saber si llegaríamos a utilizarlos. La nueva línea del Tram, la Torre Agbar, las obras que rodeaban al recinto, el vacío del solar del parque, eran todos elementos que conectaban la situación de unas empresas con un proyecto de renovación de un alcance mucho mayor.

17.

El turno empezaba a las siete de la mañana. Fuera apenas amanecía. Los trabajadores llegaban algo antes de la hora y se dirigían al vestuario, situado bajo las oficinas, en la pared norte del taller, donde tenían sus taquillas y se cambiaban de ropa. Por fuera, un lavabo, un espejo, una nevera, una máquina de café y un par de taquillas que no cabían dentro. Había un turno de noche con dos trabajadores que finalizaba a las siete, así que la fábrica estaba abierta y en funcionamiento cuando llegaban. Gerard llegó el primero. Se cambió rápido, se hizo un café, encendió la radio, se puso a trabajar. Lo mismo hicieron Eduardo el Pulga y Dani. Óscar, Toni, Paco, Ramón, Damián, llegaron poco después y entraron en el vestuario. Manuel apagó el cigarro en el lavabo de fuera antes de entrar. Llegó también Antonio. Poco después empezaron a salir vestidos con los pantalones azules y las camisetas oscuras. Damián se tomó unas pastillas con la ayuda de una botella pequeña de agua, que luego rellenó y dejó en la nevera. Antonio se dirigió a la máquina de café. Introdujo una moneda, seleccionó la opción descafeinado y esperó, mientras se ataba las botas, a que saliera el líquido. Llegó entonces Nacho, ya vestido de azul, y dejó un yogur y un táper en la nevera. Sacó las botas de su taquilla, que era de las de afuera. Antonio recogió su vaso de plástico y le añadió un sobre de azúcar. Lo revolvió con uno de los palitos que la propia máquina expulsaba y abandonó la zona. A las siete en punto llegó Javier. Se cambió rápidamente y salió. Mari y Ana llegaban más tarde a la oficina, su turno comenzaba a las ocho.

Exceptuando los vestuarios y la oficina, el taller no tenía divisiones internas, era un espacio diáfano. En el lado sur estaba la zona de acabados y limpieza; en el este la fabricación; en la pared oeste, donde estaba la entrada, se guardaban los materiales a un lado, en una estructura metálica con múltiples pisos, y un control numérico ocupaba el otro. Las posiciones de los trabajadores eran también bastante estables. Nacho, Javier y Antonio manejaban los tornos convencionales. Dani y Ramón se dividían entre los controles numéricos y los tornos. Gerard entre uno de los controles y la zona de acabados. Paco, Toni y Damián trabajaban siempre en acabados. Manuel y Óscar compartían las tareas de limpieza y empaquetado, echando una mano ocasionalmente en acabados, y éste último encargándose también de la furgoneta de reparto. Eduardo el Pulga andaba siempre de un lado a otro, en las

La fábrica del conflicto

máquinas, en la oficina, hablando con clientes. Arriba, Mari y Ana, cada una en una mesa, se ocupaban de los pedidos, los albaranes, las facturas, el teléfono, el fax.

En la zona de los tornos convencionales, con veintipocas máquinas, se podían observar varios procesos, más o menos secuenciales en el ciclo de la producción pero simultáneos en el taller: preparación de las máquinas y herramientas, carga y recarga del material, fabricación de piezas, medición de las mismas, ajuste y afilado de herramientas, vigilancia de la producción, recogida de las piezas, limpieza de los tornos. Los controles numéricos estaban sujetos a la misma secuencia, aunque la estructura de la propia máquina la hacía mucho menos visible. Los cargadores automáticos espaciaban mucho la carga del material, la fabricación en sí era prácticamente invisible, la manipulación de las herramientas se hacía mediante el panel de control, no directamente, las piezas eran expulsadas, no había que recogerlas. En todos los tornos, el material, barras cilíndricas de metal de varios metros de largo y unos centímetros de diámetro, giraba y era mecanizado por brocas y cuchillas, que le daban su forma de arandela, casquillo, cojinete. Todas estas máquinas estaban refrigeradas por aceite, que caía permanentemente por unas mangueritas. En las paredes de la nave, pintadas de verde en su parte inferior, en blanco ya ennegrecido el resto, había varios tablones de madera con clavos de los que colgaban herramientas, brocas, portabrocas. También colgaban múltiples calendarios de años ya pasados ilustrados con mujeres desnudas. La zona de acabados, en el lado sur, en el extremo opuesto a la oficina, estaba poblada por fresadoras, taladros, pulidoras y otras máquinas de pequeño tamaño con las que se terminaban las piezas provenientes de los tornos. Se les hacía un chafán, un brochado por dentro, se les alisaba la superficie. Aquí era la broca o herramienta la que giraba y la pieza permanecía inmóvil. La limpieza de las piezas se llevaba a cabo en la centrifugadora, una especie de lavadora de carga superior de metal verde. Junto a ella estaban los utensilios para separar las piezas de la ferricha, o viruta, y las cajas y bolsas para el empaquetado. La música, que nunca dejaba de sonar, se oía más o menos en función del ruido generado por las máquinas. A menudo dejaba de oírla hasta que las máquinas paraban.

La jornada laboral, para los empleados, se extendía durante once horas de lunes a viernes. Se empezaba a las siete, a las nueve una pausa de media hora para el almuerzo, luego trabajo hasta la una y media, una pausa de dos horas para comer y un último tramo de tres y media a seis. Los sábados eran voluntarios y se trabaja de ocho a dos. El turno de noche, de lunes a viernes, se extendía de once a siete de la mañana. La familia propietaria, Antonio, Dani, Mari, Gerard y Ana, tenían un horario algo más flexible, sobre todo Dani y Gerard, que solían llegar los primeros e irse los últimos.

En la pausa del almuerzo, o desayuno, se formaban tres grupos. Paco, Toni y Eduardo iban al Bar Paco's. Ramón, Nacho, Javier, Manuel, Óscar, Damián y

Antonio, que traían un bocadillo o sándwich de casa, se sentaban a comérselo en la base de la chimenea, en el Callejón. Dani y Gerard subían a la oficina con Ana y Mari, sus respectivas esposas. Según pasaban los días, vimos como Manuel y Óscar, que no querían ser grabados, se unieron al grupo del bar. En la pausa para comer todos se iban a su casa, excepto Javier y la familia, que acudían al bar. Sus casas estaban entre el Poblenou y Badalona, las dos horas eran tiempo suficiente y siempre destacaron la posibilidad de comer en casa como una de las grandes ventajas de estar en Can Ricart, además de la ausencia de atascos para llegar. Como periodos de descanso, las pausas eran generosas en socialización. Se rompía la seriedad que caracterizaba el trabajo en el taller para dar margen a las bromas, el intercambio de historias, las burlas. Se quebraba también la rigidez mecánica de los cuerpos, que se relajaban.

Ramón había visto la noche antes un documental sobre las falsificaciones de relojes Cartier en china y le explicaba al resto cómo una familia fabricaba quinientos relojes la hora en su propia casa. Era imposible de controlar, decía. China sería la primera potencia dentro de poco, con los recursos naturales que tenía, la mano de obra en cantidad y barata. Hasta las empresas españolas se estaban yendo a China porque era mucho más barato producir allí. Antonio asentía. Y luego estaba el tema del control de natalidad. Estaba prohibido tener hijas, porque había demasiadas mujeres. No es que haya demasiadas, dijo Nacho, es que las niñas son las que luego tienen hijos. La música del taller de enfrente se podía escuchar con claridad. Óscar, evitando la cámara, se había puesto de nuestro lado. Manuel, mientras escribía un mensaje con su móvil, nos miraba e insistía en que allí no había acción. Ramón se sentaba en una pequeña butaca, que guardaba en la fábrica. Antonio lo hacía en un palet de madera que estaba junto a la chimenea. El resto, en el bordillo de la chimenea. Una gata tuerta solía aparecer por allí y Antonio le daba algo de comer. Otro gato, muerto y parcialmente descompuesto, colgaba de uno de los hierros de desecho que se acumulaban frente a la chimenea.

Los tornos más antiguos eran de carga manual. El cargador, un cilindro en posición horizontal de varios metros de largo que empujaba la barra hacia el torno mediante un sistema de contrapesos, sólo admitía una pieza a la vez. En el taller había unos doce tornos de este tipo. Nacho, que trabajaba con ellos, iba de uno a otro, comprobando que las piezas salían correctamente y recargando el material cuando hacía falta. Antes de colocar las barras en el cargador había que pasarlas por la piedra, para repasar la punta y evitar que se atascan. Nacho encendió la afiladora, la piedra empezó a moverse, cogió una barra, la aproximó y la giró hasta que la punta tenía la forma deseada. Saltaron chispas. Un cartón acoplado a la máquina evitaba que lo hicieran hacia arriba. Un soporte junto a la piedra permitía apoyar las barras más pesadas y manipularlas con más facilidad. Cuando acabó, Nacho apagó la piedra y la pequeña lámpara que la iluminaba. La mugre cubría las partes fijas de la afiladora como un musgo.

La fábrica del conflicto

La preparación de un torno para la fabricación de una pieza era un proceso largo, que podía llevar varias horas. Javier miraba el plano de la pieza, sobre una mesa de metal con ruedas, y cogía las herramientas que necesitaba para preparar la máquina. El plato, que sujetaba las barras en el cabezal, tenía que ser ajustado al tamaño de las mismas y fijado a este último. Luego fue a buscar las brocas y cuchillas que necesitaba a los tableros de la pared y las afiló dándole la forma requerida por la pieza. Cuando hubo acabado colocó cada una de ellas en su sitio, el portabrocas frontal o los carros transversales. Un par de tornos más allá, Dani preparaba otra máquina. Manipulaba las poleas del motor, oculto en la base de la máquina, para conseguir las revoluciones apropiadas. Sus manos estaban negras de grasa. Luego, ya de pie, reguló las distancias que tenía que recorrer cada herramienta. Le preguntó a Gerard, que trabajaba apenas un metro más allá en el control numérico, si se acordaba cuánto hacía de largo el casquillo de Juan. También le pidió a Ramón que le trajera una herramienta que le hacía falta, y así lo hizo éste.

El plano de la pieza, manguito 6/6 41x25.2, temblaba por el movimiento de la máquina. Estaba sujeto en un portapapeles acoplado a la máquina. El papel, amarillento, contenía el dibujo de la pieza y las medidas. Abajo, la barra giraba y asomaba por el cabezal. El aceite caía sobre ella. Un portabrocas giratorio con tres herramientas encaraba entonces la barra hacia el centro de su eje de rotación. La primera limaba el borde, la segunda, una broca, hacía un agujero grande, la tercera, otra broca, realizaba un agujero más fino y profundo. En cada una de estas operaciones se generaba ferricha con forma de espiral. Una cuchilla se aproximaba entonces desde un carro perpendicular a la barra, para cortar la pieza, que caía. Comenzaba entonces otro ciclo. Dani, que vigilaba la máquina, apartaba la ferricha con una fina varilla de metal, evitando así que salpicara aceite, y recogía las piezas, que medía con el pie de rey. En caso de que alguna medida no fuera la apropiada, paraba la máquina y la regulaba.

Arriba, en la oficina, Ana ordenaba las autocopias en papel amarillo de las facturas. Las agrupaba, les ponía un clip y las metía en un archivador alfabético. Mientras, Mari hablaba por teléfono con un cliente. Le llevarían las cuentas firmadas aquella tarde. La oficina era una habitación de unos diez metros cuadrados, elevada sobre los vestuarios y los baños. Había allí dos mesas, un fax, dos teléfonos, dos ordenadores, al menos uno de ellos con módem, un pequeño televisor, varios archivadores de metal y armarios de oficina, un tablero de cartón en el que se clavaban papeles diversos, un perchero, un par de plantas, una ventana al Callejón y dos al taller. La máquina de aire acondicionado mantenía una temperatura notablemente inferior a la del taller. La construcción, aún rudimentaria, ofrecía un correcto aislamiento acústico del taller. Eduardo solía subir a la oficina. Traía y llevaba papeles, informaba sobre el progreso de los pedidos. También Antonio pasaba parte de la jornada en la oficina, discutiendo presupuestos, firmando papeles. Que cómo iba la rebaba de los casquillos de Alberto, le preguntó a Eduardo cuando entró. Bien,

bien, respondió. Había habido un problema con las primeras piezas, pero ya estaban saliendo bien. Ya las habían entregado y no había dicho nada.

Abajo, Nacho medía las varillas que producía uno de los tornos. Al caer, una vez finalizada la mecanización, hacían un ruido metálico. Eran finas, de un centímetro de diámetro, y unos diez centímetros de largo. Un paño colgado de uno de los salientes de la máquina le servía para limpiarse las manos. Un poco más allá Javier era capaz de coger la pieza terminada justo antes de que cayera para medirla. A su lado, la máquina C29, de un atractivo verde oliva, funcionaba sola. Era más rápida que sus vecinas fabricando un casquillo, y tenía la particularidad de tener una especie de bandejita mecánica, que debía recoger las piezas acabadas al caer y transportarlas a su sitio. No siempre lograba su objetivo. Alguien tendría luego que recoger piezas de entre la ferricha. También era notoria la manguera del aceite, que tenía aspecto de intestino delgado, azul y con la punta naranja. A unos pocos metros, Gerard preparaba el control numérico. Tenía el plano de la pieza delante e introducía las medidas en el panel de control. Al apretar los botones, se movían las partes interiores de la máquina. Dándole la espalda, Dani, pie de rey en mano, medía unas arandelas, que extraía del torno antes de que cayeran con su fina varilla de metal con la punta estratégicamente doblada.

En la oficina, Mari y Ana hablaban por teléfono con sendos clientes. Cada una en su aparato, habían llamado prácticamente al mismo tiempo a dos personas con el mismo nombre. ¿Qué códigos son Juan? Creo que están en ello. Me parece que os vamos a llevar toda la cantidad, pero no estoy segura. El pasador... ¿de latón? ¿El 1604? Ese me parece que ya está acabado. Si nos vemos un poco apurados te llamo, pero me parece que sí. Si no lo enviamos hoy, el lunes como muy tarde. Del tubo no me han dicho nada, espérate. Mari se levantó, abrió la ventana y le gritó a Eduardo ¿El tubo del Juan cómo está? ¿Ya tiene unos cuantos? ¿Juan? Sí que tienes. Lo que no sé la cantidad. Bueno, pues venga, hasta luego. Hasta luego, deu deu. Las dos colgaron al mismo tiempo. Mari le preguntó a Ana si su Juan iba a venir a buscar las piezas. Dice que si puede venir vendrá, si no que se lo llevemos nosotros. ¿Hoy tienen que ir al Martínez? No, el lunes; han dicho que esta tarde no habría nadie. ¿Y hoy dónde hay que ir? A Paco y a Manolo. En el suelo de la oficina, si uno se fijaba, podía ver restos de la grasa del taller.

¿Vas a venir o qué?, le preguntó Nacho a Ramón. Hoy es el último día para pagar. Ramón se comía su sándwich doble de pan integral empezando por los bordes y no acababa de dar una respuesta. El hermano de Nacho, Néstor, que trabajaba en el turno de noche, se casaba en dos semanas y ése sábado era la despedida de soltero. Javier no sabía nada. Preguntó cuánto costaba. Ochenta euros. Con derecho a... barato, ¿no? Ramón, estírate hombre. ¿Y si te toca la gorda?, respondió. Nacho le dijo que le pidiera el dinero a Antonio, si no tenía. A Ramón le parecía bien el precio, pero le preocupaba no tener dinero para volver a casa en taxi, desde donde estuvieran al final. Damián, ajeno a la conversación, sentado al

La fábrica del conflicto

lado de Javier, comía su media barra de salchichas con ketchup y mostaza en silencio. Ramón empezó entonces a bromear con la camiseta de Javier, roja, sin mangas. Enfoca a éste, nos dijo, con la camisa que se compró en Sitges para el orgullo gay.

En la pared sur del taller Paco trabajaba en una fresadora. Fijaba una barra de metal de sección cuadrada en la base de la máquina y, con una palanca, hacía bajar el taladro para hacerle un agujero en el centro. La viruta, muy fina, giraba con la broca acrobáticamente. Al acabar el agujero, retiraba la pieza y la ferricha, ésta última ayudándose de una manguera de aire comprimido. Unos metros más allá, Damián le hacía la rosca interior a una arandela. Con la mano izquierda colocaba la pieza en un soporte, con la derecha empujaba la palanca que hacía que la herramienta giratoria se aproximara a la pieza y le arrancara el metal. Las manos, desnudas y llenas de aceite, brillaban bajo la luz de la lámpara que iluminaba la máquina. Tras él, en la pared, había un tablero con portabrocas, otro con herramientas y dos calendarios con mujeres desnudas. En la máquina de al lado, Gerard terminaba unos pequeños tubos. Tenía dos platos giratorios, y uno de ellos se acercaba y se alejaba del otro con un ritmo estable. En medio se colocaba la pieza, que era aplastada y recibía así una rugosidad en su superficie. También esta máquina estaba refrigerada por aceite. Gerard tenía que adaptarse al ritmo de la máquina, lograr colocar una pieza en cada movimiento. Con su mano izquierda cogía la pieza y la colocaba, con la derecha la sacaba y la ponía en una caja. Varios cartones, oportunamente colocados, impedían que le salpicara el aceite.

Un poco más al fondo, Manuel llevó un cubo de plástico lleno de piezas y ferricha a la centrifugadora. Lo vació dentro, cerró la tapa y apretó el botón de encendido. Unos minutos después, sacó el tambor, muy similar al de una lavadora, y vació su contenido en una rejilla apoyada sobre un bidón. Allí separaba las piezas, ya limpias, de la viruta. Sacudía la rejilla, lo que le ayudaba a encontrar las piezas, y las colocaba en una bolsa de plástico transparente. La ferricha la vaciaba en el bidón, que luego sacaría fuera, junto a la chimenea, donde se acumulaban hasta que venían a recogerlos los de la chatarra. Las bolsas de plástico con las piezas las llevaba luego a una pesa, el método para lograr que cada bolsa contuviera aproximadamente la misma cantidad de piezas. Esas bolsas las recogió luego Óscar y las llevó fuera, a la furgoneta de reparto, con un carrito de la compra al que le habían quitado las rejas de los lados, lo que facilitaba la carga y descarga.

Al contrario que en otros talleres, donde había aprendido a entender el proceso de trabajo a partir de explicaciones, en Técnicas y Transformados aprendí a reconocerlo a partir de la observación. Fragmentadamente, desordenadamente, el ciclo de la producción fue adquiriendo sentido. La particularidad del trabajo de registro que llevábamos a cabo, limitándonos a perseguir las rutinas cotidianas, hizo que tuviéramos un entendimiento relativamente profundo de lo superficial. Sin apenas explicaciones o aclaraciones, pero con todo lujo de detalles, el trabajo con las máquinas quedaba registrado para posterior examen.

La mayor parte del espacio y el trabajo estaba dedicada a la fabricación y el acabado de piezas. Estos procesos, sin embargo, no se podían entender sin tener en cuenta el afuera, que existía en forma de pedidos, de clientes, de mercado. La oficina era el primer espacio de vínculo entre ambas esferas. Allí, el “mercado”, se materializaba en relaciones comerciales con clientes, a través de pedidos. Capturar una fracción de mercado era el primer desafío. En el caso de Técnicas existía siempre el riesgo de un descenso del trabajo, pues el sector en el que operaban, la racorería barata de serie larga, estaba sometida a una presión a la baja provocada por la competencia de China y los países del este. Como todos reconocían, esto hacía inevitable tratar de moverse hacia un mercado de mayor precisión, en el que había menor competencia y más posibilidades de negocio, pero que requería una inversión en maquinaria de precisión. Los controles numéricos eran justamente las máquinas que permitían abordar este tipo de trabajos a una velocidad rentable. En serie larga, la supervivencia de las empresas a medio-largo plazo pasaba por resituarse en el mercado de precisión y obtener certificados de calidad. La oficina, pues, era el espacio en el que la abstracción del mercado se convertía en encargos de piezas. Esa información pasaba luego al taller, donde pasaba de un plano a un trozo de metal limpio en tres dimensiones. Esa transformación movilizaba conjuntamente a fuerza de trabajo y maquinaria. El saber-hacer del obrero se juntaba con las posibilidades de las máquinas y, adaptándose mutuamente, se concretaba la producción. Las máquinas debían ser preparadas o programadas para la tarea; el operario debía adaptarse a los métodos de ésta, a sus ritmos, a su comportamiento.

La producción se vinculaba directamente con el exterior en el principio y el final del ciclo. Por un lado, mediante la importación de materia prima al taller; por otro, mediante la exportación de piezas terminadas. La materia prima podía ser aportada por el cliente o comprada; las piezas podían ser recogidas o repartidas. En todo caso, se establecía un proceso circular en el que el origen y el final estaba fuera del taller. El resultado de este ciclo era fundamental, pues la satisfacción del cliente era una de las formas más elementales de prolongar una cuota de mercado. Esta satisfacción, además, podía generar en una ampliación del trabajo, fuera en forma de más encargos del mismo cliente o de nuevos clientes auspiciados por éste. Si la oficina modulaba en gran medida la interacción con el exterior, Eduardo era el encargado de intermediar entre ésta y el taller. Dani y Gerard eran los líderes del taller, organizaban el trabajo, repartían las tareas; Antonio era el jefe, el que firmaba y tomaba las decisiones; Eduardo llevaba el peso de la conexión. Una parte fundamental de su trabajo consistía en lograr una fluida comunicación entre la oficina y el taller: informaba continuamente sobre el estado de la producción, llevaba el control de pedidos y piezas, transportaba físicamente los papeles que lo atestiguaban. Esta información era fundamental tanto para organizar la fabricación en el taller como para comunicarse con los clientes. Era lo que Mari y Ana tenían que saber.

La fábrica del conflicto

Y sin embargo, las imágenes no teorizaban, permanecían en todo momento a ras de suelo, polvorientas. A las siete menos cuarto llegó Damián. Luego Toni, a continuación Dani. La puerta del vestuario permanecía cerrada. Llegó Ramón. Salió Eduardo y fue a la máquina de café. Metió el dinero, eligió su opción, esperó. Gerard, que ya estaba vestido, llenó un cubo de agua en el grifo. Sonó entonces el teléfono, que en el taller tenía la forma de una luz intermitente. Eduardo fue a cogerlo. Al regresar, poco después, recogió su café, le añadió dos sobres de azúcar y se fue removiéndolo. Toni acudió entonces a la máquina de café. Introdujo las monedas, eligió, esperó atándose las botas, añadió un sobre de azúcar, removió, intercambió unas palabras con Gerard. Llegó Javier. Salió Dani. Guillermo se colocó en el lavabo, para que yo comprobara que encuadre, apertura y enfoque eran correctos. Salió del plano antes de que llegara Óscar. Ramón, en la máquina de café, nos dijo buenos días. Hizo dos cafés. Llegaron Paco y Manuel, que apagó el cigarro en el lavabo y tiró la colilla a la basura. Salió Óscar, luego Javier, que acudió también a la máquina de café. Nacho llegó ya vestido. Dejó su táper naranja y un yogur en la nevera y se fue a buscar las botas a su taquilla. Salió del vestuario Paco, y luego Manuel, que apagó la luz.

18.

A partir de mediados de julio, coincidiendo con nuestro establecimiento de una cotidianeidad en la fábrica, entré en contacto con un grupo de artistas que trabajaban en la nave 21 del recinto, también conocida como Can Font, junto a la torre del reloj. Conocí a Mariano y a Bea y empecé a charlar con regularidad con Josep. La situación en la que se encontraban entonces era sumamente incierta. Por un lado, el contrato entre Ricart y la Asociación Diez Artistas (AXA) había finalizado en mayo. El propietario les había pedido que entregaran las llaves y les amenazaba con cuantiosas multas. Por otro, el 22@ les había dicho que se hacía cargo del edificio y que no se tenían que ir mientras no se supiera qué se haría con él. En este contexto, habían preparado una serie de acciones fuera y dentro de Can Ricart para publicitar el conflicto y defender el trabajo creativo en el recinto. Entre el 19 y 30 de julio tuvo lugar el “Taller GuaGua, Experimentaciones con Nuevas Tecnologías para la recuperación del espacio público”, en el que una vieja caravana del año 71 fue transformada en un sistema fucsia de proyección de imágenes, retransmisión de radio y conexión a Internet. En cuanto estuvo lista, la caravana salió cada noche a distintos lugares de la ciudad a presentar el conflicto de Can Ricart. Yo la vi una noche en la Rambla del Raval, muy cerca de mi casa. Curiosos y gente comprometida con la causa se habían acercado a ver las proyecciones. Muchos compramos una lata de cerveza a alguno de los muchos vendedores ambulantes y nos sentamos en el suelo.

Entre el 27 y el 30 de julio tuvieron también lugar las jornadas *Visquem Can Ricart: creatividad urbana en un espacio para el siglo 21*: “El proceso de toma de conciencia del valor de Can Ricart ha pasado por varios estadios. En un primer momento se reconoció el valor del tejido productivo de las empresas allí ubicadas, las cuales no sólo no están obsoletas sino que además han apostado por la innovación y son rentables. El segundo paso fue la identificación del valor patrimonial del conjunto, uno de los más antiguos de la ciudad. La siguiente etapa pertenece al ámbito de la creación cultural en el cual se enmarcan estas las jornadas *Visquem Can Ricart*. Unas jornadas que quieren contribuir a superar esta crisis con un reconocimiento público al tejido y al potencial creativo de Can Ricart, que ha generado proyectos como Musikomuna, AXA/Can Font o Hangar, y que tiene un claro futuro como

La fábrica del conflicto

laboratorio para las nuevas culturas y las nuevas formas de vivir y trabajar en la ciudad.”

En una serie de encuentros y talleres en los que participaron diversos colectivos de dentro y fuera de Can Ricart, se exploró mediante estudios de casos el potencial de la creatividad y las nuevas tecnologías en el enriquecimiento del espacio urbano. Estas jornadas fueron importantes por varias razones. Una de ellas es que en el momento en que la mayoría de los inquilinos de Can Font se disponían a marchar o lo habían hecho ya, un nuevo grupo de gente había llegado para reclamar el espacio y el proyecto. De hecho, fueron Context Weblog y City Mine(d) los que organizaron estas jornadas, que a su vez supusieron la ocupación de facto del local. En segundo lugar, las jornadas introdujeron un grupo de actores y de temas que llegarían a ser fundamentales en la lucha por Can Ricart: la clase y la economía creativa.

19.

■ **¿**Cómo estuvo la actriz, Ramón?, preguntó Javier. Buah, una pasada. Pero cuál, ¿la primera o la segunda? La primera, la primera, respondió Néstor, el hermano de Nacho, que había cambiado el turno. Ambas, dijo Ramón. ¿La segunda era la de ciento ochenta kilos? Tenía que haber sido primero la gorda y luego la otra. La culpa la tiene la organizadora, además se acabó la bebida. No fue lo que dijeron. Ah vale, que cogisteis todo ya organizado por una agencia. Sí. Éste no duró ni cinco minutos. Pues uno las puede demandar por eso. Néstor, que ya había acabado el bocadillo, se fumaba un cigarro. Su hermano escribía un mensaje en el móvil. No hubo pelea ni nada, dijo entre satisfecho y sorprendido. Eso fue porque nadie la pilló fuerte la papa, estábamos todos contentos. Y mira que bebimos sangría, ¿eh? Parecíamos chinos, repetía Ramón.

La boda era el sábado a las seis. Javier dijo que los que tuvieran que ir a trabajar el sábado lo tendrían muy justo, porque se necesitaba tiempo, varias duchas, para quitarse el olor. Antonio llegó y se sentó en el palet. Les preguntó por los planes que tenían para agosto, quería saber los que no se iban de vacaciones y podían ayudar en el traslado. Estoy recapilando gente, pero tampoco os puedo obligar, dijo. Lo bueno sería hacerlo en agosto, para no perder. ¿Usted sabe lo que supondría para nosotros perder días de trabajo?, le dijo a Damián. Allá arriba se tendrá que llevar el coche, ¿no? Yo si puedo ir de otra manera... ¿Tanto miedo le tiene al coche, si tiene un coche como una catedral? No es miedo, pero no quiero. Mientras me pueda arreglar de otra manera. Yo no sé qué combinación hay allí, como no sea el tren... Pues eso me miraré. ¿Y tú qué vas a hacer, Ramón? Yo sinca. Sincarro. Todos rieron. Javier añadió entonces que a él le gustaba el Simca de rally. Se metieron entonces con el coche de Javier, un Seat 128. Que lo llevara a un museo, le dijo Nacho. Al taller nuevo llevaría el otro, que es más deportivo, dijo Javier. Pero tenía que arreglarlo, porque la transmisión, cuando pasaba de cuarenta, hacía mucho ruido. Los demás se reían. Damián se levantó y se dirigió a la máquina de café. Antonio dijo que quería que se le quitara la parálisis a Damián. Que tenía sesenta años y parecía que tenía ochenta. Que tenía un Renault 19 y no lo usaba, sólo lo cambiaba de sitio los fines de semana. Es amarrado como culo de salchichón,

La fábrica del conflicto

dijo Ramón. Lo arregla él todo: tubo de escape, frenos, porque dice no tiene para pagar a los mecánicos. Parece árabe, agarrado a cañón. Javier, que ya había acabado su bocadillo de tortilla, se comía ahora un melocotón. Nacho sacó su móvil, rojo, con el logo de Ferrari, para controlar la hora. Faltaban apenas un par de minutos para las nueve y media.

Dani entró en la fábrica con dos fotocopias de una noticia del periódico en la que salía Ramón. Se las enseñó y le dio una. La otra se la quedó Antonio, que me la leyó en voz alta. Els propietaris de Can Ricart volen firmar aquesta setmana la marxa de les empreses. Yo no sé porqué se adelantan. El abogado tiene razón cuando dice que este tío no es de fiar. Aquí se ve el Ramón, ha salido bien el cabrón, ¿eh? Pero bueno tú, a ver si este hombre se decide. Yo ya me lo tenía creído esta semana. Nos están metiendo prisa y yo ya me lo tenía creído. Me llamó mi hija y me dijo el jueves se firma. Y luego me llama ayer y me dice papa no se firma. Bueno, sabíamos que era no fácil. Solamente que nos queremos quitar esto de encima, porque nosotros sí que pagamos, pero no nos quieren cobrar. Lo ingresamos en el juzgado y ya se apañarán. Lo que no entiendo es porqué ahora resulta que tenemos que pagar las costas ésas, 10.000 euros cada uno, si nosotros no nos hemos querido meter en esto, si ha sido el dueño. A mi él me dijo que le había despropiado el ayuntamiento. Y como yo le dije el día del juicio, el ayuntamiento en sí a mi no me traído a juicio, me has traído tú. Tú eres el dueño del local en el que estoy yo. Todo eso se lo dije. Es que vamos... ¿Y qué dijo él? Él solamente le echa la culpa al ayuntamiento, y no os preocupéis que nadie os iréis sin nada. Joder, nadie nos iremos sin nada, pero él está haciendo la puñeta para que nos vayamos sin nada. Ahora, que nosotros vamos a ser duros. Es una lástima de que tengamos que llegar a estos extremos, pero es así.

Aquél día, la mujer de Antonio había venido a comer con la familia. También se había unido un cliente que estaba allí en aquél momento. A un lado de la mesa, se sentaron Mari, la Mama, Antonio y Gerard. Enfrente, Dani, Ana, el cliente y Javier. Todos comieron paella mixta. El traslado tendría que hacerse en dos días para que salieran los números, dijo Dani. Pero aún no había fecha, podía ser en agosto o septiembre, dependiendo. Gerard lo que quiere es darle caña al tema y dejarlo listo en una semana, añadió. Dos días para hacer el traslado, luego el resto de la semana para la colocación y demás. Mira que la vida da vueltas, dijo Antonio, la mujer del transportista es sobrina de mi cuñado. Que si traerían un trailer y si cabría en el Callejón, se preguntaba. Mari le preguntó a Javier, que había mostrado interés en la organización del traslado, que dónde prefería estar, si aquí cargando o allí descargando. A ver, yo soy delicado de salud y tengo poca fuerza, así que no me puedo esforzar mucho. Pues ya estamos mal, Javier. Yo quiero hacer lo mínimo posible de esfuerzo, dijo entonces. Risas. ¡Qué morro! Es por la salud, por la salud. Javier, por eso caes tan bien, por tu sinceridad, porque eso lo piensa todo dios, pero no lo dice nadie. No, pero lo mío es por cuestión de salud. Si no se puede no

se puede. O sea, lo que no puedo hacer yo es ponerme a levantar un contrapeso, porque voy a fallar y entonces me puedo hacer daño... ¡Voy a fallar, dice! Dani le dio una palmada en la espalda, mientras reía.

En la mesa de al lado comían Santi y Fernández, los carpinteros. Se encontraban cada día, cada uno en su mesa habitual, en su silla habitual. Dani hablaba con ellos mientras Mari le preguntaba a Javier si le costaba hablar castellano. No, no, lo que pasa es que pienso mucho las cosas antes de decirlas. Fernández, como cada día, le pidió a Luis que le trajera cubitos de hielo para su moscatel con melocotón. Javier contaba que Óscar se había cabreado de verdad un rato antes con Ramón, porque le había metido el dedo en el culo cuando se estaba cambiando. Es que eso no se hace, añadió. A mí que no me lo haga. ¿Es que no te gusta?, eso son las primeras veces, luego entra solo, le dijo Gerard. Risas.

El cliente le preguntó a Antonio que cuánto tiempo llevaban casados. Treinta y cinco años y cuatro meses. Nos casamos el día 2 de marzo de 1970. Domingo de ramos, a las cuatro de la tarde, añadió la Mama. Estaba llovizneando, y el coche que llevamos fue un Chevrolet, dijo Antonio. Era como de aquí al taller. ¿Y a dónde la llevaste de viaje de novios? A Badalona. No teníamos ni un duro. Vinimos a Barcelona una noche. El señor Fernández pregunta si no se fueron de luna de miel, dijo Dani, riéndose. ¿De luna de miel?, madre mía, dijo la Mama. No fuimos porque éramos dos tontitos, dos palominos. No estábamos tan mal, teníamos nuestro piso nuevo, bien montado, él su buen trabajo. Pero vino toda la familia del pueblo, ¿a dónde íbamos a ir? Fuimos una noche al teatro, al teatro Apolo, me parece que fue, ¡y encima con mis padres! Teatro Victoria, corrigió Antonio.

Unos días después, el cumpleaños de Ana nos cogió por sorpresa. Cuando llegó por la mañana vimos como Gerard y Ramón se acercaron a felicitarla. Mari, arriba, miró por la ventana y cambió la música. Le puso una canción que Ana reconoció enseguida. Ligeramente sonrojada, cogió el sobre que le dio Antonio. Lo abrió y exclamó ¡hala, que esto es mucho! Antonio, sonriente, le deseó un feliz veintisiete cumpleaños y ella subió a la oficina. Antonio se quedó hablando con Eduardo, considerando qué hacer con el caballero viejo. Eduardo dijo que él no se lo llevaría. ¿Y la fresa grande nos la vamos a llevar? Antonio, yo ahí no me meto... Si no tiene pensado de comprar ninguna hará falta, porque todos los casquillos del Manolo están pensados para ésta. Bueno, bueno, ya nos apañaremos.

Ana los invitó a todos a almorzar en el Bar Paco's. Cuando llegaron ya estaban preparadas dos mesas, una para la familia y otra para los trabajadores. Los bocadillos y la bebida tardaron poco en llegar: bacon-queso, salchichón, jamón serrano, de pimientos, coca-colas, clara, cerveza, Vichy, cerveza sin alcohol. La familia discutía los presupuestos del aire acondicionado. Los Daihatsu los anunciaban mucho este verano, serían 1.750 en total. Dos años de garantía. Eran cuatrocientos y algo cada aparato, gama media. Daihatsu era como la General, pero se hacía en

La fábrica del conflicto

Corea en vez de Japón. La misma marca, pero más barata, a lo mejor con peores materiales. En la mesa de al lado, Javier se quejaba del dolor de espalda que tenía por haber ido a limpiar el taller nuevo el sábado anterior. Yo soy muy mayor pa eso, dijo Paco. Antonio comentó que aquella tarde tenían reunión para que el abogado les explicara. Esto se estaba alargando demasiado. Había aún muchos que no estaban de acuerdo con las cantidades o las fechas que ofrecía el propietario, y el abogado decía que firmaban todos o ninguno. Dolors preguntó por cortados, los comensales levantaban la mano: cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once. ¿Carajillos? Uno. Llegó entonces Fernández, que también venía al bar a almorzar. Felicito a Ana. Dani hablaba de la diferencia de precio y calidad. Entre una tele de 700.000 y una de 300.000, ¿dónde está la diferencia? Ramón, en la otra mesa, hablaba de la caravana que habían cogido el otro día yendo al taller nuevo. Paco dijo que cada día sería distinto, que era lo que pasaba con los coches, que no se podía saber. Se tardaba quince minutos si no había nadie, pero si había caravana te podías tirar una hora. Ramón, que no tenía coche, dijo que él había cogido un taxi desde la estación hasta el taller y le había parecido muy corto, como de aquí a Glorias. Podría comprarse una bici de esas que se doblan, que se puede llevar en el tren y así no se gastar nada, salvo el metro. Eso sería lo que haría. Dolors preguntó si ya estaba todo. Sí.

Al día siguiente, en la oficina, Mari le explicaba a una cliente que el lunes empezarán el traslado. Y que probablemente no tuvieran vacaciones en agosto. Los trabajadores sí, después de la primera semana, pero ellos estarían liados con el nuevo taller. Pues yo las voy a coger con unas ganas... respondió la cliente. Antes de que se fuera, le dieron la nueva dirección. Así fue cómo también nosotros nos enteramos de que ya habían tomado la decisión de mudarse. Ana y Mari comentaban que tendrían que hacer una tarjeta con los nuevos datos e incluirla en los albaranes, para que la gente supiera. También podían llamar a los clientes más habituales y mandar emails. Al rato llegó Antonio, que venía de hablar con otros empresarios, con un tomate ecológico del Cónsul en la mano. Se sentó en una silla, contrariado. Todo el mundo quiere cobrar, pero nadie ha sido capaz de abrir la boca, dijo. Abrí el camino y voy a ser el único que van a señalar con el dedo. Pero todos me dicen: "Antonio, cobra". Tras una breve pausa, le dijo a Mari que llamara al abogado y que le dijera que ellos no querían esperar más, que querían cobrar ya.

Hola, ¿Ibáñez?, soy Mari de Técnicas, ¿qué tal? Mira, te llamo porque queremos firmar. Quiero que me digas cuándo podemos... ¿No se puede hacer ya? ... Es que a ver, si nos vamos a tener que ir a septiembre vamos a estar en las mismas... Es que al ser la reunión ayer hay muy poco tiempo de maniobra. Si esto lo hubiésemos sabido un poco antes... Ya. ¿Porque para hacer todo esto tiene que estar él en persona? ... Es que nosotros lo queremos solucionar esto ya... Entonces tú me llamas y me dices. Es que si la idea era firmar ayer no creo yo que hayan ido, hablar con ellos sí que podrás... Vale, pero que te digan ya qué día. Me llamas y

me dices cómo hay que hacerlo. Si me puedes llamar hoy mejor. Mari colgó y se dirigió a su padre. Dice que por lo menos hasta el uno de septiembre no se puede, que se han ido de vacaciones. Es que me lo veía de venir, dijo él. El planteamiento que hizo fue para alargar el tiempo. Él dice que es el primero que quiere firmar... ¿Y por qué no lo dijo ayer, coño? Porque hacía peso para Cendra y Mas. ¡Una gente que lo tienen seguro! Pero van a llamar más ¿eh? Ya verás.

Antonio le preguntó a su hija por la carta que había enviado Federico Ricart a las empresas. Que si era de agradecimiento. Mari dijo que lo que ella había entendido era que decía algo así como que ellos ya habían hecho su parte y que ahora estaban esperando, que éramos nosotros los que habíamos parado el proceso. Cuando Antonio se hubo ido, Mari quiso explicarnos un poco más lo que había pasado, quizá constatando nuestra incompreensión. En un principio les habían dicho que firmarían el jueves, ayer, pero a última hora se había convocado una reunión para informar. Al parecer, Ricart se había echado para atrás con Cendra y la Cereria Mas. El abogado insistía en que era mejor esperar, que cobraran todos o ninguno. Pero la unidad se estaba rompiendo. La gente decía que Cendra y Mas, por mal que fuera la cosa, cobrarían seguro por el tipo de contrato que tenían. Muchos querían cobrar ya para mudarse en agosto. El abogado había dicho que podían ir por libres, pero les sugería que esperaran hasta el quince de septiembre, que era otro plazo que él había puesto, y que si el quince volvía a haber pegas que cada uno firmara por libre. ¿Pero qué pasaba si el quince de septiembre volvía a pasar lo mismo? Pues que para ir por libre el quince de septiembre vas por libre ya. Así lo había decidido mi padre, que de todas maneras antes de llamar al abogado quiso tantear a los otros talleres. Pero ahora el abogado decía que era muy precipitado, que como muy pronto el uno o el dos de septiembre. Pero para eso ya esperas al quince... Un poco raro todo.

A la hora de la comida, de camino al bar, Mari le decía a su hermano que ahora ya todo el mundo firmaba a primeros de septiembre, ya nadie se esperaba al quince. Que si había llamado alguien más, dijo él. Claro. En la puerta del bar se encontraron con Belén y Vicente, comiendo con algunos trabajadores y celebrando el comienzo de las vacaciones. Belén le preguntó a Dani si había visto una foto suya guapísima que tenían los artistas de Can Font en la Guagua, la furgoneta esa que iba por ahí haciendo proyecciones. No sabía nada. Tendremos que cobrar derechos de imagen, dijo bromeando. En el bar Javier estaba comiendo solo en una mesa, leyendo el periódico. Dani nos dijo que por qué no dejábamos de grabar y comíamos con ellos, pero no le hicimos caso. Vicente, asomándose por la ventana, dijo que les íbamos a cortar la digestión. Belén, que también se había asomado, dijo que ella pasaba de que la filmaran ya, que la habían sacado por todos lados. Era viernes, 29 de julio de 2005, último día de trabajo antes de las vacaciones para muchas de las empresas del recinto. Dani dijo que empezarán a mover algo por la tarde, que les iban a traer el toro. Harían sólo la faena que corría prisa, para entregarla ese

La fábrica del conflicto

mismo día o el lunes. Llegó Fernández, con su botella de moscatel, el vaso de tubo, el melocotón y el cuchillo. Dolors vino y nos pidió que paráramos de grabar, que dejáramos a la gente comer. Que luego, cuando estuviera más tranquilo, podíamos seguir. Apagamos la cámara y el micro y nos sentamos. Un rato después hablé con ella y con Luis, que le restó importancia al tema.

Cuando retomamos la grabación había llegado Antonio. Hablaba con Fernández y Santi, cada uno en su mesa, sobre el conflicto. Comparaban sus situaciones. Antonio dijo que ellos habían recibido la carta el 31 de agosto de 2004, diciendo que se tenían que ir el 30 de septiembre. Santi explicó que a ellos se les había caducado en abril el periodo para entregar llaves. El contrato se había vencido hacía cinco años. Su abogado les había dicho bien claro que estaban afectados por el 22@, que el 22@ era el ayuntamiento, y que no había nada que hacer. Antonio dijo que no entendía nada, porque unos cobran y otros no. Santi contó entonces que a ellos ya les había pasado lo mismo en San Juan de Malta, en el 97. Pero allí tenían un contrato indefinido y habían cobrado 30 millones de indemnización. Entonces habían llegado a Can Ricart. Habían tenido que hacer toda la instalación eléctrica, que había sido complicado, porque sus máquinas eran de 220 voltios, pero les correspondía una instalación de 380v. Habían tenido que sobornar al ingeniero de Fecsa, haciéndole un armario para su casa, para que no trajera la electricidad de la calle Perú, sino de Marruecos, que era de 220v. Antonio dijo que ellos tenían la situación inversa, toda la maquinaria de 380v, pero la electricidad era de 220v. Pero tenían dos transformadores que convertían la corriente. No entendía porque todo el follón que habían liado, en lugar de comprarse unos transformadores, que era mucho más barato. Eso es que sabían que habíais cobrado y os sacaron los ojos por todos lados, le dijo. Santi respondió que también les habían dicho que tenían que hacer un contraincendio, como una bóveda para que en caso de incendio las llamas salieran hacia arriba, no hacia los lados. Pero nunca lo hicieron. Él hubiera preferido irse a un local que habían visto en la Escocesa en su día, quizá allí hubiera podido acabar sus fuerzas, ahora que aún tenía. Pero que a dónde iba a ir él ahora con su edad. Si fuera más joven, o el oficio más rentable...

- Yo ya lo tengo todo firmado, cuando vengan y me digan a la calle me voy.

- ¿El día lo sabes?

- El dueño me dijo que esto estaba ya en manos del ayuntamiento. Que podía ser en octubre, o final de año. “Pero que ya a primeros de año no contéis. Y ya os doy un margen”. En cuanto llegue la notificación del ayuntamiento, coger las cosas e irnos, vender las máquinas a precio de chatarra y a tomar viento. Es que claro, yo no tengo descendencia para que lleve esto. Yo tengo descendencia, pero tienen estudios. Y dicen “¿yo meterme ahí a estar esclavizado?” Yo me levanto a las cinco y media de la mañana y ahora plego a las seis o seis menos algo porque voy a

recuperación. Si no hasta las siete. Y años atrás empezaba a las siete de la mañana y no me iba hasta las diez de la noche. ¿Y qué tengo? No vale la pena.

- ¡Pues a ahora a vivir!, dijo Mari.

- A malvivir, porque yo de los autónomos siempre he pagado lo mínimo, ¿me entiendes? Pero vamos, se vive. Mal, pero se vive.

- Ganas en otras cosas.

- Hombre, cuando se llega a estas edades ya no se puede vivir tanto como de joven.

- Pues te vas a quedar en la gloria cuando estés en casa.

- Entiéndeme... Yo en casa, yo que sé...

- ¿Tampoco?, interrumpió Antonio.

- También me va a costar un huevo.

- ¿Pero por qué hombre?

- ¿Por qué? Porque me va a costar.

- Pues coges a tu mujer y te vas a pasear, hombre.

- Con el genio que tiene aquella, también, bueno...

- ¿Y paseando también tiene genio?

- ¿La mujer? La mujer cuenta que es peluquera. Nada más te digo eso. ¡Tiene un mal genio!

- Pues tendrás que acostumbrarte a estar en casa, o a hacer otras cosas, dijo Mari.

- No, yo ya se le digo. Yo ya la voy mentalizando. Le digo, tú cuenta con una cosa, a ti no te gustan los museos ni las cosas de estas así. Y a mi me encantan. Yo cogeré por la mañana y me voy a ir. Al mediodía voy a aparecer a comer. Y después voy a coger y me voy a ir otra vez.

- Como si estuviera trabajando

- Como si estuviera trabajando, pero ahora no voy a comer y entonces sí. ¡La obligaré a que haga la comida!

Todos se habían ido ya, excepto Mari, que le hacía compañía a su padre mientras acababa de comer. A Antonio siempre le servían una ración doble de fruta. Cuatro tajás de melón no eran nada, él se los comía enteros de pequeño, nos dijo. El comedor estaba ya prácticamente vacío y Luis se sentó un momento con ellos. Se iba a Granada y a Málaga de vacaciones. Antonio le recomendó que fuera a la Alhambra. Luego le dijeron que mañana tenían boda, que se casaba el Néstor. O sea que no curráis, dijo Luis. ¿Cómo que no?, dijo Mari, si es a las seis de la tarde. Que no venga el novio y el padrino vale, pero el resto... Vale, vale, yo pregunto.

La fábrica del conflicto

Mañana me jarto, me voy a emborrachar, dijo Antonio. Si hombre, no te va a dar tiempo, le respondió su hija. ¿Por qué? Porque en cuanto cenemos nos vamos. Luego, en un extraño giro, Antonio miró a la cámara y le mandó recuerdos a la madre de Guillermo. También a la mía. A ver si lo que estáis estudiando sale bien, dijo Mari. Luego a lo mejor os hacéis directores de películas, como el Amenábar ese. Y de aquí a un tiempo decimos mira, ahí en Hollywood recogiendo un Oscar.

Al salir vieron a Jaume comiendo en una mesa y se pararon a saludarle.

- Vosotros no esperaréis al otro agosto ¿verdad?, dijo Antonio

- Porque no nos dejan

- Yo lo que no entiendo es una cosa, cómo habéis tardado tanto en buscar un local. Yo na más que supe la noticia que nos echaban empecé a moverme. Hace dos años.

- ¿A costa de qué?

- Coño a costa de pedir préstamos, de hostias y de suero.

- ¿Y a cambio de qué?

- A cambio de nada. Y si ahora nos dan algo, como digo siempre, bienvenido sea.

- Claro que es mejor decir me espero a ver si me dan algo y con eso me muevo, medió Mari.

- Es que no es que nos den algo, es que nos lo deben.

- Eso a vosotros, que lo tenéis bien cogido. Pero a nosotros... Tú sabes cómo lo tenemos nosotros, dijo Antonio, un poco excitado.

- Nosotros hemos esperado por eso. Es que son 1.500 m². Si te deben dinero y estás en tu derecho...

- Pero claro, como nuestro caso es tan diferente..., dijo Mari.

- Claro. Es que Antonio me decía "no lo entiendo". Y es por eso.

- No lo entiendo es el hecho que te he dicho: vosotros los tenéis bien atados.

- Y ellos a nosotros.

- Yo el interior no lo conozco.

- Mira como nos putea.

- Pero sabiendo que hay ahí un contrato largo pues tiene...

- Ni así. Mira el Vicente de Iracheta, ¿por qué cierra? Porque no le dan dinero, así de claro.

- Bueno... Nos desperdigamos, con lo bien que estamos aquí, dijo Mari tratando de cerrar la conversación.

- Nos desperdigan, matizó Jaume, con una sonrisa.

De vuelta a la oficina, Mari y Ana preparaban las nóminas, revisaban las faltas. Eduardo se las confirmó. Les dejó también unos papeles con la información de unos pedidos. No han salido las 1.500, pero ya se usó todo el material, le dijo a Mari. Le preguntó también si el Pepe ya había dado por hecho que el martes no le iban a poder entregar todo. Mari dijo que no había dicho nada. De todos modos, el lunes le llevaremos lo que tengamos, dijo Eduardo. Sonó entonces una alarma, y Mari se acercó a la ventana. La abrió y tiró de un cordón en el que Antonio había enganchado un papel. Cuando miré hacia abajo, vi que estaba tomándose sus pastillas para la tensión con un cortado descafeinado. Luego, a última hora de la tarde, Antonio repartió los sobres marrones de la paga. Se los dio a los trabajadores uno por uno, metiéndoselo en el bolsillo si tenían las manos ocupadas o sucias, bromeando mientras lo hacía. Un poco después, saqué las copias en 20x15 de las fotos que había hecho hasta entonces para dárselas a los trabajadores. Antonio, Nacho, Javier, Dani, Gerard y Paco vinieron enseguida. Da miedo, dijo Dani refiriéndose a una panorámica del taller. Ésta la voy a ampliar, la voy a hacer un zoom y la voy a poner así, en el comedor, dijo Javier. Sales bien. Salgo bien de espaldas. Isaá, éstas me las quedo, me dijo Antonio. Claro claro. ¿Cuánto es cada una? Nada hombre, es un regalo. “Tía, nen. Guapas, guapas, nen. Javier y Dani se jugaron a suerte dos fotos en las que salían ambos. Javier me pidió que le grabara un cd con todas. Damián, Ramón, Manuel y Óscar no se habían acercado, habían seguido trabajando, así que fui hacia ellos y les di las fotos que tenía de cada uno. Me dieron las gracias.

Aquella misma mañana, Damián y Javier habían almorzado solos en la chimenea. El resto de los trabajadores se habían ido a otro lado, presumiblemente evitándonos. Javier, que seguía de cerca la evolución del documental y que conocía nuestra preocupación por la falta de material conversacional, parecía dispuesto a echarnos una mano.

- ¿Usted viene mañana a trabajar, a empezar el traslado?

- Supongo que sí, depende del jefe.

- Yo también, pero tengo pocas ganas.

- Yo ningunas.

- Es eso, ningunas. Fuimos a ver la otra nave, la semana pasada, estuvimos limpiando. Y un dolor por la noche en las piernas... Trabajando todo el rato y luego por la noche no puedes disfrutar... Ya me dirás tú para qué sirve trabajar.

- Yo antes venía cada sábado, pero ahora sin compromiso.

- Yo en la otra empresa que estaba el año pasado también iba cada sábado. Pero llega un momento que el cuerpo necesita descansar. Empezabas a trabajar a las ocho, hasta las dos. Cuando llegabas a casa eran las tres y media. Comías, echabas la siesta. Empalmabas con la cena a las nueve, luego te íbas de marcha hasta las cinco de la mañana. Y luego el domingo descansar un rato por la mañana y salir un rato por la tarde. Cuando llegaba el lunes estabas... Aquí lo mismo. Vienes a

La fábrica del conflicto

trabajar el sábado, comes, te pegas una ducha. El domingo ni te levantas, todo el día en la cama. La semana pasada me levanté a las cinco de la tarde.

- El cuerpo necesita descanso. Y más con la calor esta que hace.

- En invierno es mejor. Pero el cuerpo se cansa en exceso. Todo depende también de lo que te paguen la hora. Pero lo que pagan es una mierda, por lo tanto la poca motivación que podía haber... A mi lo que me preocupa es la semana que viene, que para mover todo esto... Dicen dos días... Vamos a estar toda la semana moviendo.

- Y no solamente aquí, luego allí.

- Eso es lo que dije yo. Cuando llegemos allí tendremos todo un descampado lleno de cosas para colocar.

- Hay muchas cosas metidas ahí.

- Son muchos años que se ha ido almacenando.

Largos silencios espaciaban la conversación, en los que ambos comían sus bocadillos, Damián de salchichas y Javier de tortilla.

- Allí lo que vi es que las operaciones estarán arriba. No sé cómo se trabajara allí, porque tendrás la uralita prácticamente ahí.

- ¿Hay uralita también?

- Hará calor. Y en invierno frío.

- Yo no he estado allí.

- Son dos naves juntas. Y tiene doble techo de poliespán, pero eso... Y el sol cuando entra, que entra hasta media nave, calienta. Porque el problema que hay es que no hay puerta trasera. No hay corriente. Son naves pareadas por atrás.

- ¿Y no puedes abrir ventanas ni nada?

- No, no hay en la pared trasera. Y claro, hará calor.

- Ya veremos.

- Hombre, al menos estará más limpio.

- Eso ahora, deja que estemos allí un tiempo. Por mucho que quieras, es como todo, la limpieza necesita su tiempo.

- Que venga una señora cada semana...

- La limpieza tiene su tiempo. Si tienes que limpiar la máquina cuando acabas tiene su tiempo. Y barrer tiene su tiempo. Esto merdea mucho. El aceite... Supongo que estará mejor que esto, pero con el tiempo...

- Pero bueno, tiene una instalación eléctrica nueva. Tiene unos focos así redondos. Las condiciones laborales serán mejores. Está muy bien. El problema es que no está aquí al lado de casa, ése es el problema. Porque ir fuera a trabajar sale caro.

- Un día vale, pero un día y otro y otro.

- Además se te puede estropear el coche un día. No es como aquí, que puedes venir caminando, en autobús, en metro.
- Aquí te se escapa un autobús y viene otro al momento, o coges el metro.
- O coges un taxi aunque tengas que pagar tres euros para no llegar tarde.
- Allí no puedes, se te va todo el jornal. Es un problema.
- A mí me hubiese gustado que nos aguantaran aquí hasta final de año.
- A mí también.

Terminaron sus bocadillos en silencio. Damián dijo que se iba a tomar un cafelillo, a ver si iba tomando fuerza. Javier sacó un trozo de melón envuelto en papel de aluminio y se lo comió lentamente. En la puerta de la fábrica, Damián, sentado en una silla, se tomó su cortado.

Había sido una semana extraña, intensa. La incertidumbre con respecto a la mudanza dio lugar súbitamente a su planificación, al menos para nosotros. Tuvimos que reajustar nuestro calendario de producción y, sobre todo, ajustarnos a la aceleración de los procesos. También se había pasado de la esperanza de una firma conjunta de los acuerdos a la ruptura del grupo en apenas un par de días. La fortaleza que había conocido dio paso a la impaciencia. La frontera inminente del verano hacía que todo pareciera un tanto precipitado. Estuve presente en la primera de las dos reuniones que el abogado organizó en aquél periodo. Fue una situación extraña, en la que primero me dijo que no podía y luego, tras los comentarios de algunos empresarios, reconsideró su posición. Me obligó, eso sí, a dejar todas mis pertenencias fuera y a entrar con lo puesto. No me conocía, dijo, no era desconfianza sino precaución. No se podía arriesgar a que se filtrara algo y la negociación se viniera abajo. En la reunión, los primeros síntomas de la ruptura de días después estaban ya presentes. La idea de que la negociación pudiera prolongarse hasta septiembre no les gustaba a una mayoría lista ya para marchar. Para aquellos aún sin local, ganar tiempo era fundamental. El abogado insistía en que la unión era la fuerza, que debían hacer un último esfuerzo por el bien de todos. El ayuntamiento, según él, estaba realizando al fin una verdadera labor de mediación y haciendo que el propietario, que hasta entonces se había cerrado en banda a la negociación y estaba dispuesto a resolverlo todo en la vía judicial, entrara en razón y se sentara en la mesa a hablar. Era un tipo en el que no se podía confiar, incluso los del 22@ estaban ya cansados de sus salidas de tono, añadió. Ibáñez hablaba de los representantes de la sociedad municipal 22@, en concreto de Montiel, como aliados en el proceso. No lo habían sido en un primer momento, pero ahora sí. Estaban decididos a darle carpetazo a esta cuestión cuanto antes, y estaban presionando a Federico Ricart para que pagara a las empresas ya.

La fábrica del conflicto

Días después el abogado quiso aclarar lo ocurrido con la difusión de una nota de prensa, en la que se podía leer: “No es cierto que se haya llegado a un acuerdo con 20 empresas. Nosotros siempre hemos considerado el “Acuerdo Marco” suscrito por los representantes de todas las partes el pasado mes de Junio. Si no se respeta a la totalidad de las 20 empresas no podemos considerarlo como acuerdo. Ninguna empresa ha suscrito acuerdo alguno de forma individual con dicha Asociación Administrativa [de Propietarios, AP]. La [AP] se niega a cumplir los Informes Técnicos elaborados por la sociedad 22@bcn, sobre los plazos de salida y desalojo de las empresas Cerería Mas y Talleres Cendra, por lo que entendemos que hay un claro incumplimiento de la [AP] respecto al “Acuerdo Marco” y además en un aspecto fundamental para dichas empresas como son los plazos de salida fijados unilateralmente por la sociedad 22@bcn. El “Acuerdo Marco” debió ser ejecutado durante el mes de junio, demora imputable a la [AP], al argumentar motivos de índole de tesorería.”

20.

Explora la Ruta del Tram. Cultura, Ocio y Compras. Hay mucho por descubrir”. Entre los rótulos, la ilustración de una familia formada por abuela, padre, mujer e hijo, todos con sombreros de explorador y sonrisas de dibujo animado, la madre con una cámara de fotos, la abuela con una bolsa de compras, el hijo con una caja de palomitas. Con apenas tiempo para explorar la imagen, el tranvía se puso en marcha y el cartel publicitario desapareció de nuestra vista. El vehículo se dirigía en línea recta hacia el Centro Comercial Glòries y la Torre Agbar. Estábamos en el cruce entre la avenida Diagonal y Pere IV, al fondo quedaba el solar del futuro Parc Central y Can Ricart. En la acera de enfrente, mientras nosotros esperábamos a que llegara otro tranvía para volver a grabar el plano del cartel, tres hombres y una mujer vestidos de traje oscuro, con corbata ellos, todos con maletines, esperaban un taxi que no llegaba.

Montamos el trípode en el coche-bici de Marc. Guillermo se subió para poder mirar por el visor, yo me coloqué en el otro lado, por fuera y con una mano en el volante, preparado para empujarlo. Era el mejor sistema que habíamos encontrado para grabar un travelling frontal de un extremo de la Calle al otro, hasta el Pasaje, que debía mostrar los talleres y la historia del conflicto tal y como se podía apreciar en los graffitis de las paredes, borrados y vueltos a escribir. Clos nos engañas tu y tu camarilla. No queremos el desaucio del 14/04 garra. Ricart te estás engordando con nuestros puestos de trabajo. Ricart lladre. Garra no desaucio. No nos moverán. Ricart nos robas el puesto de trabajo. Ricart Narváez 22@ Clos especuladores. Clos fora!!! Lladre. Can Ricart resiste. Si fuéramos ocupas no nos echarían. La lucha continua. Ajuntament mentider. Antes morir de pie, que vivir de rodillas. Defendemos nuestro trabajo. No marxarem. 22@ ¡¡tant que roba!! Ricart lladre.

La tarde del viernes 29 de julio un camión de la empresa de traslados llegó a Can Ricart con un toro. Los empleados, el otro montacargas y los camiones no vendrían hasta el martes, pero el primer toro les permitiría ir adelantando faena. Gerard y Dani decidieron que había que sacar una máquina al Callejón para tener más espacio dentro. Mientras, Antonio, montado ya en el toro, investigaba los controles. Con todos los tornos apagados y apenas un par de máquinas de acabados

La fábrica del conflicto

encendidas, la música se oía claramente. Sonaba “Cuéntame un Cuento”. Eduardo cortó los cables de alimentación de los tornos con unos alicates. Dani, ahora montado en el toro, seguía las instrucciones de Gerard y trataba de meter las horquillas bajo uno de los tornos Traus de color azul metálico. Pero éstas chocaban con los soportes de la máquina y no entraban. “Qué difícil es hacer el amor en un Simca 1000”. Antonio lo intentó sin las extensiones de las horquillas, pero tampoco entraba. Finalmente, decidieron cambiar de estrategia y levantar el torno con la ayuda de unas bragas, o amarras. Dani volvió a subirse al toro, Gerard, Antonio y Ramón permanecían junto a la máquina, los dos primeros dando indicaciones. Las bragas se tensaron bruscamente y el torno hizo un amago de dejar el suelo, pero se inclinó sólo de un lado. Una de las amarras era demasiado larga. Tuvieron que parar y volver colocarla. Dani, nervioso con la situación, dijo que había que montárselo de otra manera para que no hubiera tanta gente parada. Mandó a Ramón a quitarle las tapas a todos los tornos. “Chiquilla”. No fue hasta un buen rato después que consiguieron sacar el torno, con uno de los nudos de las bragas con una pequeña barra de metal como tope, pues había estado a punto de ceder en el intento anterior. Antonio gritaba, ¡dale parriba! Estamos haciendo una auténtica chapuza, dijo Dani. Eso se va a escapar y la vamos a liar. ¡Tira parriba! Con un leve zarandeo el torno flotaba en el aire y Dani trataba de sacarlo marcha atrás. Uno de los nudos cedió y la máquina quedó bastante inclinada, pero sin tocar el suelo. Dani decía que el toro no podía con ella y le pidió a Ramón y a Gerard que se sentaran detrás como contrapeso. Luego llamaron también a Óscar. Antonio se reía. ¡Ay, el torito fiero! ¡Cómo culea! Javier puso serrín en el suelo para que el toro no resbalara con el aceite. “Veinte años tiene mi amor”. Inclinado y zarandeándose, el torno llegó al lugar que habían previsto, junto a la chimenea, sobre un palet. En el último tramo Dani desembragó con brusquedad, pero los contrapesos estaban bien sujetos. Un rato después, fueron necesarias seis personas para cargar y sacar el cargador automático del control numérico, que también colocaron fuera. La idea original era sacar algunas máquinas para tener más espacio para desmontar el taller y luego volver a guardarlas para que no quedaran fuera, pero tras las dificultades decidieron dejarlo todo fuera.

El lunes por la tarde un tercio de la nave estaba ya vacía. Junto a la chimenea se acumulaban las máquinas y las barras de material. Habían aprendido a sacar los tornos más ágilmente con otra técnica. Los levantaban con las bragas apenas un momento y los colocaban sobre un palet. Luego cargaban el palet directamente con las horquillas. Aún así, era un proceso delicado, porque los tornos eran mucho más pesados en uno de sus lados, y había que corregir este desequilibrio desplazando las horquillas hacia ese lado. Lucas, del taller del enfrente, llegó con una escalera modular para que Eduardo pudiera desmontar los fluorescentes que colgaban del techo. Mientras la montaban, no sin dificultades, empezó a llover con cierta intensidad, aunque también hacía sol. Gerard mandó a Ramón a tapar las máquinas con

unas planchas de plástico. Era difícil que éstas se sostuvieran sobre la superficie irregular de los tornos, pero de algún modo lo consiguió. El toro empezó entonces a echar humo, hubo que pararlo un rato. Javier seguía cubriendo el suelo de serrín para evitar accidentes. Cuando el toro se hubo enfriado Dani cargó con él unas barras de material y al girar estuvo a punto de golpear el control numérico, primero, y nuestra cámara después. Antonio le gritaba que no tenía ni idea. Un rato después, Dani le preguntó a Javier que qué hacía ahí parado. Que ya era la hora, dijo. Pero que si que quería se quedaba un rato más. Haz lo que quieras, Javier.

El martes a las siete de la mañana llegó el primer camión de la empresa de mudanzas, con un toro grande en él. Lo descargaron sin mayor dilación con la grúa del camión y enseguida empezaron a trabajar. Poco después llegó el segundo camión. Para la sorpresa de todos, uno de los tres operarios era Eusebi el Hippie, amigo de la infancia de Dani, recordado por toda familia. Era su primer día de trabajo en la empresa, después de un largo periodo como camionero de larga distancia.

Con los toros llevaban las máquinas al camión. Con la grúa de éste las colocaban ordenadamente en la superficie de carga. El trabajo de los operarios destacaba por su rapidez y precisión. Desde el Pasaje, mirando hacia el Callejón, se podía ver cómo las piezas y las máquinas que cargaba la grúa del camión volaban por el aire. Al fondo, la chimenea de la fábrica, y más al fondo, la punta de la Torre Agbar. Uno de los operarios manejaba el control inalámbrico de la grúa con soltura, otro, subido al camión, ayudaba a colocar las piezas. Mientras, Eusebi seguía sacando máquinas con el toro. Con las bragas bien colocadas las máquinas se elevaban rectas y bien sujetas. La conducción del toro, rápida pero delicada, otorgaba seguridad al proceso. En un par de horas el primer camión estaba ya lleno. Empezaron entonces a cargar el segundo. Uno de los operarios le explicó a Dani que cuando los dos estuvieran llenos harían el primer viaje, y que entrarían el camión de culo y descargarían las máquinas directamente en la nave. La puerta era suficientemente grande y la altura mínima de cinco metros, así que no debería haber problemas. Dani y Gerard debatían quién llevarse con ellos a Montornès.

Pronto llegaron los técnicos de los controles numéricos, que tenían que prepararlos para el traslado, supervisar el transporte y calibrarlos en destino. En cuanto dieron su visto bueno, los operarios se dispusieron a sacarlos de la nave. Eran mucho más grandes y pesados que cualquier otra máquina del taller. El primero de ellos lo elevaron apenas unos centímetros con las bragas, justo lo suficiente para poner dos barras de madera debajo, que mantenían la máquina a una distancia del suelo suficiente para que las horquillas del toro pudieran luego levantarla directamente. Así lo hicieron, y marcha atrás Eusebi condujo el control hasta la Calle, junto al camión. Las ruedas traseras, las que tenían la dirección, apenas tocaban el suelo. Uno de los técnicos del control se sentó en la parte trasera del toro a modo de contrapeso. Las pequeñas ruedas, totalmente giradas, apenas lograban que el toro

La fábrica del conflicto

trazara una curva. Una vez junto al camión, la grúa del mismo levantó la máquina, sujeta con unas amarras, y la colocó. Antonio mandó a Ramón a subirse al camión para limpiarla. Un rato después cargaron el segundo control, que Ramón también limpió. Antonio, vestido de calle en ese momento y satisfecho con el trabajo hecho, hablaba con Eusebi. Le explicaba que el control grande, que podía trabajar con barras de hasta setenta y pico milímetros de diámetro, pesaba 7.000 kilos. El otro tres o cuatro mil. Un bicharraco, concluyó. Así se levantaba el toro que casi no giraba, dijo Eusebi. Y nos hemos metido en otro de diámetro 90, dijo Antonio, sin dejar de darle instrucciones a Ramón sobre la limpieza de los controles. Ahí ahí, con el spray que si no no sale.

En la puerta del taller, Dani trataba de explicarles a los técnicos de los controles cómo llegar al nuevo taller. La carretera de la Roca, la rotonda, donde están haciendo la Coca-Cola, dirección Mataró. Uno de los técnicos, con el GPS en la mano, le dijo que le diera la dirección. La introdujo y enseguida tuvo el itinerario indicado. Tranquilo, que ya me llevará la maquinita. Qué maravilla, tú, dijo Dani. De todas formas, dame tú móvil, añadió el otro técnico, por si acaso. Los dos camiones partieron a la nueva nave un poco antes de la pausa para comer. Con ellos se fueron Dani, Gerard, Javier y Nacho. Antonio le dijo a Ramón que fuera con él a comer, que le invitaba, pero éste declinó la oferta y prefirió quedarse solo en el taller.

Por la tarde, Eduardo manejaba el toro y sacaba algunos tornos pequeños. Paco, Toni y Damián, en el Callejón, limpiaban las máquinas y los pies de máquina antes de que los cargaran en el camión, que ya había vuelto. Manuel y Óscar seguían sacando cosas del taller. Antonio revisaba con Eduardo lo que quedaba por hacer. Se levantó entonces un fuerte viento que parecía anticipar una tormenta. Fuera, apresurados, los trabajadores trataban de cubrir las máquinas, los pies, los armarios, los tabloneros que ocupaban todo el pasaje. El viento hacía imposible utilizar plásticos, sólo las planchas de uralita se mantenían más o menos en su sitio. Enseguida empezó a llover de forma torrencial. Todos nos refugiamos en el interior de la nave, en la que la lluvia resonaba aún más en el vacío. Los trabajadores siguieron con sus labores de limpieza. Damián y Paco, con trapos de tela ya sucios y spray, limpiaban las tapas de los tornos, lentamente, una por una. Primero las inundaban de líquido azul, luego restregaban hasta restaurar algo de la transparencia original del plástico. De la boca de Paco colgaba su habitual cigarro, apagado durante un buen rato y encendido después.

El miércoles por la mañana Damián y Paco continuaban con las tareas de limpieza. Trabajaban juntos en una estantería metálica que estaba fuera, en el Callejón. Damián preguntó que por dónde empezaban, por arriba o por abajo. Paco le dijo que no hablara, que si los veían igual les metían dentro. La estantería, totalmente cubierta de una grasa entre verde oscura y negra, dejaba muy poco a poco entrever su color original, blanco. Cuando acabaron pasaron a los tableros de

madera que habían sostenido las herramientas del taller. La grasa se había acumulado en el contorno de las mismas, dejando marcada la silueta de cada herramienta. Al limpiarlos, estas huellas desaparecían.

A la hora del desayuno nadie acudió a la chimenea. Sorprendidos, caminamos un poco y los encontramos en la Calle, en el suelo, entre dos vehículos. Es probable que estuvieran evitándonos, lo cual no les impidió empezar a bromear rápidamente en cuanto nos vieron llegar. Se metían con Javier, no se creían que tuviera 32 años. Que no se quitara años, que eso era de mujeres, le decía Ramón. Que por lo menos tenía 37, dijo Nacho. Javier, sin inmutarse demasiado, comentaba con cierta ironía que se había alegrado mucho la noche anterior de que su hermana hubiera cogido ya las vacaciones, porque así le podía hacer la cena, que él estaba muy cansado. ¡Hala, qué asco de pavo!, dijo Nacho. Javier se reía, mientras se comía un yogur. Luego se fue a buscar su dni para demostrarles que no mentía sobre su edad. Les pregunté si les daba pena irse de allí. Me da palo tener que ir más lejos, respondió Nacho. Pena no, es tener que pagar más transporte, dijo Ramón. Vivía en l'Hospitalet, ahora venía en metro, se levantaba a las cinco y llegaba a la parada a las seis y veinticinco o y veintisiete. Ahora tendría que coger el metro hasta Sants y allí el tren a Montmeló y luego caminar hasta el taller. En ese momento llegó Javier y les dio el dni. A Ramón le dio un ataque de risa al verlo. Te parece a Cristóbal Colón, tío. No jodas. Qué feo el tío, eres más feo que pegarle a una mujer en el embarazo. Javier se reía. Wanted, dijo. ¿Ves? Del 73. Es que sois desconfiados. Damián, que hasta entonces había permanecido en silencio, aprovechó para meterse con Ramón. Como él no tiene carnet y va falsificando se cree que todos son iguales. Ramón seguía con sus reflexiones. Te ponen un gorrillo así y te montan en una carabela y Cristóbal Colón. Javier, eres el mejor.

El camión se fue cargado con tornos. Quedaba un último viaje para la tarde, con las máquinas de acabados, las estanterías, los tableros, y otras cosas pequeñas. La nave estaba prácticamente vacía ya, con los cables de alimentación de las máquinas colgando del techo por todos lados. Damián, Paco y Manuel sacaron la centrifugadora, la desmontaron para limpiarla y luego la volvieron a ensamblar, aunque el tambor no encajaba bien. Luego, entre todos, sacaron un pesado taladro de acabados apoyándolo en un montacargas manual.

Justo antes de la hora de comer llegaron Mari, Ana y la Mama. Ésta última había traído su cámara digital para hacerle fotos a la nave. Ahora que estaba vacía, todos coincidían en que parecía mucho más grande. Yo no sé si cabremos allá arriba, dijo Antonio en un momento. En los huecos que dejaron algunas máquinas y muebles era posible ver el suelo original, que en el resto del taller estaba sepultado por años de suciedad. Mientras la Mama hacía fotos y me consultaba porqué le salían oscuras, Mari le enseñaba a su padre el presupuesto del mobiliario de oficina, que éste aprobó. Habían venido a buscar a Antonio para irse a comer al restaurante del nuevo polígono. Le dijeron que fuera a cambiarse. Invitaron a Ramón a unirse,

pero dijo que se había traído su comida. Nos contaron que Antonio no quería despacho, sino sala de ocio, con sofá-cama y televisor. Por si había partido o carreras o algo. Habría gerencia, sala de reuniones y sala de ocio.

Ya por fuera, Lucas, del taller de enfrente, bromeaba con el aspecto de la percha del micro, forrada de pelo para evitar el sonido del viento. Que parecía Leopatra con el abanico, decía. ¡Es Cleopatra!, dijo la Mama. ¡Leopatra, qué más da! ¿Y el marido, cómo se llamaba? Uy, tenía tantos... Marco Apolo, Marco Antonio.

Por la tarde regresó Antonio. Eduardo y Eusebi estaban terminando de cargar el último camión. Paco, Damián y Ramón continuaban limpiando máquinas. En la nave sólo quedaban ya las que no se llevarían. Entre ellas, una afiladora. Antonio le explicaba a Eusebi como funcionaba. Lo más virguero. Le explicó también el tipo de piezas que fabricaban, lo que era un brochado. Le dijo que era una pena que no hubiera visto el taller funcionando, con todos los tornos andando. Un ruidaco... Pero un ruido de máquinas ¿me entiendes? Y tú dirás ¿cómo es posible que éste se entere si una falla? Pues sí, escucho y me doy cuenta de cuál máquina está funcionando mal. Porque son muchos años... Cuando Eusebi anunció que se iba con el camión a la nave nueva Antonio le dijo que amarrara bien esas bichas, que eran capaces de salir corriendo ahora que se veían en libertad. Salió con él al Callejón y vio como el camión partía. Eusebi tocó el claxon como despedida. En ese momento apareció por allí a echar un vistazo Quintana. Estaba ya vestido de calle, esperando a Marc para marcharse a casa. Ése sí que tiene dos cojones, le dijo Antonio refiriéndose a Eusebi. La vida es así, viene el tío ayer y mira, Eusebi el hippie, amigo de mi hijo. Era camionero, empezó ayer en esta empresa. Éstos son los tíos que van a Alemania, a todo el mundo. Lo ves manejando el toro que parece que sea una carretilla. Mira ven acá para que veas el salón. Le enseñó la nave vacía, le habló del techo, que lo había puesto él, y de la mesa de madera maciza, que aún tenía que llevarse. Ya no se hacen mesas así, dijo, hasta gatos ha parido la gata ahí. Quintana asentía y le daba la espalda a la cámara en todo momento.

Era nuestro último día de grabación en Can Ricart y también el último día en el que los trabajadores estarían allí de forma continuada. Queríamos grabar el cierre de la puerta y la salida de los obreros. Ya lo habíamos intentado antes, pero nos miraban, nos saludaban y se rompía toda la tensión pretendida en el plano. Así que entré a la nave poco antes del cierre y les dije que íbamos a grabar cómo salían y se cerraba la puerta, que por favor hicieran como si no estuviéramos allí. Con los dedos cruzados, encuadramos cuidadosamente, pulsamos el botón de rec y nos apartamos de la cámara. Nos fuimos al Callejón, lejos de la puerta, y dejamos la cinta correr.

Fuera, en el solar del Parc Central, la lluvia había estimulado las malas hierbas, cuyo verde poblaba el suelo. Mirando a un lado podía ver algunos escombros más o menos recientes, la chimenea rota y un par de montañas de tierra donde un

joven hacía saltos con su bicicleta. Más al fondo, la Torre Agbar y varias grúas. Al otro lado destacaban en primer término las naves de la antigua fábrica Oliva-Artés, una de las cuales estaba siendo restaurada para convertirse en cuartel de la Guardia Urbana. Al fondo, numerosos edificios en construcción y más grúas. Conté catorce, sin ánimo de ser exhaustivo.

El viernes cinco de agosto nos acercamos al nuevo taller. No teníamos coche, así que tuvimos que coger un tren desde el Clot hasta Montmeló y allí, preguntando, caminar entre quince y veinte minutos hasta el polígono Can Buscarons de Baix. Cruzamos el río, caminamos por la carretera, llegamos a una desviación donde efectivamente estaba el Mesón del Chuletón, la indicación que nos había dado Antonio. Seguimos hasta la rotonda y tomamos la primera calle a la izquierda.

La nave tenía dos puertas metálicas enormes. El espacio interior era casi cuadrado, mucho más pequeño que el de Can Ricart, unos 15x15 metros, aunque también considerablemente más alto. En el lado izquierdo de la nave habían construido un altillo para los acabados, que no cabían abajo. Los tornos estaban al fondo, alineados en diagonal y por parejas, como en la vieja nave. Los controles numéricos, juntos en el extremo derecho de la nave. Los materiales, en el lado izquierdo. Era un espacio muy luminoso. La luz natural entraba por unas claraboyas y varios focos grandes colgaban del techo. La instalación eléctrica, extremadamente limpia y ordenada, era totalmente visible, viajaba por una especie de raíles que colgaban del techo y de los que salían los cables de alimentación para las máquinas. El suelo, aún reluciente, estaba dividido en una zona verde de paso, una línea amarilla de separación y una zona roja de fabricación, siguiendo la normativa vigente. La pared tenía una franja de dos metros de pintura verde, una línea roja, y de ahí hasta el techo bloque a vista. Una bandeja metálica bajo cada torno debía impedir que el aceite que inevitablemente caería de la máquina se extendiera por todo el suelo. Había aún máquinas en la calle, Dani las entraba con un toro. Javier y Nacho ponían a punto los tornos. Colocaban los sistemas de carga, montaban los contrapesos que empujarían las barras, enrollaban los hilos del mecanismo en una especie de trompo. Arriba, además del altillo, había un comedor, unos vestuarios con ducha, una oficina y dos cuartos más. Damián fregaba el suelo. Le preguntamos cómo encaraba el cambio de rutina. Nos dijo que aún no sabía cómo vendría, porque no quería usar el coche. Vivía en Badalona, antes, con el T-Mes, le salía muy económico ir a trabajar. Además, le daba tiempo de ir a casa a comer y descansar un poco. Ahora cambia todo, dijo. Iremos viendo según pasa el tiempo. Una vida nueva, como dicen.

21.

Un día antes de nuestra visita a Montornès, el 4 de agosto, siete dotaciones de la Policía Nacional habían desalojado por orden judicial las naves de Ricson. Con la mayoría de los trabajadores de vacaciones, el desahucio se llevó a cabo sin incidentes. Dos días después, la Plataforma Salvem Can Ricart, ante el riesgo de un derribo inminente, puso en marcha con la ayuda de Can Font un nuevo “plan de emergencia”, el “ull vigilant”. Se trataba de una cámara web conectada a Internet y accesible a través de la página de la Plataforma.

Aún así, el viernes 12 de agosto un grupo de operarios, siguiendo instrucciones del propietario, empezó a desmontar la cubierta de una de las naves de Ricson. Esa misma mañana los grupos implicados en la defensa de Can Ricart hicieron circular un email en el que se denunciaba la pasividad de las administraciones y se solicitaba la detención inmediata de los trabajos y el establecimiento de una moratoria hasta que se resolviera la Proposición no de Ley en trámite en el Parlament de Catalunya. Según *El Periòdico* (13/08/05), el portavoz de la AP afirmó que no se trataba de un intento de derribo, sino del desmontaje del techo para evitar que la nave fuera ocupada. Un portavoz del AjB confirmó que se trataba de una “acción preventiva” y que no habría ningún derribo hasta finales de septiembre. En todo caso, la presencia de miembros de la Plataforma había logrado detener el desmantelamiento.

El fin de semana siguiente el “ull vigilant” fue sabotado. Como se publicó en la página de la Plataforma, “mentre les portes de Can Ricart estaven tancades, algú ha tallat els cables de la web-cam amb la qual vigilem permanentment el recinte de Can Ricart. El servei torna a funcionar.” Esta escalada en la tensión hizo que se organizara, el martes día 23 de agosto, un “precinto ciudadano” de la antigua nave de Ricson. “El precinte ha consistit en posar en la porta principal un enorme candau fictici, obra d’un artista de Can Ricart. Aquest candau té quatre claus, una clau ha estat lliurada a la Sra. Angela Gisbert, representant de Ricson, per mostrar la nostra protesta a que es forci el tancament de l’activitat econòmica i artística que actualment hi ha en Can Ricart. Una altra clau ens l’hem quedat la Comissió [Plataforma] Salvem Can Ricart com a garantia de tenir el candau ben tancat per barrar el pas a l’enderroc. Les dues claus restants estan destinades a la Generalitat

de Catalunya i a l'Ajuntament de Barcelona, però no seran entregades fins que no s'hagi discutit i valorat la importància patrimonial i com actiu de futur de Can Ricart” (www.salvemcanricart.org, 24/08/05).

El resto del mes de agosto transcurrió sin sobresaltos, y tras el final de las vacaciones las acciones se reactivaron. El día 10 de septiembre empezó la Fiesta Mayor del Poblenou con un pregón a favor de Can Ricart. “Con el mismo empeño con el que ha luchado por la recuperación de los papeles de Salamanca, el abogado e historiador Josep Cruanyes abogó ayer en el pregón que abrió la Festa Major de Poblenou por la conservación íntegra del recinto fabril de Can Ricart, afectado por un plan urbanístico del 22@. La reivindicación, aplaudida por el numeroso público que se congregó ante el casino de la Aliança, fue acompañada por más peticiones: la biblioteca Can Saladrigas, “que se reclama desde 1917”, y vivienda pública. Cruanyes, natural de Masnou y vecino de Poblenou desde hace siete años, leyó su pregón exhibiendo una pegatina en favor Can Ricart. Tras hablar del pasado industrial de este barrio de Sant Martí, de sus tradiciones y de sus calles, entró en materia y arremetió contra el propietario del recinto por “permitir la destrucción de un patrimonio que no es sólo suyo, sino de todos”” (*El Periòdic*, 11/09/05).

Ese mismo día los artistas de Can Font enviaron un “SOS al sector cultural” en el que explicaban su situación y recogían firmas de apoyo: “...Los muros de este recinto han visto pasar centenares de artistas que han favorecido la existencia de una actividad pluridisciplinar entre las industrias y los creadores dando lugar a un rico entramado social, añadiendo valor al conjunto patrimonial. Dentro del plan 22@ el espacio de Can Font aparece catalogado como equipamiento cultural gestionado por el Ayuntamiento cuyo contenido aún no ha sido definido. Hasta que esto ocurra, los 25 artistas que componen la asociación [AXA] se encuentran en un limbo legal y en el centro de un escenario ocupado por el Marqués de Santa Isabel, propietario del recinto de Can Ricart, y el Ayuntamiento, futuro gestor del espacio, en cada uno de los extremos. Los mensajes que llegan de cada uno de estos interlocutores sobre la responsabilidad del espacio son contradictorios. Mientras que el Marqués asegura ser el actual propietario del espacio de Can Font e insta a los artistas a abandonar el lugar, el Ayuntamiento informaba el pasado 19 de julio a los artistas a través de la Asociación de Artistas Visuales de Cataluña de que se responsabilizaba del espacio y de los artistas hasta que se decidiera el destino final del equipamiento. Los intentos de los artistas por dialogar con los responsables municipales para aclarar su situación y obrar en consecuencia no han sido atendidos hasta el momento.”

22.

El miércoles 14 de septiembre de 2005, en la sede de la sociedad municipal 22@bcn, diecisiete empresas de Can Ricart firmaron los acuerdos de salida del recinto, recibiendo el pago del cincuenta por ciento de la indemnización y comprometiéndose a marcharse antes del final de marzo de dos mil seis, si no lo habían hecho ya. Entre ellos estaban la Cereria Mas, Técnicas y Transformados y GG. No así Cendra, sin acuerdo sobre la fecha de salida, ni Iracheta, que había roto negociaciones, al igual que CEDO y otras cuatro empresas. El abogado, Francisco Ibáñez, y el director de urbanismo del 22@, Juan Carlos Montiel, se mostraron satisfechos con los acuerdos.

Mientras los empresarios firmaban nosotros encarábamos el tercer día de montaje del documental con un comité de crisis convocado por el montador. Contratado por la productora para editar nuestro documental, había también de mediar entre sus intereses y nuestras aspiraciones. Él había vivido con inquietud los primeros pasos del montaje. Le gustaba la estética, pero no veía la historia. Le preocupaba la falta de dirección en el proceso, nuestro supuesto método, desordenado e incierto. Para ayudarnos, dijo, para tener otro criterio, había convocado una reunión con el director de la productora para que viera lo que teníamos. Al llegar, éste preguntó, antes que nada, cuál era el problema. Nosotros dijimos que no lo sabíamos, que hablara el montador, que la idea de la reunión había sido suya. Aparentemente contrariado con la situación, vio algunos planos y se fue sin decir nada.

El montaje se desarrolló en estos términos: nuestro criterio contra el del montador, que a su vez actuaba como supuesta encarnación de lo que los productores querían. Habíamos minusvalorado la presión que el medio pondría en nosotros, nunca nos imaginamos que el primer y mayor enemigo fuera el montador ni que fuera tan difícil defender planos de más de ocho segundos. El montador nos llevó a su terreno: más ritmo, más personajes, más historia. Al final del cuarto día, cuando tuvimos el primer corte, él estaba contento, pensaba que había quedado un buen documental televisivo. Yo, agotado, había abandonado ya todo compromiso con el proyecto. Me daba igual. Sólo quería acabar cuando antes.

El viernes por la mañana tuvimos el visionado del productor, último filtro antes de pasar a televisión. Cuando acabaron los veinticinco minutos, cuando pensaba que por fin podíamos dar por terminada nuestra penosa aventura televisiva, el productor tomó la palabra con seriedad. Miró las notas que había tomado durante la proyección, numerosas, y nos dijo que veía el documental con preocupación. Era confuso, trataba de decir mucho y no decía nada, tenía secuencias que simplemente no estaba a la altura de lo que se exigía en televisión, no tenía ritmo, mutilaba lo mejor que tenía, el trabajo en la fábrica, las rutinas, las conversaciones casuales, lo intrascendente. La historia, dijo, es mucho más sencilla: un grupo de trabajadores que deja de trabajar para ponerse a deconstruir su fábrica, un empresario que nos explica su historia. Quería ver más vida cotidiana, menos explicación y más personaje principal. Os invito a que tengáis una crisis... creativa, concluyó, antes de levantarse y abandonar la sala de montaje.

Ofuscados por complacer, por entregar algo televisable, habíamos perdido el norte haciendo algo en lo que no creíamos, y haciéndolo mal. Nos quedaba oficialmente un único día de montaje y decidimos posponerlo hasta el lunes, darnos algo de tiempo para replantearnos el proyecto. Tratamos de regresar a la idea de una primera parte de rutinas de fábrica y una segunda de su interrupción con el desmontaje de la fábrica, pero fue una tarea difícil, entre la falta de tiempo y el fracaso absoluto de la relación entre directores y montador. El martes teníamos el visionado final con ambos productores. Los últimos retoques treinta segundos antes de que entraran los jefes en la sala. Lo veo complicado, dijo el montador.

Cuando se volvieron a encender las luces, caras de sorpresa entre los productores. Elogios varios: me gusta el toque etnográfico, lo habéis tratado con mucha delicadeza, hay planos sensacionales, como el de ellas en la ventana. Críticas menores: se nota que las chicas te hablan a ti, y rompe ese carácter de observación, se puede cambiar el orden de algunos planos. Se felicitaban entre ellos, celebrando la oportunidad de acercarse a un mundo desconocido. Estaban fascinados por lo metalúrgico. El montador, incrédulo. Dedicamos el resto del día a luchar ridículamente por llegar a los veinticinco minutos mínimos. El documental estaba acabado con veintitrés, pero había que estirarlo. Alargamos más planos y tratamos de depurar la segunda parte, aunque sin tiempo ya para abordarla con la misma paciencia que la primera.

Los tiempos de producción nos obligaron además a incumplir una promesa que habíamos contraído con la familia, enseñarles el montaje antes de hacer el corte final. El único momento en que pudimos hacerlo fue justo después de hacer el master. Yo, en Lisboa ese día, ni siquiera pude ir. En la nueva fábrica había un video y una televisión, así que Guillermo fue el viernes por la tarde, coincidiendo con el final de la jornada laboral. Sólo se quedó a verlo el núcleo familiar y Javier, el resto no podía. Según me contó Guillermo luego, les había encantado. Parecían

impresionados, dijeron que era muy profesional. Dani dijo además que le había tocado la fibra sensible. Rieron en cada uno de los discretos chistes, llamaron a los ausentes, emocionados. Todos querían copia.

Cinco semanas después, el viernes 28 de octubre, a las once y media de la noche, se estrenó en televisión. Guillermo y yo, juntos en mi casa, no podíamos evitar sentir cierta emoción, expectación, al ver el documental a través de la televisión. Era como si la mediación de la emisión lo hubiera convertido ya en otra cosa. Pasaron muy rápido los veinticinco minutos. Alivio. El teléfono sonaba. Salgamos de aquí y vayamos a tomar algo.

Una semana después, recibimos un correo electrónico de la productora, titulado “Felicidades”. “Hola Guillermo e Isaac, aunque el programa no está supe-
ditado a ninguna audiencia, y en realidad es información “off the record” (así que no os he dicho nada), os quería comunicar que vuestro docu tuvo una buenísima audiencia el pasado viernes: algo más de 100.000 espectadores. Está bien saber que ha llegado a tanta gente, a pesar de que la audiencia a veces no sea la mejor referencia... pero creo que es satisfactorio tener esta información. Un abrazo y hasta otra.”

En realidad, mi sensación final era de profunda insatisfacción, por no decir derrota. Apenas nos habíamos acercado a los objetivos iniciales. Lejos quedaba la propuesta de llevar al límite el cine observacional, la idea de que la pretensión de verlo todo chocara con el fuera de campo, que la duración excesiva de los planos nos hiciera pasar de la fascinación al aburrimiento. Habíamos perdido la apuesta por el antisubjetivismo, la pretensión no apoyarnos en la identificación con los personajes. La distancia moral, la frialdad, todo eso había quedado por el camino de la emisión televisiva. El producto final, titulado a falta de ideas *Can Ricart*, se había quedado entre la caligrafía televisiva y nuestras desmedidas pretensiones. Sin una temporalidad suficientemente dilatada ni una exploración minuciosa del trabajo en la fábrica, estábamos irremediablemente en el terreno de la frivolidad, de la estetización, de la hipnosis. Mostrar la compleja relación hombre-máquina y su brutal mecánica de repetición requería una aproximación más afinada con los tiempos de la fábrica que con los de la televisión.

Otro de los lastres era el recurso a un protagonista. Que además fuera Antonio, el jefe, nos situaba de un modo problemático del lado de la autoridad. Claro que este aspecto era un reflejo de las dificultades que había encontrado en mi propio trabajo de campo. Salvo el caso atípico de Jaume, la única forma de acceder a los talleres había sido a través de los empresarios, eran ellos los únicos que podían autorizarme. Eran ellos, además, los que me presentaban y solicitaban mi aceptación entre los trabajadores. Mi trabajo de campo empezaba así por arriba, tratando luego, con dificultad, de encontrar otras posiciones. La separación que en *Can Ricart* acabamos construyendo entre la familia empresaria y los trabajadores era

bastante artificial y ocultaba muchas de las complejidades de la relación entre ellos que habíamos observado. Esto permitía, no obstante, apuntar con claridad a las distintas perspectivas con respecto al conflicto: para los trabajadores era una ante todo una cuestión de alteración de rutinas, de tener que levantarse más temprano y gastarse más dinero en transporte y comida; para los empresarios, era una cuestión de costes, de clientes, de supervivencia de la compañía.

Meses después, Javier supo sintetizar todo esto con mucha más precisión. Sentados en un bar de la plaza Universitat, cerca de su nuevo trabajo como dependiente de una tienda de electrónica en Sant Antoni, me dio su opinión del documental, me explicó porqué había dejado el taller y me ofreció una visión panorámica de la situación de la industria del metal en Barcelona.

- Estuve el otro día la viendo la cinta

- Ah, ¿y qué te pareció? ¿Qué tal la segunda vez?

- Bien. Mejor que la primera. Sí, quedó...

- ¿Segunda o tercera? ¿Tú lo viste el día que lo pusieron en la tele?

- Yo lo vi el día que lo hicieron en la empresa. Mi madre había visto un trozo [en la televisión], no lo vio tampoco entero. Y... bien. A ver... Bueno, bien. Y las fotos, pues también. Bueno había la mitad de las fotos que eran las que ya tenía en papel y habían otras que no.

- ¿Lo viste sólo o con tu familia?

- No, la puse y estaba mi madre y mi hermana. No, no, les gusto. A ver, mi madre ya lo había visto, pero al ver todo el principio... Y las fotografías las pusimos luego en el televisor y luego en el ordenador, que mi hermana quiere ampliarlas o no sé qué quiere hacer.

- Bueno, ya me enseñarás si hacen un collage o algo así

- Sí, algo así quería hacer, yo no sé cómo se hace esto con el ordenador... Tengo que enseñárselas a las amigas ahora un día que quedemos

- ¿Para presumir un poco?

- Noo, para que lo vean. A ver, ya que no vas a volver a ese mundo. Pero queda un poco, ¿sabes?, la historia... Queda un poco, a ver, parecías un medio gitano. Todos iban más mal vestidos o menos pero con el pantalón... yo con el pantalón corto, las... iba diferente. Era lo que era.

- Porque tus amigas ¿no conocen ese mundillo?

- No. Bueno, es que ese mundillo ¿quién lo conoce?.

- Bueno, las que a lo mejor tengan un novio que haya sido trabajador o algo...

La fábrica del conflicto

- No, no, no. Eso no. A ver, mis amigos sí pero aquello las amigas, aquello de decir... no. O sea, sabían que trabajaba de mecánico, pero no se imaginan lo que es. Yo te puedo decir de mecánico de máquinas, o trabajando con máquinas, y la gente te dirá, “bueno, pues sí”. Pero no se imaginan hasta qué punto es la guarrada aquella. O sea, es que veías la nave y parecía un zulo tío, ¿sabes? Aquello parecía años cuarenta, un campo de concentración. Solamente faltaban los guardianes, ¿sí o no? Se veía desde arriba y claro, veías allí, hostia, y decías... Parecía como una fábrica textil. O sea la persona que no supiese lo que era aquello diría “una fábrica textil del siglo XIX” [risas]. Con un látigo allí, “¡venga!”. Mal. La nave nueva, comparada con la vieja, fantástica.

- ¿Tú crees que nosotros conseguimos de alguna manera transmitir lo que era un día normal allí?

- A ver, transmitir lo que era un día normal, yo te diría que no. O sea, lo que sería el sacrificio del trabajador, de tener que estar allí once horas trabajando, eso no se plasma. O sea se plasmó... Fue un poco... folclórico. Esa es la palabra. Sí, sinceramente. El reportaje estaba muy bien, viendo ahí las máquinas, pero parecía un poco jugar. Una persona que lo viese desde fuera diría “hostia que guay”. Y no era eso. La tensión del trabajo, el estrés, los nervios y el trabajo físico, eso no se llegó a ver. Claro, no sé. Es que eso es muy difícil de plasmar. Es aquello de decir... Se hubiese plasmado a lo mejor si en las entrevistas la gente hubiese hablado. Y más que hablar, las expresiones, la gente cuando está quemada. Entonces sí que se plasma porque dices “algo pasa”. Pero claro fue tan... Claro, a lo mejor de lo que vosotros cortasteis... Quedó muy espectacular. El señor Antonio medio llorando allí, “no sé que vamos a hacer, si vamos a caber en la otra nave...”. Bueno, toda una parafernalia de... Es lo que tenía que decir, ¿no? Pero que no se plasmó lo que era el trabajo duro. Se vio pues lo que era el traslado, pero tampoco. Y después la panorámica esa de la problemática del traslado lo que afectaba a los trabajadores tampoco quedó claro. No sé, se vio como un reportaje de un taller viejo que trasladan, y Can Ricart, pero aquello de... Una persona que no supiese lo que era Can Ricart, que no supiese nada, pues no sé.

- Quedaba un poco difuso, ¿no?

- Quedaba un poco difuso. Quedó bonito para la gente que fuera del oficio, sobre todo ver las máquinas trabajar, que te ves tú mismo, que era aquello “hostia, mira cómo... mira, ahí está este trabajando”. [...] Ten en cuenta que cuando nosotros nos marchamos, ahora no sé cómo está la empresa allí, si se ha marchado alguien, pero el traslado mismo ya tuvieron que ir la gente en coche, cosa que aquí no. Eso ya era un problema tremendo. Y eso, salvo el comentario que yo hice cuando estábamos almorzando, tampoco se vio. La problemática de no es lo mismo empezar a las siete a trabajar en Barcelona ciudad que empezar a trabajar a las siete a treinta y dos kilómetros de Barcelona ciudad. Eso ya no es lo mismo. A la hora de plegar, igual. La comida: no es lo mismo poder ir a comer a casa que tenerme que

ir a comer al bar o... Claro, antes aquí en Barcelona habían dos horas para comer. En Montornès hay una hora para comer. Y aparte que tienes que comer mucho más rápido, porque claro aquí en Barcelona yo por ejemplo ¿te acuerdas que yo me tumbaba en aquella casa que había, medio derruida? Bueno, como habían dos horas tenía tiempo que ir a comer tranquilamente, cuarenta y cinco minutillos y luego tumbarme. Estabas en el suelo, pero te tumbabas. Tenías una horita para descansar. Eso descansabas mucho, porque el cuerpo se recuperaba un poco. Cuando estabas en Montornès ibas a comer más deprisa. Eso no es sólo más caro, es el estrés. Es mejor tener dos horas para comer aunque se alargue un poco la jornada pero descansar al mediodía. Con la hora para comer, el que iba a comer al bar, a los dos bares que habían allí, como tenían que comer todos los del polígono, no había suficientes mesas ni el servicio era lo suficientemente rápido como para comer en una hora tranquilo. Sino que siempre ibas con el reloj en la mano. O sea, son tonterías pero que... La calidad de vida, que se llama eso.

[...] - Es que a ver. El problema era que no queríamos explicar nosotros cómo veíamos el conflicto, sino que la gente lo explicara. Lo que pasa es que muy poca gente quería hablar de eso.

- Nadie. Aparte de yo, que dentro de lo que cabe hablé más... La familia, claro, tienen su visión particular. Y el resto de los trabajadores yo creo que nadie habló. Que yo recuerde ahora a simple vista, nadie habló. Aparte es que a muchos, al Ramón mismo, le molestaba que le estuvieran filmando. Al final ya estaba cabreado. Cuando les veía, "ya están aquí estos cabrones, no sé qué". Les hubiese echado a patadas. Y el resto, no decían nada, pero "ya están aquí los pesados del vídeo"... Y yo, claro, a mí me daba lo mismo. "Mientras están filmando, estamos haciendo nuestro trabajo, ¿qué os importa?" Pero claro, de ahí, de ese punto a luego hablar...

[...]

- ¿Y tú les explicaste a ellos por qué lo dejabas y todo esto?

- A grosso modo. A ver...

- O sea, ¿lo que me contaste a mí el otro día a ellos no se lo explicaste de esa manera?

- Un poco se lo expliqué, lo que pasa es que yo... A ver... Yo les expliqué... Yo cuando cerró la otra empresa yo quería dejar de trabajar en eso. Me puse a trabajar con ellos, pero yo lo que les dije pues bueno, no hablamos de dinero tampoco, yo les dije pues que me cansaba mucho, sinceramente. Que me agotaba. Y que tenía treinta y dos años y que quería cambiar. Quería buscar otra cosa, porque... Y les dije que no le veía futuro. Ellos me dijeron, claro, se han arriesgado en meterse en dos naves, en máquinas, entonces en teoría supongo que... Pero yo dije aquello, lo que yo te dije, que yo no me veía de aquí a cinco años trabajando en lo mismo, que si no cambiaba ahora me iba a arrepentir toda la vida porque no sabía lo que me

La fábrica del conflicto

podía haber deparado la vida si no me arriesgaba. Y segundo que aquel el oficio lo llevaba mucho tiempo haciendo y que lo quería dejar de hacer. Primero porque psicológicamente me afectaba. Y segundo porque físicamente me reventaba. O sea, me quemaba. No lo podía aguantar. Llegaba un momento en el que el cuerpo ya no podía. Si empiezas a trabajar y vas con cincuenta mil problemas físicos pues al final un día te puedes hacer daño porque estás trabajando muy mermado. Porque me afectaba mucho. Al estar delgado, pues claro, no es lo mismo pesar noventa kilos y tener que levantar una barra de cuarenta kilos que pesar sesenta y cinco y tener que levantar una barra de cuarenta kilos. Eso es física pura. A mí lo del control numérico me tocaba los huevos. Yo cuando el control numérico estaba parado y no tenía que vigilarlo pues de maravilla, pero cuando tenía que... con la barra aquella gorda, que ir allí a la piedra con una barra de setenta mil kilos a pulso, levantando para hacerle la punta. ¿Tú sabes aquello lo que jodía? Y entonces yo consideré que había que arriesgarse. Y me ha salido bien.

- Sí, sí, sí. ¿Y la idea esta de que toda la economía está cambiando y todo esto, cómo lo...?

- Yo por mi perspectiva de haber tenido un negocio. Yo a la conclusión llegué primero por los precios de las piezas. En cualquier negocio cada año va subiendo la luz, el gas, etc. y en el decoletaje hacía doce o trece años que los precios estaban congelados. Eso ya era un factor de que el negocio no rula bien. Segundo, la materia prima. De finales del 2004 a finales del 2005 lo que la materia valía en pesetas (había valido el kilo 84-85 pesetas) habíamos pasado a casi un euro. Entonces, ¿qué pasaba? Aunque se había arreglado un poco porque claro el proveedor no va a dejar de abastecerse y subía un poco el precio a las malas, porque si no nadie fabricaba, los márgenes cada vez eran menores. Entonces, cuenta: un industrial que está trabajando con unos márgenes de hace diez años le suben los impuestos, alquileres, todo va a más pues el margen cada vez se habrá reducido. ¿Qué sucede? Que si hace diez años un impagado pues te podía afectar un 5% de la facturación anual hoy en día un impagado te puede, por decir alguna cantidad, no lo sé, puede ser un 30-35%. Y el riesgo que corres al trabajar con menos beneficio, la empresa va más en un hilo, su estabilidad financiera. Por un lado eso. Segundo, competencia de los chinos, países del este. Lo que es la racorería barata en serie larga nos estamos quedando ya caros. Entonces, series largas las están llevando fuera. ¿Qué va a quedar en el mercado nacional? Va a quedar para series cortas. El clásico señor que tiene aquí una fábrica que le hacen falta mil racores para montar unas tuberías. Pero las partidas gordas vienen todas de fuera. Entonces claro, se juntaban márgenes, producción, y el otro factor clave en el sector, la continuidad de los negocios. Las empresas, si tú miras, no hay juventud, no se crean empresas nuevas. ¿Por qué? Porque no hay margen. ¿Qué sucede? Un señor que tiene 55 años lleva treinta años, desde que era joven, trabajando en el sector. Cuando ese señor se jubile, a lo mejor el hijo continúa. Pero normalmente como el hijo ya ha visto que eso no es... ya se

ha buscado, con el dinero que ha sacado con el padre, estudios. La orientación es cambiar, no continuar con lo mismo. ¿Qué puede suceder? En diez años, a medida que la gente se vaya jubilando, pues que empresas de esas asín, pequeñas, no tengan continuidad. Te puedes encontrar con cincuenta años, cuarenta y seis, cuarenta y cinco, que cierra tu patrón y qué haces. Es...

- ¿Y eso lo viste así con esa claridad cuándo? [...]

- Yo la idea esta hace ya aproximadamente un año y medio que la tengo. [...] O sea, yo cuando estuve trabajando en la otra empresa que estuve trabajando, yo ya antes de cerrar, seis meses antes, ya tenía la idea. Después, cuando volví a trabajar en el mismo oficio, me reafirmé. Porque claro, más de lo mismo.

- ¿Y cuándo estuviste gestionando tú la empresa de tu padre?

- A ver... Es que en aquella época... Eso te estoy hablando de hace 5 años. Yo cuando estaba con mi padre, era diferente. La juventud o la...

- ¿Veías futuro en aquello?

- No es que veía futuro, es que no veía nada. Llevaba una trompa que... La ilusión a lo mejor de querer levantar una cosa tuya te hacía siempre continuar intentándolo. Pero si hubieses hecho números, aquello era una ruina. Con, sin tu padre, con lo que tú quieras. Aquello no era un negocio. O sea un negocio tú tienes que contar que al final de mes tú tienes que tener un sueldo. Y allí no había sueldo. Aquello era trabajar, facturar, pagabas gastos, ibas viviendo. Sí que es verdad que a lo mejor de lo que ibas cobrando pues comías, llevabas dinero a casa, tenías tu coche... Pero aquello de decir separar negocio y persona, no. Sino era “bueno pues ahora cobro al final de mes tanto dinero, vale, pues de ahí pago los autónomos, los impuestos, la materia prima, el local, la luz, tal, cual. Bueno mira pues hoy me voy a cenar, echar gasolina al coche...” Pero no había aquello de decir yo facturo tanto y yo mi nómina son... [...] Era mover dinero. Viéndolo con la perspectiva de ahora era jugar. Sí, era mover dinero. Pero aquello de decir, “estoy trabajando, voy a comprarme un piso”, no sé, algo. Nada, eso no. Porque no estaba bien llevado. [...] A ver, yo cuando dejé de trabajar en lo mío es cuando me di cuenta de lo que era el negocio. Yo me di cuenta cuando empecé a trabajar por cuenta ajena. Y entonces te das cuenta de lo que es trabajar y ganar dinero y trabajar y no ganar dinero. Te das cuenta de lo que es plegar el viernes o no plegar nunca. Luego, a parte, vas evolucionando. Te vas dando cuenta de más cosas. Te vas dando cuenta porque dices “bueno, este negocio, sí bueno, he trabajado en esto pero no es lo que me gusta, no es lo que quiero”. Y luego llegas a la conclusión de que no le ves futuro. Es lo mismo que ahora mismo. ¿Cuántas empresas están cerrando? Claro, una empresa que sea de producción hoy en día no es ninguna garantía. Hay más garantías posiblemente en lo que es saber vender, saber negociar, que no...

- Ese es el cambio de la economía que tú me decías, ¿no? Una economía de servicios, no de producción.

La fábrica del conflicto

- Yo creo que sí. Hoy la persona que tenga don de gentes, que sepa vender y tenga aquello de psicología y saber ver las cosas, yo creo que no le va a faltar faena. La persona que está trabajando en una fábrica cualquier día puede venir y “reconversión”, el chiringuito cerrado.

- ¿Y por qué te parecía mejor trabajar por cuenta ajena que por cuenta propia, por el estrés y el sueldo fijo?

- A ver, me parecía porque cuando yo hice el cambio pues me di cuenta: de no ahorrar nada a ahorrar, de no descansar ni salir de marcha a sí poder...

- ¿Porque cuando tú estabas gestionando no tenías vida?

- No, no tenía vida, es que es lo jodido del caso. Y mira que me gusta la fiesta, tío. Parecía un monje. No sé...

- ¿Pero por qué, porque te absorbía mucho?

- No sé, supongo. Porque estabas muy mentalizado en aquello. Entonces como en aquella época lo veías de otra manera y a lo mejor pues llegaba al taller y no sé, me gustaba. Y yo me acuerdo que a lo mejor era un sábado a las once de la noche y estaba allí trabajando y en casa llamando “¿oye pero dónde estas?” y estaba en el taller. Iba a tirones. La palabra es que iba a tirones. O sea, no había una constancia como allí, en Antonio. Sino que yo a lo mejor pues trabajaba mucho un día... Había un fallo también de buscar faena, de todo. Organización. O sea, estaba mal llevado. Estaba mal llevado en todo.

- O sea que trabajar para otro hasta cierto punto te libera de esas historias, de tener que pensar por ejemplo en los clientes

- Sí, claro. Sí, sí, sí. A ver, tienes otras responsabilidades, porque yo en mi caso concreto era un tío, soy una persona muy responsable. Yo por ejemplo, cuando he estado trabajando, aunque no sea el jefe yo me lo miraba como si fuera mi propia empresa. O sea, que no me escaqueaba. Muchas veces me preocupaba, me iba con el problema en la cabeza para a ver al día siguiente cómo podía resolver aquello. A ver, no es aquello de decir “bah, ahí se queda y que se apañe”. No, sino que... responsable. ¿Por qué? Porque sabía yo que coño, el jefe no se estaba haciendo millonario. Entonces cuando tú ya sabes que el tío no se está forrando, pues hay que tener un poco de decencia y de moral.

- ¿Tú crees que los otros trabajadores lo ven igual?

- No, no los otros trabajadores se piensan que se está haciendo millonario, o yo qué sé. Torres, palacios, sueñan con palacios.

- ¿Eso pasaba en Técnicas?

- Sí, y tanto. Sí, sí. Pero eso pasa en todas las industrias. Cuando hay un jefe así que no es una empresa muy grande se piensan que porque están todos trabajando, están trabajando para darse a la buena vida. Y eso no es verdad. Que tiene derecho a ir a cenar, y a hacer algún día alguna fiesta, lo que tú quieras. Porque

también tiene un sueldo. Pero de ahí a pensar que está derrochando, no. No porque está poniendo su patrimonio en juego. O sea, para poder mantener todo eso está arriesgándose. Es que es la incongruencia que hay.

- ¿Y ahora que estás trabajando en una cuestión de servicios, cómo te diría, sigue siendo como un paso más para liberarte de historias, no es un trabajo que te lleves a casa...?

- Yo creo que sí. Este trabajo, cuando plegas, como es ameno (no es que sea divertido, porque ningún trabajo es divertido, pero hay un canal público) cuando llegas no hay que pensar qué hay que hacer al día siguiente. Bueno, puedes venir tú y comprar lo que quieras. Si no lo sé, pues ya consultaré a otro compañero. Pero no hay que luchar con una máquina. Esa es la palabra: no hay que luchar, y pelearse y conseguir que aquella máquina que es un hierro que falla por todos lados al final vaya bien. Porque claro, es eso. Aquí es mucho más descansado.

- Es más comunicativo, ¿no?

- En cuanto a comunicación no hay vuelta de... Ahora hemos puesto hasta una radio

- Mejor trabajar hablando que con las manos, ¿no?

- Hombre, yo te digo una cosa. Allá otro de los motivos por los que también dejar el trabajo era el aspecto físico, porque me quemaba. Y psicológico no porque el jefe estuviera metiendo caña ni había mobbing ni había tonterías, simplemente es que trabajar once horas con un ruido infernal, pues... Lo peor que hay para los nervios es el ruido. El ruido y la sordera. Y entonces tienes que pensar que en el futuro todo lo expongas al cuerpo a agresiones tan brutales lo vas a pagar. [...] A ver, yo nunca rehuí del trabajo de decir no me gustaba mi trabajo. A mi siempre me gustó mi trabajo, lo que pasa es que lo que a mi no me gustaba del trabajo era estar tantas horas encerrado. Yo cuando había tenido mi taller compaginaba un poco: trabajabas, pero salías, a una reparación, a visitar a un cliente. Entonces era ameno. Pero cuando estabas encerrado allí... claro es la desventaja y las ventajas.

- Sí, sí.

- Y claro yo lo hice por una situación de la vida y había que apretar los dientes y agarrarse a un clavo ardiendo y aguantar hasta que se pudiese y salir adelante, superar el bache que había tenido y rehacer la vida, que es lo que he hecho. Ahora ha llegado un momento que ya tenía previsto dejarlo, que era a finales de año, la empresa se trasladó antes pues bueno, mala suerte, qué vamos a hacer. Pero la intención era esa: superarse, dejar atrás el pasado, evolucionar como persona (sobre todo, eso era lo importante, evolucionar como persona) y abrirse y cambiar.

- Y con eso estás contento, ¿no?

- Sí, sí, es lo que quería, en breve. Bueno, me podía haber tocado la Primitiva y sería más feliz, ¿no? Pero sí, la intención era esa.

Notas

1. Además del ya citado trabajo de Rinehart (2003) y de un modo mucho más prosaico, Ben Hamper (1992) había abordado este asunto en primera persona. Por otro lado, *British Sounds* (Godard, 1970) y *Humain, trop humain* (Malle, 1972) eran ejemplos convincentes de cómo escribir (con imágenes) el trabajo fabril. Como se irá descubriendo paulatinamente, mi escritura de esas rutinas con palabras se nutre generosamente de los procedimientos de este cine.

2. Algunos de los temas planteados en este fragmento tienen una prolongación bibliográfica importante. Mercè Tatjer publicó sus estudios sobre la autoría de Bernadet (2005a) y Fontseré (2005b). Una reflexión sorprendentemente cercana al caso aquí planteado, en torno a la problemática entre trabajo y patrimonio se encuentra en Dicks (2008). Sobre la cuestión de los modos de representación, me remito a la discusión planteada en el capítulo 0 y a la bibliografía de la nota 5, más abajo.

3. La literatura especializada es aquí de gran ayuda: “el Control Numérico puede definirse como la operación de una máquina-herramienta por medio de instrucciones específicamente codificadas en el sistema de control de la máquina” (Smid, 2003: 1). En 1949 el ejército americano contrató a John Parsons para desarrollar esta tecnología, que había de mejorar la eficiencia y precisión de la producción de piezas en serie. Éste subcontrató el estudio al Servomechanisms Laboratory del Massachusetts Institute for Technology, que en 1952 presentó el primer prototipo. El uso de máquinas-herramienta con control numérico se extendió rápidamente en la industria del metal durante la década de los 60, y aún más en los 70, cuando se introdujo el sistema de programación por software CAD/CAM (Krar, Gill y Smid, 2001).

4. Un estudio de José García (1997) sobre la situación de la industria del automóvil en Barcelona corrobora el fenomenal y encarnado relato de Vicente sobre los procesos de reestructuración. También el trabajo de Pere Pascual (1997) ofrece ecos interesantes.

5. Desde luego, la relación entre documental y etnografía podría ser teorizada de un modo mucho más riguroso. En este sentido, el trabajo de Stoller (1992) sobre el cine de Jean Rouch y el de Grimshaw (2001) sobre los “modos de ver” en la etnografía me parecen importantes contribuciones. Las reflexiones de esta última en torno a la escena como unidad situacional en el cine directo, en la que “el tiempo no fluye, sino se acumula” y el énfasis se contruye en la relación entre personajes y con el medio, son especialmente reveladores para definir muchas de las situaciones que he abordado. Por otro lado, el trabajo de Steyerl (2004, 2005) y Beverly (1998) sobre las políticas de la representación es, a mi juicio, ejemplar. Ambos han destacado los peligros (políticos) de ciertos modos de descripción basados en la identificación o el voyeurismo, la tensión permanente entre “hablar de” y “hablar por”, entre el sujeto subalterno y el intelectual, entre la forma y el fondo de la contienda... Muchas de mis precauciones metodológicas provienen de hecho de sus formulaciones.

III.

TRANSFORMACIONES.

Al río torrentoso lo llaman violento
pero al lecho que lo comprime
nadie lo considera violento.

Bertold Brecht, *Sobre la Violencia*.

1.

RELEVOS.

El verano de 2005 transformó profundamente los términos del conflicto. Durante el mes de agosto abandonaron el recinto un primer grupo sustancial de talleres. En septiembre se firmaron los acuerdos de salida y la mayoría de los empresas se comprometió a abandonar su emplazamiento antes de final de año. La pareja que vivía en el recinto estaba ya esperando su nuevo piso. Por otro lado, desde julio, Can Font había cobrado protagonismo en las acciones por la defensa de la fábrica, incorporándose a la Plataforma Salvem Can Ricart y proporcionando un nuevo vocabulario al movimiento. Esto fue aún más evidente a partir de finales de septiembre. El sábado 24 organizaron “una acción de resistencia” en la que entre otras cosas se pintaron múltiples graffitis que cubrieron la mayor parte de la fachada que daba al solar del Parc Central: un corazón que latía, “Can Ricart de totes”, una flecha hacia la derecha, un ojo negro sobre fondo azul, “No somos gusanos” saliendo de la boca de un humano verde, una criatura roja monocular y de dientes afilados, “Amor” sobre un corazón rosa. Ese mismo día, como actividad paralela de la *IV Mostra de Cinema d’Animació de Barcelona Xinacittà*, se proyectó en la nave de Iracheta la sección “Xinacittà Xplícita”. Una de las directoras del certamen, Blanca Palou, era artista residente en Can Font.

En noviembre, las jornadas *Made in Can Ricart* trataron una vez más de involucrar a la ciudadanía en el conflicto con todo un mes de actividades en el recinto. “El moviment urbà per Can Ricart, per al seu patrimoni històric i la seva activitat industrial i creativa, ha estat un factor clau en la reconsideració pública sobre el futur del Poblenou. Durant tot el mes de novembre, el complex fabril en actiu més antic de Barcelona obre portes sota el lema “Made in Can Ricart” per a donar a conèixer i posar a debat públic el seu patrimoni, que no és sols el recinte, que ho és també l’activitat industrial i creativa que s’hi desenvolupa.” Se organizaron visitas guiadas, vermouths, actuaciones, debates con el objetivo de conocer el recinto y la gente que trabajaba en él. Can Font organizó un encuentro de espacios creativos, *Odissea a la Nau21*, y Hangar las jornadas de reflexión y diálogo *La ciutat desitjada*. En el primer caso, se discutió sobre precariedad, autogestión, espacios virtuales, los fracasos del Modelo Barcelona, los problemas del sector creativo, redes ciudadanas... En el segundo, sobre reutilización, participación, la relación arte-economía-

La fábrica del conflicto

urbanismo... En ambos casos, numerosos invitados presentaron sus experiencias y las ofrecieron para la discusión. El protocolo, sin embargo, fue bastante distinto: la *Odissea*... se desarrolló en el Bar Paco's con humo y falta de sillas. La *Ciutat*... en las salas de Hangar, con traducción simultánea. En cualquier caso, ambas actividades supusieron la movilización de ciertos segmentos del mundo del arte y la cultura en un contexto de crítica más o menos explícita a la situación del sector en Barcelona. Es importante subrayar cómo en estas actividades la defensa de Can Ricart aparecía ligada a un nuevo sujeto político (el artista, creativo o trabajador cultural) y a una nueva línea de razonamiento: Can Ricart debía ser conservado ya que representaba justamente el tipo de entramado pluridisciplinar de debía servir de motor de la transformación del barrio; las interacciones entre industria tradicional y cultural formaban en el recinto una suerte de *laboratorio de creatividad urbana* que era un terrible error destruir.¹

Paralelamente, la difusión del valor patrimonial del conjunto por parte del GPI había continuado cubriendo nuevos territorios. En verano se había publicado un breve artículo en la revista *Icària: Papers del Arxiu Històric del Poblenou* que difundía los resultados del estudio patrimonial (Tatjer et al. 2005b). En octubre Joan Roca publicó un artículo en el suplemento cultural *Culturas* titulado “Can Ricart y Barcelona” (*La Vanguardia*, 05/10/05). Un mes después el *Butlletí d'Arqueologia Industrial i de Museus de Ciència i Tècnica* le dedicaba un monográfico a Can Ricart con textos de Josep Alabern, Eusebi Casanelles, Josep Cruanyes, el GPI, Josep Maria Montaner y Zaida Muxí, Antoni Roca, Antoni Vilanova y Francesc Cabana (núm. 60, noviembre 2005). Una vez más se hacía acopio de argumentos y colaboradores en una nueva síntesis de los valores patrimoniales que justificaban la conservación y la oportunidad de futuro que ésta abría. Además de presentar de nuevo los argumentos patrimoniales estos textos subrayaban la capacidad de adaptación del recinto y las sinergias productivas entre actividades como elementos de lo que podría ser “un epicentro de la innovación” con un mínimo de voluntad e inversión pública.

El progresivo vaciado de la fábrica fue trascendental en el desarrollo del conflicto. No sólo por los cambios que implicó en la composición de la Plataforma, con un peso creciente de Can Font y Hangar, también porque hizo mucho más urgente la discusión sobre los usos futuros de Can Ricart. Esta cuestión había formado parte del debate desde un comienzo, ciertamente, pero ocupó un lugar incierto hasta que la marcha de las empresas se hizo efectiva. Hasta entonces, la lucha por salvar la fábrica y mantener las empresas se había presentado, no sin dificultades, como un único frente. La firma de los acuerdos de salida por parte de la mayoría de las empresas desvinculó irremediamente ambos procesos. Aún definido como injusto y forzado, el traslado de los talleres exigió una nueva enunciación del conflicto y las reivindicaciones: la Plataforma no podía seguir basando sus argumentos en mantener unas actividades que ya no estaban. Había, pues, que producir un renovado y concreto discurso de futuro —en el que la reivindicación de los espacios

creativos se incorporó con fuerza. De este modo, la ausencia se convirtió en oportunidad.

El otoño de 2005 marcó además el inicio de un doble y discreto proceso de negociación con la propiedad y el AjB. El GPI ya se había puesto en contacto con Federico Ricart la primavera anterior, para hacerle llegar el estudio patrimonial. Tuvieron con él un encuentro en el Centre Cívic Can Felipa, en el que le explicaron la idea de modificar el plan para que se pudiera conservar la fábrica entera y mantener sus derechos urbanísticos intactos. Ricart alegó que no era el único propietario y que la AP no estaba por la labor de cambiar el plan. En otoño fue él quien se puso en contacto con el GPI. Se reunieron en el hotel Amrey, en la Avenida Diagonal. Ricart dijo que estaba dispuesto a negociar, que si era cierto que la fábrica tenía tanto valor estaba de acuerdo en salvar una parte. El argumento de que lo que tenía valor era el conjunto no le convenció y pidió negociar el asunto con el presidente de la AVPN, Manel Andreu. Una semana después, de nuevo en el hotel Amrey, se reunieron Ricart, su abogado y el presidente de la AP con una representación de la AVPN. Allí se ratificó la voluntad de las partes de llegar a un acuerdo y se decidió dejar la negociación en manos de sus respectivos arquitectos: Alonso por un lado y Montaner por otro.

Mientras esto ocurría, el GPI había logrado iniciar un proceso de negociación paralelo con el ayuntamiento. Gracias a la mediación de Josep Maria Huertas, el 7 de octubre Xavier Casas, entonces máximo responsable del área de urbanismo y primer teniente de alcalde, recibió al GPI. Casas puso dos condiciones para llegar a un acuerdo: 1) la negociación sería secreta y 2) no se conservaría todo el recinto, habría que encontrar un punto intermedio. Aún sin estar de acuerdo, el GPI aceptó. La primera condición, sin embargo, se rompió parcialmente ese mismo día. Blanca Cía, de *El País*, se había enterado de la reunión y publicó una nota sobre la misma al día siguiente. Por otro lado, cuando el nuevo plan para Can Ricart se aprobó un año y un mes después, la memoria de participación ciudadana recoge este proceso “secreto” abiertamente y habla de nueve reuniones de trabajo entre octubre y abril. La reunión entre el GPI y el AjB había dado lugar al establecimiento de una comisión técnica para la discusión del plan.

Se produjo así una suerte de doble juego en el que la Plataforma quedó en un lugar incierto. Tanto los miembros de la AVPN negociando con Ricart, como los del GPI en conversaciones con el AjB formaban parte de ella, pero actuaban en nombre de esos otros colectivos. El resto de los miembros de la Plataforma no estaba necesariamente al corriente de estas gestiones. Para un pequeño círculo de confianza que se movía entre la Plataforma, la AVPN y el GPI, la estrategia les permitió conocer con cierto detalle los proyectos de la AP y darse cuenta de que un plan de usos financiado era fundamental, pues el ayuntamiento había advertido que en ningún caso se quedaría con todo ese suelo en propiedad. Este delicado equilibrio negociador mostró su fragilidad poco después, cuando se hizo evidente

La fábrica del conflicto

que al menos una de las partes estaba dispuesta a introducir nuevas técnicas de disuasión.

“Dilluns 28-11-05: han col·locat una sospitosa elevadora al costat de la nau de Ricson. Aquesta nau és la que van voler desmantellar l'agost passat i gràcies a la ràpida mobilització es va aturar. Estiguem alerta. Tornen.

Dimarts 29-11-05: Uns operaris comencen a treure el sostre de la nau de Ricson. Avisem al Districte sobre aquests moviments i envien una patrulla de la Guàrdia Urbana. Al vespre la Comissió [Plataforma] prepara una mobilització pel dia 16. Demanem als operaris si tenen els permisos per a fer el que estan fent. Diuen que si, però que no els porten a sobre. Aturen els desmantellament.

Dimecres 30-11-05: L'elevadora continua estan en el mateix lloc. Més tard els operaris s'emporten les uralites que havien tret i per la tarda en continuen traient-ne més. Al vespre hi ha Ple del Consell del Districte a on l'Associació de Veïns i Veïnes del Poblenou emplaça de nou al Regidor a que declari si el Marquès de Can Ricart té permís o no d'enderroc i li senyala que si el propietari continua intentant desmantellar el recinte l'Ajuntament en serà responsable. El regidor Narváez no contesta.

Dijous 1-12-05: De manera discreta, però eficaç, acaben de desmantellar tota la taulada de Ricson, i comencen a fer-ho en dues més. Les taulades son d'uralita i, per tant, no son estrictament elements a protegir del Patrimoni històric, però l'existència de les taulades és fonamental per preservar el bon estat de les naus. Alarmats pel que està passant podem connectar amb el Regidor del Districte que promet enviar la guàrdia urbana i ens diu que abans de les 15h del dia següent feria suspensió de la llicència d'enderroc (Reconeixement implícit que en el seu dia l'havia donat).

Divendres 2-12-05: Aparentment no apareix la guàrdia urbana i els operaris enviats pel propietari van treballant a l'interior de les naus desocupades traient tot el mobiliari i anul·len la xarxa elèctrica, és a dir, deixant-les en condicions pel treball de les excavadores. Ens preparem per activar el Pla d'emergència. Davant la gravetat dels esdeveniments convoquem una roda de premsa a les 17 de la tarda. A les 18'30 el Regidor Narváez ens telefona dient que ja està efectiva la suspensió de la llicència d'enderrocs de 1) tots els elements del Poblenou que estan en el llistat de protecció que va fer públic el 22@ i 2) de tot el conjunt de Can Ricart, fins que no s'aprovi el promès Pla de Patrimoni històric del Poblenou.

Divendres nit: dormim més tranquils (de moment)” (www.salvemcanricart.org, 28/11/05 y 02/12/05).

2.

LA OPORTUNIDAD.

La suspensión de la licencia de derribo fue consecuencia de la Proposición no de Ley para la conservación del patrimonio industrial del Poblenou presentada en el Parlament en abril y aprobada en octubre, que había obligado al AjB a elaborar un plan de protección patrimonial. En este sentido cabe concebirla como la primera gran victoria de la lucha patrimonial y del GPI en Can Ricart. Hasta entonces, el derribo de la fábrica se había logrado posponer mediante la resistencia directa; ahora, en cambio, se contaba con un respaldo legal. El movimiento estaba del lado de la legitimidad.

Este hecho permitió que cundiera cierto optimismo en el seno de la Plataforma, que en seguida prosiguió con la preparación de la manifestación prevista para el 16 de diciembre y la elaboración de un plan de usos de futuro para el recinto. Desde el 4 de diciembre contaban también con una nueva herramienta de comunicación: la lista de correo canricart@moviments.net. La importancia de la lista no puede ser subestimada: no tanto porque supusiera una transformación de las rutinas comunicativas en sí mismas (al fin y al cabo se trata simplemente de un sistema para enviar emails a varias direcciones al mismo tiempo, nada que no se pudiera hacer manualmente) sino porque cada mensaje quedaba almacenado en el servidor, con la posibilidad de ser consultado posteriormente por cualquier miembro de la lista. La lista de correo se convirtió así en la memoria escrita del día a día de la Plataforma, al menos de todo aquello que no empezaba y acababa en interacciones cara a cara. Los mensajes de la lista, además, no se limitaban a cuestiones estrictamente relacionadas con la Plataforma y/o Can Ricart y pronto se convirtió en una suerte de tablón de anuncios en el que se colgaban noticias, artículos, convocatorias. Gracias en especial a la incansable labor de documentación de Josep, de Can Font, la lista hizo las veces de un continuo “estado de la cuestión” urbana en Barcelona.

La “mani-festa-acció” del 16 de diciembre fue un indicador claro de la transformación del movimiento derivada de la nueva centralidad de Can Font en el mismo. El cartel, con un fondo de colores azul, rojo, amarillo y verde, tenía como motivo principal tres óvalos (“industria, espais creatius, patrimoni”) y varias espira-

La fábrica del conflicto

les que se tocaban en la parte central (“Can Ricart, digital hub”). En el encabezado se podía leer: “recerca + producció + formació + comunicació: per un nou art de viure. Can Ricart: reconfigurant la ciutat. La ciutat europea contemporànea està formatejada segons ‘windows’, incapaç de tenir accés al codi font de la programació (Linux)”. En el pie, además del lugar y la hora, continuaba el texto anterior: “cap a la ciutat interactiva amb un sistema operatiu obert”. La sintaxis del evento también presentó novedades con respecto a actividades anteriores: además de pancartas y eslóganes, hubo un *correfoc* de los Diablos del Poblenou, un espectáculo de circo de la Makabra frente al Casino l’Aliança y un sistema de proyección sobre ruedas de Can Font. “No totes les reivindicacions han de ser a cop de megàfon, talls de carrers i mal humor”, publicó *El Punt* al día siguiente.

El carácter lúdico-festivo de la manifestación no dejó sin embargo de ser un paréntesis en un momento que se estimaba crucial en el movimiento. Con los traslados de final de año y el cierre del Bar Paco’s en enero la actividad en el recinto pronto quedaría reducida a Hangar (cuya nave de propiedad municipal estaba previsto conservar), Talleres Cendra (con una prórroga hasta verano), la Cerería (con prórroga hasta abril) e Iracheta (sin acuerdo y con perspectiva de cierre). El continente se quedaba sin contenido.

Los primeros meses de 2006 estuvieron así marcados por la elaboración del plan de usos y la negociación, ahora oficial, con el ayuntamiento. La primera fue un proceso complejo e intenso de trabajo y negociación interna. La segunda un permanente tira y afloja entre dos partes muy poco dispuestas a ceder en sus posiciones. Cabe, en ambos casos, contrastar su dimensión pública y privada. A través de su web, de una rueda de prensa y una asamblea la Plataforma proyectó una imagen de transparencia y cohesión con respecto a la negociación con el AjB y la elaboración del plan de usos. Lejos de los focos, por el contrario, nadie ocultaba las desavenencias surgidas en el proceso, los conflictos internos y las tremendas dificultades para constituir un frente común. La cantidad y el ritmo de trabajo que había que acometer, la necesidad de renunciaciones y reformulaciones, los distintos modos de entender el trabajo y la organización colectiva, la existencia de desacuerdos y desencuentros, el nuevo campo de batalla, fueron factores que hicieron difícil la dinámica.

A principios de año la Plataforma estaba formada por numerosos y heterogéneos colectivos vinculados de un modo u otro al Poblenou. Esta composición era el resultado de la alianza que se fue construyendo a lo largo del 2005, iniciada en torno a las empresas, la AVPN y el GPI y ampliada posteriormente con colectivos del barrio, como la Associació de Joves del Poblenou (AJP) o la CC22@, y el sector cultural/artístico, como Hangar, La Makabra, el MACBA o Can Font, que en enero se refundó como Nau21 en honor a la nave que habían ocupado en Can Ricart. El cambio de nombre sintetizaba la transformación del colectivo, de un grupo de artistas (AXA) a una red que agrupaba a diversos colectivos como

Straddle3, Context, Saladestar, Openfridays o Almacen en torno a un triple eje: tecnología, arte y ciencia.

La firma de los acuerdos con las empresas y la suspensión de la licencia de derribos implicó también un cambio en la estrategia de confrontación: no se trataba ya de aguantar, repeler, interrumpir, sino de proponer. Parafraseando a Foucault, la resistencia pasaba por la creación: la imaginación de un nuevo futuro (financiado) para el recinto. El resultado de la variada composición de la Plataforma y la necesidad creativa del momento hizo que a principios de año se contara con numerosas y diversas propuestas: museo del trabajo, talleres industriales y de artistas, *escola bressol*, centro de software libre, escuela de circo, residencia de artistas, cantina, centro de barrio, sala polivalente... Había que convertir todo esto en un único plan de usos coherente.

Por otro lado, el ayuntamiento había elevado su primera propuesta escrita de ordenación para el sector. El 13 de enero varios miembros de la Plataforma se reunieron con el AjB y recibieron la nueva propuesta de conservación para Can Ricart. No era, según Oriol Clos (arquitecto en jefe del AjB), un documento definitivo, sino un punto de partida equilibrado. La Plataforma valoró positivamente tener una propuesta concreta sobre la mesa, “a pesar de que, a primera vista, decepciona su contenido, ya que no contempla la preservación de todos los elementos patrimoniales que se habían considerado importantes” (www.salvemcanricart.org, 16/01/06). La Plataforma discutió en detalle la propuesta y preparó una respuesta en reuniones posteriores. El 31 de enero, en una segunda reunión con el ayuntamiento, constataron la profundidad de los desacuerdos. Los dos pilares de la posición de la Plataforma eran el mantenimiento íntegro del recinto (según la propuesta del GPI) y la elaboración de un plan de usos consensuado en torno a tres ejes: equipamientos de proximidad y de barrio, equipamientos culturales y artísticos y actividades industriales. Los representantes del AjB y el 22@, por su lado, cuestionaban la evaluación patrimonial del GPI (planteaban la conservación de la mitad de la fábrica) y se apoyaban en la inviabilidad económica de mantener todo el recinto como suelo público como argumento de derribo (o de conversión a *lofts* de una parte del mismo). A este respecto, demandaron que se concretara el plan de usos y su financiación. Los técnicos del AjB también se mostraron contrarios a la solución propuesta por el GPI de reagrupar y concentrar la edificabilidad en una torre, recordando la oposición vecinal a esta aproximación en el PERI Eix Llacuna. Por otro lado, los técnicos en participación del ayuntamiento cuestionaron la representabilidad de la Plataforma y pidieron acudir a la siguiente asamblea a explicar su propuesta, lo cual generó tensión. “Intentem marcar clarament els diferents plantejaments. La proposta de l’Ajuntament i la nostra no estant ni de bon tros a prop. No es tracta que en una assemblea es presentin les dues perquè la gent opini i decideixi. Nosaltres som bel ligerants defensant la nostra. Per tant no hi ha consens i si l’Ajuntament amenaça en retirar-la i tornar al planejament aprovat,

La fábrica del conflicto

nosaltres intentarem mobilitzar-nos perquè no sigui així” (www.salvemcanricart.org, 02/02/06).

La reunión puso en evidencia entre otras cosas que el plan de usos en elaboración, que requería la conservación íntegra del recinto, podía a su vez contribuir a ella. Su elaboración era urgente. Corrió fundamentalmente a cargo del GPI, Nau21, la AVPN y Hangar. La tarea no era fácil, a pesar de que la mayoría de los componentes no fueron preparados *ad hoc* sino que eran fruto de las trayectorias anteriores de cada uno de los colectivos. El Museu del Treball, por ejemplo, estaba ya prefigurado en la *Proposta de Pla Integral de Patrimoni Industrial* del GPI (donde se sugería la fábrica Oliva-Artés como emplazamiento). Los equipamientos de proximidad respondían a un déficit histórico del barrio y partían de los compromisos contraídos por el ayuntamiento. La AVPN tenía de hecho una Comisión Pro-Equipamientos encargada del asunto. Se trataba por lo tanto de colocar en Can Ricart algunos elementos de una larga lista. La ampliación de Hangar era también un proyecto ya en marcha (en relación a la Fàbrica de les Arts en Granollers), que ahora encontraba un terreno fértil. La idea de Nau21 no dejaba de ser una recuperación y desarrollo del tipo de sinergias entre arte e industria que se habían dado cotidianamente en Can Font, apoyada en el tipo de colaboración en red que ya se había ensayado en julio con *Visquem Can Ricart* y en noviembre con *Made in Can Ricart/Odissea a la Nau21*. La especificidad de cada uno de estos colectivos impregnó así el plan de usos, que no obstante debía presentar una imagen de coherencia y, de manera fundamental, una propuesta de reparto del suelo y de financiación.

La rueda de prensa convocada para el 27 de febrero marcaba una fecha límite para su compleción. Las semanas previas estuvieron marcadas por la proliferación de borradores y redacciones, las prisas, las tensiones, los enfados, el baile de metros cuadrados, la búsqueda de financiación, los cambios de última hora, los abandonos, las consultas legales, la perseverancia. Además de la propuesta de usos se había redactado un manifiesto (luego modificado y convertido en una carta abierta al alcalde) y se trabajaba en la recogida de firmas de apoyo. También había que hacer los folletos de presentación de la asamblea abierta convocada para el 1 de marzo. A pesar de todo, los documentos se acabaron *in extremis* y se pudieron presentar. Se distribuyó también la última propuesta patrimonial del GPI, elaborada en enero tras la finalización del estudio del sistema energético de la fábrica (Tatjer et al. 2006). Es necesario detenernos en estos trabajos, pues se les encomendó la formidable tarea de definir el nuevo cuadrilátero de la contienda.

Según la lógica del GPI, en gran medida suscrita por la Plataforma, el punto de partida de la defensa de Can Ricart tenía que ser su valor patrimonial y la propuesta de usos derivar de éste. Esta ecuación tenía un peligro evidente: si se cuestionaba el criterio de valoración patrimonial, como había hecho el ayuntamiento, el plan de usos se quedaba sin fundamentación. Por esta razón, el GPI continuaba profundizando los estudios técnicos y buscando su legitimación mediante el apoyo

de otros expertos. La nueva síntesis, “Can Ricart, Proposta d’Intervenció” (GPI 2006a), era un documento técnico, aunque escrito con vocación divulgativa. El objetivo del texto era establecer una vez más la necesidad de conservar íntegro el recinto y de la posibilidad de hacerlo sin perjuicio de los derechos urbanísticos del propietario y respetando los requisitos viales y las calificaciones urbanísticas. El texto abordaba por tanto cada uno de estos aspectos. Con respecto al valor patrimonial, es interesante un énfasis nuevo en Can Ricart como “aportación genuinamente barcelonina a la modernidad industrial”, alejada del modelo manchesteriano de fábrica de pisos y ladrillo vista, emparentada por el contrario con el tipo de “racionalidad cálida tan arraigada en la arquitectura catalana”. Aparecía también como nuevo argumento el hecho de que aún se conservaba intacto buena parte del sistema energético de vapor, probablemente el único íntegro en Barcelona. Su mantenimiento permitiría entender y explicar el funcionamiento de todo el sistema (producción, distribución, transmisión, evacuación) además de mantener la escala justa de los diferentes elementos y darle otro sentido a la conservación de la chimenea. El discurso identitario y el potencial pedagógico cobraron importancia en el repertorio de argumentos.

Conscientes además de que el ayuntamiento parecía predispuesto a preservar únicamente una parte del recinto, el argumento del valor del mismo como conjunto era defendido aún con más vehemencia. “El falsejament que comportaria la desvertebració de les parts central i posterior [...] no sols es deuria a la pèrdua del repertori formal i funcional d’elements constitutius del sistema fabril i a la pèrdua de la seva escala com a conjunt. Una conservació centrada en la part que es vol presentar com a més “noble”, sense tractar al mateix nivell les parts centrals i posterior, abocaria a una idealització que no s’adiu amb els criteris de conservació d’un patrimoni utilitari com és l’industrial. En el cas de Can Ricart resulta especialment problemàtic el principi alhora romàntic (deixar traces per a la memòria local) i positivista (crear un repertori de fragments arquitectònics), consagrat per la tradició patrimonial neoromàntica, amb què sovint s’ha decidit sobre què mantenir i què no del patrimoni industrial poblenoví, a banda dels requeriments de la renovació urbanística. [...] Conservar Can Ricart com a “document” i com a “monument” [...] obliga a un plantejament rigorós i de conjunt que defugi tant *la temptació del retorn a una forma passada* per la qual s’opta com a canon ideal com *la temptació de l’intervencionisme arquitectònic* que pren el patrimoni sols com a punt de partida per a una reinterpretació actualista que transforma els edificis, compromentent-ne d’altres lectures en contextos històrics futurs” (ibid.: 6, 10).

Es interesante la transformación de la argumentación en este punto: en la primavera de 2005 el trabajo estaba destinado a fundamentar y demostrar que Can Ricart era un “conjunto”. A principios de 2006 se partía de esta afirmación como un “hecho”. Los esfuerzos se concentraban en las alternativas urbanísticas *a partir* de la conservación del “conjunto original”. Como en seguida veremos, sin embar-

La fábrica del conflicto

go, el ayuntamiento no suscribía este enunciado como un asunto cerrado y estaba dispuesto a volver a abrir la “caja negra” (Latour 1992).

Los siguientes puntos del texto se concentraban en la trama viaria y la regulación de los usos del suelo. En el primer caso, se trataba de defender un trazado peatonal para la calle Bolivia, de modo que no se “mutilara” el recinto con su apertura. En el segundo caso, se trataba de demostrar con cifras la viabilidad urbanística de mantener el recinto y los derechos de los propietarios reubicando los elementos. Esto se traducía una torre alta, “sin complejos”, con fachada al Parc Central y en “diálogo” con el rascacielos del hotel Habitat Sky.

En cuanto a los usos, se prefiguraba una propuesta a tres niveles: Can Ricart y el Poblenou (polo de equipamientos vecinales), Can Ricart, la metrópolis y Catalunya (polo de patrimonio industrial, Museu del Treball) y Can Ricart y el mundo global (polo de innovación creativa y de producción en las artes y tecnologías artísticas). No obstante, éste era un documento del GPI, no de la Plataforma, y el propio texto reconocía que se trataba de una primera aproximación a un trabajo en curso. El Plan de Usos excedía la competencia del GPI, que no dejaba de ser uno más de los varios actores implicados en su elaboración. Si bien siempre se mantuvo el criterio del GPI en cuanto al patrimonio, la propuesta de usos debía ser el producto de un consenso en el seno de la Plataforma. El título del documento resultante, *Can Ricart, Proposta de Pla d'Usos i Activitats. Patrimoni, Ciutadania, Creativitat i Productivitat* (2006) apuntaba ya a esta autoría colectiva. La introducción reflejaba con exactitud la suma de perspectivas que conformaban la Plataforma y que habían dado lugar al texto. Cabe citarla con extensión y sin cortes para apreciar el sistema de yuxtaposiciones, en el que cada párrafo parece responder a una lógica propia:

“El projecte ciutadà que s'exposa a continuació vol contribuir a la recuperació de Can Ricart per a la ciutat. En ell es presenten opcions per a la seva utilització futura i és tan sols un document de treball, una proposta sorgida de les múltiples sensibilitats, persones i entitats que han pres part en el debat impulsat per la Plataforma Can Ricart i que ara se sintetitza en el present document, que es proposa com a punt de partida per a un procés de participació més ampli, destinat a obrir el recinte al barri i a la ciutat.

Can Ricart, que començà a construir-se el 1853, és una peça singular i cabdal en la invenció de la modernitat industrial a Barcelona i Catalunya i de la trajectòria col·lectiva del Poblenou pel seu caràcter pioner, per les seves qualitats formals i funcionals i per la seva dimensió. Una peça que sols té sentit de conservar i rehabilitar completa, sense mutil·lació del recinte històric com a tal. No es tracta d'una qüestió de “quantitat de naus” conservades, sinó de concepte: el valor excepcional de Can Ricart no resideix en un o altre dels seus components, sinó en la seva consideració com a conjunt.

La conservació del patrimoni per a les generacions futures comença pel seu ús avui mateix. Can Ricart, com a gran eco de la història passada i recent del Poblenou ha de poder tenir un ús que en reforçi el seu caràcter d'espai compartit, públic, que li doni des d'avui mateix plenament el significat social que li correspon, i aquest no serà independent de les activitats que s'hi afermin, perquè el patrimoni no són només edificis, espais o elements aïllats, sinó conjunts arquitectònics i urbanístics que són socialment apropiats. La projecció del patrimoni del Poblenou cap al futur no sols ha de comportar els elements físics, les pedres, sinó el bo i millor del seu teixit social, de les seves maneres d'utilitzar l'espai i de les seves activitats.

El patrimoni, document històric i monument alhora, lloc simbòlic de la col·lectivitat, ha de ser viu. Can Ricart, l'únic gran recinte industrial del vuit-cents que encara pot conservar-se complet i sense alteracions substancials a Barcelona, té ara la possibilitat de transformar-se en un espai de convivència de persones i d'usos, en un espai públic productiu i social, en una aposta per el capital creatiu ciutadà. Ha de ser una llavor del que ara comença a definir-se com a espai xarxa, un laboratori urbà on es pugui potenciar la interacció entre patrimoni històric, indústria i espais creatius a la nostra ciutat, on s'estimuli el trànsit de persones, coneixements i materials en una nova esfera pública innovadora.

En aquest sentit, cal denunciar que la deslocalització de Can Ricart d'un bon nombre d'industrials, artesans i també d'alguns artistes que haurien pogut contribuir molt positivament al seu projecte de futur contradiu els objectius de millora de la ciutat" (ibid.: 1).

La propuesta de usos apostaba por un liderazgo público que garantizara, frente a los riesgos de la urbanización privada, la heterogeneidad y centralidad de los contenidos. Se trataba de, lamentado la expulsión del tejido industrial y empresarial, mirar hacia delante y articular una tercera fase para el recinto (tras sus etapas como fábrica textil y parque industrial multisectorial) alrededor del sector quinario ("cultura, investigación, creatividad, formación, pero también salud y actividad social, etc.") y nuevas actividades industriales ("diseño, oficios industriales, artes gráficas, edición, etc."). Existía en Can Ricart la oportunidad de llevar a cabo una "operación emblemática" que resituara al sector Parc Central-Pere IV como epicentro de una nueva forma de hacer ciudad, como una nueva área de centralidad basada en el cruce de sinergias y la generación de un polo de innovación.

A nivel de barrio, "el polo ciudadano", se planteaban 4.800 m² de equipamientos de proximidad y de ciudad: un *casal de barri*, una *escola bressol*, un equipamiento social/educativo por concretar y un *punt verd*. Se trataba en su mayoría de elementos previstos en el Pla d'Equipaments del Poblenou y pendientes de realización. En cuanto a la situación, se sugería el área entre el Pasaje y el Parc Central. En el segundo nivel, metropolitano y nacional, se proponían 4.000 m² para el Museu del Treball, el "gran museu social del país, [que] ha de permetre articular, a partir

La fábrica del conflicto

d'aquesta activitat humana fonamental que és el treball, les formes de vida personals, les modalitats de família, els espais de producció, les organitzacions i moviments socials, l'estructura de les ciutats i la seva relació amb àmbits territorials més amplis, des del segle XVIII fins a les reflexions prospectives sobre el segle XXI" (ibid.: 6). El museo estaría localizado en el núcleo central de la fábrica e incluiría la rehabilitación del sistema energético-motriz de vapor. El tercer nivel, "Can Ricart global, polo de las artes, las tecnologías artísticas y la industria", ocupaba la mayor parte del suelo de la propuesta, 9.000 m². Estaban repartidos entre la ampliación de Hangar (4.500 m²), Nau21 (1.275 m²) y un vivero de oficios, empresas y espacios de investigación (3.225 m²). Se trataba en este caso de "recuperar la iniciativa creadora en el Poblenou" en un contexto de cierre masivo de talleres de artistas. Se trataba también de una propuesta de mezcla de modelos de producción, formas de organización y modos de gestión: fomentar las sinergias entre el espacio reglado de Hangar, la organización abierta y en red de Nau21 y diferentes modalidades empresariales vinculadas al mundo de la cultura.

Tanto este documento como el panfleto divulgativo de la propuesta y la asamblea recurrían a las imágenes como nivel discursivo paralelo. Resultaba interesante la combinación de imágenes de trabajo cotidiano en el recinto, actividades en defensa del mismo, detalles de aspectos arquitectónicos, material de archivo y simulaciones del recinto conservado. La preeminencia de estas últimas es relevante, ya que se atribuye a estas imágenes de síntesis, en las que el entorno desaparece o es difuminado y no hay humanos ni actividad, la representación visual del futuro deseado.

3.

UN NUEVO COMIENZO.

Salvem Can Ricart, Defensem Poblenou”. La vieja pancarta ocupaba buena parte de la tarima. Sobre ésta, tras una mesa larga y estrecha, cubierta por una tela verde y carteles amarillos, estaban sentados, de izquierda a derecha, Óscar Guayabero, miembro de Nau21 y vicepresidente del FAD; Pedro Soler, director de Hangar; Joan Maria Soler, de la AVPN; Manel Andreu, presidente de la AVPN; Mercè Tatjer, del GPI; Belén Sánchez, de Talleres Iracheta; Marco Noris, de La Escocesa y Joan Roca, del GPI. Junto a este último, una pantalla blanca en la que proyectar las transparencias. Era miércoles, 1 de marzo de 2006, pasadas las siete y media de la tarde. Al otro lado del teatro del Centre Moral, el público, numeroso, seguía llegando.

La presentación pública de la propuesta de plan de usos fue también la primera grabación sistemática de un nuevo equipo de trabajo que habíamos formado poco antes. Fruto de la insatisfacción con el resultado de nuestro documental, Guillermo y yo le habíamos seguido dando vueltas a qué hacer con el material que no habíamos utilizado. A partir de discusiones informales con Aurelio y del visionado conjunto de la cinta del desahucio del 28 de junio, decidimos que valía la pena intentarlo de nuevo, esta vez por nuestra cuenta y sin compromiso alguno. Otro amigo, Roberto García, montador y técnico de post-producción, se interesó y se ofreció a trabajar en el proyecto. Y así, a principios de 2006, empezamos a trabajar en un nuevo documental sobre Can Ricart. Teníamos muy pocas cosas claras en aquel entonces, pero eran importantes. Primero, la división del trabajo quedaba abolida. Grabaríamos, editaríamos, dirigiríamos, construiríamos el documental juntos. Segundo, recuperaríamos el tipo de política de la representación a la que habíamos renunciado en *Can Ricart*.

Muchas veces teníamos un tesoro a nuestro lado y uno no se daba cuenta hasta que alguien se lo decía, dijo Manel Andreu. Esto es lo que había pasado en Can Ricart. Cuando en febrero de 2005 se había organizado la primera visita guiada muchos se preguntaron cómo podía ser que estando tan cerca no lo hubieran descubierto antes. A partir de entonces había comenzado un proceso de conocer Can Ricart y conocerse entre todos, porque había sido un trabajo en red. La Plataforma se había estado reuniendo ininterrumpidamente una o dos veces en semana; se

La fábrica del conflicto

habían hecho estudios, redactado documentos, elevado propuestas. Sin la ayuda de técnicos, profesionales y medios de comunicación no estarían donde estaban. A pesar de todo, había que reconocer que no se había podido salvar la producción industrial. El tono de Andreu ganó en seriedad. Sólo quedaba Hangar y un par de talleres que se marcharían pronto. Era un recinto muerto.

Mercè Tatjer explicó que el plan de usos trataba de articular una nueva fase tras la de producción industrial. No se trataba de entender el patrimonio como piedras, sino de un patrimonio vivo, capaz de proyectarse al futuro. Can Ricart era una pieza clave, única, por su valor histórico y arquitectónico. La profesora habló de Bernadet, de Fontseré, del diseño neoclásico, de la máquina de vapor. Era un patrimonio con una gran capacidad para cubrir una función social, económica y cultural. Entre todos podíamos darle fuerza para que fuera un legado para las próximas generaciones.

Que no partían de cero, explicó Joan Maria Soler. Can Ricart había sido un espacio muy vivo hasta entonces, y cuando lo habían abierto al barrio con las puertas abiertas, los vermouths y otras actividades realmente allí había habido vida. Incómodo, me removí en la silla. La propuesta de plan de usos partía de las diferentes realidades que había habido en el recinto y trataba de establecer una continuidad, interconectar las partes. También pensaban que una fábrica no se podía entender sin una interpretación detrás, y que en ese sentido el Museu del Treball se encargaba de dar sentido, de interpretar lo que era el patrimonio del Poblenou. Era un proyecto abierto, no estaba cerrado, se podía seguir trabajando. En todo caso, rechazaban de entrada la privatización del recinto y defendían que fuera público. Soler empezó entonces a hablar de los equipamientos de proximidad, fundamentales para generar esa interconectividad entre vecinos y actividades, una interrelación cotidiana. La propuesta estaba relacionada con la falta de equipamientos en el barrio, que venía de largo. En Can Ricart había espacio para varios de ellos: un centro de barrio, un *casal de joves*...

La situación era muy grave, explicó Pedro Soler. Hangar se había quedado solo en una especie de ciudad fantasma. Su contribución al plan era muy sencilla: querían recuperar los espacios de artistas perdidos en el barrio. Apostaban por la creatividad y por favorecer la relación entre vecinos, artistas y empresas. Querían ampliar su espacio, porque tenían 15 talleres y recibían 30 peticiones para cada uno. Básicamente su propuesta era esa: más espacios para la creación. Hacía cinco años había en el Poblenou más de 30 espacios para artistas. Ahora quedaban cuatro. Era una hecatombe.

Óscar Guayabero señaló que desde Nau21 se trataba no sólo de recuperar el antiguo espacio de Can Font, sino de abrirlo a la ciudad. Concebían un espacio de creación abierto, de interacción entre el arte, la ciencia y la tecnología, con sinergias entre la creación artística y la producción industrial. La utopía había sido

hasta entonces su modo de supervivencia. Ahora se trataba de hacerla realidad: un nuevo modelo de creación, abierto al barrio y la ciudad; un espacio compartido, no compartimentado; un centro de cultura, no un centro cultural. Él era un *nouvingut* a Can Ricart. La gente de AXA y Can Font habían buscado apoyos para el proyecto Nau21 y le habían encontrado. No estaban solos los que luchaban por Can Ricart. De hecho, como miembro del FAD les podía adelantar la noticia de que se había decidido dar la medalla de este año a la Plataforma Salvem Can Ricart. El público rompió a aplaudir.

Estábamos ante una pieza clave en la invención de la modernidad en Barcelona y Catalunya, dijo Joan Roca. Can Ricart era una fábrica genuinamente catalana. Neoclasicismo, Bernadet, formas y ritmos, una formalización arquitectónica excepcional, símbolo clave de la modernidad... Roca hablaba rápida y desordenadamente. Entusiasmado, ilustraba su argumento con la ayuda del retroproyector. Un Museu del Treball no era una cosa aburrida que fosilizaba, sino aquello que formalizaba modos de vida y trabajo. Que no había capital sin trabajo, nos recordaba. Todo tenía su origen en ese elemento estructurador de lo social que era el trabajo. El Museu del Treball sería el elemento que brillantaría Can Ricart y que explicaría las formas cotidianas de vida y trabajo en la metrópoli fabril, hasta nuestros días. Entre unos equipamientos locales, un equipamiento metropolitano como el museo y una polaridad global del mundo de las artes, aquí sí que se estaría llevando a cabo la verdadera idea del 22@, que el consistorio estaba, paradójicamente, frenando. Esto sí que sería un polo de innovación productivo y ciudadano. Sólo quedaba ligarlo urbanísticamente. Había mil propuestas, maquetas. Roca señalaba con su dedo en el mapa proyectado. Un espacio emblemático como Can Ricart, más el Parc Central, más el eje patrimonial Pere IV, conformaban un centro a la altura de la Rambla del Poblenou. Y no sólo para el barrio sino para la ciudad. Porque Can Ricart, más Oliva-Artés, más la iglesia del Sagrat Cor... con buena arquitectura, que religara, era un espacio emblemático que Barcelona no podía perder *per un plat de lentilles*.

Belén Sánchez leyó el texto que había escrito. Explicó que se habían instalado en Can Ricart porque les habían echado de un local afectado por la abertura de la Diagonal, que por otro lado había tardado más de veinte años en consumarse. Ahora volvían a estar en la misma situación. No eran una empresa obsoleta, utilizaban las nuevas tecnologías, ¿por qué se tenían que ir? Parecía que para la Generalitat las pequeñas y medianas empresas eran mucho menos importantes que las grandes. Nadie les había ido a ver. No eran ni los primeros ni serían los últimos afectados por el 22@. Ellos sólo pedían que les cubrieran los costes del traslado, pero la oferta no llegaba. Tendrían que cerrar. Se había conseguido, con la fuerza conjunta, que no se derribara el recinto. Pero la mayoría de la actividad se había perdido. Belén esperaba que al menos sirviera para los que pudieran venir.

La fábrica del conflicto

Cerró el turno de palabras de la mesa Marco, de La Escocesa (una fábrica vecina y en una situación de afectación muy similar). Explicó que la especulación urbanística y la falta de voluntad del AjB podrían dejar sin vivienda a más de veinte familias y sin taller a más de cincuenta artistas y artesanos. Los propietarios de la fábrica habían pedido a los inquilinos que abandonaran el recinto en un mes. El ayuntamiento aseguraba que la carta era un error. Según el 22@ era un recinto protegido, pero sólo los propietarios podían elaborar planes. Ellos habían creado una asociación para reivindicar los derechos de los inquilinos, pero la situación era muy confusa, no tenían demasiado claro a qué atenerse.

El público tomó entonces la palabra. Que la plaza del Sagrat Cor, frente a La Escocesa, también desaparecía, que si se podía tener en cuenta como un elemento más para conservar y luchar, dijo Eduard. Estaba afectada por la abertura de la calle Marruecos, le respondió Salvador Clarós, y estaban en conversaciones con el ayuntamiento para que se desviara. La AVPN estaba muy preocupada, porque era uno de los pocos lugares con tanta categoría urbana y cívica. Un espacio encantador, parte del eje patrimonial de Pere IV. Si el urbanismo eliminaba esa plaza cívica, destruía el barrio. Maria Teresa, vecina de Espronceda, expresó su preocupación con las ocupaciones. Que había pasado en la Oliva-Artés, en Ca l'Alíer, en la calle Espronceda... que si alguien iba a vigilar que no pasara lo mismo en Can Ricart. Era un problema grave, insistió. En la carta que habían enviado al alcalde hablaban precisamente de medidas para evitar la degradación del recinto, respondió Andreu. Aunque no pensaban en ocupas, sino en gente que envía el propietario para llevarse cosas...

Lluís Estrada quiso plantear dos cuestiones a su juicio fundamentales. El micro fallaba y tuvo que dejar su sitio y acercarse al escenario. Desde allí, en pie, el inalámbrico funcionaba mejor. La primera cuestión era la desaparición de industrias y la pérdida de trabajos en el barrio. El 22@ se había dedicado a construir sin un análisis previo de todo ese tejido industrial existente: conocimientos, relaciones de mercado, experiencias, etc. Estrada pedía que se hiciera un estudio del coste social y económico que había implicado el cierre de todas estas empresas. Sabía que era algo complicado, y por eso Can Ricart, un caso manejable, podía ser una manera de empezar y de demostrar que no se podía seguir por esa vía de urbanizar y destruir, porque eso implicaba pasar de una riqueza productiva, compartida, a una riqueza especulativa, en manos de pocos. Y cuando se perdía riqueza productiva eran todos los que perdían. Habría, por tanto, que estudiar toda esa pérdida de intangibles, el coste social de la pre-jubilaciones, etc. La segunda cuestión tenía que ver con el *modernisme*. Porque cuando los turistas venían y visitaban la Casa Batlló, la Pedrera, la Casa Amatller no se les decía, no se les explicaba que aquello no era fruto de una generación espontánea de riqueza, sino que era fruto de toda una serie de fábricas que habían estado construyendo, trabajando y generando la riqueza que

había permitido a la burguesía construir aquellos edificios que ahora fascinaban a todos.

Que si aquello era el 22@ y había que dar las gracias por tener un ayuntamiento socialista, él estaba decepcionado con la política. Que porqué tantas chimeneas, tantos rascacielos, hoteles, obras por todos lados... Luque, en pie, mirando al resto del público y a las notas que había tomado, pedía a la sala unión en la lucha. Can Ricart tenía que ser un símbolo de que hasta aquí habían llegado.

Gil, también de pie, se dirigió al público con decisión. A ver si nos dábamos cuenta de que al ayuntamiento le importaba un bledo todo. Desde que se habían inventado el 22@ habían visto el chollo que había en toda la zona. Lo que querían era traer turistas, engañarles y sacarles las perras. Que cuando se acabara el turismo a ver qué coño harían, preguntó en voz alta. Estábamos en una zona que tenía una historia acojonante: aquí había nacido el movimiento obrero, Solidaridad Obrera había nacido aquí, la CNT había nacido aquí. Y a base de trabajo y de lucha se había conseguido una Barcelona grande y admirada por todo el mundo. Y estos tíos la estaban vendiendo miserablemente. Solo hacían rascacielos inasequibles para cualquiera de los vecinos del barrio. Y en el lugar de las fábricas hacían una especulación acojonante. Sus tres hijos se habían tenido que ir del barrio, igual que los de muchos de los que estaban allí, suponía. El ayuntamiento no quería que la gente se desarrollara, que la gente tuviera una historia, participara, decidiera. ¿Es que no lo veíamos? ¿Artistas creativos? ¡Cuántos menos creativos hubiera mejor! El público se rió. Dejaros de hostias, es así, es así. La única solución que hay es local vacío local ocupado y se ha acabado el rollo. Y allí todos. ¡Y que vengan y nos peguen a todos! El público aplaudió con entusiasmo, mientras Gil pasaba el micrófono y se reía.

Francesc no sabía si después de aquellas palabras cabía decir algo más, pero se aventuró. Él era artista y trabajaba en La Escocesa, pero venía del Submarino, que estaba en la calle Fernando Po, al final de la Rambla del Pueblo Nuevo y que también lo habían cerrado. Como artista trabajando en el barrio desde aquella época, él había visto lo que estaba pasando. Había conocido la época en que eran muchos, colaboraban, hacían cosas en conjunto. Ahora los artistas se habían ido quedando cada vez más solos, más aislados. Él se buscaría otro taller. Fuera donde fuera, seguiría trabajando, seguiría creando. Pero la pregunta que quería lanzar era si podía el Poblenou permitirse ese éxodo de artistas, y a costa de qué.

La mesa tomó la palabra una última vez, esta vez para concluir la asamblea con unas palabras de ánimo. Como dijo Andreu, la consigna podría ser, además de salvar Can Ricart, resistir en La Escocesa.

4.

ABANDONOS.

Aproximadament ara farà un any neixia Salvem Can Ricart, amb l'objectiu, entre d'altres, d'aturar els desnonaments, per tal de preservar els llocs de treball i el conjunt arquitectònic del recinte fabril. Durant aquest període han continuat els desnonaments de les empreses i dels tallers que integraven Can Ricart. Podem afirmar doncs, que s'ha destruït el teixit social que donava identitat a aquest conjunt de petits tallers. Avui, es pretén que decidim quin ha de ser el teixit social que l'ha de substituir. La nostra prioritat és que els errors ocorreguts a Can Ricart no es tornin a repetir. No podem acceptar negociar només aspectes concrets, com és el Pla d'Usos de Can Ricart, ja que pactar de forma aïllada Can Ricart (extraient el PERI Parc Central del conjunt del Pla 22@) seria avalar l'actuació municipal i contribuiria implícitament acceptar: els criteris de substitució social (a través d'expropiacions i desnonaments), les volumetries (sobretot el creixement en vertical) i el pla d'usos del conjunt del 22@. Ja que Salvem Can Ricart limita la seva gestió a la negociació d'un nou pla d'usos pel recinte de Can Ricart, la Coordinadora contra el 22@, una de les entitats fundadores d'aquesta plataforma, ha decidit retirar-ne la seva adhesió.

Des de la Coordinadora contra el 22@ volem reiterar que la lluita en defensa de Poblenou, de totes les seves veïnes, veïns, treballadores i treballadors no es pot aturar i que continuarà sent la nostra raó d'existir. Ara cal cridar, més fort que mai que **POBLENOU NO ESTÀ EN VENDA! ATUREM L'ESPECULACIÓ!**" (Comunicado a la lista del movimiento, 22/02/06)

“Salut companys i companyes!

Fa 4 uns anys, es va fer una demostració de la força que te un barri, fa un temps varem poder comprovar com Poblenou es capaç de mobilitzar-se davant qualsevol tipus d'agressió, en aquest cas l'agressió provinent de la fúria especulativa duta a terme des de l'ajuntament i des de les immobiliàries. Aquella manifestació deia que Poblenou no volia un pla 22@ que destruis el seu teixit social, la seva estructura i el seu funcionament com a col·lectiu humà, Poblenou no volia ni re-

formes ni reformistes, volia un pla urbanístic real, de les Poblenovines i per les Poblenovines, els joves demanàvem un NO al 22@ que no varem aconseguir.

Des de llavors ha passat molt de temps i cada cop mes la gent del barri a vist com des dels col·lectius anaven perdent suport i per això haurem de fer tots plegats una autocrítica conscient de perquè hem passat de rebre el suport de 3.000 persones a ser grups de gent pre-establerts que no representem a ningú mes que a nosaltres (cal destacar que els afectats ja no ens donen el suport inicial). Fa aproximadament un any es va crear la Plataforma Salvem Can Ricart, es va crear un manifest en el qual l'Assemblea de Joves si sentia representable, perquè deixant a banda els petits detalls, estàvem tots d'acord. Això va anar degenerant cada cop mes i perdent la combativitat i deformant el discurs, tot convertint-lo en aquell paperot sense sentit que es avui en dia. [...] Aquest canvi en la línia d'actuació de la Plataforma iniciat últimament (el pla d'usos) ha estat el que ens ha fet veure que el nostre objectiu de defensar Poblenou ja no hi es reflectit, perquè Can Ricart ja no existeix, de Can Ricart tan sols en preservem la memòria històrica, però no el mes important que es els llocs de treball, el que li dona la vida i la essència a un complex fabril, la producció i el treball. El temps ens ha anat donant la raó i hem anat veient que les reformes del pla urbanístic son un pedaç en el problema, que es el propi pla que no soluciona res, tan sols crea mes problemes en el teixit social.

VISCA POBLENOU, NO AL 22@!

Assemblea de Joves de Poblenou. Països Catalans (Barcelona).” (Comunicado a la lista del movimiento, 14/03/06)

“Jo segueixo anant a títol particular a la Comissió [Plataforma] Can Ricart i bé, em sento una mica com formant part del passat d'allò, m'entens? S'està parlant d'un futur del qual no... No me'n deixen formar part, vull dir. Anímicament es una situació força curiosa de viure-la. Ells es pensen que són el futur precisament perquè existeix aquest passat meu, no? Si no, no existiria pas. I que no és ni bo ni dolent, es curiós. El que si que és també curiós és que, clar, un cop [l'espai] ha estat buidat per allò que et deia, per la insensibilitat municipal, ara sembla que hi ha l'obligació de donar-li un pla d'usos, a més a més cal fer-ho urgentment perquè hi ha els *lofts* en perspectiva, perquè hi ha la piqueta, perquè això es una situació provisional, perquè l'ajuntament o l'administració va molt despresa i nosaltres no tenim tanta capacitat de córrer. I clar, si se li ha de donar un pla d'usos, hòstia, em sobta una mica perquè és que el que hi havia era, no sé si era fantàstic, però funcionava. I totes la sinèrgies que hi havia és, d'alguna manera, el que es vol tornar a crear-ne de nou. És un disbarat que s'hagués de desfer una cosa per tornar a crear quelcom a imatge i semblança d'allò que ja funcionava. [...]

Jo insisteixo molt, insisteixo molt a les reunions, que és el que em queda, d'això, de parlar del passat: és a dir, estem parlant d'aquet futur perquè hi ha hagut

La fábrica del conflicto

un passat. I ha estat ben galdós. L'Ajuntament ha rectificat com sem... anava a dir com sempre, però no, perquè no rectifica sempre, però en tot cas s'ha mogut tard i malament. A veure, aquí tenim una situació, senzillament, de no fer la feina ben feta. No es fa la feina ben feta, no se'n fan d'estudis d'impacte, i el que és més dolorós, és que no se n'acostumen a fer per les persones. Es collonut això. [...] Quan anem a legislar o a fer urbanisme per a la gent, no se la té en compte per res. Ho fem amb els arbres i amb els ocells, per què no amb les persones? Doncs aquí no es van fer i quan reaccionen, reaccionen salvant el recinte, i reaccionen tot just quan hi ha marxat l'últim. [...]

Dins la Comissió Can Ricart, t'ho deia, o sigui, a vegades em sembla que som massa curosos, i passem massa de puntetes i amb una correcció exquisida per tot el que ha desencadenat el que fa possible que avui siguem aquí parlant de pla d'usos. Aquesta correcció no és la que ha demostrat la gent que hauria d'haver tingut la cura de governar-nos i no pas d'exterminar-nos [...] Es que és això. L'altre dia llegia un redactat de la Comissió que deia “quan les empreses van marxar al desembre...” Què collons?! Las empreses no van marxar al desembre, a les empreses les van... Em sembla que al final van posar “foragitar”. Però es que les van desterrar, o les van... Desterrar es en el millor dels casos...” (Entrevista, 23/02/06)

5.

CONTRAOFENSIVA (1).

La noche del 3 de abril de 2006 el AjB convocó a la Plataforma para presentarles la nueva propuesta urbanística para Can Ricart. En un salón de la Plaça Sant Jaume les esperaban, entre otros, Xavier Casas, Imma Mayol, Jordi Portabella y Oriol Clos. El documento era lo que ellos consideraban la solución definitiva a la controversia. Con la ayuda de un proyector que no acababa de enfocar y sin entregar ningún documento, explicaron su propuesta. Los miembros de la Plataforma que habían acudido constataron enseguida que sus demandas fundamentales en cuanto a conservación patrimonial, usos y vialidad no estaban recogidas y mostraron su profunda decepción. Aún habría que seguir trabajando en ello y cambiando cosas, les hicieron saber –lo cual enfureció particularmente a Oriol Clos, que según algunos testigos perdió la compostura. Xavier Casas anunció que daba por terminado el proceso de negociación de la propuesta y que si tenían alguna objeción podían presentar alegaciones al documento en el plazo legal previsto al efecto. La mañana siguiente, en rueda de prensa, los tres tenientes de alcalde presentaron públicamente el plan, facilitando esta vez unos diagramas que explicaban la propuesta. Poco después la Plataforma recibió el documento escrito (Ajuntament de Barcelona y 22@Barcelona 2006).

Los cuatro ejes del documento (“conservación del patrimonio industrial”, “un espacio urbano que funciona”, “usos potentes para el presente y el futuro” y “una propuesta viable en la práctica”) anunciaban cambios importantes en la estrategia retórica y un notable acercamiento terminológico al GPI y la Plataforma. De hecho, quizá sea más exacto hablar de asalto conceptual: el AjB utilizaba la jerga y las argumentaciones pro-conservación para legitimar el derribo de parte de la fábrica y para defender su propuesta de usos. De este modo, por ejemplo, se reconocía la capacidad de Can Ricart para evolucionar y “dar respuesta a necesidades funcionales de cada momento” (“la idea de adaptación es consustancial al [recinto]”) (ibid.: 1) como una suerte de cualidad patrimonial y, al mismo tiempo, como el tipo de dinámica que justificaba una nueva operación de ampliación de ciertos elementos y el derribo de otros: “la sustitución de unas piezas por otras de mayor envergadura o más funcionales también es una constante en la evolución [de la

La fábrica del conflicto

fábrica]” (ibid.: 2). El plan de ayuntamiento aparecía así como un episodio más del proceso histórico de transformación. La “sustitución respetuosa (volumetría y disposición) de los edificios más deteriorados o menos significativos” debía además huir de la “recreación historicista” (ibid.: 3). El documento sustituía la noción de “recinto original” del GPI (elaborada a partir del criterio histórico de mantener las construcciones levantadas hasta los años 30) por la de “núcleo principal” (cuyo criterio no se especifica: “és fàcil destriar els [edificis] que determinen el “corpus” del recinte i els elements annexes. Aquests darrers, si bé han tingut un valor funcional en determinats moments de la història, no poden constituir una referència bàsica de futur”) (ibid.: 3). De este modo, se abría la “caja negra” de lo que *era* el recinto y lo que en consecuencia se podía hacer con él.

La apropiación discursiva iba incluso más allá, al establecer que cualquier intervención debía tener en cuenta un tratamiento articulado del “espacio industrial más amplio, configurado por el eje Pere IV [...] y con elementos tan significativos como Oliva-Artés, la fábrica Alier, La Escocesa o Ca l’Illa” (ibid.: 1). Por último, “és evident que una bona actuació entorn del patrimoni de Can Ricart requereix la realització de l’inventari i documentació dels béns mobles, immobles e immaterials, així com la recerca científica, històrica, arqueològica i documental. Cal assegurar igualment la interpretació i divulgació educativa d’aquest coneixement científic del passat industrial barceloní, a fi que arribi a la ciutadania d’una manera clara, didàctica i entretinguda” (ibid.: 3).

En cuanto a los usos, los siete criterios que articulan la propuesta recordaban, y mucho, a la jerga de la Plataforma: “asegurar la existencia de actividad durante las 24 horas del día”, “incluir usos diversos que se complementen y refuercen”, “incorporar equipamientos locales, directamente vinculados al barrio”, “potenciar e incrementar los espacios para actividades creativas”, “integrar un proyecto potente y con proyección internacional, que se convierta en un referente”, “prever actividades que tengan perspectivas de mantenerse y ampliarse en el futuro” e “introducir usos que constituyan un motor, de manera que atraigan actividad vinculada”.

Todo esto se concretaba en una propuesta de conservación algo mayor que la ofrecida en enero (el 67% de los edificios construidos hasta 1930) dedicada en su mayoría a equipamientos públicos (79%). Entre estos destacaba la Casa de les Llengües, un proyecto de museo y centro de estudios derivado de la exposición *Veus* del Fòrum 2004. El resto de suelo público del recinto se repartía entre un *Centre de Barri* y la ampliación de Hangar. Con respecto al suelo privado dentro del recinto, se repartía entre vivienda social, vivienda no convencional o *lofts* y espacios productivos 22@. El resto de suelo de aprovechamiento privado se concentraba en los alrededores del recinto, notablemente en un edificio de doce plantas con fachada al Parc Central.

De este modo, si bien el AjB redujo enormemente la distancia discursiva con la Plataforma, adoptando muchos de sus conceptos y dificultando en cierto sentido los términos de la confrontación, la plasmación urbanística y arquitectónica de los planteamientos seguía estado muy alejada. Los términos de la controversia, sin embargo, quedaron redibujados. La propuesta del ayuntamiento desafiaba a la Plataforma a dos niveles: con respecto a los criterios de conservación (estableciendo una conclusión diferente con herramientas parecidas y apuntando a la intransigencia del GPI) y con respecto a los usos (asumiendo una parte de la propuesta de la Plataforma e incorporando la Casa de les Llengües como pieza estrella y de interés ciudadano). Ambos frentes requerían respuestas, que con la tramitación del documento pronto quedarían emplazadas al ámbito de las alegaciones.

6.

EN LLAMAS (2).

Un incendi crema part de Can Ricart el dia que s'anuncia el pla per protegir-lo.

Un incendi va afectar [a] dues de les naus més antigues del complex fabril de Can Ricart, al Poblenou, poques hores després que l'Ajuntament presentés la seva proposta definitiva de protecció del recinte, que preveu salvar el 67% dels edificis que l'integren, però que no satisfà la plataforma ciutadana creada per defensar el conjunt. El tinent d'alcalde d'Urbanisme, el socialista Xavier Casas, va insistir que el sinistre dona "més motius per mantenir la proposta" i per "accelerar el procés d'aprovació del pla urbanístic" que ha de permetre multiplicar per tres els equipaments previstos inicialment, entre els quals hi ha la futura Casa de les Llengües de la Generalitat, prevista al bloc de naus al qual pertanyien els dos edificis cremats parcialment ahir.

El foc, que no va provocar ferits, va començar a dos quarts de tres de la tarda per causes desconegudes, i els 40 bombers que van participar en la seva extinció van trigar dues hores a controlar les flames, que van provocar l'esfondrament de la primera planta de les dues naus, d'una de les teulades i de part de l'altra. Els locals estaven tancats a pany i forrellat d'ençà de la marxa, fa uns mesos, dels darrers llogaters, un grup d'artistes conegut com a Nau21. Les flames es van alimentar de deixalles de fusta acumulades a l'interior dels edificis, segons fonts municipals. Les tasques d'extinció es van perllongar fins a darrera hora de la tarda. En el moment de tancar aquesta edició, la policia científica encara no havia accedit als locals pel risc d'esfondrament de les restes del sostre.

El sinistre es produïa a penes dues hores després de la presentació en roda de premsa del projecte de conservació de Can Ricart dissenyat per l'Ajuntament, i tant els responsables municipals com els membres de la plataforma Salvem Can Ricart, veritable impulsora del procés que ha desembocat en la proposta de protecció anunciada, van destacar la coincidència. Fins i tot el tinent d'alcalde Casas va considerar que "és molta casualitat que el mateix dia [de la presentació] s'hagi produït aquest incendi". Casas, però, va remetre's al treball policial: "Que la policia investigui i vegi si això va o no més enllà d'una situació fortuïta." (El Punt, 05/04/06)

"Calcinadas parte de las naves que se van a preservar.

Poco después de que el Ayuntamiento presentara su plan sobre Can Ricart, un incendio calcinaba parte de las dos naves, sobre todo el tejado, que habían sido

incluidas en el conjunto de elementos a preservar. Unas naves construidas en 1855 y que junto a la torre del Rellotge, cuya estructura no resultó dañada pese a la proximidad de las llamas, están consideradas las más importantes del recinto fabril por los historiadores. El incendio se originó en Can Font, el taller de artistas del proyecto Nau21 que desde finales de enero estaba desalojado. Los mismos artistas, que ayer se acercaron al lugar del suceso, explicaron que en el taller había restos de esculturas y materiales varios pero que su acceso estaba tapiado y el recinto sin servicio eléctrico. Precisamente por ello no se explican el origen del suceso y no se descarta que haya podido ser intencionado, y más dada la coincidencia. El concejal de urbanismo, Xavier Casas, y el propio del distrito, Francesc Narváez, aseguraron que la policía científica está investigando el tema y de momento no se descarta ninguna hipótesis. Tras calificar lo sucedido de “lamentable casualidad”, Casas aseguró que el proyecto sigue adelante aunque se acelerará.” (*La Vanguardia*, 05/04/06)

“Hora Sortida: 13:48. Hora Tornada: 23:30. Adreça: C/Perú, 0084. Demanda del servei: Incendi alertat per un veí que observa una columna de fum al polígon industrial Can Ricard. Seguidament es reben nombroses trucades més. Situació a la arribada: En arribar el primer tren d’auxili (2 autobombes 1 autoescala i 1 ambulància) es demanen immediatament reforços en observar la virulència de l’incendi, que afecta a la planta primera de dues naus abandonades dins del recinte. A l’accés a les naus, que està tapiat, de les naus hi ha el rètol: Tintes y acabados J. Font, SA. Actuació: Per tal d’accedir a la planta primera hem de practicar un forat a la paret que tapia l’accés a l’escala de la “Torre del rellotge” i forçar les portes d’accés a la planta. Les flames afecten a la totalitat de les dues naus, d’uns 200 m² cadascuna, sortint per les finestres de la façana posterior. Instal·lem mànegues a través de l’escala, també per sobre les cobertes a través de 2 autoescalas, així com per la part posterior de les naus, alimentades per 6 autobombes que efectuen viatges per a repostar, ja que el recinte només compta amb un hidrant d’incendis a l’accés. A les 19:29 h es retiren tots els vehicles actuants. Retornem a les 23 h per tal de comprovar que cap brasa hagués revifat, trobant que fumejava un cap de biga, que sufoquem amb una línia de mànega. Causes: Desconeixem la causa de l’incendi. Danys: Crema totalment el contingut de la planta primera de les dues naus, d’uns 200 m² cadascuna, consistent en palets i material abandonat, cremant les encavellades de fusta de la coberta (9 en total) i desplomant-se la teulada de les dues naus. Persones afectades: No hi ha danys personals. Observacions: [...] Demà està previst que es realitzi una col·laboració amb Mossos d’Esquadra, per tal de poder esbrinar les possibles causes de l’incendi. Present la dotació G-1001 dels Mossos d’Esquadra i la dotació E-401 de la Guardia Urbana” (Informe tècnic del Server n. 6004541, 04/04/06).

7.

MEDIDAS.

La misma noche del incendio, el 4 de abril, se convocó una asamblea de emergencia en Can Felipa. En la mesa, sentados, Joan Roca, Isabel Martínez, Salvador Clarós, Manel Andreu, Mercé Tatjer y Joan Maria Soler. Oportunidad, epicentro, polaridad, innovación, ciudadanía, participación, argumentación, imposición, menosprecio... La arenga de la mesa combinaba enfado, decepción y apuesta de futuro. Cuando se abrió el turno de palabras al público el centro del discurso se trasladó rápidamente a las acciones y medidas a tomar. Joan Marca dijo que el problema no era sólo que el ayuntamiento no confiara en los ciudadanos, sino que él, como ciudadano, ya no confiaba en el ayuntamiento. Que las movilizaciones no tendrían que ir dirigidas a una nueva negociación, sino a derribar a un gobierno local que engañaba y estafaba a sus ciudadanos. Que hasta cuándo había que esperar para hacer algo. Había llegado la hora de empezar una campaña sostenida, como hacían los vecinos del Vall d'Hebron contra la sala para toxicómanos, a pesar de que era un mal ejemplo. ¿Es que no serían ellos capaces de salir una vez al mes a la calle por Can Ricart; ir a la sede del Districte, no para negociar sino para pedir su dimisión?

Gil dijo que los políticos actuaban como si fueran los dueños del cortijo, olvidando que su poder era una delegación del pueblo. Que la excusa del desconocimiento no tenía sentido, porque hacía cuatro o cinco años que se luchaba en el barrio por el patrimonio histórico-industrial. Lo que pasaba era que el ayuntamiento era comercialista y lo único que le interesaba era comercializar con el terreno, o sea, especular. Y la especulación era hermana de la corrupción. Estaban vendiendo el patrimonio de todos los ciudadanos. Había que decir basta. Y tendría que ser una campaña perpetua, como había dicho el compañero, pero también agresiva. Que estaba hasta las narices de ir siempre pidiendo, que había que pasar a la agresión. Así de sencillo. Era el único lenguaje que esa gente entendía. Como ETA. Que él no iba a crear una ETA, pero que al menos debían ser el gusano de la mala conciencia de toda esa gente. A ver si movilizaban ya al distrito de una puñetera vez y se dejaban de paños calientes. Hablemos con el idioma que hablamos los trabajadores, concluyó, nos están robando, nos están engañando.

Josep Cruanyes, en otro tono, quiso constatar que las administraciones, tanto el AjB como la Generalitat, ignoraban las leyes vigentes de protección del patrimonio colectivo. ¡Y ellos eran los responsables! Desde la Plataforma se les había pedido en repetidas ocasiones que cumplieran la ley, se les había enviado cartas y peticiones de expedientes de protección, y no habían contestado, no habían hecho nada. No sólo tenían una concepción limitadísima de lo que era el patrimonio, a pesar de lo que decía la ley, que era bastante amplia, sino que ignoraban su obligación de abrir un expediente y responder justificadamente cuando alguien hacía una petición de protección patrimonial. El incendio planteaba la responsabilidad legal de la administración por no haber cumplido las leyes.

Joan Maria Soler recordó que el miedo a un incendio era un tema que ya se había planteado en la Plataforma, especialmente a partir de la suspensión de la licencia de derribos y ciertos incidentes, como la connivencia del propietario con gente que entraba al recinto a dismantelar piezas importantes. Narváez conocía estos hechos y se había comprometido públicamente con la Plataforma a que cada dos horas pasara la Guardia Urbana a controlar el tema. Por lo tanto, había que acusar de negligencia al AjB. No se había cumplido la vigilancia. El propietario no había limpiado el recinto y había permitido que entrara gente y acumulara basura. Lo que había pasado no era fruto de la casualidad. No podían acusar a nadie, porque no tenían pruebas, pero todos miraban en la misma dirección. Y no había que apartar esa mirada, había que mantenerla. Algunos vecinos habían oído gasolina. Era fundamental exigir que se investigaran a fondo las causas del incendio. La situación abonaba el mal pensar. En el barrio se había ido alimentando un monstruo, y este monstruo era la especulación. Se le había ido dando pescadito desde la administración y ya no entendía de leyes, se creía que podía hacer lo que le diera la gana, que no tenía límites. Y allí donde no podía especular empleaba otros métodos. Era hora de decir basta y salir a la calle. Había que decidir si manifestarse esa semana o esperar a después de semana santa.

Montse Milà dijo que las entidades del barrio esperaban esa tarde a los tenientes de alcalde, pero no habían aparecido, demostrado un desprecio olímpico por el sentimiento del barrio. Ella pensaba que al margen de otras acciones esa misma noche tendrían que llamar al alcalde y pedirle responsabilidades. Había muchas cosas que no había hecho, pero una de las más sencillas era cuidar que un edificio que era responsabilidad suya no se quemara. Ella proponía que lo llamaran, que le hicieran saber que se había quemado por su culpa, que él tenía la responsabilidad. No sabía si se pondría al teléfono, pero que supiera que querían hablar con él y que estaban hasta las narices. El público aplaudió.

Jordi Borja se presentó como vecino del distrito, colaborador de la Plataforma y antiguo teniente de alcalde en los 80, pero aclaró que no tenía nada que ver con lo que pasaba ahora. Con respecto al incendio, dijo que no se trataba de inventarse un

La fábrica del conflicto

fantasma, sino de reclamar que se buscara la verdad. Y además de esa posible mano negra, sabían ya que había unos responsables: la propiedad por no mantener el inmueble en condiciones, el ayuntamiento por omisión y la Generalitat porque sabía lo que significaba el recinto y no había hecho nada. Por menosprecio, por actitud burocrática o por ignorancia eran todos responsables. El AjB, además, era un caso especial, porque había pasado de la ignorancia al autismo y del autismo a la prepotencia: *den n'hi do!* Era especialmente irritante porque esta vez, gracias a ciudadanos comprometidos, se habían hecho estudios y se habían presentado alternativas viables y de interés general. Por todo esto, cualquier iniciativa que se tomara debía tener en el punto de mira al AjB. Había que confrontar al ayuntamiento. Primero, que aceptara su responsabilidad, política y jurídica en su caso. Segundo, que se comprometiera a reconstruir lo que se había quemado. Y tercero, que se creara una mesa de trabajo donde estuviera el AjB, la Plataforma, la Generalitat y expertos consensuados entre todos. El público aplaudió, saturando la grabación. Manel Andreu pidió brevedad, era tarde y había que tomar decisiones importantes.

Genaro anunció que diría cuatro palabras cortas pero seguras. ¿Se oía bien? El incendio había sido provocado y había sido el Marqués, que tenía algún satélite por ahí. Eso por una parte. Por otra, estaba ese gobierno socialista que no sabía lo que era el socialismo y que quería hacer al pueblo tragar con rueda de molino. Lo que había que hacer era no votar cuando llegaran elecciones. O si no también se podían emplear acciones, como había dicho el compañero antes, fuertes. Como habían hecho en la Semana Trágica. Eso es lo que les haría daño a ellos. ¡Quemarlos a todos dentro de las fábricas! Parte del público murmuraba, otra parte aplaudía.

Habló entonces Eduard García, que suscribió plenamente las palabras de Jordi Borja y quiso apuntar dos sugerencias. Con respecto al incendio, le daba rabia porque era algo que estaba cantado, que se había hablado muchas veces y que además no era la primera vez que pasaba. Recordó que un año antes ya se había quemado una nave anexa al recinto y había muerto un indigente. Sobre el tema de las movilizaciones, dijo que había que pensar en el calendario, porque ahora empezaría una batalla mediática muy dura en la que el AjB intentaría vender que Can Ricart se había salvado y que los que no entendían el esfuerzo del consistorio eran una pandilla de intransigentes. Y por tanto, como ahora entrarían en una discusión fuerte, había que tener claro que cuando salieran a la calle tenían que ser muchos, y si lo hacían ese jueves, por desgracia, no serían los mismos que si lo hacían después de semana santa con una movilización bien trabajada. El jueves se podían hacer comunicados, empezar a trabajar para movilizar al barrio, pero hacer una manifestación de 100, 200, 300 personas sería ayudar aún más a los que decían que eran una pandilla de intransigentes que además no representaban a nadie. En segundo lugar, creía que la pancarta que se había utilizado hasta entonces era perfecta y además resumía lo que era el conflicto: *Salvem Can Ricart, Defensem el Poblenou*. En esos momentos, para que se produjera esa gran movilización, se tenía que hablar

de Can Ricart, pero se tenía que hablar también del 22@, que era un proyecto que no funcionaba, que estaba destruyendo el barrio, que no cumplía con la vivienda social... Había muchas cosas como para que el Poblenou saliera a decir basta, pero para que esto ocurriera había que plantear Can Ricart como la punta de un iceberg que afectaba a todos. La movilización contra el Eix-Llacuna había tenido una gran virtud: estaba muy trabajada en el barrio, se había preparado en asambleas multitudinarias y se había sabido transmitir que se hablaba del Eix-Llacuna, pero también de todo el Poblenou. Ahora habría que tomarse un tiempo suficiente para que todo el mundo entendiera que no se trataba solamente de Can Ricart, sino de cómo se tenía que llevar a cabo la transformación del barrio.

Horacio Capel dijo que se habían oído palabras muy duras, muestra de la indignación con el ayuntamiento. Él las consideraba excesivas y desmesuradas. Personalmente no compartía en absoluto los elogios que se habían hecho a una banda de terroristas enloquecidos como ETA, que habían asesinado a mucha gente, y tampoco compartía las alusiones a la Semana Trágica. El AjB debía estar advertido de que estaban en una situación muy peligrosa, pero estábamos en una sociedad democrática y existían mecanismos democráticos para lograr los objetivos. Éste era el camino a seguir. Desde luego la presión social formaba parte de esos mecanismos. Pero había que pensar que los sistemas sociales eran muy frágiles y que el camino de la violencia era muy peligroso, aparte de éticamente inaceptable. Lo decía porque había visto que ciertas afirmaciones habían sido jaleadas de una forma imprudente. En todo caso, mostraban la indignación que existía. Lo que estaba en juego era la forma en la que se quería construir la ciudad. Lo que estaba en juego era poner en marcha mecanismos de participación para hacer la ciudad de otra manera. Eso era muy difícil. Pero para eso se elegía y se pagaba a los políticos. Era evidente que Barcelona era una ciudad que no funcionaba en muchos aspectos. Pero la cerrazón, la actitud de cerrarse al diálogo era totalmente inaceptable. Aplausos.

Vicente creía que la intención del fuego había sido quemar todo el recinto, que no se pudiera estar hablando ya de salvar nada. Que pasara esto era su preocupación, y quería saber si se podía poner ya mismo una denuncia al propietario y el ayuntamiento en el juzgado de guardia. Que si no tomaban medidas de este tipo, tarde o temprano se quemaría todo y la pancarta no tendría ya sentido. Más aplausos.

Victoria quería hablar sobre las propuestas. Que ella no era partidaria de la agresión como el otro señor, pero tampoco creía que fuera tan necesario llamar al alcalde, ni hacer más reuniones, porque eso alargaría las cosas y la gente se cansaría y el tema se difuminaría. Ella pensaba que teniendo una avenida como la Gran Vía tan cerca, se podrían organizar cortes a las seis de la tarde y no dar más explicaciones al ayuntamiento ni llamar ni reuniones ni nada de eso. ¿Cuánto tiempo llevaban esperando por el AjB, un año? ¿Y qué habían conseguido? El único lenguaje que

La fábrica del conflicto

ellos entendían era el ruido. Cortar calles. E igual que la AVPN había recogido firmas para otras cosas, podía ir casa por casa a hablar con los vecinos y explicarles. Y que cada 10 o 15 días se cortara la salida de Barcelona a las seis de la tarde. Que era una actuación tipo francesa, pero que era la única manera de que se enteraran de lo que los vecinos querían. Porque con llamadas, reuniones y manifestaciones solo salías en la prensa. Aplausos.

Albert planteó que con respecto a las acciones, cortar la Gran Vía a las seis de la tarde afectaría a los trabajadores, y que ellos no tenían la culpa. La culpa era de los políticos y por eso creía que lo que había que hacer era ir a los plenos, del ayuntamiento o del distrito, e interrumpirlos. Ir allí e impedir que los hicieran. Ya estaba bien de tomaduras de pelo.

Manel Andreu trató entonces de hacer síntesis. Le parecía que la aportación de Eduard había sido muy oportuna, aunque él pensaba que era necesario hacer algo cuanto antes. Que el día siguiente no podía ser porque jugaba el Barça, así que el jueves. Había que medir bien lo que hacían, porque luego siempre se encontraban que eran los que eran. El día 19 había una reunión prevista para plantear acciones con respecto a la cuestión de la vivienda social en el 22@. Se podría aprovechar para ligar cosas: el plan de equipamientos estaba atascado, Can Ricart, el patrimonio... Si sumaban cosas se haría justicia al eslogan “defendamos el Poblenou”. Había que planificar bien la manifestación y ser muchos, como con el Eix-Llacuna o más. Y si iban a la sede del Districte, que él lo veía acertado, evidentemente había que pasar por la Gran Vía. Siempre que habían ido en manifestación al Districte habían cortado la Gran Vía, y no precisamente poco rato. Pero además de eso, había acciones complementarias que se podían ir haciendo. La llamada al alcalde se podía hacer esa misma noche al acabar la asamblea. Él proponía dejar la manifestación para después de semana santa y que fuera mucha gente, pero hacer algo, aunque fueran 200 personas, ese jueves.

Joan propuso que no se dejara pasar el jueves, que ahora que la cosa estaba caliente había que hacer algo, aunque fuera algo simbólico en Can Ricart. Como preparación para acciones más grandes. Soler continuó con este hilo y propuso que el jueves se reunieran en Can Ricart, llenaran un cubo con cenizas del incendio y fueran a tirarlas al Districte. El público aplaudió con fuerza, lo cual sirvió como aceptación de la propuesta. Roca añadió que aprovechando que ya sería semana santa todo el mundo llevara cirios. Que vinieran los diablos con los tambores, dijo Marca. Que había que hacer todo el ruido que se pudiera. Había que responder a la violencia y las agresiones del ayuntamiento.

Andreu tomó de nuevo la palabra para concretar las decisiones. El jueves a las siete y media en Can Ricart el acto simbólico de llevar las cenizas a Ca la Vila. El día 19 reunión para preparar la manifestación, que tenía que ser muy sonada. Y ahora consultarían a ver cómo se podía hacer la denuncia al juzgado de guardia.

Dos días después unas doscientas personas acudieron a la convocatoria, recogieron un cubo de cenizas y, encabezadas por la vieja pancarta, se dirigieron a la sede del Distrito. Al pasar por la Gran Vía cortaron el tráfico. Hicieron ruido con calderos, pitos y tambores. Entre otras cosas, gritaron “No, no, no, a la especulación!” “Fora, fora, fora, el 22@!” “Aquesta es la seva democràcia!”. Al llegar a Ca la Vila, agentes de la Guardia Urbana trataron sin éxito de impedir que vaciaran el cubo en las escaleras del edificio. Fueron increpados. Allí permanecieron, protegiendo la entrada, mientras los vecinos encendían las velas y las colocaban sobre las cenizas.

“Qui ha cremat Can Ricart?”

Quan un espai reivindicat pel moviment veïnal com Can Ricart es crema, i es cremen precisament les naus que havien de ser conservades segons la proposta municipal, sembla lògic preguntar-se qui ha cremat Can Ricart. A l’espera que els tècnics de la policia i dels bombers investiguin, algunes respostes les tenim ja: Can Ricart l’ha cremat l’especulació. L’han cremat els polítics que es pleguen als interessos immobiliaris i financers. L’han cremat la lentitud en la resposta a reivindicacions fonamentades i legítimes. L’han cremat aquells que ja no recorden qui i sobretot per què van ser escollits. L’han cremat els qui confonen el diàleg amb la imposició prepotent, els qui no entenen el valor de comptar amb una societat civil conscient i organitzada com a garantia de futur. L’han cremat els qui entenen la propietat privada com un exercici feudal de drets sense assumir cap responsabilitat social... i els qui no vetllen per l’interès col·lectiu fent complir aquestes responsabilitats. Cap aquí hauran d’adreçar les investigacions els qui cerquin les responsabilitats (nosaltres les exigirem) i apuntant aquí trobaran el nostre índex, les nostres indefugibles preguntes. No són gaires noms i totes i tots els tenim al cap. Poden estalviar-se molts diners públics si, com a les novel·les negres clàssiques, es pregunten a qui beneficia que Can Ricart es cremi.

També ens hem de preguntar què es perd si Can Ricart es crema. Més enllà de les parets, Can Ricart representa un bocí de la història industrial de Poblenou, de la història industrial de Barcelona, de la qual Can Ricart ha esdevingut un emblema gràcies a les lluites de les veïnes i veïns de Poblenou. Per tant, perdre Can Ricart significa per a les persones que vivim avui a Barcelona i per les que viuran en el futur, perdre un punt de referència que ens ajudi a mantenir el contacte amb els nostres orígens. Recuperar l’ús productiu i social que ha tingut aquest espai a Poblenou significa treballar per un model de ciutat amb una dimensió més humana. Un model de ciutat que aposti per la cohesió social basada en dotar els espais d’un significat comú, en disminuir la densitat de l’edificació en benefici d’una ciutat amb una major dotació d’equipaments necessaris. Certament, es tracta d’un model que beneficia les persones que viuen a la ciutat i no les que mercadegen amb ella.

La fábrica del conflicto

Per tot això, exigim que s'aclareixin les responsabilitats legals en l'incendi de Can Ricart i la Favb es personarà en la denúncia juntament amb l'Associació de Veïns de Poblenou i la resta d'entitats. Entretant, pensem que cal obligar a la restauració de les naus afectades a l'espera que s'aprovi el Pla de Protecció d'aquest conjunt. Un pla que no pot ignorar les justes demandes de les entitats que defensen el projecte.

Barcelona, 6 d'abril de 2006" (Editorial, *La Veu del Carrer*, núm. 95, marzo-abril 2006).

8.

EN LLAMAS (3).

Se declara un nuevo incendio en el recinto industrial de Can Ricart.

La conservación del complejo fabril de Can Ricart se está convirtiendo en una empresa difícil de conseguir. Si a principios de mes, con el plan definitivo de preservación recién firmado, un incendio ya hiciera peligrar alguno de los edificios más emblemáticos del recinto, ayer un nuevo fuego volvió a amenazar a las naves del complejo.

El incendio se originó a las seis de la tarde en el almacén de una cerería situada justo enfrente. Una olla de parafina colocada sobre un banco de madera, que tenía dentro un calentador enchufado a la corriente, se apunta como la causante del fuego. Los operarios de la empresa explicaron a los bomberos que el almacén permanecía tapiado desde hacía 15 días y que desconocían si alguien habría podido entrar para enchufar la olla o si ésta estaba enchufada desde antes de que la nave dejara de utilizarse. A pesar de la aparatosidad de las llamas y la gran cantidad de humo, el incendio sólo causó daños materiales.

La rapidez con la que los vecinos de la zona alertaron a los bomberos fue determinante para que las cuatro dotaciones que acudieron al lugar pudieran controlar el fuego antes de que se extendiese a las naves contiguas. La policía científica, que ya trabaja con la hipótesis de que el anterior incendio fuera intencionado por presentar dos focos de ignición, deberá determinar ahora si existe relación entre los dos incidentes” (*El Mundo*, 20/04/06).

“Día: 19-04-2006. Hora Salida: 17:39. Hora Regreso: 18:40. Dirección: C/Bolivia (cruïlla C/Espronceda). Demanda del Servei: Somos requeridos por un particular a la calle Bolivia-Espronceda con la indicación de humo en local, *se trata de Can Ricart*. Situació a l’Arribada: Desde la calle Espronceda se aprecia un incipiente humo que asoma por un hueco de extractor no accesible desde la calle Espronceda. Se localiza el incendio en un local cerrado con puerta metálica desde hace quince días y en proceso de tapiado con un metro de tochanas cuyo cemento todavía no había fraguado. En el interior de la nave quemada un recipiente de aluminio (una olla de 40

La fábrica del conflicto

x 40 cm) lleno de cera o parafina calentada por una resistencia eléctrica para calentar líquidos. Actuació: Se sofoca el fuego con una línea de 25 mm. Causes: Posible Intencionalidad. Danys: Se funde parte de la olla y quema una estantería o banco de madera. Persones Afectades: No. Observacions: En la planta baja, además de gran cantidad de maderas, papel y sacos de plástico se localizan unos veinte bidones de 200 litros que suenan como llenos cuyo contenido parece cera o parafina. Por encima de la planta hay dos altillos uno de ellos de madera donde *se acumula más cantidad de materia combustible*. El antiguo inquilino [Cereria Mas] abandonó el local hace quince días [...] Presentes las dotaciones G-1015 y G-1025 de la Policía Autonómica y la dotación E-403 de la Guardia Urbana” (Informe tècnic del Server n. 6005107, 19/04/06).

9.

LOS ÚLTIMOS.

Per molts dels afectats de Can Ricart, el viatge d'aquest últim any, tant ple, tant dens en moments intensíssims i -sobretot- en idees i persones, sembla que de moment, s'ha acabat. Tot plegat, ja sabeu de com ens ha amoïnat i ens amoïna haver perdut la batalla de les persones. De les persones que perfèiem la particularíssima xarxa social a Can Ricart: érem més de 250 entre creadors, artesans i treballadors que hem anat desapareixent sota la voracitat del pretès urbanisme (pel que fa a la urbanitat) del nostre Consistori tant i tant sord i orb masses vegades. Massa sovint penso en el preu -massa alt - que em pagat els què hi érem. I en les impunitats no resoltes. Tal i com ens escrivia algú desde Berkeley, divendres passat: “clarament no és fàcil, però la història ens ha mostrat que el poder de les paraules ha pogut més que el dels incendis”. Ara és ara. Ens queda -és clar- per endavant la batalla per el recinte i pels nous usos: el futur -en definitiva. I com que és el que ens queda, em d'estar per això ara.

Probablement, la solució que es doni al que ara coneixem com Parc Central-Can Ricart i, per extensió, a l'eix patrimonial Pere IV (La Escocesa, Ca l'Alíer...), assenyalarà un abans i un després a la nostra ciutat. Can Ricart és paradigmàtic del que pot ser i el que vol ser Barcelona. És la gent la qui dona vida als barris, la que, en un treball de generacions, ha anat tramant el teixit de la vida urbana. A Can Ricart-Parc Central hem vist foragitar veïns de tota la vida, i una eliminació de indústries i espais industrials -i amb ells els tallers artístics- que malmet el potencial per una nova economia creativa; una política de 'terra cremada' que fa malbé una aposta de futur en complicitat amb els ciutadans. Tenim l'oportunitat, i la responsabilitat, tots plegats, ciutadans i servidors públics, de reconsiderar com fem ciutat, d'entendre d'altre manera la renovació urbanística. És l'hora d'obrir a la ciutat un procés de participació ciutadana, autèntic, lleial, pel bé comú. Obrim ja les portes de Can Ricart a la ciutat, establim-hi allí una taula de treball i un debat d'idees fonamentat entre tots els agents que tenen alguna cosa que dir sobre aquest espai que volem de convivència. L'Ajuntament no hauria de tancar en fals aquest assumpte, per l'habitual via burocràtica administrativa. la conservació íntegra del conjunt, tant material com intangible, que intenta recollir el pla d'usos presentat, és una ocasió

La fàbrica del conflicte

única de diàleg i d'esperança. No la perdem! Moltes gràcies a tots!" (Jaume, discurs de acceptació de la Medalla del FAD, 27 de abril de 2006)

“Convocatoria de roda de premsa. Els últims de Can Ricart

Tallers Iracheta fa 32 anys que està a Can Ricart i més de 50 al Poblenou. Ara ha rebut l'ordre judicial de desnonament per al proper 5 de juliol. No farà falta la policia per fer fora els Iracheta. Ells voluntàriament lliuraran les claus. Ha estat tot un testimoni de fermesa i de lluita davant de la propietat, de 22@bcn, i de la mateixa judicatura. Actitud combativa que no li han perdonat els seus adversaris, negant-li qualsevol tipus de compensació econòmica, cosa que l'ha obligat a tancar i a acomiadar els seus treballadors. En aquesta situació és inviable qualsevol resistència.

Pels que formem part de la comissió Salvem Can Ricart, Tallers Iracheta ha estat un suport i un referent per conservar Can Ricart íntegre. Volem deixar constància que de Can Ricart ningú ha marxat voluntàriament. La llista d'empreses que han hagut de canviar d'emplaçament o tancar, és llarga. Serveixi d'exemple alguns noms al costat de Iracheta: Ibérica de Industrias Químicas, S.A.; Ricson, S.A.; Talleres Cendra, S.A.; Sig Muebles; Técnica y Transformados Metalúrgicos, S.L.; Barcelona Serveis per a la Construcció Singular, S.L.; Ado; Cedo, S.L.; Cereria Mas; Talleres GG; Aceros Llorcasa, S.L.; Ofidisor, S.L.; Garcia-Garcia SCP; Garrallit, S.L.;..... En total unes 34 empreses i prop de 240 treballadors. [...]

En un moment on el futur de Can Ricart és encara incert, no podem deixar de reconèixer tot l'entramat econòmic, social i cultural que representa. Aprofitarem també per explicar el calendari dels actes i les iniciatives previstes centrades bàsicament en les al·legacions al Pla de Protecció del Patrimoni Industrial del Poblenou i al projecte urbanístic de Parc Central Can Ricart.” (Plataforma Salvem Can Ricart, 28 de junio de 2006)

10.

CONTRAOFENSIVA (2).

Conserveu Can Ricart, Revitalitzem el Poblenou. Per un patrimoni sense barreres, *obrim* el recinte. Per un Can Ricart testimoni de la història, *conserveu* el patrimoni. Per un Can Ricart sempre viu, *revitalitzem* l'activitat quotidiana." El texto, en negro y blanco sobre fondo rojo, estaba en la parte derecha. El resto de la pantalla de bienvenida lo ocupaba una foto del recinto en una cuadrícula de 3 x 3. La imagen quedaba así dividida en nueve pequeños cuadrados, separados por una línea blanca. Las celdas superior izquierda e inferior derecha eran dinámicas: cada una de ellas tenía una secuencia de tres imágenes. Arriba, el grabado de Catelucho de 1888, una foto aérea reciente y un *render* del recinto rehabilitado. Abajo, otros tres *renders*. La web (www.bcn.es/urbanisme/canricart) que había montado el AjB para publicitar su nuevo proyecto no sólo parafraseaba el viejo eslogan del movimiento por Can Ricart, también recordaba a la composición en cuadrícula y a tres tintas del cartel de la jornada de puertas abiertas de junio de 2005, un diseño a su vez reproducido en las pegatinas y camisetas de apoyo. Más aún, la foto que ocupaba siete de las nueve celdas era la misma que el GPI había utilizado ya en el primer documento pro-conservación, en abril del mismo año.

“El resultado de la reflexión interna y externa, fruto de un largo proceso de debate e intercambio de pareceres en el que han podido participar no sólo las voces *expertas* en el conservacionismo arquitectónico industrial, sino también los vecinos de la zona y la propiedad –es obligación de la Administración escuchar a todos y buscar el interés común-, es el nuevo proyecto de ordenación de Can Ricart, que tiene como principal característica la conservación del recinto histórico. [...] El Ayuntamiento de Barcelona no va contra nadie. Estudia las situaciones, las analiza, intenta mediar –como es el caso- en los conflictos entre posiciones encontradas públicas o privadas y siempre, siempre, apuesta por el interés general, por lo que cree que es mejor para el conjunto de ciudadanos y ciudadanas. Es con este espíritu que ha enfocado el proyecto urbanístico de Can Ricart. Un proyecto que devuelve a la ciudad y a sus habitantes para su uso y disfrute, una parte de su historia. Un recinto fabril privado, obsoleto y desconocido hasta hace bien poco, que se convertirá en un espacio abierto, con actividad económica, vivienda, equipamientos, todo ello recuperando la memoria histórica del pasado industrial del Poblenou. Algunos

La fábrica del conflicto

articulistas se preguntaban en las últimas semanas si realmente Can Ricart está salvado. Pues sí, esto es así. El recinto de Can Ricart se va a conservar, rehabilitar y revitalizar. Que no les quepa ninguna duda” (*El País*, 05/05/06).

Cuando se publicó este artículo de Xavier Casas, él mismo había aprobado ya inicialmente el nuevo plan para Can Ricart. Sin embargo, nadie había sido avisado. Se publicó en el *BOPB*, tal y como ordena la ley, el 24 de mayo, comenzando los dos meses del periodo de alegaciones el día siguiente. La Plataforma no descubrió la tramitación hasta varias semanas después. Con unos plazos muy ajustados había que librar una vez más la batalla legal. Mientras tanto, el AjB y la Generalitat firmaron ya el convenio para la ubicación de la Casa de les Llengües en Can Ricart. En lo que parecía una cínica formalidad, el texto del convenio advertía que la cesión de los derechos no se haría efectiva hasta que se aprobara definitivamente el planeamiento urbanístico.

La transformación del escenario fue también física en este periodo. Desde principios de mayo las excavadoras habían empezado a trabajar el terreno del Parc Central; Jean Nouvel había presentado junto a Joan Clos su parque de fantasía, de sombras, amurallado, atravesado por dos calles, con media chimenea de la fábrica Buidas y Samsó y dos naves de la Oliva-Artés integradas como elementos patrimoniales. En una de ellas se completaban ya los trabajos de rehabilitación como comisaría de la Guàrdia Urbana.

Durante el mes de julio, cumpliendo con el plazo establecido, se presentaron cinco documentos de alegaciones al nuevo plan para Can Ricart. Tomados en conjunto desmontaban cada uno de los aspectos del mismo. Nau21 incidía en la falta de participación en el proceso y la necesidad de potenciar los espacios de actividad creativa, en peligro de desaparición. Asociaciones de vecinos, parroquias y otras entidades² del barrio cuestionaban los derribos de varias naves, la apertura de la calle Bolivia, la conexión con la calle Espronceda y la colocación y características de las nuevas edificaciones. El AHPN, la AVPN, el GPI, Hangar, la FAVB y otras entidades³ presentaron conjuntamente las alegaciones técnicas, en las que además de los puntos anteriores, se subrayaba la necesidad de parar las actuaciones mientras no se resolviera la modificación del plan de patrimonio y se recopilaban los argumentos básicos de la alternativa urbanística y de usos. La Asociación de Trabajadores y Empresarios de Can Ricart presentó un documento en el que se hacía énfasis en los costes de la expulsión de empresas y la contradicción que esto suponía con el supuesto espíritu del 22@. Por último, las alegaciones de Lluís Estrada, presentadas a título personal, incidían en el valor histórico del recinto y su potencial pedagógico.

Por otro lado, el 31 de mayo se había publicado también en el *BOPB* la aprobación inicial de la *Modificació del Pla Especial de Patrimoni arquitectònic històric-artístic de la ciutat de Barcelona –Districte de Sant Martí*, revisión fruto de los compromisos

establecidos en la Proposición no de Ley aprobada finalmente por el Parlament en octubre. Acompañando la tramitación, el AjB y la sociedad 22@ organizaron una reunión informativa y una exposición divulgativa en Can Felipa del 7 de julio al 4 de agosto. Como elementos destacados, la modificación proponía la incorporación de 68 elementos al Catálogo de Patrimonio, la declaración de seis de ellos (incluyendo Can Ricart) Bienes Culturales de Interés Local (BCIN) y la creación del Centro de la Cultura Industrial de Barcelona en las plantas superiores de Can Saladrigas. La *Modificación...* parecía recurrir también a la estrategia de la apropiación. En septiembre se presentaron cuatro documentos de alegaciones, entre ellos uno del GPI. Entre otras cosas, éste discutía la ausencia de una visión de conjunto para la protección del patrimonio industrial que asegurara la recuperación de la memoria histórica. El AjB seguía funcionando a partir de piezas sueltas y sin unos criterios rigurosos. De hecho, el instrumento de protección, una ampliación del catálogo de patrimonio, no respondía a las demandas de un plan integral de patrimonio que fuera más allá del indulto de ciertas piezas. El patrimonio industrial del Poblenou requería un plan de usos, de señalización y reutilización, en la línea de la tendencia europea en la materia.

11.

LA LUCHA POR LA REPRESENTACIÓN (1).

Los títulos de crédito se superponían a imágenes de derribos de edificios y fábricas. La sucesión de planos, rítmicamente montada y dotada de continuidad por una pista de audio extradiegética compuesta de sonidos de demoliciones y música de fondo, dio paso al cabo de poco más de un minuto a imágenes aéreas de la Torre Agbar, aún acompañadas por la música, de textura paisajística, ambiental. Un mensaje corporativo del 22@ tomaba entonces la pantalla y el lugar de la voz en off. Y mientras se anunciaban los progresos que el plan traería al barrio la cámara abandonaba el ordenador y se trasladaba a la calle, siguiendo a una serie de personajes no identificados por un paisaje en transformación. Una nueva voz en off, esta vez autorial, tomaba el relevo, amortiguada por la música, para anunciar lo que parecía la tesis del documental: “una ciudad es un territorio de conflictos, un combate de intereses enfrentados, quien se hace con el control del espacio gana la partida, y el precio de la derrota es el acoso constante”. Imágenes de la manifestación por Can Ricart del 16 de diciembre ocuparon entonces audio y video.

Éramos un público numeroso, convocados en Can Felipa la noche del 15 de septiembre de 2006 para asistir al pre-estreno de *La Lluita per l'espai urbà*, de Jacobo Sucari. El realizador apenas había querido intervenir antes de la proyección, deseando que la proyección fomentara el debate posterior.

El resto del documental funcionaba mediante una suerte de circulación, alternando secuencias de los artistas-ocupas de La Makabra; una visita guiada a Can Ricart con Mercè Tatjer y Josep Saldaña; una conferencia de Joan Roca; una conversación entre Josep Maria Montaner, Jordi Borja y Zaida Muxí; el “diario visual” sobre los restos del Poblenou industrial y los afectados por el 22@ de Pep Dardanyà; las intervenciones de Adolfo Castaños, del Ateneu Enciclopèdic Popular, sobre la historia obrera del barrio; las declaraciones de Miquel Barceló, director del 22@, sobre los fundamentos y el desarrollo del plan; una reunión de la Plataforma; y la asamblea y la manifestación post-incendio. Todas estas secuencias, montadas en paralelo, estaban enlazadas mediante recorridos por el paisaje en transformación del barrio, con una especial insistencia en la Torre Agbar. La voz en off autorial y la música de fondo aparecían ocasionalmente sobre estas imágenes.

Este dispositivo de montaje “horizontal” lograba algo formidable: una ilusión de unidad y consenso de todas las partes contra el ayuntamiento y el 22@. Claro que era un efecto exclusivamente cinemático: las partes nunca coincidían en el mismo espacio-tiempo, así que no podían hablar entre sí. La única excepción era la reunión de la Plataforma, en la que de nuevo las intervenciones se sumaban entre sí como si de un grupo de apoyo se tratara. Había algo de perverso en todo aquello. El documental trataba de situar el conflicto de Can Ricart en el contexto del 22@, de relacionarlo con otros casos como La Makabra (una fábrica ocupada por artistas de circo) o las afectaciones particulares y de convocar la historia del barrio y su memoria obrero-libertaria (a través de imágenes de archivo y de los textos de Castaños). Lo hacía, sin embargo, mitigando la especificidad de cada uno de esos elementos, juntándolos a todos en la misma trinchera.

La “política del consenso” que practicaba el documental no resistió los primeros minutos del debate post-proyección. Sentados en la mesa estaba una representación de los participantes en el documental: Ateneu Enciclopèdic Popular, GPI, AVPN, La Makabra y Sucari. Éste último advirtió que lo que él tenía que decir lo acabábamos de ver, así que cedió rápidamente la palabra al resto de la mesa. El debate se convirtió enseguida en una discusión entre Joan Roca y Adolfo Castaños. Este último, con su retórica de clara ascendencia ácrata, abogaba por abandonar la negociación con el ayuntamiento. Que qué se había conseguido mediante el juego democrático, preguntaba. Que habría que pensar en otras formas de acción directa para progresar. Roca, por el contrario, quiso incidir en lo mucho que se había logrado con ese “juego”. Era un éxito haber parado el plan original; el que había ahora no era perfecto, pero era mucho mejor. Y sobre todo, la lucha continuaba. No se podía abandonar ahora. La puesta en escena en Can Felipa, lejos de ahondar en la imagen de frente común que promulgaba el documental, había destapado las tensiones internas que el artefacto ocultaba. Hasta cierto punto, la discusión lo había desecho.

El lugar incierto que el documental ocupaba en este enfrentamiento entre concepciones de lo político ya había sido motivo de discusión anteriormente en la lista de correo. Para algunos miembros del GPI que habían tenido ocasión de ver un pre-montaje, el documental derivaba hacia el conservadurismo a varios niveles. En primer lugar, mediante la identificación del pasado con lo bueno y la transformación como lo malo, ya que se establecía un vínculo genérico entre renovación y especulación que impedía, entre otras cosas, plantear el valor de futuro del patrimonio. En segundo lugar, al plantear el comunitarismo replegado sobre sí mismo de La Makabra como posición avanzada en el campo de la política. Era peligroso insinuar que había alguna convergencia entre este colectivo y el GPI o alguna suerte de continuidad con el movimiento libertario de principios de siglo, por otro lado sobrevalorado. En tercer lugar, porque se intuía cierto menosprecio a los mecanismos de lucha democrática y una defensa de la acción directa, que era

La fábrica del conflicto

precisamente el postulado dominante de la derecha más reaccionaria, de Bush a la AVT. El documental daba un protagonismo excesivo a colectivos basados en una nostalgia comunitaria y en el fondo antiilustrada en detrimento del trabajo de la Plataforma y el GPI, que apuntaba a largo plazo y a los intereses compatibles con la mayoría de los ciudadanos.

Sucari se había defendido alegando que el suyo era un relato polifónico en el que las distintas voces mantenían su independencia sin confundirse. En todo caso, su trabajo no pretendía agotar el tema, ni aportar la visión correcta del conflicto, sino abrir un espacio de reflexión y discusión. La cuestión de los procedimientos de la acción política se podía situar en ese espacio post-proyección. Él no había tratado de ser objetivo, pues tal cosa no era posible; no había ocultado su subjetividad, expresada mediante la voz en off. Había tratado sobre todo de presentar una serie de imágenes y opiniones de un modo no canalizado, para que el espectador pudiera situarse libremente con respecto a ellos.

A mi me sorprendía la excitación que producía y la virulencia con la que era reprimido todo aquello que recordara a la tradición libertaria. Era interesante que aquellos que se habían encomendado la tarea de restaurar la memoria histórica del Poblenou tuvieran tantas dificultades para relacionarse con uno de sus patrimonios más celebrados y reconocidos. Desde mi punto de vista, si había algo que el documental había aportado a la discusión sobre Can Ricart y la transformación del Poblenou era precisamente el lugar incierto del anarquismo como legado histórico, político y metodológico.

La noche de la exposición reparé en una exposición organizada por el AHPN en Can Felipa, titulada *Fet al Poblenou*. La visité dos semanas después como parte de una visita guiada por el eje patrimonial Pere IV organizada por el GPI. Éramos unas 25 personas, la mayoría alumnos de un Máster de Urbanismo de la UPC. La exposición era básicamente una colección de objetos fabricados en el Poblenou y organizados de forma temática. Se pretendía, es de suponer, dar una muestra de la amplitud del sistema industrial del barrio, capaz de fabricar desde batidos de chocolate a motocicletas, de cestas de mimbre a máquinas de escribir. Había un intento de vincular la producción fabril (“el triangle de fum”) con ciertas manifestaciones del *modernisme* (“el quadrat d’or”) y también un intento de trabajar la noción de Distrito Industrial, es decir, la red de relaciones entre industria, manufactura, agricultura, etc. Sin embargo, estos atisbos de una tesis chocaban con el propio montaje de los materiales, diseñado para su contemplación ociosa. La mayoría de los objetos estaban extraídos de sus relaciones de producción, no había apenas menciones a las condiciones de trabajo, a las luchas sociales, a los trabajadores y la clase obrera... La fabricación aparecía desligada de toda forma de explotación o conflicto. Más aún, bajo el apartado “manufactura” había, sentado, un señor mayor

haciendo cestas de mimbre. Esta invisibilización (o exotización) del trabajo frente a la celebración higiénica y fetichista del producto parecía pasar inadvertida para el guía del AHPN, que nos hizo saber que muchos de los objetos eran efectivamente originales.

Cuando empezamos a montar el documental en octubre estas discusiones estaban sobre la mesa. La articulación de una política de representación rigurosa era urgente. Como habían mostrado las discusiones en torno al trabajo de Sucari, la cuestión de la representación del conflicto formaba parte importante del mismo. Nuestro punto de partida era por tanto doble: queríamos contar la transformación del conflicto de Can Ricart, y hacerlo respondiendo a una serie de inquietudes en torno a la representación, contando con y contra las ya existentes. Con Aurelio de vuelta en Santiago de Compostela, el grupo de trabajo se redujo a Guillermo, Roberto y yo. Decidimos montar dos noches a la semana, en casa de Roberto, con sus medios: una habitación grande y compartida, un PC con AVID, tres sillas y las cintas que fuimos generando. Teníamos también elementos de la gramática que queríamos ensayar y un primer boceto de montaje. La lucha que compartíamos con autores como Joaquín Jordá era por un cine anti-espectacular, que se resistiera a una mirada panóptica, desde arriba, que frente a la exuberancia propusiera contención, que no tratara de aclarar las cosas ni dar respuestas, sino de generar un espacio de co-producción con el espectador, que no ocultara sus medios y condiciones de producción, que arrojara más sombras que iluminación indiscriminada. Al mismo tiempo, esto no debía suponer la huida de una ‘realidad’ ahí fuera. Manteníamos una defensa de una perspectiva ciertamente observacional y el aprecio incondicional a la materialidad de lo filmado. Nos gustaba Fred Wiseman por su paciencia y generosidad, pero los hermanos Mayles (*Gimme Shelter*) y Rouch-Morin (*Crónica de un Verano*) habían demostrado que el impulso por abordar una realidad exterior y una conciencia reflexiva y rigurosa del medio eran perfectamente conciliables.

La primera estructura narrativa era un esquema en cuatro partes, que se correspondía con la visión que habíamos articulado sobre el proceso en aquel momento. El primer acto, *trabajo*, estaba dedicado a las rutinas laborales del recinto. Los actores eran aquí los obreros y las máquinas. Insoportablemente aburrida y repetitiva, como el propio trabajo, debía dar paso, plano en negro mediante, a la parte dos, *desalojo*, que en realidad ocupaba el debate que siguió al intento fallido de desahucio del 28 de junio de 2005. Aquí debíamos abordar la interrupción de la rutina, la violencia del proceso urbanístico. Se daba la situación, además, de que todos los actores habían tomado aquí la palabra sin intermediaciones, dándole a la escena un carácter inaudito en el que las distintas posiciones aparecían en sus propios términos: empresarios, trabajadores, ayuntamiento, abogado de las empresas, asociaciones del barrio, gente interesada por el patrimonio... Un nuevo negro daba paso a la tercera parte, *11 de junio*, que abordaba la jornada de puertas

La fábrica del conflicto

abiertas. Este evento, éxito mediático y de convocatoria, nos servía para abordar una transformación, una sustitución en la enunciación del conflicto. Si hasta entonces se hablaba de empresas y puestos de trabajo en peligro, un grupo de académicos, mediante una visita guiada a la fábrica y una conferencia, establecían el *valor patrimonial* del conjunto y sus oportunidades para el futuro –allí donde en aquél momento trabajaban los talleres. Los obreros desaparecían de este escenario, las formas de enunciación adoptaban un carácter mucho más formal, académico, intelectual, higiénico. Hablábamos, pues, de otro tipo de violencia, la de aquellos que se incorporaban a la lucha para tomarla desde dentro. Negro de nuevo y cuarta y última parte, *asambleas*, en la que pretendíamos ratificar este sometimiento a un nuevo orden del discurso. Se diluía el conflicto en un complicado entramado legal, en la difícil negociación con el ayuntamiento, etc. Además de los planos en negro que separaban estas cuatro partes, que eran importantes ya que subrayaban el acto de selección y extracción del material del continuum de la historia y que, además, respondían a una construcción conceptual del conflicto y no a un orden cronológico, barajábamos varias estrategias de transición que debían encarnar el paso del tiempo y la transformación del entorno: planos y panorámicas exteriores, la extracción de las máquinas de la fábrica... Además, quedaba la cuestión de cómo incluirnos en el montaje, ya que pensábamos que las decisiones de escritura debían formar parte del producto final. Nos grabamos editando, pero nos parecía demasiado autorreferencial, así que decidimos que organizaríamos y grabaríamos una proyección con los actores. La tesis de trabajo era que lo que había empezado siendo un conflicto empresarial y laboral se había domesticado hasta convertirse en una mera cuestión de porcentajes. Este planteamiento, sin embargo, se enfrentó posteriormente a nuestra propia concepción del conflicto, que fue matizándose, así como a los propios acontecimientos, que pronto dieron un giro inesperado.

12.

MODOS DE HACER.

Después de unos meses ausente, la noche del documental me sirvió para retomar el contacto con el campo. Jaume y Josep me invitaron a un picnic para antiguos trabajadores de Can Ricart que organizaba Patricia Ward, entonces artista residente en Hangar. Tenía que ponerme al día, me habían advertido.

Cuando llegué a Hangar el domingo 17 de septiembre sólo estaban Patricia y Josep. En la sala multiusos había pan con tomate, vino tinto, papas fritas, frutos secos, etc. Al cabo de un rato llegaron tres artistas japoneses y Joan Marca, a quien sólo conocía de vista. Me explicó enseguida su participación en la Plataforma, en la CC22@ y en la Associació de Veïns i Veïnes de Can Ricart (AVCR), básicamente él y algunos vecinos de su bloque en la calle Espronceda. Me habló de las estafas del 22@ con la zona verde y con los equipamientos, los 44 millones de euros de plusvalía que había ganado el Marqués con la operación, el enfrentamiento entre la CC22@ y la AVPN, que según él nunca se posicionó contra el Fòrum, de la implantación de empresas de la guerra en el barrio... No mucho después llegaron Jaume, Marc y su novia. A Marc lo había visto la noche antes. No se podía quedar mucho rato, porque tenía una comida familiar, pero había querido pasarse a ver cómo estaba el recinto. Nos contó sobre su nuevo taller en Polinyà, mucho más grande, la paliza de coche cada día, que El Cónsul también se había instalado en el polígono... Prometí visitarles pronto. Pregunté por las máquinas y me dijo que las que no se habían llevado las habían vendido y se las habían llevado a Marruecos, Perú o Ecuador.

Seguíamos esperando que llegaran más trabajadores, especialmente Vicente y Belén, pero sólo apareció gente de Nau21. Hubo que asumir que no vendría nadie más. Nos sentamos a comer. Me senté junto a Josep y Jaume y charlamos largo y tendido. Pronto descubrí que compartíamos en gran medida la tesis de la “sustitución” en el seno del movimiento. Tras un periodo intenso y difícil de trabajo colectivo alrededor del plan de usos la Plataforma había empezado a perder apoyos y a desintegrarse. Se había marchado La Makabra, la CC22@, la AJP, de los antiguos trabajadores sólo Jaume iba de vez en cuando, de Nau21 ya no iba nadie, tampoco de La Escocesa... Josep y Jaume tenían claro que la dinámica interna y la progre-

La fábrica del conflicto

siva prevalencia de la discusión patrimonial en sentido técnico habían fracturado la Plataforma. Por un lado, las formas: llegar a las reuniones con los documentos ya escritos y sin tiempo para discutirlos para llegar a imprenta, los avances en la negociación con el ayuntamiento de última hora y producidos en “encuentros casuales” con las autoridades, los plazos de entrega para las aportaciones, imposibles de cumplir salvo para una minoría... Por otro lado, el fondo: la idea del GPI de que primero había que salvar la fábrica y luego discutir los usos, unida a la delimitación del debate por parte del AjB, había hecho predominar un tipo de discusión técnica en la que no todos estaban dispuestos a entrar. Poco a poco, el GPI se había quedado prácticamente solo en la Plataforma, acompañado por representantes puntuales de Hangar y la AVPN.

La conversación en el picnic fue excitante: por primera vez había ofrecido mi hipótesis de trabajo al escrutinio de los actores, y había descubierto que no sólo era coincidente, sino que estaba mucho más desarrollada por ellos. Ese día marcó el comienzo de un importante proceso de compartir información y reflexionar conjuntamente sobre el conflicto con Jaume y Josep. Extraña alianza de desplazados, pensaba: el trabajador expulsado a la periferia, el programador de software libre y el investigador “en prácticas” (como decía mi contrato).

Cuando el miércoles siguiente llegué al recinto, el portero apenas me miró. Me habían advertido que había problemas para entrar, pero no fue el caso. Al llegar a Hangar, sin embargo, Ignacio Somovilla e Isabel Martínez quisieron saber qué hacía allí. Les había preguntado si podía dejar mi bicicleta bajo las escaleras, junto a las otras. Me dijeron que dependía de adónde fuera. A la reunión de la Plataforma, respondí. Que cómo me había enterado. Me avisaron Josep y Jaume, era amigo de ellos. Alrededor de una mesa metálica cuadrada y muy grande estaban sentados Salvador Clarós y Lluís Estrada, que apenas se inmutaron cuando entré. Luego llegaron Joan Marca, Joan Roca y Mercè Tatjer y entraron Ignacio e Isabel.

La reunión estuvo dedicada sobre todo a la “venta de acciones de la compañía ciudadana Can Ricart”. La Plataforma, coincidiendo con las fiestas del Poblenou, había ideado esta acción-parodia que tenía como objetivo la compra simbólica del recinto. El 16 de septiembre se pusieron a la venta 16.000 acciones con un valor nominal de un euro cada una, cuya adquisición equivalía a la propiedad de una porción de la fábrica. El folleto de presentación, titulado “Compren Can Ricart”, aclaraba que no se admitiría la compra de más de un 20% de las acciones por un único titular, para evitar la concentración de poder. El dinero recaudado serviría para financiar “las actuaciones ciudadanas encaminadas a detener el derribo parcial de Can Ricart”. La primera asamblea de accionistas quedaba convocada para el 20 de diciembre.

En la reunión se trataron cuestiones de logística para la venta de acciones en la Fira d’Entitats del fin de semana siguiente. Tendrían un *stand* junto a la FAVB.

Establecerían un horario de atención preferente a los medios. Joan Marca volvería a ponerse el frac para darle al evento un carácter teatral. Se difundiría mediante un *mailing* general y anónimo. Se habían vendido 862 acciones en el primer día, había motivos para estar contentos. Habría que ser rigurosos con la lista de accionistas y con la tesorería. Me invitaron a participar, pero me excusé. Tenía muchas dudas sobre la acción.

Por otro lado, estaban a la espera de que el AjB aprobara la versión definitiva del plan para Can Ricart. Había que seguir presionándoles. Se discutieron las llamadas que había que hacer, los contactos que había que alimentar. El ayuntamiento aparecía, en todo momento, como el enemigo a doblegar. Presión, negociación, todos los medios eran oportunos con tal de salvar la fábrica entera y de uso público.

Pasaron dos meses hasta que el 24 de noviembre el ayuntamiento aprobó definitivamente la *Modificació del PMU de la UA-1 del PERI Parc Central* y la *Modificació del Pla Especial de Protecció del Patrimoni Arquitectònic Historicoartístic de la ciutat de Barcelona –Districte de Sant Martí*, en ambos casos sin cambios sustanciales con respecto al documento de aprobación inicial. De hecho, ya antes de la aprobación definitiva, el 14 de noviembre, se había hecho público el concurso de ideas para la Casa de les Llungües, legitimación tácita del plan de usos entonces aún por aprobar.

Las razones para el malestar se acumulaban: a principios de mes se había conocido el sobreesimiento de la denuncia del incendio de abril: “De las actuaciones practicadas no aparece debidamente justificada la perpetración de delito que ha dado motivo a la formación de la causa por lo que, de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 779-1-1ª en relación con el artículo 641, 1º de la L.E. Criminal procede acordar el sobreesimiento provisional de las presentes actuaciones”. La mañana del 20 de noviembre, en la calle Tànger, la antigua fábrica de lonas y toldos Giralt, ocupada por La Makabra desde 2001, fue desalojada sin previo aviso y por vía penal. Dotaciones de antidisturbios y un helicóptero protegían a los Mossos d’Esquadra, que sin embargo no encontraron oposición. La gente dormía cuando entraron. Los despertaron y los retuvieron para ser identificados. No se les permitió comunicarse con el exterior. La policía registró la casa y requisó documentación y materiales. Posteriormente, se les permitió recoger sus efectos personales y abandonar el recinto. Esa misma tarde empezó el derribo del mismo. El abogado del colectivo confirmó que la orden de la jueza y el permiso de derribo eran válidos, aunque se había incumplido el acuerdo de aviso con 48 horas de antelación.

“L’AVPN, amb el recolzament de la FAVB, vol manifestar la seva indignació per la manera com es va produir el desallotjament del local la Makabra, sense previ avís i amb un procediment per la via penal, com si les persones que feien funcionar aquest espai cultural fossin delinqüents. Volem recordar l’activitat cultural que desenvolupa la Makabra, un espai obert al barri i a la ciutat, participant activament en molts actes, cedint les seves instal·lacions al veïnat i donant suport a la lluita per

La fàbrica del conflicte

salvar Can Ricart. [...] Lamentem que iniciatives autònomes i autogestionades com la de la Makabra no trobin el suport necessari, especialment en una tema relatiu a un art, el circ, tan mancat d'espais adequats per al seu desenvolupament. Demanem que les administracions siguin sensibles a aquestes necessitats i prioritats i trobin solucions per sobre d'interessos especulatius i immobiliaris" (Comunicat de Premsa, 20/11/06).

En este clima de desasosiego se convocó, el día 2 de diciembre, un vermut en Can Ricart para celebrar el primer aniversario de la suspensión de la licencia de derribos. "[...] Per celebrar els guanys aconseguits ara que fa un any que es va efectuar la suspensió de llicències d'enderroc i per debatre les propostes de futur que evitin el definitiu malbaratament del patrimoni aconseguït amb tantes dificultats, us convidem al *vermut debat de Can Ricart* [...]

- Es donaran a conèixer els detalls dels plans recentment aprovats per l'Ajuntament, així com els estudis més recents sobre el patrimoni del Poblenou: us sorprendreu!

- Es presentarà el nou sistema de control ciutadà del recinte, amb webcams, i el nou full d'emergència.

- Es discutirà el calendari d'actuacions de les properes setmanes i mesos. Recordem que més endavant hi ha convocada, el 20 de desembre a les 19 de la tarda, la gran assemblea general de la Companyia Ciutadana Can Ricart.

- S'acordaran nous programes de recerca (proper congrés a la primavera) i de proposició d'usos i rehabilitació davant la convocatòria d'un concurs per a la rehabilitació de part del recinte pel Departament de Cultura.

- Es debatran les accions legals pertinents a emprendre (Can Ricart i altres fàbriques del Poblenou), es constituirà la comissió ciutadana per a una nova sol·licitud d'entrevista amb l'alcalde i s'organitzarà la recollida de signatures per impulsar un referèndum municipal a través de l'exercici de la iniciativa ciutadana.

- S'entretindrà mentrestant les criatures.

Us hi esperem!!! la vostra assistència és important, no ho dubteu."

El texto de la convocatoria representaba correctamente esa mezcla de satisfacción e insistencia en los mismos mecanismos que me resultaba cada vez más difícil de entender. Celebración de la derrota, lo llamaba yo. Cuando llegué a la sala multiusos de Hangar, poco después de las doce, me sorprendió la afluencia de gente. Unas cincuenta personas, entre miembros de la Plataforma, artistas, antiguos trabajadores, jóvenes, esposos, bebés, periodistas, vecinos. Mientras saludaba a los conocidos y buscaba mi lugar, me sorprendieron los discursos en clave optimista de Mercè Tatjer y Salvador Clarós. Hablaban de lo mucho que se había conseguido, pero que la batalla no estaba ganada aún. Había que continuar movilizados

para que se preservara todo el recinto con unos usos a la altura del patrimonio. Poco después de que tomara la palabra Joan Roca, que seguía en la misma línea, invadió la sala un ruido que venía de fuera. Alguien dijo que eran los artistas de La Makabra, que venían a hacer un espectáculo. Roca continuó su discurso, pero el sonido *in crescendo* de lo que parecía una manifestación hacía imposible escucharle. En cualquier caso, la mayoría de la gente estaba ya dirigiéndose a la puerta para ver qué ocurría. Cómo era posible que no tuviera una cámara de vídeo, me preguntaba yo mientras, en la puerta, veía cómo entraban en el recinto varios cientos de personas, muchas disfrazadas de entierro, llorando por la muerte de La Makabra y con un ataúd negro y una pancarta en la que se leía “La calle es de todos” como cabecera. La invasión de la fiesta en el orden del discurso había sido tan literal que un solo movimiento de cámara, de dentro a fuera, de Joan Roca al funeral hubiera bastado para abordar la situación.

En apenas un minuto el vermut había finalizado y todos los que estaban en la sala habían salido al Pasaje. Allí mismo, entre la sorpresa, la celebración y la confusión empezaba el espectáculo de cabaret. Una gran pancarta colgada de lado a lado del Pasaje a la altura del paso elevado entre naves, rotulada “El arte de okupar”, servía de telón de fondo. Al otro lado la situación se atomizaba en múltiples conversaciones. Yo, que no sabía nada del evento, tardé un rato en enterarme de lo que para muchos era un secreto a voces. La Makabra estaba allí para quedarse, para ocupar Can Ricart. Qué golpe de sentido común, pensé, aprovechar el vermut para poder entrar (pues el acceso estaba normalmente muy restringido) e instalarse en este espacio que, después de tanto tiempo, permanecía en algún lugar entre el abandono y la tramitación burocrática. Con una sonrisa, leí el *flyer* que me acababan de dar: “La Makabra Resucita”, en el que se anunciaban actividades para los próximos días.

“Nos han pisado el titular”, me pareció escuchar. En efecto, no todo el mundo estaba feliz. Había, entre algunos miembros de la Plataforma, preocupación por cómo la ocupación afectaría a las negociaciones en curso y al futuro patrimonial del recinto. Era evidente que entre disfraces, rastas, perros, instrumentos y pancartas no todos estaban cómodos. En las paredes del Pasaje había ahora múltiples carteles reivindicativos que se sumaban a los viejos graffitis: “Alojar sin Alejar”, “Participació o Simulació?”, “Espais creatius en lluita”, “Prou Especulació”, “Un desalojo no nos para”, “La ciutat pel seus habitants”, “Autogestió i Emancipació”, “Necesidad es ley”. También había, pegadas a la pared, fotografías a tamaño real de antiguos trabajadores, impresas en negro sobre papel blanco y recortadas en silueta. La ocupación había puesto un cuidado especial en establecer una continuidad con el pasado inmediato. Tal y como había ocurrido en su día, el conflicto se escribía en las paredes del recinto. Se sumaba una capa más al mural. Belén se divertía viéndose a sí misma pegada en la pared.

La fábrica del conflicto

Finalmente, se levantó el telón y, entre gritos de ¡Aleluya!, ¡Abra Makabra! y ¡Habemus Casa!, nos dirigimos a una de las naves recién abiertas, que había que empezar a acondicionar. Habían marchado ya los periodistas, las familias, los representantes de la AVPN y el GPI. El servicio de seguridad del recinto parecía haberse dado cuenta de lo que estaba sucediendo e impedía entrar a nadie más al recinto. La Guàrdia Urbana y los Mossos d'Esquadra habían acordonado la zona. Esto significó, en primera instancia, que no se pudo entrar la comida que había preparada. Las negociaciones fueron infructuosas y, de hecho, la policía amenazaba con entrar. Mientras continuaban las actuaciones improvisadas en el Pasaje se negociaba con ellos en la puerta. Un enlace nos informaba cada poco de las novedades. A media tarde el desalojo parecía inminente. El enlace insistía en que nadie quería violencia, ellos porque era un desalojo ilegal y nosotros porque no era nuestro estilo. Se planteó que simplemente nos quedáramos allí sentados y que nos tuvieran que sacar uno a uno. Las actuaciones continuaban.

Al borde de la noche nos informaron que por falta de orden judicial no nos desalojarían, pero tampoco dejarían entrar nada ni a nadie. Estaban buscando soluciones para el tema de la comida y el agua. Empezaba ya a hacer frío y montamos una hoguera en un bidón abandonado, con lo que pudimos encontrar. Me había reunido con un grupo de Nau21, hablábamos en torno al fuego, esperábamos la comida, decidíamos si quedarnos o no. Yo tenía mis dudas. Me estaba congelando y no acababa de sentirme parte de aquello más que como espectador-participante ocasional. Debió entonces cuando, como según supe después, Miloon Kothari, relator de vivienda para la ONU, de gira en España haciendo un estudio sobre el tema, visitó el recinto. Al parecer no le habían dejado entrar hasta que los Mossos recibieron una contraorden. Cuando llegó la cena, descolgada con un cable desde un balcón de la calle Espronceda, decidí marcharme. No comí, pensando que alguien necesitaría la ración más que yo. Cogí mi bici y me dirigí a la entrada. Había gente acomodada ya en sofás, cubiertos con mantas y cerca del fuego. Al salir, un Mosso me indicó el camino amablemente. Apenas le miré a la cara. Había bastante policía. Eran más de las diez de la noche.

Cuando al cabo de unos días volví al recinto con Roberto, dispuestos a grabar la nueva cotidianeidad, nos encontramos con estrictas medidas de acceso. Llamaron a un representante, con el que hablamos un rato en la puerta. Le explicamos el proyecto, las intenciones, la trayectoria. Nos dijo que tenía que consultarlo. Mientras tanto, salía gente del recinto, incluyendo algunos conocidos que se detuvieron a hablar con nosotros, lo cual no evitó que no nos dejaran entrar. Estaban cansados de los medios, nos dijo el emisario. Había sido demasiado los primeros días. Ellos no eran un espectáculo televisivo. Que viniéramos a las jornadas de puertas abiertas del sábado, nos dijo, o que miráramos en su web si se convocaba otra rueda de prensa. No somos “medios”, pero de acuerdo, dijimos. Fue hasta

cierto punto decepcionante no poder entrar, pero siempre tuvimos claro que sólo trabajaríamos con situaciones públicas o de mutuo acuerdo, así que no hubo más cuestión, nos marchamos por donde habíamos venido, dispuestos a regresar el sábado.

Sin embargo, la jornada de puertas abiertas nunca se llegó a celebrar. El miércoles 13 de diciembre los ocupantes fueron desalojados por los Mossos d'Esquadra. Me enteré ya por la tarde, por un sms. Las únicas imágenes las vi en la televisión: policías custodiando a jóvenes con narices rojas de payaso.

Los diez días de ocupación supusieron una innovación en el vocabulario de la lucha por Can Ricart. Siguiendo con el paralelismo discursivo podríamos hablar de una nueva enunciación de sus términos, o mejor aún, de una *toma de la palabra* inesperada (de Certeau 1997). La ocupación alteró profundamente el *orden del discurso* vigente, lo hizo estallar. La acción directa y la desatención al derecho a la propiedad abrieron un nuevo campo de debate y supuso un desafío consecuente para el resto de las partes, obligadas a posicionarse.

Para capturar lo mejor posible esta proliferación discursiva y mantener sus propiedades he optado por abordar este periodo mediante una técnica de *collage*.

Sábado 2 de diciembre.

“Relato de un entierro y una resurrección: Abra Makabra.

A las 12 del mediodía comenzaron los primeros llantos de los asistentes al Entierro de la Makabra. Velos, mantones y hasta narices de payaso negras, cubrieron de lágrimas un ataúd de unos 3 metros en un acto que parecía un fragmento de alguna película de Buñuel. Alrededor de la 1 comenzó la tradicional caminata con el cofre en los hombros, esta vez por el distrito de Sant Martí. El propio paisaje urbano mostraba que el funeral se adentraba en la casa y cuna del plan urbanístico 22@. Grúas, solares abandonados, edificios a medio construir con más de 20 plantas. Árboles, muy pocos.

En la esquina de Pere IV y Diagonal el cortejo fúnebre giró y abriendo una valla metálica atravesó el tan controvertido Parc Central. [...] Después de cruzar aquel parque lleno de montículos, grúas, excavadoras, y todo tipo de maquinaria, ya casi parte del mobiliario urbano de este barrio, la cofradía se dirigió al recinto de Can Ricart. [...]

Así que como en cada velorio no pueden faltar la bebida, la comida y los chistes; el cortejo fúnebre entró a Can Ricart para dar una pequeña sorpresa tanto al Ayuntamiento como al Marqués y con un ABRA MAKABRA resucitó el muerto y se abrió un nuevo espacio para la creación. La nueva Makabra está ahora en Can Ricart. [...]” (barcelona.indymedia.org, 02/12/06).

La fábrica del conflicto

Domingo 3 de diciembre.

“Comunicado de La Makabra y más.

[...] Desde la asamblea expresamos:

1. Nuestra postura, de permanecer ocupando, a pesar del bloqueo del suministro de alimentos, y de la presión que se está llevando a cabo bloqueando el acceso. Presión que pretende invisibilizar ante la sociedad el trabajo cultural, social y artístico del colectivo La Makabra y más. Paralelamente a esta resistencia exigimos el desbloqueo inmediato de la entrada de alimentos y personas.

2. Consideramos que existe una demanda real de espacios sociales, culturales y artísticos autogestionados; y practicamos la okupación como acción legítima exigiendo su despenalización.

3. Informamos que el ayuntamiento a ofrecido un suministro de comida a cambio de que 5 de las personas que se encuentran dentro, se identifiquen en el momento de recibir los alimentos. Consideramos que éste es un trato carcelario al que no accederemos.

4. Convocamos a un cabaret más soundsystem hoy, día 3 de diciembre a las 17h en la intersección Diagonal con Pere IV (metro glories L1)” (Comunicado, 02/12/06).

“Comunicat sobre l’actuació policial a Can Ricart.

Fins poc abans de les 9 de la nit d’avui diumenge, la Policia de la Generalitat-Mossos d’Esquadra ha estat a l’espera de la decisió de l’autoritat judicial, l’única amb competències per fer-ho, sobre el possible desallotjament de l’immoble conegut com a Can Ricart. Tot i que encara no s’ha emès la resolució judicial en aquest sentit, el jutge sí que ha informat verbalment de la seva intenció de passar les diligències obertes al torn ordinari, de manera que serà un Jutjat d’Instrucció a qui, a partir de demà, li pertocarà estudiar el cas. Aquesta circumstància provoca que desaparegui la necessitat per part de la policia de seguir custodiant l’edifici. És per això que, com ja no està justificada la presència del cos de Mossos d’Esquadra, a les 22h s’ha decidit retirar les dotacions policials que encara restaven al lloc.

El dispositiu dels mossos d’esquadra s’ha mantingut durant diverses hores encerclant aquest immoble amb l’únic objectiu d’impedir l’accés a una propietat privada per part d’unes persones que no estaven autoritzats a entrar-hi. A més, el propietari de la finca havia presentat una denúncia al respecte. Tot i això, ahir es va permetre l’entrada del relator de les Nacions Unides perquè comprovés les condicions en què es trobaven les persones que hi havia dins l’immoble i aquest migdia els mossos els han ofert aliments i begudes, tot i que els han rebutjat. Finalment, la Creu Roja ha estat autoritzada a fer entrega de nombroses mantes i ampolles d’aigua” (Àrea de l’Oficina del Portaveu, 03/12/06).

Lunes 4 de diciembre

“El juez deniega el desalojo cautelar de las naves de Can Ricart, en Poble Nou.

Si bien no cantan victoria, los okupas de Can Ricart, en su mayoría ex ocupantes de la desalojada Makabra, recibieron ayer dos importantes espaldarazos. Por una parte el de la justicia, porque el juez de guardia al que acudió el propietario de las naves de Can Ricart para acabar por vía de urgencia con la ocupación desestimó la demanda. Fuentes del colectivo okupa explican que el juez argumentó que no había motivos de actuación cautelar y urgente porque los supuestos infractores no están vulnerando ningún derecho fundamental. Así, la denuncia del propietario tendrá que seguir la vía ordinaria, con plazos mucho más dilatados. La segunda buena noticia llegó a los okupas en la noche del sábado cuando, por sorpresa, acudió a las naves de Can Ricart el relator de Naciones Unidas para la Vivienda, Miloon Kothari, para conocer de primera mano la situación. [...] A la salida y en declaraciones a TV-3, Kothari aseguró que la ocupación de Can Ricart es “legítima”. Dijo, además, que en Barcelona hay una “desconexión entre la necesidad social y la planificación urbanística” y que las actuaciones en materia de vivienda se hacen de espaldas a los vecinos.

Haciendo oídos sordos, el alcalde, Jordi Hereu, rechazó ayer la ocupación y dijo que no negociará mientras los impulsores de la protesta no cesen en sus acciones. “Con ocupación no hay negociación”, dijo Hereu, quien dejó en manos del juez cualquier actuación en torno a los sucesos de Can Ricart. Eso sí, el alcalde defendió a la Guardia Urbana y a los Mossos d’Esquadra, que el pasado sábado no hicieron nada para evitar la ocupación de Can Ricart pese a que varios de sus agentes estaban escoltando la manifestación de los okupas que culminó con la entrada en la antigua fábrica. La actuación policial sí recibió críticas muy severas de la oposición. Xavier Trias (CiU) consideró “insólita” la permisividad de los Mossos, mientras que Alberto Fernández Díaz (PP) pidió mano dura contra una ocupación que, a su parecer, ha contado con protección policial” (*El País*, 04/12/2006).

“La Plataforma Salvem Can Ricart, reunida amb caràcter d’urgència, vol manifestar el seu posicionament davant l’ocupació de la fàbrica de Can Ricart per part de La Makabra. En primer lloc la nostra solidaritat amb La Makabra, per la seva lluita reivindicativa en poder aconseguir un espai on desenvolupar les seves activitats artístiques i culturals. Denunciar la ignomínia i humiliació a que han estat sotmesos per part del setge policial, així com els veïns que volien demostrar la seva solidaritat, impedit que se’ls hi pugues subministrar beguda, aliments i circular amb total llibertat. Volem deixar constància, d’ençà del seu desallotjament el passat 20 de novembre, que han demostrat en tot moment un comportament pacífic lluitant amb el que saben fer, actuacions de circ i espectacle.

La fàbrica del conflicte

Malgrat que el passat 24 de novembre l'Ajuntament va aprovar un nou Pla per Can Ricart, l'ocupació de Can Ricart visualitza que el tema no està resolt, ni en la preservació íntegra del recinte ni en els seus usos futurs. De cap manera acceptarem que un possible desallotjament policial dels companys de la Makabra serveixi com a pretext perquè les excavadores enderroquin les naus que ara ocupen que són les que l'Ajuntament malgrat el seu valor històric vol destinar a lofts. Volem fer palès que la Generalitat i l'Ajuntament han de fer complir la suspensió de les llicències d'obres i d'enderrocament, establerta des que es va iniciar l'expedient de catalogació patrimonial, fins que el Departament de Cultura no resolgui l'expedient promogut per aquesta plataforma de declaració del conjunt de Can Ricart com a Be Cultural d'Interès Nacional. Ambdues institucions són responsables que, fins que no es resolgui, no es faci cap acció d'enderrocament que posi en perill la seva conservació. [...]” (Comunicat als mitjans, 04/12/06).

Martes 5 de diciembre

“Els veïns fan costat als esquàters i els agraeixen que hagin ocupat Can Ricart.

“Les portes d'aquest recinte se'ns havien tancat. Ens doneu l'oportunitat que ens ha negat l'Ajuntament”, va afirmar ahir al vespre un representant de la plataforma, que va participar en una assemblea convocada pels esquàters per decidir la utilització i organització dels espais ocupats. Així mateix, Joan Maria Soler, representant de l'entitat veïnal, va destacar que “el fet que els joves estiguin aquí és una garantia que aquestes naus continuïn dretes”. Els esquàters van començar ahir a netejar la part del recinte que és de propietat privada, i que no passarà a mans municipals. [...] Al vespre es va fer l'assemblea “oberta” però restringida. A la porta els esquàters controlaven qui entrava al recinte i van aixecar una gran barricada amb bidons per defensar-se d'un eventual assalt. A l'assemblea hi van participar prop de dues-centes persones, entre les quals hi havia representants veïnals que, des del principi, van deixar ben clara la seva posició” (*El Punt*, 05/12/06).

“Hereu demana un canvi de la llei per desallotjar edificis privats.

L'alcalde de Barcelona va defensar ahir a Madrid la necessitat d'un canvi de legislació perquè la policia pugui desallotjar locals privats ocupats il·legalment. “¿Per què només es pot desallotjar un local si és públic?”, es va preguntar. Hereu, després d'entrevistar-se amb el Rei, va afegir que els okupes del Poblenou “no tenen intenció de negociar” amb l'ajuntament i va assegurar que l'ocupació no afectarà el pla urbanístic per a Can Ricart, “decidit democràticament per la ciutat”.

El tercer dia d'okupació del vell recinte industrial –el primer sense la vigilància de la policia- va avivar el cisma polític pel destí de Can Ricart i pel tractament que ha de rebre aquest col·lectiu. ICV es va desmarcar dels seus socis de Govern

al consistori i va dir que no és necessari demanar als okupes que marxïn per negociar després un local per als artistes alternatius. Els Verds, formació coalitzada amb ICV, va anar més lluny i va demanar la cessió de la fàbrica als artistes de La Makabra. Contrari a aquesta postura, Jordi Portabella, president del grup municipal d'ERC, va afirmar que no s'ha de cedir a la imposició d'aquests joves i només s'ha de negociar amb ells si abandonen la fàbrica. Però el líder del partit, Josep-Lluís Carod-Rovira, va afirmar que el consistori té la responsabilitat de buscar espais per a aquests col·lectius. L'oposició municipal, CiU i el PP, va tornar a criticar l'ajuntament per haver permès la invasió d'una propietat privada. [...]

Fonts municipals van assegurar que entre els nous grups que estan arribant al recinte de Can Ricart hi ha grups d'albanokosovars perillosos. També van dir que en aquest lloc hi ha substàncies tòxiques i inflamables que poden posar en perill la vida dels ocupants. El moviment va rebutjar aquestes acusacions i va afirmar que les instal·lacions okupades es troben aptes per a l'habitabilitat. Va afegir que un grup d'Arquitectes sense Fronteres va fer ahir un estudi del lloc i actualment redacta un informe que corrobora el bon estat de les naus del recinte fabril" (*El Periódico*, 05/12/06).

Miércoles 6 de diciembre.

“El juez cita al dueño de Can Ricart para aclarar de quién es la propiedad.

El juez que tramita el caso de la ocupación de Can Ricart, en Barcelona, ha citado para el próximo lunes al dueño del recinto para que acredite su condición de propietario. La decisión judicial se produce después de que el juez considerase que “no consta con claridad la propiedad del terreno o locales ocupados” en la documentación que acompaña la denuncia y que motivó que los Mossos d'Esquadra sollicitasen autorización para desalojar la zona. El magistrado Emili Soler desestimó la petición policial de desalojo por considerar que no existía riesgo para los *okupas* ni para las instalaciones. También entendió que no se iban a producir “inminentes perjuicios económicos” para el denunciante ni para terceras personas. Las instalaciones de Can Ricart, asegura el juez en una resolución fechada el pasado día 3, están a la espera de “su suerte urbanística”, por lo que tampoco están pendientes de demolición, del mismo modo que el mantenimiento de la situación actual no representará gastos cuantiosos ni perjuicios irreparables para un propietario que “se desconoce con certeza”. Por eso, el juez decidió rechazar el desalojo urgente hasta que tuviera más datos y hubiera oído a los interesados. Y ese proceso, que puede durar varios meses, es el que se iniciará el lunes con la comparecencia del que se considera propietario de las instalaciones. El juez razonó en su resolución que primero ha de aclarar las circunstancias en las que se produjo la ocupación y la actuación de los vigilantes jurados, “que fueron abordados por los invasores”, así como identificar a los *okupas*. De ahí que, en su opinión, no pueda acordar el desalojo urgente que pidieron los Mossos “sin las debidas garantías”. [...]

La fábrica del conflicto

La situación parece cercana al bloqueo si se tiene en cuenta que el propio alcalde de Barcelona, el socialista Jordi Hereu, endureció ayer su posición. A juicio de Hereu, es “imposible” negociar con el colectivo *okupa* porque “utiliza métodos que atentan contra las reglas democráticas y la convivencia”. En una rueda de prensa conjunta con los artistas *okupas*, el portavoz de la plataforma Salvem Can Ricart, Manel Andreu, advirtió ayer del riesgo de que el consistorio se enroque en sus planteamientos: “Si se niegan a negociar, nos encontraremos en una situación de fuerza que no conviene a nadie”. Sólo uno de los tres partidos que integran el gobierno municipal, Iniciativa per Catalunya Verds, ha mostrado su disposición a dialogar con el colectivo, incluso mientras prosiga la ocupación de Can Ricart. La visible alianza entre los vecinos del Poblenou y el colectivo de La Makabra tiene como objetivo que se reabra el debate sobre el futuro de Can Ricart, cuyo proyecto de preservación fue aprobado en pleno por el Ayuntamiento de Barcelona. La plataforma vecinal pretende que todo el recinto se conserve y sea de uso público, y los okupas, disponer de amplios espacios para ensayar” (*El País*, 06/12/2006).

“Can Ricart, okupado.

[...] La ocupación de Can Ricart no es solo un asunto político. Pone también sobre el tapete una cuestión de indudable interés en Barcelona: los límites de la tolerancia con el fenómeno squatter y su relación con el problema del precio de la vivienda. Es evidente que existe un derecho a la propiedad por el cual es ilegal que un colectivo se instale en un inmueble ajeno para vivir o realizar ensayos de circo, teatro o danza. Esa ley vale también para los edificios que se encuentran en desuso.

Que el propietario tenga abandonado Can Ricart a la espera de que un plan urbanístico, como el del 22@, le suponga unos copiosos beneficios puede ser inmoral, pero no ilegal. Y las autoridades públicas deben guiarse por criterios legales y no morales. Ante una futura orden de desalojo sería lamentable que hubiera violencia. Los políticos debe tener cintura para cumplir la ley y dar a estos colectivos salidas viables a la reivindicación de espacios para sus actividades artísticas” (Editorial, *El Periódico*, 06/12/2006).

Jueves 7 de diciembre

“Relato de ciudad.

[...] El planeamiento urbanístico que ha venido desplegándose en los últimos años en Barcelona ha sufrido demasiados sobresaltos. Y no parece haber contado con estrategias suficientemente sólidas que hayan permitido canalizar y orientar en un sentido adecuado el empuje de las múltiples iniciativas mercantiles e inversoras que han llovido sobre una ciudad sometida a grandes presiones. Frente a esas carencias, se ha ido desplegando y creciendo el gran relato de la “ciudad

guapa”. La ciudad atractiva, llena de incentivos turísticos, mezcla ideal de tiendas, buen clima, diseño *de firma* y gastronomía *estrellada*. Un relato de ciudad que pasa factura, que requiere disciplinar gentes y espacios, reconvertir barrios y *monumentalizar* memorias. Y como siempre, en cada uno de estos acontecimientos, en cada una de estas grandes o pequeñas transformaciones, surgen por doquier perdedores y ganadores, costes y beneficios que se reparten muy desigualmente. [...]

El poder de modernizar ha ido desplazando al poder de habitar. Y así, ese relato ahistórico ha dejado sin espacio a quienes sin nostalgia pretenden construir una ciudad en la que sea posible seguir teniendo unos *nosotros* ampliamente compartidos. No podemos simplificar el tema caracterizándolo como un problema de comunitarismo reactivo o despachar el conflicto calificándolo de alianza de vecinos obsoletos con profesionales marginales en busca de una representación que no tienen. Tampoco es un tema que pueda resolverse con mecanismos participativos que conviertan a los habitantes en espectadores de excepción de momentos de consulta o deliberación, en que ni los formatos ni los cánones en que se desarrollan puedan considerarse como propios. Más allá de todo ello, y más allá de la actual ocupación de Can Ricart por la gente de La Makabra, lo que está en juego es cómo aprovechar esos momentos de transformación urbana tan significativos como los que vive el Poblenou para buscar nuevas formas de centralidad que no sean sólo comerciales o de oficinas. [...]” (Joan Subirats, *El País*, 07/12/2006).

Domingo 10 de diciembre.

“Can Ricart: En cerca de vies de solució.

La complexa situació en la qual es troba, en aquests moments, el recinte industrial de Can Ricart, on conflueixen tensions diverses –no totes derivades de la seva condició de conjunt patrimonial subjecte a un pla qüestionat–, és un símptoma important d’un fenomen més general: la divergència, creixent d’un temps ençà, entre els impactes derivats del planejament urbanístic i les aspiracions ciutadanes. [...]

És així com el vermut amb debat convocat per la Plataforma Can Ricart el passat dissabte 2 de desembre per abordar actuacions futures en favor de la integritat i la reutilització ciutadana del conjunt va desembocar, davant la sorpresa per part de la majoria dels que hi assistíem, en una ocupació parcial del recinte pel col·lectiu d’artistes de La Makabra i simpatitzants. Can Ricart esdevenia així el centre del debat sobre la manera de fer ciutat, projectant-s’hi una suma de malestares socialment molt difosos i convertint-se en focus d’atenció dels mitjans de comunicació i de les institucions que, a partir de la situació creada al recinte, aborden els pros i contres de qüestions més generals. Passades les primeres impressions i davant les incerteses del moment, des del Grup de Patrimoni Industrial voldríem fer una crida al diàleg i voldríem subratllar la necessitat de distingir entre els nivells pels quals discorre la

La fábrica del conflicto

polèmica. Cal anar trobant camins de solució diferenciats per als diferents temes que conflueixen ara a Can Ricart. [...]

L'ocupació de Can Ricart per membres del col·lectiu la Makabra ha comptat amb un assentiment ciutadà que ha superat amb escreix els cercles dels coneixedors i simpatitzants dels moviments artístics alternatius i dels moviments okupes. Un assentiment nodrit pel malestar social provocat pel tancament de la institució municipal enfront de no pocs temes que afecten molt directament la ciutadania, entre els quals el de la conservació i la reutilització del patrimoni de Can Ricart ha adquirit un caràcter de símbol. Aquesta és probablement la causa de l'estesa simpatia, si més no en el primer moment, per l'ocupació del recinte: una catarsi col·lectiva davant el deteriorament dels mecanismes democràtics a l'escala local que ens hauria de portar a reflexions molt més profundes de les que aquí podem abordar. Però sigui quina sigui l'evolució de la situació en els propers dies o mesos, fóra un greu error liquidar totes les qüestions que conflueixen a Can Ricart reduint-les als aspectes jurídics, socials i polítics que la seva okupació planteja. [...]" (Grup de Patrimoni Industrial, comunicado, 10/12/06).

Miércoles 13 de diciembre.

“Desallotjament de Can Ricart.

Arriben notícies del desallotjament de Can Ricart. No podem entrar, per falta d'informació, a donar detalls ni sobre la resolució en què s'ha emparat el desallotjament ni sobre la manera com aquest s'està efectuant: esperem que sigui de manera totalment pacífica i amb el més absolut respecte per a totes les persones, així com esperem que el toc d'atenció dels artistes sobre la manca de locals i tallers, tingui efecte, en benefici del potencial innovador del conjunt de la ciutat.

Des del Grup de Patrimoni Industrial, i arriben també els pronunciaments d'altres entitats, institucions i persones que freqüenten la Plataforma Can Ricart, voldríem també donar l'alarma davant del perill que després de l'últim desallotjat entrin les excavadores, provocant efectes irreversibles just quan sembla possible trobar una solució satisfactòria per a totes les parts.

Seria molt greu que entressin les excavadores, més encara quan el Departament de Cultura de la Generalitat té en tràmit l'expedient de declaració de Can Ricart com a bé cultural d'interès nacional i quan hi ha un extens moviment ciutadà en favor de la seva conservació íntegra i la seva reutilització ciutadana. Perquè, cal insistir-hi una vegada més, hi ha solucions alternatives per ubicar l'edificació compromesa amb els propietaris privats del recinte.

Per tot plegat, fem una crida a la ciutadania, als mitjans de comunicació i a les autoritats municipals i del país per tal que estiguin al corrent dels esdeveniments i procurin evitar mals majors en les properes hores i en els propers dies" (Grup de Patrimoni Industrial, comunicado, 13/12/06).

Jueves 14 de diciembre

“El juez dice que los okupas actuaron con violencia, artimañas y trompetería.

El titular del juzgado de instrucción número 27 de Barcelona, Emili Soler Calucho, dictó ayer un auto por el que ordenaba el desalojo cautelar de Can Ricart, en el que se habían instalado grupos de okupas desde el pasado 2 de diciembre. [...]

El juez, en el auto de ayer, explicita que los accesos a Can Ricart, ese día 2, estaban cerrados y vigilados, y no sólo esas horas, sino desde un año atrás. Los guardias jurados encargados de la custodia (que también han declarado en el juzgado) “fueron abordados violentamente por varias personas, amenazándoles de que entrarían por las buenas o por las malas, reduciéndolos en una pared e impidiéndoles actuar para impedir la invasión mientras un numeroso grupo de personas, que se hallaban preparadas para la acción, accedían al recinto por una de las puertas vigiladas, rompiendo seguidamente puertas y ventanas, cristales y cadenas de las naves, apoderándose y permaneciendo en ellas”.

El duro relato judicial continua señalando que “se urdieron por los usurpadores y sus cómplices artimañas para simular o provocar la celebración de una fiesta en el interior para facilitar el acceso. (...) Hay que preguntarse quiénes son los usurpadores (...) y con qué título que no sea la acción directa pueden disponer de unos locales sin autorización del propietario ni de los vigilantes jurados para entrar en el recinto, destrozar puertas y ventanas y organizar fiestas y algaradas en su interior que, penalmente, no hacen otra cosa que acreditar aún más su voluntad de permanencia en el interior contra la voluntad de la propiedad”.

El magistrado aún hace más críticas a los okupas, pues señala que anunciaron “con trompetería el éxito de la ocupación”, algo público y notorio en los medios de comunicación, lo que creó “temor en la víctima y alarma social”, y también “una permanente intimidación mientras dura la usurpación de un bien privado o público”. Esta situación aún va más allá, pues, a criterio de Emili Soler, hay “algún elemento de desafío y enfrentamiento permanente con los poderes públicos del Estado”, pues se incita al colectivo a una nueva ocupación” (www.lavanguardia.es, 14/12/07).

“Davant el desallotjament del col·lectiu La Makabra de Can Ricart, la FAVB i l'AV del Poblenou volen manifestar, d'una banda, el seu desacord amb la desproporció de les mides policials i la pressió que es va portar a terme contra un col·lectiu que sempre ha apostat per la via pacífica en plantejar les seves reivindicacions. Unes reivindicacions que, recordem, denunciaven la manca d'espais per a la cultura i el circ després de tancar-se un dels pocs locals d'assaig que existia a Barcelona.

La fábrica del conflicto

L'ocupació de Can Ricart ha sumat elements a aquests fets i ha tornat a posar en primera línia el debat ciutadà sobre el problema de l'habitatge i sobre el futur d'aquest patrimoni fabril. Des de les entitats veïnals i de defensa del patrimoni, volem manifestar la nostra preocupació perquè el desallotjament suposi l'entrada d'excavadores a Can Ricart i la destrucció de patrimoni fabril en un moment en què està en tràmit l'expedient de declaració de Can Ricart com a Bé Cultural d'Interès Nacional.

No entenem el canvi d'opinió sobtat i radical del jutge just després d'entrevistar-se amb el marquès de Santa Isabel, propietari de Can Ricart, quan abans havia dictaminat que no hi havia raons per tramitar amb urgència el desallotjament. Com tampoc podem entendre les raons que li han portat a argumentar que l'ocupació es va realitzar amb intimidació i violència. I tampoc no sembla casualitat que la decisió es prengui precisament el dia en què l'alcalde Jordi Hereu compleix 100 dies de mandat i en què s'aprova la Llei pel dret a l'Habitatge. Davant tots aquests fets, la FAVB i l'AV del Poblenou convoca a una concentració dissabte 16 de desembre a les 19 hores a la plaça Sant Jaume per donar suport a la manifestació que han convocat els col·lectius lligats a La Makabra, animant el veïnat a participar-hi" (FAVB y AVPN, "Comunicat als mitjans", 14/12/07).

Viernes 15 de diciembre

“Los dueños de Can Ricart anuncian que la demolición es inminente.

Los propietarios de Can Ricart quieren iniciar la demolición de las naves no protegidas lo antes posible. Ayer mismo, un día después de que los Mossos d'Esquadra desalojaran a los squatters de La Makabra que habían okupado el antiguo recinto fabril, los dueños ya iniciaron los trámites para que les concedieran nuevas licencias de derribo o les convalidaran las antiguas, que fueron suspendidas por el Ayuntamiento de Barcelona mientras se tramitaba el plan de protección del lugar.

“Actuaremos cuanto antes”, declaró ayer Manuel Miret, gerente de la Asociación de Propietarios de Can Ricart, quien alabó el auto del juez que permitió el desahucio de los okupas. La asociación, a la que pertenece Federico Ricart, marqués de Santa Isabel y propietario mayoritario del recinto, espera tener los documentos listos hoy o, a más tardar, el próximo lunes. Una decena de operarios trabajaban ayer tapiando los accesos al complejo. Por su parte, el ayuntamiento, dueño del 60% de Can Ricart, también se pondrá manos a la obra. Francesc Narváez, concejal del distrito de Sant Martí -en el que se hallan las naves-, anunció que el consistorio pretende ejecutar de forma urgente el plan especial para este lugar, que fue aprobado en el pleno municipal del pasado 24 de noviembre, con el voto en contra de CiU y PP. Por lo pronto, la próxima semana comenzarán a llevarse a cabo las prospecciones de las empresas de suministros, acometidas y fibra óptica, intervenciones que se encontraban a la espera de la aprobación de los planes urbanísticos” (*El Periódico*, 15/12/07).

Durante los 12 días de ocupación, Can Ricart se convirtió en una fuerza centrífuga de debate. La proliferación de comunicados, de noticias, de declaraciones, planteaban varias y fundamentales discusiones: los métodos de la política, la legitimidad de la ocupación, el derecho a la propiedad, la especulación, el modelo de ciudad, la participación, el orden, la democracia... Can Ricart se convirtió en un objeto sintético, aunque su sentido era variable: síntoma de la crisis de la ciudad, proyección de malestares acumulados, paso adelante en la lucha contra la especulación, muestra del déficit de autoridad del gobierno local... Todos los actores parecían obligados a emitir un posicionamiento público, y según se sumaban los apoyos más improbable era su condena por aquellos que defendían la conservación. Es sumamente interesante el hecho de que a pesar de que la Plataforma emitió enseguida un comunicado de apoyo a la ocupación, muchas de las entidades que formaban o habían formado parte de ella decidieron especificar su postura al respecto. Así, se sucedieron las muestras de apoyo de la AVPN, la FAVB, la AJP, Nau21, ASF o Iracheta. El caso del GPI es especial, ya que su comunicado ni apoyaba ni condenaba manifiestamente la acción, y expresaba eso sí mucha preocupación con las posibles consecuencias (físicas, políticas) de la ocupación. Frente a la “catarsis colectiva” proponía “líneas de acción ciudadana”, en lo que parecía una condena sutil de los procedimientos extra-democráticos y una anticipación de lo que estaba por venir.

La tensión entre aquellas enunciaciones en clave de *llamada al orden* y aquellas en clave de *elogio a la resistencia* se acrecentó una vez consumado el desalojo y resuelto del climax mediático. Para el GPI La Makabra había estado a punto de arruinar todo el trabajo serio llevado a cabo hasta entonces y había dinamitado las buenas relaciones en los despachos, fundamentales para obtener información. Para Nau21, por el contrario, había reintroducido con fuerza el debate sobre los usos futuros de Can Ricart, sobre la situación de los artistas en el Poblenou y había retrasado el entonces inminente derribo de las naves no protegidas, impidiendo su catalogación previa y centrando la atención de toda la ciudad en el conflicto. Más aún: para unos la ocupación se había aprovechado del vermut de la Plataforma, convirtiéndoles en cómplices accidentales de la misma; para otros, el vermut se había dado organizado *para que* el recinto fuera ocupado.

La ocupación de Can Ricart pasó pronto a ser la punta del iceberg de un profundo choque entre modos de hacer. El desacuerdo entre las partes, no en vano, alcanzaba cuestiones fundamentales de lo que había sido la metodología de la Plataforma hasta entonces: el respeto a la legalidad, la negociación formal e informal con las autoridades, los secretos, la ausencia de actas, los procedimientos de escritura colectiva...

Si la ocupación fue una gran salida del guión aceptado para la contienda, pronto se abriría el telón para escenificar el retorno del viejo reparto.

13.

DISCIPLINA (DEMOCRÁTICA).

La asamblea de accionistas convocada el 20 de diciembre en Can Felipa sirvió en muchos sentidos para evaluar el “estado de la cuestión” tras la ocupación. Guillermo y Roberto grabaron el evento con dos cámaras. La sala estaba llena. Manel Andreu quiso, para comenzar, hacer un breve repaso de los acontecimientos. Empezó recordando el descubriendo del valor del recinto para muchos vecinos con la primera visita guiada en febrero de 2005. Finalizó aclarando que no había habido ningún tipo de connivencia de la Plataforma con la ocupación de La Makabra. Les había sorprendido estando en el recinto y había sido totalmente pacífica. Las demandas de La Makabra tenían la solidaridad de las entidades presentes. En todo caso, la situación actual era que parecía que la Generalitat tenía buena predisposición para declarar Can Ricart BCIN. Se proponían tres acciones: en primer lugar, ante la falta de participación real, una audiencia pública en el ayuntamiento a modo de debate público. En segundo y tercer lugar, en caso de intento de derribo, presentar una denuncia en el juzgado de guardia y convocar una manifestación. *Ante las ilegalidades querían responder con medidas legales.* Antes de darle la palabra a Mercè Tatjer, Andreu hizo saber a la sala que se habían editado en forma de libro los documentos que el GPI había ido produciendo a lo largo del conflicto, y que era un buen regalo de navidad.

Habían sido dos largos años de trabajo en la Plataforma, y muchos antes de estudio patrimonial, dijo Tatjer. Can Ricart era, lo sabíamos, una pieza de nivel internacional, reconocida por muchas de las más importantes entidades en el ámbito. Más aún, el trabajo de la Plataforma no solamente había puesto sobre la mesa la cuestión del patrimonio y la memoria histórica, sino también la cuestión de otra forma de hacer ciudad. La justicia social. Tatjer pasó entonces a aclarar cómo estaba la situación según el plan aprobado. Ayudándose del proyector que manejaba Joan Roca, explicaba cómo el plan mutilaba el recinto y se perdía la secuencia y el entramado de pequeños espacios abiertos.

¿Por qué parece que últimamente toda Barcelona pasa por Can Ricart? Se preguntó en voz alta Roca. Porque se había convertido en un lugar estratégico en el que convergían cuestiones clave: era un espacio excepcional para religar el

Poblenou con un potente eje patrimonial; un prototipo fundamental de la invención de la modernidad barcelonesa que respondía a un modelo propio, no importado; un sistema fabril que podía ir aglutinando... El discurso de Roca, encendido, atropellado, iba ilustrado por numerosas imágenes del recinto y planos que él mismo proyectaba con la ayuda de un ordenador portátil. En resumen, aquí teníamos un edificio que representaba la capacidad de una ciudad de construir un modelo de desarrollo propio, el padre y la madre de la nación moderna, socialmente progresivo, técnicamente avanzado. ¿Dónde quedaba la lucha por la emancipación? ¿Dónde quedaba el 22@? Esta *era* la idea arroba en todas sus consecuencias. Lo había dicho Saskia Sassen... La pantalla reflejaba ahora cómo quedaría el recinto con el plan del ayuntamiento: se destruía el núcleo central, y había otras opciones para la calle Bolivia; la torre tapaba la fábrica, como si tuvieran vergüenza de que se viera, y se podía colocar en otro lado... Can Ricart podía cambiar la percepción colectiva de lo que había sido la trayectoria de la modernidad social, técnica, económica en Barcelona, si se conservaba íntegro. El plan vigente era inquietante, pero había soluciones, lo habían demostrado repetidamente. Salvador Clarós tomó el relevo y quiso recordar que la solicitud de declaración de BCIN se había presentado por primera vez en marzo de 2005 y se había vuelto a tramitar en junio de 2006. La Generalitat había incumplido todos los plazos legales, se había saltado la ley.

La Plataforma había convocado a una fila cero de personajes del mundo de la cultura “para que una pluralidad de voces arrancara el debate”. Se les cedió entonces la palabra. Jose Luís Oyón no quiso aportar ningún argumento específicamente arquitectónico, el valor de Can Ricart como conjunto ya se había señalado suficientemente. El ayuntamiento se encontraba en una verdadera encrucijada, desprovisto de argumentos de peso y con toda la razón del lado de la Plataforma. Había que confiar que una decisión legal les hiciera rectificar. Julià de Jòdar dijo que Can Ricart era una cuestión identitaria clave para la Cataluña contemporánea, una oportunidad para reivindicar aquél patriotismo social. Él esperaba y confiaba en que el *conseller* de cultura supiera apreciar la importancia del asunto. Josep Maria Montaner hizo tres consideraciones de carácter algo más general, sobre el planeamiento, el patrimonio y el movimiento. ¿Por qué se había convertido Can Ricart en un emblema? Porque el proyecto municipal era una muestra de las fallas del 22@, incapaz de hacer valer sus propios principios frente a la presión del sector inmobiliario. En segundo lugar, había que subrayar el enorme valor histórico del recinto, en el que confluía la ciudad de Cerdà y el proyecto de Bernadet. Finalmente, ¿por qué se habían unido en este movimiento gran parte del Poblenou, su asociación de vecinos, sus ciudadanos, trabajadores, artistas, profesores, ocupas...? Porque habían visto que el 22@ estaba arrasando la memoria del Poblenou. Era sobrecolector ver cómo en apenas unos años había desaparecido el tejido social, urbano, arquitectónico del barrio. Por todo esto habían confluído. Cristian Cirici dijo que la cuestión iba más allá de mantener un edificio histórico. Se trataba de una nueva

La fábrica del conflicto

manera de concebir el patrimonio. Señaló la gran capacidad adaptativa de los edificios industriales, Can Ricart como espacio de encuentros, como un parque. Sólo había que compararlo con Diagonal Mar... No era un problema de conservar naves, sino una estructura física y social. Joan Subirats dijo que había momentos clave en la construcción de una ciudad, y Can Ricart lo era. Ponía de relieve la deriva de Barcelona, la encrucijada en la que se encontraba una ciudad que había dejado que la iniciativa privada impusiera su ley y en la que el ayuntamiento había perdido la capacidad de gobernar con un sentido de proyecto. La cuestión fundamental era cómo se construía la ciudad. El conflicto había puesto en cuestión el concepto que el ayuntamiento tenía de participación ciudadana y su poca capacidad para pensarla de un modo no pantonímico. El movimiento había mostrado la importancia de las alianzas, de pasar de una lógica reactiva a una lógica propositiva, con relaciones más horizontales. Ya se había conseguido una victoria, hacer retroceder el primer plan del AjB. Pero ahora les costaba mucho dar un segundo paso atrás, por orgullo o tozudez. En este sentido, era inteligente cambiar de escala y pasar a la Generalitat.

Las intervenciones del público tuvieron un tono más sombrío. Que claro que el 22@ aportaba cosas, dijo Joan Marca, 44 millones de euros de plusvalía para el Marqués. El pelotazo económico. El ayuntamiento no tenía ningún interés en escuchar, en dialogar, prosiguió Zaida Muxí. Lo había demostrado una y otra vez. Que el nivel de planeamiento era bajísimo, añadió Isabel Martínez. Además, nadie aclaraba nada y como arquitecta todo eran dificultades para trabajar. Joan Roca intervino para defender una vez más Can Ricart como una oportunidad impresionante para construir un epicentro de urbanidad y reducir la distancia entre planeamiento y ciudadanía. Pero Gil volvió al tema de la incapacidad y tozudez del equipo de gobierno. Les daba más dinero ceder al capital que solucionar el tema de la vivienda. Se habían enganchado al imperialismo. ¿Cuántos compromisos tendrían con empresas privadas, empresas de la guerra? ¿Para quién hacían esos edificios; de dónde salían tantos oficinistas? Demasiado optimismo veía en la sala, dijo otro participante, el futuro de Can Ricart estaba visto y sentenciado. Estaba claro que lo tenían mal, respondió Joan Maria Soler, pero no podían ser pesimistas. El ayuntamiento no tenía argumentos, eso era algo muy importante a su favor. Era una buena idea el tema de la audiencia pública, pero era importante mantener la máxima atención. Pensaba que se habían confiado. Había que colgar carteles, movilizar al barrio, mantener la tensión en el día a día...

El debate prosiguió aún un buen rato, entre el desánimo y la arenga. Se ratificaron las medidas propuestas al comienzo y se habló de un formar un escudo en caso de intento de derribo. Que recordáramos que Can Felipa y Can Saladrigas se habían salvado *in extremis*, dijo Andreu. Era difícil creer que todo pudiera acabar así, dijo Roca señalando la pantalla, en la que una infografía mostraba cómo las nuevas edificaciones rodeaban y apenas dejaban entrever la fábrica.

Dos días después de la asamblea Hangar cerró sus puertas como protesta por las restricciones de entrada al recinto, que les impedía trabajar con normalidad. Reabrieron ya en 2007, después de tres semanas. También a principios de año la FAVB, junto a otras entidades, solicitó oficialmente la audiencia pública y Joan Roca, en nombre del GPI, enviaba cartas al ayuntamiento y el 22@ solicitando la reconsideración de su postura. El retorno a los procedimientos *legales* (en los dos sentidos: legitimados y referidos al ámbito jurídico) marcó así el cambio de año. Se impuso la disciplina (democrática).

Como parte de este retorno al compromiso democrático se convocó el 20 de enero, en la Rambla del Poblenou, un acto “para todos los públicos”. Una pequeña parada alojaba varios folletos, alguna copia del libro de patrimonio y numerosas postales dirigidas al alcalde, con una foto de Can Ricart en el anverso y un texto de reivindicación del recinto en el reverso: “La seva decisió al respecte i la dels tres grups municipals que li donen suport serà per a mi importat, no ho dubti, a l’hora de decidir què fer a les properes eleccions municipals del mes de maig”, concluía el mismo. Al otro lado de la acera, colgada entre dos árboles, una pancarta de la AVCR ponía “Can Ricart Patrimoni Ciutadà. 22@”. Junto al kiosco, en el suelo, una maqueta de cartón del recinto se extendía unos 4 x 4 metros. La maqueta, hecha por piezas, debía representar lo que pasaría si se aprobaba el plan municipal. También había creyones y rotuladores para que los niños la pintaran. Mientras, los adultos se concentraban en torno a los folletos, primero, y el vermut, posteriormente.

A lo largo de la mañana pasó por allí bastante gente, incluyendo la mayor parte de los miembros de la Plataforma. En torno a la una del mediodía llegó un equipo de TV3 a cubrir la noticia. Primero grabaron entrevistas breves y planos de relleno, luego colocaron el trípode frente a la maqueta y se prepararon para filmar la simulación de los efectos del plan de ayuntamiento. La camarógrafa recolocó a los niños que pintaban. Joan Marca y Manel Andreu entraron en el plano por ambos lados y sacaron los edificios que se derribarían. No, no había quedado bien. Mejor otra toma. Volvieron a colocar las piezas de cartón, dieron instrucciones a los niños y repitieron. Una vez más, me faltaba la cámara cuando más la necesitaba.

Unos días después se confirmaron los rumores de que el AjB había denegado la audiencia pública. El plan se había aprobado a raíz de un amplio proceso participativo, no estaba justificada, dijeron.

Mientras tanto, el paisaje seguía cambiando en torno a Can Ricart. Se había terminado la apertura de la calle Marruecos, por la que ya circulaban vehículos. A un lado se levantaba el muro de hormigón rugoso que rodearía al Parc Central. Al otro, una fila de cuñas de cemento separaba la calle de las ruinas del recinto. Las naves que habían sido graffiteadas hacía más de un año quedaron a pie de calle durante unos días, y luego fueron derribadas. En el interior del recinto, varias zanjas prometían la llegada de la red de fibra óptica y la recogida neumática de residuos.

La fábrica del conflicto

El 20 de marzo se había convocado una nueva “asamblea de accionistas” en el Centre Moral. Aprendiendo de errores pasados, acudí con una grabadora y una cámara de video prestadas. A las siete y cuarto la sala estaba bastante vacía. La iluminación, blanca y escasa, unida al color vino del tapete que cubría la mesa, le daba al evento un aire solemne. Cuando Guille y Roberto vieron mi grabación, un simple plano frontal del ancho de la mesa, se rieron. Que si parecía una misa, no, no, la última cena.

Siempre que convocaban una asamblea pasaba algo poco antes, dijo Manel Andreu. El día 13 la Generalitat había anunciado finalmente que abría el expediente para declarar Can Ricart BCIN. Era una buena noticia, pero a medias, porque no se preservaba nada que no preservara ya el plan del ayuntamiento. Lo interesante era la idea del perímetro de protección y que las acciones fuera de él estaban condicionadas a no impactarlo. Esto podía poner en cuestión algunas de las edificaciones que el plan actual manejaba y daba algo de margen, ya que implicaba la suspensión de licencias de derribo dentro del mismo. Sin embargo, la resolución aún no se había publicado, lo cual era preocupante porque mientras fuera así el AjB podía aún hacer y deshacer.

Mercè Tatjer se disculpó por las dificultades técnicas, que les impedían poder proyectar las imágenes. Quizá Joan Roca, que estaba por llegar, traería una solución. En todo caso, podíamos coger uno de los folletos de la entrada para ver mejor de lo que se hablaba. El camino había sido largo e intenso. Habían llegado a un punto que no se podía considerar el final o la victoria, pero sí que se había ganado bastante terreno. Incluso el AjB había asumido el lenguaje de salvar la fábrica. Habían hecho buena pedagogía, habían sido buenos maestros y habían logrado que la conciencia de lo que era el patrimonio industrial y sus posibilidades de futuro formara parte de los debates de la ciudadanía en general y del ayuntamiento en particular. No había que olvidar que el primer plan aprobado sólo mantenía la chimenea, la torre y una nave. Tatjer quiso entonces agradecer a los asistentes el apoyo prestado durante todo este tiempo y también a las múltiples entidades que habían respaldado a la Plataforma. No eran, como pretendían algunos, una pandilla de descerebrados. Eran un movimiento ciudadano, amplio, que había demostrado que había otras formas de hacer ciudad.

Como bien había dicho Manel Andreu, el mismo día que parecía que podía haber derribos en el recinto había llegado la noticia del expediente. Sin embargo, habían tenido que rebajar la euforia rápidamente, ya que la propuesta de BCIN actuaba solamente sobre lo que el AjB había ya declarado BCIL. Es decir, no se reconocía el recinto íntegro. Pero era un paso adelante, se había subido de categoría. Además se habría la puerta a solicitar la ampliación de elementos a conservar dentro del límite del recinto y a que todo lo que se hiciera en su periferia tuviera ciertas características. En otras palabras, quedaba aún mucho trabajo por hacer en los 18 meses que la Generalitat tenía para emitir su informe. Quedaba también pendiente

la cuestión de los usos, en la que la Generalitat no entraba. El expediente afectaba, por así decir, al patrimonio cultural de la piedra, se limitaba a una declaración de defensa de las piedras, no intervenía en las actividades. Sobre la mesa estaba la ampliación de Hangar y la Casa de les Llunges.

Joan Roca, que ya se había incorporado a la mesa, empezó diciendo que la cosa iba para largo. Era evidente que la declaración de BCIN suponía dar un paso más. Pero si mirábamos los folios que acababa de traer y repartir, podíamos ver los problemas: ¿Tendríamos un patrimonio nacional, una fábrica emblemática, un prototipo de la capacidad de esta ciudad para ser moderna tan alejada del resto de Europa, con una torre chata de 52 metros delante? Un segundo problema era que había toda una serie de piezas que no quedaban protegidas o quedaban sometidas a uso privado. En conclusión: se había avanzado, pero el destino de la mitad de la fábrica era todavía un interrogante, no sólo por lo que se refería al patrimonio, sino también a los usos. ¿Cuál era la postura ahora? Lo teníamos en el manifiesto que se había repartido: 1) Satisfacción por la apertura del expediente; 2) Preocupación porque éste no contemplaba la integridad del recinto; 3) Inquietud: si no se trasladaba la edificabilidad se perdería una oportunidad única; 4) Temor: podríamos tener un disgusto si no se publicaba la resolución en el *Diari Oficial de la Generalitat*, como ya había sucedido en Extractos Tánicos. Por todo esto se planteaba: 1) Que el recinto íntegro fuera patrimonio nacional; 2) Que se evitaran las torres en el perímetro; 3) Que se concentrara la edificabilidad donde no hiciera daño; 4) Que todo el recinto fuera público y tuviera unos usos que potenciaban su centralidad: equipamientos locales, polo de las artes y la economía creativa y el Museu del Treball.

En cuanto a propuestas concretas, continuó Roca, en primer lugar se planteaba que el nuevo *Estudi Tècnic de Can Ricart* del GPI, nave por nave, sirviera para un debate de corte más académico en abril. Estaba también la idea de que el 15 de mayo hubiera una mesa redonda con los candidatos a la alcaldía en la que expusieran qué piensan hacer en el Poblenou en general y en Can Ricart en particular. ¿Que no venían? Ellos se lo perdían. También se quería proponer alguna otra acción ciudadana, que aún había que concretar. Poco a poco el sentido común se iba imponiendo, pero aún quedaba mucho por hacer.

Antes de abrir el turno de palabras a la sala, Andreu dijo que la propuesta de sello de Can Ricart había sido denegada por Correos. Hasta ahí llegaba la censura. Las preguntas sobre la declaración BCIN se sucedieron rápidamente: ¿Qué implicaba exactamente el concepto de conjunto? ¿Habría una comisión de seguimiento? ¿Podía impedir la noción de perímetro las torres proyectadas? ¿Habría un plazo de alegaciones? ¿Qué pasaba con los elementos no protegidos dentro del perímetro? Pep Cruanyes trataba de responderlas.

Llevaban 20 ó 25 años destrozando el barrio, dijo Enric. ¿Había que esperar al 15 de mayo para hablar con los políticos? Estaban pecando de centrarlo todo en

el patrimonio arquitectónico, dijo Joan Marca. Había habido y había cosas en Can Ricart que iban más allá de todo eso. Estaba en desacuerdo con el manifiesto que se acababa de repartir. No podía estar satisfecho con la apertura del expediente, cuando había llegado con dos años de retraso. Había unas responsabilidades, unas negligencias que alguien tendría que responder. Se habían destruido 250 puestos de trabajo, un nicho de creación artística. Aquí había responsabilidades y no podía suscribir un manifiesto que no hablaba de todo lo que se había perdido y que era irrecuperable. Estaba muy enfadado con la Generalitat por haber tardado tanto y no haber impedido lo que había ocurrido. Por otro lado, quería hacer una propuesta de actividad futura mucho más festiva que esas asambleas, que no era por nada pero si mirábamos al público y la media de edad no parecían atraer a demasiados jóvenes. Evidentemente, llevaban ya dos años de lucha y la gente se cansaba. ¿Por qué no hacer algo más festivo? Ir a la sala Razzmatazz, montar un festival, algo que animara a la gente a ir, algo más divertido. Había que entender que el tema patrimonial era muy interesante si estabas puesto, pero era bastante pesado para la mayoría de vecinos.

¿Y el plan de usos del ayuntamiento, quedaba suspendido?, preguntó Martí. ¿Podía ocurrir que fuera BCIN y privado al mismo tiempo, que no estuviera totalmente abierto al público? Había que empezar por aquí, dijo Roca. Que imagináramos que se comprimía el tiempo y estábamos en 2010: llegaríamos al Parc Central, en el cual ya habrían crecido las enredaderas que cubrían las murallas. Lo que podría haber sido la plaza del nuevo Poblenou era un parque de sombras, que ni siquiera tenía una puerta frente a Can Ricart. Veríamos una torre de 52 metros, maciza, que finalmente se había construido porque no estaba dentro del perímetro de protección. Una vez dentro, a la derecha encontraríamos algunos espacios de artistas que se habían ampliado. A la izquierda, tendríamos una Casa de les Llengües que “reinterpretaba” el patrimonio. Más al fondo, una sala de máquinas, aislada del resto de lo que había sido la fábrica. Y sí, las calles seguirían estando, pero cerradas al público, ocupadas por *lofts* o con nuevas edificaciones. Ésta era la situación actual. Hacía un año era mucho peor. Pero ésta era la situación actual. Con los ingredientes para hacer la mejor paella nos podíamos encontrar con un arroz pegado y quemado. No estaban los equipamientos locales previstos, del Museu del Treball no se sabía nada y tampoco había espacio para otras actividades creativas. Nos podíamos encontrar con esto. En relación al manifiesto, no era tanto una toma de posición, sino un estado de la cuestión para dar a conocer la situación y, sobre todo, anunciar un calendario en el que efectivamente podría haber un acto festivo. Aquí estábamos para hablarlo entre todos. Como había dicho Marca, una fiesta con más marcha y menos formal. Pero ¿por qué se convocaba el acto del día 15 para hablar de Can Ricart? Porque tenía que ser un símbolo: si en Can Ricart se procedía de otra manera se podría lograr también en otros muchos sitios del Poblenou. Porque había sido a partir de Can Ricart que se había elaborado el Pla

de Patrimonio; porque había sido a partir de Can Ricart que se había replanteado la cuestión de los *lofts*; porque a partir de Can Ricart se había replanteado la cuestión de los artistas... Si este combate se ganaba, el barrio ganaría, la ciudad mejoraría. Estábamos a medio camino. Poca broma: todo lo que se había ganado se podía perder. Nos equivocáramos si se planteara la situación como una victoria. Era fundamental que la cuestión simbólica de otra manera de hacer Barcelona se planteara con los candidatos el día 15. Se habían ganado batallas, pero que se ganara la guerra dependía aún de todos.

Conocía poco la historia de Can Ricart, dijo Rafa Cáceres, pero veía paralelismos con la del mercado del Born, que conocía bien. Se trataba también de un gran patrimonio, en el que se había invertido mucho, y lo único que el AjB había sido incapaz de entender no se refería a las piedras ni al dinero, sino a las actividades. Había tres temas: el primero era urbanístico, el aprovechamiento del suelo. No era fácil de resolver, pero el ayuntamiento tenía mecanismos para trasladar la edificabilidad. El segundo era el tema de la imagen y las piedras. Barcelona tenía una doble moral, conservar piedras y no conservar actividades. Lo había hecho siempre. Se podría conseguir evitar derribos innecesarios, sería un tira y afloja que seguramente daría sus frutos y en este sentido la declaración de BCIN era muy importante. Pero el tercer elemento, para quién serviría esto, era donde el AjB tenía más dificultades. Él era arquitecto y tendría que estar a favor de las piedras, pero pensaba que las piedras sin personas no eran nada. Una sociedad como la nuestra, que se lanzaba a hacer museos, museos, museos lo único que podía hacer era exponer el trabajo que se hacía fuera. Había muy pocas iniciativas dirigidas a la creación y al riesgo, pero muchas dirigidas a exponer cualquier cosa. Por poner un ejemplo, el Museo de la Lengua más importante que había en Cataluña eran Las Ramblas, porque la lengua era relación. ¿Es que se podía acaso cosificar algo así? A él le parecía que la mesa redonda del día 15 estaba bien como un tema electoral y para ponerlos contra la pared. De acuerdo. Pero de cara a la gente, si no explicaban, si no recuperaban el para qué y para quién serviría Can Ricart, quedarse únicamente en el tema del patrimonio podía ser... Deixeu-me que sigui molt animal. M'estimo més l'activitat sense pedres que les pedres amb una activitat que no sigui creativa. Jo crec que el perill està aquí.

Mercé Tatjer quiso recordar que el tema de los usos había sido siempre un tema muy presente desde el comienzo de la reivindicación de Can Ricart. Si lo más visible había sido el patrimonio entendido como piedra podía ser porque, primero, realmente el recinto tenía un valor como piedra y, segundo, porque siempre se visibilizaba más lo físico que las actividades. Desgraciadamente, las actividades, que habían defendido con todos los mecanismos en su momento, habían desaparecido. Ella creía que siempre se había tenido una visión compleja del patrimonio, no una visión del patrimonio como piedra sino patrimonio entendido como cultura del trabajo... Lo que pasaba era que quizá en ocasiones se habían dedicado más a las

La fábrica del conflicto

pedras, pero nunca habían perdido de vista los usos. También le parecía que las actividades las tenían que defender los que las necesitaban. A ella le hubiera gustado que, por ejemplo, cuando desde la Plataforma se había solicitado una guardería hubieran salido padres pidiéndola también. Jo evidentment també prefereixo les persones i els usos a les pedres. El que passa que potser ens quedarem sense res: ni pedres, ni usos, ni persones, concluyó.

Si se había luchado por las piedras, dijo Roca, era por las personas. Había sido un combate por la dignidad de todos los que, de una forma u otra, a través de ese patrimonio práctico que era el patrimonio industrial habían contribuido a la historia del país. Efectivamente, los usos eran fundamentales. Rafa Cáceres tenía razón, estaban a medio camino. Sería un chasco notable que el AjB no permitiera construir un Can Ricart público, productivo y con equipamientos. Se hacían museos de cualquier cosa, menos del trabajo. ¿Cómo era posible que aquél elemento que generaba la dignidad básica de las personas no pudiera estar en el sistema de la alta cultura? Efectivamente, se trataba de usos: un gran patrimonio y la alta cultura al servicio de la ciudadanía, más actividades de cada día. Sí señor, un museo frente al cual hubiera una guardería o un CRAE. Las piedras no tenían sentido si no tenían estos usos. La cuestión era ahora decidir si se estaba de acuerdo con el manifiesto, que no era un manifiesto sino un estado de la cuestión, y con acto del día 15 de mayo, sin perjuicio de que se pudieran organizar otras actividades.

Joan Marca, sentado en la primera fila, pidió la palabra y dijo que no estaba de acuerdo en aprobar un papel que no estaba consensuado y en el faltaban muchas cosas: si realmente tenían que luchar por los usos de Can Ricart se tenía que hablar de la zona verde que les habían estafado plantando césped en la vía del tranvía, se tenía que hablar de los equipamientos, que contaban un transformador eléctrico como equipamiento @... De todo esto se tenía que hablar en el papel. No le parecía bien que se viniera a la reunión con el papel ya redactado. No veía su sensibilidad reflejada en él. A medida que su discurso subía de volumen la tensión empezaba a recorrer la sala. Desde la mesa trataban de dejar correr el asunto.

Había un gran desconocimiento del trabajo de la Plataforma, dijo Lluís Estrada. Parecía que lo que defendían eran las piedras, pero las piedras eran el continente, y también se había trabajado el contenido: el valor pedagógico de Can Ricart, la propuesta de usos, se había recuperado la información de los puestos de trabajo perdidos, se había hablado de la generación de plusvalías de la operación... Si se había salido más a la calle a defender el contenedor era porque sin contenedor no había contenido.

La Plataforma Salvem Can Ricart se había reunido una vez por semana, cada semana, durante todo este periodo, dijo Andreu. Esto quería decir que había un trabajo continuado de análisis, de propuestas, de acciones, de trabajos. Gracias a todo esto se había logrado lo que se había logrado. En la asamblea se habían hecho aportaciones interesantes, cabía tenerlas en cuenta. En todo caso, pasando ya

a las decisiones que había que tomar, él pensaba que el acto del 15 de mayo estaría incompleto si se planteaba únicamente en torno a Can Ricart. Que recordáramos que ya habían salido una vez a la calle hablando de patrimonio, equipamientos y vivienda. En el Poblenou estos eran los tres ejes clave del momento. El debate con los políticos ya se había hecho antes en el Poblenou y servía para ponerlos contra las cuerdas y obligarles a que se posicionaran en público. Él pensaba que era importante hacerlo. Y como había dicho Marca, que sirviera para hablar del 22@, de vivienda, de equipamientos, etc. Era bueno que todo se hablara, y en plan crítico. En cuanto al manifiesto, para tratar de llegar a un consenso, había que tener en cuenta que era un documento muy concreto sobre Can Ricart, un posicionamiento de la “asamblea de accionistas”. En el documento se hacía además mención al plan de usos de febrero de 2006, por lo tanto no era un tema olvidado. Tampoco expresaba ninguna euforia con la declaración, decía “por fin el Departament de Cultura ha dicho algo”. También se planteaba la preocupación... Era un documento tan genérico que se harían un flaco favor si se obligaban a someterlo a votación. Si había que someterlo se sometía, porque todo el mundo tenía derecho a decir lo que tuviera que decir. Pero no era el objeto de la asamblea elaborar un manifiesto con puntos y comas, sino dar a conocer, informar de la postura frente al planteamiento de la Generalitat. Sería positivo aprobar ése manifiesto sin demasiadas pretensiones y tener presente la acción del día 15 con “Poblenou: patrimonio, vivienda y equipamientos” como marco.

Según su opinión, el manifiesto estaba cojo, insistió Marca, en voz muy alta, interrumpiendo la invitación de Andreu a incorporarse a las reuniones de la Plataforma. En ese caso lo someterían a votación, respondió éste. Que levantaran la mano los que estaban de acuerdo, por favor. Agarrado a la cámara, incómodo por la tensión y el murmullo, no levanté la mano. Andreu contaba en voz alta: 1, 2, 3... 22. En contra: 1, 2, 3... 9. Encogido en el sillón, tampoco levanté la mano. Abstenciones: 1, 2, 3... 5. Aliviado por la tercera opción, levante la mano izquierda, mientras seguía grabando con la derecha. Me hubiera gustado no llegar a esto, dijo Andreu, pero no pasaba nada, tampoco era una cosa tan significativa. No era un manifiesto, dijo Roca tratando de aliviar la tensión, sino una suerte de resumen. Tenía toda la razón Marca al decir que era flojo, el problema es que si ahora se ponían a discutir qué flojeaba, unos dirían que le faltaba la pata izquierda y otros dirían que le faltaba la pata derecha. Él personalmente no lo hubiera escrito así, pero se trataba de un punto de encuentro entre sensibilidades muy diferentes pero con un objetivo común. Yo miraba el papelucho, que tenía a mi lado y aún no había leído.

Sin aplausos y con la decisión de que el debate del día 15 fuera un gran acto finalizó la asamblea. Se formaron rápidamente numerosos pequeños grupos y las conversaciones se prolongaron durante un buen rato, primero en la sala, luego en la calle y finalmente en la lista de correos.

La fàbrica del conflicte

Eventualment, el acte con los candidatos a la alcaldía tuvo lugar, el 23 de mayo en el Ateneu Barcelonès. Manel Andreu resumió su pregunta sobre Can Ricart y las respuestas en la página web de la Plataforma: “[...] *Les preguntes que formulem als candidat a l’alcaldia de la ciutat son: es pensen reformular els usos i l’entorn urbanístic de Can Ricart, traslladant la torre de 52 metres a un altre indret? I en qualsevol cas, s’acceptarà celebrar una audiència pública per decidir, en un procés participatiu el més ampli possible, el futur i els usos de Can Ricart?*”

Imma Mayol: Seguir treballant amb la Generalitat perquè sigui declarat BCIN. Hi ha una diferencia de percepció entre el que diuen les entitats i el que pensem nosaltres. El moviment veïnal no atesora el guanys aconseguits.

Jordi Potabella: A Can Ricart s’ha aconseguit salvar el 70% i la Generalitat s’ha pres en serio el que sigui declarat BCIN.

Alberto Fernandez Díaz: S’ha de reduir l’alçada de la torre. D’acord en fer una audiència pública.

Xavier Trias: Salvar Can Ricart ja, malauradament sense les persones que hi treballaven a dins.

Jordi Hereu: Defensa el pla aprovat i diu que hi ha una comissió de seguiment de Can Ricart formada per entitats i experts.

En els dos minuts que tinc de rèplica dic: A Can Ricart s’ha generat un conflicte que s’hagués pogut estalviar canalitzant aquestes energies en una taula de treball i que seguim reivindicant. Ens preocupa molt els usos i d’això no se’n parla. En quan a la comissió de seguiment, referint-me a Jordi Hereu, li dic que no existeix. Hi ha una Comissió Tècnica per anar valorant les actuacions en els elements patrimonials del Poblenou però curiosament les dues persones que hi estem, representant a entitats, sempre som minoria.

Imma Mayol: Disposada a discutir els usos. A favor de crear una comissió de seguiment.

Jordi Portabella: Disposat també a crear una taula de treball.

Els altres tres candidats, Fernández Díaz, Trias i Hereu no contesten l’interpel·lació.”

Ya antes del debate el AjB había aprobado inicialmente el nuevo proyecto de re-parcelación (PR). Estrictamente hablando, sin embargo, no se trataba de un nuevo PR, sino de una Operación Jurídica Complementaria (OJC). De este modo el AjB mantenía el PR aprobado definitivamente (aunque lo modificaba íntegramente) y simplificaba el proceso evitando tener hacer frente a los nuevos requerimientos de cargas y beneficios para la aprobación de un PR. La Plataforma emitió un comunicado en el que se preguntaba cómo se podía calificar suelo y distribuir cargas y beneficios sin que se hubiera resuelto aún el expediente de patrimonio, máxime

cuando se trataba de operaciones que implicaban derribos y nuevas edificaciones. La AVPN y el AHPN presentaron alegaciones.

Por otro lado, la estrategia de la Plataforma era ahora presionar gentilmente al Institut d'Estudis Catalans (IEC), organismo encargado de llevar a cabo el estudio patrimonial para la Generalitat. El resultado del expediente para la declaración de BCIN dependía del informe del IEC, razón por la que los miembros del GPI tenían un interés especial en que sus estudios llegaran a las manos de los investigadores a cargo. Había que buscar intermediarios, hacer llamadas, producir encuentros.

Mientras tanto, en Can Ricart se habían derribado ya las naves perimetrales y las obras en el subsuelo continuaban en el interior. Al otro lado de la montaña de escombros de lo que había sido Musicomuna, el Parc Central estaba ya completamente amurallado y se podía entrever la alineación de los árboles transplantados.

14.

LA LUCHA POR LA REPRESENTACIÓN (2).

Estimados compañeros y compañeras de la Plataforma Salvem Can Ricart: Les escribo para hacerles saber que el primer corte del documental sobre Can Ricart que estoy haciendo junto con Guillermo Beluzo y Roberto García está prácticamente listo. Es un tema que he ido hablando a ratos y por separado con muchos de ustedes, así que les pongo brevemente en contexto.

En primer lugar, se trata de una producción independiente. Es decir, no hemos tenido ninguna financiación ni tenemos ningún compromiso de distribución. Trabajamos con licencia Creative Commons/Copyleft, lo que significa que será un documento de acceso público y gratuito.

En cuanto al fondo y la forma, el documental aborda el conflicto y la lucha en torno a Can Ricart a partir de nuestras grabaciones desde la primavera de 2005 hasta el invierno de 2006. Está compuesto exclusivamente de grabaciones ‘directas’, no preparadas por nosotros, la mayoría de ellas en situaciones públicas. A pesar del largo periodo de tiempo que abarca y del intento de recoger generosamente los debates que hemos observado, se trata lógicamente de una visión parcial y necesariamente fragmentada de la historia. No hemos tratado de ser exhaustivos o de presentar todos los agentes involucrados, sino de producir un documento que prolongue el debate y la reivindicación, una palanca de discusión pública.

En este sentido, nos parece fundamental ofrecerles una primera versión a debate. La idea no sería tanto buscar el consenso sobre el producto –no olvidamos que la responsabilidad del documental es nuestra–, como generar una primera discusión. Sería una oportunidad para que todos aquellos involucrados en el proceso puedan contrastar su visión con la nuestra. Filmar este debate nos parece igualmente imprescindible: no hemos grabado ni editado juntos, pero podemos abrir este espacio de intervención y alteración incluyéndolo como parte integral del proceso retratado.”

Con este mail empezamos las negociaciones para la proyección del documental, que se extendieron durante algo más de dos meses. En principio se planteó la posi-

bilidad de que formara parte de algún acto público de la Plataforma. Esto facilitaría reunir a los actores implicados, pero al mismo tiempo colocaba nuestro trabajo en un marco (asamblea de accionistas, discusión patrimonial) y en un formato (tarima/público, ponentes/espectadores) que no convenía al tipo de discusión que queríamos tener. Además, nuestro planteamiento de proyección más debate requería un tiempo, al menos dos horas, que chocaba con la logística de las asambleas. Tras discutirlo con la Plataforma y entre nosotros, decidimos de mutuo acuerdo organizar un evento específico. Parecía lógico hacerlo en Hangar, el único espacio en activo en el recinto, regresar a la fábrica una última vez. Hangar nos dio todas las facilidades posibles y nos cedió la sala multiusos el día 8 de junio.

Mientras llegaba la fecha seguíamos trabajando en el montaje. En marzo habíamos acabado un primer corte y lo habíamos enviado a Santiago de Compostela. Allí, nuestro querido Aurelio y sus compañeros del Cineclub lo vieron y lo discutieron. Luego, por teléfono, él me trasladó la crítica, fraternal, dura, esclarecedora. Yo hice lo propio con Roberto y Guille, y estuvimos de acuerdo en que la mayoría de los comentarios eran fundamentales y requerían ser atendidos. Fue así como abandonamos definitivamente el esquema inicial en cuatro partes (que, con el giro de los acontecimientos, había acomodado la ocupación tal y como fue retransmitida por la televisión) e iniciamos la reconstrucción. Poco a poco nos dimos cuenta de que la renuncia a hacer entrevistas y el hecho de trabajar únicamente con materiales grabados en directo y en localización (que tenía que ver con esa defensa de una mirada etnográfica), así como la renuncia a cualquier texto, fuera de introducción o de identificación de los personajes (que tenía que ver con el desafío de no utilizar el texto para resolver problemas de narrativa) nos obligaba a ser extremadamente concisos con el material. Así se convirtió, como dijo Guillermo una noche, en un documental *de situaciones*. Nos dedicamos entonces a trabajarlas y pulirlas, con fines muy concretos, tratando de que no fuera necesario saber de antemano quién era quién para entenderlas, ya que el sentido provenía de las relaciones entre las partes, de la puesta en escena, de las formas de hablar. El plano en negro tomó entonces otro sentido, el de separar más o menos violentamente estas situaciones, siguiendo con la idea de que habían sido extraídas de un continuum. Los cortes entre secuencias, bruscos, mal hechos, ayudaban a subrayar la violencia del gesto. Este sistema nos dio más soltura para trabajar y nos enfrentó a la pregunta más importante de esta segunda parte del proceso: ¿queríamos contar la historia de la transformación del conflicto como un ejemplo de la política y el antagonismo en Barcelona o queríamos contar la historia de las luchas en la Plataforma? Optamos por la primera opción, ya que nos parecía mucho más relevante políticamente. En todo caso, no podíamos abstraernos totalmente de las tensiones internas en torno a la enunciación y representación del conflicto, actuando como lo hacíamos en el meollo del mismo. Recuerdo sentir la extraña presión de las expectativas que grupos enfrentados entre sí habían depositado en nuestro trabajo. Será una decepción

para todos, pensé. Por un lado, porque no comulgaba con la perspectiva de trabajo de la Plataforma en aquél momento y se desmarcaba de la idea de que primero que había que salvar el edificio, por su valor patrimonial intrínseco, y luego luchar por unos usos dignos. Por otro lado, porque no era el alegato militante contra el Plan 22@ que le hubiera gustado a grupos como la CC22@ o la AJP. Tampoco abordaba la situación de los artistas ni la cuestión de la ocupación, como había hecho Nau21. Decidimos, con las limitaciones del método de trabajo y del material que teníamos, plantear las diferentes formas de concebir, expresar, encarnar el conflicto como palanca de discusión de la política metropolitana y sus descontentos. En este sentido, más importante que manifestar nuestra perspectiva del asunto era reflejar cómo el conflicto era enunciado por los actores, en sus propias palabras, en los contextos que ellos habían elegido. No se trataba ya de la tesis de la *sustitución*, sino de la *distancia*. No era justo plantear un golpe de estado por parte de los académicos, pues habían formado parte del gobierno desde el primer momento. Se trataba de producir diferencia allí donde se había proyectado indiferenciación, de separar las partes, de descomponer el consenso. Queríamos construir una máquina de disenso.

Afortunadamente, la representación del conflicto era una tarea que nos excedía. Buena parte del territorio que quedaba fuera de campo en nuestro documental era abordado en otras producciones. Debíamos actuar con/tra ellas. A mí me interesaba mucho la complementariedad imperfecta que se establecía, fruto de miradas y metodologías de trabajo distintas y probablemente irreconciliables. Esto no era un problema, sino todo lo contrario: la muestra de que el intento de reducir el conflicto a una única representación era una suerte de acto despótico. Retener la especificidad de cada herramienta era un acto político de primer orden.

En el ámbito documental, además de nuestro primer trabajo (Beluzo y Marrero 2005) y el de Jacobo Sucari (2006), estaba el corto *Des del ressentiment, o la batalla per Can Ricart* (Fornarola et al. 2007). Este mismo equipo de trabajo había elaborado poco antes el mapa *Víctimes del 22@ - Les empreses de Can Ricart* (Portelli et al. 2006). Además, en mayo de 2007 Nau21 hizo público su *timeline* interactivo y el *powergrama* del conflicto (www.nau21.net/timeline).

Des del ressentiment... ocupaba precisamente aquél espacio formal y emocional que nosotros nos habíamos propuesto abandonar. Las imágenes del trabajo, con filtros de color y blanco y negro, movimientos de cámara, ángulos extraños y música folklórica de fondo estaban acompañadas por entrevistas cortas con trabajadores. Jaume hablaba de la Barcelona de postal, del coste de las deslocalizaciones. Jose se preguntaba cómo aclararse cuando el Marqués y los partidos de izquierda se habían unido contra los trabajadores, a los que apoyaba la derecha. Barcelona se acababa, añadió. Vicente comentaba el incendio de la cerería. Textos de introducción y cierre ponían al espectador en contexto y aclaraban el conflicto. La música enjabonaba el drama.

El mapa *Víctimes del 22@* adoptaba una estrategia completamente distinta. Un sencillo plano de la planta del recinto ocupaba el centro de la imagen y de cada taller salía una flecha: azul si habían sido expulsado del barrio, verde si había permanecido en él y roja si había cerrado. Un breve texto explicaba la situación de cada empresa. Sólo Hangar, Singular y los hermanos García habían permanecido en Poblenou. Iracheta, la Fusteria, Can Font, el Bar Paco's, Toni Yaïza y Musicomuna habían cerrado. El resto de las 23 empresas representadas se encontraban en el cinturón industrial de Barcelona: Montornès, Granollers, Ripollet, Polinyà, Badalona, Lliçà, Sant Joan Despí, Castellbisbal... El mapa, hecho a mano, sin pretensión alguna, presentaba de forma sencilla y convincente el impacto del plan urbanístico. En cierto sentido, subvertía el uso hegemónico de la mirada desde arriba del planeamiento, al sustituir la higiene técnica por el coste social.

El tándem *timeline/powergrama*, realizados respectivamente por Josep Saldaña y Joan Escofet para Nau21, eran producciones mucho más ambiciosas. Fueron presentadas el 5 de mayo en el marco de la jornada *Recuperem el Poblenou*. El contexto de presentación era en este caso especialmente importante: “A un any, un mes i un dia de l’incendi de la Nau21 de Can Ricart, Nau21 proposa una trobada entre diferents actors en el marc d’Indústries Waldés: un model tant pel que fa al cooperativisme com per a la memòria obrera de Poblenou, i espai fabril que des de maig de l’any passat té la garantia de continuïtat com un dels elements del patrimoni industrial del barri: un exemple -al capdavant- que darrere de les pedres hi ha persones que vertebran de manera insubstituïble les ciutats i els paisatges. Amb aquesta trobada, Nau21 convida a representants de la indústria, dels ateneus, de l’associacionisme, dels espais creatius i altres implicats en les llargues lluites contra el tarannà del 22@ al Poblenou a posar de manifest la importància decisiva que té la participació dels ciutadans i ciutadanes en el disseny i la gestió de la seva ciutat [...]”. Estas sencillas alienaciones (cooperativismo, oposición al 22@) habían logrado convocar a prácticamente todos los colectivos que habían ido abandonando la Plataforma Salvem Can Ricart. Por otro lado, no había asistido ningún miembro de la AVPN o del GPI.

El *timeline* y el *powergrama* eran representaciones visuales del conflicto. Independientes y diferentes en su naturaleza (el primero era una aplicación web interactiva, el segundo un esquema gráfico) estaban no obstante íntimamente ligadas ya que se nutrían del mismo conjunto de datos. Más exactamente, el *timeline* era, como indica su nombre, una línea de tiempo en la que se situaban acontecimientos relacionados con Can Ricart-Parc Central. La aprobación del Plan 22@, las manifestaciones, las alegaciones, la constitución de sociedades, la compra-venta de terrenos, los nombramientos, las visitas guiadas, la presentación de proyectos, etc. encontraban su sitio en la línea de tiempo. Un clic sobre el título de cada ítem abría una pequeña ventana con una ampliación de la información. El *powergrama*, impreso en color en un A3, se nutría de una parte de esta información y le daba

La fábrica del conflicto

otra representación. Un eje temporal dividía la hoja en dos verticalmente. A la izquierda quedaba el “poder económico + político + cultural”. A la derecha el “pueblo, comunidad + creadors + industrials”. Los eventos se colocaban a ambos lados del eje según su filiación y su fecha y, a diferencia del *timeline*, se trazaban relaciones entre eventos en forma de líneas. Así, por ejemplo, la manifestación contra el PERI Eix-Llacuna en el 2002 se relacionaba con la aprobación de las nuevas normas de participación ciudadana a finales del mismo año, o el proyecto *Poblenow* de Rotor aparecía conectado con el proyecto *Parc Central Park* de city mine(d), Rotor y context. Ambas herramientas, mediante el simple dispositivo de la línea de tiempo, proporcionaban una representación visual radicalmente diferente, potente y útil del conflicto. El *timeline* era un prodigioso almacén de información que podía ser explorada a partir de la sincronía cronológica y/o mediante la búsqueda o filtrado de términos. La propia información recogida invitaba al establecimiento de relaciones y conexiones quizá invisibles de otra forma. El *timeline* hacía accesible públicamente una buena parte de los materiales sobre el conflicto que Josep había recopilado incansablemente y distribuido mediante la lista de correo. Para mí se convirtió en una herramienta primordial de trabajo desde el día que lo usé por primera vez.

El viernes 8 de junio reunimos en Hangar a unas 25 personas entre antiguos trabajadores, artistas, activistas del barrio, arquitectos y curiosos. Habíamos invitado personalmente a todos los implicados en el conflicto con los que teníamos contacto. Aún así, había numerosos desconocidos y, por desgracia, ausencias notorias. Nadie de los que entonces componían la Plataforma acudió. Empezamos con mucho retraso, dándole tiempo a los que salían de trabajar. Les explicamos que la idea era ver el documental y luego grabar la discusión, que sería incluida en el montaje final.

El documental acababa con un plano que habíamos grabado poco antes, subidos a los escombros de las naves de Musicomuna. Era un paneo de 180°, de Can Ricart, medio en ruinas, al Parc Central y el hotel Habitat Sky, ambos en obras; de la vieja fábrica a los nuevos centros de producción simbólica; del conflicto particular a la construcción de la ciudad. Encendimos las luces y empezó el debate. Dos cámaras, una fija y la otra móvil, manejada por Guillermo, nos grababan. Lupe dijo que le parecía que para la gente que no estuviera implicada con el conflicto y desconociera los agentes no quedaba claro quién era quién. No sabía si podríamos ofrecer otra edición, pero pensaba que sería necesario dar un contexto para que se entendiera mejor. Joan Marca sugirió una voz en off que explicara lo que era el Poblenou, el 22@, etc. Zaida Muxí dijo que quizá bastaría con unos rótulos que introdujeran a los personajes según aparecían. Roberto medió para decir que lo que habíamos intentado, quizá sin lograrlo, era que no fuera necesario saber quién era quién para entender las situaciones. Para los que habían estado allí era un video de puta madre, porque realmente se veían todos los pasos, le interrumpió Marc. Quizá

faltaba un poco de explicación, pero para él estaba de puta madre. A Vicente le había parecido sensacional el principio, con las máquinas trabajando. Pero además creía que lo que había pasado en Can Ricart era un ejemplo de lo que podía pasar mañana en otra zona industrial. A lo mejor las personas y las empresas que había habido allí ya eran historia, pero era el ejemplo de lo que podía pasar en otra parte de Barcelona o en otra ciudad. En el Bonpastor, por ejemplo, completó Marc Dolors, del Bar Paco's, sentada a su lado, le comentaba al oído. Por nuestra parte, si el documental sirviera para hablar de estas cosas sería un éxito, dije yo. De hecho la idea de acabar mirando al otro lado era un poco ésa.

Poco a poco, la gente iba girando las sillas y se iba formando una especie de círculo. Lupe advirtió que habíamos omitido episodios importantes como el incendio o la ocupación, y que no habíamos abordado el lado más popular de las reivindicaciones: las manifestaciones, los picnics, los vermouths, etc. Ciertamente, respondí. Eso tenía que ver sobre todo con la falta de previsión, porque no teníamos apenas material al respecto. Pero había gente que sí tenía material, respondió. Siempre existía la posibilidad de buscar una colaboración... *Touché*.

Lo que estaba claro, dijo Eduard, era que Can Ricart había sido una lucha más en el barrio. Había gente que llevaba muchos años ya trabajando en contra de la especulación. Ahora habría que demostrar si realmente se había salvado y qué uso se le daría. La lucha no acababa salvando unas piedras. El problema, continuó Albert, era que se había perdido la unidad inicial en el movimiento. En un primer momento, como había sucedido con el Eix-Llacuna, se había puesto el énfasis en el 22@, y ahí habían estado todas las asociaciones del barrio. Ése era el verdadero enemigo. Si se abandonaba el objetivo de cuestionar el 22@ y se discutía de ésta o la otra fábrica, ahí no había posibilidad de alianza. Era paradójico, dije, que a medida que el conflicto había ido ganando en relevancia pública se hubiera ido purgando y convirtiéndose casi exclusivamente en un conflicto sobre el patrimonio industrial, dejando atrás la potencia de una unión con los trabajadores, vecinos, etc. Yo puedo contar el caso de haber estado dentro y trabajando y haberle visto el sentido, las sinergias, haberlas oído y tocado, y que se haga una reunión para *darle sentido*, dar usos a una cosa que ya los tenía, dijo Jaume. Era absolutamente esquizofrénico: había empezado defendiendo los usos existentes y se había encontrado trabajando para darle al recinto unos nuevos usos, afectándose a sí mismo. O sea, para irse a acostar, la verdad, concluyó.

Vicente, ya de pie, recordó que ellos llevaban 38 años en Can Ricart, pero Ricson llevaba 42, la cerería 42, las químicas 80 años... Ellos, que habían pagado el alquiler puntualmente a los Ricart, les habían ayudado a mantener su patrimonio, porque era una gente de mucho dinero que había ido a menos. De hecho, habían tenido que vender el palacete del Paseo de San Juan, que lo había comprado Agbar... Cuando había llegado el conflicto Ricart había sido muy agarrado, los había querido echar a todos sin indemnización. Eran 56.000 m² de suelo edificable.

La fábrica del conflicto

A un millón de pesetas el m² eran 56.000 millones de beneficio. Si el Marqués hubiera pagado entonces 500 millones de indemnización en total, os digo la verdad, Can Ricart ya no estaría aquí.

Cinco semanas después, con esta discusión como última secuencia y varios cambios menores, estrenamos en Can Felipa *Fragments de una fábrica en desmontaje*. Habíamos colocado ochenta sillas y se ocuparon. No faltaron los amigos. La proyección y el sonido fallaron, pero la pieza empezaba su camino. Posteriormente hicimos una tirada corta (50 dvds), que repartimos entre amigos y vinculados al movimiento con la esperanza de lo que lo copiaran y distribuyeran.

A diferencia de nuestro primer documental, la producción de *Fragments...* estuvo exenta de sobresaltos. Fue un trabajo entre amigos, incorporado a nuestra rutina durante nueve meses de montaje, en el que tuvimos el tiempo necesario para ensayar una y otra vez. Al menos en este contexto, mucho más importante que sus logros y fracasos es el hecho de que movilizaba una política de la representación claramente definida y perseguida con obstinación. Implicaba una escritura del conflicto diferente a las otras y, por tanto, se podía concebir como una aportación singular a la batalla por la representación.

15.

CAN RICART, BARCELONA.

Yo creo que lo que ha pasado en Can Ricart es paradigmático de lo que podríamos denominar el hundimiento de la marca Barcelona. Es sorprendente la ceguera de la administración para identificar espacios con potencial en la ciudad: en Can Ricart había un conjunto de empresas industriales que habían superado la crisis de los 90 y habían hecho una apuesta de futuro; había también artistas independientes y artistas reconocidos; había incluso una suerte de sinergia entre ambos grupos. Y el ayuntamiento, a través del 22@, ha logrado expulsar a unos y otros. De las empresas, una parte tuvo que cerrar y otra se encuentra en dificultades económicas serias. Los creadores lo tienen si quieres más sencillo, su capital se lo llevan puesto, seguirán probablemente trabajando. Pero la que pierde aquí es Barcelona. De alguna manera, los artistas son como el canario en la mina: cuando se asfixian quiere decir que hay gas y la explosión está próxima. Esto es lo que pasa en esta ciudad de escaparate, bonita por fuera pero muerta por dentro. La desaparición de los talleres de artistas es hoy el preludio del derrumbamiento.

- Estoy de acuerdo: el llamado *modelo Barcelona* está agotado y Can Ricart se ha convertido en el síntoma de ello y de las diferentes maneras de entender la Barcelona contemporánea. De hecho, tras el Fòrum 2004 Can Ricart ha sido el emblema de los conflictos urbanos en la ciudad. No en vano ha logrado reunir en un único espacio a los protagonistas de la ciudad: asociaciones de vecinos, políticos y técnicos municipales, promotores inmobiliarios y propietarios del suelo, profesionales y defensores del patrimonio, trabajadores, empresarios, artistas, intelectuales, vecinos, okupas... Can Ricart es para mi sintomático de muchas cosas: del paso de una ciudad industrial a una de servicios, de la represión sistemática de la participación ciudadana, de la cuestión del patrimonio y la memoria histórica, del autismo del ayuntamiento...

- Ha sido una batalla dura y larga contra un ayuntamiento que se negaba a dialogar, menos aún a retroceder en sus planes. Empezamos en la *trinchera vecinal*, la protesta. Continuamos en la *trinchera política*, la negociación. Cuando vimos que la única posibilidad de resistir era proponer otro plan continuamos en la *trinchera técnica y profesional* y elaboramos una propuesta que daba soluciones. Cuando vimos que

La fábrica del conflicto

eso tampoco era suficiente y que había que agarrarse a la legalidad, nos metimos en la *trinchera jurídica*, las alegaciones. En un momento dado vimos que eso tampoco era suficiente y que había que librar otra partida importante, la *económica*. Había que demostrar que todo lo que proponíamos era viable. Todo esto han sido más de dos años y medio de un curro brutal. Se han ganado batallas importantes, pero sobre todo ha quedado muy claro cuál es el talante del ayuntamiento.

- En Can Ricart lo que ha molestado y molesta a las autoridades es que la sociedad civil hayamos tomado la iniciativa. Hemos demostrado la posibilidad de otra democracia, participativa, autogestionada. En la defensa de Can Ricart hemos convivido *hackers*, historiadores, geógrafos, urbanistas, gente del mundo académico, científicos, okupas y artistas. Hemos sabido estar en sociedad, una sociedad incipiente que habría que repensar y reconstruir. En este sentido, creo que el saber estar juntos es el futuro y el potencial de los movimientos sociales de la ciudad. Can Ricart ha sido el primer caso, un precedente. Debería servir para señalar el final de un periodo negro en la ciudad y el anuncio de nuevos tiempos.

- Efectivamente, una de las singularidades del conflicto de Can Ricart es que ha aglutinado dos aspectos del movimiento social que en Barcelona nunca se habían juntado, que son el movimiento vecinal y los movimientos surgidos de la oleada antiglobalización del 1999-2000. Esto que yo sepa no había ocurrido antes y en un principio parecía muy interesante. Pero en seguida hemos visto que son dinámicas que no conviven bien. Responden, es obvio, a maneras diferentes de entender la política en un sentido amplio, pero también en un sentido local. A mi juicio, en Can Ricart se ha demostrado una gran incompetencia política por parte de los nuevos movimientos antiglobalización. Yo creo que la ocupación fue una gran torpeza política. Francamente, yo creo que eso hay que reconocerlo. Y desgraciadamente han tenido una centralidad que... No debería decirlo, pero pienso que ha habido mucho oportunismo. Digamos que el movimiento antiglobalización ha generado grupúsculos a mi juicio oportunistas y falsamente políticos, que han capitalizado mucho el papel de toda la crisis de Can Ricart y que son los que han enmiestado la posibilidad de establecer un tipo de alianzas productivas. Ha habido una devaluación del proyecto político. No tengo ninguna simpatía hacia buena parte de los movimientos supuestamente más radicales, que a mi juicio son los que están haciendo una política más de derechas. Toda la campaña promoviendo formas populistas y comunitaristas... yo soy muy crítico con ellas. Es decir, que La Makabra y demás no son para mí un modelo. Con todo mi cariño y respeto por lo que hacen ¿eh?, pero me parece que si el debate es Can Ricart como polo de innovación urbana, política y tal La Makabra pues no me interesa, francamente. Me parece que es realmente una concepción premoderna de la política, que yo no puedo defender. A mi juicio el debate es un poco ése: quien realmente representaría el polo político moderno en este laberinto que se ha convertido Can Ricart es el GPI. Ellos son los que han llevado el peso de la "política real", de la negociación, de la

proposición. Y sin duda todo el polo de los nuevos movimientos, Nau21 y compañía, para mi representarían la extrema derecha, incluso la política institucional, la política oficial de la ciudad.

- Con todo mi cariño, estoy en desacuerdo: creo que reducir el debate de la ocupación a la defensa de formas de vida comunitaristas, o insinuar que fue lo que rompió la posibilidad de una alianza es, precisamente, demagógico. Con independencia de lo que pienses del derecho a la propiedad y su respeto (que es otro debate fundamental), la ocupación logró aglutinar tantos apoyos en torno a Can Ricart como en el momento clave, la primavera de 2005. Eso por una parte. Pero hay algo más importante aún: plantear la cuestión como una oposición entre una vanguardia ilustrada de la política y formas premodernas e ingenuas es el tipo de pensamiento que impide la cooperación. Tal y como yo lo veo sigues pensando en formas que aspiran a reducir la política al consenso unitario. Creo que por el contrario la respuesta está en formas de organización basadas en la multiplicidad, en el encuentro de singularidades, nunca en la reducción a un mínimo común. Sigo en esto la conceptualización de Maurizio Lazzarato, que quizá conozcas. Estoy de acuerdo en que una parte de la contienda se tiene que librar en lo que tú llamas la “política real”, pero la reducción de un movimiento social a esta esfera conduce inevitablemente a la impotencia. Siempre tiene que existir una labor de “creación de mundos” que escape a las restricciones de la política institucional. De hecho en Can Ricart, durante bastante tiempo, se trabajó en un futuro fuera del marco establecido (el plan aprobado, los derechos otorgados). Se trataba, justamente, de acabar con ese marco. Es un ejemplo modesto, pero válido, sobre todo ahora cuando desde el propio movimiento se apela al respeto a las reglas de juego y al “realismo”. Yo creo que ha sido precisamente el sometimiento al campo de batalla institucional, la separación entre el edificio y los usos, lo que ha acabado por fracturar el movimiento. Para muchos de nosotros es una batalla que no nos concierne.

- Me parece que estás haciendo una lectura pre-ideologizada de todo esto. Evidentemente, en términos asamblearios ideales las cosas podrían ser de otra manera, pero es que esos términos son puramente ideales. Te guste o no, forma parte de la política real librar esas batallas. En términos ideológicos podría estar de acuerdo contigo, pero lo importante no es respetar ciertos principios, sino ganar la guerra. Y es una guerra demasiado difícil de ganar en todos los frentes. Yo creo que hay que verlo como guerras consecutivas: la primera es salvar el edificio. Es simbólica, arquitectónica, pero si no se gana ésta las demás ya ni tan sólo tendrán lugar.

- Es cierto que la batalla en el campo técnico es peligrosa: no librarla facilita operaciones desfavorables y librarla implica aceptar en gran medida las reglas de juego marcadas desde los poderes. No se puede descartar, pero tampoco creo que pueda considerarse la actividad central de un movimiento. Involucrarse con las autoridades en procesos de discusión de planes y proyectos urbanísticos tiene la

La fábrica del conflicto

ventaja de mantener engrasados los canales formales de relación con los técnicos de la administración, pero también implica un peligro evidente de desgaste y cooptación. Sobran los ejemplos. Yo creo que es más productiva una estrategia doble de movilización/negociación: la presión ciudadana resulta mucho más provechosa si no se abandona el estudio técnico de las actuaciones que propone la administración. Hay que moverse en esta contradicción: resistir por un lado, permanecer *insiders* por otro.

- Yo creo que esto es básicamente lo que hemos hecho en Can Ricart: hemos compaginado la movilización ciudadana con los estudios y las propuestas técnicas, legales, etc. Cuando ha habido que presentar alegaciones y el conflicto se ha puesto más jurídico se ha tenido que hacer más esfuerzo en cosas menos creativas. Porque lo que tienes que hacer se *responder* a lo que te imponen. En unas alegaciones no puedes decir “y no sólo no queremos esto sino que además queremos esto otro”, porque te las desestiman inmediatamente. Esto ha habido gente que no lo ha querido entender. Por otro lado, a medida que el recinto se iba vaciando y las posibilidades se iban restringiendo, claro, los ánimos y el nivel de compromiso de muchos flaqueó. De todas maneras yo diría que hemos tenido bastante capacidad de mantener el ritmo y las acciones. Porque hay que decir que una de las características de este movimiento ha sido –siempre lo explico– que estaba formado por grupos que trabajaban autónomamente, pero que podían unirse. De este modo, aunque algunos le dedicáramos mucho tiempo a las alegaciones otros continuaban su tarea por su lado. Pero claro, pasa una cosa: los colectivos se cansan. Hay gente que la fase de movilización o de creación le gusta más que la fase más rutinaria del trabajo continuado. Los que somos más intelectuales entre comillas, todo éste trabajo nos repercute. Por contra, es muy difícil que un artista todo eso lo procese y le sirva. Nosotros, en definitiva, pues bueno, a ti te sirve para hacer una tesis doctoral, para tener una beca...

- Claro, claro, obtenemos una plusvalía académica...

- A mí me resulta paradójico que en paralelo al creciente reconocimiento del valor patrimonial de la fábrica se haya ido vaciando su contenido. La pregunta que me hago, con perdón, es si tiene sentido defender la conservación de Can Ricart *a pesar de todo*. Me explico: un proyecto de conservación higienizado, con la Casa de les Llengües como estrella, ocultaría perfectamente la violencia de todo el proceso. La idea de un patrimonio industrial como memoria no sólo del trabajo, sino del conflicto, es tremendamente necesaria en Barcelona. Podría contribuir incluso a interrumpir la marca BCN allí donde ésta se ha edificado sobre una memoria selectiva. Vale. Pero la defensa del patrimonio industrial se enfrenta permanentemente al riesgo de apropiación, de reducción a “piedras”, de fetichización. Es por esto que yo creo que frente a una visión técnica y formal del patrimonio cabe interponer una mirada desde abajo. El trabajo de cada día, las relaciones cotidianas entre los diferentes talleres, las rutinas y los conflictos, los usos y las personas constituirían

entonces el gran valor patrimonial de Can Ricart, que por cierto se destruyó ya para siempre. El sentido de la conservación de la fábrica tendría que pasar, desde mi punto de vista, por un plan de usos que estuviera a la altura de este pasado reciente y que no tratara de pasar por encima de él ni de esconder la herida del conflicto.

- Con respecto a la Casa de les Llungües reconozco que soy más posibilista que la mayoría de vosotros. Es cierto que el plan de usos se tenía que haber negociado, pero a mi me parece positivo que se haga algo. Urge tener proyectos arquitectónicos de calidad aprobados y con financiación para que Can Ricart no siga degradándose. En todo caso no niego la terrible paradoja: cuando en 2005 se iba a destruir todo la fábrica estaba en pie y en funcionamiento; ahora, que parece que se salva buena parte, está en ruinas, medio destruida por dos incendios, y parece una trinchera.

- A mi me parece que poner la Casa de les Llungües es una humillación. Es dar por culo a toda la oposición al Fòrum que hubo desde el movimiento vecinal y social. Es como la venganza del Ayuntamiento. A mi a nivel simbólico me parece que aceptar que se meta ahí la Casa de les Llungües es una derrota para el movimiento. Y no sólo una derrota, también una humillación.

- ¿No creéis que esto tiene que ver con el riesgo de apropiación del que hablaba más arriba? A mi me parece que es un tema fundamental para entender la dinámica. El AjB recupera, vacía e integra en su retórica oficial los conceptos esgrimidos por los movimientos, una y otra vez. Así se presenta ahora como un acérrimo defensor del patrimonio, de la participación, de los espacios de creatividad urbana... Lo puede hacer porque apropiación y vaciado son sinónimos: y así la Casa de les Llungües equivale a la defensa del patrimonio.

- Es verdad que se apropian, pero es que a lo mejor ésa es la victoria. Lograr que se introduzcan conceptos en el debate. Si no victoria, al menos es un avance.

- A mi no me parece ningún avance. El AjB ha introducido en su discurso la importancia del patrimonio industrial, cierto. Pero es que su idea de patrimonio sigue siendo, como en otras muchas cosas, decimonónica. Seguimos hablando más de piedras que de memoria. La pérdida de la memoria histórica es muy difícil de visualizar, pero pesa. Y en el Poblenou especialmente sangrante es el caso del pasado revolucionario de este barrio. Los que ganaron a los fascistas el 19 de julio de 1936 salieron de aquí. Se habla mucho del Manchester catalán, pero no se habla de la Icària obrera, no se dice que aquí nació el socialismo utópico, el anarquismo, el anarcosindicalismo, la escuela moderna, el naturismo. Todos ellos movimientos que cometen el pecado original de partir de una voluntad de libertad.

- Es cierto lo que dices, sigue habiendo un antagonismo evidente entre dos memorias históricas: la de filiación libertaria-anarquista y la de filiación comunista-socialista. ¡Pero es que además tenemos un gobierno nominalmente socialista que parece tener como programa político la destrucción sistemática de cualquier forma de memoria obrera!

La fábrica del conflicto

- A mi me parece muy significativo que después de al menos dos años de estudio intensivo de Can Ricart aún no sepamos prácticamente nada de la historia de sus trabajadores. Sabemos algo, poco, de los últimos de Can Ricart, como se les vino a llamar, pero nada de las generaciones pasadas, de periodos clave como la Guerra Civil o las huelgas textiles de finales del XIX y principios del XX. Este es un patrimonio que sí que está amenazado de muerte.

[...]⁴

16.

Tuve que asumir que mi investigación acabaría antes que el conflicto, que no exploraría todas las vías que quería explorar⁵. El verano marcaba el final de una etapa; una beca para irme a “escribir” a Londres a partir de septiembre el comienzo de otra. Una “tesis” del conflicto había empezado a emerger y durante los últimos meses había tratado de discutirla con los actores implicados. A partir de septiembre, con distancia de por medio, empezaría la labor de escribirla. Ciertamente, para algunos de nosotros el conflicto acabaría de un modo u otro en el currículum –lo cual, por obvio que fuera, no dejaba de parecerme inquietante. Había sido imposible no sentir este peso en el momento de dar por concluido el trabajo de campo, cuando, al contrario que otros, yo podía abandonarlo. Recuerdo un día volviendo a Barcelona desde Polinyà, después de visitar a Marc en su nuevo taller. Eran algo más de las seis y en el autobús la mayoría trataba de dormir tras la jornada laboral. Yo tomaba notas en una libreta: fíjate si es malo trabajar que te pagan por hacerlo, me había dicho.

Notas

1. Aunque la economía creativa se ha ido rodeando de un creciente escepticismo (Drake 2003; Oakley 2004), no se debe perder de vista lo curioso de la situación, con las entidades “antagonistas” defendiendo un discurso que en aquél entonces era la vanguardia de la “renovación” económica.

2. AVV de la Vila Olímpica, AVPN, AVV de Maresme, Plataforma Proequipamientos i Habitatge Besòs-Maresme-Diagonal Mar, AVV Can Ricart, FAVB, Cooperativa d’Habitatge del Sagrat Cor de Jesús, Centre Moral i Cultural del Poblenou, Institut Català d’Antropologia, Parroquia Santa Maria del Taulat i Sant Bernat Calbó, Parroquia del Sagrat Cor de Jesús, Parroquia de Sant Paulí de Nola, Escola Gregal SCCL, Centre d’Estudis de Montjuïc, Asociación Renta Básica, Diables de Poble Nou y JOC Riu Besòs.

3. AHPN, AAVC, AVPN, FAVB, GPI, Grup Fàbrica i Medi Urbà de la UB, Societat Catalana d’Història de la Ciència i de la Tècnica, el President de The Internacional Committee for the Conservation of the Industrial Heritage y la vicepresidenta de l’Associació del Museu de la Ciència i la Tècnica i d’Arqueologia Industrial.

4. Esta conversación nunca tuvo lugar. Es una ficción hecha de declaraciones reales. Colocada, como está, en el lugar y el momento normalmente reservado a las “conclusiones”, quizá sea necesario detenerme un instante en señalar el sentido que buscaba con ella. En primer lugar, no se trataba de esquivar el compromiso con ofrecer unos comentarios de índole más general como conclusión al estudio sino, por el contrario, de hacerlo de un modo más plural. Si esta investigación tenía como uno de sus objetivos lidiar de un modo justo con la complejidad del objeto, incluso aspirar a restaurarla por escrito, me parecía lógico no lanzar las conclusiones desde fuera, sino mantenerme en la maraña que había ido tejiendo, darle una última oportunidad al artefacto. Lo cierto es que, por unas razones u otras, era imposible que los protagonistas se sentaran en una misma mesa a hacer balance. Al mismo tiempo, ninguno tuvo inconveniente en compartir conmigo sus reflexiones, en privado. La solución que me quedaba, aún arriesgada, era encargarme yo de “montar” el debate a partir de los materiales recogidos. La manera en que Jaime Camino, en *La Vieja Memoria* (1977), había editado las declaraciones sobre la batalla de Barcelona el 19 de julio de 1939, que había causado en mí una gran impresión, me sirvió de inspiración –como también el tipo de colisión textual tan practicada por Marker (p.e. 1977), Godard (p.e. 1970). Traté, en definitiva, de romper con la unidad espacio-temporal y construir un nuevo espacio de reflexión, estrictamente discursivo. Entendiendo, como Brecht (1984), que el realismo era ante todo un objetivo a lograr con los medios necesarios y, como Latour (2005), que artificio y verdad no son mutuamente excluyentes, me atreví a intentarlo. Para una defensa del uso de métodos ficcionales en la escritura etnográfica, me remito a la bibliografía presentada en la nota 22 del capítulo 0.

Una parte de los argumentos se encuentran publicados: O. Andrés, “Entrevista: Josep Saldaña”, *Directa*, núm. 72, 28/11/07; O. Andrés, “Artistes en perill d’extinció”, *Directa*, núm. 72, 28/11/07; Isaac Marrero, “Más que piedras”, *Masala. Periòdic d’informació, denúncia i crítica social a Ciutat Vella*, núm. 35 (mayo-junio 2007); J. M. Montaner, “Can Ricart, estat de la qüestió”, *El País*, 28/06/07; J. M. Montaner, “El Modelo Barcelona”, *El País*, 12/06/07 y Roca (1994). Otra parte son reconstrucciones de conversaciones que mantuve durante el trabajo de campo. Una última parte representa “mi” conceptualización del conflicto, como espero queda claro por las alusiones.

5. De todas las “vías abandonadas” hay una que me pesa en especial. Como ya se ha dicho anteriormente, el estudio histórico de Can Ricart ha desatendido sistemáticamente el periodo revolucionario 1936-39. En un principio, me propuse solventar ese problema. Pronto, sin embargo, me di cuenta de la soberbia e inocencia de semejante idea. El estudio de ese periodo al nivel de concreción de una fábrica es extremadamente complejo. Requeriría, probablemente, una tesis específica. A pesar de las numerosas publicaciones sobre el proceso revolucionario con alusiones más o menos directas al Poblenou, tanto a nivel estatal (p.e. Aisa-Pàmpols 2000; Monjo y Vega 1986; Roa 1998; Vilanova 1995) como a nivel internacional (p.e. Dolgoff 1974; Ealham 2003; Smith 2003), no encontré alusión alguna a Can Ricart. Tampoco en la literatura específica sobre la estatización de la economía (Castells 1996; CNT 1973; Solé y Villarroya 2006). El impacto de la revolución en Can Ricart siguió siendo un enigma.

Sí logré, contrastando fuentes orales y bibliográficas (Albertí 2004; Huertas y Fossas 2005; Museu d’Història de Catalunya 2007; Pujadó 1998; Solé y Villarroya 1986) constatar el bombardeo aéreo del Pasaje dels Ricart el 29 de mayo de 1937 y la existencia de un refugio antiaéreo muy cerca de allí, en la esquina Espronceda/Pere IV. El bombardeo, según un testigo ocular, debía ir dirigido contra la fábrica Oliva Artés (entonces dedicada a la fabricación de material de guerra republicano), pero acabó afectando a las viviendas del Pasaje. Sólo el defectuoso funcionamiento de la bomba incendiaria, que no llegó a estallar, evitó la masacre.

EPÍLOGO.

Tres de los cuatro obreros subidos al andamio levantaron los brazos a modo de celebración de una victoria. Me gritaron algo, pero no lo entendí. Volví a encuadrar y disparé una última vez. El andamio, controlado por uno de ellos, regresaba al suelo después de haber trabajado la cubierta de metal y cristal de los pisos superiores. Al otro lado de la acera, el Hotel Habitat Sky esperaba casi terminado que llegara el día de la inauguración. Era imposible no detenerse en la pareja de edificios de Dominique Perrault que ahora presidían la esquina Pere IV-Diagonal: el juego de paralelepípedos desplazados, la altura del hotel, el brillo del aluminio, el reflejo del sol y el azul del cielo en las láminas de cristal.

Al otro lado de la avenida se erigía el muro de hormigón del Parc Central, parcialmente cubierto de enredaderas y con algunas aperturas circulares. Al fondo, si uno se fijaba bien, podía verse la parte superior de la chimenea y la torre del reloj de Can Ricart. Dentro del parque unos raíles señalaban el antiguo trazado de la calle Pere IV, ahora desviado por Cristóbal de Moura. Más allá la calle Espronceda atravesaba el parque y tras ella esperaban su reforma las naves de la Oliva-Artés, envueltas en un cartel publicitario del ayuntamiento.

Atravesé el parque sin apenas cruzarme con gente, observando las alineaciones de árboles, la tierrilla del suelo, los pocos asientos de metal, la plaza de la sardana y con la tentación constante de volver la vista atrás hacia los edificios de Perrault. Al llegar al muro de la calle Marruecos me detuve frente a uno de sus orificios, ovalado y protegido por un cristal, y observé la fábrica. En primer término estaban las cuñas de hormigón y una valla de metal, que separaban la zona en obras de la calzada. Más atrás se podían ver aún claramente los restos las naves graffiteadas en su día y tras éstas, la palmera, las naves, la torre, la chimenea. Si forzaba un poco la vista podía alcanzar a ver las viejas pintadas en las paredes y el rastro aún visible del incendio sobre las ventanas. La nave central había perdido la mitad del techo de tejas y algunas vigas de madera, también calcinadas, habían quedado al descubierto.

Los agentes de seguridad tomaron nota de mi nombre y número de DNI. Les dije que iba a Hangar. Una vez dentro, pude apreciar los derribos mucho más claramente. Habían desaparecido naves a ambos lados del Pasaje, formando nuevas

La fábrica del conflicto

calles y amplios vacíos. Pero la apariencia del lugar no era la de un recinto en obras, sino la de un espacio abandonado. Varias cintas de plástico impedían el paso más allá de Hangar, aunque no tuve problemas para explorar una de las nuevas calles, que conectaba el Pasaje con lo que había sido Can Font. En las paredes estaban aún buena parte de los cajetines de la instalación eléctrica y algunos cables. A mano izquierda, en una nave sin techo que había pertenecido a Ricson, un agua rojiza, oxidada, cubría el suelo haciendo que un microondas, un televisor y varias cajas parecieran flotar. Del techo aún colgaban algunas lámparas. Al fondo una Vespa blanca mantenía cierta dignidad entre los escombros y la basura.

Era una mañana de junio de 2008. El octubre anterior, con el expediente de BCIN aún en trámite, la Comissió Territorial de Patrimoni Cultural de la Generalitat había autorizado el derribo de las naves no catalogadas por el ayuntamiento, las que habían sido ocupadas en su día por La Makabra. En noviembre la AVPN presentó un recurso contencioso contra Cultura por este hecho. Ese mismo mes se aprobó definitivamente la Operación Jurídica Complementaria que completaba la tramitación del Proyecto de Reparcelación. También le fue otorgado a la Plataforma el Premi Centre d'Estudis Comarcals del Baix Llobregat. En diciembre el *Estudi Patrimonial del Recinte Industrial Can Ricart* del GPI recibió el Premi Bonaplata 2007. A finales de enero de 2008 Benedetta Tagliabue, ganadora del concurso de la Casa de les Llungües, presentó la maqueta del proyecto acompañada por Carod-Rovira, en calidad de vicepresidente del Govern, y Antoni Mir, director de Linguamón. El proyecto recuperaba la fachada por la calle Bolivia y rehabilitaba el conjunto original de Bernadet, o lo que es lo mismo, las naves que ocupaban, entre otros, Garrallit, Can Font y la Cereria Mas, parte de las cuales se habían incendiado. En abril se inauguró el Parc Central y el estudio Alonso & Balaguer presentó su proyecto de edificios de oficinas para el perímetro del recinto. El 22 del mismo mes la Generalitat declaró Can Ricart BCIN, ratificando los parámetros de la propuesta del AjB. En mayo se aprobó definitivamente la ordenación urbanística de la Casa de les Llungües, el Pla Especial Urbanístic (PEU) redactado por Montaner-Muxí Arquitectes, SL. Y el 23 de mayo de 2008 el alcalde Jordi Hereu anunció, en un acto de balance del primer año del nuevo gobierno, que la fábrica Oliva-Artés acogería el Centre de la Cultura Industrial de Barcelona. Roto el acuerdo con el Col·legi d'Arquitectes poco antes, el espacio sería ahora cedido con este nuevo fin al Museu d'Historia de la Ciutat, dirigido desde el noviembre anterior por Joan Roca.

Hacía un año que no entraba en Can Ricart. Las transformaciones se habían acumulado.

BIBLIOGRAFIA

- 22@Barcelona. 2007. *22@*, *El districte de la innovació*. Barcelona: 22@bcn.
- Aibar, Eduardo y Wiebe E. Bijker. 1997. Constructing a city: The Cerda Plan for the extension of Barcelona. *Science, Technology & Human Values* 22, (1).
- Aisa-Pàmpol, Ferrán. 2000. *Una història de Barcelona, Ateneu Enciclopèdic Popular 1902-1999*. Barcelona: Virus.
- Ajuntament de Barcelona. 1994. *Barcelona new projects*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona.
- Ajuntament de Barcelona. 1996. *Barcelona: la segona renovació*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona.
- Ajuntament de Barcelona. 1999. *Barcelona 1979-2004. Del desarrollo a la ciudad de calidad*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona.
- Ajuntament de Barcelona. 2000. *Modificació del PGM per a la renovació de les àrees industrials del Poblenou –Districte de activitats 22@BCN. Text refós*.
- Ajuntament de Barcelona. 2001. *Pla Especial de Reforma Interior del sector Parc Central de la MPM per a la renovació de les àrees industrials del Poblenou -districte d'activitats 22@bcn-*.
- Ajuntament de Barcelona. 2002. *Poblenou: la fàbrica de Barcelona*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona.
- Ajuntament de Barcelona. 2006a. *Proposta UA 1 del PERI Parc Central*.
- Ajuntament de Barcelona. 2006b. *Modificació del Pla Especial de protecció del patrimoni arquitectònic historicartístic de la ciutat de Barcelona. Districte de Sant Martí*.
- Ajuntament de Barcelona. 2006c. *Barcelona, ciutat i treball al segle XX*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona.
- Ajuntament de Barcelona y 22@Barcelona. 2006. *Can Ricart. Nova proposta. Un espai urbà que funciona, amb visió de futur i amb respecte pel patrimoni industrial*.
- Albertí, Santiago. 2004. *Perill de bombardeig! Barcelona sota les bombes 1936-1939*. Barcelona: Albertí Editor.
- Alfrey, Judith y Tim Putnam. 1992. *The industrial heritage: managing resources and uses*. London; New York: Routledge.
- Alibes, J. M., M. Campo, E. Giral, J. M. Huertas, R. Pradas y S. Tarragò. 1975. *La Barcelona de Porcioles*. Barcelona: Laia.

La fábrica del conflicto

- Alpers, Svetlana. 1983. *Art of describing: Dutch art in the seventeenth century*. Chicago: Chicago U.P.
- Amin, Ash, ed. 1994. *Post-fordism: a reader*. Oxford: Blackwell.
- Andreu, Marc. 2008. Moviments socials i crítica al 'model Barcelona'. De l'esperança democràtica de 1979 al miratge olímpic de 1992 i la impostura cultural del 2004. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* XII, (270 (119)).
- Arxiu Històric del Poblenou. 1991. *El Poblenou: més de 150 anys d'història*. Barcelona: Arxiu Històric Poble Nou.
- Arxiu Històric del Poblenou. 1996. *Nou viatge a Icaria*. Barcelona: Arxiu Històric del Poblenou.
- Arxiu Històric del Poblenou. 2005. *El Poblenou en 135 veus: enciclopedia*. Barcelona: Arxiu Històric del Poblenou.
- Assemblea de Resistència al Fòrum 2004, ed. 2004a. *La otra cara del Fòrum de les Cultures S.A.* Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Assemblea de Resistència al Fòrum 2004. 2004b. *De què va realment el fòrum? [mapa]*.
- Balibrea, Mari Paz. 2001. Urbanism, culture and the post-industrial city: Challenging the 'Barcelona model'. *Journal of Spanish Cultural Studies* 2, (2).
- Balibrea, Mari Paz. 2005. Barcelona: del modelo a la marca. En *Desacuerdos 3. Sobre arte, políticas y esfera pública en el estado español*, eds. J. Carrillo e I. Estella. Barcelona: Arteleku-MACBA-Universidad Internacional de Andalucía.
- Basiana, Xavier, Marti Checa y Jaume Orpinell. 2000. *Barcelona, ciutat de fàbriques*. Barcelona: Autoeditado.
- Becker, Howard. 2001. Georges Perec's experiments in social description. *Ethnography* 2, (1).
- Beluzo, Guillermo e Isaac Marrero. 2005. *Can Ricart [documental]*. Barcelona: Paral·lel 40 y TV3.
- Benach, Núria y Rosa Tello. 2004. En los intersticios de la renovación. Estrategias de transformación del espacio y flujos de población en Barcelona. *Revista de Geografía* (3).
- Benach, Núria. 2000. Nuevos espacios de consumo y construcción de imagen de la ciudad en Barcelona. *Estudios Geográficos* LXI, (238).
- Benjamin, Walter. 1975. *Tentativas sobre Brecht: Iluminaciones III*. Madrid: Taurus.
- Benjamin, Walter. 2005. *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Berger, John y Jean Mohr. 1975. *A seventh man: a book of images and words about the experience of migrant workers in Europe*. Harmondsworth: Penguin.
- Beverly, John. 1998. Theses on subalternity, representation, and politics (in response to Jean-François Chevrier). En *Subculture and homogenization*. Barcelona: Fundació Tapies.
- Beynon, Huw. 1973. *Working for Ford*. London: Allen Lane.

- Blakeley, Georgina y Monica Threlfall. 2004. Building local democracy in Barcelona. *Democratization* 14, (1).
- Bloch, E., G. Lukács, B. Brecht, W. Benjamin, T. W. Adorno y F. Jameson. 1977. *Aesthetics and politics*. London: NLB.
- Blondeau, O., N. D. Whiteford, C. Vercellone, A. Kyrou, A. Corsani, E. Rullani, Y.M. Boutang y M. Lazzarato. 2004. *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Blumer, Herbert. 1981. *El interaccionismo simbólico*. Madrid: Hora.
- Bohigas, Oriol. 1963. *Barcelona. Entre el Pla Cerdà y el barraquisme*. Barcelona: Edicions 62.
- Bohigas, Oriol. 1985. *Reconstrucció de Barcelona*. Barcelona: Edicions 62.
- Bohigas, Oriol. 2004. *Contra la incontinenencia urbana*. Barcelona: Edicions 62.
- Boltanski, Luc y Eve Chiapello. 2002. *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Bonet, A. 1965. *Barcelona, una ciutat que no pot seguir vivint d'esquena al mar*. Barcelona: Costa Padrò.
- Borja, Jordi, ed. 1972. *La gran Barcelona*. Madrid: A. Corazón.
- Borja, Jordi. 1990. Políticas y gobierno en las grandes ciudades. En *Las grandes ciudades en la década de los noventa*, eds. J. Borja, M. Castells, M. Dorado y I. Quintana. Madrid: Sistema.
- Borja, Jordi. 2001. Barcelona, el futur com història. *La Veu del Carrer* (66).
- Borja, Jordi. 2004. Barcelona y su urbanismo. Éxitos pasados, desafíos presentes, oportunidades futuras. En *Urbanismo en el siglo XXI: Una visión crítica. Bilbao, Madrid, Valencia, Barcelona*, eds. J. Borja y Z. Muxí. Barcelona: Ediciones UPC, ETSAB.
- Borja, Jordi y Manuel Castells. 1997. *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus.
- Borja, Jordi y Zaida Muxí. 2004. Introducción. Una breve y agitada historia entre lo local y lo global. En *Urbanismo en el siglo XXI: Una visión crítica. Bilbao, Madrid, Valencia, Barcelona*, eds. J. Borja y Z. Muxí. Barcelona: Ediciones UPC, ETSAB.
- Boym, Svetlana. 1994. *Common places: mythologies of everyday life in Russia*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Brannan, Matthew, Geoff Pearson y Frank Worthington. 2007. Ethnographies of work and the work of ethnography. *Ethnography* 8, (4).
- Brecht, Bertolt. 1964. *Brecht on theatre; the development of an aesthetic*. London: Methuen.
- Brecht, Bertolt. 1984. *El compromiso en literatura y arte*. Barcelona: Península.
- Burawoy, Michael. 2001. Manufacturing the global. *Ethnography* 2, (2).
- Busquets, Joan. 2004. *Barcelona: La construcción urbanística de una ciudad compacta*. Barcelona: Serbal.

La fábrica del conflicto

- Caballé, Francesc. 1994. *La formació urbana del sector Diagonal-Poblenou*. Barcelona: Museu d'Història de la Ciutat.
- Caballé, Francesc. 1997. L'Eixample de Barcelona dins el territori de Sant Martí de Provençals, 1859-1897. En *Expansió urbana i planejament a Barcelona*, ed. Joan Roca. Barcelona: Institut Municipal d'Història / Proa.
- Cabana, Francesc. 1993. *Fàbriques i empresaris. Els protagonistes de la Revolució Industrial a Catalunya. Vol. 2. Cotoners*. Barcelona: Enciclopèdia Catalana.
- Calavita, Nico y Amador Ferrer. 2000. Behind Barcelona's success story. Citizen movements and planners' power. *Journal of Urban History* 26, (6).
- Camino, Jaime. 1977. *La vieja memoria [documental]*. España: 161 min.
- Capel, Horacio. 1996. La rehabilitación y el uso del patrimonio histórico industrial. *Documents d'Anàlisi Geogràfica* (29).
- Capel, Horacio. 2005. *El Modelo Barcelona. Un examen crítico*. Barcelona: Serbal.
- Capel, Horacio. 2006. De nuevo el Modelo Barcelona y el debate sobre el urbanismo barcelonés. *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales* XI, (629).
- Capel, Horacio. 2007. El debate sobre la construcción de la ciudad y el llamado 'Modelo Barcelona'. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* XI, (233).
- Casademunt, À., E. Alfama, G. Coll-Planas, H. Cruz y M. Martí. 2006. *Per una nova cultura del territori? Mobilitzacions i conflictes territorials*. Publicación electrónica: IGOP.
- Castells, Antoni. 1996. *Desarrollo y significado del proceso estatizador en la experiencia colectivista catalana (1936-1939)*. Móstoles: Nossa y Jara.
- Castells, Manuel. 1974. *La cuestión urbana*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Castells, Manuel. 1986. *La ciudad y las masas: sociología de los movimientos sociales urbanos*. Madrid: Alianza.
- Castells, Manuel. 1990. Estrategias de desarrollo metropolitano en las grandes ciudades españolas: La articulación entre crecimiento económico y calidad de vida. En *Las grandes ciudades en la década de los noventa*, eds. J. Borja, M. Castells, M. Dorado y I. Quintana. Madrid: Sistema.
- Castells, Manuel. 1997. *La era de la Información : Economía, sociedad y cultura. Vol. 2: El poder de la identidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Catalan, Jordi. 1997. Els recursos humans en el desenvolupament industrial de Barcelona, 1714-1975. En *La formació del cinturó industrial de Barcelona*, ed. Joan Roca. Barcelona: Institut Municipal d'Història / Proa.
- Chari, Sharad y Vinay Gidwani. 2005. Introduction: Grounds for a spatial ethnography of labor. *Ethnography* 6, (3).
- Checa, Martí. 2000. Poblenou. La reconversió de fàbriques. *Icària. Papers de l'Arxiu Històric del Poblenou* (5).

- Cicourel, Aaron. 2000. Algunas cuestiones de teoría y método. En *Sociologías de la situación*, ed. Félix Díaz. Madrid: La Piqueta.
- Clarós, Salvador. 2004. Passat i futur del Poblenou industrial. *L'Avenç* (288).
- Clarós, Salvador y Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs. 2005. *Sobre el moment actual del Pla 22@bcn*.
- Clavera, J. 1973. Una forma local de capitalisme monopolista: El desmantellament de la indústria situada a la zona litoral de Barcelona. En *Economia crítica: una perspectiva catalana*, ed. F. Artal et al. Barcelona: Edicions 62.
- Clifford, James y George E. Marcus. 1986. *Writing culture: the poetics and politics of ethnography*. Berkeley: University of California Press.
- CNT. 1973. *Colectivizaciones: la obra constructiva de la revolución española: ensayos, documentos, reportajes*. Toulouse: C.N.T. de España en el Exilio.
- Comolli, Jean-Louis. 2002. *Filmar para ver: escritos de teoría y crítica de cine*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Simurg : Cátedra La Ferla (UBA).
- Coordinadora Contra el 22@. 2004. *L'altre cara del 22@. 1 - Les empreses de la guerra al Poblenou*.
- Coutard, Olivier y Simon Guy. 2007. STS and the city: Politics and practices of hope. *Science, Technology & Human Values* 32, (6).
- Crary, Johnathan. 2007. On the ends of sleep: Shadows in the glare of a 24/7 world. *Quaderns Portàtils del MACBA* (8).
- Davis, Mike. 2003. *Ciudad de cuarzo: arqueología del futuro de Los Angeles*. Madrid: Lengua de Trapo.
- de Certeau, Michel. 1997. *The capture of speech and other political writings*. Minneapolis; London: University of Minnesota Press.
- de Certeau, Michel. 2000. *La invención de lo cotidiano. Vol 1: Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- de Certeau, Michel, Luce Giard y Pierre Mayol. 1999. *La invención de lo cotidiano. Vol 2: Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.
- Debary, Octave. 2004. Deindustrialization and museumification: From exhibited memory to forgotten history. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* 595, (1).
- Debord, Guy. 2003. *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-Textos.
- Degen, Monica. 2003. Fighting for the global catwalk: formalizing public life in Castlefield (Manchester) and diluting public life in El Raval (Barcelona). *International Journal of Urban and Regional Research* 27, (4).
- Degen, Mónica. 2008. *Sensing cities: regenerating public life in Barcelona and Manchester*. London: Routledge.
- Degen, Mónica y Marisol García, eds. 2008. *La Metaciudad. Barcelona: transformación de una metrópolis*. Rubí: Anthropos.
- Delgado, Manuel. 2005. *Elogi del vianant. Del 'Model Barcelona' a la Barcelona real*. Barcelona: Edicions de 1984.

La fábrica del conflicto

- Delgado, Manuel. 2007. *La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del 'Modelo Barcelona'*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Dicks, Bella. 2008. Performing the hidden injuries of class in coal-mining heritage. *Sociology* 42, (3).
- Dodd, Dianne. 2003. Barcelona: the making of a cultural city. En *The city cultures reader*, eds. M. Miles, T. Hall e I. Borden. London: Routledge.
- Dolgoff, Sam, ed. 1974. *The anarchist collectives; workers' self-management in the Spanish Revolution, 1936-1939*. New York: Free Life Editions.
- Drake, Graham. 2003. 'This place gives me space': place and creativity in the creative industries. *Geoforum* 34, (4).
- Ealham, Chris. 2005. *Class, culture, and conflict in Barcelona, 1898-1937*. London; New York: Routledge.
- Edensor, Tim. 2005. Waste matter - the debris of industrial ruins and the disordering of the material world. *Journal of Material Culture* 10, (3).
- Espai en Blanc. 2004. Barcelona 2004. El fascismo posmoderno. En *La otra cara del Fòrum de les Cultures S.A.*, ed. Assemblea de Resistència al Fòrum 2004. Bellaterra: Edicions Bellaterra.
- Estrada, Lluís. 2004. Poblenou, anys 1940. *L'Avenç* (288).
- Fabre, Jaume y Josep Maria Huertas. 1976. *Tots els barris de Barcelona. Vol. 1. Els barris que foren independents, 1*. Barcelona: Edicions 62.
- Fabre, Jaume y Josep Maria Huertas. 1989. *Barcelona. La construcció d'una ciutat*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Flyvbjerg, Bent. 2006. Five misunderstandings about case-study research. *Qualitative Inquiry* 12, (6).
- Fornarola, Marco, Nuria Sánchez, Stefano Portelli y Ulrike Viccaro. 2006. *Des del ressentiment, o la batalla per Can Ricart [documental]*. Barcelona: Autoproducido.
- Foster, Hal. 1993. *Compulsive beauty*. Cambridge, MA; London: MIT Press.
- Fracasso, Liliana. 2006. Barcelona: un modelo en discusión y una realidad sin discutir. *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales* XI, (673).
- Frank, Katherine. 2000. "The management of hunger": using fiction in writing anthropology. *Qualitative Inquiry* 6, (4).
- Freeman, Lance. 2006. *There goes the 'hood: views of gentrification from the ground up*. Philadelphia: Temple University Press.
- Frisby, David. 1985. *Fragments of modernity: theories of modernity in the work of Simmel, Kracauer and Benjamin*. Cambridge: Polity.
- García, Beatriz. 2004. Urban regeneration, arts programming and major events: Glasgow 1990, Sydney 2000 and Barcelona 2004. *International Journal of Cultural Policy* 10, (1).
- García, José. 1997. Política industrial en un àmbit local: El cas de la indústria de l'automòbil i components a l'àrea de Barcelona. En *El municipi de Barcelona i*

- els combats pel govern de la ciutat*, ed. Joan Roca. Barcelona: Institut Municipal d'Història de Barcelona; Proa.
- García-Ramón, María Dolores y Abel Albet-Mas. 2000. Pre-olympic and post-olympic Barcelona, a “model” for urban regeneration today? *Environment and Planning A* 32, (8).
- Gdaniec, C. 2000. Cultural industries, information technology and the regeneration of post-industrial urban landscapes. Poblenou in Barcelona - a virtual city? *GeoJournal* (50).
- Godard, Jean-Luc. 1970. *British sounds*. Gran Bretaña: 52 min.
- Goffman, Erving. 1979. *Relaciones en público. Microestudios de orden público*. Madrid: Alianza.
- Goffman, Erving. 1986. *Frame analysis. An essay on the organization of experience*. Boston: Northeastern University Press.
- Graham, Brian. 2002. Heritage as knowledge: capital or culture? *Urban Studies* 39, (5-6).
- Gramsci, Antonio. 1971. *Selections from the prison notebooks*. London: Lawrence and Wishart.
- Grau, Ramón y M. López. 1973. Vells suburbis fora ciutat. Sant Martí, un Manchester local. *Serra d'Or* (octubre).
- Grau, Ramón y Manuel Arranz. 1994. La formació dels suburbis industrials de Barcelona: Sant Martí de Provençals. En *El futur de les perifèries urbanes*, ed. Joan Roca. Barcelona: Institut Municipal d'Historia / Proa.
- Grimshaw, Anna. 2001. *The ethnographer's eye: Ways of seeing in anthropology*. Cambridge, UK; New York: Cambridge University Press.
- Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs. 2005a. Proposta de Pla Integral de Patrimoni Industrial de Barcelona. *Biblio 3W. Revista Bibliogràfica de Geografia y Ciencias Sociales* X, (581).
- Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs. 2005b. *Can Ricart-Parc Cental. Nou projecte*.
- Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs. 2005c. *Can Ricart. Estudi de sòl i sostre*.
- Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs. 2006a. Can Ricart, proposta d'intervenció. *Biblio 3W. Revista Bibliogràfica de Geografia y Ciencias Sociales* XI, (630).
- Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs. 2006b. *Patrimonio, ciudadanía e innovación. ¿Por qué conservar íntegro Can Ricart?*.
- Guerra, Carles. 2005. *Allan Sekula speaks with Carles Guerra*. Madrid: La Fábrica y Fundación Telefónica.
- Hall, Tim y Phil Hubbard. 1998. *The entrepreneurial city: geographies of politics, regime, and representation*. Chichester; New York: Wiley.
- Hamper, Ben. 1992. *Rivthead: tales from the assembly line*. London: Fourth Estate.

La fábrica del conflicto

- Haraway, Donna. 1995. *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid; Valencia: Cátedra; Universitat, Instituto de la Mujer.
- Harrison, Joseph. 1978. *An economic history of modern Spain*. Manchester: Manchester University Press.
- Harvey, David. 1989a. From managerialism to entrepreneurialism: the transformation in urban governance in late capitalism. *Geografiska Annaler. Series B, Human Geography* 71, (1).
- Harvey, David. 1989b. *The condition of postmodernity: an enquiry into the origins of cultural change*. Oxford; Cambridge, MA: Blackwell.
- Highmore, Ben. 2000. Awkward moments: avant-gardism and the dialectics of everyday life. En *European avant-garde: new perspectives*, ed. Dietrich Scheunemann. Amsterdam; Atlanta: Rodopi.
- Highmore, Ben. 2002. *Everyday life and cultural theory: an introduction*. London: Routledge.
- Highmore, Ben. 2006. *Michel de Certeau: analysing culture*. London: Continuum.
- Hine, Christine. 2007. Multi-sited ethnography as a middle range methodology for contemporary STS. *Science Technology Human Values* 32, (6).
- Holzberg, Carol S. y Maureen J. Giovannini. 1981. Anthropology and industry: reappraisal and new directions. *Annual Review of Anthropology* 10.
- Horta, Gerard. 2004. *L'espai clos. Fòrum 2004: Notes d'una travessia pel no-res*. Barcelona: Edicions de 1984.
- Hospers, G-J. 2002. Industrial heritage tourism and regional restructuring in the European Union. *European Planning Studies* 10, (3).
- Hubbard, Phil. 1996. Urban design and city regeneration: social representations of entrepreneurial landscapes. *Urban Studies* 33, (8).
- Huertas, Josep Maria. 2001. *La gent i els barris de Sant Martí*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona.
- Huertas, J. M. y M. Andreu. 1996. *Barcelona en lluita (1965-1996)*. Barcelona: FAVB.
- Huertas, J. M. y J. Fossas 2005. Sota terra. *Icària. Papers de l'Arxiu Històric del Poblenou* (10).
- Hyldtoft, Ole. 2004. Copenhagen i el patrimoni industrial. *L'Avenç* (288).
- Hymes, Dell. 1974. *Foundations in sociolinguistics: an ethnographic approach*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Internationale Situationniste. 1997. *Internationale situationniste: 1958-1969*. Paris: Fayard.
- James, William. 1961. *Pragmatismo*. Buenos Aires: Aguilar.
- Jay, Martin. 1988. Scopic regimes of modernity. En *Vision and visuality*, ed. Hal Foster. New York: The New Press.
- Jennings, Humphrey. 1985. *Pandaemonium: 1660-1886: the coming of the machine as seen by contemporary observers*. London: Deutsch.

- Julier, Guy. 2005. Urban designscapes and the production of aesthetic consent. *Urban Studies* 42, (5/6).
- Kirby, Andrew. 2004. Homage to Barcelona. *Cities* 21, (3).
- Klein, Norman M. 1997. *The history of forgetting: Los Angeles and the erasure of memory*. London; New York: Verso.
- Kracauer, Siegfried. 1998. *The salaried masses: duty and distraction in Weimar Germany*. London; New York: Verso.
- Krar, Stephen F., Arthur Gill y Peter Smid. 2001. *Computer numerical control simplified*. New York: Industrial Press.
- Kriznik, Blaz. 2005. *Forms of local resistance: No al 22@*. Borrador de Tesis de Master.
- Kriznik, Blaz. 2008. *Cultural context of urban change and local responses to global challenges: the case of Barcelona and Seoul*. Tesis Doctoral: Faculty of Social Sciences, University of Ljubljana.
- Kwa, Chunglin. 2002. Romantic and Baroque conceptions of complex wholes in the sciences. En *Complexities: social studies of knowledge practices*, eds. J. Law y A. Mol. Durham: Duke University Press.
- Lanzmann, Claude. 1985. *Shoah [documental]*. Francia: 566 min.
- Latour, Bruno. 1992. *Ciencia en acción. Cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad*. Barcelona: Labor.
- Latour, Bruno. 1999. *Pandora's hope: essays on the reality of science studies*. Cambridge, MA; London: Harvard University Press.
- Latour, Bruno. 2001. Gabriel Tarde and the end of the social. En *The social in question. New bearings in history and the social sciences*, ed. Patrick Joyce. London: Routledge.
- Latour, Bruno. 2005. *Reassembling the social: an introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford; New York: Oxford University Press.
- Latour, Bruno. 2007. *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Latour, Bruno y Steve Woolgar. 1995. *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza.
- Law, John. 1994. *Organizing modernity*. Oxford; Cambridge, MA: Blackwell.
- Law, John. 1999. After ANT: complexity, naming and topology. En *Actor Network Theory and after*, eds. J. Law y J. Hassard. Oxford: Blackwell.
- Law, John. 2004. And if the global were small and noncoherent? Method, complexity, and the Baroque. *Environment and Planning D: Society and Space* 22, (1).
- Lazzarato, Maurizio. 2001. El "ciclo" de la producción inmaterial. *Contrapoder* (4/5).
- Lazzarato, Maurizio. 2006. *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Lefebvre, Henri. 1972. *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza.

La fábrica del conflicto

- Leiva, E., I. Miró y X. Urbano. 2007. *De la protesta al contrapoder. Nous protagonistes socials en la Barcelona metropolitana*. Barcelona: Virus.
- Linhart, Robert. 2003. *De cadenas y de hombres*. México: Siglo XXI.
- López, Pere. 1986. *El centro histórico: un lugar para el conflicto*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- López, Pere. 1991. 1992, objetiu de tots? Ciutat-empresa i dualitat social a la Barcelona olímpica. *Revista Catalana de Geografia* VI, (15).
- Malle, Louis. 1972. *Humain, trop humain [documental]*. Francia: 75 min.
- Maragall, Pasqual. 1986. *Refent Barcelona*. Barcelona: Planeta.
- Marazzi, Christian. 2003. *El sitio de los calcetines. El giro lingüístico de la economía y sus efectos sobre la política*. Madrid: Akal.
- Marcus, George E. 1995. The modernist sensibility in recent ethnographic writing and the cinematic metaphor of montage. En *Fields of vision. Essays in film studies, visual anthropology and photography*, eds. L. Devereaux y R. Hillman. Berkeley; Los Angeles; London: University of California Press.
- Marcus, George E. 1998. *Ethnography through thick and thin*. Princeton; Chichester: Princeton University Press.
- Marcuse, Herbert. 1969. *An essay on liberation*. Boston: Beacon Press.
- Marker, Chris. 1977. *Le fond de l'air est rouge*. Francia: 240 min.
- Marrero, Isaac. 2003. ¿Del Manchester catalán al SoHo barcelonés? La renovación del barrio del Poblenou en Barcelona y la cuestión de la vivienda. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* VII, (146(137)).
- Marrero, Isaac. 2008a. La producción del espacio público. Fundamentos teóricos y metodológicos para una etnografía de lo urbano. *(Con)Textos. Revista d'Antropologia i Investigació Social* (1).
- Marrero, Isaac. 2008b. Luces y sombras. El compromiso en la etnografía. *Revista Colombiana de Antropología* 44, (1).
- Marrero, Isaac, Guillermo Beluzo y Roberto García. 2007. *Fragmentos de una fábrica en desmontaje [documental]*. Barcelona: Autoproducido.
- Marshall, Tim. 2000. Urban planning and governance: is there a Barcelona model? *International Planning Studies* 5, (3).
- Marshall, Tim, ed. 2004. *Transforming Barcelona*. London: Routledge.
- Martí, F. y E. Moreno. 1974. *Barcelona ¿a dónde vas?*. Barcelona: Dirosa.
- Martí, Marc. 2005. El proyecto 22@bcn: Glocal governance, renovación urbana y lucha vecinal en Barcelona. *VII congreso español de ciencia política y de la administración: democracia y buen gobierno*. Madrid: 21-23 de Septiembre.
- Martí, Marc y Jordi Bonet. 2008. Los movimientos urbanos: de la identidad a la glocalidad. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* XII, (270 (121)).

- Martorell, Meri, Marta Urbiola y Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs. 2005. *Maqueta virtual de Can Ricart per a la proposta de conservació. Primera sèrie d'imatges*.
- Martorell, V. y A. Florensa. 1970. *Historia del urbanismo en Barcelona. Del Plan Cerdà al àrea metropolitana*. Barcelona: Labor.
- Massana, Carme. 1985. *Indústria, ciutat i propietat*. Barcelona: Curial.
- Mass-Observation. 1986. *Britain by mass-observation*. London: Cresset.
- Mass-Observation. 1987. *May the twelfth: Mass-observation day-surveys 1937 by over two hundred observers*. London: Faber.
- McDonough, Gary W. 1989. *Las buenas familias de Barcelona*. Barcelona: Omega.
- McNeill, Donald. 1999. *Urban change and the European left: tales from the new Barcelona*. London: Routledge.
- Mestre, J., ed. 1992. *Diccionari d'història de Catalunya*. Barcelona: Edicions 62.
- Meyer, Han. 1999. *City and port: urban planning as a cultural venture in London, Barcelona, New York, and Rotterdam. Changing relations between public urban space and large-scale infrastructure*. Utrecht: International Books.
- Miles, Steven y Ronan Paddison. 2005. Introduction: the rise and rise of culture-led urban regeneration. *Urban Studies* 42, (5-6).
- Mirri, María Teresa. 2001. *Vida quotidiana en un poble industrial*. Barcelona: Arxiu Municipal de Barcelona.
- Monclús, F. J. 2000. Barcelona's planning strategies: from 'Paris of the South' to the 'capital of the West Mediterranean'. *GeoJournal* (51).
- Monclús, F. J. 2003. The Barcelona model: an original formula? From reconstruction to strategic urban project (1974-2004). *Planning Perspective* 18, (4).
- Monjo, Anna y Carme Vega. 1986. *Els treballadors i la guerra civil: història d'una indústria catalana col·lectivitzada*. Barcelona: Empuries.
- Montaner, Josep Maria. 2003. *Repensar Barcelona*. Barcelona: Universitat Politècnica de Catalunya.
- Montaner, Josep Maria. 2004. La evolució del Model Barcelona (1979-2002). En *Urbanismo en el siglo XXI: Una visión crítica*. Bilbao, Madrid, Valencia, Barcelona, eds. J. Borja y Z. Muxí. Barcelona: Ediciones UPC.
- Moreno, Eduard y Manuel Vázquez-Montalbán. 1991. *Barcelona cap on vas?*. Barcelona: Llibres d'Índex.
- Museu d'Història de Catalunya. 2007. *Quan plovién bombes: els bombardeigs i la ciutat de Barcelona durant la guerra civil*. Barcelona: Museu d'Història de Catalunya.
- Nadal, Jordi y Xavier Tafunell. 1992. *Sant Martí de Provençals, pulmó industrial de Barcelona*. Barcelona: Columna.
- Nash, June. 1979. *We eat the mines and the mines eat us. Dependency and exploitation in Bolivian tin mines*. New York: Columbia University Press.
- Noble, David F. 1986. *Forces of production: a social history of industrial automation*. New York; Oxford: Oxford University Press.

La fàbrica del conflicte

- Oakley, Kate. 2004. Not so cool Britannia: the role of the creative industries in economic development. *International Journal of Cultural Studies* 7, (1).
- Oliva, A. 2003. *El districte d'activitats 22@ Poblenou*. Barcelona: Aula Barcelona, CIDOB.
- Pacte Industrial de la Regió Metropolitana de Barcelona. 2001. *La ciutat digital*. Barcelona: Beta.
- Pascual, Pere. 1997. L'avenç tecnològic i el cinturó industrial català. Una síntesi històrica. En *El futur de les perifèries urbanes*, ed. J. Roca. Barcelona: Institut Municipal d'Història de Barcelona; Proa.
- Perloff, Marjorie. 1986. *The futurist moment: avant-garde, avant guerre, and the language of rupture*. Chicago: University of Chicago Press.
- Pickering, Andrew. 1995. *The mangle of practice: time, agency, and science*. Chicago; London: University of Chicago Press.
- Plataforma Salvem Can Ricart. 2005. *Manifest per Can Ricart*.
- Plataforma Salvem Can Ricart. 2006. *Can Ricart. Proposta de Pla d'Usos i Activitats: patrimoni, ciutadania, creativitat i productivitat*. Barcelona: Autoeditado.
- Portelli, Stefano y Nuria Sánchez. 2006. *Víctimes del 22@ - Les empreses de Can Ricart (alguna cosa més que un problema entre privats) [mapa]*.
- Pratt, Andy C. 2008. Creative cities: the cultural industries and the creative class. *Geografiska Annaler: Series B, Human Geography* 90, (2).
- Precarias a la Deriva. 2004. *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Pujadó, Judit. 1998. *Oblits de rereguarda: els refugis antiaeris a Barcelona (1936-1939)*. Barcelona: Abadía Montserrat.
- Pujol, Elvira y Joan Vila-Puig. 2004. *Ciudadans 22@ [documental]*. Barcelona: Sitesize.
- Quintana, Ignacio. 1990. Políticas culturales en las grandes ciudades. En *Las grandes ciudades en la década de los noventa*, eds. J. Borja, M. Castells, M. Dorado y I. Quintana. Madrid: Sistema.
- Rabinow, Paul. 1996. *Making PCR: a story of biotechnology*. Chicago; London: University of Chicago Press.
- Reed, John. 1986. *Diez días que estremecieron el mundo*. Madrid: Akal.
- Reygadas, Luis. 2002. *Ensamblando culturas. Diversidad y conflicto en la globalización de la industria*. Barcelona: Gedisa.
- Ribalta, Jorge. 2007. Representaciones de la reconstrucción de Barcelona (1979-1992). Notas para un estudio. En *Barcelona 1978-1997*. Manolo Laguillo, ed. Macba. Barcelona: Macba.
- Rinehart, Robert. 1998. Fictional methods in ethnography: believability, specks of glass, and Chekhov. *Qualitative Inquiry* 4, (2).
- Roa, Agustín. 1998. Poblenou, roig i negre. *Icària. Papers de l'Arxiu Històric del Poblenou* (3).

- Roberts, John. 1998. *The art of interruption: realism, photography, and the everyday*. Manchester; New York: Manchester University Press.
- Roca, Joan. 1994. Recomposició capitalista i perifèrització social. En *El futur de les perifèries urbanes*, ed. Roca i Albert, Joan. Barcelona: Institut Municipal d'Història / Proa.
- Roca, Joan, ed. 1997. *El municipi de Barcelona i els combats pel govern de la ciutat*. Barcelona: Institut Municipal d'Història de Barcelona; Proa.
- Roca, Joan. 2004. Ha estat mai Barcelona una gran ciutat industrial? *L'Avenç* (288).
- Roca, Joan y Patrick Faigenbaum. 2002/3. Le front de mer de Barcelone: chronique d'une transformation. *Cités* (11).
- Roca, Jordi. 1998. *Antropología industrial y de la empresa*. Barcelona: Ariel.
- Rouch, Jean y Edgar Morin. 1960. *Chronique d'un été [documental]*. Francia: 85 min.
- Ruttman, Walter. 1927. *Berlin, die symphonie der grossstadt [documental]*. Alemania: 62 min.
- Sabaté, Joaquim. 1997. L'obertura de la Diagonal al Poblenou. En *Expansió urbana i planejament a Barcelona*, ed. Joan Roca. Barcelona: Institut Municipal d'Història / Proa.
- Sánchez de Serdio, Aida. 2004. Fuera de campo: la narrativa visual como paradigma epistemológico en la investigación en ciencias sociales. *I Congreso Internacional de Estudios Visuales*. Arco, Madrid, 15 y 16 de febrero.
- Sánchez, Joan-Eugeni. 1992. Societal responses to changes in the production system: the case of the Barcelona metropolitan region. *Urban Studies* 29, (6).
- Sassen, Saskia. 2007. La ciudad global: emplazamiento estratégico, nueva frontera. En *Barcelona 1978-1997. Manolo Laguillo*, ed. Macba. Barcelona: Macba.
- Sekula, Allan. 2002. *Fish story*. Düsseldorf: Richter.
- Sennett, Richard. 2000. *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama.
- Short, John R. 2006. *Urban theory: a critical assessment*. Basingstoke; New York: Palgrave Macmillan.
- Short, J. R., L. M. Benton, W. B. Luce y J. Walton. 1993. Reconstructing the image of an industrial city. *Annals of the Association of American Geographers* 83, (2).
- Silverman, Kaja. 1983. *The subject of semiotics*. New York: Oxford University Press.
- Simmel, Georg. 1972. *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza.
- Simmel, Georg. 2001. *El individuo y la libertad*. Barcelona: Península.
- Sintes, Montserrat. 2004. *Can saladrigas 146 anys després*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona.
- Smid, Peter. 2003. *CNC programming handbook: a comprehensive guide to practical CNC programming*. New York: Industrial Press.

La fàbrica del conflicte

- Smith, Andrew. 2005. Conceptualizing city image change: The 're-imagining' of Barcelona. *Tourism Geographies* 7, (4).
- Smith, Angel. 2002. *Red Barcelona: social protest and labour mobilisation in the Twentieth Century*. London: Routledge.
- Smith, Neil. 1996. *The new urban frontier: gentrification and the revanchist city*. London; New York: Routledge.
- Solà, Àngels. 2004. *Aigua, indústria i fabricants a manresa (1759-1860)*. Manresa: CeB.
- Solà-Morales, M., J. Busquets, M. Domingo, A. Font y J. L. Gómez Ordóñez. 1974. *Barcelona. Remodelación capitalista o desarrollo urbano en el sector de la ribera oriental*. Barcelona: GG.
- Solé, J. M. y J. Villarroya. 1986. *Catalunya sota les bombes*. Barcelona: Abadia de Montserrat.
- Solé, J. M. y J. Villarroya. 2006. *L'economia revolucionària*. Barcelona: Edicions 62.
- Stanton, Cathy. 2005. Serving up culture: heritage and its discontents at an industrial history site. *International Journal of Heritage Studies* 11, (5).
- Steyerl, Hito. 2004. La política de la verdad. Documentalismo en el ámbito artístico. En *'Ficcions' documentals*, ed. Caixafòrum. Barcelona: Caixafòrum.
- Steyerl, Hito. 2005. La articulación de la protesta. *Brumaria* (5).
- Stoller, Paul. 1992. *The cinematic griot: the ethnography of Jean Rouch*. Chicago: University of Chicago Press.
- Subirats, Joan y Joaquim Rius, eds. 2005. *Del Xino al Raval. Cultura i transformació social a la Barcelona central*. Barcelona: CCCB.
- Sucari, Jacobo. 2006. *La lluita per l'espai urbà [documental]*. Barcelona: Àrea de Televisió / Televisió de Catalunya.
- Tarde, Gabriel. 1897?. *Las leyes sociales*. Barcelona: Sopena.
- Tarde, Gabriel. 2006. *Monadología y sociología*. Buenos Aires: Cactus.
- Tarragó, S. 1978. *En defensa de Barcelona*. Barcelona: Aedos.
- Tatjer, Mercè. 1973. *La Barceloneta: del siglo XVIII al Plan de la Ribera*. Barcelona: Los libros de la Frontera.
- Tatjer, Mercè. 1996. La construcción del espacio costero. Del mundo proletario al mundo del ocio. El caso del puerto de Barcelona, 1856-93. En *Puertos y sistemas portuarios. Siglos XVI-XX*, eds. A. Quimera y D. Romero. Madrid: Ministerio de Fomento.
- Tatjer, Mercè. 2004. De les xemeneies als conjunts industrials. *L'Avenç* (288).
- Tatjer, Mercè. 2005a. Josep Oriol Bernadet (1811-1860) i la seva aportació a la ciència, la tècnica i l'arquitectura del segle XIX. *Biblio 3W. Revista Bibliogràfica de Geografia y Ciencias Sociales* X, (582).
- Tatjer, Mercè. 2005b. Fontserè a Can Ricart. La fàbrica de Can Ricart i l'actuació de Josep Fontserè i Mestre. *Biblio 3W. Revista Bibliogràfica de Geografia y Ciencias Sociales* X, (607).

- Tatjer, Mercè. 2006. La industria en Barcelona (1832-1992). Factores de localización y transformación en las áreas fabriles: del centro histórico a la región metropolitana. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. X, (218).
- Tatjer, Mercè y Antoni Vilanova. 2002. *La ciutat de les fàbriques. El patrimoni industrial del Poblenou*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona, 22@.
- Tatjer, Mercè, Marta Urbiola y Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs. 2005a. *Can Ricart. Estudi patrimonial (síntesi)*.
- Tatjer, Mercè, Marta Urbiola y Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs. 2005b. Can Ricart, un patrimoni únic. *Icària. Papers del Arxiu Històric del Poblenou* (10).
- Tatjer, Mercè, Marta Urbiola y Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs. 2006. *Estudi patrimonial de Can Ricart. Inventari dels elements del sistema energètic*.
- Tello, R., S. Martínez y A. Boba. 2000. Nuevos espacios terciarios de Barcelona: Adaptaciones a una economía globalizada. *Estudios Geográficos* 61, (238).
- Tello, Rosa. 1993. Barcelona post-olímpica: de ciudad industrial a escenario de consumo. *Estudios Geográficos* 54, (212).
- Tello, Rosa. 1997. Les conseqüències socials de l'urbanisme dels darrers quinze anys. En *El municipi de Barcelona i els combats pel govern de la ciutat*, ed. J. Roca. Barcelona: Institut Municipal d'Història de Barcelona; Proa.
- Trinh, T. Minh-Ha. 1989. *Woman, native, other: writing postcoloniality and feminism*. Bloomington: Indiana University Press.
- Unió Temporal d'Escribes, ed. 2004. *BCN Marca Registrada. Un model a desarmar*. Barcelona: Virus.
- Vertov, Dziga. 1929. *Chelovek S kinoapparatom [documental]*. URSS: 68 min.
- Vilanova, Mercedes. 1995. *Les majories invisibles. Explotació fabril, revolució i represió: 26 entrevistes*. 1995: Icaria.
- Virno, Paolo. 2003. Diez tesis sobre la multitud y el capitalismo posfordista. *Contrapoder* (7).
- vvaa. 2003. *La Barcelona rebelde. Guía de una ciudad silenciada*. Barcelona: Octaedro.
- Watson, Rodney. 1969. Le travail de l'incongruité. En *Le parler frais d'Erving Goffman*, ed. I. Joseph et al. Paris: Les Éditions de Minuit.
- Watson, Sophie. 1990. Gilding the smokestacks: the new symbolic representations of deindustrialised regions. *Continuum: the Australian Journal of Media & Culture* 3, (1).
- Weiss, Peter. 1999. *La estética de la resistencia*. Hondarribia (Guipuzkoa): HIRU.
- Weizman, Eyal. 2007. *Hollow land: Israel's architecture of occupation*. London: Verso.
- While, Aidan. 2006. Modernism vs urban renaissance: Negotiating post-war heritage in English city centres. *Urban Studies* 43, (13).

La fábrica del conflicto

- Willet, John. 1978. *The new sobriety, 1917-1933: art and politics in the Weimar period*. London: Thames and Hudson.
- Yúdice, George. 2002. *El recurso de la cultura: usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa.
- Zukin, Sharon. 1982. *Loft living: culture and capital in urban change*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Zusman, Perla. 2004. Activism as a collective cultural praxis: challenging the Barcelona urban model. En *Radical theory, critical praxis: making a difference beyond the academy?*, eds. Duncan Fuller y Rob Kitchin Praxis. (e)Press.

Artículos de prensa

- ERC vol la declaració d'interés nacional, *El Punt*, 31/03/05
- El PSC bloqueja una proposició per protegir les fàbriques, *Avui*, 06/04/05
- Marín, D. ERC arrenca del PSC una tímida proposta de protecció del Poblenou industrial, *El Punt*, 07/04/05.
- Clos defiende la transformación de Poblenou ante la protesta por Can Ricart, *La Vanguardia*, 08/04/05.
- Marín, David. Empresaris de la fàbrica de Can Ricart dicen que l'Ajuntament de Barcelona no els ajuda gens, *El Punt*, 08/04/05.
- Sánchez, Belén. Protesta de Can Ricart, *La Vanguardia*, 14/04/05.
- Favà, Maria. Treballadors i veïns impedeixen el primer desnonament de Can Ricart, *Avui*, 21/04/05
- Justicia, A. Operarios de Can Ricart evitan con una barricada el desahucio de una empresa, *La Vanguardia*, 21/04/05
- Marín, D. Els treballadors frustren un altre desallotjament a Can Ricart, *El Punt*, 21/04/05
- Pellicer, Ll. Los obreros de Can Ricart evitan el desahucio de una empresa, *El País*, 21/04/05
- Otero, Miqui. Las barricadas impiden un desahucio en Can Ricart, *El Mundo*, 21/04/05.
- Poblenou prepara un enderroc més respectuós a Can Ricart, *Actual*, 27/04/05
- Marín, David. El moviment veïnal amenaça de boicotejar "fins al final" el 22@ si es perd Can Ricart, *El Punt*, 28/04/05
- Favà, Maria. El Poblenou s'organitza per evitar un enderroc per sorpresa de Can Ricart, *Avui*, 26/05/05.
- Otero, Miqui. Un estudio histórico y arquitectónico muestra el valor patrimonial y de futuro de Can Ricart, *El Mundo* 26/05/05.
- Martí, Pep. Un patrimoni en perill, *El Triangle*, mayo 2005
- Peirón, Francesc. El 95% de las industrias de Can Ricart acepta su marcha, *La Vanguardia*, 10/06/05.
- Montaner, Josep Maria y Zaida Muxí. Sí al 22@ y a la ciudad compleja, *El País*, 23/06/05.
- Ollés, Albert. A la caça del caçador, *El Periódico*, 13/08/05.
- Sanz, Rosa Mari. El Poblenou abre sus fiestas con un pregón a favor de Can Ricart, *El Periódico*, 11/09/05.
- Roca, Joan. Can Ricart y Barcelona, *Culturas, La Vanguardia*, 05/10/05.
- Cia, Blanca. Movimientos en torno a Can Ricart, *El País*, 08/12/05
- Marín, David. Circ al mig de la rambla del Poblenou per reclamar la fàbrica de Can Ricart, *El Punt*, 17/12/05.

La fábrica del conflicto

- Vila, I. y S. Barroso. Un incendi crema part de Can Ricart el dia que s'anuncia el pla per protegir-lo, *El Punt*, 05/04/06
- Justícia, A. Calcinadas parte de las naves que se van a preservar, *La Vanguardia*, 05/04/06.
- Se declara un nuevo incendio en el recinto industrial de Can Ricart, *El Mundo*, 20/04/06.
- Editorial, *La Ven del Carrer*, núm. 95, marzo-abril 2006
- Casas, X. Del pasaje del Marqués de Santa Isabel al pasaje de Can Ricart, *El País*, 05/05/06.
- Noguer, Miquel. El juez deniega el desalojo cautelar de las naves de Can Ricart, en Poblenou. *El País*, 04/12/2006.
- Bernabé, Mònica. Els veïns fan costat als esquatèrs i els agraeixen que hagin ocupat Can Ricart, *El Punt*, 05/12/06.
- Placer, David y Olga Pereda, "Hereu demana un canvi de la llei per desallotjar edificis privats, *El Periòdic*, 05/12/06.
- Ríos, Pere y Jesús García, El juez cita al dueño de Can Ricart para aclarar de quién es la propiedad, *El País*, 06/12/2006.
- Editorial, Can Ricart, okupado, *El Periòdic*, 06/12/2006.
- Subirats, Joan. Relato de ciudad, *El País*, 07/12/2006.
- Tarín, Santiago. El juez dice que los okupas actuaron con violencia, artimañas y trompetería, www.lavanguardia.es, 14/12/06.
- Sierra, Juan Ruiz. Los dueños de Can Ricart anuncian que la demolición es inminente, *El Periòdic*, 15/12/06.
- Montaner, J. M. El Modelo Barcelona, *El País*, 12/06/07
- Montaner, J. M. Can Ricart, estat de la qüestió, *El País*, 28/06/07
- Marrero, I. Más que piedras, *Masala. Periòdic d'informació, denúncia i crítica social a Ciutat Vella*, núm. 35 (mayo-junio 2007)
- Andrés, O. Entrevista: Josep Saldaña, *Directa*, núm. 72, 28/11/07
- Andrés, O. Artistes en perill d'extinció, *Directa*, núm. 72, 28/11/07

ÍNDICE DE ABREVIATURAS

- AA22@: Associació de Afectats pel 22@
AAVC: Associació de Artistes Visuals de Catalunya
AGBAR: Aigües de Barcelona
AHPN: Arxiu Històric del Poblenou
AjB: Ajuntament de Barcelona
AJP: Assamblea de Joves del Poblenou
AP: Asociación Administrativa de Cooperación de Propietarios de la UA1 del PERI Parc Central
ASF: Arquitectos sin Fronteras
AVPN: Associació de Veïns y Veïnes del Poblenou
AVT: Asociación de Víctimas del Terrorismo
AXA: Asociación Diez Artistas
BCIN: Bé Cultural d'Interès Nacional
BOPB: Butlletí Oficial de la Província de Barcelona
CC22@: Coordinadora Contra el 22@
CiU: Convergència i Unió
COAC: Col·legi d'Arquitectes de Catalunya
DEA: Diploma de Estudios Avanzados
ERC: Esquerra Republicana de Catalunya
FAVB: Federació d'Associacions de Veïns de Barcelona
FPU: Formación de Profesorado Universitario
FRB: Fòrum de la Ribera del Besòs
GPI: Grup de Patrimoni Industrial del Fòrum de la Ribera del Besòs
ICV: Iniciativa per Catalunya Verds
IEC: Institut d'Estudis Catalans
MACBA: Museu d'Art Contemporani de Barcelona

La fàbrica del conflicto

MNACTEC: Museu Nacional de la Ciència i de la Tècnica de Catalunya

MPGM: Modificació del Pla General Metropolità

PERI: Pla Especial de Reforma Interior

PGM: Pla General Metropolità

PMU: Pla de Millora Urbana

PP: Partido Popular

PSC: Partit dels Socialistes de Catalunya

UA: Unitat d'Actuació

UAB: Universitat Autònoma de Barcelona

UB: Universitat de Barcelona

UIC: Universitat Internacional de Catalunya

UPC: Universitat Politècnica de Catalunya

UPF: Universitat Pompeu Fabra